



Universidad de Jaén

Escuela de Doctorado

TESIS DOCTORAL

**De los moriscos a la Primavera Árabe
en la narrativa árabe del siglo XXI.**

**Estudio y traducción de un relato y dos novelas históricas de
Şubhī Mūsà (Egipto) y Ḥasan Awrīd (Marruecos)**

**PRESENTADA POR:
Ana María Sánchez Medina**

DIRIGIDA POR:

**Francisco Vidal Castro
Juan Pedro Monferrer Sala**

JAÉN, a 5 de julio de 2022

Dedicatoria

A mis hijas, Julia y Ana Belén, por el tiempo que no les he dedicado.

A mi padre, fallecido en el transcurso de esta tesis.

Agradecimientos

A Francisco Vidal Castro, por su inmenso tiempo dedicado a mí, sin él, esta tesis no hubiera sido posible.

A Juan Pedro Monferrer Sala y a Jaafar Benelhaj Soulami por su ayuda, apoyo y colaboración.

A Ventura Salazar por su atención y amabilidad conmigo durante todo este tiempo de elaboración de mi tesis.

A los escritores, Subhi Musa y Hassan Aourid, por su ayuda constante y su amistad.

Al profesor Gamal Abdel Rahman de la universidad de Al-Azhar en El Cairo, por la valiosa información que me ofreció.

A Antonio Manuel Rodríguez Ramos y Muhammad Reda Boudchar, por ser luz para esta tesis.

A M^a Jesús Viguera Molins, por el ánimo que en este tiempo me ha dado.

Al morisco Muhammad Loubaris, por acogerme como a una hermana.

Al juez mediador de Túnez, Ziyad Gouma, de quien recibí un halo de tolerancia e interculturalidad.

A mi profesora Mercedes del Amo Hernández quien, en mis años de joven estudiante, puso la semilla de este doctorado y siempre ha estado presente.

A mi esposo, a mi madre, hermano, familia y amigos.

Resumen	9
Resumen en árabe الملخص	11
0. Introducción	13
1. Contexto histórico y socio-cultural	25
1.1. Mudéjares y moriscos (s. XIII-XVII)	25
1.1.1. Definición de los términos mudéjar y morisco	25
1.1.2. Apuntes historiográficos sobre los moriscos	26
1.1.3. Mudéjares en el preámbulo de la revuelta	34
1.1.4. El contexto internacional de los siglos XV y XVI	43
1.1.4.1. El Imperio otomano en la etapa previa a la guerra	43
1.1.4.2. El papel de la correspondencia en las relaciones diplomáticas con Italia en los siglos XV y XVI y su importancia en la rebelión de las Alpujarras	45
1.1.4.3. La rebelión de las Alpujarras en el contexto del mar Mediterráneo. Causas externas de la expulsión de la Península Ibérica	47
1.1.4.4. El contexto histórico de Marruecos en el siglo XVI y comienzos del XVII	50
1.1.5. La Rebelión de las Alpujarras (1568-1570)	54
1.1.5.1. El primer alzamiento morisco (diciembre de 1568)	54
1.1.5.2. El segundo alzamiento morisco y el nuevo gobierno de Granada (febrero-marzo de 1569)	55
1.1.5.3. La reorganización del bando morisco (marzo-septiembre de 1569)	56
1.1.5.4. El exilio morisco	59
1.1.5.5. La diáspora morisca	60
1.2. La Primavera Árabe en Egipto	61
2. La novela en la literatura árabe moderna y contemporánea	67
2.1. Panorámica general de la novela árabe entre los siglos XX-XXI	67
2.1.1. Introducción	67
2.1.2. Contexto sociopolítico y su repercusión en la novela árabe	67
2.1.3. Temas literarios de la historia cultural árabe que perduran en la novela	71
2.1.4. Características generales de la novela postmodernista árabe	72
2.2. La novela histórica en la literatura árabe. El tema morisco	75
3. Estudio de las novelas <i>Sīrat ḥimār</i> y <i>Al-mūrīskī</i> de Ḥasan Awrīd	77
3.1. Biografía de Ḥasan Awrīd	77
3.1.1. Primera etapa. Orígenes, formación y juventud	77
3.1.2. Segunda etapa. Actividad política y de gestión: Gobierno y administración	79

3.1.3.	Tercera etapa. Actividad docente e intelectual: Universidad y activismo. Su transformación interior y el inicio de su obra	81
3.1.4.	Entrevista a Ḥasan Awrīd	84
3.2.	Producción de Ḥasan Awrīd	89
3.2.1.	Panorámica de las obras de Ḥasan Awrīd	89
3.2.2.	La novela <i>Sīrat ḥimār</i> de Ḥasan Awrīd	91
3.2.2.1.	Forma: estructura y análisis literario	91
3.2.2.2.	Contenido	92
3.2.2.2.1.	Fuentes y finalidad de la novela	92
3.2.2.2.2.	Temas de la novela	94
3.2.2.2.3.	Argumento	95
3.2.2.2.4.	Personajes principales	96
3.2.3.	La novela <i>Al-mūrīskī</i> de Ḥasan Awrīd	96
3.2.3.1.	Introducción	96
3.2.3.2.	Forma: estructura y análisis literario	98
3.2.3.3.	Contenido	99
3.2.3.3.1.	Fuentes y finalidad de la novela	99
3.2.3.3.2.	Temas de la novela	102
3.2.3.3.3.	Personajes	103
3.2.3.3.3.1.	Personajes principales	103
3.2.3.3.3.2.	Personajes secundarios o ausentes	106
3.3.	Historicidad de la novela <i>Al-mūrīskī</i> de Ḥasan Awrīd	107
4.	Estudio de la novela <i>Al-mūrīskī l-ajīr</i> de Şubḥī Mūsà	125
4.1.	Biografía de Şubḥī Mūsà	125
4.1.1.	Perfil biográfico de Şubḥī Mūsà	126
4.1.2.	Entrevista a Şubḥī Mūsà	128
4.2.	Producción de Şubḥī Mūsà	134
4.2.1.	Panorámica de las obras de Şubḥī Mūsà	134
4.2.2.	La novela <i>Al-mūrīskī l-ajīr</i> de Şubḥī Mūsà	135
4.2.2.1.	Forma: estructura y análisis literario	135
4.2.2.1.1.	El relato de Muḥammad b. ‘Abd Allāh Ibn Ÿahwar (Abdullah)	138
4.2.2.1.2.	El relato de Murad	139
4.2.2.1.3.	Críticas a la novela	140
4.2.2.2.	Contenido: temas, personajes	141
4.2.2.2.1.	Fuentes de la novela	141
4.2.2.2.2.	Temas y estructura	144
4.2.2.2.3.	Personajes principales	149

4.2.2.2.3.1.	Personajes de la etapa moderna del relato	150
4.2.2.2.3.2.	Personajes de la etapa antigua del relato	151
4.3.	Historicidad de la novela <i>Al-mūrīskī l-ajīr</i> de Ṣubḥī Mūsà	152
4.3.1.	Personajes históricos secundarios en la novela	161
4.3.1.1.	Califas, emires y sultanes en la novela	162
4.3.1.2.	Personajes de la Iglesia Católica en la novela y su biografía	164
5.	Traducción de las novelas <i>Al-mūrīskī</i> de Ḥasan Awrīd	167
5.1.	Metodología y criterios traductológicos	167
5.2.	Traducción	170
5.3.	Glosario de términos árabes y españoles técnicos	274
6.	Traducción de la novela <i>Sīrat ḥimār</i> de Ḥasan Awrīd	279
6.1.	Metodología y criterios traductológicos	279
6.2.	Traducción	279
7.	Traducción de la novela <i>Al-mūrīskī al-ajīr</i> de Ṣubḥī Mūsà	321
7.1.	Metodología y criterios traductológicos	321
7.2.	Traducción	321
	Conclusiones	453
	Conclusiones en árabe النتائج	457
	Bibliografía (fuentes, bibliografía, recursos audiovisuales, de Internet y digitales)	461

Resumen

El tema de al-Andalus, su final en 1492, la conversión forzosa de los mudéjares en moriscos y su posterior expulsión o persecución por la Inquisición tiene un impacto considerable en el pensamiento y sensibilidad del mundo árabe-islámico en la actualidad. Resulta muy significativo que aparezca repetidamente en diversas obras literarias.

El objetivo general de esta tesis doctoral es el estudio de la visión y percepción de la cuestión de los moriscos en el mundo árabe contemporáneo a través de su literatura narrativa del siglo XXI.

Por ello, el objetivo específico principal ha sido la traducción y estudio de dos novelas árabes actuales de género histórico y de tema morisco, que se han seleccionado para que sean representativas de la narrativa en los dos grandes espacios geográficos del mundo árabe: Oriente y el Magrib. Se trata de la marroquí *Al-mūrīskī* (El morisco) de Ḥasan Awrīd y la egipcia *Al-mūrīskī al-ajīr* (El último morisco) de Ṣubḥī Mūsà. La primera de ellas es una recreación de la *riḥla* del morisco Ibn Qāsim al-Ḥayārī (*Kitāb nāṣir al-dīn*). La segunda adopta un protagonista egipcio del siglo XXI de ascendencia morisca (de ahí el título de la novela: “El último morisco”) que es el hilo conductor para remontarse a la etapa andalusí y sobre todo la mudéjar-morisca de la rebelión de las Alpujarras, pero añadiendo un recorrido de toda la historia de España hasta 1978 que se entrelaza con la actualidad egipcia de la Primavera Árabe. Estas revueltas de 2011 han sido inspiración para ambos escritores y, en el caso de Awrīd, también ha sido la motivación para escribir *Sīrat ḥimār* (una recreación de *El asno de oro*), donde refleja en cierto modo la crítica al poder y a la sociedad que despertó las revueltas; ambos motivos nos han inducido a incluirla también como objeto de esta tesis doctoral.

En este marco histórico, van emergiendo temas de vigente actualidad política e intelectual, como el descontento del pueblo debido a las desigualdades e injusticias.

La tesis aporta la biografía y síntesis de la producción de ambos escritores, sobre los que no existían estudios específicos en lenguas occidentales y casi solo se encuentran noticias dispersas en medios árabes. También incluye tres entrevistas propias a los autores que se ofrecen en su original árabe y traducción española. Contribución fundamental es la traducción de las tres novelas citadas, que no se habían vertido hasta ahora al español y en el caso de la novela egipcia a ninguna lengua occidental.

Resumen en árabe

الملخص

يحظى موضوع نهاية دولة الأندلس سنة 1492، والتحول القسري للمدجنين إلى موريسكيين ومطاردتهم من طرف محاكم التفتيش وتهجيرهم لاحقاً، باهتمام كبير في العالم العربي والإسلامي في وقتنا الحاضر، بحيث أضحى له تأثير خاص في الفكر والوجدان، ويتجلى ذلك في حضوره المتكرر في عدة أعمال أدبية.

لهذا، فإن الهدف الرئيسي لهذه رسالة الدكتوراه هو دراسة نظرة وتصور موضوع الموريسكيين في العالم العربي المعاصر من خلال الأدب السردى للقرن الواحد والعشرين.

من أجل تحقيق هذا الهدف، كان من الضروري ترجمة ودراسة روايتين عربيتين معاصرتين تنتميان إلى جنس الرواية التاريخية، وقد وقع إختياري على نموذجين ممثلين للسرد في الفضاءات الجغرافية الكبيرة للعالم العربي؛ أي للمشرق والمغرب. يتعلق الأمر بالرواية "الموريسكي" للكاتب والمفكر المغربي حسن أوريد، ورواية "الموريسكي الأخير" للكاتب المصري صبحي موسى. والجدير بالذكر أن الرواية الأولى قامت على المادة الحكائية لرحلة "ناصر الدين على قوم الكافرين" التي ألفها الموريسكي الغرناطي أحمد بن قاسم الحجري.

أما الرواية الثانية، فهي تتبنى على شخصية مصرية من القرن الواحد والعشرين منحدره من أصول موريسكية، (من هنا أشتق عنوان العمل: "الموريسكي الأخير") وهي الخيط الرابط الذي مكن المؤلف من العودة إلى الزمن الأندلسي، والحقب المدجنة-الموريسكية وثورة البشرات على وجه التحديد. بيد أنها تضيف جولة في تاريخ إسبانيا إلى حدود سنة 1978، كما تسلط الضوء على الحاضر المصري والتحويلات التي عرفها إثر الربيع العربي وثورات 2011 التي كانت مصدر إلهام للكاتبين على حد سواء؛ بالنسبة لحسن أوريد كانت هذه التحويلات باعثاً على تأليف رواية "سيرة حمار" (وهي إعادة إنتاج لرواية "الحمار الذهبي") التي يعكس فيها انتقاداً واضحاً للسلطة والمجتمع الذي أيقظ هذه الثورات، الشيء الذي جعلنا نضمناها إلى موضوع هذه الرسالة للدكتوراه.

في هذا الإطار التاريخي، تبرز مواضيع ذات صلة بالسياسة المعاصرة من قبيل: إستياء الشعب من جزاء غياب العدالة الاجتماعية والمساواة وسيادة الظلم.

وعليه، فإن هذه الأطروحة تقدم السيرة الذاتية للكاتبين ومجموع إنتاجيهما الفكري والأدبي، نظرا لعدم وجود دراسات متخصصة باللغات الغربية عنهما، وتقريبا لا توجد إلا أخبار وإشارات متفرقة في وسائل الإعلام العربية.

تضم الرسالة أيضا ثلاث مقابلات شخصية خاصة مع الكاتبين المذكورين: حسن أوريد وصبحي موسى، وهي مقدمة في النسختين العربية والإسبانية بالصيغتين العربية والإسبانية.

و تتمثل المساهمة الأساسية لهذا العمل، في ترجمة الروايات الثلاثة المذكورة لأول مرة إلى اللغة الإسبانية. وإذا كانت رواية "الموريسكي" قد ظهرت نسختها الفرنسية، فإن الرواية المصرية "الموريسكي الأخير" ترى النور لأول مرة بلغة غربية.

0. Introducción

Presentación

La presente tesis doctoral se inició el año 2017 tras varios meses de búsqueda de novelas árabes modernas representativas del género histórico que trataran sobre moriscos, dado que este era un tema que nos resultaba interesante y atractivo por la relevancia y actualidad en el mundo árabe, especialmente en el Magrib aunque también en Oriente Próximo. Nos pareció de gran interés la *Trilogía de Granada* publicada el año 1994 por la escritora egipcia Raḍwà ‘Āšūr (Radwa Ashour), cuya trama gira en torno a la rebelión de las Alpujarras. Después, supimos que en Marruecos se había publicado en 2011 la novela *Al-mūrīskī* (El morisco) del escritor marroquí Ḥasan Awrīd (Hassan Aourid) y suscitó nuestro interés por conocer esta obra inspirada también en las revueltas de las Alpujarras, si bien, la acción de esta historia se desarrolla en su mayor parte fuera de la península Ibérica, principalmente en Marruecos. Sin embargo, descubrimos que la novela fue escrita primero en francés y después fue traducida al árabe por el marroquí ‘Abd al-Karīm al-Ŷuwaytī bajo la coordinación del propio autor de la obra. El motivo que impulsó al escritor a concebir esta novela, según nos ha declarado él mismo, es que deseaba escribir sobre la historia de los moriscos para los españoles y pensó que, al escribirla en francés, sería más accesible que en árabe para estos lectores y más fácil traducirla al español.

Aunque la novela nos parecía de gran interés, optamos por elegir una que hubiera sido escrita inicialmente en árabe y no estuviera traducida a ninguna lengua occidental. Así fue como descubrimos y pusimos el foco en la novela *Al-mūrīskī l-ajīr* (El último morisco) del escritor egipcio Ṣubḥī Mūsà, publicada en 2014 y que conocimos a través de una reseña aparecida en el periódico *Al-Jazeera*.

Tras documentarnos bien, supimos que ni el escritor ni su obra habían sido objeto de estudio o traducción en ninguna universidad o centro occidentales y que había solo unas pocas reseñas sobre él en la prensa árabe. Sin embargo, la novela había recibido muy buena crítica en el mundo árabe por su estilo sobrio y la novedosa forma de abordar el tema morisco literariamente.

La primera dificultad a la que nos enfrentamos fue la de localizar al escritor para comunicarle que estábamos interesados en realizar un doctorado sobre su novela. El primer intento fue fallido, pues contactamos con la editorial donde se había publicado la novela y no nos quisieron proporcionar sus datos personales ni su dirección de correo

electrónico. Afortunadamente, fue gracias a un profesor de la universidad de al-Azhar en El Cairo, ʿYamāl ʿAbd al-Raḥmān (Gamal Abdel Rahman), catedrático de historia especializado en estudios sobre moriscos, por medio del cual pudimos contactar con el escritor. Finalmente, este último nos escribió a nuestro correo electrónico y después contactamos por vía telefónica.

Así, nos trasladamos en abril del año 2018 a El Cairo, donde intentamos recopilar toda la información que nos proporcionó el escritor acerca de su biografía y obra. Asimismo, aprovechamos para visitar y agradecer al profesor ʿYamāl ʿAbd al-Raḥmān en la Universidad de al-Azhar el habernos puesto en contacto con el escritor y la buena acogida. Con gran amabilidad, el profesor nos ofreció bastante información relativa a la narrativa de tema morisco de su país y del estado de los estudios que se están realizando actualmente en Egipto dentro de este campo.

El destino hizo que, por este tiempo, el escritor Ḥasan Awrīd visitara Córdoba y se interesara por conocer los detalles de nuestra investigación. En esta ciudad, en la Biblioteca Viva de al-Andalus y gracias a la gentileza de la profesora M^a Jesús Viguera Molins, presentamos su relato *Sīrat ḥimār* (literalmente, *Biografía de un asno*, que hemos traducido al español como *El asno de plata*), una de las novelas cuya traducción y estudio presentamos en esta tesis. Ḥasan Awrīd escribió este breve relato inspirado en la Primavera Árabe de Egipto, según el propio novelista había declarado previamente. En él, subyace una crítica velada y metafórica o indirecta a las instituciones del Estado.

Nos encontramos así ante un segundo escritor que tampoco había sido objeto de estudio monográfico en lenguas occidentales, a pesar de que el interés por él es creciente en Europa, según demuestran las numerosas presentaciones de sus novelas en instituciones públicas y privadas.

Al comprobar que el relato *Sīrat ḥimār* estaba escrito originalmente en árabe e inspirado en la Primavera Árabe de Egipto al igual que el relato moderno de la novela *Al-mūrīskī l-ajīr* de Ṣubḥī Mūsà, decidimos ampliar nuestros planteamientos y líneas iniciales de investigación e incluirla en nuestro estudio, así como también consideramos conveniente y enriquecedor ampliar el estudio con la novela *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd que en principio había quedado descartada por tener ya una versión en francés. De este modo, la tesis quedaría configurada como un estudio comparativo de estas novelas de dos escritores representativos de dos países y dos zonas claramente diferenciadas del Mundo Árabe: el Próximo Oriente y el Magreb.

Es relevante el hecho de que la novela *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd retoma una obra clásica, *Kitāb nāṣir al-dīn 'alà l-qawm al-kāfirīn* de Aḥmad b. Qāsim al-Ḥayārī y recrea a partir de ella una historia moderna y actual con elementos de su propia imaginación.

En ese momento, se presentó la oportunidad de publicar la traducción una de las novelas de Ḥasan Awrīd en la colección 'Literatura árabe contemporánea'/'Narrativa árabe contemporánea' publicada por la editorial Comares de Granada, la cual se decantó finalmente por la publicación de *Sīrat ḥimār*, aparecida en 2021.

Llegado a este punto, consideramos de crucial importancia trasladarnos a Egipto para conocer personalmente al escritor e intentar obtener toda la información posible sobre su vida y obra, así como la información relevante acerca de esta novela en concreto.

Desafortunadamente, no hemos podido disfrutar de ninguna ayuda económica, ni del tiempo y la dedicación que hubiéramos deseado para esta tesis doctoral debido a nuestra labor profesional y a nuestras obligaciones personales como madre y esposa. No obstante, decidimos afrontar este reto por nuestra cuenta, pues creímos en este proyecto desde el principio con la esperanza de servir de puente de conocimiento hacia la literatura y sociedad árabe actual y abrir vías para estudios posteriores sobre la novela árabe de tema morisco.

Justificación y breve estado de la cuestión.

El campo de la traducción y estudio de obras literarias en lengua árabe es bastante desconocido por la sociedad en general e, incluso, en el ámbito académico de las Humanidades, especialmente el de novelas basadas en temática morisca. Aunque existían estudios y traducciones al español de obras de literatura árabe contemporánea antes de 1988, estas eran proporcionalmente escasas y centradas generalmente en autores muy destacados. Tras recibir el novelista Naguib Mahfuz (Naḡīb Maḥfūz) el Premio Nobel de Literatura el año 1988, asistimos a un interés creciente por el estudio y traducción de la producción literaria de este autor en Europa y también en España, pero con el paso de los años, ese interés ha ido en declive y aún quedan obras suyas sin traducir. No obstante, otros muchos autores contemporáneos del mundo árabe son completamente desconocidos para el público en general, mientras que la investigación tampoco ha abordado de forma completa y sistemática el gran caudal de producción de todos los países árabes desde comienzos del siglo XX hasta la actualidad. Es cierto que existen muchas traducciones y estudios de autores pertenecientes a casi todos los países árabes de mayor entidad cultural, pero seguimos lejos de conocer a todos ellos y, mucho menos, todas las obras.

Las novelas árabes de las dos últimas décadas del siglo XX alcanzaron un alto grado de madurez, profundidad y riqueza. Así tenemos, por ejemplo, autores como ‘Abd al-Rahmān Munīf (Abd al-Rahman Munif), Ilyās Jūrī (Elias Khoury), o el propio Naẓīb Maḥfūz (Naguib Mahfuz), a Idwār al-Jarrāt (Edwar al-Kharrat). Tenemos también a Ẓamāl al-Gītānī (Gamal al-Ghitani), Ṭāhā Ḥusayn (Taha Hussein), Yūsuf Idrīs (Yusuf Idris), a Bahā’ Ṭāhir (Baha Taher), Ẓabrā Ibrāhīm Ẓabrā (Yabra Ibrahim Yabra), Radwā ‘Āšūr (Radwa Ashur), Gāda al-Sammān (Ghada al-Sammam), Ṣun‘u Allāh Ibrāhīm (Sonallah Ibrahim) y Saḥar Jalīfa (Sahar Jalifa) entre otros.

En las dos últimas décadas del pasado siglo, el mundo árabe ha conocido una nueva coyuntura política, social e histórica que puede resumirse en el auge del fundamentalismo, la explosión de la violencia sectaria, el vacío material y espiritual, el expolio, la dependencia, la occidentalización y el desmoronamiento de las ideologías. Todo esto ha impulsado a los nuevos novelistas a poner en práctica nuevas técnicas, lo que Idwār al-Jarrāt llama “*nueva sensibilidad*” o “*postmodernismo*”.

Entre las novelas árabes que versan sobre temática morisca en la actualidad (siguiendo la estela de otras de finales del siglo XX como *León el Africano* de Amīn Ma‘lūf/Amin Maalouf, escrita en francés en 1986 y traducida esta obra al español y al árabe, o como la citada *Ṭulāṭiyya Garnāṭa* de 1994 de Raḍwā ‘Āšūr), una de las primeras de este siglo XXI ha sido *Tagrībat Aḥmad al-Ḥayārī* (2006) del tunecino ‘Abd al-Wāḥid Brāhīm (*sic*)/Abdelwahed Braham, seguida de *Al-bayt al-Andalusī* del escritor argelino Wāsīnī al-A‘rāy (2010), *Al-mūriskī* del marroquí Ḥasan Awrīd (2011), *Al-Bušarrāt. Al-qabḍa al-andalusiyya al-ajīra* del egipcio Ibrāhīm Aḥmad ‘Īsā (2015) o *Al-mūriskī l-ajīr* del también escritor egipcio Ṣubḥī Mūsā (2015).

Como es sabido, el conocimiento de la literatura de un país supone un acercamiento y un mejor conocimiento de su sociedad, sus costumbres y su modo de pensar. En algunos casos, los literatos tienen además una faceta intelectual y escriben también ensayos sobre temas sociales y políticos. Por todo ello, nos parece de crucial importancia la traducción tanto de obras literarias como de pensamiento a nuestra lengua. Especialmente relevante y necesaria consideramos la traducción literaria y de obras de pensamiento originadas en el Mundo Árabe.

De toda esta amplia producción narrativa en lengua árabe y particularmente la del siglo XXI se conoce muy poco en España por la escasez de traducciones de novelas árabes

modernas al español, lo cual hacía necesario y justifica plantear en esta tesis la traducción y estudio de tres novelas, dos de ellas de género histórico y la tercera, un relato corto.

Dentro de este marco, optamos por el estudio de la novela histórica de temática morisca por el especial interés que reviste para España. Con el fin de que fuera representativo y posibilitar un análisis comparativo, se eligió a dos escritores árabes actuales de dos espacios geográficos diferentes, el Magreb y el Próximo Oriente. Con ello, intentaremos comprender por qué se centran estos escritores en el tema de los moriscos y cuál es el espacio geográfico donde sitúan sus novelas. Además, qué representa al-Andalus para ellos y qué otros temas van entrelazados en sus obras.

De esta manera, la tesis retoma los estudios sobre moriscos en el mundo árabe actual y, a través de la traducción de tres novelas contemporáneas, analiza cómo los escritores buscan y plasman paralelismos entre el pasado y el presente.

El presente es el Egipto contemporáneo tras los acontecimientos del 25 de enero del 2011 en el caso del autor Şubhī Mūsà. La importancia y actualidad de las revueltas árabes de 2011, que se ha dado en llamar Primavera Árabe, han tenido un impacto político y social extraordinarios, mundialmente conocidos. Por ello, también era necesario tener en cuenta la influencia y presencia de este tema en la literatura árabe. Por todo ello, las novelas elegidas para esta tesis doctoral, además de pertenecer al género histórico, también abordan la cuestión de la Primavera Árabe, sus causas y sentido.

Igualmente, se hacía necesario abordar un estudio a partir de las novelas del siglo XXI para identificar los orígenes y las causas de ese imaginario existente entre los árabes en este siglo y examinar aspectos como la búsqueda de identidad mediante el recurso al pasado andalusí o morisco por parte de las minorías étnicas o religiosas y los movimientos terroristas que se propagan en la actualidad.

Se ha conocido la publicación de una tesis publicada en 2019 que trata el imaginario de los moriscos en la novela contemporánea española y árabe¹. En ella se realiza un estudio de este imaginario morisco en las novelas de *Al-mūriskī* de Ḥasan Awrīd y *Al-mūriskī l-ajīr* de Şubhī Mūsà. Tras proceder a su lectura, se comprueba que esta tesis dedica un estudio parcial a las novelas de estos autores; diecinueve páginas a la novela *Al-mūriskī* de Ḥasan Awrīd y diez páginas a la novela *Al-mūriskī l-ajīr* de Şubhī Mūsà en las que su autor, Hosni Mlitat, realiza una introducción a diferentes novelas de autores españoles y árabes y analiza también literariamente párrafos seleccionados de ellas.

¹Mlitat. *El imaginario de los moriscos*.

Finalmente, se considera pertinente continuar con el tema elegido por ser el enfoque de nuestra tesis diferente, ya que se incluye la traducción completa de las obras, así como su contextualización histórico-social y política, el análisis literario del texto en general y el estudio de su historicidad.

Objetivos y metodología

Los objetivos científicos que persigue este trabajo son los siguientes:

- Enmarcar las novelas objeto de estudio en el contexto sociopolítico, cultural y literario de su época y de la época morisca que abordan, además de introducir el campo de la novela histórica árabe y, más concretamente, de la novela histórica de tema morisco.
- Elaborar la biografía de los autores, así como recoger el conjunto de su obra y su visión sobre los moriscos y España.
- Traducir las novelas *Sīrat ḥimār* y *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd y *Al-mūrīskī l-ajīr* de Ṣubḥī Mūsà.
- Realizar un análisis literario de las novelas estudiadas contando con la información obtenida por los autores en entrevistas y otros recursos en la red.
- Determinar el grado de historicidad de las novelas de tema morisco, *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd y *Al-mūrīskī l-ajīr* de Ṣubḥī.
- Determinar los temas que aparecen en las novelas y la relevancia de estos para los escritores comprobando sus líneas de pensamiento en otras obras suyas.

El aparato crítico, imprescindible en todo trabajo de investigación, se ha basado en la revisión de la bibliografía y fuentes diversas, tanto clásicas como actuales, de diferentes disciplinas (Arabismo, Historia, Geografía, Antropología, Literatura, Lexicología) según han ido apareciendo los diferentes temas tratados en las novelas por los autores, así como todos los recursos de tipo audiovisual y periodístico disponibles en internet sobre los autores. Además, se ha contado con el testimonio de ellos mismos en la corroboración de la información o datos relevantes.

En el estudio y traducción de las novelas se ha incidido en la identificación de personajes y en el análisis de la toponimia comprobando los nombres de personajes y topónimos en las crónicas clásicas principales; en ambos casos, se ha adaptado su escritura a la forma empleada en la traducción de la novela moderna.

Asimismo, se ha añadido un glosario de términos a la obra *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd partiendo del ofrecido por el autor en la versión francesa de la novela, pero introduciendo en él otros muchos que hemos considerado útiles para el lector español. El motivo de

haberlo hecho solo para esta novela es por la gran cantidad de nombres específicos históricos que aparecen en ella y que hemos preferido respetar en un intento de conservar esta nomenclatura que consideramos relevante para algunas disciplinas.

Del mismo modo, se ha presentado una breve reconstrucción biográfica de los califas, emires y sultanes que aparecen en la novela *Al-mūrīskī l-ajīr* de Şubhī Mūsà, confrontando estos con los existentes en la novela *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd, así como de personajes históricos de la Iglesia católica coetáneos a los moriscos.

La metodología empleada ha consistido en la explotación de abundante bibliografía especializada, bibliotecas y recursos en la red sobre el período mudéjar-morisco, la rebelión de las Alpujarras y la posterior “Guerra de Granada”, así como la etapa que va después de la expulsión de los moriscos, su exilio y diáspora. Asimismo, se ha tratado la relacionada con la Primavera Árabe en Egipto y la literatura árabe moderna y contemporánea, entrando progresivamente en la novela postmodernista árabe, la novela histórica en Marruecos y Egipto para centrarnos en la literatura árabe de tema morisco. Pero también, hemos empleado estos recursos para otros temas que se solapan a los que trata la propia investigación como la historiografía sobre moriscos, el Imperio otomano en la etapa previa a la guerra, el papel de la correspondencia en las relaciones diplomáticas con Italia en los siglos XV y XVI y su importancia en la rebelión de las Alpujarras, la historia de Marruecos y del Norte de África en el siglo XVI y comienzos del XVII. De igual modo, para esta parte del contexto histórico nos hemos basado en las mencionadas entrevistas personales realizadas a los dos escritores estudiados en esta tesis.

La diversidad de temas que abarca esta investigación ha hecho que, aparte del conocimiento histórico de las diferentes épocas que abarca la temática de las novelas traducidas, además de la vida de dos autores y su obra, haya sido necesario recurrir a estudios de distintas disciplinas: la lexicología, la historia de la historiografía, la crítica textual, la antropología, la historia social o la toponimia.

En primer lugar, se ha comenzado con una lectura inicial de las novelas siguiendo el orden primero de la novela *Al-mūrīskī l-ajīr* de Şubhī Mūsà, después *Sīrat ḥimār* y *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd.

En segundo lugar, se ha procurado recoger toda la información existente sobre los escritores en los escasos trabajos que los abordan y principalmente en internet y en las redes sociales, aparte de las citadas entrevistas para contrastar y añadir información al análisis de sus obras.

A continuación, se ha procedido a realizar el primer borrador de la traducción de las novelas señalando los temas principales que tratan, la identificación de los personajes históricos y ficticios, lugares y topónimos.

Entre las herramientas utilizadas para la traducción de las novelas, se han utilizado diversas obras lexicográficas del árabe monolingües modernas, incluidas algunas digitales², bilingües árabe-español³, árabe-inglés⁴ y francés-árabe⁵, entre otras.

Asimismo, se ha consultado con los escritores las dudas acerca de muchas expresiones aparecidas en el texto. Para la identificación de personajes y topónimos se ha recurrido a obras de la Real Academia de la Historia (RAH)⁶, la Academia Andaluza de la Historia, obras de referencia especializadas como la segunda edición de la *Encyclopédie de l'Islam*⁷ y la tercera en proceso de publicación⁸, aparte de otros diccionarios toponímicos generales.

Para el estudio de la historicidad de la novela *Sīrat ḥimār* de Ḥasan Awrīd se ha tenido que consultar obras de pensamiento filosófico neoplatónico y de cultura e historia romana, así como de literatura clásica árabe para poder interpretar bien la obra. En el caso de las novelas *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd y *Al-mūrīskī l-ajīr* de Ṣubḥī Mūsà, ha sido necesario cotejar la historia relacionada con la etapa de la Rebelión de las Alpujarras con las crónicas de la época para analizar la veracidad de los hechos históricos narrados mediante una selección de fragmentos de las novelas, comparando los hechos narrados con los descritos en dos de las crónicas contemporáneas de los hechos más importantes del siglo XVI: *Guerra de Granada* de Diego Hurtado de Mendoza y la *Historia de la Rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada* de Luis Mármol de Carvajal. Lógicamente, también se ha contrastado dicha información con los grandes estudios de referencia como la obra de Julio Caro Baroja *Los moriscos del Reino de Granada*.

Para el estudio de los escritores y sus obras, el principal problema al que nos enfrentamos fue la escasez o prácticamente inexistencia de estudios científicos desde donde partir en

²*Al-Munýid fī l-luga; Al-Ma'ānī qāmūs.*

³Corriente. *Diccionario árabe-español*; Cortés. *Diccionario de árabe culto*. Corriente y Ferrando. *Diccionario avanzado*.

⁴Wehr. *A dictionary*.

⁵*Al-Maḥḥar. Qāmūs faransī 'arabī.*

⁶*Diccionario Biográfico Español*. RAH.

⁷EP². *Encyclopédie de l'Islam*.

⁸EI₃. *The Encyclopaedia of Islam THREE*.

nuestra investigación. Por ello, hubo que recurrir a una exploración y rastreo de la información escrita y audiovisual en Internet y las redes sociales sobre los dos escritores para su posterior traducción del árabe, del inglés y del francés, su interpretación y análisis. En este punto de la investigación, han sido de gran utilidad herramientas como las redes sociales (Facebook) para recoger artículos realizados en prensa por el escritor egipcio e intercambiar opiniones.

Desde el primer momento, nuestra intención ha sido presentar toda esta información de la forma más objetiva e imparcial posible. No obstante, es inevitable que nos hayamos dejado influenciar a veces por el pensamiento de los escritores.

En la traducción de las novelas se ha realizado una primera versión literal y una segunda adaptada literariamente, salvo la novela *Al-mūrīskī l-ajīr* de Ṣubḥī Mūsà debido a la imposibilidad de hacerlo por falta de tiempo. Otros aspectos más detallados sobre la metodología de la traducción están indicados en el apartado correspondiente de cada novela (apartados 5.1, 6.1 y 7.1)

Puesto que las obras analizadas están escritas esencialmente en árabe clásico (*fuṣḥà*), no ha sido necesario el estudio y conocimiento del árabe dialectal egipcio (*'āmmiyya*) ni del dialectal marroquí (*dāriyya*). Por otro lado, para detectar y describir las expresiones coloquiales que se han ido encontrando en las novelas, así como dichos o referencias culturales de la novela, se ha contado con la ayuda de los dos escritores.

El sistema de transcripción fonética que se ha empleado en esta tesis es el de la revista *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebreos* de la Universidad de Granada para la parte del estudio. Sin embargo, en la traducción de las novelas este sistema se ha adaptado a la traducción divulgativa de la literatura árabe moderna eliminando los puntos diacríticos y adoptando el sistema de transcripción del inglés, como en el caso de *th* para la ث y el sonido *sh* para la ش, o del francés o del español. Esta inconsistencia se debe a la finalidad de preparar una publicación destinada al gran público, siguiendo los planteamientos del traductor Antonio Galán Sánchez, que en su versión de *Tilka al-rā'iḥa* del egipcio Ṣun' Allāh Ibrāhīm advierte:

Enfrentados a la cuestión de la transcripción de nombres propios, hemos optado por un criterio pragmático, prefiriendo siempre la transcripción más usual de los nombres, que suele proceder del inglés pero que a veces procede del francés, y que en cualquier caso coincide con la ortografía que en los contextos originales convive con los nombres árabes. Si bien es cierto que este criterio

puede dificultar la pronunciación del lector hispanohablante, consideramos que la mayor trazabilidad de las referencias culturales que así se obtiene supone una ventaja innegable⁹.

Para la citación de las referencias bibliográficas se ha seguido el sistema actual de las revistas científicas de Estudios Árabes e Islámicos, como *Al-Qantara* y *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebreos*, consiste en indicar en nota a pie la referencia abreviada e indicar en bibliografía la referencia completa según el sistema similar al de la norma ISO 690 adaptada por el *Index Islamicus*¹⁰.

Estructura y contenido

La presente tesis doctoral se divide en siete capítulos. En el primero de ellos se hace una contextualización histórica y socio-cultural de los dos momentos principales que abarcan las novelas. Si bien en estas se hace una mirada retrospectiva a otros tiempos del pasado de nuestra historia, no hemos entrado en ellos por lo extenso del espacio temporal que abarcan y por no pertenecer estos al hilo principal de la trama narrativa.

Dentro de este primer capítulo, a modo general, se presenta un resumen de la etapa mudéjar como preámbulo al levantamiento acaecido en el barrio del Albaicín.

Está comprobado que la política internacional es determinante en la manera en la que se desarrollan las políticas de cada país a nivel local. En este sentido, no hay duda ya de la importancia del papel que jugó el Imperio otomano en las revueltas de las Alpujarras, del mismo modo que lo hicieron las relaciones con otros países europeos como Inglaterra, Francia, Holanda e Italia. En este orden de cosas, se señala principalmente a Italia, sede del Vaticano, por lo que se ha realizado una síntesis histórica del contexto internacional de los siglos XVI y XVII en la etapa previa a la guerra, destacando el papel de las misivas escritas de España con Italia en estos siglos y su importancia en el desencadenamiento de los hechos. Pero también, se ha presentado la rebelión de las Alpujarras en el contexto del mar Mediterráneo, sus relaciones comerciales, la piratería, y centrado nuestra atención en Marruecos en los siglos XVI y XVII.

⁹Sonallah. *Ese olor*, introducción. Al mismo tiempo, reconoce: “Ni qué decir tiene que esta solución solo es válida para un medio divulgativo, y que no sería en absoluto aplicable en contextos que exigen una mayor fiabilidad, como por ejemplo una investigación universitaria o una exégesis del Corán. De hecho, en una misma obra pueden convivir varios sistemas según se necesite más precisión o más legibilidad”; véase Galán Sánchez. “Mi solución a la preocupación”.

¹⁰ Ver las normas en [Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos. Sección Árabe-Islam \(ugr.es\)](#)

A continuación, el estudio se ha adentrado en los pormenores de la rebelión de las Alpujarras, las diferentes etapas que atravesó hasta el posterior exilio morisco y su diáspora.

En el punto 1.2 se tratan los acontecimientos de la Primavera Árabe en Egipto, segunda línea temporal de la novela *Al-mūrīskī l-ajīr* de Şubḥī Mūsà y hechos que movieron al escritor Ḥasan Awrīd a escribir *Sīrat ḥimār*.

En el segundo capítulo se aborda el tema de la literatura árabe moderna y contemporánea, realizándose en el apartado 2.1 una panorámica general de la novela árabe en su contexto sociopolítico y su repercusión en la literatura árabe, sin olvidarnos de los temas literarios de la historia de la cultura árabe presentes en la actualidad en la novela árabe.

Al tratarse de dos escritores coetáneos y que desarrollan su obra principalmente en este siglo XXI, hemos considerado imprescindible señalar las características generales de la novela postmodernista árabe.

Finalmente, en el punto 2.2 se trata someramente la novela histórica en la literatura árabe, donde se encuadran las dos novelas que tratan sobre moriscos cuya traducción y estudio son el objeto de esta tesis.

En el capítulo tercero se realiza un estudio de las novelas *Sīrat ḥimār* y *Al-mūrīskī (El morisco)* de Ḥasan Awrīd y, dentro de él, en el punto 3.1 se dedica un espacio a la vida y obra del escritor enmarcando su trayectoria vital en tres etapas: la primera de ellas, se refiere a sus orígenes, formación y juventud; la segunda, a su actividad política de y de gestión de gobierno y administración; y la tercera, a su actividad docente e intelectual. Asimismo, incluimos una entrevista personal realizada por nosotros al escritor. En el punto 3.2, tratamos la producción del escritor para entrar a continuación en el estudio de estas dos novelas con un análisis literario. En el punto 3.3 se analiza la historicidad de la novela *El morisco* extrayendo un conjunto de fragmentos de ella y comparándolos con los pasajes correspondientes a los mismos hechos según dos crónicas clásicas primordiales para conocer la realidad de la sociedad granadina del siglo XVI, *Guerra de Granada* de Diego Hurtado de Mendoza y la *Historia de la Rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada* de Luis del Mármol Carvajal.

En el capítulo cuarto, se hace un estudio de la novela *Al-mūrīskī al-ajīr* de Şubḥī Mūsà, prácticamente desconocido en España hasta ahora, elaborando una biografía del escritor en el punto 4.2, que incluye también una entrevista oral al escritor así como una entrevista escrita. El punto 4.3 está dedicado a la producción de Şubḥī Mūsà, mientras que en el punto 4.4 realizamos un estudio de carácter literario de la novela, concluyendo este

apartado con un análisis de la historicidad de esta novela siguiendo el mismo esquema de trabajo aplicado a la obra de *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd, es decir, mediante la selección de fragmentos de la novela y su comparación con los hechos correspondientes narrados en las dos crónicas fundamentales del siglo XVII mencionadas anteriormente.

En el capítulo 5 se incluye la traducción de la novela *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd, explicando en el punto 5.1 la metodología empleada en su traducción y los criterios traductológicos por los que nos hemos regido básicamente y, en el punto 5.2, la traducción propiamente dicha.

En el apartado sexto, se incluye la traducción del relato *Sīrat ḥimār*, dedicando el punto 6.1 a la explicación de la metodología y los criterios traductológicos empleados y el punto 6.2 a la traducción en sí misma.

El capítulo séptimo, contiene la traducción de la novela *Al-mūrīskī al-ajīr* de Ṣubḥī Mūsà e, igualmente, se explica en el punto 7.1 la metodología y criterios traductológicos empleados para su traducción. Por último, se incluye en el apartado 7.2 la traducción de la novela.

Tras ello, las conclusiones exponen los principales resultados y aportaciones científicas de la tesis que se cierra con la bibliografía general utilizada.

1. Contexto histórico y socio-cultural

1.1. Mudéjares y moriscos (s. XIII-XVII)

1.1.1. Definición de los términos mudéjar y morisco

Comenzaremos este estudio definiendo los términos morisco y mudéjar. El vocablo morisco se refiere al musulmán que ha sido bautizado y, por tanto, es cristiano y que permanece en tierra española después del año 1500 cuando el cardenal Cisneros lleva a cabo su campaña de conversiones¹¹. Es importante tener en cuenta que no se trata solo de musulmanes bautizados voluntariamente, sino de bautizados obligadamente en la mayoría de los casos en cumplimiento del edicto de conversión forzosa promulgado en 1502 y que acaba así con la etapa mudéjar al convertir a todos estos musulmanes en cristianos, denominados como “moriscos” en su nuevo estatus¹². Previamente a esta fecha, a los musulmanes que se habían quedado en tierras cristianas conservando su religión y costumbres se les conoce con el nombre de mudéjares, ahora ya como una minoría religiosa inversa: los mozárabes que eran una minoría religiosa bajo el islam ahora son los señores que gobiernan a sus anteriores gobernantes musulmanes convertidos en mudéjares sometidos¹³. Paulatinamente, algunos de estos mudéjares se habían ido convirtiendo al cristianismo voluntariamente, pero la mayoría se había mantenido fiel a su religión, origen del posterior problema cuando se les obligue a convertirse al cristianismo (moriscos) y con ello surja el conflicto. Sin embargo, para los árabes del norte de África, para los del Oriente y para los otomanos, los moriscos son “andalusíes”¹⁴. En este sentido, el profesor Jaafar Benelhaj Soulami opina¹⁵ que el término más apropiado sería el de andalusíes moriscos, término que hace justicia a la memoria de los musulmanes emigrados de la tierra que había sido de al-Andalus. Por su parte, María Jesús Viguera sintetiza el proceso que la involución territorial de al-Andalus provoca en la población de la siguiente manera:

la población musulmana pudo permanecer en los territorios ex-andalusíes que iban siendo conquistados por los reinos cristianos de la Península Ibérica, con el estatuto de "mudéjares", manteniendo su fe y otros aspectos de sus estructuras, hasta el siglo XVI, cuando acabó este Islam

¹¹Lea. *Los moriscos españoles*, pp. 103-129.

¹²Green-Mercado. “The forced conversions”.

¹³Molénat. “Minorías en el espejo”.

¹⁴Bernabé Pons. *Los moriscos. Conflicto, expulsión*, pp.16-19.

¹⁵Según nos comunica en conversación particular durante nuestra estancia en la Universidad Abdelmalek Essaadi Tánger-Tetuán en 2020. Véase además: Benelhaj. “Los historiadores clásicos árabes”; Benelhaj. “La memoria de las campañas”.

mudéjar, entre 1502 y 1526, oficialmente trocado en "morisco" o de "cristiano nuevo", al aplicarse el decreto de su conversión, aunque siguió una tensa situación de cripto-Islam, hasta la expulsión morisca de 1609-1614, tras la cual la presencia del Islam en España fue escasísima y fortuita, durante tres siglos largos, hasta esta segunda mitad de nuestro siglo XX, en que notablemente se ha incrementado¹⁶

Por otro lado, recientes investigaciones están cuestionando la terminología usada por la historiografía de los moriscos porque esta ha adoptado el lenguaje de los edictos de expulsión del siglo XVII asumiendo que todos los descendientes de musulmanes en la España del siglo XVI fueron moriscos. Por ello, se ha acabado por unificar y uniformar desde un punto de vista lingüístico bajo la palabra “morisco” a realidades muy diferentes. Así lo afirma Max Deardorff, que considera que hasta 1611 los “moriscos antiguos” no quedaron definitivamente circunscritos a la definición jurídica de ‘morisco’, y afirma que todo parece indicar que los “cristianos viejos de moros” y los inmigrantes africanos no fueron nunca incluidos en esa definición¹⁷.

1.1.2. Apuntes historiográficos sobre los moriscos

En la historiografía española, los estudios sobre moriscos han pasado por diferentes etapas históricas, con visiones distintas, o contrapuestas a veces, en la manera de tratar o de comprender el asunto, como magistralmente ha abordado Francisco Márquez Villanueva en su estudio fundamental “El problema historiográfico de los moriscos”¹⁸. Además, esta historiografía no está exenta de una fase polémica centrada en las tesis contrapuestas de los detractores de la expulsión y de los panegiristas entusiastas, que a su vez reflejan las dos interpretaciones de la historia de España¹⁹.

Así, la historiografía de los siglos XVI y XVII da por supuesta la falta de conversión del cristiano nuevo y el bajo escalón social que los moriscos convertidos ocupan debido a su origen. Tampoco hace un análisis en profundidad de las medidas políticas tomadas respecto a ellos. Como señala Viguera, la historiografía de

[esta segunda etapa, desencadenada por la brusca ruptura estatal del estatuto mudéjar, que es ya la etapa morisca, durante el siglo XVI y hasta la definitiva expulsión de comienzos del siglo XVII, contempla una cuidadosa revitalización de la ideología reconquistadora, con su fondo de legalidad neogótica, y su propósito, al fin realizado, de acabar con el residuo andalusí que aún pudiera anidar en los cristianos nuevos, desterrándolos de la Península Ibérica, en episodio que uno de sus más conspicuos apologistas del siglo XVII, el dominico Jaime Bleda, quiso no sólo paliar sino ensalzar por dar al fin culminación a la Reconquista²⁰.

¹⁶Viguera. “Al-Andalus y su estudio”, 19-20.

¹⁷Márquez Villanueva. *El problema morisco*, 93-195. Véanse los comentarios sobre esta obra de García-Arenal. “El problema morisco”; Viguera. “Al-Andalus y su estudio”, 23-24, 29.

¹⁸Reglà. *Estudios sobre los moriscos*. p.24.

¹⁹Reglà. *Estudios sobre los moriscos*. p.24.

²⁰ Viguera. “Al-Andalus y su estudio”, 22-23.

A partir de este último siglo hay un gran salto, precedido de un vacío, al siglo XIX donde los historiadores se muestran más proclives a los ataques o a la defensa de la situación monárquica y de su política social y religiosa. Estos observaban en la sociedad de la época la existencia de dos comunidades que conviven en un enfrentamiento racial constante reflejo de la lucha de dos mundos antagónicos y separados por el Mediterráneo. Es por ello que los estudiosos del tema comienzan a ser más realistas con respecto a las consecuencias económicas de la expulsión decretada en 1609²¹ habida cuenta de la intensísima y productiva actividad económica que los moriscos mantuvieron como continuación del potente tejido productivo nazarí, hasta en la más pequeña alquería²². Debe tenerse en cuenta que, como señala A. Ortega:

es la presión ideológica, intelectual y vital que desde finales de la conquista se cierne sobre todo lo que significa el mundo islámico peninsular y que se acrecienta a partir del siglo XVI la que crea el caldo de cultivo sobre el que crece la imagen que se ha incrustado en el inconsciente colectivo: la violencia para la asimilación de una minoría, los intentos de conversión y la consideración de enemigo interno posible aliado de los turcos, la desconfianza y la presión inquisitorial sobre esos cristianos nuevos, y su definitiva expulsión²³.

El siglo XX supone el período áureo de la historiografía morisca y un cambio en la visión hacia el cristiano nuevo, considerado ahora víctima circunstancial de una sociedad más compleja de la que se había reflejado en los siglos anteriores. La intensificación de las investigaciones en el siglo XX también abarca a los mudéjares, objeto de amplísimo estudio no solo desde la historia, sino también desde el arabismo, desde el área de Estudios Árabes e Islámicos con grandes impulsores como Epalza o Viguera²⁴.

Es, tras el edicto de conversión forzosa dictado por el cardenal Cisneros en el año 1502, cuando se delimita el espacio temporal de estudio en el período que va desde la Guerra de Granada o Rebelión de las Alpujarras (1568-1571) hasta la expulsión de los moriscos en 1609.

Según su procedencia geográfica, se clasifica a los moriscos en tres grandes grupos²⁵:

- En primer lugar, se encuentran los moriscos de la Corona de Aragón, divididos en aragoneses, vasallos de los señores asentados en las áreas más fértiles del valle del Ebro, y valencianos, predominantes en el antiguo reino del Turia.

²¹Bunes Ibarra. *Los moriscos en el pensamiento*, pp. 13-14.

²²Véase, como ejemplo, el caso de Gójar: García Benítez. "Economía morisca".

²³Ortega Ruiz. "Aproximación", 232.

²⁴Echevarría Arsuaga. "María Jesús Viguera y el mudejarismo".

²⁵Bunes Ibarra. *Los moriscos en el pensamiento*, pp. 13-14.

- Un segundo grupo, engloba a los moriscos castellanos, que son los antiguos mudéjares y asimilados casi totalmente a las formas de vida cristianas que disfrutaban de gran libertad de movimiento.
- Un tercer grupo estaría formado por mudéjares y moriscos andaluces, que se sublevaron por primera vez contra la política intransigente del cardenal Cisneros en el año 1500²⁶.

En su conjunto, la política interior del emperador Carlos V²⁷ (1516-1556) es de tolerancia y permisividad. Si bien el monarca promulgó ciertas leyes pragmáticas que prohibían a los moriscos seguir con los usos y costumbres²⁸ propios de la vida islámica, estas nunca se llevaron a la práctica²⁹.

No obstante, hubo voces más próximas al poder que consideraron que su política fue excesivamente permisiva, lo cual propició que se desencadenaran una serie de hechos que culminaron con la sublevación final de los moriscos. Algunas voces apologistas de la expulsión la justifican diciendo: “¿Qué estado los hubiera tolerado en su seno?” Sin embargo, España los toleró durante más de un siglo con la paciencia que ningún otro gobierno de Europa hubiera tenido. Incluso, Francisco I de Francia llegó a decir a Carlos V en Madrid que “la tranquilidad no se establecería del todo en sus estados hasta que hubieran expulsado a todos los moros y moriscos”³⁰.

En definitiva, en política exterior en tiempos de Carlos V se vivió un período de relativa estabilidad. Sorprendentemente, la llegada del rey Carlos V a Granada en 1526, tras su boda con Isabel de Portugal, supuso hallarse en una ciudad casi completamente musulmana³¹.

En política interna se inicia una etapa decisiva en la opresión de los moriscos y se adoptan una serie de medidas que vedan las costumbres consideradas como manifestación de islamismo³². Sin embargo, con la llegada al trono de Felipe II (1556-1598) la situación

²⁶Y no solo en Granada, sino también en otros lugares de Andalucía como Ubrique, donde los mudéjares se sublevaron en octubre de 1500: Carriazo Rubio. “Los mudéjares de Ubrique”, 187.

²⁷Bueno García. *Los moriscos. La integración no fue posible*, pp. 47-49.

²⁸Ansón Calvo. *Del esplendor morisco*, pp.127-141.

²⁹Bunes Ibarra. *Los moriscos en el pensamiento*, p.14.

³⁰Marañón. *Expulsión y diáspora*, p.29.

³¹Bernabé Pons. *Los moriscos. Conflicto. Expulsión*, p. 35.

³²Epalza Ferrer. *Los moriscos antes y después*, pp.79-80.

internacional cambiaría radicalmente y, con ello, la opinión general sobre el tema morisco daría un giro radical. En política interna ya no cabe esperar ninguna vuelta atrás en el propósito de reprimir sin condiciones cualquier manifestación de disidencia política o religiosa³³.

A mediados del siglo XVI los turcos del Imperio otomano y los berberiscos del Magreb amenazaban la paz en el Mediterráneo centro occidental. En ese marco geopolítico, los moriscos, vistos ahora como un ‘quintacolumnista’³⁴, como un posible colaboracionista con el enemigo turco por ser musulmanes —la conversión forzosa de los mudéjares al cristianismo estaba bajo sospecha—, serían concebidos de otra manera, pues ahora eran considerados como una amenaza a la Monarquía Hispana³⁵.

Como consecuencia inmediata, veremos que la convivencia entre cristianos nuevos y viejos empieza a deteriorarse más aún, pues la evolución en las relaciones entre moriscos y castellanos había sido negativa en perjuicio de los moriscos desde el principio de siglo XVI, salvo casos excepcionales en algún pleito como el sucedido en Guadix en 1542³⁶. En esta funesta coyuntura política y social estalla la Rebelión de las Alpujarras (1568-1571), uno de los conflictos más crueles que ha vivido la historia de España y que los investigadores han definido como estrictamente de carácter religioso.

Adentrándonos en el meollo de la guerra, nos encontramos ante el enfrentamiento de dos ejércitos con fuerzas muy dispares. Por un lado, el reino hispano, arropado por los cristianos viejos, que utilizaban el perfectamente engrasado sistema militar español, ya empleado de forma exitosa en la empresa europea (Tercios). De otro, los moriscos, cuyas maltrechas milicias hacían uso de las técnicas de guerrilla. Entre estos últimos, tras el asesinato de Aben Humeya por sus propios correligionarios, triunfó la facción de los más radicales, los monfies, que tomarían las riendas de la rebelión³⁷.

En el campo de la historiografía del siglo XVI, destacan principalmente tres grandes historiadores que escribieron sobre los sucesos de esta guerra³⁸:

³³Bernabé Pons. *Los moriscos. Conflicto. Expulsión*, pp. 36-37

³⁴Domínguez Ortiz y Vincent. *Historia de los moriscos*, p.29.

³⁵Barrios Aguilera. *La suerte de los vencidos*, p.196.

³⁶Cano y Espejo. “Una aproximación a la convivencia”.

³⁷Bunes Ibarra. *Los moriscos en el pensamiento*, p. 13.

³⁸Bunes Ibarra. *Los moriscos en el pensamiento*, p.15.

- Diego Hurtado de Mendoza, con una pequeña obra titulada *La guerra de Granada*³⁹.
- Luis Mármol de Carvajal con su *Historia de la Rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada*,
- y las *Guerras Civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita, relato novelesco de la revuelta y fuente historiográfica poco fiable.

Basándose en estas tres crónicas, se realizan gran parte de los estudios contemporáneos sobre los moriscos.

El texto de Pérez de Hita, concebido como una continuación de su exitosa *Primera parte de las Guerras civiles de Granada*, se caracteriza por un alto grado de ficción literaria. En ella se aprecia cierta ‘maurofilia idealizada’, semejante a la que significaba la primera parte de la obra. Así se deja entrever en su visión realista de la guerra y en la manifestación de una cierta compasión hacia los vencidos. En cuanto al texto de Hurtado de Mendoza, es la obra madura de un notable caído en desgracia unos años antes, un representante de la vieja aristocracia ‘promorisca’⁴⁰.

Por su parte, Luis del Mármol Carvajal ofrece un relato muy pormenorizado de los hechos. Su obra se distingue de los textos de Pérez de Hita y Hurtado de Mendoza por una aparente indiferencia ante la suerte de los moriscos, posiblemente fruto de las ambiciones políticas del autor. Ninguno de los tres plantea la necesidad de una obligada expulsión⁴¹.

Aunque estos tres historiadores demuestran sus tendencias a favor y en contra del morisco, en ningún momento se plantean un remedio radical como la expulsión de los moriscos.

A partir del 1609 aparece una literatura de tipo apologético y oportunista que defiende la medida dictada por Felipe III. A esta corriente, entre otros, pertenecen autores como el dominico Juan de Bleda, Damián Fonseca, Pedro Aznar Cardona, Marcos de Guadalajara y Javier, Antonio Corral y Rojas, Vicente Pérez de Cúllar, Méndez de Vasconcellos, Martín González de Cellorigo, Aguilar Gaspar, Juan Ripoll y Juan Luis de Rojas, Pascual

³⁹Bueno García. *Los moriscos*, pp. 25-26.

⁴⁰Carette-Ismaïl, “La circulación de los moriscos”, pp. 230-231.

⁴¹Carette-Ismaïl, “La circulación de los moriscos”, 231.

Boronat y Barrachina⁴². Pongamos como ejemplo lo que llega a afirmar este último: “Del sucesor de Felipe II, poco hemos de decir, pues creemos que de los hechos trascendentales ocurridos en su reinado y singularmente de la solución dada al problema morisco, sería poco menos absurdo atribuirle responsabilidad alguna”⁴³.

El siglo XIX solo nos transmite obras que intentan justificar o criticar la política y soluciones tomadas por Felipe II. Los acercamientos al problema morisco no son más que la actualización de las obras clásicas sobre el tema y la utilización de sus pasajes como apoyo de las tesis expuestas. Con el último Austria español y la llegada de los Borbones a la monarquía española, el problema morisco cae en el más absoluto olvido. Este silencio será roto solo por los románticos después del primer tercio del siglo XIX. Es en la década de los cincuenta del siglo XIX cuando se vuelve a estudiar el tema morisco⁴⁴.

A comienzos del siglo XX apenas hay interés por el tema morisco, pero a mediados de siglo hay un cambio de panorama tal vez propiciado por el creciente interés en las minorías y marginados y por la polémica entre los historiadores, encabezada por Sánchez Albornoz y Américo Castro, sobre la realidad histórica de España⁴⁵.

Como consecuencia de todo esto, la historiografía de carácter polémico da paso a una visión científica del problema. Los historiadores del tema morisco a partir de esta fecha toman partido favorable al morisco, no para crear polémica sino para hacer justicia.

En este siglo XX, la obra de Julio Caro Baroja *Los moriscos del Reino de Granada. Ensayo sobre historia social*, es considerada por los estudiosos la mejor síntesis de las obras de Diego Hurtado de Mendoza, Luis de Mármol Carvajal, Ginés Pérez de Hita y Bermúdez de Pedraza.

Recientemente, un número importante de estudios han discutido sobre las causas reales de la expulsión de los moriscos. Algunos historiadores insisten en que la clave para entender esta decisión está en la coyuntura política y, más concretamente, en el hecho de que en abril de 1609 se firmara una tregua con Holanda y que el régimen recurriera a la expulsión de los moriscos para compensar una medida tan impopular. Según esta teoría, para justificar la expulsión, el régimen necesitaba de la existencia de un marco ideológico

⁴²Bunes Ibarra. *Los moriscos en el pensamiento*, pp. 13-22.

⁴³Boronat y Barrachina. *Los moriscos españoles*, p.1.

⁴⁴Bunes Ibarra. *Los moriscos en el pensamiento*, pp. 13-22.

⁴⁵Bunes Ibarra. *Los moriscos en el pensamiento*, pp. 13-22.

que hiciera ver que los moriscos eran incapaces de integrarse en la sociedad hispana. Aunque en los últimos años esta teoría se ha convertido en dominante, no es novedosa porque importantes historiadores como Fernand Braudel y John Elliot ya se habían percatado de este hecho⁴⁶. Para Cristina Segura Graiño,

No hubo intención de integración de la antigua población del Reino de Granada con los repobladores que acudieron a ocupar los bienes de los musulmanes a los que se obligaba a dejarlos. Eran unas tierras ricas, con una población laboriosa, con unos cultivos especializados y prósperos, que entró, a partir de la conquista cristiana, en una decadencia progresiva. La agricultura de regadío, en la que privaba la pequeña y media propiedad, que los musulmanes habían mantenido y practicaban perfectamente, que era la base de su vida y economía, fue progresivamente desapareciendo, siendo sustituida por un latifundio en el que el cereal predominaba, un cultivo diferente a lo que anteriormente había dado la prosperidad a los granadinos⁴⁷.

Algunos investigadores han señalado que a finales del siglo XVI y comienzos del XVII no existían teorías racistas o *racialistas*, sino más bien una ‘retórica de la diferencia’ basada generalmente en cuestiones de religión y origen. Por tanto, no debe hablarse de ‘limpieza étnica’, es más correcto llamarla ‘limpieza de religión’. La explicación la encuentran algunos autores en que tal concepto aún no existía en el periodo de la expulsión⁴⁸.

Sin embargo, no podemos considerar el factor religioso como el único elemento perturbador y descartar otros tales como la fuerza del comercio, la ambición por apoderarse de sus propiedades, la amenaza de las rebeliones y el peligro militar⁴⁹.

Por el contrario, esta opinión contrasta con la de quienes certifican apreciar ya en la época un ‘racismo de estado’: “Quedó excluido tolerar la presencia de comunidades de infieles en España. Había que bautizar los moriscos obligadamente, pues solo así la Inquisición podía intervenir, aplicando su propio reglamento jurídico”⁵⁰.

También hay quienes piensan que existía un rencor compartido por el lado musulmán y el cristiano. De un lado, “se observa en los musulmanes una especie de celo religioso de combatir por la fe en forma de *yihad*, en contraposición a la codicia y venganza sin más ideales religiosos que parecía mover a los cristianos”⁵¹.

Entre todas las afirmaciones encontradas, consideramos más cercana a la realidad la idea de que aquella era una época en la que el cambio social era muy habitual y que, más allá

⁴⁶García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, pp. 66-101.

⁴⁷Segura Graiño. “Los mudéjares de Almería”, 539.

⁴⁸García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, pp. 66-101.

⁴⁹El Taiebi. *Kitāb al-Ŷumān fī mujtaṣar*, pp. 85-103.

⁵⁰Zayas. *Los moriscos y el racismo*, pp. 99.

⁵¹Peinado Santaella. *Guerra santa, cruzada*, pp. 40-41.

de ser esta una sociedad estamental al modo ‘europeo’, el peso del dinero fue el motor del cambio en aquella España de los siglos modernos junto con el servicio a la Corona. En este contexto, la élite morisca granadina debió sobrevivir buscando un lugar en la sociedad. Por tanto, el modo de vida parece que fue más definitorio del status que el propio abolengo⁵².

Hoy en día, el debate parece cerrado y sus diferentes teorías aclaradas, pues se afirma que los moriscos no integraban una raza diferenciada de la ‘española’ y que la expulsión podría haber sido un hecho evitable. En efecto, no era el contingente morisco un grupo tan homogéneo como se podría esperar, pues en su seno albergaba las mismas diferencias, cambios y contradicciones que la comunidad cristiana⁵³. Incluso, se ha referido a ellos como “población”, o grupo o segmento demográfico concreto del conjunto de la población española del siglo XVI⁵⁴.

Ahondando en el tema, se observa cómo en la época se hablaba de diversas ‘naciones’, a un mismo nivel: genovesa, florentina o morisca, e incluso, los propios moriscos empleaban este tipo de expresiones. Además, la resistencia morisca fue la primera de carácter ‘nacional’ con la que el Estado español de formación reciente tuvo que enfrentarse, incluso antes de hacerlo con Flandes, el desgajado condado catalán o Portugal, entre otros. Sus mecanismos de defensa y conformación actuaban al mismo tiempo, tanto en el interior como en el exterior de la Península Ibérica⁵⁵.

De suma importancia para la historiografía del tema morisco, en general, es el texto conservado (el *Memorial*, de 1566) de Francisco Núñez Muley⁵⁶, un noble y anciano morisco que había nacido cuando todavía existía al-Andalus, en el final del Emirato Nazarí y, por tanto, fue uno de los últimos andalusíes. Este personaje nació en Granada dos años antes de su toma por los Reyes Católicos, fue paje del obispo Hernando de Talavera⁵⁷ y un gran defensor de la comunidad musulmana de Granada. Llevó vida de cortesano al servicio sucesivamente de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II.

⁵²Soria Mesa. *Los últimos moriscos*, pp. 127-128.

⁵³Bernabé Pons. *Los moriscos. Conflicto. Expulsión*, p. 144.

⁵⁴Díaz Esteban. *Los moriscos. Una mirada*, p.27.

⁵⁵Vincent. *El río morisco*, pp. 65-66.

⁵⁶Bernabé Pons. *Los moriscos. Conflicto. Expulsión*, pp.39-40.

⁵⁷Bueno García. *Los moriscos. La integración*, pp. 26-29.

Era el personaje ideal, conocedor de la corte y del mundo eclesiástico, un hombre culto, que hablaba bien y escribía mejor.⁵⁸

1.1.3. Mudéjares en el preámbulo de la revuelta

El período que transcurre entre la guerra de conquista castellana (1485-1492) y los primeros años tras la conversión general mudéjar (1499-1501) en la historia de los que habían sido hasta hacía poco andalusíes y ahora eran mudéjares granadinos se caracteriza por una constante situación de conflicto.

El ascenso al trono de Isabel I en Castilla, en 1474, y de Fernando II de Aragón, después en 1478, supuso una concentración del poder cristiano nunca dada hasta entonces, aunque en un principio no llevó consigo un cambio drástico de política respecto a los mudéjares castellanos o aragoneses por parte de ninguno de los dos reyes. Por el contrario, se mantuvieron las tradiciones de cada uno de los reinos en lo referente a las relaciones entre la corona y sus súbditos musulmanes. Sin embargo, la situación de los mudéjares dentro de la propia comunidad cristiana se había ido enrareciendo en los últimos años⁵⁹.

La incorporación del reino de Granada a la Corona de Castilla atrajo una oleada de repobladores cristianos que irían ocupando la mayor parte del territorio. Al mismo tiempo, en el lugar, permaneció una ingente población andalusí musulmana en calidad de vasallos ‘mudéjares’, cuyo estatus jurídico-religioso⁶⁰; Barros. “Living as Muslims”.

ocasiona, desde el inicio, una situación bastante problemática⁶¹. Por tanto, la historia de los vencidos debe ser analizada desde esta perspectiva y teniendo en cuenta la relación enfrentada de ambas comunidades⁶².

La suerte de aquellos moriscos que eligieron, voluntariamente o no, vivir como los cristianos de su entorno aceptando la situación que políticamente les venía impuesta fue variopinta y hubo diferentes formas de integración⁶³. Pero, en general, el conflicto de fondo y situación de injusticia era muy fuerte pues se basaba en una cuestión fundamental para el individuo: su religión, que, en el caso de los andalusíes nazaríes convertidos en

⁵⁸Bueno García. *Los moriscos. La integración*, p. 63.

⁵⁹Echevarría Arsuaga. “Mudéjares y moriscos”, p. 383

⁶⁰Echevarría Arsuaga. “Mudéjares y moriscos”, p. 389-399 (“Instituciones y organización de los mudéjares”); Barros. “Living as Muslims”.

⁶¹Lea. *Los moriscos españoles*, pp. 83-102.

⁶²Galán Sánchez. *Una sociedad en transición*, pp. 21 y 22.

⁶³Echevarría Arsuaga. *Los moriscos*, p.61.

mudéjares tras la conquista, estaba solemnemente garantizada por las capitulaciones que, en apenas siete años empezaron a incumplirse sibilinamente primero (hasta 1499) y abiertamente después (con decretos de conversión forzosa a partir de 1502)⁶⁴. En el siglo XVI Garibay lo narra el proceso como si fuera algo natural tras la conquista:

De esta forma huieron fin en España los reyes moros y sus reynos, y por la bondad de Dios quedó todo libremente a los christianos, y en fin del año de mil y quatrocientos y nouenta y nueue, pareciendo a los reyes que era tiempo que los moros de Granada recibiesen nuestra sancta fe, se començó la conuersión suya en diez y seys de deziembre, siendo el que en ordenar estos cathólicos negocios entendía el primado de las Españas y de la Francia de los godos don fray Francisco Ximénez de Cisneros, arçobispo de Toledo, que después fue cardenal, como todo queda escripto en la historia de Castilla, y en el mesmo día se hizo la mezquita mayor de Granada iglesia catedral⁶⁵.

También nos informa de las revueltas de los moriscos (sin aludir a sus motivos ni explicar los agravios que los empujaron a ello) y que fueron sometidas por la fuerza, pasaron a cuchillo a los hombres y esclavizando a las mujeres. Y para justificar la decisión de la expulsión y conversión forzosa a partir de 1502, acude a motivos de superioridad religiosa o de seguridad:

A los demás moros de sus reynos en el año siguiente, que fue de mil y quinientos y dos, mandaron salir de todos ellos, desde el mes de março hasta mayo, así por obuiar para adelante semejantes mouimientos, como porque a los reyes y a los de su consejo pareció que era inominia del nombre christiano que el de Mahoma fuere reuerenciado en sus reynos. Tomando después nueuo acuerdo, mandaron que, sin salir, recibiesen todos el agua del santo bautismo, y de esta forma quedó el reyno de Granada abraçado con la santa fe cathólica romana⁶⁶.

Los estudios referidos al período mudéjar lo dividen de la siguiente manera⁶⁷:

- Una primera etapa de respeto de la religión musulmana y de sus practicantes. Duraría hasta el comienzo de las drásticas medidas tomadas por el Cardenal Cisneros⁶⁸, en el otoño de 1499. Desde 1492 a 1499, “parece clara la voluntad de ambas partes de respetar lo firmado en las capitulaciones, y casi toda la documentación real que se conserva para este momento está destinada a asegurar los derechos y el respeto de las limitaciones por parte de la comunidad mudéjar”⁶⁹.

⁶⁴No obstante, no eran los primeros incumplimientos: a lo largo del siglo anterior, el contexto legal de normas antimusulmán propicia “el incumplimiento repetido por parte de la monarquía de las capitulaciones firmadas con los musulmanes a lo largo de las campañas del siglo XV”: Echevarría Arsuaga. “Política y religión”, 72.

⁶⁵Garibay. *Historia de los reyes moros de Granada*, 176.

⁶⁶Garibay. *Historia de los reyes moros de Granada*, 176, cap. 43.

⁶⁷Galán Sánchez. *Una sociedad en transición*, pp. 21-22. Otras periodizaciones en Echevarría Arsuaga. “Mudéjares y moriscos”, p. 388.

⁶⁸Bueno García. *Los moriscos*, pp. 30-32.

⁶⁹Echevarría Arsuaga. “Mudéjares y moriscos”, p. 386.

- La segunda etapa tendría vigencia hasta 1526. Se caracterizó por cierta permisividad con los musulmanes, si bien ya existía un entramado político represivo con la minoría andalusí de religión musulmana.
- En una tercera etapa se aplicó el modo de vivir⁷⁰, en un principio, pero progresivamente se va adoptando una posición cada vez más intransigente. Finalmente, se llega a las medidas de 1566 que desembocan en la rebelión de 1568-1570. En última instancia, tuvo como desenlace la expulsión de los moriscos del reino.

Se ha hablado de colaboracionismo de mudéjares y moriscos en el tramo de tiempo que media entre el *mudejarismo* y la transición hasta la rebelión, y de 'resistencia pasiva' que desemboca en el dramático exilio de los moriscos al Norte de África. Son conocidos diversos casos de colaboracionismo por mudéjares y moriscos con las nuevas autoridades políticas y militares, pero se trata de casos minoritarios y aislados que, incluso y como es lógico en contextos de guerra, se habían producido a lo largo del siglo XV (la típica traición de un musulmán que facilita información para la entrega de una fortaleza o el éxito de un ataque a los enemigos cristianos). Pero como observa (sesgadamente y sin entender realmente el contexto) el historiador del siglo XVI, al contrario de lo ocurrido con dinastías islámicas que incorporaron cristianos (conversos o no al islam) a sus estructuras militares o administrativas, los mudéjares o moriscos no lo hicieron al servicio de los cristianos:

donde ponían sus gobernadores llamados almiralles, que en su lengua arábica se interpretan reyes, que eran escogidos de los más principales mamelucos, que son christianos renegados, en cuya fuerza consistía la potencia y defensa de sus Estados, como en él de los Ianiçaros la de los reyes turcos, que también son hijos de christianos, aunque, por mucha que es su auctoridad entre los turcos, mayor era el de los Mamelucos entre los egypcios, porque sus soldanes auían de ser elegidos de los mamelucos, que mediante valor militar ascendían a ser almiralles, por la grande opinión, que la dependencia de los christianos ha tenido y tiene entre los mahometanos, porque no solo los Mamelucos entre los egypcios y los ianiçaros entre los turcos tienen esta autoridad, más aún hazen lo mesmo entre los príncipes africanos los elches, que son los christianos renegados, lo que nunca hizieron los moros entre los príncipes christianos, así de los conuertidos a la fe como de los llamados mudéjares, que, viuiendo en su seta, son vasallos de los reyes christianos⁷¹.

Aunque los estudios se han centrado especialmente en la rebelión de Granada y se ha puesto énfasis en el período comprendido entre 1490 y 1526, cuando se toman las medidas de la Capilla Real, las que obligaron a los moriscos a 'ser y parecer', también es importante subrayar que la Granada mudéjar-morisca alargó su agonía ochenta y cinco

⁷⁰ Domínguez Ortiz y Vincent. *Historia de los moriscos*, p.28.

⁷¹ Garibay. *Historia de los reyes moros de Granada*, 142.

años y que, a duras penas, consiguió sobrevivir en una Europa donde el papel de la religión era elemento fundamental para la cohesión política de los estados⁷².

Parece claro que los mudéjares tuvieron siempre libertad para salir o quedarse, salvo en casos breves y concretos. Por el contrario, los moriscos ya no gozaban de esa libertad. Por su lado, las expulsiones de moriscos tampoco son generales, sino locales y concretas en respuesta a algún acto de rebelión; así ocurrió en Granada y luego en Valencia⁷³.

En un primer momento, se ha estimado que el número de cristianos que llegaron al Reino de Granada debió ser muy bajo, no más de 470 personas. Así lo pone de manifiesto el bachiller Serrano, en 1492⁷⁴.

Es de suponer que esta población cristiana debió incrementarse muy rápidamente, coincidiendo con el establecimiento de las franquicias y la imposición de órdenes restrictivas que impedían que los mudéjares pudieran comprar propiedades. Estos acontecimientos llevaron al acuerdo de 1498, de repartirse el espacio urbano. Este pacto fue el que motivaría un aumento inmediato de la conflictividad.

Desde el punto de vista político, el factor que realmente hacía diferentes a los mudéjares, al igual que ocurría con los judíos, es que no eran verdaderos 'naturales' del reino, pese a estar obligados a guardar lealtad al rey y actuar como súbditos obedientes a la corona⁷⁵.

Previamente, a lo largo de los siglos XIV y XV, se asiste a un incremento de la intolerancia hacia los mudéjares en la legislación regia y a un endurecimiento de las posturas de los teólogos cristianos frente al islam y al problema converso. En el bando islámico se piensa que los granadinos habían concedido la victoria al enemigo antes de ser derrotados. Como respuesta, el islam endurecerá sus posiciones teológicas y jurídicas, siendo una muestra de ello la conocida 'fetua'⁷⁶ de al-Wanšarīsī⁷⁷ de medidas muy rígidas. Entre otras normas, indicaba que un musulmán no debía permanecer bajo dominio cristiano y, de igual manera, tampoco podía adoptar las costumbres cristianas. De forma clara, esta fetua ya evidenciaba el nuevo posicionamiento del islam según algunos

⁷²Galán Sánchez. *Una sociedad en transición*, p. 24.

⁷³Díaz Esteban. *Los moriscos*, p. 80.

⁷⁴Galán Sánchez. *Una sociedad en transición*, p. 25.

⁷⁵Galán Sánchez. *Una sociedad en transición*, p. 61.

⁷⁶Del árabe *fatwà*, dictamen jurídico de un muftí; sobre ella, v. Vidal-Castro. "El muftí y la fetua".

⁷⁷Eminente muftí magribí y uno de los mayores juristas mālīkīes de su tiempo en el Occidente islámico, sobre el cual, v. Vidal-Castro. "Aḥmad al-Wanšarīsī".

autores⁷⁸. Aunque en un principio fue criticada como rigorista e inmovilista esta fetua, titulada *Asnà l-matāyir*⁷⁹, también ha sido interpretada como una voluntad de protección de la comunidad y defensa de los valores e identidad cultural de los musulmanes que, como de hecho acabó confirmándose al cabo de pocos años tras la conquista, no estaban garantizados a pesar del solemne tratado de las capitulaciones firmadas por los Reyes Católicos y las principales autoridades cristianas⁸⁰. Otras fetuas recogidas por al-Wanšarīsī y otros documentos muestran la comunicación entre los moriscos y la otra orilla del Magrib, la *'Udwa*, hasta el decreto final de expulsión⁸¹.

En la primera década del siglo XVI se produjeron cambios fundamentales que se tradujeron en un conjunto de cédulas reales promulgadas a partir de 1510. Es entonces cuando las capitulaciones de 1500-1501, que establecen la igualdad fiscal entre todos los vasallos, comenzaron a perder vigencia.

Las conversiones en masa de musulmanes al cristianismo comenzaron en enero de 1500, y es también cuando empezaron a emplearse los términos 'cristiano nuevo' y 'morisco'. Por el contrario, el apelativo 'elche' o 'helche'⁸² designaba a los cristianos, o hijos de cristianos, que se habían convertido al islam y que, por tanto, podían ser considerados como renegados. También designaba al conjunto del pueblo andalusí de religión musulmana. Resulta verdaderamente paradójico que los españoles llamasen con este término ("elche") a los moriscos, pues se trata de un arabismo procedente del andalusí *'ily* (con el sentido de 'cautivo', 'renegado') que en árabe clásico significa 'incivilizado' y, precisamente, era una de las palabras que los andalusíes usaban para denominar a los cristianos peninsulares⁸³.

Es importante señalar que antes de 1510 los moriscos habían sido sometidos a un sistema fiscal llamado *farda*, un impuesto que comprendía cuatro porciones. Las tres primeras, o farda mayor, comprendía un servicio ordinario anual de 21.000 ducados, otro

⁷⁸Galán Sánchez. *Una sociedad en transición*, pp. 58-59.

⁷⁹Sobre la cual, v. Vidal-Castro. "Las obras de al-Wanšarīsī", 79-82. Posteriormente, han estudiado esta fetua: Miller. *Guardians of Islam*; Hendrickson. *The Islamic Obligation to Emigrate*; Verskin. *Early Islamic legal responses*; Verskin. *Oppressed in the Land?*; Verskin. *Islamic Law*; Hendrickson. *Leaving Iberia*.

⁸⁰Vidal-Castro. "Las obras de al-Wanšarīsī", p. 81. En el mismo sentido y explicando la fetua por su contexto norteafricano particular (histórico-social y jurídico), v. Hendrickson. *The Islamic Obligation to Emigrate*; Hendrickson. *Leaving Iberia*.

⁸¹Benelhaj. "Al-tawāšul bayna al-andalusiyyīn".

⁸²Domínguez Ortiz y Vincent. *Historia de los moriscos*, p.18.

⁸³Lapiedra Gutiérrez. *Cómo los musulmanes llamaban*, pp. 189-247.

extraordinario de 5.000 y una tasa de 10.000 ducados destinada al pago de los trabajos de construcción del palacio de Carlos V, en Granada. En cuanto a la última porción o farda menor, llamada *farda de la mar*, también era pagada por los cristianos viejos y servía para mantener al personal que guardaba la costa. Con esto, el morisco quedaba caracterizado como un ente apartado de la comunidad principal⁸⁴. Los recibos de estos impuestos a veces se escribían en árabe y español, como los catorce conservados en el Archivo de la Alhambra⁸⁵.

Sin embargo, lejos de producir los resultados esperados, la campaña de evangelización⁸⁶ había resultado ser un fracaso. Se valora que los musulmanes irrecuperables habían huido en masa y que en el Reino de Granada se habían quedado solo los que estaban inclinados a aceptar rápidamente el cristianismo. Por su parte, muchos moriscos habían creído que solo con bautizarse se les dejaría en paz. Por el contrario, no fue así y las autoridades pronto se darían cuenta de que el islam estaba muy lejos de ser erradicado⁸⁷. Además de estos graves incumplimientos de las capitulaciones (conversión forzosa, impuestos), hubo otras como la falta de pago a los alfaquíes establecido en las capitulaciones en los apartados e), f) y h), provocando el descontento y reclamación de los mismos⁸⁸.

En conclusión, las medidas que se habían tomado entre 1500-1502 no tuvieron un resultado positivo. Los numerosos exilios colectivos de esa década evidencian la decepción de los moriscos y la profunda raigambre de su cultura.

Según crónicas del siglo XIX: “El día 16 de noviembre de 1525 se promulgó la cédula del rey que abolía definitivamente el culto mahometano. El 25 de noviembre se publicó por último solemnemente un edicto mandando que todos los moros, hombres, mugeres e niños, no bautizados, debían salir del reino de Valencia para fines de diciembre; de toda España para últimos de enero del siguiente año de 1526, bajo pena de esclavitud...”⁸⁹.

El momento crucial llegaría en 1526, cuando una Junta convocada en Granada por iniciativa regia publicó el 7 de diciembre un documento que dejaba bien claro la negación

⁸⁴ Domínguez Ortiz y Vincent. *Historia de los moriscos*, p. 23.

⁸⁵ Martínez Ruíz. “Catorce recibos bilingües (árabe-español)”, pp. 598-618.

⁸⁶ Benelhaj. “La memoria de las campañas de evangelización”

⁸⁷ Domínguez Ortiz y Vincent. *Historia de los moriscos*, p. 21.

⁸⁸ Albarracín. “Memorial a propósito de los alfaquíes”.

⁸⁹ Muñoz y Gabiria. *Historia del alzamiento*, p. 91.

de toda peculiaridad morisca⁹⁰. El emperador había entregado una serie de informes, que hablaban de poner remedio en el futuro a los errores cometidos a causa de su transigencia hacia los moriscos, a una junta compuesta por relevantes personalidades, bajo la presidencia del Inquisidor General Manrique, cuyas conclusiones se concretaron en el edicto de Granada tal día, el 7 de diciembre de 1526⁹¹.

Cuatro décadas después, a principios de enero de 1567, fecha del aniversario de la conquista de la ciudad de Granada por Fernando e Isabel, se publica la Pragmática Real en la que, de forma irrevocable, se decide la asimilación de la cultura morisca a la castellana integrada por los cristianos viejos⁹².

Todas las formas culturales moriscas, vestimenta, lengua, bailes, tradiciones permitidas hasta aquel momento, debían desaparecer en el plazo de un año⁹³. Las fases de esa desposesión cultural han sido calificadas de *memoricidio*, *etnocidio* y *transculturalización*⁹⁴.

Se intensificaba así el proceso de desaparición de la rica cultura andalusí que se había conservado y transformado en la cultura mudéjar-morisca⁹⁵, cultura que en los más diversos ámbitos se mantuvo y transmitió al mundo cristiano, a veces incorporando y sincretizando elementos castellanos no solo en el arte mudéjar, sino en otros ámbitos más específicos y menos conocidos como el “jardín mudéjar”⁹⁶, el “arrayán morisco”⁹⁷, las encuadernaciones mudéjares⁹⁸, las lozas mudéjares y moriscas⁹⁹, la construcción¹⁰⁰, la indumentaria y adorno¹⁰¹ o la rica e importante literatura (en sentido genérico de producción escrita¹⁰², pues poesía o narrativa de ficción o recreativa apenas se produce

⁹⁰Epalza. *Los moriscos antes y después*, pp.79-80.

⁹¹Lea. *Los moriscos españoles*, p. 271.

⁹²Barrios Aguilera. *La convivencia negada*, p. 45.

⁹³Lea. *Los moriscos españoles*, 283-284.

⁹⁴Ojeda Arnal. *Memoricidio en Granada*, pp. 295-323.

⁹⁵Bernabé. “Desheredados de al-Andalus”; Bernabé. “Religión y cultura”.

⁹⁶Ballester-Olmos. “El jardín islámico”, 148-152.

⁹⁷Tito Rojo. “Jardín y naturaleza”, 310.

⁹⁸Hidalgo, Ávila y Jiménez. “El libro en al-Andalus”, 259-261.

⁹⁹Caviró. “Los rostros”, 84-91.

¹⁰⁰Abboud-Haggar. “La influencia”, 282-283.

¹⁰¹Serrano Niza. “Indumentaria andalusí”, 266-267; Martínez Albarracín y Albarracín Navarro. “Vestido y adorno”; Espinar Moreno. “La frontera lingüística”; Gozalbes Cravioto y Gozalbes García. “Las mujeres y la frontera”, 175-178.

¹⁰²García-Arenal y Rodríguez Mediano. “Los libros de los moriscos”; Bernabé Pons. “La producción cultural”. Con hallazgos de nuevos manuscritos, como los libros de Cútar (Málaga): Calero Secall. “Los manuscritos de Cútar”.

dato que las élites literarias habían emigrado¹⁰³), que incluye numerosos manuscritos en aljamiado¹⁰⁴ además de documentos de diverso tipo escritos en árabe, bilingües y romanceados en castellano¹⁰⁵, con numerosas actas notariales¹⁰⁶; incluso, se sabe que los moriscos llegaron a manejar una traducción del Pentateuco al árabe¹⁰⁷. En cambio, otras manifestaciones de la cultura andalusí-morisca, resultan útiles y se mantienen y aprovechan por los cristianos, como la red de acequias de la Alpujarra alta¹⁰⁸, por citar un caso estudiado de forma específica pero que se podría generalizar al resto del antiguo territorio andalusí, incluidas grandes ciudades como Almería que también conserva la red hidráulica andalusí en época morisca (aunque no la administración y usos del agua, lo que lleva al colapso del sistema)¹⁰⁹. En otros campos, la cultura andalusí-morisca sobrevivió oculta y fundida en la cristiana: en la lengua (mediante la incorporación de muchos arabismos al castellano, portugués y otras lenguas peninsulares durante este periodo) o en la literatura castellana, con presencia evidente en múltiples aspectos y obras, incluida la más importante y universal del *Quijote*¹¹⁰ o con presencia silenciosa y latente:

Esta secta [de los alumbrados] autónoma española que no parece tener contactos fuera de la Península y que antecede en decenios a los primeros movimientos espiritualistas europeos, hace como si surgiera de la nada y adobara su particular cristianismo de ingredientes que solo en España podían encontrarse. Son los mismos rescoldos que Álvaro Galmés halla en algunos moriscos integrados en la sociedad española, muchas veces en órdenes religiosas, en una serie de escritos espirituales muy poco estudiados en la literatura ascética manejan particularmente un concepto no jerárquico, sino muy igualitario de la metáfora del “cuerpo místico”. Frente a otros religiosos de origen judeoconverso, estos moriscos abogan por la igualdad de toda la grey cristiana, ante los ojos del Creador¹¹¹.

La persecución de los libros y escritos en árabe desembocó en la ocultación de estos por los moriscos¹¹² y, en general, gran parte de su cultura acaba siendo “un patrimonio clandestino”¹¹³.

¹⁰³ Granja. “El problema del mudejarismo”.

¹⁰⁴ Zuwiyya. “A typological approach”; Viguera. “Dimensiones del manuscrito aljamiado”; Martínez de Castilla. “Manuscritos musulmanes”.

¹⁰⁵ Viguera. “Un mapa de los documentos mudéjares”; Álvarez de Morales. “Documentos de los moriscos”; Pazos. “Acerca de los rasgos”.

¹⁰⁶ Vidal-Castro. “Un tipo de manuscritos”.

¹⁰⁷ Monferrer-Sala. “Los cristianos de al-Andalus”, 267.

¹⁰⁸ Delaigue. “La red de acequias”.

¹⁰⁹ Segura del Pino. “Las fuentes de Alhadra”, 463.

¹¹⁰ Véase, por ejemplo y entre muchos otros estudios, El Fathi. “El mundo morisco”.

¹¹¹ Bernabé Pons. “Huellas del islam”, 32.

¹¹² Ammadi. *Manuscritos: papel, técnicas y dimensión cultural*, 51.

¹¹³ Bernabé Pons. “Paisaje islámico”.

La presión religiosa se había hecho cada vez más fuerte, ampliándose a muchos campos de la vida económica y social¹¹⁴. Así puede verse en las decisiones tomadas en el Sínodo de Guadix de 1554¹¹⁵, precisamente la ciudad en cuya diócesis se han constatado casos de claro colaboracionismo mudéjar-morisco¹¹⁶. En paralelo, también se adoptan procesos de aculturación “blandos”, por llamarlos así: los matrimonios mixtos, que el poder promueve a partir de las disposiciones acordadas por la Capilla Real de Granada en 1526¹¹⁷.

El Cardenal Diego de Espinosa, en representación de la presidencia del Consejo de Castilla, y Pedro de Deza, en cuanto a la Real Cancillería de Granada, representaban el triunfo de los ‘bonetes’ o burócratas eclesiásticos al servicio de la Corona y de su rey, Felipe II, que había llegado al trono a comienzos de ese crítico momento, en 1556¹¹⁸. A esta triste realidad han de rendirse don Íñigo López de Mendoza, marqués de Mondéjar y Capitán General del Reino de Granada, y otros nobles y señores moriscos que seguían aferrados al *modus vivendi* favorecido por el Emperador Carlos V, una forma de coexistencia basada en un acuerdo tácito al que habían llegado la nobleza señorial y los moriscos para mantener cierta estabilidad y paz social¹¹⁹.

En el período de tiempo que va desde la pragmática de 1567 hasta las navidades de 1568 todo fueron cábalas, gestiones y conspiraciones. A finales de 1568 la situación era insostenible y tuvo lugar el estallido de la revolución¹²⁰.

La Rebelión de las Alpujarras es considerada la manifestación bélica ‘mayor’ en todo este devenir y tendría su mayor escenario en el reino de Granada.

Aparte de la intervención de los tercios europeos y del propio Juan de Austria, que de por sí conferían al conflicto una dimensión nacional, las conexiones entre los moriscos alzados y Constantinopla dan testimonio del gran calibre de este enfrentamiento en el marco de la política mediterránea.

¹¹⁴Epalza. *Los moriscos antes y después*, p. 81; Bramon. “La sociedad, la religiosidad”.

¹¹⁵Gallego Burín, Gámir Sandoval. *Los moriscos del reino*, pp.25-32.

¹¹⁶Garrido García. “Colaboracionismo mudéjar-morisco”, pp. 121-155.

¹¹⁷Pareja Pareja. “Los matrimonios mixtos”.

¹¹⁸Barrios Aguilera. *Historia del reino*, pp. 509-510.

¹¹⁹Barrios Aguilera. *La convivencia negada*, p. 328.

¹²⁰Caro Baroja. *Los moriscos del reino*, pp.155-156.

1.1.4. El contexto internacional de los siglos XV y XVI

1.1.4.1. El Imperio otomano en la etapa previa a la guerra¹²¹

Consideramos de importancia para este estudio enmarcar la política nacional de Castilla y Aragón dentro de la política internacional del momento pues pensamos que generalmente un fenómeno interno está condicionado o influido por factores externos.

El Imperio otomano fue un ente político islámico, dirigido primero desde Estambul (antigua capital del Imperio Romano de Oriente, Bizancio). Solo tras el final del Imperio, en 1922, Estambul dejó de ser capital y pasó a sustituirla con la nueva República de Turquía, la pequeña ciudad por entonces de Ankara. Sin embargo, además de musulmanes mayoritariamente, entre los súbditos de este amplio reino también había cristianos (ortodoxos, armenios, coptos) y judíos, es decir, se aceptaban e integraban diferentes credos y confesiones religiosas.

Del mismo modo, tampoco se puede hablar de una única etnia o raza, ya que la procedencia de los súbditos del sultán abarcaba desde Bosnia hasta las lejanas tierras de Omán o de la Cabilia de Argel, poblada en su mayor parte por beréberes. Los europeos identificaban a los habitantes de este vasto territorio como ‘los turcos’ y su jefe de estado era conocido como el ‘Gran turco’. Igualmente, buena parte de la tropa que formaba sus ejércitos y los altos dignatarios del Estado eran eslavos de los Balcanes o renegados de países europeos¹²².

Asimismo, y en materia política, la estructura de sus territorios se asemejaba a la del antiguo Imperio romano, compartía buena parte del ceremonial bizantino y, paralelamente, en su organización social perviven las maneras propias de las mesnadas militares de la época de los *timures* o *tamerlanes*. En sus dominios se gozaba de cierta libertad religiosa que, en casi todos los casos, era mayor que la practicada en las posesiones del monarca hispano.

Su declive comienza a principios del siglo XVII debido a crisis internas y presiones externas, pero su estructura de Estado se prolongará en el tiempo hasta que se derrumbe en el caos de la Primera Guerra Mundial.

¹²¹Bunes Ibarra. *El imperio otomano*, pp. 127-158.

¹²²Bunes Ibarra. *El imperio otomano*, pp. 9-11.

Desde su formación, el Imperio otomano influyó decisivamente en los territorios que dominaba, y fue de tal manera que resulta imposible entender la historia de Europa o de Asia sin considerar las decisiones que se tomaron dentro del palacio de Topkapı, en la ciudad de Estambul. No obstante, esta cuestión se suele obviar con demasiada frecuencia en los textos que interpretan la historia de Europa o de Oriente Medio¹²³.

En los primeros años del siglo XVI, con la conquista otomana de otras regiones bajo mando árabe, se conseguiría la unificación de un territorio vasto y divergente. El sultán, como cabeza del islam, se convertiría así en defensor de una religión amenazada por una Europa cristiana que avanzaba de manera casi imparable.

Durante el reinado de Carlos V (1517-1556), un nuevo peligro se cernirá sobre una Europa ya suficientemente revuelta. A las luchas de religión entre protestantes y católicos, a las diferentes rebeliones en los territorios del Imperio español, el continente europeo tendría también que enfrentarse a los deseos de conquista de Sulaymān I al-Qānūnī (1520-1566), el Legislador, conocido en Europa como Solimán el Magnífico, pues el sultán de los turcos deseaba materializar el sueño de Mehmed II ‘el Conquistador’, que era unificar bajo un mismo mando los antiguos límites del Imperio romano y dominar, de esta manera, las dos capitales del viejo mundo: Roma y Constantinopla, rebautizada desde entonces como Estambul. A este hecho se sumaría la alianza *contra natura* entre Francia y los otomanos, que generaría miedo e inquietud y condicionaría la política exterior de los Austrias¹²⁴.

La aparición en escena de ciertos navegantes piratas, gente sin patria ni bandera, como era el caso de Hayreddin/Jeireddin (deformación del nombre árabe Jayr al-Dīn, “el Bien de la Religión”) conocido en Europa como Barbarossa (Barbarroja en español), convertido en almirante jefe de la marina otomana¹²⁵ bajo el califa otomano Sulaymān I, y de su hermano Oruç, ocasionará a lo largo del siglo XVII enfrentamientos continuos entre la monarquía hispánica y el Imperio otomano.

Estos dos corsarios condicionarán la vida en el mar Mediterráneo y en sus costas, algo inédito hasta entonces, pues la piratería había sido una actividad practicada exclusivamente y de forma más o menos esporádica por los europeos.

¹²³Bunes Ibarra. *El imperio otomano*, pp. 9-13.

¹²⁴Bunes Ibarra, Alonso. *Discurso militar*, p.34.

¹²⁵García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, p. 261.

Todas estas circunstancias transformaron la vida cotidiana y, con ello se derrumbaría, hasta hoy, lo que fue el Mediterráneo como nexo de unión y cuna de las corrientes intelectuales más brillantes de la Historia¹²⁶.

A modo de respuesta, el pensamiento europeo reaccionaría redactando escritos que ‘aconsejaban’ a la Cristiandad sobre las maneras de enfrentarse a este nuevo enemigo. Entre ellos, se contarían autores como Lutero, Erasmo de Rotterdam, Valdés, Pío II, o Vives¹²⁷.

La ‘guerra contra el turco’ es presentada en esa época como un conflicto de civilizaciones y se entiende entonces -aunque también se hereda la idea en siglos posteriores por la historiografía occidental- como la manera más eficaz de defender la cultura y las creencias de Occidente frente al peligro de la ‘otra civilización’, que es invasora y era originaria de Oriente. Ante esto, parece que la considerable empresa de gobernar el mundo nunca había sido tan bien llevada por España como en el siglo XVI, época que ha sido calificada como Siglo de Oro¹²⁸.

1.1.4.2. El papel de la correspondencia en las relaciones diplomáticas con Italia en los siglos XV y XVI y su importancia en la rebelión de las Alpujarras

No queremos dejar pasar en este estudio la importancia que tuvo la correspondencia escrita, entendida como fuente que arroja luz sobre el contexto sociopolítico de esta época.

Así, la publicación de varios volúmenes sobre la correspondencia de los embajadores hispanos en Nápoles que se conservaban en los archivos de los Sforza, en Milán, y de la cancillería de Florencia tuvo una importante proyección internacional. No hay duda de que la situación geoestratégica del reino de Nápoles convirtió a su corte en un privilegiado observatorio de los acontecimientos que se desarrollaban por entonces en el Mediterráneo desde la España de los Reyes Católicos a la Hungría de Matías Corvino, sin olvidar la mayor parte de las provincias del universo islámico¹²⁹.

Teniendo en cuenta esta correspondencia, es interesante mencionar los lazos de parentesco que existían entre *Ferrante* de Nápoles (Fernando I de Aragón) y Fernando II

¹²⁶Bunes, Sola. *La vida, e historia de Hayreddin*, p.23.

¹²⁷Bunes Ibarra, Alonso Acero. *Discurso militar*, pp. 31- 32.

¹²⁸Vincent. *El río morisco*, p. 65.

¹²⁹Baloup y González Arévalo. *La Guerra de Granada*, pp. 123-160.

de Aragón, los cuales favorecieron el flujo de noticias procedentes de la Península Ibérica y provocaron que las mismas fueran seguidas con mayor interés que las llegadas de otras cortes y cancillerías italianas.

También es de destacar que el reino de Nápoles, bajo el gobierno de Fernando I de Aragón (1458-1494), fue una de las grandes potencias de la Italia del Renacimiento y su estructura favorecía un canal de difusión de todo tipo de noticias. En este sentido, las Cartas de Ferrara (finales del siglo XV) constituyen una de las colecciones más destacadas de los despachos italianos en relación con la Guerra de Granada. En total, las misivas que mencionan aspectos de esta guerra son una veintena y fueron escritas entre julio de 1482 y enero de 1491. De gran valor, recogieron el eco de los edictos y decisiones promulgadas por los Reyes Católicos. Además, complementan las informaciones localizadas hasta el momento en la correspondencia de los embajadores florentinos y, por último, permiten conocer el alcance y difusión de las noticias sobre la guerra¹³⁰.

En Italia, los éxitos obtenidos por los Reyes Católicos en su enfrentamiento con el reino nazarí de Granada tendrían una repercusión indudable por dos motivos principales: primero, por el propio papel de Fernando el Católico, monarca con posesiones en Italia, rey de Cerdeña y de Sicilia y pariente directo del rey de Nápoles; en segundo término, por el peligro que suponía el avance turco para toda la Península Itálica. El temor tenía su origen en la toma de Otranto (1480-1481), pero también en las constantes incursiones de rapiña que se estaban produciendo en el norte. Con ese marco de miedo contenido como trasfondo, en noviembre de 1485 se hablaría ya de la posibilidad de celebrar un concilio.

La Península Itálica se encontraba directamente amenazada por la expansión del Imperio otomano. De otro lado, en Castilla estaban convencidos del peligro latente que suponía la presencia de fuerzas musulmanas en suelo ibérico, por lo que ya estaban terminantemente decididos a liquidar el reino nazarí.

En Granada se sabía que estaba en juego su propia supervivencia, por lo que enviaron una embajada a Estambul, a la corte del sultán Bayaceto II (1482-1512), solicitando ayuda para hacer frente a la ofensiva cristiana. Efectivamente, se cuenta con documentos que relatan que en el invierno de 1485-1486 hubo una embajada de Granada que llegaría a

¹³⁰Baloup y González Arévalo. *La Guerra de Granada*, pp. 126-127.

Estambul con dicha petición. Como respuesta, los otomanos enviarían una flota naval en auxilio de los granadinos: algunos barcos al mando de Kemal Reis entre 1487 y 1492 se dedicaron a atacar las costas italianas y aragonesas (Sicilia, Cerdeña, Baleares y Valencia) e, incluso, bombardearon el otoño de 1487 Málaga¹³¹, que había sido recientemente conquistada, exactamente a finales de ša'bān de 892/18 de agosto de 1487¹³².

Al parecer, es probable que los nazaríes desconocieran la coyuntura interna del sultán otomano, que no estaba en las mejores condiciones para prestar auxilio. De una parte, se encontraba inmerso en una guerra con los mamelucos y, por otra, en aquel mismo momento intentaba aplacar la revuelta de su hermano, el príncipe Jem.

Las posibilidades de éxito eran tan escasas como que los otomanos apenas sabían ubicar la situación geográfica del Reino de Granada. Además, las dificultades que les rondaban impedían ofrecer a los granadinos el apoyo deseado y, por tanto, los planes de conquista de los Reyes Católicos continuaron adelante sin encontrar apenas oposición.

1.1.4.3. La rebelión de las Alpujarras en el contexto del mar Mediterráneo. Causas externas de la expulsión de la Península Ibérica

Tradicionalmente en España, los estudios sobre los moriscos se habían enfocado desde una perspectiva social y religiosa, muy local, sin tener en cuenta el contexto internacional de los primeros años del reinado de Felipe II (1554-1598). En este sentido, se ha considerado que el principal problema de la historiografía al uso fue interpretar la cuestión morisca exclusivamente desde la óptica europea, sin tener en cuenta lo que, paralelamente, estaba ocurriendo en toda la cuenca mediterránea.

En consecuencia, hoy se piensa que la expulsión fue una medida de política interior, un intento de la monarquía de gestionar el flanco sur de sus posesiones, pero que también tenía la intencionalidad evidente de influir en materia de política exterior¹³³.

Curiosamente, la piratería en el Mediterráneo, en los primeros años del siglo XVII, se había convertido en uno de los mayores problemas para España, pues no solo participaban de ella corsarios otomanos, argelinos y marroquíes mediante ataques a las costas

¹³¹Konningsveld, Wiegers. "An appeal of the moriscos", pp. 161-190; López de Coca Castañer. "Mamelucos, otomanos", p. 229.

¹³²Vidal-Castro. "Decadencia y desaparición", p. 203.

¹³³Bunes Ibarra. "La expulsión de los moriscos", pp. 46-48.

españolas desde el siglo XVI¹³⁴, sino que a estos se unían navegantes de muy distintos países, pabellones y religiones, muchos de ellos europeos.

En definitiva, las conclusiones apuntan a que la internacionalización del Mediterráneo supuso un grave problema para el Imperio hispano, pues en la Sublime Puerta de Estambul se nombraron nuevos cónsules ingleses, holandeses y de otras potencias protestantes que, de una parte, buscaban establecer nuevas y beneficiosas relaciones comerciales y, de otra, desgastar el poder creciente de los Habsburgo.

En lo que se refiere al bando otomano, en los primeros años del siglo XVII se encontraría inmerso en una ofensiva constante. A ello habría que sumar una gran crisis económica que estaría debilitando el potencial del Imperio. Como consecuencia de todo esto, las circunstancias serían aprovechadas por los cristianos para lanzarse a una frenética carrera de corso, definida por algunos como cruzada¹³⁵.

A partir de entonces, los corsarios moriscos, con base en los puertos de Salé y Larache, comenzaron a realizar incursiones a las Islas Canarias y por todo el Estrecho de Gibraltar. La minoría se habría convertido también en un peligro interior, hecho que podía ser aprovechado por los adversarios del rey Felipe III (1598-1621), en supuesta alianza con el Imperio otomano.

Hay que tener en cuenta que la colaboración de los antiguos súbditos nazaríes con los *moros de allende* fue una realidad que estuvo presente desde que comenzaron las correrías de estos en el reino de Granada y que, según algunas denuncias, era practicada por algún regidor morisco de Granada. Así se puede leer en el memorial de 1516 presentado a Cisneros¹³⁶. Todo aquello, y lo que acontecería en los años siguientes, supondría la antesala a los Edictos de Expulsión de 1609. Paradójicamente, la expulsión no haría sino aumentar la guerra del corso contra España porque los moriscos mantendrán su lucha desde Salé¹³⁷ como corsarios, con planteamientos distintos a los turcos otomanos (guerra

¹³⁴Gozalbes Busto. “El corso, lucha de frontera en el siglo XVI”. Antiguas ciudades fronterizas del interior también se verán obligadas a colaborar en la defensa cuando la frontera se traslade a la costa: Murcia Cano. “Alcalá la Real en la defensa de la Costa”.

¹³⁵Bunes Ibarra. “La expulsión de los moriscos”, pp. 56-57.

¹³⁶Peinado Santaella. *Los inicios de la resistencia* p.70.

¹³⁷Awwād. “Salā fi mir’āt al-dākira al-andalusiyya”; Aouad. “Salé en el espejo de la memoria andalusí”; Maziane “Salé, port de course”.

político-religiosa; los moriscos expulsados luchan por la que fue su tierra) y eficacia mayor (conocen las costas e interior por haber sido habitantes de ellas)¹³⁸.

En la Nochebuena de 1568 muchos pueblos de la Alpujarra granadina se sublevaron frente a la autoridad cristiana. Estaban encabezados por un noble morisco, Fernando de Córdoba y Válor, reconocido como rey bajo el nombre de árabe Ibn Umayya, deformado en las fuentes castellanas como Aben Humeya¹³⁹.

Tras la batalla de Lepanto (1571) y la posterior reacción de los turcos con la toma de La Goleta y Túnez (1574), se produciría un giro en la dinámica interna de la guerra hispano-turca. El Imperio turco volcaría entonces toda su política hacia el oriente, mientras que España lo haría hacia el norte. Esta década supondría el fin de lo que se ha venido en llamar “guerra grande”, que daría paso a una serie de guerras de menor rango.

El año 1492 representaría el fin del Emirato Nazarí y, con él, el final de al-Andalus, aunque la población musulmana permanece en territorio cristianizado bajo el estatus de mudéjar, en un primer momento, y luego como moriscos. Se configuraría así una sociedad de ‘cripto-musulmanes’ con unas peculiaridades culturales, urbanísticas y lingüísticas propias¹⁴⁰.

En este contexto histórico, el Reino de Granada permanece como una *isla de resistencia* aguardando los avatares que le traería el destino. Mientras, dos mundos se debatían por la supremacía en el Mediterráneo.

Entretanto, la monarquía hispana miraba hacia Roma, convencida de su fuerza. Mientras, en el Vaticano, algunos disidentes alzaban su voz, como el jesuita Juan de las Casas. El religioso insistía en la importancia de mantener misioneros en tierras orientales y en las tierras de Etiopía, también subrayaba la necesidad de estudiar la lengua árabe y conocer la doctrina del islam. Además, consideraba que las vejaciones a las que se enfrentaban los moriscos solo conseguirían que se agrandará la brecha entre ambas comunidades y que estos no se integrarán plenamente en la nueva sociedad hispana¹⁴¹.

¹³⁸Gozalbes. “El corso, lucha de frontera en el siglo XVI”.

¹³⁹Bernabé Pons. *Los moriscos. Conflicto. Expulsión*, pp. 39-43.

¹⁴⁰Barrios Aguilera. *La convivencia negada*, pp. 327-330.

¹⁴¹García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, pp. 137-138.

De gran importancia para entender el problema morisco desde el punto de vista socio-cultural y religioso, fue el hallazgo de los llamados ‘Libros plúmbeos del Sacromonte’¹⁴², en donde, independientemente de su contenido dogmático, se escriben en árabe los orígenes cristianos de Granada, convirtiendo, así, en árabes a los héroes por antonomasia de la España de su tiempo, los mártires cristianos¹⁴³.

En la génesis oculta de estos libros aparece supuestamente la figura del morisco Miguel de Luna, médico, escritor, historiador y traductor de árabe del rey Felipe II, morisco que publica en Granada la *Verdadera historia del Rey Don Rodrigo* (1592). Este morisco ya planteaba una sociedad en la que lo religioso no condiciona ni al Estado ni a la sociedad, donde se acepta a las personas por su valía independientemente de sus creencias¹⁴⁴.

1.1.4.4. El contexto histórico de Marruecos en el siglo XVI y comienzos del XVII

Situados en los comienzos de la historia de Marruecos, los romanos crearon en el Norte de África dos nuevas provincias de su extenso imperio: La Mauritania Cesariense, u oriental, y la Mauritania Tingitana, en la zona más occidental, separadas entre sí por el río Muluya.

Esta última parte es incorporada en el siglo I a la Península Ibérica, uniéndose a la Bética con la denominación de Hispania Transfretana, que significa al otro lado del Estrecho. Tras la invasión vándala en el siglo V y el saqueo de las principales ciudades de la Mauritania Tingitana, en el año 615 parte de la Transfretana sería conquistada por Sisebuto e incorporada al reino visigodo. Esta unidad política y administrativa básica con todo tipo de intercambios entre ambos lados del Estrecho experimenta una crisis estructural profunda con la progresiva irrupción del islam en el norte de África desde mediados del siglo VII¹⁴⁵.

El imperio almohade, con su base en el norte de África, había servido de sostén defensivo ante el avance cristiano a al-Andalus desde la crisis de los almorávides en 1140¹⁴⁶, sin

¹⁴²Roissee y Monferrer Sala. “Notas sobre el ‘registro’”, pp. 389-420.

¹⁴³Barrios Aguilera, García-Arenal. *Los plomos del Sacromonte*, p.67.

¹⁴⁴García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, p.72; García-Arenal y Rodríguez Mediano. “Diego de Urrea y algún traductor”; García-Arenal y Rodríguez Mediano. *Un Oriente español*.

¹⁴⁵Alonso Acero. *España y el norte de África*, pp. 21-22.

¹⁴⁶Sobre el conjunto del periodo de Almorávides y Almohades en al-Andalus, la obra de referencia fundamental es principalmente: Viguera Molins. *El retroceso territorial*.

embargo, el debilitamiento del imperio almohade propicia el reinicio del avance cristiano en la península Ibérica.

El año 1212 de la batalla de Las Navas de Tolosa o al-‘Iqāb¹⁴⁷ supone el inicio del declive de este imperio bereber magrebí, agravado por su propia crisis dinástica desde 1224. Al poco tiempo, los almohades abandonan la Península y se produce un nuevo período de división: las terceras taifas¹⁴⁸. Los nuevos dirigentes de al-Andalus son incapaces de frenar la expansión de los nuevos cristianos, al mismo tiempo que su decadencia facilita también la llegada al trono de nuevas dinastías en el Magreb tradicional, entendido históricamente como la zona que se extiende desde los reinos más occidentales de Marruecos a los más orientales de Túnez¹⁴⁹.

Por el oeste, llegan al poder los meriníes o benimerines, nueva dinastía que toma la capital del imperio, Marrakech, en 1269. En la zona central del Magreb, son los zayyaníes, o abdelwadíes los que se hacen con el poder en el año 1248 y establecen su capital en Tremecén.

En Ifriqiya, o Túnez, en la zona más oriental del norte de África, Abū Zakariyyā, tras triunfar sobre el último sultán almohade, establece su propia dinastía, la de los hafsíes, y proclama el nuevo sultanato en 1236, con capital en Túnez¹⁵⁰, que perdurará varios siglos, desde 1229 (cuando el primer emir se hizo independiente) hasta 1574¹⁵¹.

El reino de Marruecos, que se situaba en lo que antiguamente había sido la Mauritania Tingitana romana, se situaba más a poniente, abocado al Atlántico, y su capital o urbe principal era Marrakech. A este reino pertenecían provincias destacadas, como el Sus, rica en granos y zona de paso obligada para las caravanas que traían el oro del Sudán, lo que hacía de esta zona del Magreb un eslabón prioritario entre la Europa mediterránea y el África negra¹⁵².

¹⁴⁷Una síntesis desde el punto de vista de las fuentes árabes y de las fuentes cristianas puede verse en: García Fitz, Vidal-Castro. *Dos estudios en torno*.

¹⁴⁸Una síntesis de lo esencial sobre ellas puede verse en: Vidal-Castro. “Las terceras taifas”, pp. 22-27.

¹⁴⁹Sobre el periodo bajomedieval en el Occidente islámico a la caída del periodo almohade, existen diversas síntesis, como: Idris. “Le Maghrib des Almoravides”, pp. 1-16; Vidal-Castro. “al-Andalus y Marruecos”, pp. 17-27.

¹⁵⁰Alonso Acero. *España y el norte de África*, p. 32.

¹⁵¹La obra fundamental sobre esta dinastía es Brunschvig. *La Berbérie orientale*, p. 21.

¹⁵²Alonso Acero. *España y el norte de África*, pp. 33-34.

El reino de Fez, con capital en Fez¹⁵³, se extendía hacia el este hasta los límites del reino de Tremecén.

El sultán meriní Abū l-Ḥasan¹⁵⁴ intenta la unificación del antiguo Imperio almohade tras sus conquistas de Tremecén en 1337 y de Túnez una década después; incluso, también su intervención en al-Andalus¹⁵⁵ en apoyo a los Nazaríes también tenía un trasfondo expansivo¹⁵⁶. Pero no lo consigue por sus conflictos internos en Marruecos y Fez. El declive meriní favorece el auge de las tribus nómadas que dominan las zonas rurales incontrolables por parte de las autoridades. Como consecuencia, se entra en un periodo de anarquía y decadencia a mediados del siglo XV que favorece el desarrollo de movimientos de piedad popular encabezados por “santos”, los llamados morabitos o habitantes de *ribāṭ* (*murābiṭūn*). Estos movimientos confluyen en el nacimiento de una fuerte corriente de ascetismo en las tierras marroquíes que pronto tendrá reflejo en el plano político, ante el fracaso de los gobernantes en mantener unido a los distintos grupos sociales sobre los que intentan imponer su autoridad¹⁵⁷.

Las luchas por el poder entre las ciudades marroquíes durante la segunda mitad del siglo XV culminan con el cese del apoyo de los morabitos a la estirpe meriní y la consecuente ejecución del último sultán de la dinastía, ‘Abd al-Ḥaqq en 1465. Se inicia entonces el gobierno de un jerife (*ṣarīf*) quien se mantendrá al frente de los destinos de los reinos de Marruecos y Fez hasta 1472. Es entonces cuando una nueva dinastía, la wattasí, se hace con el poder ya en propiedad y no en calidad de regentes y visires de los benimerines, logran entronizar a Muḥammad al-Šayj al-Mahdī¹⁵⁸.

Con respecto a Túnez, Tremecén se mantiene hasta mediados del siglo XV como vasallo del sultán hafsí, que se consideraba a sí mismo heredero espiritual de los almohades¹⁵⁹.

¹⁵³La última obra de conjunto sobre la historia, cultura y sociedad de Fez es la monografía, de gran extensión y riqueza en contenido e ilustraciones: Páez y Triki (dirs.). *Fès. L'âme du Maroc*.

¹⁵⁴Ibn Marzūq. *El Musnad: hechos memorables de Abū l-Ḥasan*, pp. 49-69.

¹⁵⁵Manzano Rodríguez. *La intervención de los Benimerines en la Península Ibérica*. Madrid: CSIC, 1992; Manzano Rodríguez. “La Península Ibérica y el norte”.

¹⁵⁶Manzano Rodríguez. “Notas sobre legitimidad”; Vidal-Castro. “Nazaríes y Meriníes”; Melo Carrasco. “Al-Andalus y el Magreb”.

¹⁵⁷Alonso Acero. *España y el norte*, p. 34.

¹⁵⁸Alonso Acero. *España y el norte*, p. 35; Mezzine. “Les Wattassides”; Rosenberger. “Résistance de la capitale wattasside”.

¹⁵⁹Alonso Acero. *España y el norte*, pp. 37-40.

El declive almohade en el Magreb había favorecido la aparición de la dinastía hafsí en el reino de Túnez a mediados del siglo XIII, como se ha indicado anteriormente. ‘Abd al-Wāḥid ibn Abī Ḥafṣ, jeque de una tribu beréber, había sido lugarteniente del último califa almohade en las tierras tunecinas y rigió Túnez de forma casi autónoma entre los años 1207 y 1222, poniendo las bases de la independencia en esta región.

En 1228 le sucede su hijo Zakariyyā, quien toma el título de emir independiente en 1229 y siete años después, en 1236 afirma su soberanía sobre el imperio almohade, lo que supone el inicio de la dinastía hafsí, que encabezar4 los destinos del reino de Túnez hasta la caída del territorio en poder otomano en 1574. Su hijo, Abū ‘Abd Allāh Muḥammad al-Mustanṣir, continuador de sus ideales y de su política de engrandecimiento del reino, se proclama califa en 1255.

Tras un periodo de debilidad del reino hafsí, agravado por una peste que diezmo su población, es superado con la llegada al trono de Abū Fāris ‘Abd al-‘Azīz al-Mutawakkil en 1394¹⁶⁰.

A mediados del siglo XVI, el Imperio otomano, presente en los reinos de Tremecén y Túnez a través de gobernadores dependientes de la Sublime Puerta, buscaba también controlar los reinos de Marruecos y Fez. En 1557, a la muerte de Muḥammad al-Šayj, el gran hacedor de la unificación marroquí bajo poder saadí, le sucede su hijo ‘Abd Allāh al-Gālib, quien lleva a cabo una purga contra los rivales de su hijo, Abū ‘Abd Allāh Muḥammad ibn Abd Allāh, conocido como al-Mutawakkil, de tal forma que todos los hermanos de al-Gālib han de refugiarse en el reino vecino de Tremecén¹⁶¹.

En 1574 al-Mutawakkil sucede a su padre con el apoyo de los ulemas de Fez, pero continúan las reivindicaciones de ‘Abd al-Malik, defendidas por los ulemas de Marruecos, y por las autoridades de Argel. Al-Mutawakkil pasa a España, donde solicita amparo a Felipe II para volver al poder, pero el monarca no desea involucrarse en una ofensiva contra el turco. Sin embargo, ‘Abd al-Malik había entablado por aquel entonces relaciones con España¹⁶².

¹⁶⁰Alonso Acero. *España y el norte*, p. 40.

¹⁶¹Alonso Acero. *España y el norte* p. 145.

¹⁶²Alonso Acero. *España y el norte*, pp.145-146.

La batalla de Alcazarquivir el 4 de agosto de 1578, enfrentó a las tropas de al-Mutawakkil y las de al-Mālik. En la contienda mueren los dos saadíes litigantes: al-Mālik y al-Mutawakkil. Aḥmad al-Manṣūr, hermano del Mameluco y defensor de su causa, se hace con el trono, lo que Murat III considera un decisivo triunfo otomano en el Magreb, pero el nuevo sultán marroquí no reconoce su dependencia de la Sublime Puerta, amparado en su categoría de jerife¹⁶³.

En este orden de cosas, Felipe II consigue tener bajo su control al hijo de al-Mutawakkil, Muley Xeque (Muley al-Šayj) y al tío de este, Muley Nazar (Muley al-Nāšir). Ambos solicitan al rey español protección tras la incorporación de Portugal a la monarquía, si bien aún no han renunciado a recuperar el trono de Marruecos. Tras la muerte de Muley Xeque en 1613, su hijo Muley Abdala continuó la política de colaboración con España en oposición al gobierno de su tío, Muley Zidan¹⁶⁴.

1.1.5. La Rebelión de las Alpujarras (1568-1570)

1.1.5.1. El primer alzamiento morisco (diciembre de 1568)¹⁶⁵

El día de Nochebuena de 1568¹⁶⁶ estalla la rebelión, con lo que se ha llamado el acto de desobediencia de los moriscos, ocurrido en Béznar (Valle de Lecrín) tras la coronación como rey de don Hernando de Córdoba y Válor, con el nombre de Muley Muhammad ben Humeia¹⁶⁷. Inmediatamente después, un contingente morisco al mando de Farax ben Farax intenta sublevar el barrio del Albaicín. Aunque el intento de alzamiento del Albaicín fue fallido, Granada vivió angustiada los primeros momentos de la guerra. La falta de tropas de la ciudad ralentizó la respuesta militar, dando ocasión a que la insurrección se extendiera a nuevas tierras.

En los albores del año entrante, la capital observa atónita cómo se sumaban a la revuelta alpujarreña otros territorios. La rebelión avanzó incluso hasta lugares tan lejanos como las tierras de Málaga, donde se levantó un grupo de monfies, término que deriva del árabe *manfī* ('desterrado, proscrito'), que se aplicó a los moriscos refugiados en la serranía del

¹⁶³Alonso Acero. *España y el norte*, p. 147.

¹⁶⁴Alonso Acero. *España y el norte*, p. 174.

¹⁶⁵Barrios Aguilera. *Historia del reino*, pp. 515-519.

¹⁶⁶Caro Baroja. *Los moriscos del reino*, pp. 157-162.

¹⁶⁷Mármol. *Rebelión y castigo*, pp. 205-207. Sobre su biografía, véase, entre otros, Martínez Almira. "Cordoba y Válor, Fernando de".

Reino de Granada y que ejercían de bandoleros. El desbordamiento de la situación la aprovechó Deza para acusar al marqués de Mondéjar de no estar actuando debidamente.

La crisis morisca alcanza sus niveles de mayor crudeza el 19 de enero de 1569, cuando dieciséis alguaciles se rinden a Mondéjar, en Juviles, dando comienzo un proceso imposible de detener. El ejército morisco quedó desarticulado casi por completo en la parte oriental, al mismo tiempo que perdía el apoyo de los alguaciles moriscos de las Alpujarras occidentales. Aben Humeya quedó aislado, viéndose obligado a retroceder ante el avance de Mondéjar.

En las Alpujarras ya se había producido el primer hecho prebélico el día 23 de diciembre, adelantándose a las previsiones de sus dirigentes. Una banda de monfies, al mando de El Partal de Narila y El Seniz de los Bérchules, atacan y dan muerte a unos escribanos y alguaciles de Ugíjar que marchaban a Granada. Unas horas después, proceden de la misma manera con una comitiva de escuderos de Motril.

Al día siguiente, los monfies sorprenden y matan a una cincuentena de soldados que se encaminan a Adra, desde Cádiar. Antes, en la misma jornada en Cádiar, perteneciente a la taha de Juviles, se producen los primeros hechos de tortura y muerte de cristianos viejos del lugar a manos de moriscos alzados. Este hecho representa el primero de una serie de episodios similares que constituyen los denominados 'Martirios de las Alpujarras', objeto de una obra escrita por el padre Francisco Antolín Hitos (1866-1935) en 1935 y varias veces reeditada¹⁶⁸.

Aquí cabe destacar dos hechos fundamentales que marcarán la revuelta: el primero de ellos, los mencionados martirios de la Nochebuena de 1568, muestra de la barbarie a la que condujo la desesperación de una comunidad acosada; y un segundo, el cruel suceso de Valdeinfierno.

1.1.5.2. El segundo alzamiento morisco y el nuevo gobierno de Granada (febrero-marzo de 1569)¹⁶⁹

Durante los meses de febrero y marzo de 1569, Mondéjar, con la ayuda de Aben Zaba y Andrés Alguacil, pone cerco a la Alpujarra normalizando así la situación¹⁷⁰. Ante esto, Aben Humeya aprovechó este tiempo para reorganizarse, aunque al precio de compartir

¹⁶⁸Hitos. *Mártires de la Alpujarra*, p. 237.

¹⁶⁹Barrios Aguilera. *Historia del reino*, pp. 519-522.

¹⁷⁰Caro Baroja. *Los moriscos del reino*, pp. 171-172.

el gobierno con el ala más radical de los sublevados. Los nuevos socios de gobierno exigieron al monarca un giro en su estrategia, lo que hizo que la rebelión saliera del estricto marco local concretándose en los siguientes tres aspectos:

- a) Solicitar ayuda a los estados musulmanes del norte de África, tratando de internacionalizar el conflicto. Con tal objetivo, Luis de Válor fue enviado como embajador a Argel y más tarde a Constantinopla.
- b) Constituir un ejército regular morisco, bajo la dirección de militares berberiscos y turcos, para alcanzar un mayor poder de fuego.
- c) Alzarse en otras tierras distintas a las alpujarreñas, para abrir nuevos frentes y dividir los efectivos de las tropas reales castellanas.

Como respuesta, don Pedro de Deza hizo expulsar a los moriscos del barrio del Albaicín y desplazarlos a las tahas de Berja y Dalías, una decisión contraria a la política pacificadora de Mondéjar. La rígida posición de Deza se tradujo en arremeter sin escrúpulo contra la minoría, encarcelando sin motivo a los moriscos y removiendo sus viejos pleitos.

Finalmente, el acontecimiento de la Matanza de la Cárcel de Granada y el pillaje militar realizado en la Alpujarra fueron los motivos que movieron a los moriscos a volver a levantarse. A finales de marzo de 1569 el Reino de Granada se enfrentaba a la segunda rebelión de los moriscos.

1.1.5.3. La reorganización del bando morisco (marzo-septiembre de 1569)¹⁷¹

Cuando Mondéjar regresa a Granada, el 8 de marzo, Aben Humeya se subleva de nuevo con ayuda del bando radical. Por otra parte, mientras que Granada trata de aplastar el levantamiento de los malagueños, Aben Humeya asesina y reduce las fuerzas de los moderados alpujarreños y nombra a los nuevos cargos para preparar la rebelión general. En octubre de 1569 los radicales moriscos suben al poder que dirige la rebelión.

Pero las tornas cambian, pues en junio de 1569 Aben Humeya fue llevado ante don Juan de Austria por el alcaide de Güéjar como prebenda para que liberaran a su padre y hermanos que habían sido encarcelados. Las cartas desveladas por el Xoaybi de Güéjar,

¹⁷¹Caro Baroja. *Los moriscos del reino*, pp. 522-524.

un militar que participó en el levantamiento de los moriscos de 1568, fueron utilizadas por el sector radical para presentar a Aben Humeya como traidor a la causa.

Por el lado morisco cundía el desánimo y ya el 18 de abril de 1570 puede decirse que comenzaron los tratos de rendición, en los que desempeñó un papel preponderante Hernando el Habaquí¹⁷², hombre de peso que tenía enemigos entre los extremistas de los dos bandos y que fue asesinado en julio de aquel año por los suyos.

Cumpliendo órdenes de Constantinopla, los capitanes turcos aprovecharon esta situación para insuflar vida a la guerra morisca. De este modo, la sublevación debía favorecer el avance otomano por el Mediterráneo sin encontrar demasiada oposición. Con la ayuda de los radicales y, tras consultar a Argel, el capitán turco Caracax tramó el asesinato del rey morisco. Así fue como a finales de septiembre murió asesinado Aben Humeya, en Laujar de Andarax, siendo reemplazado por su primo bajo el apelativo de Muley Abd Allah Aben Aboo (también escrito Abenaboo). El nuevo monarca morisco se apresuró para que Argel aceptara su coronación, entregando a cambio importantes cargos de gobierno a los capitanes turcos. Todo ello favoreció que los moderados siguieran alejados del poder que dirigía la rebelión¹⁷³, aunque finalmente y como se indicará en el siguiente apartado, el mismo Abenaboo entablará negociaciones de paz con D. Juan de Austria a través de correspondencia, algunas de cuyas cartas se han conservado¹⁷⁴.

Como resultado final, el día 1 de noviembre de 1570 los moriscos fueron reunidos, pueblo por pueblo, para ser conducidos bajo escolta fuera del Reino de Granada, hacia las dos Castillas, Andalucía Occidental y Extremadura. En pocos días, unas 50.000 personas abandonarían para siempre sus lugares de origen.

El 30 de noviembre, don Juan de Austria, que dirigía la guerra desde el bando cristiano, termina su misión y se retira de Granada. El 15 de marzo de 1571, Aben Aboo, sucesor de Aben Humeya como jefe de los sublevados, fue asesinado de forma violenta por Gonzalo Seniz, uno de sus antiguos partidarios. La resistencia morisca ya no es más que un fuego que se extingue lentamente¹⁷⁵.

¹⁷²Sobre el cual, v. Garrido García. «Entre el colaboracionismo», pp. 45-64.

¹⁷³Caro Baroja. *Los moriscos del reino*, p. 177.

¹⁷⁴Torres Palomo. «Sobre la carta de Abenaboo», pp.125-128.

¹⁷⁵Domínguez Ortiz y Vincent. *Historia de los moriscos*, p. 35.

No solo fueron expulsados los que habían tomado las armas y después se habían sometido, también los que eran llamados “moriscos de paz”, gentes que no se habían sublevado. Todo el reino fue dividido en siete zonas. A cargo de cada una de ellas había dos o tres responsables que dirigían las operaciones a partir de uno de los centros de agrupamiento (Ronda, Málaga, Granada, Guadix, Baza, Vera y Almería). Estaban asistidos por comisarios, encargados cada uno de ellos de reunir a todos los habitantes moriscos de una decena de pueblos. Esta última fase duró una semana a causa de las múltiples dificultades encontradas.

Algunos moriscos consiguieron ocultarse, otros huyeron, otros resistieron. Pese a ello, se consiguió agrupar en el interior de los hospitales o parroquias a más de 50.000 personas procedentes de las siete zonas designadas¹⁷⁶.

Todo estaba previsto para que pudiera comenzar la segunda fase del éxodo: la marcha al norte y poniente. Varios contingentes de 1.500 individuos, escoltados por unos 200 soldados, debían avanzar a razón de veinte kilómetros diarios. Las columnas iban seguidas por carros donde se amontonaban los objetos pertenecientes a los expulsados.

La expulsión de 1570 fue la más importante, pero no la única que sufrieron los moriscos. Con anterioridad a la deportación principal, el número de expulsados del Reino de Granada solo puede ser aproximado y se calcula que pudo rondar las 20.000 personas¹⁷⁷. Pero esta tercera y última oleada que comenzó en 1570, sería la más compleja. Los estudios apuntan a que es muy difícil saber con seguridad si las víctimas de este éxodo pertenecían al grupo de los moriscos que habían permanecido hasta ese momento en sus pueblos de origen, al de los insumisos hechos prisioneros en fecha tardía o bien al de los moriscos que, después de expulsados, volvieron de nuevo y clandestinamente a sus tierras¹⁷⁸.

Finalmente, el primer día de noviembre de 1570 los moriscos granadinos son agrupados en sus pueblos para ser expulsados del reino y conducidos a Extremadura, la parte occidental de Andalucía (como Sevilla)¹⁷⁹, las dos Castillas y Murcia. También llegarán a instalarse en algunas zonas de Valencia.

¹⁷⁶Domínguez Ortiz y Vincent. *Historia de los moriscos*, pp. 50-51.

¹⁷⁷Caro Baroja. *Los moriscos del reino*, p. 181.

¹⁷⁸Domínguez Ortiz y Vincent. *Historia de los moriscos*, pp. 54-56.

¹⁷⁹Pérez García y Fernández Chaves. “La Iglesia y los moriscos”.

En tan solo dos meses, el frío, la humedad, las enfermedades y un cansancio extenuante diezmaron a los aproximadamente 50.000 moriscos que salieron del reino. Algunos cálculos sitúan el porcentaje de muertos de entre todos los desplazados en un 30%. Pero aparte de las penalidades y vicisitudes, también fueron víctimas de arbitrariedades, crueldad y asesinatos por los propios guardianes que los conducían, como sufrió la población de Cartajima (Serranía de Ronda)¹⁸⁰.

A pesar de la dura represión, el espíritu de lucha y resistencia para defender sus derechos y dignidad prosiguió años después en otros lugares, como el intento fallido de 1580 en Sevilla que acabó brutalmente reprimido¹⁸¹.

1.1.5.4. El exilio morisco¹⁸²

De este modo, llegaría el triste final para toda la comunidad morisca que habría de abandonar definitivamente suelo hispano. Pues, en efecto, hasta 1570 las comunidades moriscas de los distintos reinos habían vivido repartidas en numerosos lugares, con especial presencia demográfica en Granada, Aragón y Valencia, donde los moriscos llegaron a ser el 30% del total de los habitantes¹⁸³.

A partir de esta fecha, un total de 116.000 personas serán conducidas a los puertos y embarcadas en apenas tres meses. Contando a presos, condenados y muertos, aproximadamente 125.000 moriscos valencianos se vieron afectados por la expulsión¹⁸⁴.

Los moriscos del reino de Murcia serán incluidos en el segundo de los bandos de expulsión firmados por Felipe III. Su deportación, al ser considerados como mano de obra muy valiosa, fue objeto de manifestaciones de protesta, dudas y solicitud de exención por diferentes estamentos, desde el clero hasta la nobleza, pasando por los numerosos ayuntamientos¹⁸⁵.

Al igual que había sucedido en Castilla, un número indeterminado de moriscos de Aragón se había anticipado a los decretos de expulsión y se había marchado a Francia voluntariamente e, hipotéticamente, en condiciones más ventajosas. En total, en pocos meses cerca de 60.000 moriscos aragoneses habían abandonado sus casas, quedando en

¹⁸⁰García Benítez. “Moriscos granadinos”, 146.

¹⁸¹Domínguez Ortiz. “Desventuras de dos moriscos granadinos”.

¹⁸²Domínguez Ortiz y Vincent. *Historia de los moriscos*, pp. 177-200.

¹⁸³Bernabé Pons. *Los moriscos. Conflicto. Expulsión*, pp. 44-45.

¹⁸⁴Bernabé Pons. *Los moriscos. Conflicto. Expulsión*, p. 118.

¹⁸⁵Bernabé Pons. *Los moriscos. Conflicto. Expulsión*, pp. 132-133.

Aragón una cantidad ínfima de exceptuados de la expulsión. A causa de ello, amplias zonas del interior quedaron al borde de la despoblación más absoluta. Según las fuentes contemporáneas, cerca de 30.000 moriscos partieron hacia Francia al amparo de una cédula por la que se les obligaba a pasar por Burgos y pagar un derecho de salida¹⁸⁶.

El 17 de julio de 1610 el rey firmaría la orden definitiva de expulsión de los moriscos castellanos que aún no hubieran salido. La expulsión general de los moriscos de España se dio por terminada en varias ocasiones, entre 1610 y 1613.

La Historiografía cifra en unas 300.000¹⁸⁷ personas las que fueron expulsadas a partir de 1609, sin incluir en esta cifra, por supuesto, los que abandonaron la Península en los años inmediatamente anteriores o clandestinamente después de ese año¹⁸⁸.

1.1.5.5. La diáspora morisca

Irrevocablemente, el 22 de septiembre de 1609 se publicó el primer bando en el que se decretaba la expulsión general de los moriscos¹⁸⁹. En el intervalo de tiempo que va de 1609 a 1614 los moriscos desaparecerán de la escena como actores principales de la escena. Aunque la diáspora morisca tuvo como destino diversos lugares, principalmente del mundo árabe-islámico, serán fundamentalmente el norte de África y Turquía los destinos principales de los expulsados¹⁹⁰.

La conquista castellana de Granada, que culminó en 1492, y la Rebelión de las Alpujarras, en 1570, serán los dos motores de unas emigraciones más o menos masivas hacia el territorio del Magreb antes de la expulsión general de 1609. En torno a estas dos fechas, podemos señalar dos franjas de intensa emigración hacia Marruecos¹⁹¹:

La primera, que podríamos llamar andalusí y granadina, estuvo formada por las clases dirigentes y las élites económicas e intelectuales del Reino de Granada. Desplazadas durante todo el siglo XV, se insertaron sin mayores dificultades en la vida intelectual y política de diferentes ciudades, como Tetuán, Rabat, Salé o Fez.

¹⁸⁶Bernabé Pons. *Los moriscos. Conflicto. Expulsión*, pp. 139-141.

¹⁸⁷Moreno Díaz Del Campo. "Geografía de la expulsión", pp. 379-426.

¹⁸⁸Menéndez Pidal. *Historia de España*, pp. 386-387.

¹⁸⁹Caro Baroja. *Los moriscos del reino*, p. 198.

¹⁹⁰El Taiebi. *Kitāb al-Ŷumān fī mujtaṣar*, pp. 85-103.

¹⁹¹Bernabé Pons. *Los moriscos. Conflicto. Expulsión*, pp. 150-151.

Por tanto, serán los territorios dominados por los musulmanes, la *Dār al-Islām*, la zona principal de acogida de los musulmanes expulsados de España, considerados por las fuentes árabes los últimos andalusíes que buscan acogida en su territorio, y que serán recibidos como sus antepasados, los que desde el siglo IX estaban cruzando las dos orillas, la de la Península Ibérica y la del Magreb. Dentro de esta etapa, el periodo mudéjar también fue de intensa emigración que predominantemente se dirigió hacia Marruecos, aunque también se observa que los moriscos que salían de Almería o el Levante (Denia) se dirigían a Argelia a Túnez, sin duda buscando la mayor cercanía por el alto precio que por el trayecto cobraban los barcos cristianos, conocedores de la situación precaria de los viajeros¹⁹². No obstante, algunos moriscos acabaron en lugares tan lejanos como Turquía o Tombuctú, ciudad esta última que conquistaron formando parte fundamental del ejército del sultán sa‘dí al-Manşūr¹⁹³.

La segunda franja de inmigración, que se podría considerar específicamente morisca, se situaría a partir de 1501 y tendría especial intensidad en los años anteriores a la Rebelión de las Alpujarras.

Empujados por unas condiciones de vida opresivas y cada vez más difíciles en España, artesanos, labradores y clases bajas, en general, toman el camino del exilio en condiciones mucho más difíciles que las de los que les precedieron.

En esta perspectiva, la Guerra de Granada fue un acontecimiento de gran trascendencia a nivel internacional que implicaba no solo a toda España sino también a Europa y a Roma. La Guerra de Granada sería vista por los otomanos como el último intento del islam de recuperar el gobierno de los reinos de la Península Ibérica.

1.2. La Primavera Árabe en Egipto

La Primavera Árabe y, concretamente, su desarrollo en Egipto, es tema de inspiración de los dos escritores objeto de estudio en esta tesis doctoral, por lo que presentamos, a continuación, una breve explicación del desarrollo de los acontecimientos para que se pueda explicar su significado en relación al tema morisco.

Durante los primeros meses del año 2011, la sociedad civil egipcia y las fuerzas gubernamentales vivieron fuertes enfrentamientos que tuvieron como epicentro la plaza

¹⁹²Hasnaoui. “Nuevas aportaciones sobre los moriscos”, 102-103.

¹⁹³Véase, por ejemplo, la noticia abreviada de Pastor Muñoz. “Panorama histórico del Malí”, 60; Villar Raso. “Las gestas de Yuder Pachá”.

de Taḥrīr (plaza de la Liberación). El cuatro de mayo de 2010, ‘Abd -l ‘Azīz al-Ḥusaynī (Abdul Azis al Huseini) y ‘Abd al-Ḥalīm Qandīl (Abdel Halim Qandil), dos líderes de Kifāya (Kifaya), movimiento laico demócrata de defensa de los derechos humanos, organizaron una conferencia de prensa en la que reclamaban el fin del régimen del presidente del país Hosni Mubarak e instaban a la desobediencia civil¹⁹⁴.

Al mismo tiempo, Kifaya es una organización que lucha también contra la política israelí de ocupación y las agresiones de muerte a palestinos. En aquel tiempo, acusaba directamente a Israel de ser un estado racista y reprochaba duramente a Mubarak su silencio ante las matanzas de palestinos a manos del ejército israelí, así como de no haberse opuesto a la invasión estadounidense de Irak en 2003¹⁹⁵.

La oposición, que llevaba varias décadas trabajando en el desgaste del régimen, fue la que preparó los acontecimientos de enero y febrero de 2011.

En el seno del movimiento de oposición al régimen destacaba la figura de Isrā’ ‘Abd al-Fattāḥ (Isra Abdel Fatah), una activista social de veintiocho años que con gran maestría manejaba Internet y la red social Facebook. Esta joven fundadora del movimiento de oposición creado en 2008 fue la persona que convocó a millones de egipcios por Facebook para que se echaran a la calle y expulsaran a Mubarak¹⁹⁶.

El veinticinco de enero de 2011 ciudadanos de todas las edades se trasladaron a la plaza de la Liberación (*maydān* al-Taḥrīr), con pancartas, lemas y cantos que reflejaban su indignación.

Aunque en un primer momento las protestas fueron pacíficas, se registraron decenas de heridos y varios muertos, situación que avivó la llama de las masas e intensificó la protesta.

Aquella misma semana, la oposición al régimen de Mubarak organizó el movimiento *Viernes de la ira* dando lugar a la movilización de la *Marcha de los millones* tan solo una semana después. A su vez, otras ciudades egipcias como Suez, Alejandría o Ismailía

¹⁹⁴Ben Jelloun. *La primavera árabe*, pp.73-92.

¹⁹⁵Ben Jelloun. *La primavera árabe*, pp.73-92.

¹⁹⁶Ben Jelloun. *La primavera árabe*, pp. 73-92.

también participarán en esta ola de protestas enfrentándose a las autoridades policiales locales¹⁹⁷.

Sin embargo, fue en El Cairo, la capital más grande del mundo árabe, donde se produjeron la mayor parte de las concentraciones. Durante los días veintiséis y veintisiete de enero continuó una fuerte escalada de violencia callejera y de las fuerzas gubernamentales, que intentan reprimir los disturbios.

El día veintiocho los rebeldes tomaron el Hotel Intercontinental, que está situado cerca de la Plaza de la Liberación, desafiando así a las fuerzas locales. En la madrugada del día veintinueve, cuando se convocó una manifestación por el movimiento *Viernes de la ira*, hubo más de cincuenta muertos, según datos de BBC de Londres, pues las fuerzas del gobierno arremetieron con fuerza desde todos los flancos de la Plaza de la Liberación¹⁹⁸.

En la primera semana de febrero de 2011 el espíritu de la Primavera Árabe dio un nuevo impulso continuando los enfrentamientos y ascendiendo rápidamente el número de heridos y muertos. El ocho de febrero llegó la noticia de una fuerte ofensiva en las zonas industriales del país¹⁹⁹.

No obstante, hay que decir que el germen de estas protestas ya estaba latente en épocas anteriores como evidenciaban sucesivas huelgas de diferentes colectivos²⁰⁰.

El día seis de febrero de 2011, ‘Umar Sulaymān (Omar Soleyman), el que orquestaba las manifestaciones que exigían la salida de Mubarak, recibió a una delegación de los Hermanos Musulmanes y negoció oficialmente con ellos el futuro del país.

El movimiento de los Hermanos Musulmanes había sido fundado en Egipto en el año 1928 tras la caída del Imperio Otomano. En sus inicios, era un movimiento que enarbolaba una ideología que abogaba por el renacimiento del islam y la lucha contra el colonialismo y la influencia occidentales, valores que compartía con el wahhabismo saudí. Rápidamente, se transformaría en un movimiento de oposición política al socialismo popular que ‘Yamāl ‘Abd al-Nāṣir Ḥusayn (Gamal Abdel Nasser Hussein) quiso instaurar en el país en el año 1949.

¹⁹⁷López García. “Paradojas y desafíos”, 147-162.

¹⁹⁸López García. “Paradojas y desafíos”, pp. 147-162.

¹⁹⁹López García. “Paradojas y desafíos”, pp. 147-162.

²⁰⁰Claret Campana. “Los *millennials* egipcios”, pp. 1-43.

A pesar de que el presidente prohibiera el movimiento en el año 1957, este no dejaría de propagarse y echar raíces en la mayoría de los países árabes²⁰¹.

Finalmente, el 30 de junio de 2012 fue designado presidente Muḥammad Mursī ‘Īsà al-‘Ayyāṭ (Mohamed Mohamed Mursi Isa al-Ayya), convirtiéndose este en el único presidente de la historia de Egipto elegido democráticamente.

Por sorpresa, la Primavera Árabe había irrumpido en la vida de los egipcios sin que nadie lo hubiera vaticinado.

Se ha señalado la existencia de dos factores determinantes que en vísperas del estallido de las protestas engloban la indignación acumulada en los pueblos árabes: el primero de ellos fue la difusión de información no censurada por la cadena de televisión al-Īazīra (Al Jazeera); el segundo fueron las filtraciones de los documentos secretos de Estados Unidos sobre el mundo árabe a través de Wikileaks, donde se mostraba abiertamente una corrupción de sus gobiernos conocida por todos, aunque nunca admitida, y se dejaba entrever cierta desautorización de Estados Unidos a las prácticas corruptas de los regímenes aliados de Occidente. A través de Internet se difundirá ampliamente todos estos contenidos y su efecto se duplicaría en las diferentes redes sociales (Facebook y Twitter), convertidas en canales de difusión y movilización en tal ocasión.

En el caso de Marruecos, el régimen reaccionó rápidamente ante las protestas civiles comprometiéndose a un cambio constitucional. Ello dio lugar a todo tipo de expectativas y esperanzas en un primer momento; luego, el retorno a la cotidianeidad anterior sin apenas avances²⁰².

Como resultado, la Primavera Árabe inició unos débiles procesos de transición y una mayor apertura democrática de unos países anclados en grandes problemas sociales y de acentuado carácter rural.

Finalmente, se convocaron elecciones en algunos de estos países árabes y el pueblo votó mayoritariamente a partidos islamistas, con la excepción de Argelia. Túnez las celebró el veinticinco de octubre de 2011, Marruecos el veintitrés de noviembre del mismo año y Egipto el veintiocho y veintinueve de noviembre de 2011.

²⁰¹Ben Jelloun. *La primavera árabe*, pp.73-92.

²⁰²Ben Jelloun. *La primavera árabe*, pp.113-121.

En consecuencia, la Primavera Árabe gestó un tumultuoso proceso que cambiaría la historia y el rumbo de los países árabes y supuso para estos un punto de inflexión respecto a los momentos precedentes, un pasado caracterizado por el colonialismo, las dictaduras y el inmovilismo político. No obstante, el movimiento se detuvo y el resultado finalmente no ha sido el esperado, al menos de momento. Ha provocado algunos cambios sociales en algunos casos, en otros una vuelta atrás o un empeoramiento de las condiciones de vida para muchos árabes, cuando no una desgarradora guerra abierta que ha destruido el país (Libia, Siria) con la colaboración de la injerencia internacional.

2. La novela en la literatura árabe moderna y contemporánea

2.1. Panorámica general de la novela árabe entre los siglos XX-XXI

2.1.1. Introducción

En este breve esbozo a la novela en la literatura árabe de las cuatro últimas décadas del siglo XX y lo que llevamos de siglo XXI trataremos de presentar una síntesis de las nuevas formas narrativas en la literatura general y sus repercusiones en la literatura árabe y, más concretamente, en la narrativa surgida en Egipto y Marruecos. Se han escogido ambos países como representación de dos espacios diferentes: por un lado, el Próximo Oriente árabe y, por otro, la zona del Magreb con la finalidad de observar los puntos de intersección entre ellos. Asimismo, se ha indagado en la posible influencia del mundo occidental y en los aspectos y rasgos literarios que les son propiamente suyos en el campo de la literatura.

2.1.2. Contexto sociopolítico y su repercusión en la novela árabe

Parece claro que el Mundo Árabe ha evolucionado a lo largo del siglo XX de forma muy diferente al mundo occidental en el ámbito socio-político, económico, cultural, etc. Mientras que la postmodernidad europea podríamos situarla a finales de la década de los 70, en el Oriente Próximo y el Magreb es, en esta década y la anterior, principal aunque no exclusivamente, cuando se produce la descolonización, por lo que la situación allí arranca de forma completamente diferente. Sin lugar a dudas, la novela *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, marca el punto de referencia estelar del inicio de la corriente del Postmodernismo en la literatura occidental. Gracias a ella, los conceptos hipertexto e hiperespacio, entendidos como universos minúsculos de lo ecléctico, se convierten en símbolos de una nueva época cuyos orígenes se remontan al año 1960.

A partir de ahora, la nueva actitud y sensibilidad se caracterizan por una cierta desorientación, una crítica al supuesto elitismo, a las tendencias totalitarias, una valoración del ocio basado en el consumo y la pérdida de la fe en la utopía de la liberación surgida en la década de los 60²⁰³.

Las causas de todo esto se deben, en Europa, al recuerdo del Holocausto, el cual quedaría grabado en la memoria colectiva, llevando a la nueva experiencia de conectar memoria e

²⁰³Neuwirth, Pflitsch y Winckler. "Postmodernism", pp. 13-24.

identidad y, después, al resurgir de las identidades culturales de la Europa del Este tras el colapso de la división Este-Oeste.

Por el mismo tiempo, en la región central del Mundo Árabe, hubo un acontecimiento a nivel local, que trajo consigo un soplo de autoconfianza sin precedentes y que instaba a un discurso implicado por la memoria histórica.

Aunque solo duró pocos días, la guerra de junio de 1967 (o guerra de los Seis Días) que enfrentó contra Israel a una coalición de países árabes (Egipto, Jordania, Siria e Iraq) y que acabó derrotada puso al descubierto el estado de retroceso en el que se hallaba el Mundo Árabe. Con esta derrota se rompió el sueño de grandeza del panarabismo y el primer perdedor sería el presidente egipcio, Gamal Abdel Nasser, el único político árabe de la historia reciente que había planteado la posibilidad de una unidad árabe. Estos acontecimientos tuvieron un efecto devastador para los palestinos con la ocupación de Cisjordania (al-Diffa al-Garbiyya, “la Ribera Occidental”, West Bank) y la franja de Gaza, por segunda vez ya, entre los años 1957 y 1967.

Como consecuencia de estos hechos, en la novela surge la “nueva sensibilidad”, una nueva corriente que emergió con la intención de superar el realismo dominante. Hasta ese momento, la literatura árabe se había caracterizado por la representación mimética de la realidad.

Definitivamente, a partir de 1967 en el Mundo Árabe se desvaneció cualquier huella de pensamiento liberal y democrático occidental, siendo reemplazado este por la filosofía islámica de los Hermanos Musulmanes con su rechazo al Occidente y una vuelta a lo tradicional, a la fe en la mimesis²⁰⁴.

Algunos escritores árabes han levantado la voz en torno a este desfase entre estos dos mundos que evolucionan a dos velocidades distintas. Entre ellos nos encontramos a la egipcia Salwà Bakr (Salwa Bakr) (1949) con su novela *Sawāqī al-waqt* (Las norias del tiempo) escrita el año 2003 en la que denuncia la perenne dependencia de Occidente por parte del tercer mundo, el cual sufre la hegemonía absoluta de Occidente en todos los campos. También la escritora egipcia Raḍwà ‘Āšūr (Radwa Ashour) (1946-2014) en su novela de carácter autobiográfico *Qiṭ‘a min Ūrūbā* (Un pedazo de Europa) del año 2003 denuncia el afán histórico de Europa en perpetuar sus propios intereses en tierra de Egipto.

²⁰⁴Neuwirth, Pflitsch, y Winckler. *Arabic Literature*, pp. 41-63.

Del mismo modo, lo que se ha llamado el “choque de civilizaciones” ha sido considerado por algunos críticos una simple arrogancia, pues la opinión pública en Europa se postula de forma contundente en la incompatibilidad del islam y la modernidad, al mismo tiempo que se ahorra el esfuerzo de aproximarse a un debate de fondo sobre la cuestión²⁰⁵.

Más concretamente, en el campo de la literatura, hay consenso general por parte de los estudiosos de la literatura árabe contemporánea, en que el gran precursor de la novela árabe moderna ha sido Naÿîb Maḥfûz (Naguib Mahfuz) (1911-2006). Este escritor egipcio, que obtuvo el Premio Nobel de Literatura el año 1988, provocó un cambio radical en la manera de concebir la novela por su actitud renovadora en general. Claramente, fue él quien preparó el terreno para que la novela árabe avanzara con rapidez hacia su modernización, diversificación y cambio en las últimas décadas del siglo XX²⁰⁶.

Podría resumirse su trascendencia y el valor de su obra en la afirmación de que en toda su obra se encuentra una amalgama de hondura metafísica y realidad cotidiana²⁰⁷.

Gracias a sus novelas, la ciudad de El Cairo se convierte en el meridiano de Greenwich de la literatura árabe y un espacio cosmopolita²⁰⁸.

Más en la actualidad, la nueva generación de escritores nacidos en la década de los sesenta, cuyas obras empiezan a ser publicadas a partir del año 1995, es integrada dentro de lo que la crítica árabe ha denominado la generación “post-mahfuzi”²⁰⁹. Esta generación reconoce ser deudora de él, pero se aleja en gran medida de su concepción de la narrativa y de la escritura en general. De tal manera que la nueva corriente rompe con las normas tradicionales de la narrativa y con la representación realista del mundo, lo que era uno de los sellos característicos de la narrativa árabe anterior. El nuevo giro va en consonancia con la constante actitud de hastío y desorientación muy cercana a la occidental postmoderna.

En este punto, ambos mundos, occidental y árabe, confluyen en la misma línea de decepción por el fracaso social y político. El Egipto de Mubarak se desarrolla en un tiempo de contradicciones económicas, democráticas, ideológicas e, incluso, culturales.

²⁰⁵Neuwirth, Pflitsch, y Winckler. *Arabic Literature*”, pp. 25-37.

²⁰⁶Hernando de Larramendi y Pérez Cañada. *La traducción de literatura*, pp. 273- 274.

²⁰⁷Martínez Montávez. *Introducción a la literatura*, p.265.

²⁰⁸Snir. *Modern Arabic Literature*, p.242.

²⁰⁹López Enamorado. “Literatura árabe y postmodernidad”, pp. 67-84.

Junto a Naŷīb Maḥfūz (Naguib Mahfuz) se encuentran otros escritores egipcios de gran relevancia como Ṭaha Ḥusayn (Taha Hussein) (1889-1973), Idwār Jarrāṭ (Edwar al-Kharrat) (1926-2015), Yūsuf Idrīs (Yusuf Idris) (1927-1991), Bahā' Ṭāhir (Bahaa Tahir) (1935), Ŷamāl al-Gīṭānī (Gamal al-Ghitani) (1945-2015), Muḥammad al-Mansī Qandīl (Mohamed Mansi Qandil) (1946), la escritora Raḍwà 'Āšūr (Radwa Ashour) (1946-2014), 'Alā' al-Aswānī (Alaa al-Aswani) (1957), Yūsuf Zaydān (Youssef Ziedan) (1958) y de época más reciente a Aḥmad Murād (Ahmad Murad) (1978), Adham al-'Abbūdī (Adham al-Aboudi) (1981), entre otros.

Al otro lado del mundo árabe, en Marruecos, a comienzos de los años setenta aparecieron algunas obras que se alejaban de la escritura tradicional y acogían algunas tendencias vanguardistas que habían cuajado en la escena de la novela mundial o de la literatura árabe²¹⁰. Es de destacar la aparición de la novela *al-Gurba* (El extrañamiento), publicada el año 1971 del escritor 'Abd Allāh al-'Arawī (Abdallah Laroui) (1933). Esta obra es una de las primeras publicadas tras la independencia y supuso un auténtico punto de inflexión en la trayectoria de la novela marroquí. Las nuevas técnicas narrativas empleadas por este autor son acogidas abiertamente, rompiendo así con la narrativa clásica. Encontramos ahora entre las nuevas formas, la fragmentación de la sucesión temporal y el uso del mito²¹¹.

También fue pionera tras la independencia la novela de *Dafanā al-māḍī* (Enterramos el pasado, 1966) de 'Abd al-Raḥmān Gallāb²¹².

Otros escritores marroquíes de impacto y difusión internacional, según la antología publicada en 1981²¹³, son Muḥammad 'Ābid al-Ŷābrī (Mohammed Abed al-Jabri) (1935-2010), Ṭāhir ibn Ŷallūn (Tahar Ben Jelloun) (1944), Muḥammad Šukrī (Mohammed Chukri) (1935-2003), Muḥammad Zafzāf (Mohammed Zafzaf) (1941-2001), la escritora Laylā Abū Zayd (Leila Abouzeid) (1950), 'Abd al-Laṭīf al-La'bī (Abdellatif Laabi) (1942), la escritora Janāta Binnūna (Janata Bennuna) (1940), Muḥammad Barrāda (Mohammed Berrada) (1938), Idrīs al-Šarāybī (Dris Chraibi) (1926-2007).

²¹⁰Hernando Larramendi, Pérez Cañada. *La traducción de la literatura*, p. 281.

²¹¹Fernández Parrilla. *La literatura marroquí*, pp. 200-215.

²¹²Que ha sido recientemente estudiada, junto con *El huevo del gallo* (1984) de Muḥammad Zafzāf y *El año del elefante* (1983) de Laylā Abū Zayd, por Ghoulabzoubi. *El papel del espacio urbano*.

²¹³Fernández Parrilla. *La literatura marroquí*, pp. 259-265.

El estudio sobre la fase más reciente de la literatura de Marruecos ha tenido sus resultados en forma de monografías, portales web o en revistas científicas, que abarcan hasta nuestros días en la mayoría de los casos.

Esto mismo ocurre con la narrativa que está naciendo más recientemente en Egipto, del cual sea, tal vez, la novela más estudiada en Occidente, debido al gran número de obras literarias egipcias y por la relevancia de su producción.

2.1.3. Temas literarios de la historia cultural árabe que perduran en la novela

De forma general, la naturaleza de la literatura árabe desde el siglo XVII hasta nuestros días ha estado determinada por la interacción entre el sistema literario árabe y el islam²¹⁴, al que se ha suscrito la mayoría de los escritores árabes. En este sentido, los trabajos literarios publicados a lo largo del siglo XX continúan adheridos a este marco, siendo solo en lo marginal donde encontramos voces disidentes²¹⁵.

Hay que tener en cuenta que el juicio estético del Corán es muy fácil para los musulmanes porque en su mayoría creen que es la palabra eterna de Dios y su revelación ha sido transmitida en lengua árabe. Por tanto, no les cabe duda de que el Corán es la obra maestra por excelencia de la literatura universal en la cual deben basar los filólogos sus reglas²¹⁶.

El mundo semita más antiguo, sus cosmogonías, mitos, apocalipsis, relatos proféticos y sapienciales reaparece sin cesar en la literatura árabe de todos los tiempos. Asimismo, renace la identidad y pertenencia al elemento semítico, que es permeable a otras influencias donde están presentes la espiritualidad y la sensibilidad de lo trascendente. La existencia de lo fantástico como una realidad “real”, o los saltos de la realidad a la fantasía y la imaginación son propios a la literatura árabe de todos los tiempos como buena heredera de una tradición semita en la que los géneros apocalípticos, visionarios o proféticos conviven armónicamente con las crónicas²¹⁷.

Del mismo modo, la *sīra dātīyya* o autobiografía, a la que dedicaremos un espacio en esta tesis doctoral, es un género muy extendido en la literatura árabe moderna y tiene su origen

²¹⁴Tolan. *Sarracenos*, pp. 204-207.

²¹⁵Snir. *Modern Arabic Literature*, pp. 116-117.

²¹⁶Vernet. *Literatura árabe*, p. 68.

²¹⁷Abumalham. “La crítica literaria”, s.p.

en la literatura clásica y en la famosa y perdurable biografía del Profeta Mahoma, que realizó Ibn Ishāq (m. 768)²¹⁸.

2.1.4. Características generales de la novela postmodernista árabe

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX la narrativa árabe experimentó una profunda transformación en su forma y fondo. Veremos a continuación las principales características de la nueva novela postmodernista.

Hasta mediados de siglo XX, la novela estaba constituida por oraciones densas que se apoyaban fundamentalmente en estructuras explicativas, descriptivas y argumentativas con una estructuración lógica muy cercana a la aristotélica²¹⁹.

Asimismo, los novelistas árabes de antaño consideraban que la estructura de la novela debía seguir los dictados de la europea, de la que recibían gran influencia. Por el contrario, frente a estas creencias, los novelistas contemporáneos emplearán ahora una nueva forma de componer, basada especialmente en la cultura popular²²⁰.

A partir de 1960, en la que se considera la época modernista, se produce una especie de democratización de la narración o polifonía en la novela árabe. Los autores empiezan a reemplazar el narrador omnisciente en tercera o primera persona por la narración múltiple. Dicha técnica tiene la ventaja de que puede ser aplicada de diferentes maneras y con distintos motivos, por lo que puede producir efectos y resultados variados. Se persigue con esta técnica dar más voz al lector logrando que el mismo acontecimiento o personaje puedan ser vistos desde diferentes perspectivas siendo todas válidas. En definitiva, la técnica de la narración múltiple está ideada para hacernos reflexionar sobre el posicionamiento del autor en el discurso dentro de lo que viene a ser un trabajo propio de ficción. Para lograr su objetivo, debe existir un deseo de más objetividad en la narración buscando que la voz del autor sea neutral²²¹.

Hay que decir que, mientras la narrativa tradicional se basaba en una secuencia de tres tiempos consecutivos, pasado, presente y futuro, que se mostraban de forma separada sin que hubiera una zona de intersección entre ellos. A partir de las dos últimas décadas del siglo XX, la nueva sensibilidad surgida consigue romper con dicha estructura narrativa

²¹⁸Camera d'Afflitto *Letteratura araba*, pp.197-213.

²¹⁹López Enamorado. "Literatura árabe", pp. 67-84.

²²⁰Hernando Larramendi, Pérez Cañada. *La traducción de la literatura*, pp. 275-276.

²²¹Caiani. *Contemporary Arab Fiction*, p.31.

superponiendo los distintos tiempos y separando lo consciente de lo inconsciente. Nos encontramos ahora que los sueños, las pesadillas y las alucinaciones atraviesan las distintas temporalidades dejando una atmósfera temporal lo suficientemente amplia como para que tengan cabida todas las acciones temporales y en la que entran a formar parte tanto el presente, como el pasado o el tiempo hipotético²²².

Con el deseo de analizar la producción literaria de la que se conoce como generación de los *millenium*, la prestigiosa revista libanesa *Al-Adab*, dedicó un estudio al tema de la experimentación e innovación de la novela árabe. El análisis se centra en una serie de novelas publicadas entre los años 1979 y 2002 y escritas por autores árabes de diferentes nacionalidades que, según la mayoría de los críticos, han contribuido a la innovación de la novela árabe de la época postmoderna²²³.

Según las obras estudiadas en ella, los novelistas recurren a menudo a la técnica del *flashback* o analepsis, que sucede cuando la trama vuelve de pronto al pasado y la del *flashforward* o prolepsis, cuando la trama viaja repentinamente al futuro. Ambos recursos son empleados por gran parte de los novelistas árabes en la actualidad.

Entre sus conclusiones está el que el tiempo en la novela postmodernista presenta una sucesión que no se corresponde con las tres progresiones tradicionales sino a una “nebulosa” mental que permite al novelista visualizar el pasado y crear el futuro. Es esta una forma nueva de narrar no lineal y no cronológica que es adoptada y desarrollada de una forma radical por el libanés Ilyās Jūrī (Elias Khouri)²²⁴.

En definitiva, el escritor contemporáneo no se preocupa por el tiempo mecánico sino por los sentimientos que las personas albergan con respecto a ese tiempo.

La narración moderna presenta un cambio incesante de lugares y periodos de tiempo para lo cual se emplea una yuxtaposición de técnicas narrativas como el discurso, el monólogo interior dentro de una corriente de consciencia. La novela se desarrolla en primera y en tercera persona simultáneamente.

En las novelas del egipcio Idwār Jarrāt (Edwar al-Kharrat) claramente se muestra la estrategia de mezclar las dos dimensiones de la experiencia humana, la física y la

²²²Hernando Larramendi, Pérez Cañada. *La traducción de la literatura*, p. 280.

²²³Caiani. *Contemporary Arab*, p.1.

²²⁴Caiani. *Contemporary Arab*, pp. 16-31.

metafísica, esta última donde habitan los sueños, los deseos, los miedos y pensamientos²²⁵.

Internet ha sido uno de los factores y de las manifestaciones de la globalización y ha conseguido tener un impacto fundamental en la cultura y, en consecuencia, en la literatura. Al mismo tiempo, ha provocado la fragmentación de la noción de identidad y pertenencia.

Durante las dos últimas décadas, el debate sobre el concepto de identidad no solo está presente en la literatura sino en gran número de disciplinas que de una manera u otra hacen una crítica a la noción de lo integral, lo originario o de idea unificada.

En nuestro mundo cambiante, las identidades son para vestir y mostrar, no para almacenar y mantener. Por este motivo, estamos obligados a moldear nuestras identidades y no aferrarnos a una identidad, aunque queramos.

La comunicación a través de Internet, más que ningún otro medio, nos anima a renunciar a adherirnos a una única identidad a cambio de adoptar otras identidades o incluso a crear falsas identidades. Asistiendo a lo que se llama el “nuevo cosmopolitismo” del siglo XXI²²⁶.

Desde comienzos del siglo estamos asistiendo a una transformación global que invita a repensar y a reconceptualizar las humanidades y las ciencias sociales de manera que investigadores y estudiantes están obligados a investigar sobre la literatura disponible en los medios sociales y en la red²²⁷.

Los grandes cambios en el campo de la revolución y la inteligencia digitales están reflejándose en las obras de ficción. También el impacto de la tecnología, el terrorismo internacional, la movilidad del ser humano en el mundo de la globalización se observan en la literatura y muy particularmente en la novela contemporánea.

En conclusión, se puede afirmar que la fuerza de la narrativa contemporánea árabe actual reside en que esta es un lugar de encuentro para las distintas voces, lenguajes y signos, al mismo tiempo que es un instrumento complejo e intrincado que oscila entre la memoria y el olvido, entre lo fantástico y lo real, entre el sueño, la locura y la realidad, pues es un

²²⁵Caiani. *Contemporary Arab*, pp. 16-31.

²²⁶Snir. *Modern Arabic Literature*, p. 226-267.

²²⁷Snir. *Modern Arabic Literature*, p.275.

género abierto a todos los niveles de consciencia y conocimiento, así como al subconsciente o irracional. Por todo ello, la novela es hoy en día el registro de los árabes por excelencia.

2.2. La novela histórica en la literatura árabe. El tema morisco

Como género, la novela histórica árabe ha pasado por las tres etapas señaladas en el marco de la novela egipcia general previamente presentada. Las etapas que atraviesa el género histórico son las siguientes:

- La primera, la etapa que comprende las décadas de los años treinta y cuarenta del siglo XX, gira en torno a la *al-sīra al-ša'biyya* o cuentos populares sobre las muchachas de Qurayš. Destacan en esta etapa Muḥammad Farīd Abū Ḥadīd (Muhammad Farid Abu Hadid), Ŷirŷī Zaydān (Jirji Zaidan) y Ṭawfiq al-Ḥakīm (Tawfiq Al-Hakim), entre otros. Es en este momento cuando Naŷīb Maḥfūz escribe *Rādūbīs* (Rhadopis) y *Kifāḥ Ṭība* (La batalla de Tebas), cuyos argumentos se nutren de la historia de los faraones.
- La segunda etapa comienza en la década de los sesenta del siglo XX, cuando la opresión política alcanza sus mayores cotas y la dictadura no admite oposición alguna. Entre los escritores más destacados se encuentra 'Alī Aḥmad Bāktīr (Ali Ahmad Bakthir). Sin embargo, en este momento tienen más aceptación las obras teatrales argumentadas en la historia que los relatos propiamente históricos. Sus máximos representantes fueron Farīd Faraŷ, Ni'mān 'Ašūr y Maḥmūd Diyāb. Asimismo, nos encontramos con poetas que escriben para el teatro poético de tipo histórico, entre los que destacan Ṣalāḥ 'Abd al-Ṣabūr (Salah Abdel Sabour), Fārūq Ṣūšā (Farouk Shousha), 'Abd Raḥmān al-Šarqāwī (Abd al-Rahman al-Sharqawi) y Radwa Ashour (Raḍwā 'Āšūr).

Esta fase también está vigente durante la década de los setenta, con la presencia de autores como Salwā Bakr (Salwa Bakr) y el citado al-Mansī Qandīl.

- La tercera y última etapa es la correspondiente a los años noventa del siglo XX y lo que llevamos de siglo XXI, en la que ocupa un lugar destacado el escritor Ṣubḥī Mūsā. Durante este período se mira a la Historia de manera analítica, buscando en ella el origen de los problemas que se sufren en la actualidad con el fin de darles solución y evitar la aparición de otros mayores. Ciertamente, la Historia ha sido

la fuente que ha proporcionado a una comunidad un camino para abordar literariamente sus momentos de crisis²²⁸.

- Destacan también ahora autores como Muṣṭafā Sulaymān (Mostafa Soleiman), Āmāl al-Mīrganī (Amal Almergani) y Aḥmad ‘Abd al-Laṭīf (Ahmad Abdulatif), entre otros.

Dentro de este género histórico destacan cuatro novelas árabes dedicadas al tema de los moriscos que, por orden cronológico de publicación, son las siguientes: *Tulāṭīyya Garnāṭa* (Trilogía de Granada) de la egipcia Raḍwā ‘Āšūr, publicada en el año 1994; *Hadā l-andalusī* (Este andalusí), del escritor marroquí Binsālim Ḥimmīš, publicada el año 2007; *Al-mūrīskī* (El morisco) de Ḥasan Awrīd, publicada en el año 2011 y *Al-mūrīskī al-ajīr* (El último morisco) de Ṣubḥī Mūsà, publicada el año 2015.

Por lo que respecta a Marruecos más específicamente, Hassan Aourid, como ya se ha mencionado, aborda la novela histórica siguiendo la estela de otros escritores anteriores, entre los que destacan ‘Abd al-Hādī Būṭālib (Abdelhadi Boutaleb) (1923-2009), con la novela *Wazīr Garnāṭa* (Ministro de Granada), que trata sobre la personalidad de Lisān al-Dīn ibn al-Jaṭīb; el laureado y ya mencionado Binsālim Ḥimmīš (Bensálem Hímmich) (1948) con la novela *Maṡnūn al-ḥukm* (El loco del poder) que se basa sobre de la personalidad de al-Ḥākīm bi Amr Allāh (soberano egipcio de la dinastía fatimí), *al-‘Allāma* (El sapientísimo) que trata sobre Ibn Jaldūn y *Hadā l-andalusī*, sobre el famoso sufí andalusí Ibn Sab‘īn; la escritora Zakiyya Dāwud (Zakya Daoud) (1937) escribe su novela *Zaynab malikat Marrākuš* (Zaynab reina de Marrakech) dedicada a la personalidad de una heroína amazigí, Zaynab al-Nafzāwiyya; Aḥmad al-Tawfīq (Ahmed Toufiq) (1943) con la novela *Ŷīrān Abī l-‘Abbās* (Los vecinos de Abi Abbas) sobre la personalidad del sufí Abū ‘Abbās, ceutí del siglo XII del calendario cristiano.

²²⁸Comendador Pérez. *Sobre la novela histórica*, pp. 7-41.

3. Estudio de las novelas *Sīrat ḥimār* y *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd

3.1. Biografía de Ḥasan Awrīd

3.1.1. Primera etapa. Orígenes, formación y juventud

Ḥasan Awrīd, cuyo nombre en forma occidentalizada es Hassan Aourid, nació el 24 de diciembre de 1962 en el pueblo de Tazmūrīt (Tazmurit), un municipio situado al sureste de Marruecos cercano a al-Rašīdiyya (Rashidiya), ciudad conocida antiguamente con el nombre de Qaṣr al-Sūq (Ksar Essouk), de donde era su padre. Al-Rašīdiyya era en esos años una especie de mosaico cultural integrado por gentes que procedían de las pequeñas poblaciones de los alrededores, así como por una comunidad de judíos bastante integrada en la sociedad y un grupo de argelinos.

En el programa marroquí de televisión ‘Noches de Ramadán’, Aourid explica que entre los habitantes de su pueblo reinaba la cordialidad y la fraternidad y que, culturalmente, apenas existían diferencias entre los diferentes grupos. En este sentido, remarca la existencia de un templo donde los judíos rezaban libremente. Por otro lado, en el pueblo de su madre, Mīdilt (Midilt), núcleo minero donde residía gente procedente del continente europeo, habitaba una amplia comunidad griega. La convivencia entre la población foránea y los habitantes locales era bastante buena, según afirma el propio escritor, quien pone como ejemplo de aquella situación el hecho de que su madre estudió en un convento de monjas de la Orden de los Franciscanos, la cual impartía enseñanza en la localidad.

Por otro lado, Hassan Aourid fue un niño que creció en el seno de una familia conservadora, bastante religiosa, que recitaba diariamente el Corán.

De todo ello, conserva una clara memoria el escritor y observamos en él un deseo de mostrar al lector las influencias de su niñez, incluyendo una experiencia de respeto y entendimiento entre diferentes culturas. El autor subraya en una entrevista²²⁹ que la convivencia entre religiones sí era posible, sin que ninguna condicione a la otra, pues lo que primaba era el respeto y la aceptación del otro. Después, tras la guerra de junio de 1967, o guerra de los Seis Días, que se llevó a cabo entre los países árabes e Israel, las circunstancias empezaron a ser otras y, con ello, las relaciones entre los diferentes grupos de población cambiaron de manera drástica. Hasta tal punto fue así, que en su memoria

²²⁹ Awrīd. “Awrīd yahkī tafāṣīl ṭufūlati-hi”.

ha quedado el recuerdo de una muchacha judía a quien su familia repudió por haberse casado con un musulmán y convertirse al islam.

Al mismo tiempo, aunque se educó en un ambiente de convivencia entre habitantes árabes y bereberes, hecho que le otorgó una dualidad cultural y la ventaja de hablar dos lenguas, desde muy pronto nace en Aourid un sentimiento de identidad y defensa de ‘lo bereber’ y un interés por profundizar en el idioma amazigh.

Cuando Aourid apenas tenía diez años, tuvo lugar un acontecimiento de trascendencia internacional que tendría una influencia decisiva en su vida, la Guerra de Ramadán o Guerra de Yom Kipur²³⁰ en 1973.

Al mismo tiempo, la convivencia de habitantes árabes y beréberes le otorgó una dualidad cultural y el hecho de hablar dos lenguas, en un principio, hace que nazca en él un sentimiento de identidad y un interés por profundizar en el idioma amazigh.

En enero de 1977, a la edad de catorce años, es seleccionado entre los niños del Reino para ingresar en la Escuela Mawlawī (al-Madrassa al-Mawlawiyya —Escuela Regia— / Collège Royal) de Rabat. Fundado en 1942, es el colegio donde suelen estudiar los príncipes y algunos de los alumnos más sobresalientes del país, que son elegidos con la misión de acompañar a los niños de la casa real y formar un sólido grupo de confianza que debe ir mucho más allá de la edad escolar.

Así, en cuarto curso de secundaria se traslada Aourid al Colegio Real o Escuela Mawlawī para compartir aula con el futuro rey de Marruecos. Este cambio de vida sería para él muy duro y bastante traumático, como él mismo ha expresado en diferentes ocasiones: ‘Me mudé de una sociedad sencilla, conservadora y tradicional a otra esfera social de mentalidad occidental y abierta, cuyo idioma de conversación era el francés. Como mi nivel de francés era básico, fui objeto de burla de mis compañeros. Este hecho hizo que me refugiara en la religión’²³¹. Pero, al mismo tiempo, esta dificultad con el francés le impulsó a estudiar la lengua en profundidad.

²³⁰Como es sabido, la guerra de Ramadán o guerra de octubre, también conocida como guerra de Yom Kipur, es la guerra árabe-israelí de octubre de 1973. Fue un conflicto bélico librado por una coalición de países árabes liderados por Egipto y Siria contra Israel.

²³¹Naṣṣār. “Ḥasan Awrīd: maṣārib muta‘addida”.

De gran importancia para su formación personal fueron las celebraciones culturales realizadas en la Escuela Mawlawī, como las conferencias y las funciones teatrales. De entre ellas, recuerda la conferencia ofrecida por el escritor Amīn Ma'lūf (Amin Maaluf) o las representaciones en árabe y francés de Molière, Homero o Ṭawfīq al-Ḥakīm, entre otras, así como la lectura de poemas²³².

Posteriormente, tras su paso por el Colegio Real, el futuro rey y Hassan Aourid accederán conjuntamente a la misma universidad con la finalidad de estudiar la carrera de Derecho. Debido a los movimientos de izquierdas y la retórica del nacionalismo árabe, experimenta una nueva transformación personal ante sus dudas sobre la herencia cultural. Posteriormente, la caída de la Unión Soviética y el ascenso del capitalismo fueron para él dos acontecimientos que le causaron un fuerte impacto en su vida. Hasta entonces había estado convencido de que el socialismo iba en la línea histórica correcta y que sus postulados se impondrían, hasta presenciar después que esto no sucedió así.

Tras obtener el título de máster, se doctoró en 1999 con una tesis que llevaba por título *Jiṭābat al-iḥtiyāy al-'arabī li-l-ḥarakāt al-islāmiyya wa-l-barbariyya bī-l-Magrib (El discurso de protesta de los movimientos islamistas y bereberes en Marruecos)*²³³. El escritor basó su trabajo de tesis en un historiador libanés llamado Kamāl Sulaymān Ṣalībī, que había estudiado durante más de veinte años los discursos de protesta que llevaron al Líbano a una guerra civil. Paralelamente, empezó a escribir para una editorial, al-Bayt al-Lubnānī. Al mismo tiempo, estudió el caso de Argelia, donde existía una gran variedad cultural, pues le interesaba mucho conocerla y comprenderla; de ahí que tomara este caso como otra opción más para el estudio comparativo²³⁴.

3.1.2. Segunda etapa. Actividad política y de gestión: Gobierno y administración

En 1987 es designado funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores 'Abd Latīf al-Filālī (Abdellatif Filali), cargo que ocupa hasta 1992 y en el que es responsable de Educación y Enseñanza²³⁵.

A continuación, se traslada a Washington para ocupar el puesto de consejero de la embajada marroquí en Estados Unidos en un momento histórico en el que Marruecos

²³²Awṛīd. "Awṛīd yaḥkī kawālīs dirāsati-hi".

²³³Awṛīd. "Awṛīd yuwaḍḍiḥu 'alāqata-hu bi-mawlāy Hiṣām".

²³⁴Awṛīd. "Awṛīd yuwaḍḍiḥu 'alāqata-hu bi-mawlāy Hiṣām".

²³⁵Awṛīd. "Awṛīd yakšifu dawāfi'a ijtiyāri-hi".

jugaba un papel importante en varias causas como la palestina en la época de Yāsir ‘Arafāt (Yasser Arafat) y George Bush tras el final de la Guerra Fría.

Ḥasan Awrīd explica en una entrevista de televisión el motivo por el que había elegido trabajar en el Ministerio de Exteriores: “Si me hubiera guiado por mi interés económico habría elegido el Ministerio del Interior. Sin embargo, elegí trabajar en el Ministerio de Asuntos Exteriores por algo en lo que yo creo, que es la unidad del país. Además, se decía que la diplomacia en Marruecos no funcionaba bien y, por tanto, era necesario poner *caras* nuevas con mayor formación académica”²³⁶.

Allí trabajó como número dos de la embajada. Sin embargo, sus relaciones con el embajador Muḥammad b. ‘Īsà (Mohammed Ben Issa, también Benaïssa), empezaron a ser tensas cuando, tras un congreso celebrado en Marruecos, se le avisó de que Ḥasan Awrīd podría ser peligroso²³⁷. Además, hubo una campaña de acusación por prevaricación contra la embajada de Washington²³⁸. Acusan a Ḥasan Awrīd de falta de patriotismo y de su “inteligencia” con el Departamento de Estado de los Estados Unidos²³⁹, lo que lo obligó a regresar a Marruecos con un resentimiento aún más profundo. Una vez allí, una nueva experiencia le esperaba, el periodismo.

Ḥasan Awrīd es acusado de tener relación con el príncipe Hišām b. ‘Abd Allāh (Hicham Ben Abdellah) cuando existía una tensa relación entre los miembros de la familia real. El escritor se defiende de las críticas alegando que lo conocía dentro del ambiente en el que se movía y que seguía su trayectoria simplemente porque debía estar al tanto de los acontecimientos en torno a él. El príncipe Hišām b. ‘Abd Allāh había dado una conferencia a la que asistieron diferentes personalidades, entre ellas el propio Ḥasan Awrīd, por lo que este fue acusado de tener vínculos con el príncipe. El resultado, explica nuestro autor, fue el fin de su trayectoria política con una acusación de la que no podía defenderse. La consecuencia fue la destitución del cargo y retirada de salario durante cuatro años²⁴⁰.

El año 1999 es nombrado Portavoz Oficial del Palacio. En noviembre de ese mismo año paralelamente a sus funciones, el rey le confió una doble misión: por un lado, dirigir negociaciones con el partido *al-‘Adāla wa-l-Tanmiyya* (Justicia y Desarrollo) para una

²³⁶Awrīd. “Awrīd yakšifu dawāfi ‘a ijtiyāri-hi”.

²³⁷Awrīd. “Awrīd yataḥaddatu ‘an tawattur ‘alāqat-ihī”.

²³⁸Awrīd. “Awrīd yahkī ‘an “la‘anat al-aḥkām”, minuto 5’30.

²³⁹Así lo denunció Benaïssa en una nota publicada en *Le Journal* en 2002. Véase Brousky. *Mohammed VI*, cap. VII, nota 160.

²⁴⁰Awrīd. “Awrīd yuwaḍḍiḥu ‘alāqata-hu bi-mūlay Ḥišām”.

liberación “controlada”²⁴¹ del jeque Abdessalam Yassine (1928-2013), en aquel entonces bajo arresto domiciliario, y, por otro lado, el ponerse en contacto con los activistas del movimiento bereber para que sus demandas políticas estuvieran desligadas de las culturales y lingüísticas, que el monarca pretendía promover. Los primeros contactos con activistas amazigh los realizó Ḥasan Awrīd en 1998 y estos derivaron en la creación del Instituto Real de Cultura Amazigh (IRCAM), que es un organismo oficial financiado por el Palacio Real.

En noviembre de 2005 Hassan Aourid fue nombrado gobernador de la región de Mequinez, cargo que ocupó hasta que, en febrero de 2009, cuatro meses después de las elecciones municipales, fue reemplazado por Mohammed Faouzi, exgobernador de Casablanca-Anfa. Aunque las razones de su destitución aún no se han aclarado definitivamente, el hecho le supuso un duro golpe y una experiencia muy amarga. Comienza entonces un período vacío en su vida, lo que él llama su travesía particular por el desierto²⁴².

Posteriormente, en noviembre de 2009, nuevamente fue nombrado por el rey para otro cargo destacado: el puesto de historiador del Reino de Marruecos, que desempeñó durante un breve tiempo. En este puesto apenas estuvo un año, hasta el 22 de diciembre de 2010, cuando fue sustituido por el director de Protocolado Abdelhak Lamrini.

Tras casi una década participando de los círculos de decisión del país, teniendo un papel destacado en el entorno que rodeaba al rey de Marruecos Mohamed VI, Hassan Aourid inicia una nueva trayectoria totalmente distinta.

3.1.3. Tercera etapa. Actividad docente e intelectual: Universidad y activismo. Su transformación interior y el inicio de su obra

A partir de ese momento Aourid abandona la política para adentrarse en el mundo de la cultura y del pensamiento, comenzando así una trayectoria bien distinta. En esta nueva etapa realiza una crítica mordaz de las instituciones y las prácticas del Estado de Marruecos, que tan bien conoce, o más concretamente del *Majzan*²⁴³.

²⁴¹Brousky. *Mohammed VI*, cap. VII.

²⁴²Brousky. *Mohammed VI*, cap. VII.

²⁴³El término *majzan* tiene un sentido general relacionado con verbos como guardar, preservar, atesorar. La palabra, que parece haberse usado por vez primera en el Norte de África como término oficial en el siglo II/VIII, designaba a una coraza de hierro en la que el emir Ibrahīm b. al-Aglab guardaba el dinero de los

Paulatinamente, se va desligando del entorno del poder y pasa a ser el punto de mira y diana de todo tipo de ataques al tratar temas como el de la reforma política, el poder de las élites o las bases sobre las que tendría que cimentarse el proyecto de modernización del país. Asimismo, aborda temas muy candentes y de actualidad, como el islam político o el movimiento bereber.

Todo ello le hace ganar muchos seguidores y adeptos, pero también contrarios y detractores. Vuelve a ser centro de atención política y, al mismo tiempo, comienza su liderazgo entre los jóvenes y otros sectores sociales más marginales. Según opinión de los observadores internacionales, Hassan Aourid siempre ha intentado usar esa influencia social para levantar puentes de diálogo entre el gobierno, las organizaciones no gubernamentales y los representantes del movimiento bereber²⁴⁴.

En la actualidad, el escritor e intelectual trabaja como profesor en la Universidad Muhammad V de Rabat e imparte algunos cursos en otras universidades privadas del país. Además, trabaja como consejero de la revista de cultura e historia marroquí, *Zamān/Zamane*, un magazín mensual editado en Casablanca, y es miembro del Consejo Ejecutivo del Centro de Estudios de al-Andalus en Rabat.

En una entrevista concedida a la cadena de televisión qatari *Al-Āzīra* (*Aljazeera*)²⁴⁵ Hassan Aourid explica que decidió viajar a Granada en diciembre de 1997 y que esta visita le produjo un gran impacto en su pensamiento, pues supuso su reconciliación con la civilización islámica y su pasado. Este sentimiento lo expresa en su libro *Rawā' Makka (El esplendor de La Meca)* (2018), novela de carácter autobiográfico que alberga una fuerte carga espiritual. En este reencuentro con la cultura árabe histórica percibe que los lugares esconden secretos y puede que le hablen a quienes poseen buen corazón o un sexto sentido. Afirma que cuando uno pasea por la Alhambra no solo ve arquitectura e inscripciones, también intuye un espíritu o *zāwiya* en el palacio. Esta sensación trascendental es lo que desea transmitir con su relato.

Una década después, en 2007 y siendo gobernador de la región de Mequinez, después de un trabajo agotador en la organización de lo que sería el Primer Encuentro de Agricultura

impuestos destinado al califa 'abbāsī de Bagdad. Al principio, este término, que en Marruecos era sinónimo de gobierno, fue aplicado después al departamento de finanzas, al Tesoro. V. Buret. "Makhzan".

²⁴⁴ Awrīd. "Ḥasan Awrīd... muṭaqqaf zuhd".

²⁴⁵ "Ḥasan Awrīd: al-riwāya al-ta'rījīyya istiṣfā' nafsī".

a nivel estatal, se tomó un descanso. Según explica él mismo se encontraba muy cansado física y psicológicamente y decidió nuevamente viajar a Andalucía y visitar Córdoba y Sevilla. Allí intentó “realizar una *lectura* del lugar como el poeta antes de la implantación del islam, pero no con la mentalidad de la época preislámica en el sentido amplio”²⁴⁶. El escritor retuvo en su mente todo lo que percibió y esta experiencia transformaría su vida. Fue entonces cuando, según el autor, abandonó los cargos en la administración y la política, y se prometió que dedicaría sus esfuerzos a hacer justicia a los musulmanes, judíos y cristianos que habían sido arrancados de la tierra de al-Andalus.

En esos momentos, según ha expresado el propio Aourid, ya había escrito su novela *Le Morisque (El morisco)* en lengua francesa y deseaba traducirla al castellano para darla a conocer a los españoles. Sin embargo, y a pesar de haber firmado contrato con una editorial española para publicarla, no vio la luz. No obstante, la novela tuvo gran éxito y aceptación cuando, seguidamente, fue traducida y publicada en árabe.

A modo de anécdota de las sensaciones que percibió en Andalucía, cuenta que, en cierta ocasión, cuando recorría los palacios de los Alcázares Reales de Sevilla acompañando a una personalidad política española, al pasar junto a una fuente de la que brotaba el agua, el mandatario le preguntó qué era aquello. Él respondió inconscientemente ‘una fuente’, a lo que el otro respondió: ‘No. Es música. La música más bella que jamás hayas escuchado’.

Según él mismo interpretó después leyendo en los libros de historia, los sufíes musulmanes afirman algo similar en relación con las fuentes del agua: tienen la capacidad de hablarle al espíritu. En el pensamiento de Hassan Aourid, al-Andalus está impregnada de una magia especial que vive en la consciencia de los marroquíes, en sus diferentes ramas del saber y de su pensamiento.

Tanto es así, que opina que no debemos reducir la idea de al-Andalus a ciertas manifestaciones culturales, como la música, la gastronomía o la arquitectura, pues la considera un hecho trascendental, una ‘esencia’ que consiguió unir lo racional con lo espiritual, la belleza con el pragmatismo ofreciendo un mensaje sublime a la Humanidad. Y es que, para él, las dos civilizaciones más importantes del Mar Mediterráneo, las que han forjado lo mejor de su herencia filosófica, son la griega y la andalusí. Aunque

²⁴⁶“Hasan Awrid: al-riwāya al-ta’rijīyya istiṣfā’ nafsī”.

reconoce la presencia de un tercer protagonista, la antigua civilización egipcia, de la que desgraciadamente gran parte de su pensamiento se ha perdido.

Se podría afirmar que las preguntas existenciales que los intelectuales se hacen actualmente en Marruecos y en el mundo árabe en general están presentes en su obra y explican la inclinación que el autor tiene hacia la historia. En su tránsito vital, el escritor ha padecido una especie de sanación personal; es lo que se conoce en psicología como catarsis. Y es con este bagaje existencial cómo Hassan Aourid se enfrenta a la novela histórica.

Asimismo, en toda la obra de Hassan Aourid tiene especial presencia un tema, que no es otro que la tragedia humana: la debilidad, el engaño que deriva de la política y sus maquinaciones, las esperanzas que nacen y otras que caen por el camino, las injusticias cometidas contra personas. Con todo este recorrido vital, Hassan llega a la conclusión de que cuando los marginados buscan justicia, ésta no se les debe negar.

3.1.4. Entrevista a Ḥasan Awrīd

En este apartado, presentamos una entrevista mantenida con Ḥasan Awrīd el día veintiocho de marzo del 2020. El escritor nos respondió amablemente por escrito a las preguntas que le planteamos acerca de su obra. Con ella, pretendemos ofrecer una información de primera mano y más personalizada y directa de su producción y pensamiento. A continuación, se incluye el texto que nos envió en respuesta a las mencionadas cuestiones.

1- ما هي الكتب التي قرأتها لتكتب رواية الموريسكي؟

الجواب:

"قرأت أولاً كتاب ناصر الدين عن القوم الكافرين لأبي القاسم الحجري، ولم أكن أعرف شيئاً قبلها عن المورسكيين. كانت قصته مثيرة، وكنت أحلم بالكتابة عن هذا الذي غادر بلدة الحجر لأنه خشي أن يفتضح أمره لأنه كان يحسن اللغة العربية، ليعيش بعدها بمراكش في البلاط المغربي، ويقوم بمهمة دبلوماسية بفرنسا وهولندا، ويقع في حب فرنسية. لكن لكي أكتب عن المورسكيين قرأت كتاباً بالفرنسية كتبه إسباني رودريغو دي زاياس Rodrigo de Zayas، بعنوان "الموريسكيون وعنصرية الدولة"، وهو كتاب يتضمن وثائق مهمة. بالإضافة إلى كتاب عن المورسكيين كتبه مغربي اسمه محمد قاشتيلو، بمعنى Castellano وكان لما كان

طالباً باسبانيا في الأربعينات يثير الفضول الطلبة كيف لشخص يحمل اسم محمد أن يكون قشتالياً؟ أتيج لي أن التقى به وكان عمره ينيف عن التسعين، وكان مسروراً أن يجد في الاهتمام بمحنة المورسكيين. كما أنني مدين كذلك لشخصين لم يعودا من هذا العالم، وأمداني بوثائق مهمة، عزوز حكيم في تطوان، وكان محافظاً للخزانة الاسبانية بتطوان في زمن الحماية، ومحمد بركاش، في الرباط، وكان من المهتمين بتاريخ أسرته الموريسكية، وهو من هورناتشوس من إكسترامادور، وكان لا يحب أن ينعى بلقب الموريسكي، ويقول عنه نفسه، إني اسباني مسلم".

2- ما هي الطبعة التي قرأتها من كتاب الحجري؟

الجواب:

"بالنسبة لمؤلف الحجري اعتمدت النص العربي الذي حققه المؤرخ المغربي محمد زروق. لكن تحررت من النص، وأفسحت المجال للخيال. روايتي ليس نقلاً وفيها حياة أبي القاسم الحجري المعروف بأفوقاي، وأفوقاي هي تحريف لـ alfaquí في الاسبانية التي هي تحريف للفقير بالعربية".

3- لمن تمثل شخصياتك في روايتي الموريسكي وسيرة حمار؟

الجواب:

بالنسبة لشخصيات الموريسكي هناك شخصيات حقيقية، كما أفوقاي نفسه، أو السلطان أحمد المنصور، أو القاضي الريراكي أو المؤرخ الفشتالي. وهناك شخصيات معاصرة، وجعلتها تعيش في سياق القرن السابع عشر، فروديبس شخصية متخيلة وهو يحيل للزعيم المغربي المهدي بن بركة، كما فنيش يحيل للزعيم عبد الرحيم بوعبيد، ويمكن أن نجد تماثلاً بين أحمد المنصور والحسن الثاني. هناك شيء مني في شخصية أنتاتي. لكن لا معنى للرواية إن لم تكن إبداعاً وتخيلاً. أنطلق من الواقع نحو الخيال، ومن الخيال أعود للواقع.

بالنسبة لسيرة حمار، الشخص الحقيقي فيها هو أنا، الشخص الذي تحول إلى حمار، وأخذ انطلاقاً من وضعه الجديد يجري قراءة نقدية على الواقع. الشخص الأخرى كلها خيال".

4- هل لديك شيء أكثر لتضيف لما قيل عنك؟ ما هي تطلعاتك و رغباتك وأفكارك الفلسفية في هذه الأزمنة الجديدة؟

الجواب:

"الرواية كما أكتبها هي مجل للتفكير، هي طرح قضايا فلسفية وسياسية، ولذلك فأنا لا أكتب من أجل كتابة قصص مثيرة. تحيل كتاباتي إلى قضايا فكرية، لأن ما نحتاجه في مجتمع كما مجتمعنا، هو أن نفهم حاضرنا كي تكون لنا رؤية بالنسبة للمستقبل. أفهم بالنسبة لمجتمعات معينة أن تغطي التسلية أو ما يسميه الأمريكيون ب thriller . أعتقد بأن هذا ترف بالنسبة لنا. ولذلك أشعر بمتعة حين أكتب في قضايا فكرية. والرواية هي وسيلة لطرح هذه القضايا، أو على الأقل محاولة لفهم قضايا معقدة".

5- من كان زملائك في الدراسة؟

الجواب:

"درست بالمدرسة المولوية Colegio Real مع الملك الحالي محمد السادس، لما أن كان وليا للعهد، ومع نخبة ممن صاروا أصحاب القرار. كنت جزءا من المنظومة وتقلدت مناصب سامية، واخترت في مرحلة من حياتي أن أكتب لأسباب خاصة بي. هناك مقولة لسارتر أحبها كثيرا ولا أدري إن كنت أستطيع ترجمتها للعربية، أعتقد أنها غير قابلة للترجمة، ولكن أتصور أنها يمكن أن تترجم بسهولة إلى الإسبانية: "l'homme est en situation". بمعنى أن الظروف تؤثر في تطور الأشخاص. في جميع الحالات لا أعتقد أن مكانة شخص تقاس بالموقع الذي يحتله، بل بقدر إتقانه لما يقوم به، وتماهيه معه. ممرض جيد خير من طبيب سيء. أو كما كان الرومان يقولون، من الأفضل للمرء أن يكون الأول في قريته على أن يكون الثاني في روما".

La traducción de las preguntas que le planteamos y su respuesta es la siguiente:

1. ¿Qué libros ha leído para escribir *El morisco*?

"Leí, en primer lugar, el libro *Kitāb nāṣir al-dīn 'alà l-qawm al-kāfirīn* de Aḥmad b. Qāsim al-Ḥayārī. Antes de leerlo no sabía nada sobre los moriscos. La historia del relato me pareció muy interesante y nació en mí el interés por escribir sobre aquel personaje que un día abandonó su pueblo, Láchar, por temor a ser capturado por hablar en árabe, para vivir después en Marrakech en la corte marroquí donde realizaría una misión diplomática en Francia y Holanda. Se enamora de una francesa. Además, leí el ensayo de Rodrigo de Zayas *Los moriscos y el racismo de estado* en versión francesa, que incluye algunos documentos importantes. Y también, un libro sobre moriscos escrito por un marroquí

llamado Muḥammad Qaṣṭīlū, cuyo apellido hace referencia al español Castellano; cuando era estudiante en España en los años cuarenta, despertó la curiosidad de los estudiantes saber cómo una persona de nombre Muḥammad podía ser castellana. Tuve la oportunidad de conocerlo cuando este pasaba de los noventa años de edad y se alegró mucho de nuestro interés por la tragedia de los moriscos.

Pero, también soy deudor de dos personas ya fallecidas que me dieron documentos importantes, ‘Azūz Ḥakīm en Tetuán, conservador de la Biblioteca Española de Tetuán durante la época del Protectorado, y Muḥammad Barkāš en Rabat, el cual estaba interesado en la historia de su familia morisca, del pueblo de Hornachos en Extremadura. No le gustaba que le llamaran con el término morisco, sino que decía sobre sí mismo: «Yo soy español musulmán»”.

2. ¿Qué edición ha leído del libro de al-Ḥaḡarī?

“Por lo que respecta a la obra de al-Ḥaḡarī, me basé en el texto árabe que editó el historiador marroquí Muḥammad Razzūq²⁴⁷. Pero me liberé del texto y dejé espacio a la imaginación. Mi novela no es un traslado fiel de la vida de Abū l-Qāsim al-Ḥaḡarī conocido como Afūqāy, nombre que es una alteración de la [palabra] ‘alfaquí’ en español, la cual es [a su vez] una alteración de la palabra *al-faqīh* en árabe”²⁴⁸.

3. ¿A quiénes representan sus personajes en las novelas *El morisco* y *Sīrat ḥimār* ?

“En *El morisco* hay personajes históricos reales como Afūqāy, el sultán marroquí al-Manṣūr (el Victorioso) al-Dahabī, el juez al-Raḡrāḡī/al-Rakrākī (Regragi) o el historiador al-Faṣṭālī y hay también personajes del siglo XIX. Frodies es un personaje imaginario inspirado en el líder marroquí al-Mahdī b. Baraka (Mehdi Ben Barka). En cuanto a Finnish, este es el político marroquí Abderrahim Bouabid (‘Abd al-Raḡīm Abū ‘Abīd), líder de la izquierdista Unión Socialista de Fuerzas Populares entre los años 1975 y 1992, que fue un duro opositor durante la etapa del Protectorado francés y del rey Hassan II.

²⁴⁷La edición crítica de la obra por este investigador de la Universidad de Casablanca se ha publicado dos veces: *Nāṣir al-dīn ‘alā l-qawm al-kāfirīn* en 1987 (v. Viguera. Reseña de al-Ḥaḡarī) y reedición con el título de *Riḡlat Afūqāy* en 2004. Sobre otras ediciones de esta obra, véase, *infra*, apartado 3.2.2.3.1. Fuentes y finalidad de la novela, nota 214.

²⁴⁸La similitud consonántica de las palabras Afūqāy y *faqīh* en árabe lleva a Awrīd a identificarlas y establecer una etimología del antropónimo, pero la vocalización de ambas palabras y el artículo complican la solidez de esta teoría, incluso considerando un hipotético diminutivo *al-fuqayh* (“el alfaquicillo” “el juristilla”) muy poco probable. Además, L. F. Bernabé Pons ha relacionado el nombre Afūqāy con la familia granadina de los Focay, etimología mucho más plausible: Bernabé Pons. “Una nota sobre Aḡmad Ibn Qāsim”. Bernabé Pons. “Aḡmad al-Ḥaḡarī”.

Asimismo, es posible encontrar similitudes entre el personaje de al-Manşūr y el rey Hassan II. Por otro lado, hay algo de mí en el personaje de Antati. En general, en mi novela me muevo entre lo real y lo imaginario.

En cuanto a los personajes de *Sīrat ḥimār (El asno de plata)*, el asno soy yo, los demás son imaginarios”.

4. ¿Tiene algo más que añadir a todo lo que se ha dicho sobre usted? ¿Cuáles son sus anhelos, deseos y pensamientos filosóficos en estos tiempos nuevos?

“Concibo la novela como un campo de reflexión para abordar cuestiones filosóficas y políticas. Por tanto, no escribo historias llamativas, sino que me inclino a tratar temas de pensamiento filosófico. Creo que lo que necesitamos hoy en día en nuestra sociedad es comprender nuestro presente y hacernos una visión de futuro. Comprendo que en ciertas sociedades prevalezca la idea del entretenimiento, es lo que los americanos llaman “thriller”, pero esto es un lujo para nosotros. Por este motivo disfruto cuando escribo sobre cuestiones de pensamiento. En mi opinión, la novela es el medio que empleamos para sacar a la luz ciertos asuntos o, al menos, es un intento de entender los asuntos complejos”.

5. ¿Quiénes fueron sus compañeros de estudios?

“Estudí en el Colegio Real con el rey actual Mohamed V, cuando este aún era el príncipe heredero, y mis compañeros son la élite del poder que toma hoy las decisiones en Marruecos. Yo fui parte del sistema y tuve cargos muy altos. En una etapa de mi vida decidí escribir por causas personales. Hay un dicho de Sartre que me gusta mucho y no sé si puedo traducirlo bien al árabe, creo que no se puede traducir exactamente, pero creo que será fácil hacerlo al español: “l’homme est en situation”²⁴⁹, que tiene el sentido de que las circunstancias influyen en el desarrollo de la persona. En cualquier caso, no creo que el puesto que ocupe una persona sea lo importante, sino más bien cómo desempeña su trabajo y en cómo se desenvuelve en él. Es mejor ser un buen enfermero que un mal médico, o como decían los romanos: ‘es preferible ser el primero en el pueblo de uno que ser el segundo en Roma’ ”.

²⁴⁹ Nos resistimos a traducirlo al español a pesar de que resulta evidente que esta máxima sartriana es similar y puede tener un claro precedente en la de “Yo soy yo y mi circunstancia” de José Ortega y Gasset (1883-1955), 22 años anterior a Jean-Paul Sartre (1905-1980) cuya serie de ensayos *Situations* se empezaron a publicar en 1947, cuando ya Ortega tenía 64 años y había escrito la mayoría de su obra, además de su mencionada máxima aparecida en *Meditaciones del Quijote* (1914).

3.2. Producción de Ḥasan Awrīd

3.2.1. Panorámica de las obras de Ḥasan Awrīd

La producción de Ḥasan Awrīd es amplia y abarca diferentes tipologías: obras de traducción, literarias, novela histórica, ensayos políticos y filosóficos. Entre sus producciones más importantes en el campo del pensamiento y la traducción podemos destacar, entre otras, las siguientes:

Al-islām wa-l-garb wa-l-‘awlama (*El islam, el Occidente y la globalización*). Casablanca:

Ŷarīdat al-Zaman, 1999. Ensayo.

Al-Mir’āt al-Garb al-munkasara. (*El espejo roto de Occidente*). Rabat: Tūsnā, 2016³,

publicado en 2010. Es un ensayo crítico que analiza algunas de las ideas de Occidente en lo referente a la economía, la política y la religión.

L’impasse de l’islamisme. Cas du Maroc (*El estancamiento del islamismo. Caso de Marruecos*). Rabat: El Maarif Al Jadida, 2015.

Al-islām al-siyāsī fī l-mīzān: ḥālat al-Magrib (*El islam político en la balanza: la situación de Marruecos*). [Rabat]: Tūsnā, 2016.

Ufūl al-Garb (*Las postrimerías del Occidente*). Casablanca, Beirut: al-Markaz al-Ṭaqāfī al-‘Arabī, 2018.

Min aḥl tawra ṭaqāfīyya bi-l-Magrib (*Para una revolución cultural en Marruecos*)²⁵⁰, Casablanca: Maṭba‘at al-Naḥāḥ al-Ŷadīda, 2018; 2ª ed. 2021. Trata de la reforma de la educación en relación con una posible revolución cultural en su país. El principal objetivo que plantea esta obra de pensamiento es la necesidad de romper con la cultura tradicional y abrirse a la globalización, pero desde una dimensión humana, en la creencia de los valores de libertad e igualdad y en los principios de diferencia y pluralismo.

Occident: ¿Est-ce le crépuscule? Rabat: Bouregreg, 2011.

Aux origines du marasme arabe, Rabat: Tusna, 2017.

Al-siyāsa wa-l-dīn fī-l Magrib (*La política y la religión en Marruecos*), Casablanca: al-Markaz al-Ṭaqāfī al-‘Arabī, 2020.

publicado en 2020.

Pouvoir et religion au Maroc. Casablanca: Croisé des chemins, 2021.

‘Ālam bilā ma ‘ālim (*Un mundo sin parámetros*). Casablanca: Al-Markaz al-‘Arabī, 2021.

²⁵⁰Ṭawīl. “Min aḥl tawra ṭaqāfīyya”.

En cuanto a su producción literaria, destacan obras como:

Sīntrā (Cintra). Rabat: Tūsna, Maṭba‘at al-Ma‘ārif al-Ŷadīda, [2016] 2017, 1ª ed. Rabat: Tūsna, 2015. Novela.

Al-aŷama (La selva). Rabat: Dār al-Amān, 2014.

Al-ḥadīth wa-l-šaŷan (La conversación y la nostalgia), Rabat: Dār Abī Raqrāq, 2010. Es un relato muy próximo a una biografía, escrito en francés (título en francés y año) y traducido posteriormente al árabe. Estuvo motivado por la caída de la Unión Soviética, su colapso y el triunfo del capitalismo.

En cuanto a novela histórica, entre los principales trabajos del autor se encuentran *Al-Mūrīskī (El morisco)*, 2011. Es una de las novelas estudiada y traducida en esta tesis doctoral (ver más adelante el capítulo sobre la misma).

Rabī’ Qurṭuba (Primavera de Córdoba). Casablanca: al-Markaz al-Ṭaqāfī al-‘Arabī, 2018 (3ª ed.) Novela escrita en prosa poética, de extensión media y publicada en 2016. Ḥasan Awrīd ofrece en ella una imagen del entorno que rodea el palacio real cordobés, los asuntos relacionados con el poder y la religión. Al mismo tiempo, ofrece un testimonio de su época dorada inspirado en la historia que compartimos, al-Andalus²⁵¹.

Rawā’ Makka. Riḥla (El esplendor de La Meca. Relato de viaje). Rabat: Tūsna, 2017. Para el autor el libro es esencialmente el testimonio de un viaje interior, un viaje de revelación para reencontrarse a sí mismo²⁵².

Ribāṭ al-Mutannabī (La rábida/ribat de al-Mutanabbi). Casablanca, Beirut: al-Markaz al-Ṭaqāfī al-‘Arabī, 2019. Esta novela ha tenido el honor de formar parte de la lista de obras que aspiran al International Prize for Arabic Fiction, el conocido como Booker árabe que conceden los Emiratos Árabes a la mejor novela en lengua árabe en la edición del año 2020. En este relato, de extensión media, Hassan Aourid resucita al poeta al-Mutanabbī en un viaje a través del tiempo que tiene como escenario las calles de Rabat,

²⁵¹Abd al-Ṣamad. “«Rabī’ Qurṭuba»; Ḥasan Awrīd. “Min waḥī l-Andalus: «Rabī’ Qurṭuba» ḷadīd”; al-Jaṭṭ. “Al-kātib al-magribī Ḥasan Awrīd”.

²⁵²Al-Farāwī. “«Rawā’ Makka» li-Ḥasan Awrīd”.

la capital marroquí²⁵³, como muestra el juego de palabras que aparece en el título (Rabat=Ribāt=rábida o ribat, fortaleza para el retiro espiritual y defensa del islam)²⁵⁴.

Sīrat ḥimār (*Biografía de un asno*). Rabat: Dār al-Amān, 2017, 4ª ed. Es una de las novelas estudiada y traducida en esta tesis doctoral, traducida con el título de *El asno de plata*. Fue traducido después al francés²⁵⁵ por el propio autor con el título de *Tourments d'un âne*. (Casablanca: Imprimerie Najah al-Jadida, 2018).

Otras novelas suyas son:

Fayrūz al-muḥīt: šī'r (*Fayruz del océano. Poesía*). Rabat: Markaz Ṭāriq b. Ziyād, 2009 (copyright 2008).

Ṣubwa fī jarīf al-'umr (*Anhelos de amor en la madurez*). Rabat: Dār Abī Raqrāq, 2011², 1ª ed. Rabat: Markaz Ṭāriq b. Ziyād, [2006] 2007.

Tilka al-aḥdāt (*Aquellos acontecimientos*). Rabat: Markaz Ṭāriq b. Ziyād li-l-Dirāsāt wa-l-Abḥāt, 2006.

Yawmiyāt mustāf (*Diario de vacaciones*). Rabat: Dār Abī Raqrāq, 2010 [2012]. Diván de poesía.

Zafrat al-mūrīskī (*El último aliento del morisco*). Rabat: Dār al-Amān, 2014. Composición poética.

Zīnat al-dunyā (*El adorno de este mundo*). Rabat: Dār al-Amān, 2021.

Por otra parte, Hassan Aourid ha sido galardonado con diferentes premios nacionales e internacionales, que refrendan la calidad de su obra y ponen de manifiesto la originalidad e importancia de su pensamiento crítico.

3.2.2. La novela *Sīrat ḥimār* de Ḥasan Awrīd

3.2.2.1. Forma: estructura y análisis literario

Se trata de una novela corta o un relato corto publicado en 2014 (Rabat: Dār al-Amān, 2017, cuarta edición). Fue traducido después al francés por el propio autor con el título de *Tourments d'un âne*. (Casablanca: Imprimerie Najah al-Jadida, 2018).

²⁵³Awrīd. "Awrīd yab'aṭu al-šā'ir al-Mutanabbī".

²⁵⁴Sobre el *ribāt*, véase, entre otras muchas referencias, Franco-Sánchez (ed.). *La rábida en el islam*; Franco-Sánchez. "Almonastires y rábidas".

²⁵⁵Mousjid. "Biographie d'un âne".

La obra se divide en trece capítulos encabezados por un número romano sin título. Estos capítulos no superan las diez páginas cada uno, salvo los dos últimos, los capítulos XII y XIII, que tienen una extensión de veintiséis y dieciséis páginas respectivamente.

La novela es una autobiografía de carácter alegórico y ha sido definida como una novela erótico-amorosa. En ella se encuentran claras reminiscencias de *El asno de oro* de Apuleyo (en la novela misma se hace alusión implícita a esta obra) y también de *El Lazarillo de Tormes*, *La metamorfosis* de Franz Kafka o *Las flores del mal* de Charles Baudelaire.

En la novela se halla omnipresente la huella helénica²⁵⁶ y latina. De hecho, la acción se desarrolla en la época romana, en las ciudades de Volubilis y Cartago, entre otras.

La obra adopta la forma de un narrador humano hasta el momento de la transformación o metamorfosis del protagonista en asno y, a partir de este momento, se conforma como una especie de fábula de animales que no hablan pero que se comunican con sonidos y actos. Sin embargo, el protagonista, convertido en asno, piensa como un humano y va contando sus peripecias al modo en que lo hacía la novela picaresca española.

El estilo de la novela es muy culto y refinado y, en ella, se demuestra el amplio bagaje cultural del escritor en el campo de la filosofía y de la historia del mundo clásico romano.

3.2.2.2. Contenido

3.2.2.2.1. Fuentes y finalidad de la novela

Sīrat ḥimār (*El asno de plata*) está basada en la novela *El asno de oro* (originalmente llamada *Las metamorfosis*) de Apuleyo (autor que también era bereber, nacido en la actual Mādawrūš/M'Daourouch, Argelia y muerto en Cartago, Túnez, ca. 180), considerada el primer texto literario de la historia escrito más de ciento treinta años después del nacimiento de Jesucristo. Hassan Aourid se inspira en las aventuras del protagonista de esta novela, el asno Lucio, quien conoce las penalidades propias de un animal pasando por diferentes amos hasta que, finalmente, consigue redimirse gracias a la diosa Isis, y vuelve a transformarse en hombre. Ambos relatos toman la doctrina platónica y el cuento tradicional de Cupido y Psique, al mismo tiempo que realizan una crítica social a la hipocresía social y a la doble moralidad.

Asimismo, el escritor también se inspira en *La metamorfosis* de Kafka, cuyo personaje principal, Gregor Samsa, descubre que su cuerpo se ha transformado en un enorme

²⁵⁶Monferrer Sala. "Between Hellenism", pp. 445-473.

insecto. También se inspira en la historia de un caballo que habla, el personaje que crea al-Mutanabbī para una de sus grandes obras, la *Poesía de los campos*. En ella, el poeta imagina un caballo que conversa con el hombre y le hace la siguiente pregunta: ¿Por qué se mete el ser humano en guerras y abandona este lugar?

Hassan Aourid en su novela *Sīrat ḥimār* trata de contestar a los que llaman a la separación o a las luchas internas y al enfrentamiento con el mundo occidental. Para ello, realiza un largo viaje que le sirve de excusa para relatar la historia de un periodo bereber, describiendo aspectos sociales y políticos.

El relato es un viaje para descubrirse a sí mismo. El escritor afirma haberlo escrito en una semana, aunque la idea ya estaba en su mente desde hacía más de dos décadas. Tras un momento de inflexión, que marca un antes y un después en su vida, Aourid decide escribir este relato que representa un viaje al pasado. En la Edad Antigua existían preceptos comunes a las tres culturas en relación con ‘lo prohibido’, según lo cual Aderbal, el asno, cometió lo prohibido y tuvo que pagar por ello. El protagonista de *Sīrat ḥimār (El asno de plata)* se ve obligado a realizar un viaje en forma de caracol para encontrarse a sí mismo y vencer nuestro lado animal. Pero descubrirse a sí mismo no es suficiente, debe ponerse al servicio de su gente y de su pueblo²⁵⁷.

La causa está en una visita que realizó a Tībāza (Tipasa), lugar de origen romano localizado en Argelia.

Según afirma el propio escritor, el motivo principal que le llevó a escribir la novela fue el desarrollo de la Primavera Árabe, especialmente después de los acontecimientos acaecidos en Egipto. La obra fue escrita en el momento de las manifestaciones en Egipto. La conclusión a la que llega el autor es que no se puede construir una sociedad sin una visión o perspectiva, es decir, es necesario combinar el pensamiento con las creencias. Desde su punto de vista, la sociedad únicamente avanza con el pensamiento porque la lógica de las creencias no es la misma que la del pensamiento.

Además, Aourid intenta con este relato demostrar que nuestra historia, cultura y personalidad no se pueden reducir a un momento o a una civilización concreta pues, según su pensamiento, la historia de las naciones está formada por diferentes estratos de pueblos que se superponen unos a otros. Lo demuestra el hecho de que Apuleyo, el autor de *El asno de oro*, era bereber y, sin embargo, escribió en latín.

²⁵⁷ “Ḥasan Aurīd fī ḥadīṭ ‘an ... *Sīrat ḥimār*”.

Del mismo modo que Gustave Flaubert en cierto momento dijera: ‘*Madame Bovary* soy yo’, Hassan Aourid llega a afirmar: ‘*Sīrat ḥimār (El asno de plata)* soy yo, en ella transmito mis pensamientos y mi historia’²⁵⁸.

3.2.2.2.2. Temas de la novela

Uno de los temas de la obra es el mundo de la *urbe* en contraposición con el mundo rural, sus similitudes y diferencias. La *urbe* y la clase social alta con sus vicios, reuniones, fiestas, codicia y lujuria frente al mundo de los criados que aparece silencioso, salvo la criada de la señora que reaparece como protagonista al final de la novela.

A través de la vida en la *urbe*, el autor analiza al ser humano y encuentra que, en el fondo, su naturaleza no es muy distinta a la de los humanos del mundo rural.

Es una obra eminentemente campestre o rural, pues hace alusión constante a la naturaleza y a los seres vivos, aves, animales de granja y circo, animales peligrosos del bosque, asnos y burras.

Asimismo, emplea el autor el simbolismo mediante la relación entre el volar del pájaro y la libertad, la puesta del sol y la esperanza de un nuevo amanecer, la cueva y el conocimiento, mito basado en Platón, los prados y praderas que representan la felicidad, las velas que acompañan a la sexualidad y pócimas para transformarse.

El lenguaje adquiere un papel fundamental en el personaje del asno, quien tiene que aprender la lengua de los asnos para comunicarse con ellos, pero aun habiéndolo aprendido, no los entiende, lo que le lleva a plantearse si tal vez no se la han enseñado bien. Unido a esta idea de mal entendimiento, nos encontramos con dos tribus que adoran a un dios; el dios de una de ellas resulta ser una yegua y el de la otra es un asno. Ambas tribus están enfrentadas por sus creencias y resultan ser tribus iguales en casi todos los aspectos. Incluso celebran una romería con fiesta popular seguida de un desmalezamiento y desinhibición totales. A través de ellas también se aprecia el simbolismo de la obra.

La idea de amor platónico está presente en la novela. También la separación entre los dos mundos, el celestial y el terrestre representados en Occidente y el Mundo Árabe. No obstante, no se puede olvidar que los pueblos semitas en sus antiguas cosmogonías ya concebían el mundo de abajo como reflejo del mundo de arriba, por lo que puede que la obra también haya recibido influencias del mundo antiguo semita.

²⁵⁸“Hasan Awrid fī ḥadīṭ ‘an kitābi-hi al-ḡadīd *Sīrat ḥimār*”.

3.2.2.2.3. Argumento

El argumento de la novela gira en torno a una persona que vivió y estudió en Volubilis²⁵⁹ y que, después, se trasladó a la capital para completar sus estudios y formación. Adquirió conocimiento de filosofía y derecho latino y entró en contacto con los modos de pensamiento de Cartago y Roma. Regresó como cualquier joven a su país para participar en la vida pública.

Sin embargo, su experiencia y vida académica hicieron que se desviara del camino establecido para cualquier ciudadano romano con la pretensión de buscar la verdad, en vez de dedicar sus esfuerzos a lograr una buena posición social y política. Sucedió entonces que se enamoró de la mujer del senador, el šayj de la ciudad, y cometió ‘lo prohibido’. La señora, que era griega originaria del mar Egeo, le animó a tomar una bebida con la que ambos podrían transformarse en aves para vivir su amor alejados de toda presión. Sucedió algo inesperado y fue que, en vez de transformarse en un pájaro, se convirtió en un asno que no podía articular palabra. Pero, bajo esa apariencia de burro, había algo en él que no había cambiado y era su capacidad para pensar y ser consciente de su propia realidad.

Desde entonces vive la difícil situación de encontrarse entre dos estados: el humano, porque piensa, y el animal, pues ya no puede expresar lo que siente o pasa por su mente. Es un sufrimiento similar al que vivió el protagonista de *La metamorfosis* de Franz Kafka. Se imagina como persona pronunciando un discurso, pero en realidad, es consciente de su estado animal y de que su vida se desarrolla en el establo conviviendo con los otros animales. El peor castigo es haberse convertido en un animal de carga.

En tal estado, cohabitando con los animales, una burra lo acosa sexualmente y, en una situación tan comprometida, tiene que reaccionar de la manera más decorosa posible. No obstante, aún no ha perdido la esperanza de recuperar su aspecto humano.

Los momentos más difíciles se dan cuando se convierte en actor en un número de circo y es trasladado de un lugar a otro hasta el día en que su dueño decide sacrificarlo. Para ello, y creyendo que ganaría con el espectáculo, lo enfrenta en la arena del circo a un león²⁶⁰. Es entonces cuando recuerda que es humano y, al darse cuenta de que no puede vencer al león por la fuerza, decide emplear su inteligencia humana.

²⁵⁹Actual Walīlī, la antigua ciudad romana conocida por Volubilis, que está situada en territorio de Marruecos, a unos 20 km de Mequinez, al pie del monte Zerhoun y a 4 km de Mulay Idris, la ciudad santa de Marruecos.

²⁶⁰Monferrer Sala. “Asnos espantados”, pp. 45-50.

En ese mismo instante sufre una conversión y decide volver a su pueblo, donde podrá recuperar su dignidad como ser humano. Transita por un camino difícil, donde le amenazan lobos, hienas, perros y pájaros, pero debe mantenerse firme para llegar a su ciudad, a su meta. Una vez allí, piensa que no está bien ir a ver a su madre teniendo la forma de asno y decide lavarse en una charca. Pero, finalmente, ocurre algo inesperado, la acción del agua sanadora lo transforma y le obliga a gritar: ‘Soy un ser humano’.

3.2.2.2.4. Personajes principales

Aderbal. Es el protagonista de la obra, que tomará una pócima junto con su amada para convertirse en pájaro; sin embargo, contra todo pronóstico, se convierte en asno. A lo largo del relato se narran sus desventuras hasta que se lava en una fuente, se purifica y, finalmente, se transforma en humano.

Hibata. Es su primer amor de juventud, representa su amor por la sabiduría y el conocimiento. Con ella se siente ensalzado y valiente. Su recuerdo quedó siempre con él.

Thiuisis. Es la esposa de Octavio, el senador. Supone el amor prohibido, una mujer quince años mayor que él bella y amante del conocimiento. Con ella toma una pócima preparada por su criada para convertirse en pájaros y volar.

Hatbut. Es la criada de Thiuisis, aparece como una criada fiel y, sin embargo, está enamorada de Aderbal y, al final de la novela, reaparecerá tras transformarse de asna a humana mediante la purificación y expiación de sus pecados, como sucedió con Aderbal.

Dona. Es una muchacha amante de los animales que le cura sus heridas del circo y que también lo cura emocionalmente y lo prepara para su sanación. Representa al amor platónico.

Aga Awrir. Es un sabio anciano que vive en una cueva donde se ha aislado del mundo para observar. Tiene una historia de desarraigo con el mundo y la sociedad y trata al asno como a una persona, incluso le hace preguntas existenciales, lo que demuestra la importancia que este da a los animales y el grado de compromiso que tiene hacia ellos.

3.2.3. La novela *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd

3.2.3.1. Introducción

Según cuenta el autor, su redacción surgió tras realizar un largo viaje en el que atraviesa el océano y el desierto del Sahara, como fruto de tan espectacular travesía.

Se trata de una novela histórica escrita inicialmente en francés con el título *Le Morisque*, publicada por primera vez en 2011 (Rabat: Bouregreg)²⁶¹ con sucesivas reediciones en 2012 (Rabat: Bouregreg), 2014 (Rabat: Dār al-Amān) y 2015 (Rabat: El Maarif Al Jadida).

Posteriormente, fue traducida al árabe por el marroquí ‘Abd al-Karīm al-Ŷuwaytī bajo la coordinación del propio autor de la obra, que revisó la versión. Esta versión árabe se publicó en 2011 (Rabat: Dār Abī Raqrāq li-l-Ṭibā’ wa-l-Našr) con el título *Al-mūrīskī*. Ha tenido varias reediciones, la tercera con subtítulo: *Al-mūrīskī. Riwāya* (Rabat: Dār al-Amān, 2014) (que presenta una importante novedad, como precisa la portada; en este caso el autor, además de realizar la revisión como se indicaba en la primera edición, ahora ha realizado la “corrección”: *murāya’at wa-tanqīh al-mu’allif*. Además de ello, hemos podido constatar algunas diferencias entre la versión francesa y la versión árabe, que convierten a esta última en la versión más completa y definitiva de la obra original por ser la última realizada por su creador. La cuarta edición, con subtítulo: *Al-mūrīskī. Riwāya* (Casablanca: al-Markaz al-Ṭaqāfī al-‘Arabī, 2018) no presenta novedades. Esta última es la versión en la que nos hemos basado para nuestra traducción. Además, hemos confrontado algunos aspectos puntuales en la versión francesa pero siempre siguiendo y manteniendo como texto base la versión árabe original publicada en la edición de 2018 con la intención de verter la traducción esencialmente desde la lengua árabe materna del autor.

La novela suscita muchas cuestiones, entre ellas, la causa de los moriscos y su repetición a lo largo de la historia, la opresión en nombre de la religión, el diálogo entre religiones, la pertenencia religiosa y las revueltas populares. En este sentido, el planteamiento de fondo de la novela es que la situación del morisco es una situación humana, una página de la historia que se repite cíclicamente y con espantosa normalidad sin tener en cuenta el color de la piel o la religión de los infortunados. Representa la desgracia de los débiles por motivos de religión en particular o de cualquier otro motivo de marginación.

²⁶¹ Reseñada por Bergui en *Magriberia: revista anual de investigaciones ibéricas e iberoamericanas*, 4 (2011), pp. 249-251. Ha sido objeto de estudio por Bennani. “*Le morisque*. Du témoignage manuscrit”.

3.2.3.2. Forma: estructura y análisis literario

La novela se divide en seis partes ordenadas cronológicamente y con un escenario geográfico distinto en cada episodio. Es decir, cada etapa se desarrolla en un lugar diferente, como si se tratara de la propia autobiografía del personaje principal en su recorrido por los diversos lugares en los que vivió durante su existencia.

Las seis etapas o episodios son los siguientes:

-El pueblo de Láchar, su primer hogar, ubicado, según imagina el escritor, “en las faldas de la cordillera de las Alpujarras” (1595-1585).

-Marrakech (1598-1603).

-Ámsterdam (1611).

-Marrakech (1613).

- Salé la Nueva (1615-1637).

-Tozeur (Tūzur)²⁶² (1642).

El estilo empleado en la novela es elegante y secuencial, sencillo en algunos pasajes y complicado y descriptivo en otros, dependiendo de si el escritor pretende narrar una escena sencilla de la vida diaria o describir pormenorizadamente los ambientes de la corte; para ello, el escritor, emplea unas estructuras oracionales complejas combinadas con otras más sencillas y una elevada cantidad de nombres propios de la época de gobierno del sultán saadí al-Manşūr, así como abundantes adjetivos muy precisos. De este modo, aporta el autor a su obra su gran bagaje histórico y cultural.

En cuanto al uso de los verbos, estos se mueven entre los tres tiempos: pasado, presente y futuro en su forma simple.

En la novela, el hilo narrativo lo desarrolla un narrador interno autobiográfico. El personaje principal, Shihab o Pedro, que era su nombre español en el capítulo primero de

²⁶²Tūzur, *sic*, vocalizado en el original, p. 211, en lugar de su vocalización reconocida, Tūzir.

la novela como morisco, narra sus vivencias en primera persona, primero en las Alpujarras, después en Marruecos y, posteriormente, en el resto de países por los que viaja con fines diplomáticos y de peregrinación.

Al mismo tiempo, Aourid va intercalando en la novela sus reflexiones filosóficas y su visión de la vida, así como sus posicionamientos sociales y políticos. Un ejemplo de esto último es cómo cuestiona la veracidad de la propia historia escrita.

3.2.3.3. Contenido

3.2.3.3.1. Fuentes y finalidad de la novela

La obra está inspirada en un personaje real, el morisco Aḥmad b. Qāsim al-Ḥaḡarī²⁶³, nacido en Hornachos (Badajoz) según unos o en Láchar (Granada) según otros después de 1569 (hacia 1570) y fallecido alrededor de 1650. Este morisco, también conocido por su resonante sobrenombre honorífico de Šihāb al-Dīn (Llama/Lucero de la Religión), tenía un nombre en español que, según él mismo, era “Ehmed ben Caçim Bejarano” y, también según su propio testimonio, creció en un pueblo llamado al-Ḥaḡar al-Aḡmar (la Piedra Roja), que los investigadores han identificado con Láchar (a unos veinticinco kilómetros al oeste de Granada) o con Hornachos en Extremadura. También recibió el nombre Afūqāy que L. F. Bernabé Pons ha identificado con la familia granadina de los Focay²⁶⁴. Escribió una obra un tanto polémica titulada *Kitāb nāṣir al-dīn ‘alā l-qawm al-kāfirīn* (Libro del que hace prevalecer la religión sobre el pueblo de los infieles)²⁶⁵, que realmente es una *riḥla* pues recoge el relato del viaje que realizó por el norte de África (Marrakech, Túnez, Egipto) y Europa (Francia y Holanda); también incluye la llegada de los moriscos al norte de África tras la expulsión de 1609 y cuestiones de polémica islamo-cristiana.

²⁶³El primer estudio monográfico en lenguas occidentales sobre este personaje es Harvey. “The Morisco”. Anteriormente se habían ocupado del personaje, pero no de forma monográfica otros autores occidentales como Eduardo Saavedra, E. Lévi-Provençal y Jaime Oliver Asín (v. al-Ḥaḡarī. *Kitāb nāṣir al-dīn*, pp. 13-15). Véase además los trabajos citados en las notas siguientes y, *supra*, capítulo de contexto histórico y cultural.

²⁶⁴Bernabé Pons. “Una nota sobre Aḥmad Ibn Qāsim”. Bernabé Pons. “Aḥmad al-Ḥaḡarī”.

²⁶⁵Además de la edición de Razzūq que maneja Aourid ya citada (v. *supra*, nota 196), la edición más completa y exhaustiva es la siguiente: *Kitāb nāṣir al-dīn*, ed. Koningsveld, al-Samarrai y Wieggers; esta edición tuvo una primera versión por los tres mismos editores pero sin disponer entonces del manuscrito egipcio de al-Azhar, en 1997 (v. Monferrer Sala. Reseña de AL-ḤAḡARĪ). La introducción de la edición de 2015 ha sido traducida al árabe por Ŷa’far Ibn al-Ḥāyḡ al-Sulamī (Jaafar Benelhaj Soulami) en 2019. También existe una traducción española que no hemos podido manejar: al-Ḥaḡarī. *El periplo de al-Ḥaḡarī*. Sobre otra edición de 1999, v. Vidal-Castro. Reseña de AL-ḤAḡARĪ.

Al-Ḥayārī dominaba el árabe, el español, el portugués y se defendía bien en francés. Pasó un tiempo en Madrid, Sevilla y Granada antes de abandonar la Península clandestinamente y durante este período tradujo textos y estuvo muy vinculado a los Libros plúmbeos²⁶⁶ hallados en 1595 en el Sacromonte, pocos años después del hallazgo de una caja con la profecía de San Juan escrita en árabe que se había descubierto durante la demolición de la torre Turpiana (torre de la catedral que antes había sido el antiguo alminar de la mezquita aljama de Granada), el 18 de marzo de 1588²⁶⁷. El arzobispo de Granada Pedro de Castro, que supo de los conocimientos de árabe de al-Ḥayārī, fue quien le encargó la traducción del manuscrito hallado en la torre Turpiana y probablemente también de algunos de los libros de plomo del Sacromonte²⁶⁸, sobre los cuales incluso en fechas recientes (2011) han salido a la luz dos nuevos libros del siglo XVII y XVIII²⁶⁹. No serían las únicas traducciones que al-Ḥayārī haría en su vida: más tarde, emigrado a Marruecos como se explicará a continuación, realizó una traducción inversa, del castellano al árabe, de una obra de astronomía, el *Almanach Perpetuum* de Abraham Zacuto (que vivió en el Magrib entre 1496 y 1505)²⁷⁰.

Desde Granada, por miedo a que se descubrieran sus verdaderas creencias islámicas, al-Ḥayārī se dirigió a Sevilla en 1599²⁷¹ para embarcarse en el Puerto de Santa María haciéndose pasar por cristiano viejo hasta la plaza portuguesa de Mazagán, camino distinto al seguido por los habitantes de Hornachos cuando se embarcaron en Sevilla en 1610²⁷² camino de Ceuta para dirigirse primero a Tetuán y después a Rabat-Salé. Desde allí (Mazagán), cruzó a escondidas la frontera y se trasladó a Marrakech donde lo recibió el sultán Aḥmad al-Manṣūr y se integró en la corte contando con el apoyo del caíd o alcaide Ibn Tūda/Ben Tuda, a quien conoció en España cuando este era refugiado de Felipe II tras la victoria saadí y rota portuguesa de la batalla de Wādī l-Majāzin (río al-

²⁶⁶Sobre los cuales y entre otra abundante bibliografía, puede verse Cabanelas. “Arias Montano y los libros plúmbeos”; *Los Libros plúmbeos del Sacromonte*; Cabanelas. “Intento de supervivencia”. Hagerty. *Transcripción, traducción*; Harvey y Wieggers. “The translation from Arabic”; Bernabé Pons. “Los mecanismos de una resistencia”; Barrios Aguilera y García-Arenal. *Los plomos del Sacromonte*; Barrios Aguilera y García-Arenal (eds.). *¿La historia inventada?*; Abdellouahed El Asri. “Los libros plúmbeos”.

²⁶⁷Bernabé Pons. “Una nota sobre Aḥmad”; Bernabé Pons. “Aḥmad al-Ḥayārī”; al-Ḥayārī. *Kitāb nāṣir al-dīn*, 13-74; Martínez Delgado. “Aḥmad b. Qāsim”.

²⁶⁸Bernabé Pons. “Aḥmad al-Ḥayārī”.

²⁶⁹Hidalgo. “Los libros plúmbeos”.

²⁷⁰Rius. “La ciencia”, p. 320.

²⁷¹Bernabé Pons. “Aḥmad al-Ḥayārī”.

²⁷²Bernabé Pons. “Aḥmad al-Ḥayārī”.

Majāzin) o batalla de los Tres Reyes en Alcazarquivir (1578)²⁷³ que puso fin al proyecto de invasión de Marruecos por el rey portugués Sebastián I²⁷⁴.

En Marrakech, al-Ḥaḡarī se dedicó al estudio y la vida intelectual y formó una familia: se casó con una granadina y tuvo cuatro hijos. En 1608 fue nombrado secretario y traductor del sultán Zaydān Abū l-Ma'ālī/Muley Zidan (1603-1627), hijo de al-Manṣūr. Estando allí instalado tuvo noticia de la expulsión de los moriscos y marchó dos años después con un grupo de ellos hacia Francia con un salvoconducto del sultán para reclamar los bienes que les habían robado a dichos moriscos por capitanes franceses en su viaje hacia Marruecos tras el exilio general de 1609²⁷⁵.

En París, entraría en contacto con un grupo de intelectuales y arabistas con los que mantuvo discusiones religiosas. En 1613 viaja a los Países Bajos y allí entrará en contacto con los judíos sefardíes. En 1627 regresa a Marrakech y recupera su puesto en el palacio y después se traslada a Salé donde se encuentra en el año 1634. A continuación, viaja a La Meca para hacer la peregrinación, después a El Cairo donde se encuentra en marzo de 1637 y donde escribió el texto de su libro *Kitāb nāṣir al-dīn 'alā l-qawm al-kāfirīn*, antes de regresar a Túnez (septiembre de 1637), donde supuestamente falleció²⁷⁶.

De esta obra, al-Ḥaḡarī hizo una traducción al español de algunas partes de menor relevancia. El *Kitāb nāṣir al-dīn 'alā l-qawm al-kāfirīn* es en sí mismo un resumen de una obra bastante más amplia al parecer, *Riḡlat Šihāb ilā liqa' al-ahbab* (El viaje de Shihab para reunirse con sus seres queridos). De este texto se conocen hoy en día tres manuscritos, dos en El Cairo y uno en la Biblioteca Nacional de París. El segundo manuscrito de El Cairo, al-Azhar número 30714, fue descubierto por Mohammed Ghaly de la universidad de Leiden²⁷⁷.

En relación con la obra de al-Ḥaḡarī, también existe una *riḡla* anónimo de un marroquí del siglo IX/XV, cuyo texto es rehecho y difundido por la comunidad mudéjar-morisca²⁷⁸.

²⁷³Sobre la cual, García-Arenal. “La Bataille des Trois Rois”.

²⁷⁴Este alcaide Ibn Tūda permaneció en España hasta ser autorizado a volver a Marruecos en 1599 tras reiteradas peticiones del sultán Aḡmad al-Manṣūr para que regresara a Marrakech. V. Cabanelas Rodríguez. “El caíd marroquí ‘Abd al-Karīm Ibn Tūda”; Bernabé Pons. “Aḡmad al-Ḥaḡarī”.

²⁷⁵Bernabé Pons. “Aḡmad al-Ḥaḡarī”.

²⁷⁶Bernabé Pons. “Aḡmad al-Ḥaḡarī”; al-Ḥaḡarī. *Kitāb nāṣir al-dīn*, pp. 13-74; Martínez Delgado. “Aḡmad b. Qāsim”; Téllez. “Sistema de creencias”.

²⁷⁷García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: Expulsión y diáspora*, pp. 408-409.

²⁷⁸Bin ‘azūz. “Al-asr fi riḡla magribiyya”.

Por lo que respecta a la obra de Awrīd, también vemos un claro precedente de su novela *Al-mūrīskī* en la novela histórica y recreación biográfico-literaria (autobiografía novelada) *Tagrībat Aḥmad al-Ḥayārī* (2006) del tunecino ‘Abd al-Wāḥid Brāhim, que ha sido traducida al español en 2009 (*El transtierro del morisco Bejarano. Autobiografía novelada*).

Además, Awrīd se basa en el ensayo de Rodrigo de Zayas *Los moriscos y el racismo de estado* en versión francesa²⁷⁹ y en un libro sobre moriscos escrito por un marroquí llamado Mohamed Castillo (Muḥammad Qaštīlū)²⁸⁰.

3.2.3.3.2. Temas de la novela

Hassan Aourid emplea una lengua formal para contar hechos que no están escritos en la historia registrada por los cronistas oficiales de la época, es decir, para aportar “otros datos” y plantear preguntas sobre el presente. De hecho, el escritor no está interesado por el pasado sino por el presente.

Por otro lado, el morisco, en la obra de Aourid, no representa una simple etapa histórica, sino a los que han sido obligados a emigrar como los palestinos, los bosnios, etc.

Por último, trata de comparar la lucha de civilizaciones en la actualidad con la que hubo en el pasado, que conllevaron, como hoy, víctimas en ambos casos.

Además, la novela tiene como finalidad reivindicar el legado histórico y cultural compartido entre su país y el nuestro, así como el reconocimiento a la cultura e identidad del pueblo bereber en Marruecos.

En conclusión, el escritor pide colaboración y solidaridad a los intelectuales de las dos orillas del Mediterráneo y, más concretamente, a España. Asimismo, ha sugerido que España debe una disculpa a los moriscos que se quedaron y a los que fueron expulsados por los daños causados. Con ello, Aourid repite y se suma a la petición que desde hace años han expresado diversas personalidades y asociaciones marroquíes a raíz de la petición de perdón en 1992 a los sefardíes por el decreto de expulsión de 1492. Así, a comienzos de 2002, Mohammed ibn Azzuz Hakim dirigió una carta abierta al Rey de

²⁷⁹Zayas. *Les morisques et le racisme d’Etat*.

²⁸⁰Véase *supra*, la entrevista a Ḥasan Awrīd, apartado 3.1.4. Las obras a las que se refiere son: Qaštīlū. *Miḥnat al-mūrīskus fī Isbāniyā*; Qaštīlū. *Ḥayāt al-mūrīskūs al-ajīra*.

España publicada en Tetuán titulada *Tragedia del Andalus. Carta a S.M. el Rey de España Don Juan Carlos I en pro de la reparación del agravio hecho a los musulmanes andalusíes expulsados de España*²⁸¹. Cuando en 2015 el gobierno concedió la nacionalidad española a más de 4000 descendientes de los sefardíes expulsados en 1492, Mohammed Najib Loubaris, presidente de la Fundación Memoria de los Andalusíes (Rabat), pidió, junto a otros investigadores marroquíes, el mismo reconocimiento para los descendientes de los moriscos expulsados entre 1609 y 1614²⁸². Esta disculpa por España, según Aourid, implicaría un gesto solidario y un acercamiento de nuestro país a Marruecos.

3.2.3.3.3. Personajes

Hassan Aourid retoma la historia de al-Ḥayārī y la recrea usando como escenario las luchas políticas y militares y también las intrigas cortesanas que forjaron el Marruecos que transitó entre los siglos XVI y XVII. El protagonista de la novela, Šihāb al-Dīn, un morisco de Granada, es enviado a Holanda a realizar una misión diplomática por encargo del sultán saadí al-Zaydān. En los Países Bajos, dialogando con una muchacha del lugar, cristiana, con la que mantiene una relación de amistad y amor platónico, recibe un fuerte impacto intelectual que le descompone su manera de entender el mundo, la sociedad y la religión. Tras una lucha interna, sentimental y religiosa, su amor hacia ella trasciende de lo físico para quedarse en lo puramente espiritual. Gracias a este amor, descubre la hipocresía y el cinismo que en muchos casos envuelven a la religión y a los religiosos, al cristianismo y a los cristianos, al islam y a los musulmanes.

Hassan Aourid eligió poner el punto final de la vida de Šihāb al-Dīn en Túnez, después de regresar de la peregrinación a La Meca. Se le había prohibido entrar en Marruecos por tomar partido crítico en las luchas políticas internas que asolaron el país y que, al poco tiempo, sentaron los pilares de la colonización occidental.

3.2.3.3.3.1. Personajes principales

En este apartado se presenta una breve reseña descriptiva de los protagonistas más destacados que aparecen en la novela. En el caso oportuno, se indica si un personaje es real, es decir, si tiene un correlato histórico y se ofrece su identificación con algunos datos biográficos esenciales.

²⁸¹Gibson. “Desagravio pendiente”.

²⁸²V. Bouaziz. “Los moriscos reclaman”.

Shihab al-Din (Šihāb al-Dīn). Es el protagonista de la novela, musulmán sabio y alfaquí. Aunque representa el esplendor de al-Andalus, lleva sobre sus hombros una pesada carga, la herida que son y representan los andalusíes en su sentido más amplio, e intenta mantener viva su memoria. Se trata de un personaje histórico real, como ya se ha dicho: Ibn Qāsim al-Ḥayārī, del que ya se ha hablado anteriormente por lo que aquí no se ofrecen más datos biográficos.

Jaime (‘Izz al-Dīn). Es un cristiano nuevo. Se dedica a realizar tareas agrícolas en el campo y le gusta beber vino²⁸³. Se siente arraigado a la tierra de al-Andalus, pero su espíritu aventurero le hace viajar a tierras del islam junto con Sihab al-Din.

Eugénie. Es una muchacha cristiana holandesa que se enamora de Shihab al-Din y se muestra muy interesada por conocer los modos de vida del islam. Su ética, su generosidad y la grandeza de su alma cambian la visión que Shihab al-Din tiene de los seres y de las cosas. Su amor por ella y la justicia de sus palabras le hicieron cambiar su visión de la realidad.

Pedro. Es al principio Shihab al-Din, el nombre español que tiene durante el primer episodio de la novela. Su padre, morisco, le encomienda la labor de continuar con la profesión de alfaquí.

Zahra (Zahra). Es la hermana de Pedro. De nombre castellano Inés, es dulce, sensible, cándida y tímida y posee una gran belleza, una mezcla perfecta de la belleza árabe y cristiana. Prefiere mantenerse con vida, aunque sea a costa de convertirse al cristianismo como única manera de conservar su legado cultural y su tierra.

Diego. Es el padre de Pedro y Zahra; su nombre musulmán es Qasim (Qāsim). Es un hombre tranquilo y resignado, transigente con su familia en lo que respecta a la religión, pues no obliga a nadie a seguir el islam por las difíciles circunstancias de persecución y amenaza en la que viven los moriscos.

Fátima (Fāṭima). Es la madre de Pedro e Inés; no acepta la falsa realidad de la ocultación de su fe islámica por la obligación a convertirse ante la amenaza de castigo o expulsión

²⁸³Monferrer Sala. “Un apunte sobre el símbolo”, pp. 359-364.

en la que viven los moriscos y se rebela contra ella. Acaba su vida recluida en un convento a causa de la tristeza que le infligió el trágico asesinato de su hija.

Fray Mico. Es el párroco del pueblo de Láchar, pertenece a la Asamblea General de la Inquisición y, como tal, ejerce sin miramientos éticos.

Al-Fashtali (al-Faštālī). Es el poeta de la corte del sultán, procede de una insigne estirpe árabe. Es radical y fundamentalista en sus ideas del islam. Destaca por su dominio de la lengua árabe y su gusto por el poeta Mutanabbi (al-Mutanabbī), pero en el fondo peca de querer aparentar que es un gran sabio y, al hablar, emplea un vocabulario escogido, expresiones retóricas y un estilo muy forzado. Es un personaje histórico; se trata de ‘Abd al-‘Azīz b. Muḥammad b. Ibrāhīm al-Ṣanhāyī al-Fištālī²⁸⁴ (1549-1621), jefe de la chancillería (*wazīr al-qalam al-a’lā*, ‘ministro del cálamo supremo’), historiador y poeta oficial del sultán Aḥmad al-Manṣūr²⁸⁵.

Regragi (al-Raḡrāyī/al-Rakrākī). Es juez supremo (*qāḍi l-quḍā’*) de Marrakech de profesión, hombre piadoso y devoto que cuida de Shihab y ejerce como padrino y guía del protagonista, además de concederle en matrimonio a una hija de una de sus concubinas, llamada Lālla Tāya. Es un personaje histórico; se trata de Abū ‘Abd Allāh Muḥammad b. ‘Abd Allāh al-Raḡrāyī, conocido como Bū ‘Abdellī, que fue cadí de Marrakech desde 1002/1598-1594 y murió en esta ciudad en 1022/1613-1614²⁸⁶.

Doga (Dūgā). Es un joven de veinte años que trabaja como secretario de la corte del sultán. Es impulsivo, vitalista, espontáneo, de espíritu rebelde y, en ocasiones, vulgar en su forma de expresarse. Shihab al-Din lo describe como divertido, intrépido, intuitivo, vividor, muy generoso y de buenos sentimientos. Es un personaje histórico, al menos el primero de estos dos, el padre; se trata de Sa’īd b. Faraḡ al-Dugālī, un morisco granadino (no portugués ni renegado como señala la novela) emigrado que consiguió ascender hasta

²⁸⁴La ortografía más correcta de esta *nisba* es con kasra: al-Fištālī, derivado de la tribu bereber Fištāla (aunque existe una aldea con este nombre en Beni Mellal, la *nisba* deriva probablemente de la tribu y no de la aldea). No obstante, alguna gente en Marruecos pronuncia al-Faštālī, pero parece claro que es una forma dialectal. Mantenemos la forma al-Faštālī pues parece ser que es la que usa Awrīd.

²⁸⁵Véase su biografía en Lévi-Provençal. *Les historiens des chorfa*, pp. 92-97.

²⁸⁶Véase su biografía en Lévi-Provençal. *Les historiens des chorfa*, p. 252 y nota 4.

ser un poderoso y rico alto mando del ejército marroquí que incluso llegó a planear el derrocamiento del sultán al-Manṣūr (no apoyarlo como da a entender la novela)²⁸⁷.

Antati (Antātī). Es un hombre curioso, de gran sabiduría y conocimiento. Es caballeroso y reservado, un erudito que pasa la mayor parte de su tiempo leyendo. Representa al intelectual beréber y su tragedia como pueblo oprimido. Tiene una visión filosófica de la religión, domina la lengua árabe y ama la obra del poeta al-Mutanabbī.

Shawi (al-Šāwī). Es el ayudante de al-Fashtali y poeta de la corte, es hombre adulator y un soplón, de baja estatura y poco refinamiento, debilidades que compensa con su grandilocuencia y su lenguaje exaltado. Es hermético en la discusión y se mueve tan solo por sus intereses. Podría ser un personaje histórico ya que uno de los secretarios del sultán Aḥmad al-Manṣūr fue al-Šāwī (Muḥammad b. ‘Umar al-Šāwī al-Ŷazā’irī)²⁸⁸.

Blanco, Rodríguez y Palomino. Son moriscos y compañeros de los viajes por Europa de Shihab. El sufrimiento que ha primado en sus vidas ha hecho que dejen de lado la religión y que se conviertan en personajes escépticos ante la vida.

Finnish (Finnīš). Es un hombre de enorme estatura y comportamiento taciturno que reside en la antigua Salé y muestra gran preocupación por el destino de la comunidad andalusí.

Morato o Murad (Murād). Un renegado holandés que tiene gran experiencia en el mundo de la piratería. Es un hombre de gran estatura, fornido, de barba muy poblada y piel blanca que está casado con una morisca.

Rodies o Rodríguez. Es un hombre pragmático, vehemente e inconformista, está lleno de vitalidad y tiene la capacidad de influir en los jóvenes. Su fuerte carácter les da ánimo y fuerza, al mismo tiempo que les hace sentirse protegidos. Shihab dice de él que es lo mejor de las dos orillas porque, siendo español, nunca le preguntó si era judío, cristiano o musulmán.

3.2.3.3.2. Personajes secundarios o ausentes

Al-Manṣūr (Aḥmad al-Manṣūr al-Dahabī). Es el sultán, extravagante y con deseos de grandeza. Le gusta que lo comparen con los otros príncipes de Oriente y no muestra

²⁸⁷ García-Arenal. “Los andalusíes en el ejército sa’dí”. Sobre al-Dūgālī, v. García-Arenal. “Vidas ejemplares”, pp. 453-485.

²⁸⁸ Véase su biografía en Lévi-Provençal. *Les historiens des chorfa*, p. 401.

simpatía alguna por las dinastías beréberes de Marruecos que le precedieron. Es un personaje histórico que además aparece en la obra de al-Ḥayārī. Se trata del quinto sultán de la dinastía sa'dí Aḥmad al-Manṣūr al-Dahabī (1578-1603), hijo de Muḥammad al-Šayj (1544- 1557), hermano de 'Abd Allāh al-Gālīb bi-Llāh (1557- 1574) y de 'Abd al-Malik (1576- 1578) y tío de Muḥammad al-Mutawakkil (1574-1576).

Mamun (al-Ma'mūn), Zaydan (Zaydān) y Abu Faris (Abū Fāris). Se trata de los tres hijos del sultán. Mamun es fiel reflejo de su padre, egoísta y astuto, tramposo e inclinado a la lujuria, como su padre. Zaydan es el hijo culto, pero lleno de rencor. Por su parte, Abu Faris vive en su mundo interior, tan solo come y duerme y dice que le habitan los espíritus. Los tres son personajes históricos, hijos reales del sultán Aḥmad al-Manṣūr, que se disputaron el trono a su muerte en medio de una guerra civil general con alternancia y derrocamientos en las dos capitales, Fez y Marrakech. Muley Zaydān Abū l-Ma'ālī (1603-1627) fue el sexto sultán de la dinastía, a veces en Fez y a veces en Marrakech. Abū Fāris (1564-1608) es el séptimo sultán de la dinastía y solo reinó en la mitad sur del país con capital en Marrakech (1603-1608) mientras que su hermano Muḥammad al-Šayj al-Ma'mūn (1566-1613), octavo sultán de la dinastía, dominaba la mitad norte desde su capital en Fez (1603-1608).

3.3. Historicidad de la novela *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd

En este apartado, realizaremos una selección de los fragmentos más representativos de cada capítulo de la novela del escritor marroquí.

Hemos tomado como fuentes históricas básicas para la comparación de pasajes dos obras clásicas del siglo XVI, *Guerra de Granada* de Hurtado de Mendoza y *Rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada* de Luis del Mármol y Carvajal. Se han seleccionado estas dos fuentes no solo por su calidad y contemporaneidad de los hechos, sino porque puede permitir ver también la posible utilización por Aourid de estos libros para documentarse, como fuentes históricas de su novela, ya que ambos libros han sido traducidos al árabe (además de al francés), tanto el de Hurtado²⁸⁹ como el de Del Mármol²⁹⁰. Además, hemos confrontado los pasajes con la información en una obra de

²⁸⁹ *Ḥarb Garnāta*. Incluso, parece ser que existe una traducción en el mismo Marruecos por Mohamed Elkadi.

²⁹⁰ *Waqā'i' tawrat al-mūrīskiyīn*.

investigación histórica de referencia en la materia, *Los moriscos del reino de Granada (ensayo de historia social)* de Julio Caro Baroja, entre otros estudios modernos que tratan sobre al-Andalus, la etapa mudéjar y morisca, Marruecos en la época de los moriscos o el Imperio otomano.

La novela está dividida en seis capítulos cuyo título es el nombre de un pueblo o ciudad, como ya se ha indicado. En la siguiente exposición se sigue el orden de estos capítulos y se dedica un apartado a cada uno de ellos. Al final de cada fragmento de la obra de Aourid se indica entre paréntesis la página del texto árabe de la misma según dos ediciones de la obra: en primer lugar se indica la página de la edición publicada en 2011, *Al-mūrīskī* (Rabat: Dār Abī Raqrāq li-l-Ṭibā' wa-l-Našr) que está disponible en línea²⁹¹, para facilitar una mejor localización de los fragmentos por el lector y mayor accesibilidad del texto. Seguidamente, se ofrece el número de página de la tercera edición: *Al-mūrīskī. Riwāya* (Rabat: Dār al-Amān, 2014), edición a partir de la cual se ha realizado la traducción de la novela para la tesis.

-El pueblo de Láchar (en las faldas de las Alpujarras) 1585-1595

En el primer capítulo de la novela, el autor presenta la escena del domingo en la misa del pueblo:

Después del asesinato, el domingo, me encontraba en la parroquia del pueblo, en Láchar, escuchando el sermón de Fray Mico junto a mis padres y mi hermana Zahra [...] El cura, que era hombre serio y decidido, solía demonizar a las “alimañas” que rechazaban el brillante mensaje de Jesús y seguían las supercherías destiladas en las enseñanzas de Mahoma [...] El asesinato de Andrés Alonso debe abrirnos los ojos ante el peligro que nos acecha. No viviremos nunca en paz y con tranquilidad mientras estos apóstatas moriscos vivan entre nosotros. Durante mucho tiempo hemos intentado guiarlos por la luz de la religión verdadera, en la doctrina del Mesías. Sin embargo, rechazan convertirse a ella y cuando lo hacen es por conveniencia, interés o miedo. Raramente un converso resulta ser un buen cristiano (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 20 (ed. 2011)/ p. 14 (ed. 2014).

Continúa el fraile alabando la ejemplar y necesaria labor de la Inquisición y planteando la duda constante hacia los cristianos nuevos, como expresa en el siguiente pasaje:

Gracias a la noble misión que ha realizado la Inquisición, pensábamos que se había acabado con sus alfaquíes, con sus curas, pero no es así. Pues, aunque los cristianos nuevos son obstinados, hubieran abandonado sus erróneas creencias de no tener quien les predicara o les guiara en sus supercherías. Sus mujeres aún son peores, ellas los incitan a seguir los preceptos de Mahoma (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 21(ed. 2011)/ p. 15 (ed. 2014).

²⁹¹ https://ia800405.us.archive.org/26/items/kitabweb_403/4857.pdf

Al contrario de lo que relata el escritor en la novela, Luis del Mármol²⁹² escribe en su *Historia* que el buen papel evangelizador de la Iglesia y sus buenas obras dan sus frutos:

Viendo los Alfaquíes y Morabitos la mansedumbre con que los trataban los Prelados, las buenas obras que les hacían, y que los convencían con sentencias reprobando su secta, y deseando así mismo gozar de la libertad de los vencedores, comenzaron algunos de ellos a tomar los documentos de la fe y a enseñarlos al pueblo, amonestando que era vanidad de la secta de Mahoma, y que les convenía abrazar la fe de Jesús. Estas amonestaciones fueron de tanto efecto, que a los pocos días vinieron muchos hombres y mujeres a pedir el santo bautismo con la autoridad de sus propios Alfaquíes, y en un solo día se bautizaron más de tres mil personas²⁹³.

En el sermón de la misa del domingo, el sacerdote advierte de los peligros y problemas que crean los moriscos de las Alpujarras granadinas:

No se privan de celebrar sus prácticas paganas y blasfemas dañando los pilares sagrados de la Iglesia y la fe verdadera [...] En Valencia conviven con el mal y además lo protegen. Nuestros nobles amparan a los cristianos nuevos porque faenan sus tierras, pero si nosotros trabajáramos como es debido no necesitaríamos de esta plaga (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 21 (ed. 2011)/p. 15 (ed. 2014) .

Hurtado de Mendoza hace aquí una descripción más favorable de los moriscos de Valencia respecto a los moriscos de Granada: “Fuéronseles con estas dificultades dilatando los designios, apartándose ellos de los del reino de Valencia; gentes menos ofendida y más armada”²⁹⁴.

En el siguiente párrafo, el sacerdote continúa su discurso justificando los peligros que vienen del enemigo turco con sus piratas en el exterior, así como sus relaciones con los corsarios de Marruecos y Argelia:

Continuó el fraile su discurso con firmeza:
Son traidores al servicio del tirano de Turquía, el mismo que amenaza nuestras costas y cuyos corsarios embarcan en Argelia para atacar nuestros puertos. Y mantienen también relaciones secretas con el moro de Marruecos. Por todo ello, si cuentan con el apoyo de los corsarios de Marruecos y Turquía, gentes con los que comparten la misma fe” (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 22 (ed. 2011)/pp. 16-17 (ed. 2014).

Del Mármol narra los acontecimientos del siguiente modo:

Y puesto que habían sido rebeldes y por ello merecían pena de muerte y la pérdida de sus bienes, el perdón que les concediese estuviera condicionado a que se volviesen cristianos o abandonasen la tierra. Este consejo, tuvieron por bueno los Reyes católicos, aunque tardó la resolución más de ocho meses, en cuyo tiempo los del Albaicín hicieron grandes diligencias para entorpecerlo, y

²⁹²Mármol. *Historia de la Rebelión*, p. 103.

²⁹³Mármol. *Historia de la Rebelión*, p. 103.

²⁹⁴Hurtado de Mendoza. *La guerra de Granada*, p. 21.

enviaron al Sultán de Egipto quejándose de que les querían hacer que fuesen cristianos por fuerza, suplicándoles que los favoreciese enviando una embajada a España dando a entender que haría él lo mismo con los cristianos que tenía en su imperio, compeliéndolos a que fuesen moros. El sultán envió a sus embajadores a los Reyes Católicos diciendo que no soportaba que se forzara a los moros rendidos para que fuesen cristianos. Los Reyes recibieron muy bien a sus embajadores y respondieron que ellos no querían cristianos a la fuerza, ni menos querían tener moros en sus reinos, por la poca seguridad que se podía tener de su lealtad; y que a los de grado se convertían, se les hacía bien y merced; y a los que se querían ir a Berbería, les daban lugar para ello y licencia para vender sus bienes muebles y raíces, y los enviaban con toda seguridad a los puertos donde querían ir²⁹⁵.

Se narra en la novela, a continuación, el motín del Albaicín de este modo:

A partir de 1568, con el motín de los moriscos, como nos llamaban los cristianos, la Inquisición empezó a imponer sus funestos postulados por encima de los que entendían que no era prioritario la conversión al cristianismo de los moriscos (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 24 (ed. 2011)/ p.19 (ed. 2014).

Hurtado de Mendoza nos presenta el estallido de la revuelta del Albaicín de la siguiente manera:

Tomose concierto que los renegados o hijos de renegados tornasen a nuestra fe, y los demás quedasen en su ley por entonces. Tampoco esto se observaba, hasta que subió al Albaicín un alguacil, llamado Barrionuevo, a prender a dos hermanos renegados en casa de la madre. Alborotose el pueblo, tomaron las armas, mataron al alguacil, y barrearón las calles que bajan a la ciudad²⁹⁶.

Del Mármol narra los sucesos de la revuelta del Albaicín de tal manera:

Sucedió que, subiendo un día al Albaicín Salcedo, criado del Arzobispo de Toledo, y un Alguacil real llamado Velasco de Barrionuevo a prender a una mujer hija de un elche, trayéndola presa por la plaza de *Bib el Bonut*, comenzó a dar grandes voces diciendo que la llevaban a ser cristiana por fuerza, en contra las capitulaciones; y juntándose muchos moros, entre ellos algunos que aborrecían a aquel Alguacil por otros arrestos que había hecho, comenzaron a tratarle mal de palabra; y como les respondiese soberbiamente, enfurecidos pusieron las manos en él y le mataron arrojándole una losa sobre la cabeza desde una ventana...Muerto el Alguacil, los moros se pusieron en armas y comenzaron a llamar a Mahoma²⁹⁷.

Hurtado de Mendoza los describe de este modo:

Entre tanto, el nuevo electo rey de Granada, en cuanto le duró la esperanza que el Albaicín y la Vega habían de hacer movimiento, estuvo quedo; mas como vio tan sosegada la gente, y las voluntades con tan poca demostración; salió solo camino de la Alpujarra encontráronle a la salida de Lanjarón, a pie, el caballo del diestro; pero siendo avisado que no pasase adelante, porque la tierra estaba alborotada, subió en su caballo, y con más prisa tomó el camino de Valor. Había los moriscos levantados, hecho de sí dos partes; una llevó el camino de Órgiba, lugar del duque de Sesa...La otra banda de gente caminó derecho a Granada a hacer espaldas a Farax Aben Farax y a los que enviaron, y a recibir al que ellos llaman rey, a quien encontraron cerca de Lanjarón...Comenzaron por el Alpujarra, río de Almería, Boloduí, y otras partes a perseguir a los

²⁹⁵Mármol. *Historia de la Rebelión*, p. 109.

²⁹⁶Hurtado de Mendoza. *Guerra de Granada*, pp. 15-16.

²⁹⁷Mármol. *Historia de la Rebelión*, p. 105.

cristianos viejos, profanar y quemar las iglesias con el Sacramento, martirizar religiosos y cristianos que, o por ser contrarios a su ley, o por haberlos adoctrinado en la nuestra, o por haberlos ofendido, les eran odiosos²⁹⁸.

Continúa la narración de los hechos en la novela del siguiente modo:

En relación con los moriscos, o se *limpiaba* España de esta plaga o se aprovechaban de sus habilidades y esto hizo que se aplazara el momento de su expulsión. La Iglesia, por el contrario, tenía una percepción diferente. No daba importancia a su participación económica ni entendía que la destreza de aquellos moriscos fuera necesaria para España (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 24 (ed. 2011)/p. 20 (ed. 2014).

Sin duda, todos los estudios coinciden en la importancia de los moriscos en la economía de la Península. Otra cuestión diferente es la *posible* mala convivencia entre musulmanes y cristianos. Nuevamente, se hace alusión al polémico uso del concepto de limpieza de sangre o de raza de Rodrigo de Zayas con el que no todos los estudiosos están de acuerdo. En esta visión, es importante señalar el testimonio del padre Hitos, como testimonio de la iglesia y que presentamos en este estudio²⁹⁹.

A continuación, la novela vuelve al pasado rememorando los tiempos de Boabdil y la entrega de la ciudad de Granada:

¡Ay!, ¡si supieras, hijo mío, las vejaciones que hemos sufrido y las penurias a las que hemos estado expuestos desde la caída de Granada! Y todo ello a pesar del pacto firmado entre el ministro del sultán Boabdil, el último de los reyes de los Nazaríes, y los castellanos antes de la entrega de la ciudad. Un tratado que exigía respetar nuestra religión. Pero en la mayoría de las ocasiones la naturaleza humana permite que el vencedor no vea la necesidad de cumplir con la obligación de lo firmado. Te voy a leer una cláusula del acuerdo, del cual aún guardo una copia. Coge el manuscrito de la estantería, ábrelo y encontrarás un pergamino escrito en castellano. Puedes leerlo sin dificultad [...] Comencé a leer, despacio:

“Se acordó que los príncipes y sus sucesores, de forma permanente y para siempre, permitirán que el rey Abu Abd Allah, sus gobernadores, jueces, sabios, muftíes, alfaquíes, alguaciles, nobles, caballeros, cocheros, ancianos y el pueblo, pequeños y mayores, vivan según sus leyes. No se les obligará a abandonar sus mezquitas ni escuelas, ni a sus mucines, ni las torres que estos utilizan para llamar a la oración. Se les dejará en paz, y se da la orden de permitir que sus mezquitas, propiedades y rentas sigan tal y como están hasta el día de hoy” (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 30 (ed. 2011)/pp. 27-28 (ed. 2014).

Hurtado de Mendoza hace una breve mención al pacto de los Reyes Católicos con el último rey de Granada:

²⁹⁸Hurtado de Mendoza. *La guerra de Granada*, pp.38-39.

²⁹⁹Hitos. *Mártires de la Alpujarra*, pp. 33-34.

Sosegada esta rebelión también por concierto, diéronse los Reyes Católicos a restaurar y mejorar a Granada en religión, gobierno y edificios: establecieron el cabildo, bautizaron los moros, trujeron la Cancillería, y dende a algunos años vino la Inquisición³⁰⁰.

Las prerrogativas otorgadas por los Reyes Católicos a Boabdil aparecen descritas de forma muy similar en el capítulo 19 de la *Historia y castigo de los moriscos del Reino de Granada de Del Mármol actualizada*, que trata de “Cómo los moros acordaron rendir Granada, y las capitulaciones que sobre ellos se hicieron”³⁰¹.

En agosto de 1840 aparecen publicadas las actas del Boletín Oficial de Granada con las reflexiones sobre la Rebelión de los moriscos y censo de población. Estas reflexiones son reimpresas, corregidas y aumentadas en la edición que manejamos, según se especifica en el título del cuaderno. Hemos escogido el siguiente fragmento representativo:

La mayor parte de los mahometanos que habitaban en el antiguo reino de Granada, se sujetaron por capitulaciones al dominio de los Reyes Católicos. En todas ellas, y señaladamente en las celebradas para la entrega de la capital, que se firmaron en el real de Santafé en 28 de noviembre de 1491, se obligaron los mismos Reyes y el mismo Príncipe Don Juan, su hijo, por sí y á nombre de sus sucesores, á consentir que viviesen los moros en su religión, guardando sus leyes, ritos y costumbres, y á no permitir que los cristianos que hubiesen abrazado la religión mahometana, fuesen apremiados á volver al cristianismo. Pueden verse en nuestros historiadores los artículos de estas capitulaciones, que, siendo tan honrosas para los vencidos, dan á entender las fuerzas respetables que aun conservan, y la sagaz é ilustrada política de los Reyes vencedores que, para asegurar el término de una lucha de ochocientos años y para economizar la sangre de sus vasallos, se guardaron bien de precipitar á los moros en la desesperación. Pero el fanatismo religioso, al cual nada importa que se derrame á torrentes la sangre humana ni que se falte á uno de los principios fundamentales de la sociedad, comenzó á incitar á los Reyes... Don Fernando y Doña Isabel desecharon, por el pronto, estas pérfidas sugestiones, y nombraron por primer arzobispo de Granada á Fr. Fernando de Talavera, hombre verdaderamente virtuoso³⁰².

El Cardenal Cisneros, protagonista de todo el proceso inquisitorial, es visto por el escritor en la novela como el personaje que se encarga de “limpiar” la Hispania de musulmanes y judíos: “El cardenal Cisneros facilitó a sus sucesores el camino para limpiar la Península Ibérica de musulmanes y judíos” (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 33 (ed. 2011)/ pp. 30-31 (ed. 2014).

Del Mármol describe la personalidad de Cisneros así:

Habiendo comenzado el buen Arzobispo de Granada a regir y gobernar sus nuevas plantas para que, quitadas del error en que estaban brotasen frutos de salvación, los Católicos Reyes, para darles quien le ayudase en tan santa obra enviaron a llamar a fray Cisneros, fraile de la orden del seráfico Padre San Francisco y natural de la villa de Torrelaguna, a quien con merecimiento de muchas virtudes y de profunda elocuencia y costumbres, siendo Provincial de su orden, le habían elegido

³⁰⁰Hurtado de Mendoza. *Guerra de Granada*, p.17.

³⁰¹Mármol. *Historia de la Rebelión*, pp. 83-94.

³⁰²Boletín Oficial de Granada. *Reflexiones sobre la rebelión*, pp.7-8.

arzobispo de Toledo en el año mil cuatrocientos noventaicinco, muerte del Cardenal Don Pedro González de Mendoza³⁰³.

Parecía cosa recia a los Prelados, especialmente, el Arzobispo de Toledo, que siendo la ciudad de Granada y todo el Reino de cristianos, poseído y conquistado por príncipes católicos, aún hubiese hombres y mujeres renegados a quienes los moros llaman *Elches*, que viviesen en la secta de Mahoma. Y como procurasen atraerlos a la fe con amor y buena doctrina y hubiese algunos tan descreídos que no la quisiesen abrazar por no dejar sus vicios y torpezas, acordaron usar rigor con ellos. Y mandó a los alguaciles que prendiesen algunos pertinaces³⁰⁴.

Por otro lado, la sociedad civil granadina, por medio del Boletín oficial anteriormente mencionado, se pronuncia sobre el arzobispo Cisneros del siguiente modo:

En 1499 estando los Reyes en Granada, hicieron venir á ella al célebre FR. Francisco Gimenez de Cisneros, Arzobispo de Toledo, para que ayudase al Sr. Talavera en estos trabajos; y, al tiempo de retirarse para Sevilla, les ordenaron que procediesen en la conversión de los moros mansamente y sin dar lugar á que se alborotasen. Sensible es verse en la precisión de criticar las operaciones de un hombre grande. El Cardenal Gimenez lo fue sin duda alguna, segun lo acredita la Historia de su tiempo; pero la conocida dureza de su genio, y mas principalmente las opiniones que había sacado de las aulas de los conventos de du orden, que eran por otra parte dominantes en su siglo, le hicieron manifestar en Granada un celo exagerado, y que olvidase las reglas de la justicia y los consejos de la política ilustrada y previsora que conoció tan bien y que siguió en todo el curso de su vida pública³⁰⁵.

El siguiente fragmento de la novela recrea la escena en el barrio del Albaicín en el momento en que estalla la revuelta:

El barrio del Albaicín continuó siendo el germen de la resistencia, pero en la clandestinidad. El movimiento se transformó en una lucha pasiva ante un enemigo que cada vez era más fuerte, era la única manera posible de afrontarlo (Awriḍ, *Al-mūrīskī*, p. 33(ed. 2011)/p. 31 (ed. 2014).

Del Mármol describe los hechos del siguiente modo:

Los moriscos del Albaicín habían tenido más cierta noticia de lo que había en l Alpujarra, y andando todos turbados, unos se alegraban de que los Alpujarreños hubiesen comenzado el levantamiento con riesgo de sus cabezas; y otros, que deseaban una rebelión general, les pesaba ver que los monfies se hubiesen anticipado por codicia de matar a aquellos pocos cristianos y que no hubiesen tenido paciencia de aguardar a que el Albaicín comenzase, como estaba acordado³⁰⁶.

La siguiente escena de la novela narra el momento en el que es aprobado el edicto según el cual se prohíben los usos y costumbres moriscos:

En el año 1566 se aprobó un edicto que obligaba a los moriscos a dejar de usar la lengua árabe en un plazo máximo de tres años, uno para abandonar nuestras vestimentas de seda y dos años para las que eran de lana. También se nos forzó a abrir las puertas de nuestras casas los viernes, los días

³⁰³Mármol. *Historia de la Rebelión*, p. 102.

³⁰⁴Mármol. *Historia de la Rebelión*, p. 105.

³⁰⁵Boletín Oficial de Granada. *Reflexiones sobre la rebelión*, p. 9.

³⁰⁶Mármol. *Historia de la Rebelión*, p. 196.

festivos y durante las bodas. Fueron vedadas las zambras, nuestras danzas y ceremonias populares, y se prohibió usar la alheña y llamarnos con nombres moriscos (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 33 (ed. 2011)/p.31 (ed. 2014).

Acerca de este fragmento Del Mármol anota en su historia los siguientes datos:

Les mandaron abandonar la lengua, el hábito morisco y los baños; que tuviesen las puertas de sus casas abiertas los días de fiesta, y que los días de viernes y sábado no usasen las leylas y zambras a la morisca; que no se pusiesen alheña en los pies ni en las manos, ni en la cabeza las mujeres; que en los desposorios y casamientos no usasen de ceremonias de moros, como hacían, sino que se hiciese todo conforme a lo que nuestra santa Iglesia tiene ordenado; que el día de la boda tuviesen las casas abiertas y fuesen a oír misa; que no tuviesen niños expósitos; que no usasen sobrenombres moros³⁰⁷.

Las siguientes líneas de la novela recogen el primer agrupamiento morisco de las Alpujarras:

Mujeres y niños fueron vendidos en los mercados de esclavos. Los moriscos se organizaron para defenderse y levantaron sus campamentos en lo más recóndito del macizo de Las Alpujarras bajo el mando de Juan Hernández Musdal, quien tomó por nombre musulmán Ibn Umayya o Ben Omeya. Se llevaron consigo a sus mujeres e hijos, resistieron cuanto pudieron (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 33 (ed. 2011)/ p.31 (ed. 2014).

Hurtado de Mendoza aporta en su obra los siguientes datos sobre el personaje que lidera la rebelión:

Había entre ellos un mancebo llamado don Fernando de Valor, sobrino de don Fernando el Zager, cuyos abuelos se llamaron Hernandos y de Valor, porque vivían en Valor el alto lugar de la Alpujarra puesto casi en la cumbre de la montaña: era descendiente del linaje de Aben Humeya, uno de los nietos de Mahoma, hijos de su hija, que en tiempos antiguos tuvieron el reino de Córdoba y el Andalucía... Eligieron a don Fernando de Valor por rey con esta solemnidad³⁰⁸.

Por su parte, Del Mármol describe al personaje del siguiente modo:

Don Fernando de Córdoba y de Válór era morisco, hombre estimado entre los de aquella nación porque traía su origen del Jalifa Maruan; y sus antecesores, según decían, siendo vecinos de la ciudad de Damasco Xam, habían estado en la muerte del jalifa Husein hijo de Ali, primo de Mahoma, y venido huyendo a África, y después a España...Era mozo liviano, dispuesto para cualquier venganza, y sobre todo derrochador³⁰⁹.

-*Marrakech* (1598-1603)

³⁰⁷Mármol. *Historia de la Rebelión*, p. 119.

³⁰⁸Hurtado de Mendoza. *La guerra de Granada*, pp. 28-30.

³⁰⁹Mármol. *Historia de la Rebelión*, p. 205.

El siguiente fragmento de la novela hace una descripción pormenorizada del ejército del sultán marroquí Almanzor:

En los laterales del campamento estaba situado el ejército de Sus. Contabilizando solo los caballeros, esta fuerza militar sumaba veinticinco mil unidades. En cuanto al cuerpo de élite, conocido como el ejército andalusí, estaba equipado con las mejores armas y lo componían renegados españoles, portugueses, francos, napolitanos y venecianos, entre otros. Tenía que conocer más detalles sobre un cuerpo militar dirigido por un morisco, Yawder Pachá, cuyo destino lo había traído a esta tierra. La guardia privada del sultán estaba compuesta por la *isbahiyya*³¹⁰ bajo el mando de Mustafá Bey, que encabezaba el escuadrón de honor del sultán formado por los *bayak*, los *silak* y los *baldrush*, todas ellas apelaciones militares turcas que certificaban la influencia otomana en la corte de Almanzor (Awṛīd, *Al-mūrīskī*, pp. 63-64 (ed. 2011)/pp.66-67 (ed. 2014).

Sobre la figura de Almanzor y su ejército y entresijos, ofrecemos los siguientes datos tomados de varios estudios actuales sobre la historia de Marruecos en este período concreto.

Ahmed el-Mansur (Aḥmad al-Manṣūr al-Dahabī) confiaba en 1590 al renegado español Yawder (Yawdar Bāšā) el mando de un ejército de unos 3000 hombres, la mayoría renegados, con el que atacar el Sudán. Con no pocas dificultades, Yawder se instaló en Tombuctú y allí se autodesignó bajá³¹¹.

Almanzor gustaba del protocolo oriental tomado de los turcos, de los que adoptó también la organización militar. Confió a los turcos la instrucción de su ejército, mezcla de renegados, andalusíes, negros, bereberes y desertores otomanos. Era este un ejército de renegados y cristianos a quienes había confiado su expedición al Sudán³¹².

Entre las menciones a cuerpos de ejército integrados por soldados andalusíes desde época meriní está la de Muhammad al-Sheij (Muḥammad al-Šayj al-Šarīf), el primer sultán saadí, quien emprendió una serie de esfuerzos para mejorar y modernizar el ejército, incluyendo el reclutamiento de hombres de infantería mayoritariamente de origen andalusí³¹³.

Para lograr el estatuto supra-tribal al que aspiraba la dinastía jerifiana era necesaria la creación de un ejército heterogéneo. Los Jazula (Ĵazūla) y los Maaqil (Ma'qil)

³¹⁰Awṛīd utiliza el término *al-iṣbāhiyya*, aunque la forma original más correcta es *al-sibāhiyya*. Se trata de una tropa de caballería de élite del ejército otomano cuyo nombre ha dado en español el término cipayo y en otras lenguas spahi, con variantes y significados diversos. (Nota de la t.).

³¹¹Madariaga. *Historia de Marruecos*, p. 72.

³¹²Madariaga. *Historia de Marruecos*, pp. 71-72.

³¹³García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, pp. 283-285.

constituían la base de este ejército y, paulatinamente, se fueron incorporando nuevos elementos a las filas. De este modo, renegados, africanos y andalusíes aparecieron en las tropas en la década de 1540. Por lo que respecta a los andalusíes, se constituyeron en contingente independiente en los últimos años del reinado de Muley Abd Allah al-Ghalib (‘Abd Allāh al-Gālib) (1557-1574). Tras el fracaso de la Rebelión de las Alpujarras en 1570, el sultán pudo negociar el envío de miles de moriscos hacia Marruecos³¹⁴.

El contingente andalusí fue adquiriendo cada vez más importancia gracias al apoyo que sus jefes dieron al príncipe ‘Abd al-Malik Abdelmalik, quien derrocó a su sobrino en 1576. A la muerte de ‘Abd al-Malik (1576-1578) durante la batalla de Wad al-Majazin (Ma‘raka Wādī l-Majāzin) o Alcazarquivir en 1578. Said b. Faray al-Dughali (Sa‘īd b. Farāy al-Dugālī), Muhammad Zarqun (Muḥammad Zarqūn) y Abu al-Fadl al-Ghurri (Abū l-Faḍl al-Gūrī), jefes de la comunidad andalusí, deseaban poner en el trono al joven Mawlāy Ismā‘īl b. ‘Abd al-Mālik en lugar de su tío Aḥmad³¹⁵.

En 1576 se confió al contingente andalusí, dirigido por el entonces príncipe heredero Muley Aḥmad la persecución del depuesto sultán Muhammad al-Mutawakkil (Muḥammad al-Mutawakkil al-Sa‘dī) (1574-1576)³¹⁶.

A continuación, la novela presenta a un personaje que coincide en la historia con el personaje del secretario del sultán:

Fashtali, secretario de nuestro señor Baba Muley Ahmad al-Mansur al-Dahabí (el Dorado), que Dios le dé la victoria sobre sus enemigos, ¡que se presente ante Su majestad! (*Al-mūrīskī*, p. 71 (ed. 2011)/p. 75 (ed. 2014).

El sultán Almanzor, que Dios le dé la victoria, ha decidido designar a Shihab al-Din como secretario del poeta de la corte, al-Fashtali, y que Izz al-Din sirva de soldado del islam en el ejército de Al Ándalus, bajo el mando de Yawdar Pachá (*Al-mūrīskī*, p. 74 (ed. 2011)/ p. 79 (ed. 2014).

Mi primer trabajo en Marruecos fue de secretario en la corte del sultán saadí Almanzor, donde se me encargó traducir al árabe la mensajería que venía de Castilla (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 76 (ed. 2011)/ p. 80 (ed. 2014).

Según las fuentes, ‘Abd al-‘Azīz al-Fishtali (‘Abd al-‘Azīz al-Fištālī), secretario y cronista de la corte del sultán marroquí, Almanzor, siendo tiempos del monarca español Felipe II, dio su apoyo a los objetivos de su soberano al escribir lo siguiente: “el comendador de los creyentes, que Dios le asista, ha dispuesto [...] para llevar a cabo su

³¹⁴García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, p. 326.

³¹⁵García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, pp. 326-327.

³¹⁶García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, p. 329.

intención de emprender el *yihad* contra los infieles y conquistar sus territorios al norte y al sur para cumplir la promesa divina y realzar la palabra verdadera”, para lo que el sultán está aumentando la flota para llevar a buen término el *yihad* y vencer al enemigo de Dios [...] para cumplir la esperanza del Islam por la conquista de todo al-Andalus³¹⁷.

En el terreno político, el 31 de octubre de 1596 Francia, Inglaterra y los Países Bajos firmaron en La Haya una alianza militar contra el imperio de la Península Ibérica. El sultán comenzó desde finales de 1596 a movilizar a la opinión marroquí e islámica, en general, para obtener el apoyo espiritual y material necesario para realizar este “esfuerzo en el sendero de Dios³¹⁸.

La novela narra el desarrollo y desenlace de la Batalla de los Tres Reyes acaecida en Marruecos de la siguiente manera:

Antati era un hombre culto, caballero y reservado, que pasaba la mayor parte de su tiempo leyendo. Con él, solo se relacionaba otro joven, hijo de un renegado portugués que se alió con el sultán después de la Batalla de los Tres Reyes³¹⁹ (agosto de 1578). Esta contienda consagró como sultán a Almanzor tras la muerte de su hermano Mulay Abdelmálek. Tras la batalla, la situación parecía que iba a desembocar en una *fitna*, pero, nada más comenzar, la crisis fue sofocada por Dugali, renegado portugués que había estado al servicio del difunto sultán (*Al-mūriskī*, p.76 (ed. 2011)/p. 81 (ed.2014).

El sultán de Marruecos, apodado majestuosamente en la corte saadí como Almanzor, “el victorioso”, estaba en el cenit de su reinado. Junto con su hermano Mulay Abdelmálek, había vencido a los portugueses en la Batalla de los Tres Reyes y era respetado por todos los monarcas del momento (Awrīd, (*Al-mūriskī*, p. 82 (ed. 2011)/p. 87 (ed.2014).

Según los estudios actuales sobre este momento histórico, los hechos suceden de la siguiente manera:

Sa‘id b. Faray al-Dugali (Sa‘īd b. Farāy al-Dugālī) comenzó su carrera como corsario en Rabat y Tetuán antes de entrar al servicio del majzén a través del *hayib* al-Hasan b. Abi Bakr (al-Ḥāyib al-Ḥasan b. Abī Bakr). El sultán le encargó la creación del contingente de los andalusíes y lo designó como dirigente. Sin embargo, el jefe andalusí nunca aprobó la actitud desleal del sultán marroquí en la gran rebelión de los moriscos en 1568.

Cuando accedió al poder, ‘Abd al-Malik (‘Abd al-Mālik al-Sa‘dī) designó a tres personajes para las más altas funciones del estado: al-Dugali se convirtió en gobernador de Sus y de Rabat-Salé, Zarqun (Muḥammad Zarqūn) fue nombrado general del

³¹⁷García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, p. 316.

³¹⁸García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, p. 319.

³¹⁹También llamada de Alcazarquivir.

contingente de los andalusíes y al-Ghurri (Abū al-Faḍl al-Gūrī) fue uno de los colaboradores más cercanos al sultán. A la muerte de ‘Abd al-Malik en 1578, los jefes andalusíes decidieron destronar al nuevo sultán y sustituirlo por el hijo de ‘Abd al-Malik³²⁰.

Fue el hijo del sultán saadí Abdallah al-Ghalib (‘Abd Allāh al-Gālib) (1557-1574), hijo y sucesor de Muhammad al-Shayj (Muḥammad al-Šayj al-Šarīf), el que dio la orden en 1563 al caudillo granadino al-Dugali, alcalde de Tetuán, de reclutar soldados de los asentamientos andalusíes y llevarlos a Marrakech para formar un cuerpo del ejército de artillería.

Según describe el cronista Mármol Carvajal, al-Dugali había nacido en Órgiva y era hijo de padres moriscos. Este formó un cuerpo de ejército que rondaba los 4000 arcabuceros moriscos bajo cuyo mando se realizaron acciones de vital importancia para la política de Marruecos. Las tropas moriscas de al-Dugali y otros caudillos moriscos participaron en la contienda que se desencadenó contra Don Sebastián el año 1578 y, al poco tiempo, en la batalla de Alcázarquivir.

Curiosamente, algunos caudillos moriscos intentaron dar un golpe de estado contra el recién nombrado sultán Almanzor. Pero la conjura fue descubierta y, finalmente, al-Dugali y los otros caudillos moriscos fueron decapitados. Lo interesante de este asunto es que unos moriscos granadinos trataron de tomar el poder en Marruecos, aparentemente en defensa del hijo Abd al-Malik que contaba con el apoyo de los turcos, pero más bien con el objetivo de crear un nuevo reino granadino³²¹.

Seguidamente, en los siguientes fragmentos de la novela se narran las desavenencias del sultán marroquí con uno de sus hijos:

El sultán delegó los asuntos del reino en su hijo Abu Faris, gobernador de Marrakech. El ambiente en palacio se volvió enrarecido y los escribanos aprovechamos la oportunidad para ocuparnos de nuestros asuntos [...] El sultán jamás se había enfrentado a una situación tan difícil como aquella. Las diferencias con su hijo le habían devuelto a su dimensión humana. Ahora, su rival era su propio hijo y no podía librarse de él como si se tratara de un vulgar adversario, un desconocido, que llegado el caso exterminaría sin inmutarse [...] El motivo de la convocatoria de mi suegro había sido una carta que el sultán había enviado a su hijo Abu Faris, en la que le informaba de su triunfo sobre el hijo descarriado, Mamun. También le hacía saber al cadí que, durante el Sermón del

³²⁰García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, p. 327. Véase también García-Arenal. “Vidas ejemplares”.

³²¹García-Arenal. “Los moriscos en Marruecos”, pp. 283-285.

Viernes, y en todas las mezquitas de la ciudad, se debería mencionar la brillante victoria del sultán (Awṛīd, *Al-mūrīskī*, p. 109 (ed. 2011)/pp. 121-122 (ed. 2014).

Los datos históricos e información sobre estos acontecimientos que se muestran en los estudios recientes son los siguientes. A la muerte Almanzor (Aḥmad al-Manṣūr) se disputaron el poder tres de sus hijos: Muley Zidan (Zīdān al-Nāṣr ben Aḥmad), proclamado en Fez; Abu Faris (Abū Fāris), en Marrakech y Mohamed ech-Cheij al-Mamun (Muḥammad al-Šayj al-Ma'mūn), que había sido desterrado por su padre y encarcelado por haber intentado rebelarse más de una vez contra él. Durante siete años, los tres príncipes lucharon entre sí, aliándose a veces dos de ellos contra el tercero y llamando a su ayuda a veces a los españoles, otras a los turcos³²².

-Ámsterdam 1611

En el fragmento siguiente se relata el momento histórico relativo al año 1609 en el que los moriscos son definitivamente expulsados de la Península:

Llegaron a Marruecos en septiembre de 1609 (1018 de la Hégira), junto con miles de moriscos expulsados de Al Ándalus por el decreto del rey de España, Felipe III. Hacía ya dos años. Se asentaron en la ribera izquierda del río Salé. Lo habían perdido todo y lo poco que llevaban consigo se lo habían arrebatado los corsarios franceses. Los conversos al cristianismo también fueron expulsados, sin llegar a comprender la causa de tanto dolor y humillación (Awṛīd, *Al-mūrīskī*, p. 117(ed. 2011)/p. 131 (ed. 2014).

Fue por entonces que el sultán, Muley Zidan, me encargó encabezar la delegación que debía visitar algunos países europeos. La finalidad de esta empresa era darles a conocer los daños que habían sufrido los moriscos e interceder ante las autoridades galas para recuperar las propiedades que les habían sido arrebatadas por los corsarios franceses. La piratería se había convertido en un arma de combate entre cristianos y musulmanes, particularmente en el mar Mediterráneo (Awṛīd, *Al-mūrīskī*, p. 118 (ed. 2011)/pp.132-133 (ed. 2014).

Sobre Muley Zidan los estudios modernos recogen información relevante que se indica a continuación. Durante los años 1608 y 1609, Muley Zidán (Zaydān al-Nāṣr b. Aḥmad) estuvo intentando hacerse con el control de Tetuán y de los territorios del trapecio norte de Marruecos. Con este fin estableció las primeras negociaciones con los Países Bajos, solicitando barcos y armas que pensaba utilizar en tomar Tetuán. También atrajo a moriscos a sus territorios y fomentó la emigración y la acogida de los que llegaban desde España. Atrajo también moriscos a la corte, que fueron secretarios y traductores de ella, sirva el ejemplo de al-Hayari (Aḥmad b. Qāsim al-Ḥayārī)³²³.

³²²Madariaga. *Historia de Marruecos*, p. 74.

³²³García-Arenal. "Los moriscos en Marruecos", p 296.

Sobre el desenlace final de la guerra entre los tres hijos de Almanzor y la creación de dos “ciudades estado” narra la novela los siguientes hechos:

Se produjo una terrible guerra entre los tres hermanos, al-Mamun, Abu Faris y Muley Zidan. Por desgracia, la naturaleza humana es débil y el deseo de poder hace que las personas olviden las obligaciones a las que se comprometen llegando a pisotear todas las consideraciones morales y éticas (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 118 (ed. 2011)/p.133 (ed. 2014).

Abu Faris se autoproclamó sultán de Marrakech rechazando la designación de su hermano Muley Zidan (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 119 (ed. 2011)/p.133 (ed. 2014)).

El sultán Muley Zidan asumió el poder en la más absoluta soledad, pues ninguno de los fieles a su padre le apoyó. Yawder Pachá, comandante del Ejército de fuego, eligió el bando de Abu Faris rechazando unirse a Muley Zidane. Tras la coronación del nuevo sultán, abandonó Fez y pasó por Meknes, donde liberó al príncipe Mamun de su encarcelamiento y lo condujo maniatado a Marrakech, donde lo entregó a Abu Faris. Yawder era una pieza importante, pero impredecible ahora que no estaba bajo la amenaza represora de Almanzor. Entonces, recomendó a Abu Faris que aprovechara los apoyos de Mamun contra su hermano Muley Zidan y, de tal manera, el ejército del sultán electo fue derrotado en las márgenes del río Um al-Rabiu. Pero Mamun no estaba decidido a trabajar en favor de su hermano Abu Faris y se dirigió a Fez, donde, cuando era gobernador, contaba con el apoyo de la zona occidental de Marruecos. Entró triunfal en la ciudad. Por su parte, Muley Zidan se batió en retirada a Tremecén, buscando el apoyo de los turcos. Con esta nueva situación, los dos hermanos dividieron Marruecos en dos regiones: Marrakech y Fez. Nunca volvieron a unirse. Muley Zidan esperó en vano la llegada de los turcos, que nunca vinieron en su ayuda. Finalmente, se vio obligado a defenderse con sus únicas fuerzas. Mientras tanto, Mamun envió a su hijo Abd Allah contra Marrakech, derrotó a su tío Abu Faris y entregó la ciudad al saqueo y el pillaje [...] El sobrino, el emir Abd Allah, ejecutó a Yawder. Transcribo aquí el testimonio de su final (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p.120(ed. 2011)/pp. 134-135 (ed. 2014).

¡Qué triste la muerte del emir Abu Faris, asesinado por su propio sobrino, el emir Abd Allah! (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 122 (ed. 2011)/pp. 138-139 (ed. 2014).

Sobre este episodio narrado los estudios recientes sobre Marruecos refieren que a la muerte de al-Mansur (Aḥmad al-Manṣūr) a finales de 1603, sus hijos entraron en lucha disputándose la sucesión. Uno de sus hijos, Muley Zidan (Zīdān al-Nāṣr ben Aḥmad), fue proclamado sultán en Fez y otro, Abu Faris, en Marrakech. Este Abu Faris (Abū Fāris), había enviado a su propio hijo, acompañado por el tercer hermano, Muley al-Shaykh al-Ma'mun (Muḥammad al-Šayj al-Ma'mūn), hijo también de al-Mansur (llamado Muley Xequé en la documentación española de la época), con un ejército a Fez, y Zidán fue derrotado, buscando después refugio y apoyo en territorio turco. Pero la unidad no se consiguió porque Muley al-Shaykh al-Ma'mun se proclamó sultán en Fez. Quedaron así dos reinos, el de Fez y el de Marrakech, que eran una suerte de “ciudades estado” con muy poca capacidad de controlar más allá del territorio circundante y sus ciudades³²⁴.

A mediados de 1608, Muley Zidan derrotó definitivamente a Muley al-Shaykh al-Ma'mun y a su hijo Muley Abd Allah, conquistó Fez y unos meses más tarde, una

³²⁴García-Arenal. “Los moriscos en Marruecos”, p. 285.

expedición dirigida por el marqués de Santa Cruz fue enviada a conquistar Larache fracasó³²⁵.

En los siguientes fragmentos de la novela imaginamos la situación de los moriscos emigrados a Holanda a través del protagonista y compañeros de viaje también moriscos:

Permanecemos atrapados en Ámsterdam durante todo el invierno. Aunque los caminos estaban pavimentados, la nieve los hacía intransitables. Durante el confinamiento en la residencia que la autoridad holandesa nos permitió, nos hicimos una idea del funcionamiento del lugar. Este país había sufrido, igual que nosotros, la dominación española y había pagado un alto precio por su libertad [...] Los Estados Generales habían estado bajo la tenaza de los Habsburgo, pero habían conseguido romper el yugo de la dominación y obtener la libertad. Paralelamente, se había enquistado el rencor contra los españoles. Ese odio nos unía y esa acritud, real o supuesta, explicaba nuestro viaje [...] Holanda estaba bajo las creencias reformistas de Lutero y de uno de sus discípulos, Calvino. Los holandeses no reconocían la autoridad del Papa y tenían una visión diferente de Dios y de las relaciones humanas, muy próxima al islam. Eran tolerantes con otras religiones. Los judíos, la mayoría venidos de España y Portugal, vivían pacíficamente, sin ser molestados” (Awṛīd, *Al-mūrīskī*, p. 124(ed. 2011)/pp. 140-141 (ed. 2014).

Tenía en mi poder el Decreto del rey Felipe III, con fecha de septiembre de 1609, que yo mismo había traducido al sultán Muley Zidan. Confirmaba la intención de los castellanos de extirpar para siempre el germen morisco (Awṛīd, *Al-mūrīskī*, p. 125 (ed. 2011)/p. 142 (ed. 2014)

Los estudios actuales recogen los siguientes datos históricos relacionados con la política internacional de Marruecos en esta etapa. Desde octubre de 1596, Marruecos entró en contacto con la reciente república de los Países Bajos, pero parece que el sultán no buscaba una alianza militar con este país, pues este era un enclave pequeño y no tenía la suficiente fuerza ni militar ni política para hacer una guerra sobre territorio español. En cambio, los Países Bajos, establecieron sólidas relaciones en el ámbito militar y económico y se convirtieron pronto en el primer proveedor de armamento moderno del sultanato saadí y, hasta finales de la primera mitad del siglo XVII, fueron uno de sus primeros socios comerciales³²⁶.

En este mismo orden de cosas, el rey Enrique IV de Francia (1589-1610) envió una embajada a Muley Ahmad, que llegó a Marrakech el 13 de diciembre de 1596. Al igual que los holandeses, los franceses propusieron a Marruecos concertar una alianza militar antiespañola mediante la cual Enrique IV esperaba obligar a España a abrir un nuevo frente que permitiría reducir la presión sobre el frente francés.

Sin embargo, el sultán no atendió a esta propuesta pues sabía perfectamente que lo único que pretendía el monarca Borbón era utilizar a Marruecos para sus propios intereses.

³²⁵García-Arenal. “Los moriscos en Marruecos” en García-Arenal, p 286.

³²⁶García-Arenal y Wiegers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, p. 321.

Finalmente, en 1598 Enrique IV abandonó a sus aliados ingleses y holandeses para firmar la paz de Vervins con Felipe II.

En este hábil juego y a la vez que trataba con los Países Bajos y Francia, el sultán volverá de nuevo después su vista hacia Inglaterra, la única potencia capaz militar y políticamente de participar en la reconquista de al-Andalus³²⁷.

-Marrakech 1613

La novela aprovecha también la historia del personaje histórico marroquí apodado al-Mahdi:

Un predicador saharauí Abu Mahalli, que peregrinaba por los confines del Sahara, aprovechó la circunstancia para llamar a los musulmanes al levantamiento. Tenido por un hombre de carácter fuerte, se hacía pasar por el *Mahdi*, pues creía que había sido elegido por la Divinidad y que tenía la *baraka*. Había viajado mucho, conocido diferentes corrientes religiosas y predicado desde una edad muy temprana. Cuando entró en contacto con los habitantes de las llanuras empezó a seguir la corriente sufi. Unos lo veían como hombre de fe, sincero, movido a restablecer la justicia después de tanta iniquidad que habían sufrido las gentes. Otros, la gran mayoría, lo veían como a un falso devoto que empleaba la religión para lograr sus bajos intereses políticos [...]” Dejaba una profunda huella allá por donde pasaba. Algunos de sus seguidores asesinaron al emir Mamun cerca de Tetuán. Entonces, Abu Mahalli, con un puñado de hombres, se dirigió al sur, hacia Siyilmasa, donde derrotó al ejército del gobernador de Muley Zidan, superior en número de hombres y armamento (Awrīd, *Al-mūrīskī*, pp. 161-162(ed. 2011)/ pp. 186-187 (ed. 2014).

La segunda mitad del siglo XV y primera del siglo XVI fue un período en el que, como reacción contra el dominio portugués, se manifestaron diversas fuerzas que adoptaron una forma religiosa. Así, cofradías, morabitos y jerifes reunieron en torno de ellas a una masa de fervientes adeptos, firmemente entregados a la defensa de su religión, Todos ellos estaban impregnados de un sentimiento mitad religioso, mitad xenófobo, las masas marroquíes trataron por todos los medios de impedir la ocupación extranjera. Los jerifes saadíes consiguieron durante un tiempo agrupar a las masas marroquíes en torno a este movimiento político-religioso³²⁸.

-La Nueva Salé 1615-1637

³²⁷García-Arenal y Wieggers. *Los moriscos: expulsión y diáspora*, p. 321.

³²⁸Madariaga. *Historia de Marruecos*, p. 66.

Los siguientes fragmentos ofrecen una visión novelada de República de Salé:

Tras cinco días de duro viaje, viendo escenas desoladoras de pueblos destrozados, llegué a la Nueva Salé, la ciudad ubicada en la ribera sur del Bu Regreg³²⁹, sobre una colina que mira al mar (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 173 (ed. 2011)/p. 200 (ed. 2014).

Rodies se esforzó en resolver las diferencias mediante la construcción de una única identidad común que acogiera a las tres comunidades, a la vez que responsabilizaba a los españoles de expulsarlos de sus tierras y, por otro lado, se distanciaba de los moros autóctonos, tanto árabes como bereberes, que podían alterar su singularidad y hacerla desaparecer. Rodríguez empleó la diplomacia, aunque no despreció métodos más rigurosos para imponer el orden y la disciplina. Romper la relación entre el sultán y su representante local, sería el primer paso para asentar los pilares de una identidad propia e instaurar un gobierno autónomo. Algunos moriscos, alistados en una expedición de castigo del sultán a Draa³³⁰, en los confines del Sahara, habían desertado. (Awrīd, *Al-mūrīskī*, pp. 179-180 (ed. 2011)/p. 207 (ed. 2014).

La nueva Salé vivía de los negocios y de la piratería. Conectada con el mundo por mar, tenía intensas relaciones comerciales con Argelia, Túnez y Trípoli, las mismas que no emprendía con Fez o Marrakech [...]La esclavitud era un negocio rentable o, como Rodies afirmaba, era oro. Cada desembarco era precedido con disparos de cañón que anunciaban la llegada de un grupo de cautivos (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 181(ed. 2011)/ p. 209 (ed. 2014).

La República fue declarada en mayo de 1627, con el gobierno *triumvirato* formado por Vargas, conocido como Bargash, representando a los andalusíes, Serón, que reemplazó a Barco, por los hornacheros, y al-Qasri, en tanto que caid de los ejércitos. Tras declarar la república, los dirigentes del triumvirato se apresuraron a buscar apoyo exterior. Para ello, liberaron a prisioneros ingleses mediante una operación que quería ganarse el apoyo del armador inglés. El diván de la nueva Salé también firmó un tratado con Inglaterra y envió una delegación integrada por dos embajadores, Ibn Said y Narváez, para ratificar dicho acuerdo con el rey Carlos I de Inglaterra con el fin de debilitar la posición de Rodies. Serón contactó con los holandeses y envió una delegación a los Estados Generales para hacerles saber la buena disposición de los andalusíes respecto a los holandeses (Awrīd, *Al-mūrīskī*, p. 193 (ed. 2011)/ pp.225-226 (ed. 2014).

Los estudios aportan los siguientes datos históricos. Las noticias que llegan son que la más notable oligarquía morisca junto con Tetuán, constituía el puerto fortificado de Rabat-Salé, que cobró protagonismo a partir de la expulsión de los moriscos³³¹. Desde la década de 1620, Salé figuró como una estructura política autónoma, la llamada “república de Salé”, que se gobernaba por un consejo de doce miembros, llamado diván o *diwan*, que funcionaba como un consejo municipal español, cuyo presidente recibía el título de Gran Almirante³³².

³²⁹El río Bu Regreg es uno de los más importantes de Marruecos, nace en el Atlas Medio y desemboca en el océano Atlántico en la ciudad de Rabat.

³³⁰Valle del río Draa en el desierto donde se encuentran las principales ciudades bereberes.

³³¹Al-Trīkī. “Al-Ribāt jilāl al-qarn al-sābi’ ‘ašar”; Triki. “Rabat en el siglo XVII”.

³³²García-Arenal. “Los moriscos en Marruecos”, pp. 307-308.

En otro sentido, las reacciones religiosas contra la ofensiva cristiana se manifestaron tanto en el sur, donde tuvieron lugar importantes movimientos de morabitos, como en el norte, donde surgieron tres poderes que se opusieron a los príncipes saadíes de Fez: la república morisca de Rabat y Salé, el morabito el-Ayachi y los morabitos de Dila. La república de Bu Regreg surgió cuando Felipe III de España consideró que los moriscos eran inasimilables y promulgó contra ellos una serie de decretos de expulsión entre 1609 y 1614. Los que no aceptaron abjurar del islam fueron obligados a abandonar España, estableciéndose por todo el litoral de África del Norte, sobre todo en el norte de Túnez y en el norte de Marruecos. En este último constituyeron dos grupos, uno de ellos en Tetuán y el otro a uno y otro lado del estuario del Bu Regreg. En 1609, la fortaleza que domina el río oeste, el Ribat al-Fath (Ribāṭ al-Faṭḥ), recibió a los hornacheros, es decir, a los habitantes de la localidad extremeña de Hornachos y, en 1610, a estos vinieron a sumarse moriscos de la baja Andalucía, contribuyendo a aumentar la población de la ciudad que vivía al pie de la fortaleza. El trato hacia ellos por parte de Muley Zidan (Zīdān al-Nāṣr ben Aḥmad), al comienzo fue bueno pues el sultán pensó que podían serle útiles como soldados y podría aprovecharse, al mismo tiempo, de los beneficios que empezaba a proporcionarles el corso que desde el siglo anterior (XVI) se practicaba por el imperio turco otomano desde Argel y Tetuán contra el imperio español³³³.

Pero los moriscos se dieron cuenta pronto de que eran explotados y buscaron la independencia constituyendo una república oligárquica, vinculada tan pronto a Salé como limitada a las dos aglomeraciones de Rabat. La independencia de que gozaban los moriscos procedentes de Andalucía no era en absoluto del agrado del prestigioso morabito al-Ayachi, que les hizo la vida imposible desde 1637 hasta su muerte en 1641, fecha en la que el estuario de Bu Regreg pasó a depender de los morabitos de Dila³³⁴. Antes y después, a lo largo de todo el siglo XVII y a causa de sus permanentes rivalidades con los andalusíes del otro lado del río (los habitantes de Salé) y otros conflictos, los hornacheros de Salé la Nueva (Rabat) negociaron la posible entrega de la alcazaba a varias potencias extranjeras³³⁵.

³³³Gozalbes. “El corso, lucha de frontera en el siglo XVI”.

³³⁴Madariaga. *Historia de Marruecos*, pp. 75-76.

³³⁵Buzineb. “La cuestión de la entrega”.

4. Estudio de la novela *Al-mūrīskī l-ajīr* de Ṣubḥī Mūsà

4.1. Biografía de Ṣubḥī Mūsà

En este capítulo abordaremos un breve análisis de la novela histórica *Al-mūrīskī l-ajīr* (El último morisco). Asimismo, haremos un acercamiento a la personalidad de su autor: Ṣubḥī Mūsà. En cuanto a la información relativa a la biografía y trayectoria intelectual y literaria del escritor, no existen bibliografía o estudios sobre él que incluyan su obra, dado lo reciente de la misma. Por ello, dicha información biográfico-intelectual se ha obtenido de la información que nos ha proporcionado el propio escritor en el mes de abril del 2018 en El Cairo.

El motivo de poner el punto de mira e interés en este escritor y su novela tuvo su origen en una reseña aparecida en prensa, en el periódico *Al-Jazeera*³³⁶. En ella, la crítica valoraba la novela muy positivamente.

Al-mūrīskī l-ajīr es una novela histórica editada en El Cairo en octubre del año 2015 publicada por primera vez en rabī' II de 1436 de la Hégira equivalente a enero de 2015 en El Cairo (editorial Dār al-Miṣriyya al-Lubnāniyya). Su éxito inmediato debió de ser la causa que empujó a la editorial a publicar una segunda edición ese mismo año de 2015 y una tercera al año siguiente, 2016, parte de la cual está accesible en línea mediante vista previa de Google Books (páginas 1-70, con algún hueco)³³⁷. Narra dos historias paralelas, la primera de ellas arranca con los acontecimientos surgidos a raíz de la rebelión de las Alpujarras en Granada, en el siglo XVI, mientras que la segunda tiene su comienzo en la *maydān* Taḥrīr (plaza de la Liberación) de El Cairo, en nuestros días, cuando se producen las primeras manifestaciones de la Primavera Árabe en Egipto, como continuación de las iniciadas anteriormente en Túnez. Al mismo tiempo, en el marco de la segunda narración, aparece un personaje secundario presentado como profesor de historia. En la obra, relata diferentes periodos de la historia de España hasta aterrizar en el periodo de la Transición, un camino a la democracia durante la década de los 70 del siglo XX.

³³⁶Wikālat al-Anāḍūl. “Al-mūrīskī al-ajīr...radd i'tibār”.

³³⁷<https://books.google.es/books?id=q8V9CwAAQBAJ&lpg=PP1&hl=es&pg=PP1#v=onepage&q&f=false>

A continuación, haremos un breve resumen de la vida y obra de este escritor desde la mirada del momento histórico en que hoy se mueve el mundo árabe.

4.1.1. Perfil biográfico de Ṣubḥī Mūsà

La elaboración de la biografía del autor que se presenta en este apartado está basada en su propio testimonio recogido en las conversaciones mantenidas con él durante nuestra estancia en El Cairo en abril del año 2018, como ya se ha indicado. Además, hemos recogido la información relativa a su vida y obra encontrada en diversos materiales e informaciones de prensa disponibles en sitios seguros y fiables de internet.

Ṣubḥī Mūsà es un poeta y novelista egipcio que nació en octubre del año 1972 en un pequeño pueblo rural del delta del Nilo llamado Šamā (región de Manūfiyya/Menoufiya), entre las dos grandes urbes del norte del país: El Cairo y Alejandría. Es el séptimo de los ocho hijos de una familia muy humilde, cuyos padres no tuvieron acceso a ningún tipo de educación. En aquella época, tener una amplia descendencia garantiza el sustento económico de toda la familia y cierta prosperidad. Entonces, desde muy pequeños los niños eran enviados, a escondidas y evitando el control del Estado que imponía multas por ello, al campo a ganarse un sueldo. Sin embargo, Ṣubḥī Mūsà y uno de sus hermanos se libraron de aquel tipo de explotación.

Hasta la edad de los diez años se dedicó a aprender el Corán, que también oía en la emisora de radio local de voz de los jeques religiosos. Según nos cuenta el propio escritor, las gentes del pueblo, durante la noche y temerosas de los espíritus, escuchaban repetidamente la “Palabra” del Libro Sagrado para evitar su molesta presencia.

La suerte quiso que su pueblo de nacimiento tuviera cierta entidad poblacional, por lo que contaba con instalaciones educativas de primaria y secundaria. Aunque Ṣubḥī Mūsà no fue un alumno destacado, pronto comenzó a mostrar habilidades para la poesía y se aficionó a la lectura de cuentos para niños, que cogía prestados de la biblioteca de su escuela. Por otra parte, aquella inquietud le permitió cumplir con uno de sus sueños, participar en la emisora de radio que retransmitía desde la escuela. Una vez terminada la etapa de secundaria pasaría a la Universidad Šibīn al-Kawm (Shibin el-Kom) de su región, Manūfiya, donde se licenció en Lengua y Literatura en la especialidad de Ciencias Sociales el año 1994.

Tras finalizar sus estudios universitarios, no encuentra trabajo y cae en una fuerte depresión. Sufre entonces una profunda transformación interior que le llevará a centrarse en la redacción literaria. Se interesa por las cuestiones de carácter histórico, político y social, entre ellas la identidad como pueblo y la defensa de los derechos humanos. Durante esta etapa entra en contacto con las nuevas corrientes de la poesía, como la prosa poética.

En el terreno político, toma contacto por entonces con la organización de los al-Ijwān al-Muslimīn (Hermanos Musulmanes), quienes intentan captarlo para su partido e intereses. A partir de ese momento empieza a interesarse por los movimientos sociales de izquierdas, tales como el comunismo o el socialismo. A ellos confía sus sueños de justicia e igualdad social, confrontándolos con los ideales del capitalismo, el cual conoce bien. No es casualidad que sea entonces cuando se enfrasca en la lectura de pensadores como Friedrich Hegel, Karl Marx, Elson Simone, Jean Paul Sartre, etc.

A partir de esa época, Şubḥī Mūsà se reúne con un grupo de compañeros de la universidad, de origen humilde como él, que solían sentarse a la orilla del río Nilo para debatir sobre las grandes cuestiones sociales.

Su labor literaria comienza con una pieza teatral interpretada en el Centro Cultural de su pueblo, obra que tuvo escasa aceptación. Después, escribiría un melodrama, también sin éxito, para regresar a la prosa poética. No se resigna al fracaso literario y el autor junto con sus compañeros deciden presentarse ante el director de al-Hay'a al-'Āmma li-l-Quṣūr al-Taḡāfiyya (Institución General de Cultura de los Palacios Reales) para ofrecerle la obra de teatro que habían escrito conjuntamente y que se titulaba *Awrāq al-yād* (Los papeles del abuelo). Finalmente, fue representada con éxito y fue reseñada positivamente en uno de los periódicos de la comarca. Como resultado, Şubḥī Mūsà consigue trabajo como corresponsal en el Centro de Prensa, pero su alegría inicial se ve empañada al descubrir que los escritos no llevaban su firma. Decide, entonces, abandonar el empleo.

Actualmente, en 2022, el escritor reside en El Cairo, donde trabaja como redactor jefe de la Maḡallat al-Taḡāfa al-Ŷadīda (Nueva Revista de Cultura), revista perteneciente a la mencionada al-Hay'a al-'Āmma li-l-Quṣūr al-Taḡāfiyya (Institución General de Cultura de los Palacios Reales)

4.1.2. Entrevista a Şubhī Mūsà

En este apartado, presentamos el contenido de dos entrevistas, una oral y una escrita, realizadas a Şubhī Mūsà como parte del trabajo de investigación efectuado para la elaboración de esta tesis doctoral. La primera se desarrolló mediante una conversación mantenida con el escritor en abril del 2018 en El Cairo. En la segunda, el escritor nos respondió amablemente por escrito a una serie de preguntas que le planteamos acerca de su obra. Con ellas, pretendemos ofrecer una información más personal y directa de su pensamiento. Han sido objeto de un artículo específico publicado en 2018³³⁸.

En primer lugar, incluimos la segunda entrevista (respuesta a una serie de preguntas por escrito). Se ofrece tanto el texto árabe como su traducción.

1- ما هي الكتب التي قرأتها كي تكتب الموريسكي الأخير؟

الجواب:

قرأت العديد من المراجع التي تحدثت عن تاريخ المسلمين في الأندلس بشكل عام، وتاريخ الموريسكيين بشكل خاص، بداية من سقوط غرناطة عام 1492، وقرار التنصير عام 1496، مروراً بثورة الموريسكيين عام 1568 - 1571، وصولاً إلى الطرد ما بين عامي 1609 - 1614، وقرأت عن تاريخ أسبانيا فيما بعد خروج الموريسكيين منها، نظراً لأن خطتي للعمل لم تكن متوقعة عند كارثة طردهم، ولكنها كانت تتخطى ذلك لمعرفة مصائر الموريسكيين بعد الطرد. ومن بين هذه المراجع المستعملة بي ما هو مترجم عن الإسبانية وما هو باللغة العربية، ومن أبرز هذه المراجع:

- تاريخ ثورة الموريسكيين وطردهم من إسبانيا:

- وقائع ثورة الموريسكيين (جزءان). مارمول كارباخال. ترجمة وسام محمد جزر. مراجعة وتقديم جمال عبد الرحمن. المركز القومي للترجم. مصر (1995).

- خوسى مونيوت إي غفيريا. تاريخ ثورة الموريسكيين. ترجمة د. عبد العزيز السعود. (2010).

³³⁸Sánchez Medina. "El escritor Şubhī Mūsà".

- محاكم التفتيش. د. رمسيس عوض. مركز دراسات حقوق الإنسان. القاهرة (2016).
- العمارة الإسلامية في الأندلس (جزءان). باسيليون بابون مالدونادو. ترجمة علي إبراهيم المنوفي. المركز القومي للترجمة. مصر (2010).
- الموريسكيون في الفكر التاريخي. ميغيل أنخيل بونيس إيبارا. ترجمة وسام جزر. مراجعة جمال عبد الرحمن. المركز القومي للترجمة - مصر (2013).
- تاريخ الموريسكيين. حياة ومأساة أقلية. أنطونيو دومنغيث أورتيثبيرنارد فانسون. ترجمة محمد بنياية. مركز كلمة . أبو ظبي -الإمارات (2013).
- دولة الإسلام في الأندلس (7 أجزاء). د. محمد عبد الله عنان. مكتبة الخانجي. مصر. (1997).
- موسوعة تاريخ الأندلس. تاريخ وفكر وحضارة وتراث (جزءان). د. حسين مؤنس مكتبة الثقافة الدينية بالقاهرة. مصر (1996).

2- هل قرأت رواية الحجري؟ وإن كان، أي نشر؟

الجواب:

"للأسف لم أطلع على هذه الرواية، ولم أسمع بها من قبل".

3- لمن يمثل البطل والشخصيات الأخرى في رواية الموريسكي الأخير؟

الجواب:

"بالطبع نحن أمام عمل روائي تاريخي، أي أن الكثير من الشخصيات متخيلة، لكن بعضها خاصة في الخط التاريخي الأول ومن بطون كتب التاريخ، مثل محمد بن أمية ومحمد بن عبو، شخصية عبد الله بن جهور ولكن ابنه محمد فرناندو وغيرهم، فهي شخصيات متخيلة، فضلا عن أن تفاصيل الحياة كلها متخيلة، وأن كانت الوقائع الكبرى مثل الثورات وقرارات التنصير وعملية التهجير كلها وقائع حقيقية، لكن تفاصيل ما جري متخيل ويوميته متخيل.

الخط الثاني هو الانتقال من القرون الوسطى إلى القرون الحديثة، وقد استعنت فيه بشخصيات متخيلة كعائلة آل جهور التي انتقلت من المغرب إلى تونس ثم من تونس إلى مصر، عبر مجموعة من الأجداد على نحو أشبه بأنبياء بني إسرائيل، لكل منهم أسطوره وقد استمر هذا

الخط من الأجداد حتى وصل إلى الحدة وحفيدها مراد في الزمن الحديث. ومن ثم في الخط الثالث أتت راشيل لتدير جماعات الضغط على الحكومة، وتحصل على الامتيازات أو المصالح التي تريدها الأنظمة والمنظمات العالمية، وبالطبع كل شخصيات هذا الخط متخيلة تماما".

4- ما هي طموحاتك وأفكارك عن العلاقات بين إسبانيا وأوروبا والعالم العربي بالخصوص الشرق الأوسط؟

الجواب:

"كان بلاس انفانتي يهدف إلى أهمية أن تكون هناك وحدة بين الشمال والجنوب، الأندلس والمغرب، أو إسبانيا والمغرب، وما أردته هو أن إسبانيا تمثل نقطة التقارب والتجاور الحقيقية للثقافة العربية، وأنها يمكنها أن تكون معبر الثقافة العربية إلى أوروبا، ويمكن من خلالها ترجمة الأدب العربي ونقله إلى العالم، واعتبار إسبانيا جسرا لنقل هذه الثقافة إلى العالم".

1.) ¿Qué libros ha leído para escribir la novela *El último morisco*?

"Leí mucha bibliografía que hablaba sobre la historia de los musulmanes en al-Andalus en general y sobre la historia de los moriscos, concretamente, desde la caída de Granada el año 1492 y el decreto de cristianización del año 1496, la rebelión de los moriscos (1568-1571) y su expulsión (1609-1614). Leí también sobre la historia de España después de salir los moriscos de ella. Mi plan de trabajo no se detenía en la tragedia de su expulsión, sino que iba más allá. Era conocer el destino de los moriscos tras su expulsión.

Entre las referencias bibliográficas que he empleado hay obras traducidas del español y escritas en árabe. Podría destacar las siguientes:

- [CARVAJAL MÁRMOL, Luis del] (KĀRBĀJĀL, Mārmūl, sic). *Waqā' i' tawrat al-mūrīskiyīn* (2 partes)³³⁹. Trad. Wisām Muḥammad Ŷazar. Revisión y presentación (murā'ya'a wa-taqdīm) Ŷamāl 'Abd al-Raḥmān. El Cairo: al-Markaz al-Qawmī li-l-Tarḥama, 1995.

- MŪNIŪT Ī GAFĪRIYĀ, Jūsī. *Tārīj Tawrat al-mūrīskiyīn* (Historia del alzamiento de los moriscos)³⁴⁰. Traducción: 'Abd l-'Azīz al-Sa'ūd (Abdelaziz ASSAOUD). Tánger: Litograf, 2010.

³³⁹ El libro original es (entre otras ediciones que se podrían citar): Mármol Carvajal. *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reyno*, pp. 123-365.

³⁴⁰ El libro original es: Muñoz y Gaviria. *Historia del alzamiento*.

- GAWD, Ramsīs. *Maḥākīm al-taftīš*. Egipto: Markaz Dirāsāt Huqūq al-Insān, 2016.
- BĀBŪN MĀLDŪNĀDŪ, Bāsīliyūn. *Al-‘Imāra al-islāmiyya fī l-Andalus. ‘Imārat al-qusūr* (2 Partes)³⁴¹. Traducción: ‘Alī Ibrāhīm al-Manūfī. Egipto: Al-Markaz al-Qawmī li-l-Tarḡama, 2010.
- BŪNĪS ĪBĀRĀ, Mīgīl Anjīl. *Al-mūrīskiyūn fī l-fikr al-tārījī*³⁴². Traducción: Wisām Ŷazar. Egipto: Al-Markaz al-Qawmī li-l-Tarḡama, 2013.
- DŪMINGĪT ŪRTĪT, Anṭūniyū y FĀNSŪN, Bīrnārd. *Tārīj al-mūrīskiyūn. Ḥayāt wa-ma‘asāt aqaliyya*³⁴³. Traducción: Muḥammad Benyāya. Abū Dabī: Markaz Kalima, 2013.
- ‘ABD ALLĀH ‘ANĀN, Muḥammad. *Dawlat al-islām fī l-Andalus*. (7 partes). Egipto, 1997.
- MU’NIS Ḥusayn. *Mawsū‘at tārīj al-Andalus. Tārīj wa-fikr wa-turāt* (2 partes). Egipto: Maktabat al-Ṭaqāfa al-Dīniyya bi-l-Qāhira, 1996”.

2.) ¿Ha leído el relato *El Kitāb nāṣir al-dīn ‘alā l-qawm al-kāfirīn* de Aḥmad al-Ḥaḡarī?

“Por desgracia, no he leído esta obra y no he oído hablar de ella”.

3.) ¿A quiénes representan el protagonista y los otros personajes en la novela *El último morisco*?

“Naturalmente, estamos ante una novela histórica, es decir, muchos personajes son imaginarios. Muchos de ellos en la línea histórica primera de la narración son reales, están en los libros de historia como Muḥammad ibn Umayya y Muḥammad ibn ‘Abū, ‘Abd Allāh ibn Ŷahwar, sin embargo, el personaje de su hijo, Muḥammad, el de Fernando y otros son imaginarios, así como los detalles de sus vidas. Los grandes acontecimientos, como la revolución, la decisión de cristianizar y la emigración son hechos reales.

La segunda línea de la narración supone el paso de la Edad Media a la época moderna. En ella he empleado personajes imaginarios como la familia Ŷahwar, desplazados desde Marruecos a Túnez, después a Egipto, como profetas de Israel. Todos ellos son legendarios. Se desarrolla este hilo narrativo con los abuelos y llega a lo individual con el personaje de Murad en el tiempo moderno.

³⁴¹ El libro original es: Pavón Maldonado. *Tratado de arquitectura*.

³⁴² El libro original es: Bunes Ibarra. *Los moriscos en el pensamiento*.

³⁴³ El libro original es: Domínguez Ortíz y Vincent. *Historia de los moriscos*.

Después, en la línea temporal tercera viene Raquel, que coordina los grupos de presión sobre el gobierno, reivindicando concesiones e intereses que quieren los regímenes y organizaciones mundiales. Estos personajes son totalmente ficticios”.

4.) ¿Qué anhelos y pensamientos tiene sobre las relaciones entre España y Europa con el Mundo Árabe y, más en concreto, con el Próximo Oriente?

“Blas Infante apunta la importancia de la unidad entre el norte y el sur, al-Andalus y Marruecos, o España y Marruecos. Lo que yo deseo es que España represente el verdadero punto de acercamiento y convergencia de la cultura árabe, y que pueda ser el punto de paso de la cultura árabe hacia Europa, a través del cual se pueda traducir y transmitir la literatura árabe al mundo, y considerar a España un puente para trasladar esta cultura al mundo”.

La segunda entrevista es el resultado de diversas conversaciones desarrolladas en las reuniones con el escritor mantenidas durante la visita a El Cairo en la fecha indicada (abril del 2018). Dichas conversaciones, de carácter más espontáneo y menos estructurado o formal que un formulario, fueron registradas en una grabación. A continuación, se presenta la traducción de lo más relevante para la investigación.

Al-Andalus ha estado siempre presente, desde nuestra infancia. La relacionamos con Palestina, Jerusalén y con la mezquita de al-Aqṣā. Nos habíamos hecho una idea del Magreb árabe, cuyas noticias nos llegaron a través de ‘Uqba b. Nāfi’ y de la fundación del al-Qayrawān. Después, vinieron Mūṣā b. Nuṣayr y Ṭāriq b. Ziyād, quienes narran la conquista de la Península Ibérica, conocida por al-Andalus, y las sucesivas batallas que llevaron a alcanzar las fronteras pirenaicas.

Nos acostumbramos a oír hablar de ‘Abd Raḥmān al-Nāṣir y de al-Mu‘tamid b. ‘Abbād, Ibn al-Jaṭīb, Ibn Zaydūn y Wallāda bint al-Mustakfi y relacionamos al-Andalus con Ibn Ruṣd, Ibn ‘Arabī y con el imán Ibn Ḥazm.

al-Andalus nos parecía de una belleza sumamente extraordinaria, tanto desde el punto de vista geográfico, como cultural y político. Allí estuvo el paraíso perdido que deseábamos alcanzar, un modelo de gestión política y social que recuperar y donde mirarnos como colectivo social.

Nos preguntamos qué podía haber sucedido para que tan grandiosa civilización se hundiera, la de Al Andalus, pero ninguno se hacía la pregunta más importante: ¿qué fue de aquellas gentes tras su expulsión?, ¿cuál fue su destino en los lugares donde se asentaron? Tal vez fue así porque El Cairo nunca tuvo contacto directo con al-Andalus y no fue el lugar a donde se dirigieron tras dejar atrás la orilla norte del Mediterráneo, al menos en un primer momento. El término morisco, por tanto, parecía nuevo a oídos de los egipcios. Lo habían escuchado, pero no lo reconocían como propio.

La novela tuvo una gran aceptación entre el público egipcio, no sólo por narrar la historia en forma de novela, también por las conexiones que entrelazan pasado y presente y por poner sobre la mesa el destino de aquellas minorías bajo el poder de un estado de fundamentos religiosos. Hizo visible qué le había sucedido a la gente de al-Andalus bajo la tenaza de la Iglesia Católica.

Durante muchos años, estas cuestiones fueron mi primera preocupación. Busqué respuestas pacientemente, sin que este fuera un asunto prioritario para mí. Y así quedó reflejado en las obras anteriores a *Al-mūrīskī l-ajīr*, pero el tema iba tomando fuerza en mi interior. Estas ideas me llevaron a reflexionar sobre la época moderna. Realicé entonces un estudio de los *memorandum* de Usāma b. Lādin (Osama Bin Laden), en el que hablé de la lucha política en nombre de la religión, lo que se conoce como ‘grupos de salida’, tanto en el pasado como en el presente: chiitas, sunitas o los *jawāriy* (jariyies). Explico que la formación de estas organizaciones terroristas recientes es el germen de los Hermanos Musulmanes que surgieron en la década de los 70, como es el caso del grupo al-Takfir wa-l-Hiḡra (El anatema y el exilio) o el movimiento al-Ŷihād al-Islāmī (El yihad islámico) palestino, entre otros. Estas organizaciones serían la base sobre la que posteriormente se constituyó la organización al-Qā’ida (Al Qaeda). En ella confluyen los *muḡāhidīn*, combatientes yihadistas, venidos de todos los países árabes para luchar contra los rusos, considerados no creyentes, en Afganistán.

Este grupo recibió apoyo y ayudas económicas de los países árabes, pero también de organizaciones musulmanas de todo el mundo. Sin embargo, tras la caída de la Unión Soviética, surgió la pregunta de cuál sería el destino de los *muḡāhidīn* (combatientes). Aquellos grupos se habían acostumbrado a llevar consigo armas y utilizarlas, por lo que no eran bien considerados en sus países de origen. Es por todo ello que sufrieron una crisis de identidad personal y rechazaron lo que representaban los Estados Unidos de Norteamérica, aversión que se escenificó tanto en la guerra del Golfo, como en las explosiones en la embajada americana o la posterior caída de los dos grandes colosos del comercio mundial: las Torres Gemelas.

Previamente a estos acontecimientos, muchas de estas fuerzas armadas, y con ellas su manera de pensar y actuar, habían regresado a sus países de origen. Ya en su tierra, buscaron implementar sus ideas políticas y, como fruto de ello, surgieron pequeños emiratos en pueblos aislados y en territorios de montaña, lo que posteriormente ocasionó la expansión fundamentalista en muchos países árabes.

En Argelia, a principios de los noventa, llegó al poder la organización civil ‘Abbās (Abbas) y, de no ser por la intervención del ejército, Argelia se habría convertido en el primer emirato islámico de la era moderna. De forma paralela, hubo enfrentamientos entre la policía egipcia y un buen número de organizaciones religiosas. Finalmente, todo terminó con declaraciones de arrepentimiento. Pero todo esto fue una solución política precaria, un alivio transitorio que permitiría que en las calles de los países en vías de desarrollo se expandiera la corriente religiosa a cambio de que las clases dirigentes permanecieran en el poder. En el caso de Egipto, el presidente Ḥusnī Mubārak (Hosni Mubarak).

Posteriormente y en el marco evolutivo de este proceso, los ‘islamistas’ fueron los más votados en los diferentes comicios y alcanzaron el poder tras las caídas de Ḥusnī Mubārak en Egipto, Zayn al-‘Ābidīn b. ‘Alī (Zine El Abidine Ben Ali) en Túnez, Mu‘ammar al-Qaḡḡdāfī (Muamar el Gadafi) en Libia, etc.

Se podría decir que el enfrentamiento entre el sistema y las filas islamistas, en sus diferentes variantes, aún sigue vivo en Siria y en la imperecedera lucha entre sunitas y chiitas, con mayor fuerza ahora en Iraq y Yemen. En el caso de Marruecos, se logró un acuerdo que permitió el acceso al gobierno de los Hermanos Musulmanes. Es de desear que la situación no se prolongue mucho más en el tiempo, pues los islamistas no son un órgano civil y su deseo de conquistar el poder y controlar la sociedad civil parece no tener límites.

Considero *Al-mūrīskī l-ajīr* una voz que reconoce a los moriscos de al-Andalus, pero también una llamada de advertencia contra los gobiernos que se cimientan sobre una base religiosa. Es la única manera de evitar que no hagan de todos nosotros unos nuevos *moriscos*.

Estamos obligados a recuperar nuestra identidad como pueblo y nuestra dignidad como seres humanos, como personas que viven en el siglo XXI y no en la Edad Media del calendario gregoriano. En mi opinión, debería ser la dignidad como seres humanos la que deberíamos alcanzar, la identidad cultural sin ramificaciones religiosas o geográficas, ya sean árabes, islámicas o de cualquier otro tipo. Hasta ahora, todas estas divisiones geográficas, de clanes o religiosas han acarreado los mismos problemas que ya hubo en la Edad Media y las luchas internas que no presentan soluciones racionales a los problemas a los que nos enfrentamos hoy. No suponen respeto ni aceptación del otro.

4.2. Producción de Şubhī Mūsà

4.2.1. Panorámica de las obras de Şubhī Mūsà

En su trayectoria literaria, Şubhī Mūsà ha publicado cinco divanes de poesía, tres de ellos, los primeros, en la Institución General de Cultura de los Palacios Reales, mientras que los dos últimos lo fueron en la editorial Dār al-Naşr:

- *Yurafriḡu bi-ŷānibi-hā waḡda-hu* (Ondea a su lado y solo), 1998.
- *Qaşā'id al-gurfa al-muglaqa* (Qasidas de la habitación cerrada), 2001.
- *Hānībāl* (Hanibal), 2002.
- *Li-hadā arḡalu* (Por eso me voy), 2006.
- *Fī wadā' al-ḡubb* (Despidiendo al amor), 2010.

Asimismo, ha publicado siete obras de narrativa:

- Su primera novela es *Şamt al-kahana* (El silencio de los sacerdotes), publicada en la Institución General de los Palacios Reales en 2002 y una segunda edición en Dār al-Samā, 2014.
- *Ḥamāma bayḡā'* (Una paloma blanca) publicada en la editorial Mīrīt el año 2005 y una segunda edición en 2016.
- *Al-Mu'allif* (El escritor).
- *Asātīr rayul al-tulātā'* (Leyendas del hombre del martes), publicada por la Institución General de los Palacios Reales, 2013. Con ella obtuvo el premio al mejor trabajo literario del Festival Internacional del Cairo, 2014; ha sido reimpresa en su cuarta edición el año 2021.
- *Al-mūrīskī l-ajīr* (El último morisco) publicado en El Cairo: Dār al-Miṡriyya al-Lubnāniyya, 2015.
- *Nuqtat niḡām* (Punto de regla) publicado en Dār al-Miṡriyya al-Lubnāniyya en 2017. Con esta novela consigue Şubhī Mūsà el premio Naŷīb Maḡfūz (Naguib Mahfuz) de la Institución General de Cultura de los Palacios Reales.

- *Ṣalāt jāṣṣa* (Oración especial), obra publicada por la Institución General de Cultura de los Palacios Reales en 2019.

Además, en el año 1994 escribió un ensayo en el campo de las Ciencias Sociales, que fue premiado con una beca de especialización del Ministerio de Cultura, con una duración de tres años. Durante este tiempo compuso su novela *Asātīr rayūl al-tulāṭā'* (Leyendas del hombre del martes), con la que logró el premio al mejor trabajo literario en la Feria Internacional del Libro Egipcio, en 2014. Después, obtuvo una donación del Fondo Árabe para las Artes y la Cultura por su libro *Al-mūrīskī l-ajīr*, relato que logró entrar en la lista “Amplios Horizontes” del premio Šayj Zayd. Además, ha trabajado en los más prestigiosos periódicos árabes, entre ellos *Al-Qabas* y *al-Ḥayāt al-Lunduniyya*, y ha sido director del Organismo General de Edición de los Palacios Reales de Egipto.

La obra de Ṣubḥī Mūsà hay que contextualizarla en el marco del género de la novela histórica que tiene cabida en la literatura árabe moderna.

4.2.2. La novela *Al-mūrīskī l-ajīr* de Ṣubḥī Mūsà

4.2.2.1. Forma: estructura y análisis literario

La novela consta de doscientas noventa y tres páginas distribuidas en un total de cuarenta y dos capítulos numerados que no llevan título. Su extensión es de una media de siete páginas por cada capítulo, siendo el diecinueve el más extenso con trece páginas. Los párrafos son bastante amplios, a veces inexistentes y con apenas signos de puntuación, siendo esta una característica de la narrativa árabe moderna.

La novela está narrada en primera persona a través del personaje Muhammad ben Yahwar (Muḥammad b. ‘Abd Allāh Ibn Ŷahwar (Abdullah), quien es el narrador omnisciente de las dos historias paralelas de esta novela histórica, el relato de la historia moderna, ambientado en el año 2011 cuando se produjeron las primeras manifestaciones de la Primavera Árabe en la Plaza de la Liberación de El Cairo, y el relato antiguo que se sitúa en el ambiente morisco granadino que precede a la revuelta de las Alpujarras. A partir de ahí, se van sucediendo los hechos cronológicamente hilvanados de forma imaginaria por el autor.

En la novela *Al-mūrīskī l-ajīr* de Ṣubhī Mūsà se aprecian las características estudiadas de la novela moderna contemporánea árabe de este siglo XXI.

Ṣubhī Mūsà recurre a la técnica del *flashback* o analepsis, que sucede cuando la trama vuelve de pronto al pasado y la del *flashforward* o prolepsis, cuando la trama viaja repentinamente al futuro. Como ya dijimos, ambos recursos son empleados por gran parte de los novelistas árabes en la actualidad.

El tiempo en la novela se presenta como una especie de universo mental que permite visualizar el pasado y el futuro desde el presente de forma no lineal ni cronológica.

La narración moderna presenta un cambio incesante de lugares y períodos de tiempo para lo cual el escritor emplea una yuxtaposición de técnicas narrativas como el discurso o monólogo interior consciente. La novela se desarrolla en primera y en tercera persona simultáneamente y en los tres tiempos verbales.

Asimismo, encontramos en su obra que los sueños pesadillas y alucinaciones atraviesan las distintas temporalidades, permitiendo así el escritor que se cree una atmósfera temporal amplia donde tienen cabida todas las acciones temporales y en la que entran a formar parte tanto el presente, como el pasado o el tiempo hipotético.

El estilo de la novela es sencillo y muy dinámico donde predomina la acción sobre la descripción.

Básicamente, *Al-mūrīskī l-ajīr* es una novela histórica cuya narración se desarrolla entre dos tiempos paralelos:

De una parte, hay un hilo histórico que se corresponde con la época contemporánea y tiene como protagonista a un joven llamado Murad, egipcio y descendiente de moriscos que reside en El Cairo. De su familia, que ha vivido en la urbe durante más de doscientos años, solo quedan él y su abuela. Murad es descendiente del último de los moriscos de al-Andalus y quiere recuperar su derecho de *waqf*³⁴⁴ o legado piadoso, que le dejó su abuelo. Este es uno de los mayores aciertos de la novela en su fundamentación histórica ya que es un argumento sólido y totalmente plausible desde el punto de vista social, económico

³⁴⁴También llamado en el Magreb *habis* o *habiz*, es una donación religiosa inalienable en el islam, suele ser un edificio o tierras ofrecidas por una persona a religiosos musulmanes o para obras de utilidad pública o caritativa.

y jurídico. El *waqf* (plural *awqāf*) es una institución que consiste en el legado de un bien mueble o inmueble por motivo piadoso en beneficio público o de la propia familia. El bien instituido como *waqf* pasa a ser inalienable y el beneficiario solo recibe el usufructo y no lo puede vender por lo tanto ni él ni sus descendientes eternamente, “hasta que Dios herede la tierra. En al-Andalus y el Occidente islámico se llaman *hubus* o *ḥabīs*, de donde deriva el arabismo ‘habiz’ y ‘habices’³⁴⁵. Por lo tanto, es completamente factible que el protagonista de la novela sea beneficiario de un habiz familiar³⁴⁶ desde generaciones, habida cuenta de que tras la conquista final de Granada en 1492, los *aḥbās* se mantuvieron (incluso con su misma denominación como muestra el arabismo ‘habices’)³⁴⁷. Para mayor historicidad, resulta que en las Alpujarras la presencia de los habices entre los moriscos estuvo plenamente vigente y contamos con abundante y rigurosa documentación sobre los mismos gracias al inventario y descripción que los cristianos hicieron de esos bienes que estaban adscritos a las mezquitas u otros fines públicos o privados como el rescate de cautivos³⁴⁸ mediante los llamados “libros de habices”³⁴⁹. De hecho, son muy numerosas las mezquitas, rábitas y zagüías en las Alpujarras que se han documentado tras la conquista de 1492³⁵⁰.

De esta manera, el hilo argumental tiene un fuerte realismo basado en la historia y cultura del islam andalusí y en los fundamentos del derecho islámico que se mantienen hasta la actualidad, es decir: “herencia islámica e identidad morisca”³⁵¹.

Esta parte de la novela está relatada en tercera persona, lo que en literatura se conoce como narrador ausente o narrador omnisciente o extradiegético. Arranca con el estallido de la revolución del 25 de enero del 2011 en Egipto y la salida a la calle de la población,

³⁴⁵Véase Carballeira Debasa. *Legados píos*; García Sanjuán. *Hasta que Dios*; Carballeira Debasa.

“Aproximación a las donaciones”, pp. 385-406.

³⁴⁶Carballeira Debasa. “Poverty and charity”, pp. 221-232; Carballeira Debasa. “The role of endowments”, pp. 109-121.

³⁴⁷Carballeira Debasa. “From *Aḥbās*”, pp. 189-204.

³⁴⁸Como las rentas de los habices de las Alpujarras y el Valle de Lecrín destinadas al rescate de cautivos: Bernardo. “La frontera granadina”, 149 ss.

³⁴⁹El más reciente de estos libros de habices es: Carballeira Debasa. *Libro de los habices*. Véase la reseña de Cano-Carrillo en *eHumanista Ivitra*, 16 (2019), pp. 271-272, Rodríguez-Gómez en *MEAH-AI*, 69 (2020), pp. 392-394, Torres-Castillo en *Anaquele de Estudios Árabes*, 32 (2021), pp. 317-319 y Santos en *Al-Andalus-Magreb*, 30 (2023), en prensa.

³⁵⁰Padilla Mellado. “Los centros religiosos”.

³⁵¹Carballeira Debasa. “Islamic Heritage; Carballeira Debasa. “De nazaries a moriscas”, pp. 287-302.

que llena las plazas. Proceso que es mucho más intenso y visible en la plaza de la Liberación de El Cairo.

La segunda línea narrativa, dando un paso atrás en el tiempo, gira en torno a lo que sucedió a los moriscos en al-Andalus una vez rota la promesa de respetar sus costumbres y derechos, y el maltrato al que después fueron sometidos. Asimismo, relata el comienzo y las causas de la Rebelión de las Alpujarras. En este caso, el relato está en boca del narrador, que es Muḥammad b. ‘Abd Allāh Ibn Ŷahwar (Abdullah). Más cercano en el tiempo y en el marco de las revueltas, describe toda la energía que su padre había insuflado para encender la primera llama de la revolución en un intento de recuperar los derechos y bienes perdidos. Abdullah era descendiente de la familia Banū Ŷahwar de al-Andalus.

A pesar de la complejidad del relato, el lector se habitúa pronto al mismo. Murad explica la situación del morisco en la época moderna y, al mismo tiempo, cuenta la historia de sus abuelos y los motivos que los trajeron a Egipto. Aprovecha el escritor para mostrar el árbol genealógico de los moriscos, un sinfín de personajes que en ocasiones complica que el lector pueda seguir el hilo narrativo. Mientras tanto, Abdullah, que aparece como espíritu, relata los hechos de una forma encadenada y natural hasta el final de la historia.

Al terminar el relato, el lector descubre que Murad continúa la labor que dejó sin terminar su ancestro y que la historia se muestra como un continuo hasta alcanzar el lugar que los moriscos ocupan en el mundo actual.

4.2.2.1.1. El relato de Muḥammad b. ‘Abd Allāh Ibn Ŷahwar (Abdullah)

Comienza con la dramática escena de la muerte de Muhya o María, hermana de Abdullah, y el intento de su padre de vengarse de los que la han humillado y asesinado. Sin embargo, no alcanza a cumplir su venganza. Posteriormente, por sus creencias, es azotado y condenado a la crucifixión por el tribunal de la Inquisición.

Aisha, su esposa e hija de una noble familia, pagará con su honor la ‘culpa’ de su marido. Pues, antes de ser apresada por los oficiales de la Inquisición, es obligada a tener un encuentro carnal con el sacerdote Emmanuel que le permite la huida. Desaparece Aisha no sin dejar un mensaje a su esposo: ‘Tu existencia es vida para los que han muerto y tu muerte es vida para los criminales’. Su cadáver será encontrado días más tarde en un

pueblo lejano, junto al río. Como consecuencia de tan grave humillación, Abdullah permanecerá aislado en un rincón de su casa, sin salir y con el sustento justo para sobrevivir. Su situación va empeorando hasta que, cierto día, su sobrino Fernando se enfrenta a él y le pide que reaccione antes de morir humillado, esclavizado y maltratado. Finalmente, determina cambiar. En primer lugar, aleja a su hijo del conflicto enviándolo a casa de su tío Badith, en Toledo, para que aprenda con él el arte de la escritura, la arquitectura y a restaurar cementerios e iglesias. De esta manera consigue ocultarlo antes de pasar a la acción.

Allí permanecerá el hijo de Abdullah, Muḥammad Ben Umeyya, durante un tiempo y disfrutará de una vida estable. Muhammad está pensando en casarse cuando, de pronto, le llega la noticia de que su padre ha muerto de forma repentina. Durante cinco noches, quizá a causa del duro impacto recibido, sueña que su padre enfermo le habla en sueños. Decide entonces salir de Toledo y regresar a las Alpujarras para luchar junto a su pueblo y, aunque su tío Badith se resiste a dejarlo marchar, finalmente no tiene más remedio que permitirlo.

Durante el trayecto se le aparece el espíritu de su padre que le guiará por caminos seguros mientras le va narrando la historia de sus ancestros en al-Andalus. El escritor aporta en este momento datos de la historia y va entrelazando ambas historias.

Cuando llega a las Alpujarras, Muhammad es designado por el líder de la revolución como escribiente suyo en agradecimiento a la persona de su padre. En este momento el relato realiza un giro narrativo ciertamente ‘provocador’, duro, que se mantendrá hasta que los moriscos son expulsados de al-Andalus.

4.2.2.1.2. El relato de Murad

En la novela, Murad representa al descendiente del último morisco de al-Andalus (de aquí el título de la novela: *Al-mūrīskī l-ajīr* (El último morisco). Aunque con una apariencia moderna, el relato habla de la historia de los moriscos tras su expulsión hasta la actualidad.

Murad es un joven que vive con su abuela, Yānā Hānim, en una antigua casa del centro de El Cairo. Su vida transcurre de manera sencilla, entre su trabajo como dibujante en un

periódico y la Casa del Libro Egipcia, donde busca el *waqf* o testamento de la familia y del pabellón marroquí.

En la narración, junto a la abuela, aparecen otros personajes, como su prima Raquel, con la que intercambia mensajes por correo electrónico, y un erudito oficial de las Fuerzas de Seguridad del Estado, que aparece y desaparece como si se tratara de un fantasma. Este episodio, al contrario del dedicado a Abdullah, narra muy pocos sucesos y tampoco da detalles sobre el personaje. Sin embargo, el tiempo transcurre muy deprisa y los acontecimientos se suceden de forma instantánea, como si se tratara de titulares periodísticos.

La historia comienza con la revolución del 25 de enero del 2011 y se mueve por la etapa de gobierno de los Hermanos Musulmanes, hasta el final de su mandato. Durante el relato emergen muchos recuerdos e historias sobre la familia y su árbol genealógico, datos que aportan su abuela Ŷanà Hānim y el ‘dudoso’ oficial.

4.2.2.1.3. Críticas a la novela

Entre las críticas que ha recibido la novela, destacan las que se le han hecho en el ámbito árabe-islámico por el hecho de que el protagonista del relato moderno, Murad, se siente orgulloso de ser morisco y no se define como musulmán o cristiano.

Por otro lado, la crítica literaria también realiza otras objeciones a la novela. La primera de ellas es que, al morir, el protagonista de la novela (Muḥammad b. ‘Abd Allāh Ibn Ŷahwar (Abdullah), este es tratado como una divinidad que toma el nombre de ‘ojo protector’. Este se transforma en un espíritu que orienta y guía a la familia, como si se tratara de un visionario del futuro, con las consiguientes connotaciones esotéricas.

La segunda crítica importante que se le hace es que el ‘ojo protector’, en esencia, se muestra como una especie de patriarca sacralizado al que no se le puede contrariar pues, se enfada y envía castigos al que se desvía del buen camino. Por su lado, la familia acepta sus consejos sin ningún tipo de objeción, como si todo estuviera ya predestinado.

Por otro lado, también se ha valorado positivamente el planteamiento general de la novela por el que la narración une meta-literatura, visión histórica y vuelta al pasado para considerar un presente desde el conflicto de la Primavera Árabe, de manera que

“lleva al lector por mundos emotivos; une el pasado legendario henchido de pena con el excepcional presente cargado de esperanza” según indica la propia contraportada de la novela³⁵².

4.2.2.2. Contenido: temas, personajes

4.2.2.2.1. Fuentes de la novela

El escritor nos ha facilitado una lista de obras en lengua árabe que tratan sobre los moriscos y que leyó antes de escribir *Al-mūrīskī l-ajīr* con la finalidad de documentar aquella etapa histórica junto con las fuentes principales que recogemos en la entrevista realizada a él³⁵³. En este caso, la lista recoge actas de congresos, a uno de los cuales el autor asistió, en concreto, al Primer Congreso de Moriscos celebrado en Tánger (Marruecos) el año 2014 por la Mu’assasat *Dākīrat al-Andalusiyyīn* (Fundación Memoria de los Andalusíes). Según nos ha informado el escritor, la fuente histórica principal en la que se basa la obra *Al-mūrīskī l-ajīr* es la de Luis del Mármol Carvajal traducida al árabe por Wisām Muḥammad Ŷazar (ver a continuación los datos de edición) y que consta de dos volúmenes, los cuales nos cedió para su consulta. También ha sido traducida la obra por Jaafar Benelhaj Soulami³⁵⁴.

En conjunto, la lista de obras que el escritor declara que ha utilizado para documentarse es la siguiente:

- AL-BAKRĪ, Abū ‘Ubayd. *Al-Magrib fī dīkr bilād Ifrīqiyā wa-l-Magrib wa-huwa ŷuz’ min kitāb al-Masālik wa-l-mamālik*. [Ed. Mac Guckin de Slane. El Cairo: Dār al-Kitāb al-Islāmī, s. d. (es reimpresión -sin indicarlo- de la ed. Mac Guckin de Slane, 1857).

-AL-MUBĀRAK, Hānī y ŠAWQĪ, Abū Jalīl. *Dawr al-ḥadāra al-‘arabiyya al-islāmiyya fī l-Nahḍa al-ūrūbiyya*. Beirut: Dār al-Fīkr al-Mu‘āšir, 1996.

-AL-MUNTAŠIR AL-KATTĀNĪ, ‘Alī. *Inbi‘āt al-islām fī l-Andalus*. Beirut: Dār al-Kutub al-‘Ilmiyya, 1971.

³⁵²Citada por Martínez Lillo. “Aláandalus (morisca)”, 132.

³⁵³Véase *supra*, apartado 4.2.1. Entrevista a Šubḥī Mūsà.

³⁵⁴

-AL-SARŶĀNĪ, Rāgib. *Qiṣṣat al-Andalus min al-fath ilà l-suqūt*. El Cairo: Markaz al-Islām li-l-Taḥhīz, 2011.

-AL-SARŶĀNĪ, Rāgib. *Qiṣṣat al-ḥurūb al-ṣalībiyya min al-bidāya ḥatta 'ahd 'Imād al-Dīn zankī*. El Cairo: Mu'assasat Iqrā' li-l-Naṣr wa-l-Tawzī' wa-l-Tarḡama, Dār al-Kutub wa-l-Waṭā'iq al-Qawmiyya, 2008.

-AL-SARŶĀNĪ, Rāgib. *Mādā qaddama al-muslimūn li-l-'ālam*. El Cairo: Dār al-Kutub wa-l-Waṭā'iq al-Qawmiyya, 2009.

-ARKŪN, Muḥammad. *Al-'almana wa-l-dīn. Al-islām, al-masīḥiyya, al-Garb*. Buḥūt iḡtimā'iyya, 4. Londres: Dār al-sāqī, 1996.

-A'RĀB, Ibrāhīm. *Al-islām al-siyāsī wa-l-ḥadāṭa*. Casablanca: Afrīqiyyā al-Šarq, 2000.

-AWAD, Louis. *Tawrat al-fikr fī 'aṣr al-naḥḍa al-ūrūbiyya*. El Cairo: Markaz al-Ahrām li-l- Tarḡama wa-l-Naṣr, 1987.

-AWĀṬIF, Muḥammad y NAWWĀB, Yūsuf. *Al-riḥlāt al-magribiyya wa-l-andalusiyya. Maṣdar min maṣādir tārīj al-Ḥiḡāz fī l-qarnayn al-sābi' wa-l-tāmin al-ḡiḡriyyayn. Dirāsa taḥlīliyya muqārana*. Riad: Maktaba al-Malik Fahd al-Waṭaniyya, 1996.

-BĀBŪN MĀLDŪNĀDŪ, Bāsīliyūn. *Al-'Imāra al-islāmiyya fī l-Andalus. 'Imārat al-quṣūr* (2 Partes)³⁵⁵. Traducción: 'Alī Ibrāhīm al-Manūfī. Egipto: Al-Markaz al-Qawmī li-l-Tarḡama, 2010.

-BADAWĪ, 'Abd l-Raḥmān. *Falsafat al-ḡaq wa-l-qānn wa-l-siyāsa 'inda Ḥiḡil*. Beirut: Dār al-Šurūq, 1996.

-BŪNĪS ĪBĀRĀ, Mīḡil Anjīl. *Al-mūrīskiyūn fī l-fikr al-tārījī*³⁵⁶. Traducción: Wisām Ŷazar. Egipto: Al-Markaz al-Qawmī li-l-Tarḡama, 2013.

-CARDAILLAC, Louis. *Al-mūrīskiyūn al-Andalusiyyūn wa-l-masīḡiyyūn. Al-muḡābaha al-ḡadaliyya (1640-1492)*. Túnez: Maṭba'a al-Ittiḡād al-'Ām al-Tūnisī, 1983.

³⁵⁵El libro original es: Pavón Madonado. *Tratado de arquitectura*.

³⁵⁶El libro original es: Bunes Ibarra. *Los moriscos en el pensamiento*.

- DŪMINGĪT ŪRTĪT, Antūniyū y FĀNSŪN, Bīrnārd. *Tārīj al-mūrīskiyīn. Ḥayāt wa-ma'asāt aqaliyya*³⁵⁷. Traducción: Muḥammad Benyāya. Abū Dabi: Markaz Kalima, 2013.
- GAWD, Ramsīs. *Mahākīm al-taftīš*. Egipto: Markaz Dirāsāt Huqūq al-Insān, 2016.
- HIŠĀM, Abū Rašilih. *'Alāqāt al-muwahḥidīn bi-l-mamālik al-naṣrāniyya wa-l-duwal al-islāmiyya fī l-andalus*. Ammán: Dār al-Furqān li l-Našr wa-l-Tawzī', 1984.
- QAŠTĪLYŪ, Muḥammad. *Ḥayāt al-mūrīskūs al-ajīra bi-Isbāniyā wa-dawru-hum jāriyī-hā*. Tetuán: Muntadayāt Ahl al-Ḥadīth fī Tiṭwān, 2001.
- QAŠTĪLYŪ, Muḥammad. *Miḥnat al-mūrīskus fī Isbāniyā. Hadiyyat ijwāni-kum fī muntadayāt ahl al-ḥadīth fī Tiṭwān*. Tetuán: 1999.
- LUQBĀL, Mūsà. *Al-Magrib al-islāmī*. Argelia: al-Šarika al-Waṭaniyya li-l-Našr wa-l-Tawzī'i, 1981.
- [MÁRMOL CARVAJAL, Luis del] (KĀRBĀJĀL, Mārmūl (*sic*)). *Waqā'i' tawrat al-mūrīskiyīn*. Trad. Wisām Muḥammad Ŷazar. Revisión y presentación (murāya'a wa-taqdīm) Ŷamāl 'Abd al-Raḥmān. El Cairo: al-Markaz al-Qawmī li-l-Tarŷama, 2012. 2 vols. 1196 (640+552) p. La primera edición se publicó en 1994 (vol. 1) y 1995 (vol. 2).
- MU'NIS Ḥusayn. *Mawsū'at tārīj al-Andalus. Tārīj wa-fīkr wa-turāt* (2 partes). Egipto: Maktabat al-Taqāfa al-Dīniyya bi-l-Qāhira, 1996".
- MŪNIŪT Ī GAFĪRIYĀ, Jūsī. *Tārīj Tawrat al-mūrīskiyīn* (Historia del alzamiento de los moriscos)³⁵⁸. Traducción: 'Abd l-'Azīz al-Sa'ūd (Abdelaziz ASSAOU). Tánger: Litograf, 2010.
- RĀ'IF, Aḥmad. ...*Wa tadakkarū min al-Andalus. Al-ibāda*. Waraqa Taqāfiyya, 6. El Cairo: Diwān al-Maṭbū'āt al-Ŷāmi'iyya, 1987.
- SA'ĪD BAŠTĀWĪ, 'Ādil. *al-Andalusiyūn al-muwāraka*. El Cairo: International Press, 1981.

³⁵⁷El libro original es: Domínguez Ortíz y Vincent. *Historia de los moriscos*.

³⁵⁸El libro original es: Muñoz y Gaviria. *Historia del alzamiento*[s.n.], 1861.

-ṬĀHĀ AL-ḤĀYARĪ, Muḥammad. *Marḥalat al-tašī' fī l-Magrib al-'arabī wa aṭaru-hā fī l-ḥayāt al-dīniyya*. El Cairo: Dār al-Našr al-Miṣriyya, 1983.

4.2.2.2. Temas y estructura

A modo de resumen, la historia antigua de los moriscos (es decir, la que corresponde a los siglos XVI-XVII) en la novela se presenta en las siguientes fases:

- Las revueltas o rebelión.
- La construcción del Estado.
- La derrota.
- La dispersión y expulsión final.

Según Ṣubḥī Mūsà, estas cuatro fases hacen referencia al presente de la etapa antigua (es decir, al siglo XVI-XVII).

En cuanto al pasado de esta etapa, aglutina los hechos que le sucedieron a 'Abd Allāh Ibn Ŷahwar (Abdullah), tras la rebelión liderada por su padre e incitada por su madre. Esta, acompañada por sus criados y sirvientes, salió por las calles pidiendo ayuda a todos los musulmanes para liberar al-Andalus. No sin esfuerzo, lograron controlar el barrio amurallado del Albaicín y expulsar al ejército cristiano.

Seguidamente decidieron entrar en la ciudad de Granada. Pero, una vez dentro, fueron traicionados por uno de los sacerdotes que les había garantizado inmunidad. En respuesta a esta contrariedad, las tropas rebeldes bajaron desde el recinto amurallado y consiguieron mantener la paz, que se prolongará durante una semana. Pero entonces, los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, que habían venido de Castilla pertrechados con un numeroso ejército, tomaron la ciudadela del Albaicín, doblegaron a los cabecillas de la rebelión y los obligaron a huir de Granada.

Esta fue la primera expulsión y con ella llegó la obligación generalizada de cristianizar a la población musulmana. Nace entonces el término morisco, que procede del vocablo moro, y es entonces cuando se gestan los precedentes de la Rebelión de las Alpujarras.

Según el escritor, existe también un tiempo más lejano en el tiempo que se corresponde con la llegada de los árabes a al-Andalus, desde la orilla sur del Mediterráneo, a la creación de un estado fuerte y sólido (emirato/califato) y al desarrollo de una gran Cultura. Pero aquí también tendrían cabida las luchas entre taifas, que terminarían con el debilitamiento de los reinos y la *'nahda'* o renacimiento de los cristianos, el fortalecimiento de los ejércitos del norte y la posterior expulsión de los árabes.

En todo momento, el escritor subraya que el estado de los Banū Ŷahwar, se formó tras una serie de revueltas contra el califa Ḥiṣām II al-Mu'ayyad y contra los bereberes. En la novela, el reino de los Banū Ŷahwar representa al de los ancestros de 'Abd Allāh Ibn Ŷahwar (Abdullah), que es el 'ojo protector' de la familia que instauraba en las Alpujarras un estado que duraría tres años. Este pasado representa al que se corresponde con la época de al-Andalus, los sucesos del Albaicín y la decisión de la jerarquía castellana de obligar a cristianizar.

La etapa moderna en la novela empieza en la actualidad del siglo XXI, concretamente en 2011, en la Plaza de la Liberación de El Cairo. En ese momento, bajo la amenaza de un ejército de aviones, que vuelan sobre el pueblo haciendo estallar hasta los cristales de los edificios, el protagonista, que se identifica como morisco, tiene que tomar una importante decisión, que es la de ser valiente y salir a la calle a manifestarse.

Esta etapa comienza el 25 de enero de 2011, cuando el protagonista en la etapa moderna del relato, Murad, analiza la forma del Estado y narra con detalle los acontecimientos que están sucediendo. Nos habla también de la correspondencia electrónica que mantiene con una prima, Raquel, que repentinamente ha aparecido en Facebook. Ella, que es española y tiene nombre judío, viaja a Egipto para instalarse y abrir una agencia de noticias. Ambos empiezan a indagar en el mundo de sus antepasados y se dan cita para participar en un congreso sobre moriscos que les permita reconocer su identidad vital. Esta es la acción en presente de la época moderna.

En el relato, el tiempo pasado de la etapa moderna se sitúa en el momento de las primeras manifestaciones en la Plaza de la Liberación en El Cairo. Murad no se siente representado con ese momento histórico pretérito, no siente ningún vínculo hacia él, pues se siente presionado por un alto y corrupto cargo del Estado que le obliga a falsificar cuadros.

En su casa, las peleas entre los moriscos que allí conviven se suceden continuamente y provocan que, uno tras otro, vayan desapareciendo de la escena, hasta quedar solamente su abuela y él.

El pasado en el relato moderno se desarrolla con la llegada a Egipto de los moriscos. En la novela se narra cómo huyeron de al-Andalus y su éxodo hacia Marruecos y Túnez, donde, pese a que hicieron florecer la cultura en estas tierras de adopción, fueron maltratados y vilipendiados. En la Península Ibérica los habían acusado de no ser cristianos, fueron atacados y muchos ajusticiados por ello y, finalmente, expulsados de su hogar. Del mismo modo, en Marruecos dudaron de su integridad y de que su fe fuera sincera. En definitiva, la duda recae siempre sobre ellos. Algunos decidieron huir a Egipto, donde fueron bien recibidos, sin importar su procedencia. Esto se debe -explica Ṣubḥī Mūsà- a la idiosincrasia rural del pueblo egipcio, al espíritu del desierto que los hace ser ciudadanos del mundo. Nadie los señala allí, al contrario de lo que ocurrió en Marruecos o Túnez. De entre todos ellos, solo eran diferenciados aquellos moriscos que profesaban la rama sufi. Este pasado finaliza con la caída de los Hermanos Musulmanes.

En la novela, este momento coincide con la llegada de los abuelos de Murad a la capital en un complicado juego de situaciones. Ahora, en boca de un historiador y de un oficial de policía, se narra la historia de España, desde la monarquía a la dictadura de Franco, pasando por la II República. Se describe la figura del dictador y su papel en Europa, un escenario trágico al que daban forma, en su conjunto, Franco en España, Mussolini en Italia, Hitler en Alemania y Stalin en la antigua Unión Soviética.

En la entrevista, el escritor justifica sus pretensiones al escribir la novela y expone sus planteamientos e ideas sobre la situación de su país, y de los países árabes en general, con respecto al mundo occidental. También aporta su visión sobre la política internacional y la situación de los movimientos terroristas en la actualidad.

En lo referente a este tema, recogemos sus palabras y la visión que nos aportó sobre su novela:

He intentado dar solución a los problemas surgidos y derivados del pasado y, por dicho motivo, elegí a Muḥammad ben (Muḥammad b. ‘Abd Allāh Ibn Ḳahwar (Abdullah)) como la persona que aporta ese mensaje resolutivo. Se aparece en forma de espíritu a la abuela Ḳanā Ḥanīm y le dicta lo correcto. Es como si se

tratara del ángel Gabriel, que trae un mensaje para Murad a través de otro espíritu sagrado: la abuela.

No solo he intentado centrarme en la historia de España, también en el destino final de estos moriscos, su devenir y su situación actual. Los moriscos tienen identidad propia y unas características particulares. Así lo veía también Blas Infante, presente en la novela. Él deseaba que los moriscos fueran reconocidos en España o que, al menos, se tendiera un puente de intercambio cultural entre ambas orillas del Mediterráneo.

He investigado también a Zorba, personaje ficticio del escritor griego Népól Kasaky. Se trata de un héroe novelesco que baila una danza tradicional muy famosa hoy en el mundo árabe. Al respecto, se rodó una película donde dicho baile representa la libertad. Murad, emulando a aquél, danza el mismo baile en la Plaza de la Liberación en señal de libertad y liberación. Por otra parte, la danza también representa al pobre, al despojado, al que no le queda otro bien que exteriorizar sus sentimientos, a la persona que no tiene otro disfrute que un baile que es símbolo de la primera etapa de la revolución. En este momento, Murad pasa de ser una persona no integrada en la sociedad a sentirse parte activa de ella.

La escena de la Plaza de la Liberación supone el fin de la opresión y la esclavitud, el fin de una época, la del anterior presidente Ḥusnī Mubārak. Ya muy mayor, con más de treinta años en el poder, su dedicación estaba más centrada en favorecer los intereses del capital antes que los del pueblo. Con aquella situación, grandes cantidades de dinero del país acababan en manos de los salafíes y los Hermanos Musulmanes. El pueblo permaneció en la plaza durante dieciocho días, pero finalmente cayó el presidente.

A continuación, se preguntó al escritor su opinión acerca de la escena política en Egipto y en el mundo árabe, y se pidió que nos hiciera un diagnóstico sobre los movimientos terroristas en el escenario mundial. Ṣubḥī Mūsà ve en Egipto un escenario político bastante complejo y lo compara con la situación previa a las dos Guerras Mundiales. Hace un análisis detallado de la Guerra de Afganistán, de la formación de al-Qā'ida (Al Qaeda), del desarraigo de sus componentes y del intento de Occidente de darles cabida en sus diferentes países. El escritor opina que Occidente no tuvo en cuenta que los gobiernos con profunda base religiosa suponen un grave peligro, siempre presente, pues no reconocen las fronteras actuales. Así ocurrió, según su opinión, con el presidente que sucedió a Mubarak, Muḥammad Mursī (Mohamed Morsi), que anunció la *yīhād* (lucha por el islam, mal traducida como guerra santa) sobre Siria y la creación de dos emiratos en el desierto del Sinaí. Uno de ellos estaba situado en Būrsa'īd (Puerto Said), enclave geográfico por el que se mueve la tercera parte de las riquezas del mundo y polo de atracción de movimientos terroristas. Estados Unidos dotó a los Hermanos Musulmanes

de una suma importante de dinero con el fin de que allí se instalaran los palestinos, de tal manera que en parte se pudiera paliar el problema.

El escritor nos confirma que sobre estos argumentos está escrito el relato de *Al-mūrīskī l-ajīr*. La trama se nutre de un entorno político donde el gobierno está sustentado en el fundamentalismo religioso y de una sociedad en la que emergen las células islamistas, salafíes o de los Hermanos Musulmanes.

En realidad, existía un temor, por parte de la disidencia política, de que pudiera constituirse los que llamaban el Estado del Gran Sahara, un espacio político que abarcara desde el Golfo, pasando por la ciudad de Basora en Irak, y que debía extender sus tentáculos hasta Marruecos. También de que toda esta zona fuera ocupada por los ejércitos que integraban los grupos islamistas, como Būkū Ḥarām (Boko Haram) en Nigeria o la organización yihadista violenta Dā'ish (Daesh).

Todo esto supondría un tremendo desastre para las minorías, entendía el escritor. Şubhī Mūsà calcula la existencia de unos 15 millones de cristianos en Egipto y se plantea cuál hubiera sido su destino si el poder hubiera caído en manos de estos grupos religiosos del Daesh. ¿Qué pasaría con los chiítas, con los partidarios de Usāma b. Lādin (Osama bin Laden, dirigente de al-Qaeda, una organización de la que se desgadó el Daesh) y con todas las organizaciones que incluyen al islam sunní radical?

El autor no identifica al pueblo de Egipto con un espacio desértico, si no con una tierra fértil que ha venido gestando grandes civilizaciones desde hace más de 7000 años. Ha tenido grandes pensadores y más del 70% de ellos fueron cristianos.

‘¿Eres morisco? ¿por qué no rezas, hermano?’ Esta es la idea que rechaza el protagonista de la narración moderna, Murad. En la casa ya solo quedan su abuela y él; no es capaz de integrarse en la sociedad. Su pensamiento está más próximo a la idea de gueto y de pertenencia a una minoría. Afirma Şubhī Mūsà que con esta intención nace *Al-mūrīskī l-ajīr*, pues el personaje del ojo protector representa a una divinidad que aparece en sueños a un solo personaje, Ḥabīb Allāh, ideado atribuyéndole el ejercicio de la usura en a la manera abusiva judía³⁵⁹. Ḥabīb Allāh representa a Moisés y, por ello, Dios, como ocurrió

³⁵⁹Se denomina usura al cobro excesivo y abusivo de intereses por un préstamo de dinero. Esta práctica era empleada por los judíos en la Edad Media, si bien, algunos la justifican dada la situación de asfixia a

con el protagonista del Éxodo, también se enfada con él y lo castiga provocando que lo pierda todo.

Ṣubḥī Mūsà emplea todos estos recursos para expresar que los moriscos son una minoría, con sus costumbres y una identidad propia, un pueblo que vive con miedo. En este sentido y a continuación, se recoge el análisis que realiza de la situación de la política internacional y el papel que su país desempeña en dicho escenario:

Egipto, como centro geoestratégico, debe permanecer sólido porque si cambiase su escenario político de una forma considerable, cambiaría drásticamente el mundo. El reparto del Próximo Oriente surgido del Acuerdo de Sykes-Picot (1916) y las transformaciones que provocaron las dos Guerras Mundiales dieron lugar a un reparto de influencias y control y a la emergencia de dos grandes bloques enfrentados: Unión Soviética y Estados Unidos (consolidados a partir de 1956). Puedo imaginar que el escenario se repite ahora en Siria. El islam político se gesta en Egipto, especialmente, pero no lo concibo en el caso de Túnez. Y si el islam radical se expandiera, ¿hasta dónde llegaría su fuerza? Los *muḡāhidīn* pasarían a la orilla norte del Mediterráneo y llegarían hasta España e Italia, claro está, analizando el proceso desde la posición geoestratégica que ocupa Egipto. Las transformaciones que están sucediendo en la zona podrían provocar que emergiera una segunda fuerza, o quizá dos.

Occidente, el mayor productor de armas del mundo, debe poner remedio a esto antes de que ello ocurra. Porque, en este proceso, ¿dónde está la democracia y la humanidad?

Según el escritor, en el Egipto actual existen muchos escritos y referencias a al-Andalus. En los mismos, lo comparan con la causa palestina y certifican el gran desconocimiento que se tiene de su Historia. Por tanto, es inevitable que siga siendo fuente de inspiración para muchos escritores y ensayistas históricos. Pero el autor quiere dejar muy claro que el concepto morisco no solo se identifica con un al-Andalus geográfico, simboliza también luz, un modelo de civilización esplendorosa en la que mirarse.

4.2.2.2.3. Personajes principales

En este apartado se presentan los protagonistas y personajes más destacados de la novela organizados en dos apartados: el primero dedicado a los personajes de la etapa moderna del relato y el segundo a los del relato antiguo. El motivo es porque la novela comienza con el relato moderno, de manera que, el capítulo primero se sitúa en El Cairo en la Plaza de la Liberación y pasa al relato antiguo en el capítulo segundo rotando así sucesivamente hasta llegar a solaparse ambas historias a mediados de la novela.

la que dicho pueblo se vio sometido. Sobre la usura en el Islam, v. Hernández López. *La usura (ribā)*; Hernández López. *El Valor del Tiempo*.

4.2.2.2.3.1. Personajes de la etapa moderna del relato

Murad (Murād). Es el protagonista del relato en la parte de la etapa moderna de la novela. Representa al último de los moriscos que quedan en Egipto y con él se acaba la estirpe. Vive con miedo ocultando sus orígenes moriscos, pero al estallar la revolución de la Primavera Árabe en El Cairo, se vuelve valiente. A veces, se abandona a sí mismo y se encierra, descuidando hasta su aseo personal.

Yana Hanim (Ŷanà Hānim). Es la abuela viuda de Murad. Es una mujer inválida que está en una silla de ruedas debido a un accidente en el ascensor de su casa. Vive en un mundo de fantasías y se comunica con los espíritus de los moriscos fallecidos de su familia. Es la matriarca de la familia y tiene un carácter fuerte y a la vez dulce.

Raquel Blas Infante. Es la nieta joven de la familia, destinada a casarse con su primo Murad por la familia. Es periodista y vive fuera. Goza, al igual que su abuela, de un carácter fuerte y tierno al mismo tiempo. Su juventud y el hecho de ser mujer hacen de ella que se presente a veces como llorona y sentimental. Su nombre de niña era Nārīmān. Murad teme en un momento dado que sea judía.

Habib Allah (Ḥabīb Allāh). Es el abuelo de Murad y Raquel al que se le aparece el abuelo morisco de las Alpujarras, (Muḥammad b. ‘Abd Allāh Ibn Ŷahwar (Abdullah), diciéndole que ha de emigrar a Egipto con toda su familia y enseres, pero este le desobedece y recibe muchos castigos por ello.

Rizq Allah (Rizq Allāh b. Yūnis). Es el abuelo antepasado de Murad que vino desde Túnez a Egipto. Murad lo describe como frívolo, arrogante.

Hanim (Hānim). Es la esposa de Ḥabīb Allāh y la abuela de Ŷanà Hānim.

Rafif (Rafīf). Es el esposo de la abuela de Murād, Ŷanà Hānim.

Samih y Fajri (Samīḥ y Fajrī). Son los hijos de Ḥabīb Allāh y Hānim. Fajrī es el padre de la abuela de Murād, Ŷanà Hānim.

Afif (‘Afif). Es el hijo de Samīḥ. También desobedece al ‘ojo protector’ y por eso recibe su castigo.

Atiya Allah (‘Aṭīyya Allāh). Es un abuelo antepasado, morisco, capataz de profesión, tacaño y sagaz al que temen todos sus trabajadores por sus abusos.

Rauf Hasan (Ra’ūf Ḥasan). Es un profesor doctor en la Facultad de Bellas Artes que es un estafador y falsificador de cuadros. Engaña a Murad haciéndole falsificar cuadros de pintores famosos para él.

El profesor de Historia. Es un personaje que relata la historia de al-Andalus a Murād, de quien se hace cómplice y amigo.

4.2.2.2.3.2. Personajes de la etapa antigua del relato

Abd Allah ben Yahwar (‘Abd Allāh Ibn Ŷahwar). Este personaje representa al líder de la Rebelión de las Alpujarras en tiempos de los moriscos. El asesinato de su mujer y su hija hacen que se venza a sí mismo y que no salga de la habitación de su casa. Es el abuelo que aparece en la historia moderna en forma de espíritu con el nombre de ‘ojo protector’ y quien dirigirá el destino de toda su familia. Tiene una doble historicidad: directa (la morisca) e indirecta (andalusí). En cuanto a la morisca, se trata del personaje que incitó la revuelta y promovió a Aben Humeya como rey de los moriscos; su nombre es Aben Xaguar/Xahuar (Hernando de Córdoba Aben Xaguar llamado el Zaguer) y aparece tanto en la obra de L. del Mármol como en la de Hurtado de Mendoza. En cuanto a la historicidad andalusí se basa en el nombre de este personaje, Ibn Ŷahwar, pues coincide con el de una familia que existió realmente y además desempeñó un importante papel en el gobierno de al-Andalus. Se trata de los Banū Ŷahwar, linaje de altos dignatarios al servicio de los Omeyas de Córdoba desde el emirato dependiente y que tras la caída del califato y establecimiento de los reinos de taifa fueron quienes rigieron los destinos de la capital cordobesa, en especial Ŷahwar b. Muḥammad b. Ŷahwar (974-1043)³⁶⁰.

Aisha (‘Ā’iṣa). Es la esposa de (Muḥammad b. ‘Abd Allāh Ibn Ŷahwar (Abdullah). Se entrega al sacerdote Enmanuel para salvar a su esposa de ser colgado en la soga. Su cuerpo es encontrado muerto en el cauce de un río.

³⁶⁰Sobre esta familia, v. Soufi. “Los Banū Ŷahwar”, pp. 121-142; Huici Miranda. “Djahwarides”. Bosch Vilá y Hoenerbach, “Los taifas de la Andalucía islámica”, pp. 91-93; Viguera Molíns. *Los reinos de taifas*, 131-134; Viguera. “Historia política”, pp. 104-108; Frochoso Sánchez. “Las monedas de los Banū”, pp. 85-102.

Muhammad Abd Allah ben Yahwar (Muḥammad b. ‘Abd Allāh Ibn Ŷahwar (Abdullah)). Es un personaje que narra en primera persona la vida de su familia. Es hijo de ‘Abd Allāh ben Ŷahwar.

Pilar. Es la esposa de Muḥammad b. ‘Abd Allāh Ibn Ŷahwar (Abdullah).

Zahra (Zahrā’). Es la hermana de Muḥammad b. ‘Abd Allāh Ibn Ŷahwar (Abdullah), una niña de seis años.

Fernando. Es el sobrino de Muḥammad b. ‘Abd Allāh Ibn Ŷahwar (Abdullah), que lo alienta a salir de la situación de aislamiento en la que se encuentra.

Hababa (Ḥabāba). Es la esposa de Fernando. Es una muchacha dulce y de espíritu bello.

Badith (Bādīṭ). Es el tío de Muḥammad b. ‘Abd Allāh Ibn Ŷahwar (Abdullah). Es un artesano que tiene su propio taller donde fabrica santos que son vendidos a la iglesia. ‘Abd Allāh ben Ŷahwar le encomienda a su hijo Muḥammad para que viva con él mientras él hace la revolución en las Alpujarras.

Además de estos personajes principales del periodo mudéjar-morisco (s. XVI) con conexiones a etapas anteriores de al-Andalus (s. VIII-XV), también aparecen otros personajes secundarios de carácter histórico que se han incluido en un apartado específico (4.3.1. Personajes históricos secundarios en la novela) situado tras el apartado de a continuación (4.3. Historicidad de la novela *Al-mūrīskī l-ajīr* de Ṣubḥī Mūsà).

4.3. Historicidad de la novela *Al-mūrīskī l-ajīr* de Ṣubḥī Mūsà

En este apartado, realizaremos una selección de los fragmentos más representativos de cada capítulo de la novela del escritor egipcio para examinar la historicidad de su contenido. Al mismo tiempo, hemos intentado seleccionar aquellos fragmentos que guardaban cierta similitud o paralelismo con la novela *El morisco* de Hassan Aourid para comprobar en ellos la intertextualidad entre ambas obras.

Para el análisis de la novela de Ṣubḥī Mūsà, hemos escogido solo las partes que tratan de la etapa de historia antigua de la novela, que son acerca de la remembranza de al-Andalus, la revuelta surgida en las Alpujarras y la simultánea Guerra de Granada, el contexto internacional en el Mediterráneo de los siglos XVI y XVII, la actuación de la monarquía

española junto con la Inquisición y la expulsión final de los moriscos. No nos hemos detenido en el estudio de la etapa moderna del relato por la gran extensión temática que ocupa y porque es una historia novelesca con personajes ficticios que, en definitiva, recrea el estallido de la Primavera Árabe en Egipto, tema que hemos tratado en uno de los apartados previos. Además, en la etapa de historia moderna de la novela, uno de los personajes, el profesor de Historia, presenta un relato interno que narra la historia de España en la época moderna desde la guerra de la Independencia con Napoleón Bonaparte, haciendo mención a la etapa de gobierno de la II República y la dictadura de Franco y concluye con la Transición a la democracia.

La novela *Al-mūrīskī l-ajīr* de Ṣubhī Mūsà está dividida en 42 capítulos numerados sin título, como ya se ha indicado en el apartado de estructura. Hemos de tener en cuenta que la novela arranca en un momento situado en la actualidad, es decir, narrando parte de la etapa de la historia moderna y va intercalando capítulos de la etapa de la historia antigua, por lo que hemos empezado por el segundo capítulo. Para facilitar la lectura, se indica tras cada fragmento y entre paréntesis la página de la novela, en lugar de hacerlo en nota a pie. Los fragmentos analizados son los siguientes.

-Capítulo 2

En este capítulo el escritor describe la situación extrema de los moriscos en el momento previo a la rebelión:

Decía Fernando que la situación se había vuelto insostenible, pues habíamos perdido nuestra religión, nuestra lengua, nuestros libros y hasta nuestra indumentaria e, incluso, habíamos perdido nuestra identidad. Ya no podíamos ni respirar sin el permiso del cura o el policía, pues ser morisco significaba ser el mismo diablo. Todos nos miraban no como a seres humanos sino como a un botín que había caído en sus manos. Sus reyes nos querían cristianos, los sacerdotes no querían otra cosa que indagar en nuestras conciencias día y noche y los nobles nos querían esclavos en su tierra. La policía no tenía otra preocupación que perdersnos de vista. Todo aquí nos llevaba a la locura y no nos quedaba ya otra cosa que la muerte o cargar con lo poco que nos quedaba y dirigirnos hacia el sur. (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 2).

Como se puede observar en este fragmento, hay una clara similitud con la historia relatada en el capítulo primero de la novela *El morisco* de Ḥasan Awrīd. En ambos se describe la difícil situación de los moriscos. Una vez más es la historia contada del lado de los vencidos.

En las líneas de a continuación hace alusión el escritor a la toma de Granada por los Reyes Católicos: “Era lo único que nos quedaba porque el último de nuestros reyes había

decidido vender sus bienes y marcharse y los turcos andaban ocupados con sus conquistas” (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 2).

Tales hechos los describe Del Mármol en el capítulo sobre “Cómo los moros entregaron la ciudad de Granada y sus fortalezas a los Reyes Católicos”³⁶¹ y los datos coinciden fielmente con los datos históricos.

A continuación, se narran las actuaciones de la Inquisición española del siguiente modo:

Los Tribunales de la Inquisición habían empezado a funcionar hacía tiempo en Granada. La única preocupación que tenían los jueces era indagar en sus conciencias buscando en ellos vestigios de sus padres musulmanes, aun habiendo sido ellos mismos los que los habían bautizado. Buscaban una prueba para culparlos por su ropa y por cualquier cosa que dijeran, buscaban en sus haciendas para arrebatarles sus riquezas e incluso la propia vida. Cerraban sus baños públicos. Se permitía echar abajo las ventanas de sus casas y los batientes de sus puertas, lo que les daba licencia para entrar en ellas en cualquier momento y apropiarse de lo que quisieran. Bastaba con que una sola persona fuera testigo de que alguno de ellos profesaba su antigua fe para que los soldados del jefe Deza lo llevara a las salas de tortura. (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 2).

En este sentido, Del Mármol describe los acontecimientos históricos de la siguiente manera:

Mandó su Majestad (el Rey Don Felipe II) el año 1566 hacer una Junta en la villa de Madrid, en la cual intervinieron el Presidente Don Diego de Espinosa, el Duque de Alba, Don Antonio de Toledo, Prior de San Juan, Don Bernardo de Borea, Vicecanciller de Aragón, el maestro Gallo, Obispo de Orihuela, el licenciado Don Pedro de Deza, del Consejo General de la Inquisición, el licenciado Menchaca y el doctor Velasco, Oidores del Consejo Real y de la Cámara; y todos ellos caballeros y letrados se resolvieron en que, si los moriscos tenían bautismo y nombre de cristianos y lo hacían de ser y parecer, dejasen el hábito, la lengua y las costumbres que usaban como moros y que se cumpliesen y ejecutasen los capítulos de la Junta que el Emperador Don Carlos había mandado hacer el año veintiséis[...]³⁶².

Estuvo el Arzobispado Don Fray Fernando de Talavera quince años, y murió el año mil quinientos siete, de la peste. Le sucedió Don Antonio de Rojas, que fue Presidente del Consejo Real y Patriarca... Y por su muerte vino el Arzobispo de Granada Don Francisco de Herrera, que presidió la Audiencia Real, y murió el año mil quinientos veinticinco. Fue electo en su lugar Puertocarrero, que murió antes de tomar posesión del Arzobispado. Y estando el emperador en Granada el año quinientos veintiséis, dispuso aquella silla a Fray Pedro Ramírez de Alba, Prior de San Gerónimo de Granada... Luego le sucedió Don Gaspar de Ávalos, siendo Obispo de Guadix, que hizo Colegio Real y la Universidad, donde se lee teología y leyes. También hizo el colegio de los niños hijos de moriscos, donde les daban de comer y de vestir, estudio y casa de limosna. Fue dispuesto por Arzobispo de Santiago, y sucedió en Granada a Don Fernando Niño de Guevara... Le sucedió Don Pedro Guerrero, que lo poseyó veintinueve años, y estuvo en el Concilio Tridentino. A su muerte fue electo Don Juan Méndez de Salvatierra, siendo canónigo de Cuenca, y tomó posesión por él el licenciado Mejía de Lasarte, Inquisidor de Granada, el diecinueve de diciembre del año mil quinientos setenta y siete. Y por su fin y muerte, vino al Arzobispado Don Pedro Vaca de Castro, que era Presidente de la Audiencia de Valladolid y lo había sido primero en la de Granada, que hoy vive [...]³⁶³.

³⁶¹Mármol. *Historia de la rebelión*, pp. 95-97.

³⁶²Mármol. *Historia de la rebelión*, p. 125.

³⁶³Mármol. *Historia de la rebelión*, pp. 99-100.

Habiendo comenzado el buen Arzobispo de Granada a regir y gobernar sus nuevas plantas para que, quitadas del error en que estaban brotasen frutos de salvación, los Católicos Reyes, para darle quien le ayudase en tan santa obra enviaron a llamar a fray Francisco Jiménez de Cisneros, fraile de la Orden del seráfico Padre San Francisco y natural de la villa de Torrelaguna, a quien por merecimiento de muchas virtudes y de profunda elocuencia y costumbres, siendo Provincial de su orden, le habían elegido Arzobispo de Toledo en el año mil cuatrocientos noventaicinco, muerte del Cardenal Don Pedro González de Mendoza, que falleció el once de enero de aquel año³⁶⁴.

-Capítulo 6

En este capítulo de la novela se vuelve al pasado de al-Andalus haciendo un recorrido por su historia en sus diferentes etapas:

El tío Badith me puso una habitación en su casa y me trataba como a un hijo suyo. Me hablaba de Abd al-Rahman al-Dajil, al-Naser, de Hisham al-Muayyad y de los Banu Ziri y Banu Hud entre otros, como si mi padre me hubiera entregado a su cargo para enseñarme la Historia de al-Andalus en profundidad. Sin embargo, por algún motivo, no me hablaba de la caída de Toledo y empecé a sospechar que su familia pudo haber sido la causante de esta tragedia. Los mayores de los mudéjares aseguraron que sus abuelos habían defendido la ciudad hasta la muerte, pero que el hambre les había hecho perder el honor y agachar la cabeza por miedo, alegando que los nobles de la ciudad de Toledo habían llegado al acuerdo de entregar el poder al gobernador mayor de los Banu Di al-Nun Abd al-Malik Ben Matiyo, pero actuó mal y decidieron destituirlo del poder y poner a su hijo Ismael, quien designó a Abu Bakr al-Hadidi como primer ministro suyo. Cuando murió Ismael tomó el cargo su hijo Yahya y después de estos dos su nieto al-Qadir bi-Llah. Mientras tanto, al-Hadidi seguía siendo ministro del país y al-Qadir empezó a temer del poder de este y planeó asesinarlo. Tras la muerte de al-Hadidi empezaron a surgir luchas internas en el país. El gobernador de Zaragoza, al-Muqtadir ben Hud, comenzó sus ataques contra ella. Mientras tanto, anunciaba el gobernador de Valencia, Abu Bakr Ben Abd al-Aziz, su independencia de Toledo y de al-Qadir y casi le arrebató Ocaña el rey Sancho Ramiro casi le arrebató Ocaña, si no hubiera pagado al-Qadir una gran cantidad de dinero por ella. Después buscó al-Qadir quien le ayudara a enfrentarse a sus enemigos. Y para esto tan solo encontró a su amigo Alfonso VI, rey de Castilla. Finalmente, al-Qadir aceptó ceder a Alfonso VI Soria, Victoria y Qanalash además de pagarle una cuota anual, lo que provocó el enfado de los habitantes de Toledo, que vieron que la única solución era retirarlo del poder. A continuación, estalló la revolución, la cual hizo huir a al-Qadir a Huetes y, desde allí a Ocaña, buscando la ayuda de su amigo Alfonso para que este le devolviera el poder.

Los nobles de Toledo, mientras tanto, llamaron a buscar a al-Mutawaqqil ben al-Aftas, gobernador de Zaragoza, para que viniera a Toledo a tomar el control de los asuntos del país. Cuando llegó el ejército de Alfonso encontró a al-Mutawakkil con su ejército en la ciudad y empezó a acorralarlo hasta que este huyó con todo lo que pudo arrastrar consigo de valor. Así, volvió al-Qadir al trono bajo la protección de los castellanos por un periodo de tiempo de diez meses. Finalmente, la gente se rebeló contra él de nuevo, sustituyéndolo y colocando en el poder a al-Qadi Abu Bakr Yaish.

Al-Mutamid ben Abbad, rey de Sevilla, que seguía los asuntos desde lejos, envió a su ministro Ibn Ammar ante Alfonso, rey de Castilla, para comunicarle que al-Mutamid no tenía inconveniente en apoyarles para conquistar Toledo y que él mismo les otorgaría una cuota anual a cambio de que les dejaran las tierras situadas detrás de las montañas de Sharat. De esta manera, permaneció Toledo sola ante Castilla durante cuatro años, sin que nadie fuera a socorrerlo, hasta que se fueron agotando las cosechas y la gente empezó a comer cadáveres y piedras. Entonces, los nobles pidieron a Alfonso que cesara el bloqueo de la ciudad a cambio del pago de una cantidad de dinero y de ceder algunas de sus fortalezas. Alfonso rechazó la propuesta y tuvieron que aceptar entregar la ciudad a los castellanos para salvar la vida los que aún quedaban vivos dentro de la ciudad. A

³⁶⁴Mármol. *Historia de la rebelión*, p. 102.

continuación, entró Alfonso con su gran ejército levantando una cruz de plata sobre el minarete de su mezquita, al-Yamiu. (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 6).

Observamos que ambos escritores hacen remembranza de al-Andalus en su momento de esplendor, si bien, lo hacen de forma diferente. Mientras que Šubhī Mūsà relata una historia de forma cronológica, Hassan Aourid lo hace ensalzando a sabios, eruditos y filósofos, así como el legado musulmán en al-Andalus.

-Capítulo 11

En este capítulo el escritor prosigue con la historia de al-Andalus:

Dio un fuerte suspiro, bajó después de su caballo obligado por el asunto, luego se apartó a un lado y dijo: “Fue al-Mustansir bi l-lah, el último de los califas fuertes de los Banu Umeya, que no tuvo más que dos hijos, que son Abd Rahman y Hisham. Murió el primero y su padre cedió el derecho de sucesión a Hisham cuando este era aún pequeño. Al poco tiempo murió al-Mustansir, los saqāliba codiciaban el poder y ocultaron al principio la noticia de su muerte a su gente [...] Después, se presentaron ante el secretario del rey Yaafar Ben Uthman al-Mushafī y le pidieron que entregara el califato a Mugira Ben Abd Rahman al-Naser en vez de a Hisham Ben al-Mustansir [...] Pero al-Mushafī fue ante el jefe de policía, Muhammad Ben Abi Amir, y le informó de lo que pretendían los saqaliba. Ibn Abi Amir planeó asesinar a al-Mugira para detenerlos. Hisham tomó el poder del Califato a la edad de trece años con el apodo de al-Muayyad bi-l-lah (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 11).

En los siguientes párrafos encontramos una historia novelada ambientada en la corte del sultán de Marruecos, Almanzor, y su vínculo con la Península ibérica:

Permaneció el país bajo el poder de Almanzor durante muchos años sin codiciar más territorio ni velar por su trono. Tras su muerte, tomó el cargo su hijo Abd -l-Malik, quien continuó su misma trayectoria. Pronto murió y tras él vino su hermano, que ocupaba los cargos de ministro y secretario, y codiciaba el trono del califato haciendo firmar a Hisham al-Muayyad un acuerdo sobre el califato después de él. Esta fue la chispa que prendió la llama que devoraría todo al-Andalus [...] Se reunieron los Banu Umeya y decidieron romper el pacto con el apoyo de los saqaliba, obligando a al-Muayyad a ceder el califato a su primo Muhammad Ben Abd al-Yabbar ben Abd Rahman al-Naser al que apodaron como el califa al-Mahdi [...] Y continuó diciendo: “No fue el califa Muhammad Ben Hisham Ben Abd al-Yabbar, apodado al-Mahdi un hombre serio como esperaban sus parientes, pues dio rienda suelta a sus deseos y expulsó a sus socios saqalibas hacia el oriente de al-Andalus anunciando después la muerte de su primo el califa Hisham al-Muayyad. (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 11).

Aunque aún se encontraba encerrado en el palacio del emirato, al-Mahdi otorgó la sucesión al trono a su primo Sulayman Ben Hisham Ben Sulayman Ben Naser, con quien pronto se enfadó y al que encarceló, expulsando de su ejército a siete mil soldados beréberes, que no tuvieron más remedio que acudir ante Hisham Ben Sulayman, padre del sucesor al trono, que se hallaba encarcelado (al-Mahdi). Después, obligaron y aconsejaron a este a abrir la cárcel del emirato y sacar a su hijo de allí. Los reunió a todos y rodearon el palacio, pero los soldados de al-Mahdi los derrotaron e hicieron preso a Hisham. (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 11).

Finalmente, ordenó al-Mahdí asesinarlos a él y a su hijo Sulayman y permitió a su gente entrar en las casas de los beréberes de la ciudad y confiscar sus bienes hasta que estos abandonaron Córdoba, sin mirar la paz que les llegó tarde. (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 11).

Entre los que habían salido con ellos estaba Sulayman Ben al-Hakam Abd Rahman al-Naser. Acordaron echar del poder a al-Mahdi para que Sulayman se hiciera con el califato, pero para ello tuvieron que pedir ayuda a los castellanos para atacar Córdoba. Así, se pusieron en contacto con Sancho para que les ayudara con sus soldados a cambio de cederle algunos de los territorios. (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 11).

Cuando al-Mahdi supo esto, ordenó cavar zanjas alrededor de la ciudad y sacar de prisión a al-Muayyad reclamándolo para el califato. (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 11).

Por otro lado, Sulayman Ben al-Hakam y los beréberes que estaban con él insistieron en entrar en Córdoba y entonces decidió al-Mahdi escapar con sus hombres a Toledo. (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 11).

Mientras tanto, Sulayman Ben al-Hakam se sentaba en el trono en la puerta del palacio del emirato a recibir la lealtad de la gente y se apodó al-Mustain bil-lah dejando a Hisham en prisión. (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 11).

Como podemos comprobar, ambos autores incluyen la historia de Marruecos en este momento histórico en ambas novelas.

-Capítulo 13

En el siguiente capítulo Şubhī Mūsà narra de forma pormenorizada los hechos de la rebelión ocurridos en las Alpujarras a diferencia de Hassan Aourid, que no entra en muchos detalles históricos:

No fueron solo las montañas de las Alpujarras las únicas que fueron liberadas tras la revolución contra los cristianos, sino que se unieron a ellas la zona de Alhama y Ronda y las montañas de Bentomiz al este de Málaga y los combatientes controlaban el valle de Almanzora y el este de Almería y una serie de fortalezas y pueblos. Así, rodearon la fortaleza más grande de todas ellas, que era la fortaleza de Serón, y derrotaron a las fuerzas de Castilla que habían venido bajo el mando del comandante Basta para intentar recuperarla. También liberaron los palacios de Oria y rodearon Vera derrotando al ejército del marqués de Valls en Berja.[...] El reino de Granada con todas sus ciudades, pueblos y fortalezas había caído casi totalmente ante los revolucionarios bajo la bandera de Ibn Omeya, excepto la ciudad de Granada, que había sido defendida por el ejército español como si su derrota significó la caída de Felipe II (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 13).

Del Mármol describe así los acontecimientos alpujarreños:

La Taha de Órgiva tiene a poniente a Lanjarón, lugar del valle de Lecrín y a Salobreña y Motril; al cierzo confina con Sierra Nevada; la Taha de Poqueira y Ferreira están en la entrada de la Alpujarra. Confinan a poniente con la taha de Órgiva, a levante con la de Juviles, al mediodía con el Cehel, y a tramontana con Sierra Nevada; la Taha de Juviles cofina a poniente con la Taha de Poqueira y Ferreira; a tramontana tiene la Sierra Nevada, al mediodía el Cehel y a levante la Taha de Ugíjar de Albacete. En esta última hay veinte lugares llamados: Válór, Viñas, Exen, Mecina de Bombarón, Yátor, Narila, Cádiar, Timen, Portel, Gorco, Gujurio, Bérchul, Alcútar, Lobras, Nieves, Cástaras, Notaes, Trevélez y Juviles, que es la cabeza³⁶⁵.

Se levantaron los moriscos de este lugar y de los otros de esta Taha el viernes, víspera de Navidad, cuando los monjes hubieron matado a los cristianos que fueron a alojarse a Cádiar con el Capitán Herrera, y lo primero que hicieron fue robar la iglesia y destruir cuanto había en ella. Luego corrieron a las casas de los cristianos que moraban en el lugar, y no con menor codicia que ira, las

³⁶⁵Mármol. *Historia de la rebelión*, pp. 210-220.

saquearon; y apresándolos, los metieron en la iglesia con gente de guardia y allí los tuvieron algunos días predicándoles su secta y amonestándoles que se volvieran moros; hasta que llegó Farax y mandó que los matasen a todos, y por su orden los mataron el jueves treinta de diciembre [...] ³⁶⁶.

Los del lugar de Alcútar se alzaron el mismo día que los de Juviles... También se alzaron los del lugar de Narila el viernes en la noche...el lugar de Gujurio de Bérchul se alzó cuando los otros de esta Taha...los de Mecina de Bombarón se alzaron también el viernes en la noche”³⁶⁷.

Los Ceheles son dos Tahas que están juntas en la costa del mar; a la que cae a poniente la llaman Zueyhel...el Cehel grande tiene a levante la tierra de Adra, y a ambas Tahas las baña al mediodía el mar Mediterráneo; y a la parte del cierzo confina con la Taha de Ferreira, con la de Juviles, y con parte de la de Ugjar³⁶⁸.

El siguiente párrafo, Şubhī Mūsà relata sobre la situación la política internacional, el papel del corso y el apoyo prestado por el imperio otomano a los moriscos una vez estos han emigrado a los países del sur como “enmienda” a la falta de apoyo en los comienzos de la Rebelión:

Quando llegamos a Ježil en Argelia, ordenó que me soltaran y me bajaran en un barco de veinte velas y cinco cañones grandes. Allí me encontré con Jayr al-Din [...] Abd Allah me nombró ministro. Entonces, dejé el comercio y me instalé en su palacio. En cuanto a él, los caballeros de San Juan atacaron un día su barco e hicieron preso a su hermano Arauz y mataron a su hermano Elías y comenzaron a perseguirlo[...] Un día me llegó una carta suya pidiéndome dinero y hombres. Hablé entonces con el gobernador de Túnez, que era por aquel entonces Abu Abd Allah Muhammad Ben al-Hasan al-Hafsi [...] Después, intensificó sus ataques sobre las costas de Venecia, Génova y algunas ciudades de la costa de Francia y envió un mensaje al Gran Sultán para que le enviara algunos barcos de guerra. Salim I aceptó dándole todo lo que aquel le había pedido y con esto consiguió cerrar el paso a los grandes barcos de los cristianos (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 13).

Ambos escritores describen la situación de la época en el Mediterráneo y la influencia del turco.

En estas líneas a continuación se menciona la ley que obliga a los musulmanes a cristianizarse o a abandonar la Península: “Cuando Fernando e Isabel la Católica sacaron la ley de cristianización de todos los que se hallaran en los reinos de Castilla y Aragón, dieron dos opciones: cristianizarse” o marcharse (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 13).

Şubhī vuelve aquí a expresar la misma idea de la cristianización de los Reyes Católicos que se repite en Hassan Aourid.

-Capítulo 19

³⁶⁶Mármol. *Historia de la rebelión*, p. 220.

³⁶⁷Mármol. *Historia de la rebelión*, pp. 220-221.

³⁶⁸Mármol. *Historia de la rebelión*, p. 223.

Los siguientes fragmentos narran las estrategias tomadas durante la rebelión, etapa en la que Aben Aboo es comandante de Aben Humeya:

Fernando me llevó ante mi primo Muhammad ben Aboo, comandante del ejército de Ibn Omeya. Estaba sentado en una gran jaima en el centro de la base militar en la *taha* de Ugíjar en las Alpujarras [...] Explicaba a varios de sus oficiales, señalando con su espada sobre el mapa, su plan de liberar tres pueblos de la costa de Málaga. Al llegar nosotros, dejó de hablar para darnos la bienvenida. Después, dejó marchar a sus generales no sin antes decirles: “No os preocupéis por las armas, pues llegarán pronto muchas más”. Fernando le preguntó entonces: “¿De dónde?”. Este le respondió que Hernando al-Habqi nos había enviado un mensaje desde Argelia en el que decía que al dey Ali le habían gustado las noticias que había y se apresuró a reunir voluntarios argelinos para que vinieran en su ayuda (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajīr*, cap. 19).

Del Mármol narra este episodio de la siguiente manera:

Tenía ya aviso Aben Humeya del poderoso ejército que se aparejaba contra él, e hizo tres provisiones: a Fernando el Habqi envió con cartas a Argel para que procurase traerle socorro; a Don Fernando el Zaguer hizo ir a recoger el mayor número de gente que pudiese en los partidos de Almería, Río de Almazora y sierras de Baza y Filabrés; y a Pedro de Mendoza el Hosceyn, con cinco mil hombres mandó que defendiese la entrada de la Alpujarra a nuestro Campo, aunque el propio Hosceyn nos dijo después que no llevaba orden de pelear, sino de espantar, porque tenían acordado no pelear hasta tener a toda la gente junta³⁶⁹.

Señor Fernando el Habaqui-dijo el Capitán Francisco de Molina-, sabed que no me trae aquí otro asunto que el amor que os tengo por el regalo que recibí en vuestra casa; y como amigo os aconsejo que volváis al servicio de vuestra Majestad, teniendo en consideración cuán estrecha cárcel es en la que están los que sirven a tiranos si quieren conservar en la tiranía, y a los que sirvieron a los Reyes Católicos y perseveraron en lealtad, se les hizo mucha merced y los de que ellos descienden son hoy en día ricos y muy honrados. Y, como tenéis buena ocasión para entrar en este número, no estará bien que la dejéis pasar.

A esto respondió el moro que le agradecía mucho el buen consejo que como verdadero amigo le daba y que le gustaría tomar, pero que había de ser de manera que ni los turcos ni los moros recibiesen daño³⁷⁰.

Hurtado de Mendoza, a su vez, aporta los siguientes datos históricos:

Menores fueron los principios del señorío de Argel que hoy está en mayor grandeza: al lugar lo llaman Algezair por una isla que tenía delante; nosotros la llamamos Argel; antiguamente se pobló de los pobladores de Cesárea, que ahora se llama Xargel³⁷¹.

Visto Abenabó que sus empresas le salían inciertas, y que las fuerzas de España se juntaban contra él, envió de nuevo al alcaide Hoceni (Hosceyn) a Argel, solicitando gente para mantenerse, o navíos para desamparar la tierra y pasarse; y juntamente con él un moro suyo a Constantinopla. Dicen que llegados a Argel hallaron orden del señor de los turcos, para que fuese socorrido³⁷².

Por su lado, Del Mármol registra acerca de este suceso lo siguiente:

Al Joaybi y al Hosceyn de Güéjar, [Ben Aboo] encargó el partido de Sierra Nevada, tierra de Vélez, Alpujarra, y valle y Sierra de Granada, con patentes para que les obedeciesen todos los otros Capitanes.

³⁶⁹Mármol. *Historia de la rebelión*, pp. 473-474.

³⁷⁰Mármol. *Historia de la rebelión*, pp. 584-585.

³⁷¹Mendoza. *Guerra de Granada*, p. 93.

³⁷²Mendoza. *Guerra de Granada*, p.146.

Y al poco tiempo despachó a Alcaide Hosceyn, turco, con un segundo presente para el Gobernador de Argel y para el Mesti de Constantinopla, encargándoles que por vía de religión encomendase sus negocios al Gran Turco para que le mandase dar socorro de gente, armas y municiones mientras bajaba su poderosa Armada³⁷³.

La novela narra los hechos siguientes:

Después, Ibn Omeya designó a mi padre ministro suyo y a Faraj ibn Faraj, comandante del ejército y a Shaaban Mikil de Granada, jefe del valle de Lecrín, a Marcos al-Zammar, comandante de (Cuéllar) a Mateo al-Rami, comandante de Almería, a Fernando al-Gorri, comandante del Valle de Almanzora, a Francisco Burkarir ben Maknun, comandante de la Axarquía, a Jerónimo ben al-Malih, comandante de Guadix, a Martín de Adra, comandante de la comarca de Adra y eligió a Randati, al Partal y al Séniz y al Archidoni sus consejeros militares. Entonces, ¿por qué no acabamos con ellos esta noche y liberamos las Alpujarras? [...] Nos encontramos luchando contra dos ejércitos organizados al mismo tiempo y perdimos a muchos de nuestros comandantes mientras defendían sus pueblos y gentes. Allí, Shaaban Miguel defendió, con ayuda de una pequeña unidad que le acompañaba, Guadix empleando toda su fuerza, destrozando el ejército de Mondéjar en el puente de Tablate (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajūr*, cap. 19).

Hemos podido contrastar este fragmento con los datos ofrecidos por el historiador Julio Caro Baroja, pues estos no aparecen explicados en las dos fuentes principales, la de Mármol y Hurtado de Mendoza. Los acontecimientos son narrados como siguen a continuación:

Después de la entrada de los monfies en Granada el 24 de diciembre de 1568 pocos días pasaron hasta que el marqués de Mondéjar se decidiera a atacar la Alpujarra. El 3 de enero del año siguiente salió camino de las montañas... De comienzos de enero a mediados de 1569, tiene lugar la campaña alpujarreña del marqués de Mondéjar, hecha con muy pocos medios, muy criticada por las gentes de la Chancillería y por el vulgo en general, pero que, en conjunto, resultó eficaz. En efecto, el marqués, después de socorrer a Dúrcal, pasó no sin gran riesgo, el puente de Tablate para caer sobre Órgiva, de donde subió a las alturas de Poqueira, Ferreira, etc. De allí marchó hacia la taha de Jubiles, se apoderó de Ugíjar y tuvo la sensación de que los moros estaban rendidos o dispuestos a rendirse... Pero la Chancillería trabajaba contra él. Hizo intervenir en la guerra por la parte oriental al marqués de Vélez, que era enemigo personal de Mondéjar... Pero la proposición de uno de ellos, don Alonso de Granada Venegas, de que fuera el propio rey a la capital andaluza para que la pacificación resultara absoluta, fue aprovechada y se sustituyó a Mondéjar por Don Juan de Austria... pero esto no fue lo peor. Los moriscos perdieron, al desaparecer Mondéjar entre los seguidores de Don Juan de Austria como personaje secundario más, toda esperanza de trato benigno y realizaron nuevos esfuerzos, ampliándose el área de rebelión. Por otro lado, las tropas cayeron en un estado de anarquía casi completo³⁷⁴.

De nuevo, se puede observar cómo la historia de la rebelión es tratada por Hassan Aourid sin entrar en detalle en los hechos históricos o hacerlo menos que Šubhī Mūsà.

-Capítulo 21

³⁷³Mármol. *Historia de la rebelión*, p. 499.

³⁷⁴Caro Baroja. *Los moriscos del reino*, pp. 170-172.

Se describe en las siguientes líneas un episodio de tortura y asesinato de mujeres y niños cristianos:

[De Mondéjar] llevó a su ejército a Mecina y, como de costumbre, quemaron las casas y mataron a todos los que encontraban por el camino hasta que llegaron a la casa de Ibn Aboo. Al no encontrar más que mujeres y niños empezaron a usar las espadas. Una mujer exclamó: “Esclavos de la Cruz, matáis a los niños y ultrajáis el honor de las mujeres. Juro por Dios que los zapatos de Ibn Aboo son más preciados ante Dios que vuestras caras de asesinos”. Era el comandante de esta unidad militar de los mudéjares. Ordenó que dejaran de matar y que dejaran de hacer prisioneras a las que estaban allí. Después, De Mondéjar informó de lo que esta había dicho, pues llegó a la conclusión de que era la esposa del sultán o de cualquiera de sus ayudantes. Ordenó De Mondéjar, después, torturarlos hasta que dijeran el paradero de Ibn Omeya. Las colgaron en los árboles sobre cruces y allí las torturaron (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajūr*, cap. 21).

Se puede ver la similitud entre ambas novelas, la de Awrīd y la de Mūsà, al narrar historias paralelas de casos de mártires musulmanes. Encontramos, en el lado contrario, el testimonio de un sacerdote granadino, don Francisco Antolín Hitos (1986-1935), que redacta lo sucedido a los mártires cristianos en el período de pre-guerra³⁷⁵.

-Capítulo 25

En el siguiente capítulo el escritor narra la última fase de la rebelión de las Alpujarras en la que Ibn Aboo, líder mucho más radical, reemplaza a Ibn Omeya tras fallecer este:

Tuve noticias de que la negociación había terminado con la declaración de Ibn Aboo de unirse al imperio de Argelia, donde se encontraba ahora Ali Dey, en representación del sultán otomano Salim II, ocupando el trono del Sultanato Superior en Estambul, y de que Ibn Aboo había aceptado el trato. También me enteré de que Ibn Maknun y el Archidoni habían rechazado luchar bajo la bandera de los argelinos y de los turcos y que habían anunciado su retirada de la guerra santa decidiendo abandonar al-Andalus en dirección sur donde les esperaba el rey de los saadíes en Marruecos[...] Finalmente, escribí una carta a Ali Dey de Argelia en la que Ibn Aboo le comunicaba lo acordado en las Alpujarras y le pedía que lo aceptara como emir de las Alpujarras, emirato bajo su mandato en Argelia y que se sometiera a la bandera de los otomanos del Oriente (Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajūr*, cap. 25).

Tampoco aquí Hassan Aourid entra en la descripción de esta fase de la guerra. Por el contrario, centra su historia en el devenir de los moriscos en Marruecos y otras ciudades de Europa, una vez que el protagonista de la novela decide abandonar la Península voluntariamente.

4.3.1. Personajes históricos secundarios en la novela

En este apartado presentamos una selección de los personajes históricos más destacados en la novela *El último morisco* de Şubhī Mūsà que, si bien son personajes secundarios, tienen una importancia histórica relevante y encuadran los acontecimientos con referentes

³⁷⁵Antolín Hitos. *Los mártires*, pp. 62-191.

reales significativos. Hemos recogido los califas, emires y sultanes que aparecen en la novela, así como las biografías de los personajes eclesiásticos mencionados.

4.3.1.1. Califas, emires y sultanes en la novela

-‘Abd al-Raḥmān I: Abū l-Muẓaffar ‘Abd al-Raḥmān b. Mu‘āwiyya b. Hišām b. ‘Abd al-Malik b. Marwān al-Dājil (el Inmigrado). (113H./731 C.- Córdoba, 25 rabī‘ II de 172 H./30.IX.788 C.) Fundador y primer emir Omeya de Córdoba (emirato independiente)³⁷⁶.

-Al-Ḥakam II: Abū l-‘Āṣ al-Ḥakam b. ‘Abd al-Raḥmān al-Muṣtaṣir bi-llāh (Córdoba 915-Córdoba 976). Segundo califa omeya de Córdoba. Su califato fue uno de los más pacíficos y prósperos de la dinastía en al-Andalus, bajo el que la capital cordobesa se convirtió en una de las ciudades más importantes del mundo y el mayor foco de ciencia en Europa³⁷⁷.

-‘Abd al-Raḥmān V: Abū l-Muṭarrif ‘Abd al-Raḥmān b. Hišām b. ‘Abd al-Ābbār b. ‘Abd al-Raḥmān al-Nāṣir (? 1001-Córdoba, 17 de enero de 1024). Es el décimo califa de Córdoba, perteneciente a la dinastía omeya, que gobernó entre el 2 de diciembre de 1023 y el 17 de enero de 1024. Los cordobeses se amotinan contra el califa ḥammudī al-Qāsim al-Ma’mūn y deciden nombrar a un califa de la legítima dinastía omeya. ‘Abd al-Raḥmān V es hermano de Muḥammad II y bisnieto de ‘Abd al-Raḥmān III. Al ser nombrado califa con tan solo 23 años, adoptó el sobrenombre de al-Muṣtaẓhir bi-llāh³⁷⁸. (Aparece también mencionado en la novela *El morisco* de Hassan Aourid).

-Al-Mutawakkil: ‘Umar b. Muḥammad b. al-Aṭṭas al-Mutawakkil ‘alā Allāh. ğp.m.s. XI-Badajoz, 485 H./1092 C. Cuarto soberano aṭṭasí de la taifa de Badajoz. Nació el año 1045 y fue asesinado en las cercanías de Badajoz hacia el año 1094. Su reinado conoció prósperas épocas de paz, seguidas del enfrentamiento contra el expansionismo castellano de Alfonso VI. Tras la llegada a la Península de los almorávides, la taifa de Badajoz, como otras, fue anexionada al imperio norteafricano³⁷⁹. En la novela, Ṣubḥī Mūsà lo

³⁷⁶Véase su biografía en Maíllo Salgado. “‘Abd al-Raḥmān I”.

³⁷⁷Véase su biografía en Huici Miranda. “Al-Ḥakam II”.

³⁷⁸Véase su biografía en Maíllo Salgado. “‘Abd al-Raḥmān V”.

³⁷⁹Viguera. *Los reinos de taifas*, pp. 49-51; Viguera. “Historia política”, pp. 85-86; García Sanjuán. “Al-Mutawakkil”.

considera, por error, “gobernador de Zaragoza” (*ḥākim Saraqṣṭa*), en lugar de Badajoz³⁸⁰.

-‘Abd al-Raḥmān b. Manyuh o Matiyo. Fue rey de la taifa de Toledo (¿c. 1026-c. 1030?)³⁸¹.

-Abū Bak Muḥammad b. ‘Abd al-‘Azīz b. Abī ‘Āmir.? s. XI- Valencia, 1085. Rey de la taifa de Valencia (1075-1085). Era biznieto de Almanzor e hijo del primer ‘āmirī que ocupó el trono de la taifa de Valencia, ‘Abd al-‘Azīz b. ‘Abd al-Raḥmān³⁸².

-Al-Mu‘tamid. Abū l-Qāsim Muḥammad ibn ‘Abbād, al-Mu‘tamid ‘alā Allāh. (Beja, 1040-Agmat, 1095). Fue el famoso rey, además de célebre poeta, de la poderosa y extensa taifa de Sevilla (1069-1090), una de las más importantes de al-Andalus en el siglo XI. Fue el último rey de la dinastía abbadí o de los Banū ‘Abbād, destronado por los Almorávides y desterrado a Marruecos, donde murió en Agmat. Su leyenda como soberano, poeta y amores con la esclava Rumaykiyya traspasaron fronteras y llegaron hasta el mundo cristiano³⁸³.

-Yūsuf II. Yūsuf al-Mustanṣir bi-llāh (Marrakech, m. 1224). Fue el quinto califa almohade de Marruecos y al-Andalus (1213-1224). Cuando su padre fue derrotado en la batalla de las Navas de Tolosa, en 1212, y obligado a regresar a Marrakech, Yūsuf fue designado al frente del gobierno de al-Andalus con tan solo 13 años y, al año siguiente, fue proclamado allí nuevo califa almohade³⁸⁴.

-Abū Fāris ‘Abd al-‘Azīz al-Mutawakkil (1394-1434). Emir ḥafṣí de Ifrīqiya, actual Túnez, uno de los más grandes soberanos de la dinastía ḥafṣí por su largo y glorioso emirato de cuarenta años³⁸⁵.

³⁸⁰Mūsà. *Al-mūrīskī al-ajr*, p. 36.

³⁸¹Viguera. *Los reinos de taifas*, 53-54; Viguera. “Historia política” [Taifas], pp. 86-87.

³⁸²Viguera. *Los reinos de taifas*, 78-81; Viguera. “Historia política” [Taifas], pp. 92-93; Ramírez del Río. “Abū Bakr Muḥammad b. ‘Abd al-‘Azīz”.

³⁸³Al-Mu‘tamid. *Poesía*; Viguera. *Los reinos de taifas*, pp. 139-142; Viguera. “Historia política”, pp. 112-114; Roldán Castro (ed.). *El siglo de al-Mu‘tamid*; Viguera. “Al-Mu‘tamid ibn ‘Abbād”.

³⁸⁴Huici Miranda. *Historia política*, pp. 437-450; Viguera. *Los reinos de taifas*, 315; Viguera. “Historia política”, 103; García Sanjuán. “Yūsuf II”.

³⁸⁵Sobre el cual, v. Brunschvig. *La Berbérie orientale*, pp. 210-239.

-Abū ‘Abd Allāh Muḥammad ibn ‘Abd Allāh, al-Mutawakkil. Sultán saadí conocido por el *laqab* de al-Maslūj. Reinó entre 1574 y 1576 tras la muerte de su padre Mawlāy ‘Abd Allāh al-Gālib³⁸⁶.

4.3.1.2. Personajes de la Iglesia Católica en la novela y su biografía

- Cisneros. Francisco (Gonzalo) Jiménez (o Giménez) de Cisneros (Torrelaguna, 1436-Roa, 1517) fue cardenal, arzobispo de Toledo (desde 1495), regente de Castilla, primado de España y tercer inquisidor general de Castilla. Era miembro de la Orden Franciscana y gobernó la Corona de Castilla en dos ocasiones por incapacidad de la reina Juana. En 1492 la reina Isabel lo nombró su confesor³⁸⁷. (Aparece también en la novela *al-mūrīskī* de Hassan Aourid)

- Íñigo Íñigo López de Mendoza y Quiñones (Guadalajara, 1440-Granada, 1515), fue el I marqués de Mondéjar y II conde de Tendilla, de la Casa de Mendoza. Tras la conquista de Granada fue nombrado Alcaide de la Alhambra y Capitán General. Según Bueno, “todas las fuentes contemporáneas lo retratan como hombre templado, que hubiera aceptado sin problemas que los musulmanes vivieran pacíficamente como mudéjares en el reino recién conquistado”³⁸⁸.

- Fray Hernando de Talavera (Talavera de la Reina u Oropesa, Toledo, 1428 - Granada, 1507). Obispo de Ávila (1485) y primer arzobispo de Granada (1492), confesor y consejero de Isabel la Católica (1475). Firmó (en noveno lugar) las solemnes capitulaciones de Granada entre los Reyes Católicos y el emir Muḥammad XI, Boabdil, que garantizaban el derecho de los musulmanes a mantener su religión³⁸⁹.

- Pedro de Deza (Toro, 1520 - Roma, 1600). Presidente de las reales chancillerías de Granada y Valladolid, capitán general del reino de Granada, cardenal y obispo³⁹⁰.

- Pedro Guerrero (Leza de Río Leza (La Rioja), 1501 – Granada, 1576). Arzobispo en Granada (1547-1576). Participó muy activamente en las dos sesiones del Concilio de

³⁸⁶Sobre el cual, v. Verone, Chantal de la. “Sa‘dids”, p. 724.

³⁸⁷García Oro. “Jiménez de Cisneros, Francisco (Gonzalo)”; Bueno. *Los moriscos. La integración*, p. 30.

³⁸⁸Bueno. *Los moriscos. La integración*, pp. 26-27. Véase además su biografía en Jiménez Estrella. “López de Mendoza y Quiñones, Íñigo”.

³⁸⁹“Talavera había firmado en noveno lugar las famosas Capitulaciones de Granada y sabía a qué atenerse en materia de libertad religiosa con los vencidos”: Quintín Aldea Vaquero. “Talavera, Hernando de”.

³⁹⁰Barrios Aguilera. “Deza y Guzmán, Pedro de”.

Trento y allí presentó el tema morisco sobre el que informó al papa Pablo III, que a su vez pidió a Felipe II que le pusiera remedio³⁹¹.

- Pedro de Castro Vaca y Quiñones (Roa (Burgos), 1534- Sevilla, 1623). Político y arzobispo, presidente de la Chancillería de Granada y de la Chancillería de Valladolid, arzobispo de Granada y de Sevilla³⁹². (Aparece en la novela *Al-mūrīskī* de Hassan Aourid)

³⁹¹Abad León. “Guerrero, Pedro”. Bueno. *Los moriscos. La integración*, p. 60.

³⁹²Barrios Aguilera. “Castro Vaca y Quiñones, Pedro de”.

5. Traducción de las novelas *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd

5.1. Metodología³⁹³ y criterios traductológicos³⁹⁴

La metodología empleada en la traducción de la novela *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd se ha aplicado siguiendo varias fases. En la primera de ellas, hemos optado por hacer una traducción muy literal para respetar al máximo el contenido cultural del texto origen en árabe y sin adaptarlo a la lengua meta más que en casos imprescindibles. En un segundo paso, se ha realizado una traducción adaptada a la lengua meta con un estilo literario que añade matices mediante adjetivos y términos descriptivos que facilitan la fluidez y legibilidad del relato para un lector español actual sin ningunos o muy escasos conocimientos y referencias sobre el mundo y la cultura árabo-islámica.

Durante todo el proceso de elaboración de la tesis, hemos tenido contacto directo con el escritor a través medios digitales (mensajería instantánea de la aplicación Whatsapp), aparte de habernos trasladado a Rabat para entrevistarle. Hassan Aourid se ha mostrado dispuesto a resolver todas las dudas que le hemos planteado en el proceso de traducción. Asimismo, en la identificación de las unidades fraseológicas en el texto árabe para su paráfrasis, especialmente las de contenido religioso, hemos consultado con el escritor. Gracias a sus explicaciones, hemos podido reconocer y adaptar a la lengua meta los diferentes culturemas que aparecen en la novela. En cambio, en el caso de términos acuñados de traducción bien establecida en nuestra lengua, hemos podido encontrar su equivalente.

Sin embargo, en el texto árabe hay muchas palabras que no tienen un equivalente exacto en español. En este caso, hemos preferido escribir las palabras en letra cursiva y elaborar un glosario de términos al final de la novela para la ampliación extratextual del término. De igual manera, hemos recurrido a la ampliación, a la elisión de palabras y ‘frases hechas’ o al calco en el texto cuando hemos considerado que era más apropiado traducir el significado completo, o bien, el de cada uno de los elementos de la frase.

Puesto que la novela está escrita en lengua *fushà* fundamentalmente, nos hemos apoyado para la traducción en diccionarios bilingües especializados de las lenguas árabe a la española, inglesa y francesa y también en diccionarios monolingües del árabe. Además,

³⁹³Para la traducción de las novelas se ha consultado la metodología seguida por Mohamed Saad. *Estudios de traductología*.

³⁹⁴Para la traducción de las novelas se han consultado los criterios traductológicos en Ortega Arjonilla, Monferrer Sala y López Folgado (eds.) “Eugene A. Nida, pionero”.

hemos traducido las aleyas coránicas que aparecen en la novela siguiendo la versión de Julio Cortés en su décima edición de 2016.

Por lo que respecta a la fundamental cuestión literaria de la intertextualidad, la novela presenta un universo semiótico, a la vez que un intertexto, que conlleva toda una red de significación, la cual traspasa el autor a la novela. En este caso, la temática relativa al tema morisco y andalusí compartida por ambos escritores ha facilitado el reconocimiento de personajes, lugares y hechos históricos.

En cuanto a las técnicas de traducción empleadas y siguiendo las normas lingüístico-textuales, hemos empleado la técnica de la modulación, consistente en variar la forma del texto mediante un cambio semántico o de perspectiva. Esto ha sido debido, unas veces, a la idiosincrasia de la lengua española, otras, a razones estilísticas.

Además, hemos intentado aclarar el contexto discursivo empleando la técnica de la explicitación añadiendo alguna información de la que carecía el texto original y que consideramos necesaria en la lengua española.

Principalmente, nos hemos visto obligados, en muchos casos, a emplear la técnica de la reestructuración para producir un texto que resultara coherente en la lengua meta y, sobre todo, cohesivo. En todo caso, hemos intentado que la novela resultara más atractiva al lector español, manteniendo en ella términos históricos y culturales que, de otra forma, no le sería posible conocer.

Aunque el profesor Francisco Vidal Castro nos propuso indicar en la traducción los números de página del texto árabe para una mayor facilidad en la localización y confrontación del texto original, no nos ha sido posible hacerlo por falta de tiempo.

Por lo que respecta a la onomástica, se ha procurado encontrar un nombre español derivado del original árabe, como en el caso de Mahoma, Avempace, Averroes, etc. En general, se ha vertido el nombre en transliteración divulgativa, sin diacríticos, como en el caso de Ahmad, Qasim, Zahra, etc.

En lo referente a la toponimia histórica, se ha intentado identificar el correspondiente lugar en la actualidad cuando existe en la realidad (Granada, Albaicín, Alhambra, Valencia, Las Alpujarras, La Meca, etc.) y para los nombres que no tienen forma en español se ha adoptado la forma occidental francesa vigente, como en el caso de Marrakech, Azemmour, etc. En este sentido, es preciso advertir de algunos errores de Awrīd en la ubicación de determinados lugares, como al-Ḥaḡar al-Aḡmar, que aparece en la obra base de la novela (*Kitāb Nāṣir al-Dīn 'alà qawm al-kāfirīn* de Ibn Qāsim al-Ḥaḡarī) y no puede situarse en las mismas Alpujarras sino en la Vega de Granada, al

Oeste de la capital, en dirección contraria a la comarca alpujarreña. Sin embargo, es el mismo escritor el que identifica este nombre con el de Láchar y, más concretamente, lo identifica como el gentilicio de al-Ḥaḡarī.

Por otro lado, no se han traducido las notas a pie de página del texto árabe por considerar que estas iban dirigidas a un lector árabe y, por el contrario, hemos introducido las nuestras propias basándonos en algunas de las del escritor. No obstante, hemos podido comprobar que las notas del texto original en francés no coinciden exactamente con las del texto árabe, por lo que hemos intentado que la información de todas ellas aparezca en el glosario final elaborado por nosotros que, a su vez, es una suma del glosario que aparece en la versión original francesa y de otros términos que aportamos. En este sentido, hemos de decir que en el texto árabe no aparece ningún glosario, ya que Hassan Aourid opta por explicar los diferentes términos en notas a pie de página.

Asimismo, hemos señalado en letra cursiva aquellas palabras que en el texto aparecen en español y hemos añadido una nota a pie de página aclaratoria: ‘En español en original’. Del mismo modo, aparecen en el texto árabe palabras en aljamiado, que hemos transcrito también en cursiva y con la indicación que lo advierte en nota a pie de página: ‘En aljamiado’.

Algunas expresiones árabes no se han traducido y solo se han transliterado, aunque se aclara el significado en nota a pie. Entre ellas se encuentran: “¡*Allahu Akbar!*, ¡*Allahu Akbar!*” (¡Dios es el más grande, Dios es el más grande!) y la transcripción del canto de los niños moriscos “*Li, li, li, ha, ha, ha Hini, hini, niha, niha*”. Nuestra pretensión era darle mayor realismo a la novela.

Es nuestra intención hacer una revisión del texto más detenidamente en el futuro, pues no nos ha sido posible ahora por limitaciones de tiempo.

En suma, la gran cantidad de topónimos, nombres y acontecimientos históricos de esta y de las otras dos novelas, hacen necesario realizar un estudio pormenorizado de todo ello, por lo que dejamos abierto este campo para el futuro.

Debido a que hemos traducido la novela en su cuarta edición en árabe, la del año 2018, no hemos aportado la información de la introducción que hizo el escritor en su primera edición. Por tanto, es nuestra voluntad realizar en el futuro el estudio y el análisis de dicha introducción.

5.2. Traducción

Hassan Aourid

El morisco

Relato

“...Los moriscos serán entregados a las autoridades y sus bienes serán confiscados, y de este modo este virus maligno será extirpado de nuestros reinos gracias a la Inquisición y a las nuevas leyes penales. Así podrá Su Majestad acabar con los moriscos sin necesidad de reconciliación (...) Y si Vuestra Majestad considera que no es suficiente, solo tiene que ordenar lo debido para apagar esta llama ardiente porque este mal es mayor de lo que se imagina. Y si parece oportuno, que sean todos expulsados de nuestros reinos, o quemados y completamente aniquilados”.

De los documentos de la Inquisición citados por el investigador Rodrigo de Zayas en su libro *El racismo de estado* (versión francesa, pp. 459 y 464)³⁹⁵.

“...Para los que pueden ver, los pecados de aquellos moriscos son tan claros como el sol, son la peste que golpeó a los reinos de España y en los últimos años los dejó despoblados, y son ellos la causa de todas las enfermedades y problemas que sufrimos. Son el origen de los desastres de nuestras flotas reales...”

Ibidem, pág. 468.

³⁹⁵La obra citada es: Rodrigo de ZAYAS. *Les Morisques et le racisme d'État*. Les Voies du Sud-Histoire. París: La Différence, 1992. 755 p. Ha sido traducido al español en 2006. (Nota de la traductora).

El pueblo de Láchar
(en las faldas de las Alpujarras)
1585-1595

Un caballero del cuerpo de élite, de los Tercios, se acercó hacia nosotros cabalgando. Nos encontrábamos cerca de nuestra casa, en las faldas de Las Alpujarras. Mi padre se puso la mano en la frente, a modo de visera, para protegerse de los rayos del sol y ver mejor al que llegaba. Me encontraba junto a él, ayudando en las tareas del campo. El caballero tiró de las riendas y detuvo el caballo ante nosotros inmediatamente.

—Diego, ¿has visto pasar a unos arrieros por la puerta de tu casa?

—No, *señor*³⁹⁶. Es muy raro que alguien recorra nuestros caminos con el invierno al caer.

No me encontraba lejos y presté oídos a lo que decían. El soldado prosiguió diciendo:

—En el camino de Burgos, cerca de Celada, han encontrado un cuerpo decapitado y sin ropa. Seguro que es obra de los malditos moriscos. Si vieras por los alrededores a uno de esos arrieros, avísanos.

—*Claro, señor*³⁹⁷. Haciendo la señal de la Santa Cruz, me indicó que hiciera otro tanto. Clavó la horca en un montón de estiércol y se dispuso a regresar a nuestra casa.

—Pedro, entra. El momento es malo —me gritó.

En la puerta de la casa nos quitamos los zapatos. Mi madre nos miró interrogante, temerosa.

—Han encontrado un hombre muerto, en los alrededores, —articuló mi padre.

Y añadió:

—Y acusan a los moriscos. Después completó la frase, en árabe, en voz baja y fijando la vista en la puerta para asegurarse de que estaba bien cerrada, como un mártir, con una aleya del Corán:

“Todo está en manos de Dios, tanto el pasado como el futuro.” (30: 4)³⁹⁸

Encima de la chimenea, estaba fijada una cruz que habían envuelto las telarañas.

Éramos musulmanes en el hogar. No era asunto fácil aparentar de puertas afuera la conversión al cristianismo mientras que, en el interior del hogar, manteníamos la doctrina islámica. Con el tiempo, el hombre se acostumbraba a eso, pero la situación no estaba exenta de peligro. Los fingidos conversos al cristianismo se enfrentaban a los peores castigos de la Iglesia, como el embargo de propiedades, la intimidación, la persecución e incluso la soga de la horca.

Durante la misa del domingo, el sacerdote había contado el caso de María Romero, quien ante los tribunales de la Inquisición simuló haberse convertido y que después se había comportado como una buena cristiana, pero que en su agonía reconoció que moriría en la fe islámica. Su cuerpo no se salvó del daño y fue quemado.

Después, relató el caso de un sacerdote encargado de enseñar doctrina a los nuevos cristianos, al que por sorpresa le hallaron doce copias del Corán. Fue perseguido y huyó a las montañas de las Alpujarras.

Mi padre nos enseñó cómo debíamos actuar:

—Nada de lo que hagamos debe revelar nuestra pertenencia a la fe islámica. Debemos ir a misa dominical, no trabajar en domingo y sí hacerlo los viernes. Estamos obligados por todas las prohibiciones que la Iglesia enseña, así como las relacionadas con nuestras fiestas, vestimenta y lengua. Frente a los artesanos, los campesinos somos

³⁹⁶En aljamiado en original.

³⁹⁷En español en original.

³⁹⁸Para la traducción de las aleyas coránicas hemos seguido la versión del Corán de Julio Cortés (Barcelona: Herder, 2016).

afortunados de vivir alejados del pueblo y no cohabitar en los barrios, donde es más complicado ocultar nuestra fe a la vecindad. Tened precaución. Si descubrieran lo nuestro, el castigo sería espantoso. Para los alguaciles y clérigos somos el mejor ejemplo de un buen converso, pero si descubrieran que solo somos cristianos exteriormente, nos pondrían como escarmiento para los demás. ¿Has comprendido, Ahmad?

Asentí con la cabeza:

—Sí, padre.

—¿Y tú, Zahra? —le preguntó a mi hermana.

No contestó. Estaba asustada.

Mi hermana era dos años mayor que yo, pero, pese a ello, su cara reflejaba cierta timidez. También mostraba una gran belleza, pues poseía rasgos finos y un cabello negro como el azabache. Su mirada era resplandeciente y luminosa. La belleza de Zahra era fruto de la mejor mezcla entre lo árabe y lo castellano, característica que había heredado de nuestra madre, de origen cristiano y convertida al islam. Continuó mi padre diciendo:

—Tras la revuelta de Las Alpujarras, cuya rebelión viví cuando vosotros dos aún no habíais nacido, se sucedieron terribles persecuciones que dejaron una huella profunda en mí. Fuimos obligados a abandonar nuestra fe para conservar la vida, a seguir las creencias cristianas y practicar a escondidas nuestra religión. No fue una elección, fue una imposición.

En silencio, recitamos la *Fatiha*³⁹⁹:

“(…) *Dirígenos por la vía recta,
la vía de los que Tú has agraciado, no de los que han incurrido
en la ira, ni de los extraviados*” (1:6-7)

Yo la recitaba, pero desconocía su significado. Después, mi padre extendió sus dos manos abiertas suplicando al cielo, terminó de rezar, pasó las manos por su cara y besó sus dedos índices. El gesto indicaba que la oración había concluido. Solía observar los gestos de aquel alfaquí, que para ocultar su identidad de sabio religioso se hacía pasar por labriego. Seguía sus gestos y me embebía de sus palabras, pues para modelar mi identidad no tenía más fuente que mi padre. Fue él quien sembró en mí el sentimiento de pertenencia a aquellos “malditos” andalusíes, o de expresión humillante, moriscos y que se resistían a desaparecer pese a sufrir todo tipo de presiones. Era el último vestigio de una brillante cultura, lo que quedaba de una civilización que fue esplendorosa. Desde la caída de Granada, y quebrantando la firma del pacto sellado entre el rey Boabdil e Isabel la Católica y su esposo Fernando, que incluía el reconocimiento del derecho confesional de las minorías, los eclesiásticos perseguían la total evangelización de la Península Ibérica. Las minorías no tenían otro camino que la conversión o la expulsión.

Continuó mi padre hablando en castellano y dirigiéndose a mi madre:

—Fátima, preparanos un caldo sin cuscús, nos podría delatar. Y tú, Zahra, adecenta con un trapo la cruz, que está cubierta de telarañas. Limpia todos los símbolos, puede que tengamos visita en cualquier momento.

Y continuó diciendo:

—Qué Dios nos perdone.

Mi madre le respondió airada, con un gesto que denotaba cierto hartazgo:

—¿Hasta cuándo, Qasim?, ¿hasta cuándo nosotros y nuestros hijos hemos de seguir la farsa? Dios mío, ¿por qué nos has abandonado? ¿No nos queda más opción que vivir una vida miserable, como la que estamos viviendo, o morir? Ya estoy cansada, Qasim, y tengo miedo por mis hijos.

³⁹⁹Conocida como Exordio. Es la primera de las azoras o capítulos en que está dividido El Corán. (N. de la t.)

Mi padre le contestó con calma:

—Fátima, no es conveniente hablar esto delante de ellos. Si la fe de nuestro profeta Mahoma, que la paz sea con él, te pesa, no hay obligación de seguirla.

—No puedo engañar a mis hijos, Qasim. ¿Cometo algún pecado si digo que estoy harta y tengo miedo?

Respondió mi padre:

—Dios recompensará a los que tienen paciencia, así lo dice el Libro.

—Lo único que percibo es pesar y dolor – contestó mi madre.

Mi padre me hizo una señal para que le siguiera hasta una habitación pequeña, contigua al establo de los animales. Accedimos a ella a través de otro habitáculo intermedio. Allí solía permanecer en soledad, leyendo y meditando. A la edad de diez años conocí aquel lugar, donde mi padre me hizo memorizar varias azoras del Corán y me enseñó a leer y escribir con soltura el árabe. También aprendí árabe clásico, pues mis dos lenguas vernáculas eran el castellano y el dialecto árabe de Granada.

Aquel día mi padre estaba ensimismado. Mientras yo leía, y a pesar de que cometía errores gramaticales y de pronunciación, observaba que no me corregía.

—Continúa, Ahmad —me decía de cuando en cuando. Debes ser alfaquí como lo fueron tus ancestros. Debes mantener la tradición de nuestros antepasados.

Después del asesinato, el domingo, me encontraba en la parroquia del pueblo, en Láchar, escuchando el sermón de *Fray*⁴⁰⁰ Mico junto a mis padres y mi hermana Zahra. Ya había sido identificada la víctima. La esposa del difunto, que era cristiano viejo, se percató de su retraso y alertó a los alguaciles. Cuando se encontró el cadáver, decapitado, se le pidió que lo reconociera. Pudo identificarlo por una cicatriz que tenía en la pierna. Aquello era suficiente para culpar a los cristianos nuevos. El cura, que era hombre serio y decidido, solía demonizar a las “alimañas” que rechazaban el brillante mensaje de Jesús y seguían las supercherías destiladas en las enseñanzas de Mahoma.

Durante el sermón, muchos fieles mostraron gran rabia por el crimen.

“El asesinato de Andrés Alonso debe abrirnos los ojos ante el peligro que nos acecha. No viviremos nunca en paz y con tranquilidad mientras estos apóstatas moriscos vivan entre nosotros. Durante mucho tiempo hemos intentado guiarlos por la luz de la religión verdadera, en la doctrina del Mesías. Sin embargo, rechazan convertirse a ella y cuando lo hacen es por conveniencia, interés o miedo. Raramente un converso resulta ser un buen cristiano. ¿Debemos aceptar que esta plaga deshonre la fe verdadera con sus prácticas mahometanas, paganas y falsas?, ¿o es nuestra obligación continuar defendiendo la fe pura, la fe de nuestra Santa Iglesia?

Nuestro futuro depende de la respuesta que demos a estas dos preguntas. Nada hace al ser humano más grande que la fe en Jesús. Siendo el sentimiento más noble, por desgracia, hoy se está deteriorando bajo el peso de las supersticiones y las malas creencias.

Gracias a la noble misión que ha realizado la Inquisición, pensábamos que se había acabado con sus alfaquíes, con sus curas, pero no es así. Pues, aunque los cristianos nuevos son obstinados, hubieran abandonado sus erróneas creencias de no tener quien les predicara o les guiara en sus supercherías. Sus mujeres aún son peores, ellas los incitan a seguir los preceptos de Mahoma.

No se privan de celebrar sus prácticas paganas y blasfemas dañando los pilares sagrados de la Iglesia y la fe verdadera. En Valencia, he escuchado con mis propios oídos cómo los niños cantan la *zambra*⁴⁰¹ y glorifican a un líder hereje mientras atacan nuestros valores. Voy a repetir algo que escuché allí, no por causaros daño alguno, al contrario, para que seáis conscientes del peligro que nos rodea. En Valencia conviven con el mal y además lo protegen. Nuestros nobles amparan a los cristianos nuevos porque faenan sus tierras, pero si nosotros trabajáramos como es debido no necesitaríamos de esta plaga. Y aquí tenéis lo que aquellos niños moriscos cantaban mientras brincaban frenéticamente:

Li, li, li, ha, ha, ha.

Hini, hini, niha, niha.

*Mostrad que os habéis convertido a la religión del Mesías,
aunque no creáis en ella,
y aunque no os pase esto por la cabeza
mostrad aquello obligados,
Mahoma está en nuestros corazones”.*

El fraile hizo un paréntesis. La indignación de los creyentes alcanzó su punto más álgido y comenzaron a gritar al unísono:

—¡Jesús!

Después se persignó.

Continuó el fraile su discurso con firmeza:

⁴⁰⁰En aljamiado en el original.

⁴⁰¹Arabismo que emplea Awrīd en aljamiado.

“Son traidores al servicio del tirano de Turquía, el mismo que amenaza nuestras costas y cuyos corsarios embarcan en Argelia para atacar nuestros puertos. Y mantienen también relaciones secretas con el moro de Marruecos. Por todo ello, si cuentan con el apoyo de los corsarios de Marruecos y Turquía, gente con la que comparten la misma fe, ¿cómo no van a asesinar a los ancianos, a cristianos indefensos? Pero, ocurre así porque nos mostramos pusilánimes. ¿Qué hemos ganado con prohibir sus ritos, vestimentas y lengua? ¿Hemos eliminado el mal derruyendo sus baños y mezquitas? No, su arrogancia ha llegado a tal punto que no dan marcha atrás. Siguen los preceptos del Corán, sólo comen la carne que ha sido sacrificada según su rito religioso y rechazan comer la del cerdo. No trabajan los viernes, ayunan durante el mes del Ramadán y solo acuden a los sacerdotes cuando se ven obligados y, cuando van, se comportan como bárbaros salvajes. Así es, unos sacerdotes me comentaron que nunca confiesan sus pecados. Si bautizan a sus hijos, en cuanto llegan a sus casas les falta tiempo para lavarlos y no dejan que los sacerdotes entierren a sus muertos. Me han confesado que no celebran la misa de difuntos nada más que por obligación, porque saben que de esta manera seguirán siendo musulmanes. Hay que tener mucho cuidado. Son promiscuos y, con la fertilidad que caracteriza a sus mujeres, pronto nos superarán en número. ¿Qué será de nuestra tierra y de nuestras creencias si nos mostramos débiles frente a su fervor y pasivos ante su fecundidad? Que, entre ellos, haya algunos buenos cristianos nuevos, desafortunadamente no es garantía de lealtad de la mayoría. Hasta no hace mucho nos beneficiábamos de la presencia de moriscos cristianos y honrados, que araban la tierra y realizaban los trabajos más duros. Mientras tanto, los cristianos viejos gestionaban los cargos de estado o combatían en las filas del ejército. Pero, por desgracia, ahora los asuntos no se gestionan con orden. No hay más solución que echarlos de nuestra tierra o acabar con ellos para que podamos vivir en paz”.

Después, comenzó a rezar el padrenuestro. Rezamos todos:

*Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino (...)
y no nos dejes caer en la tentación.
Libranos del mal y bendito sea el poder de tu gloria.
Amén.*

Al salir de la parroquia la gente intercambió felicitaciones por la contundencia del discurso de Fray Mico. Pertenece el cura a la Asamblea General de la Inquisición y había sido testigo de la conversión de mi padre al cristianismo, de su bautismo, confirmando de esta manera su correcta cristianización. Mi padre recibió calurosos saludos por el éxito de su conversión. Él hizo un gesto con la cabeza en señal de gratitud, sin pronunciar palabra.

El cuerpo de élite de la Infantería, el Tercio, arrestó a dos moriscos, uno era mulero y el otro albañil. Fueron llevados ante el Tribunal Eclesiástico para ser juzgados. Se les culpaba de delitos muy graves. Ambos se desplazaban a menudo debido a su trabajo y eran moriscos convertidos al cristianismo, los dos motivos más que suficientes para que fueran declarados culpables del delito pese a que no había prueba alguna en su contra. Aunque los procedimientos de la Inquisición eran totalmente secretos y se justificó que la condena era una penitencia para sus espíritus, que se habían extraviado debido a las herejías mahometanas, la realidad es que se buscaba aleccionar al resto de conversos. Todos los habitantes del pueblo de Láchar debíamos presenciar la ejecución de los dos presuntos asesinos. No hacerlo te ponía bajo sospechosa y te exponía a la persecución de

las autoridades de la Inquisición. A partir de 1568, con el motín de los moriscos, como nos llamaban los cristianos, la Inquisición empezó a imponer sus funestos postulados por encima de los que entendían que no era prioritario la conversión al cristianismo de los moriscos. Estos últimos consideraban que los conversos eran indispensables para la economía por su profesionalidad. De esta situación, los nobles obtenían grandes beneficios, pues los moriscos pagaban le regalías a cambio de protección. Eran campesinos que destacaban por su dureza. Las conquistas españolas no ofrecían a los de allende el mar más que dos maneras de ganarse la vida, la espada o la sotana. Pero los moriscos eran excluidos de estas dos tareas asignándoles trabajos más humildes, como la artesanía y la agricultura. Ambos sectores eran generadores de riqueza. En relación con los moriscos, o se ‘limpiaba’ España de esta plaga o se aprovechaban de sus habilidades y esto hizo que se aplazara el momento de su expulsión. La Iglesia, por el contrario, tenía una percepción diferente. No daba importancia a su participación económica ni entendía que la destreza de aquellos moriscos fuera necesaria para España. La pureza de fe y la uniformidad religiosa de la Península Ibérica eran asunto prioritario para ella. En la corona encontraban a su gran aliado pues, mientras que la monarquía se presentaba como centinela del credo cristiano, la Iglesia ponía al servicio de la autoridad real su red de influencias en Al Ándalus⁴⁰² y en los reinos periféricos para consolidar su poder.

La ejecución de los dos presuntos criminales, dos cristianos nuevos o moriscos, tan solo era un episodio más de la carrera por el poder que disputaban religiosos y laicos. El juego superaba los límites del simple cumplimiento de una sentencia.

Mi padre intuía que lo más importante no era la muerte de estos dos moriscos, aun siendo un acontecimiento lamentable. Realmente, el hecho de ejecutar a dos personas del vulgo no era la apuesta, lo que verdaderamente preocupaba era la presencia de los moriscos.

Los dos presuntos culpables fueron atados en el crematorio, donde aún tuvieron que defenderse de la acusación de crimen con premeditación. El albañil juró por el Dios Todopoderoso que no había abandonado su casa, pues se preparaba para pasar el invierno. Después, lloró pensando que sus lágrimas provocarían compasión en el corazón de los sacerdotes y los alguaciles, y expuso como disculpa que era padre de hijos pequeños que no tenían otro sustento que su trabajo.

Contrariamente, el mulero sorprendió al público por su sangre fría.

—No asesiné, soy inocente. Pero, si de esta manera procede la religión de los cristianos, prefiero morir en la fe de Mahoma. Mi dios será más misericordioso que el dios de los que me sentencian injustamente.

La multitud, ante las blasfemias del mulero, gritó su indignación.

El obispo que oficiaba la ceremonia le respondió:

—Los insultos que lanzas a nuestra sagrada fe no lograrán clemencia, al contrario, te expondrán a los castigos más duros, en este mundo y en el más allá. Podríamos redimirte de tus blasfemias, pero no toleraré la ofensa que haces a la fe cristiana. No consentiré el daño que estás ocasionando a las almas puras de los presentes, a los que pretendes engañar con tus injurias.

Mi padre presencié la escena, cabizbajo. El juicio era definitivo y sin apelación. El drama de la cremación no tenía como objetivo cumplir una sentencia concreta, sino provocar la ira de los habitantes con la pretensión de ponerlos en contra de todos los moriscos.

El obispo tomó la palabra e hizo del juicio de los dos pobres herejes una oportunidad para propagar el discurso que circulaba contra todos los moriscos, con la intención de fortalecer así las directrices de la Iglesia:

⁴⁰²*Sic* en el original (Al Ándalus), en lugar de Península Ibérica como aparece en otros lugares de la obra. (Nota de la traductora).

Nada amenaza tanto nuestra sagrada fe como la herejía. Es como el gusano para la fruta, que la devora poco a poco y acaba por pudrirla. Aquellos que permitieron las herejías pagaron un alto precio por ello, los que se enfrentaron a ellas siempre fueron recompensados. La tolerancia es una lacra. Es triste que los laicos pacten con moriscos herejes bajo el pretexto de que son indispensables para la economía del país. No saben que el futuro de nuestra nación no es una cuestión material. La pureza de la fe está por encima de toda consideración. La tolerancia es una de las formas del laicismo que aprovechan los herejes para poner en peligro nuestra fe y nuestro país. El futuro de nuestra nación deben comandarlo los hombres de Iglesia, que con la ayuda de nuestros valientes reyes harán que el reino de los cielos llegue con prontitud a la Tierra. Los laicos no creen en los textos sagrados y dan preferencia a los intereses materiales, cuando las Escrituras son claras en lo referente al trato que deben recibir los que adoran ídolos. A través de Samuel, Jehová ordenó al rey Saúl que acabara con los herejes de Amelec: “Golpea ahora, Amelec, avísales de la maldición que pesa sobre ellos y sus posesiones. No tengas misericordia con ellos. Mata a hombres, mujeres, niños y recién nacidos, a los toros, al ganado, a los camellos y a los asnos”.

Contrariamente, Saúl perdonó al rey de los *amelekites* y no sacrificó al ganado. Y Dios lo castigó, le quitó el poder por mostrarse débil ante los idólatras.

¿Debemos acatar preceptos diferentes de los que nos indican los textos sagrados? No, es idolatría aceptarlos. Pero, por desgracia, a eso es a lo que nos incitan los laicos, la nobleza militar que mantiene fuertes vínculos con los grandes latifundistas y hasta con la misma corte. No hay otra medicina para la herejía que el castigo. ¿Cómo podemos perdonar a quien Dios ordenó que castigáramos con la más dura de las penas?”

La muerte del desdichado cristiano viejo y el juicio del mulero y del albañil fueron una oportunidad más para reforzar el poder de la Iglesia.

Cubrieron las cabezas de los condenados con unas casacas amarillas, el *sambenito*⁴⁰³, prendieron la hoguera y fueron arrojados al fuego. Los gritos de los atormentados se confundieron con los aullidos de júbilo del público, gozosos con el resultado final del juicio de Dios.

Tras la ejecución, mi padre se sumió en el más profundo de los silencios. Estaba convencido de que el escarmiento de aquellos dos moriscos tan sólo era el preámbulo de un castigo colectivo. Desde ese día mi padre intensificó su alerta y nos exhortó a proceder de la misma manera.

No supe que era musulmán hasta que cumplí los diez años, pues mi padre decidió ocultar nuestra fe por miedo a que fuéramos descubiertos a una edad temprana. Aprender la lengua árabe, por otra parte, no implicaba ser musulmán. Se permitía su uso, pues el idioma no se consideraba que fuera una práctica cultural nociva. Pese a ello, con el paso del tiempo peligró su pervivencia. Escribíamos el castellano con caracteres árabes, lo que se denomina aljamiado, como alteración de la palabra “al-ayamiyya”⁴⁰⁴.

Mi dualidad idiomática, el castellano y la lengua árabe local, no puso en duda mi conversión al cristianismo. En realidad, fui cristiano y me comporté como tal hasta el día en que supe por mi padre que mis raíces eran musulmanas.

⁴⁰³En español y con caracteres latinos en el original: “San Benito”.

⁴⁰⁴Que significa: “la lengua extranjera”. (Nota de la t.).

Aquello fue un duro golpe y una gran responsabilidad, pues siendo musulmán tenía que ocultar mis creencias. En aquel momento fui consciente de que ya no volvería a ser como el resto. Entre los diez y los catorce años empecé a aprender el árabe clásico y las doctrinas del islam. Mi padre solía despertarme por la mañana, temprano, para inculcarme las enseñanzas que irían dando forma a mi identidad.

Mi hermana Zahra, cuyo nombre en castellano era Inés, no era muy asidua a las prácticas religiosas, comportamiento que a mi padre parecía no importarle mucho. Sin embargo, a mí me cargó con todo el peso de la responsabilidad que suponía perpetuar el oficio de alfaquí. De toda nuestra gente, los alfaquíes eran los más odiados por los clérigos, pues ejercían una enorme influencia entre los moriscos y alentaban la conversión falsa a la fe cristiana.

¿Hasta cuándo puede uno ocultar su identidad? Teníamos a favor la complicidad de los grandes propietarios de tierras, que no se preocupaban por la pureza de la confesión mientras que sus tierras estuvieran bien labradas y pudieran cobrar los tributos de los artesanos.

Pero ¿hasta cuándo? Hay momentos en la vida que obligan a una persona a hacer pública su realidad más íntima, así ocurre con el casamiento o la muerte. ¿Podemos controlar con seguridad estos dos momentos tan peligrosos de nuestras vidas? El matrimonio es un asunto familiar que no debe exponerse al libre albedrío de los caprichos del amor, lo mismo ocurre con el funeral. En cierta manera, en una y otra situación pueden disimularse los ritos. Puede que alguien muera en la religión de Mahoma, la paz esté con él, y ser enterrado según el rito cristiano, pero ¿cómo podemos controlar los caprichos del amor? ¿Y qué hacer si alguien insiste en ser enterrado según el rito musulmán?

Mi padre estaba preocupado, porque en cualquier momento podría descubrirse el asunto de la falsa conversión.

Mi hermana Zahra alcanzó los dieciocho años, edad de casarse. ¿Cómo procederíamos si le pedía la mano un cristiano puro? ¿Qué haríamos si se enamorara de ella un cristiano puro?, ¿podríamos llevar una vida normal sin levantar sospechas? Las ocasiones de conocer a un joven en la iglesia, en el zoco o en cualquier sitio no eran pocas.

Ante estas incertidumbres, mi padre se abrió, pero no para expresarme su melancolía, lo hizo para hablarme de él, de su vida pasada y de sus ancestros. La religión musulmana y mi relación con la lengua árabe no eran consustanciales a mi memoria, nacían de una mezcla social y cultural, eran una especie de gelatina que en cualquier momento podría evaporarse. Sólo arraigaron en mí cuando conocí nuestra propia tragedia: la de una comunidad esclavizada y maldita, expuesta al saqueo y al exterminio. Fue el conocimiento de este infortunio lo que verdaderamente afianzó en mí el sentimiento de pertenencia a una comunidad. En realidad, el islam o la lengua árabe solo eran una manifestación de esa tragedia.

En aquel momento no era capaz de comprender aquella situación, pero mi padre me preparó para aquello. Junto con la lengua árabe, que me enseñaba, y la doctrina del islam, que me inculcaba, deseaba que fuera consciente de la dimensión de la tragedia morisca. Era como si su última hora fuera a llegar y tuviera que ceder la antorcha, o al menos prepararme para aquello. La ejecución y muerte de los dos moriscos le habían afectado profundamente.

¿Conocía él a estas dos personas? ¿Creía a ciencia cierta en la inocencia de ambos? No sé. Pero aquello supuso un giro importante en su vida... y en la mía. En secreto y con palabras me reveló lo que hasta ahora venía escuchando en mi interior:

“No es de cobardes, hijo mío, mostrarnos como en realidad no somos, pues lo hacemos para preservar lo más sagrado que nos otorgó Dios, el Todopoderoso, que es la vida. Nos obligaron a ocultar nuestras creencias. La fe no se impone a la fuerza. La única manera

de convertirse a una religión es a través del amor y la justicia, sin embargo, la doctrina que pretenden imponer se apoya en el odio y la injusticia. Y ese no es el mensaje de amor que enseñó su Mesías. Nosotros no rechazamos al dios de Jesús, rechazamos al dios de la Inquisición en cuyo nombre queman a inocentes, los asesinan, saquean sus pertenencias y exponen sus cadáveres al escarnio público. A los ojos de los Tribunales de la Inquisición somos diablos, herejes que rechazan el mensaje de Jesús. La realidad es que sus enseñanzas han sido distorsionadas y deformadas. ¿Cómo quieren que nos convirtamos a una doctrina que ha sido menoscabada? Nos culpan de los problemas que tienen Castilla y los otros reinos ibéricos y nos consideran traidores al servicio del califa otomano. Es una calumnia... En realidad, somos herederos de una civilización grandiosa, hijo mío, como se puede apreciar en la belleza de los palacios de la Alhambra y en la majestuosidad de la Giralda, en el esplendor de la mezquita de Córdoba, en la humanidad del pensamiento de Ibn Arabi o en el racionalismo de los escritos de Avempace y Averroes. Esa civilización no vino de fuera, sino que nació en esta tierra. Supone un logro de sus hijos, que asimilaron influencias externas. Es fruto de la ley de Dios, que permite la mezcla de pueblos e ideas. De no ser así, no habría justicia en la Tierra, como está escrito en nuestro sagrado Corán. Y he aquí que los hombres de la Inquisición nos consideran responsables de todas las desgracias que sufre el cristianismo, como si fuéramos nosotros los culpables. Olvidan que tenemos más cosas en común con un cristiano viejo que con Tariq ibn Ziyad y sus hordas, los moros y árabes que bajo su mando conquistaron el país de los godos. Pero la gente se ciega cuando se envuelve en los sentimientos patrióticos y olvida pensar. Del mismo modo, cuando nos llega la desgracia tampoco reflexionamos, pese a que debía ser entonces, cuando el verdaderamente fuerte debería mostrar inteligencia y cordura de pensamiento. ¿Cómo no va a buscar a un proscrito ayuda de quien pueda prestársela? ¡Ay!, ¡si supieras, hijo mío, las vejaciones que hemos sufrido y las penurias a las que hemos estado expuestos desde la caída de Granada! Y todo ello a pesar del pacto firmado entre el ministro del sultán Boabdil, el último de los reyes de los Nazaríes, y los castellanos antes de la entrega de la ciudad. Un tratado que exigía respetar nuestra religión. Pero en la mayoría de las ocasiones la naturaleza humana permite que el vencedor no vea la necesidad de cumplir con la obligación de lo firmado. Te voy a leer una cláusula del acuerdo, del cual aún guardo una copia. Coge el manuscrito de la estantería, ábrelo y encontrarás un pergamino escrito en castellano. Puedes leerlo sin dificultad”.

Comencé a leer, despacio:

“Se acordó que los príncipes y sus sucesores, de forma permanente y para siempre, permitirán que el rey Abu Abd Allah, sus gobernadores, jueces, sabios, muftíes, alfaquíes, alguaciles, nobles, caballeros, cocheros, ancianos y el pueblo, pequeños y mayores, vivan según sus leyes. No se les obligará a abandonar sus mezquitas ni escuelas, ni a sus muecines, ni las torres que estos utilizan para llamar a la oración. Se les dejará en paz, y se da la orden de permitir que sus mezquitas, propiedades y rentas sigan tal y como están hasta el día de hoy”.

—Las torres de las que habla el texto son los alminares. No hay duda de que comprendiste el texto, Ahmad —interrumpió mi padre afirmando.

Asentí con la cabeza. Continuó mi padre diciendo:

—Esto es claramente lo que se acordó, hijo mío, aunque el resultado de las batallas fuera proclive a los príncipes cristianos. ¿Cómo iba a molestar esto a los habitantes del barrio del Albaicín de Granada, o de la Alhambra? Sus derechos iban a ser tenidos en cuenta, ellos serían tratados con justicia y también se les respetarían sus creencias y lugares de rezo. Pero, por desgracia, nada de aquello se ha respetado. Granada fue dividida en dos partes, una cristiana y otra musulmana. ¿Cómo es posible que quien vive

recluido, a la postre, no se sienta diferente, excluido? Nuestros antepasados fueron marginados y después expulsados a los arrabales de la ciudad, al famoso barrio del Albaicín, el lugar donde nací y que jamás volveré a pisar.

Agachó la cabeza con tristeza. Dejó de hablar un momento y luego añadió:

—En invierno, ¡qué frío hace en Al Ándalus!

Hizo una pequeña pausa y continuó diciendo:

—El fuego se está apagando. Echa leña a la chimenea e intenta no hacer ruido, Ahmad, tu madre y tu hermana Zahra están durmiendo ¿Qué estaba yo diciendo? ¡Ah, sí! Relataba la caída de Granada. La jerarquía eclesiástica no tenía intención de cumplir con el pacto firmado, que exigía libertad de creencia. El cardenal Cisneros, antes de ser miembro del Tribunal de la Inquisición, y cuando presidía el arzobispado de Toledo, se afanó en cristianizar a todos los musulmanes del barrio del Albaicín. Como la población se resistió a abandonar la fe de sus ancestros, no dudó en emplear la fuerza para su fin.

—Cierta día, un alguacil violentó a una mujer siguiendo las instrucciones del propio cardenal Cisneros. Aunque ella pidió ayuda, el alguacil y sus hombres se la llevaron. Se había negado a convertirse al cristianismo a la fuerza.

—Sus alaridos de dolor se propagaron por todo el Albaicín y alcanzaron el corazón de sus habitantes. Gritaba con todas sus fuerzas vociferando que aquello iba en contra del acuerdo de las Capitulaciones. Pese a ello, la mujer fue conducida desde la gran plaza del barrio a la cárcel. ¿Qué podían hacer sus vecinos, impotentes? ¿Insultar? ¿Qué podía conseguir una mujer gritando y pidiendo ayuda?

—La indignación por la injusticia era tremenda. Ante esta situación, era imposible prever la reacción de la gente. Y fue entonces, que uno de entre la multitud lanzó una piedra al alguacil y lo mató. No era la primera vez que obligaba a alguien a convertirse. Se produjo en aquel momento un gran tumulto: los habitantes del Albaicín se alzaron en armas clamando ¡*Allahu Akbar!*, ¡*Allahu Akbar*⁴⁰⁵ y comenzó un amotinamiento. Los hechos que me contaba mi padre se los había relatado el suyo y a él su abuelo, Muhammad al-Zubaydi, descansen los dos en paz en Su misericordia.

—Tu bisabuelo tomó las armas contra la tremenda injusticia de las conversiones forzadas, contrarias al pacto de las Capitulaciones.

—La multitud rodeó la residencia del cardenal Cisneros y preparó su linchamiento. ¿Qué otra cosa se podía hacer? Pero, fueron reprimidos brutalmente y regresó la calma. Tras este conflicto, el cardenal propuso actuaciones aún más terribles —se me pone la piel de gallina con tan solo pensarlo—. De todas las bibliotecas, ordenó quemar los manuscritos y los archivos de los sultanes nazaríes. Tan solo se salvaron los libros de medicina. Aquello era como arrancar las raíces de un árbol. El tronco puede aguantar, pero el árbol no podrá crecer un ápice más. Nuestra memoria se evaporó con las llamas y nuestras costumbres e idioma se vieron amenazados con la destrucción. Para un pueblo, lo más terrible es perder su lengua y su cultura.

—Hay dos maneras de luchar contra la aniquilación cultural. Unos se dejan llevar por la cultura dominante, aprenden la lengua del vencedor y adoptan sus costumbres sin plantearse cuestiones existenciales. Pierden en la mudanza, como un vástago trasplantado cuya fruta nunca tendrá el mismo sabor y fuerza que el árbol madre. Otros, por el contrario, rechazan la dominación y lo expresan con discursos radicales. Son como te dije antes, hijo mío, como un árbol cuyas raíces han sido arrancadas y no puede enfrentarse a las condiciones climáticas. No se deja doblar por el viento, pero tampoco se puede aprovechar de las bondades del agua de lluvia.

⁴⁰⁵Expresión que significa “Dios es grande” (N. de la t.)

—En esto último nos hemos convertido la mayoría de nosotros, en árboles sin vida. Por todo ello somos obstinados, de carácter fuerte y duro, intransigentes, porque nuestras raíces han sido arrancadas.

—El cardenal Cisneros facilitó a sus sucesores el camino para limpiar la Península Ibérica de musulmanes y judíos. Recuerda este nombre, hijo mío, Cisneros. Según creo, sus ambiciones iban más allá de unir bajo un mismo culto a todos los habitantes de los reinos hispanos.

—El barrio del Albaicín continuó siendo el germen de la resistencia, pero en la clandestinidad. El movimiento se transformó en una lucha pasiva ante un enemigo que cada vez era más fuerte, era la única manera posible de afrontarlo. Hubiera sido un suicidio intentar oponerse a un adversario cuya reacción podría tener consecuencias terribles. Sí, la mejor manera era la resistencia pasiva: doblarnos como cañas.

—En el año 1566 se aprobó un edicto que obligaba a los moriscos a dejar de usar la lengua árabe en un plazo máximo de tres años, uno para abandonar nuestras vestimentas de seda y dos años para las que eran de lana. También se nos forzó a abrir las puertas de nuestras casas los viernes, los días festivos y durante las bodas. Fueron vedadas las zambras, nuestras danzas y ceremonias populares, y se prohibió usar la alheña y llamarnos con nombres moriscos.

—En virtud de este decreto fueron demolidos los baños públicos y privados.

—¡Cómo no iban a rebelarse los pobres moriscos! Habían agotado todas las vías pacíficas y posibles para recurrir estas cláusulas. Paralelamente, las autoridades castellanas reclutaron mercenarios para quitarles sus pertenencias haciendo uso de robos y saqueos.

—Mujeres y niños fueron vendidos en los mercados de esclavos. Los moriscos se organizaron para defenderse y levantaron sus campamentos en lo más recóndito del macizo de Las Alpujarras bajo el mando de Juan Hernández Musdal, quien tomó por nombre musulmán Ibn Umayya o Ben Omeya. Se llevaron consigo a sus mujeres e hijos, resistieron cuanto pudieron... ¿y para qué sirvió su valentía? ¿Cuánto podrían aguantar aquellos valientes y aguerridos combatientes sin provisiones y con la carga de niños y mujeres? ¿Cómo podrían soportar el frío, el hambre y el aislamiento? Eran valientes, sí, pero estaban rodeados. Las rutas marítimas, por donde era posible que les llegaran suministros y ayuda de los turcos de Argelia y de los moros voluntarios de Marruecos, estaban vigiladas por la marina castellana. En las inmediaciones de Almería, también fue capturado un emisario morisco que llevaba un mensaje de auxilio para el príncipe moro de Marruecos y la Sublime Puerta de Estambul⁴⁰⁶.

—Hijo mío, tuve conocimiento de ese escrito después, ya traducido al castellano. Desconozco lo que pudo sucederle al texto original. Casi puedo relatarlo de memoria. Es un grito de desesperación cuyo original decía lo siguiente:

“Venid a salvarnos hermanos en la fe. Nuestras desgracias han rebasado todos los límites. Proceded como nos dictan los dogmas de nuestra sagrada religión sin esperar recompensa ni beneficio. Rezad por nosotros para que Dios escuche nuestras palabras. Nos hemos convertido en huérfanos en mesa de mezquinos. Los cristianos nos obligan a abandonar nuestra lengua árabe, fuerzan a nuestras mujeres a descubrir sus caras y prohíben que nos saludemos entre nosotros. Ordenaron que dejáramos las puertas de nuestras casas abiertas para que entrasen por ellas la tristeza y el pecado. Rebasaron todos los límites, nos forzaron con cargas que no podíamos soportar e incluso nos obligaron a cambiar

⁴⁰⁶La Sublime Puerta es una metonimia utilizada para nombrar al gobierno del Imperio Otomano y, por analogía, al propio Imperio (N. de la t.)

nuestra vestimenta. Entraron en nuestras casas sin permiso, violaron nuestro honor y nos prohibieron quejarnos del dolor que nos causaban. Y todo esto después de apropiarse de nuestras pertenencias, encarcelarnos y echarnos de nuestros pueblos. Estamos ya desesperados, pues nos han separado de nuestros hermanos y de nuestras familias. Nos vemos abandonados y hemos sido olvidados, sólo nos queda ya la misericordia de Dios. Miradnos con ojos de pena y piedad pues somos hermanos vuestros en la fe. ¡No permitáis que rompan nuestros lazos! Vuestra indiferencia es más cruel para nosotros que todas las desgracias que hemos sufrido. Que Dios guíe vuestros pasos (...).”

—Debo tomarme un respiro, hijo mío. Es terrible. Nuestros corazones están destrozados. Como dijo el poeta Abu l-Baqa al-Rundi, que Dios me perdone si he olvidado o cambiado algo del mensaje original del emisario granadino.

—No sirvió para nada esta misiva, pues no llegó a sus destinatarios. El mensajero fue interceptado a las afueras de Almería y decapitado. ¿Y cómo no íbamos a pedir ayuda a los turcos o a los moros de Marruecos si no nos dejaban practicar nuestra fe en paz, en nuestra casa y en nuestras tierras?

—Los rebeldes continuaron combatiendo en condiciones deplorables. Los niños morían de hambre y frío, las mujeres luchaban contra los cristianos sin armas. Quedaron expuestas a toda humillación, hasta límites inimaginables: muerte, violaciones, deportación... para finalmente ser vendidas como esclavas. Fue terrorífico.

—El rey, Felipe II, había encargado a su hermanastro Don Juan de Austria, que era un bastardo sanguinario, acabar con la resistencia morisca. Para realizarlo, no dudó en hacer un uso abusivo de las armas más sofisticadas y de los profesionales del ejército mejor capacitados. Finalmente derrotaron a los rebeldes, aunque su defensa fue legendaria en condiciones extremadamente difíciles y sin apenas armamento.

—Las mujeres se negaron a rendirse y se lanzaron al abismo desde la cima de los acantilados.

—Lloro, hijo mío, porque no hay mayor dolor que ver a los tuyos morir y no poder hacer nada por ellos. La muerte es más compasiva que la impotencia.

—Por entonces, yo estaba en la flor de la vida. Desde el Albaicín seguía con impotencia la heroica resistencia de los nuestros en Las Alpujarras, mientras que nuestro barrio, cerrado a cal y canto, era vigilado. No se podía entrar o salir. A pesar de esta inacción, cuando todo acabó, cuando se puso fin a la rebelión, llegó la represión. Nos expulsaron a todos de nuestras casas.

—Tu hermana Zahra ya había nacido. ¡Qué triste fue ver la escena! Los habitantes del Albaicín, cabizbajos, desfilaban uno detrás de otro bajo las inmisericordes miradas de los guardias. Nos dirigíamos hacia un destino incierto, despojados de todos los bienes y separados de los nuestros. ¡Qué escena más triste ver a los artesanos! Orgullosos, habían dedicado toda una vida al trabajo, del que vivían sin necesidades, y ahora se ahogaban en la miseria más absoluta. Mendigaban a una nodriza un cacho de pan para asistir a un niño hambriento.

—Repentinamente, un morisco adolescente se lanzó desesperado sobre un caballero del ejército. Lo hicieron pedazos en un santiamén. Aún fue peor, pues los guardias separaron a los niños pequeños de sus padres, los raptaron y se los llevaron a un destino desconocido.

—¿Qué podía hacer yo cuando era responsable de una mujer y de una niña que podían arrebatarme en cualquier momento? Ya me había rendido. La mayoría de los expatriados murieron en el camino, de dolor, de cansancio, de hambre o de angustia. Algunos fueron asesinados por los que debían protegerles y otros, los más vigorosos, apresados y vendidos como esclavos.

—La memoria del Albaicín se borró. Ya solo era un sitio, un lugar mutilado.

—Llegamos a un monasterio. Nos acogieron unos religiosos que nos ordenaron abandonar nuestra fe. Estábamos dispuestos a hacer cualquier cosa, pues algo se había roto en nuestro interior. Podrían quitarnos todos nuestros bienes, todos, pero no podrían robarnos nuestro espíritu. Nos declararon cristianos nuevos. No éramos conversos porque en sus mentes nunca fuimos musulmanes.

—Para ellos, los ocho siglos anteriores habían sido un paréntesis en su historia, una pesadilla. Consideraban al islam una herejía.

—El corazón del ser humano es un pozo profundo. Puedes controlar el cuerpo de una persona, su libertad y su vida misma, pero mientras no seas dueño de su corazón no podrás decir que lo has poseído. Esa es la herida que nos une, la que nos da energía, vitalidad y el poder para crear. Es la que nos hace fuertes para soportar la humillación y la opresión. Es la herida que nos ha mantenido hasta ahora en la fe.

—Hijo mío, no tomé las armas cuando los nuestros estaban muriendo de hambre, de frío y de angustia. No tomé las armas cuando fuimos expulsados del Albaicín, pero resistí como pude. Resistí para conservar la memoria de nuestra gente, para educarte y para recordarte la injusticia que cometieron con nosotros. Si no podemos cambiar el mal con nuestras propias manos y con nuestra voz, lo cambiaremos con el corazón, reprobándolo, que es lo mínimo que exige la fe. Así lo dijo nuestro profeta Mahoma, la bendición y la paz estén con él.

El fervor religioso de Castilla y de otros reinos, dejó su huella en otros hechos y comportamientos que se sumaron a la acción de la Inquisición. Los cristianos realizaron un gran esfuerzo por encontrar los restos de los Padres de la Iglesia y de otros santos cristianos. Las noticias y rumores de estos descubrimientos, y del hallazgo de algunos sudarios de los apóstoles, impusieron nuevas maneras en la vida cotidiana andalusí. Las excavaciones y descubrimientos reforzaron el sentimiento general de arraigo cristiano en tierras de Al Ándalus. El fin último de actuar de esta manera no era otro que hacer desaparecer el pasado árabe musulmán de Al Ándalus. Cada semana se producía un nuevo hallazgo en un pueblo recóndito, o en otro, ninguna población quedó ajena a este proceso. Los clérigos y la plebe competían por descubrir huesos o los restos de un sudario que pudieran sacar a la luz una evidencia olvidada del pasado cristiano. Con orgullo, los hallazgos eran enviados al Papa que, en seguida, emitía respuesta a las parroquias confirmando la veracidad de estas reliquias y la confirmación de la larga tradición cristiana de ese pueblo, o de aquel.

Cierta mañana, mi pueblo se despertó con un rumor persistente. El obispo había ordenado derruir el alminar de la mezquita y en sus cimientos se había hallado un cofre. Estaba sellado con una cinta de plomo y en el interior fue encontrado un féretro con un esqueleto y un pergamino en árabe. Todos quedaron sorprendidos. ¿Qué hacía un escrito árabe junto a unos restos sagrados, testimonio de la antigua cristiandad de la Península Ibérica? ¡El demonio que querían echar por la ventana entró por la puerta!

Ni el sacerdote de la parroquia ni el obispo *Juan Méndez de Salvatierra*⁴⁰⁷, sabían cómo proceder ante este caso. Así que cedieron la responsabilidad al arzobispo, *Don Pedro Castro*⁴⁰⁸ quien ordenó descifrar los misterios del manuscrito en árabe. Todo nuestro pueblo conocía que el *señor Javier*⁴⁰⁹, debido a su avanzada edad, sabía descifrar el árabe, así que el obispo se dirigió a él para que lo interpretara. El señor Javier daba clases de árabe al arzobispo y habían estudiado conjuntamente la enciclopedia de geografía “Recreo del anhelante por recorrer el mundo”⁴¹⁰, redactado por al-Idrisi.

En lo que me atañe, yo iba de vez en cuando a casa del señor Javier para mejorar mi conocimiento de la lengua árabe. Estábamos absortos en la lectura de la enciclopedia, cuando de repente entró el obispo. El maestro se levantó respetuosamente.

Estuve a punto de salir, pero el obispo me indicó que me quedara. Le dio el pergamino al señor Javier, que empezó a hojearlo y a leerlo minuciosamente. Encontró gran dificultad en descifrar lo que decía. De repente, el obispo me miró y me preguntó por qué me encontraba allí, con el señor Javier. Confuso, contesté que estaba recibiendo clases de geografía. Conocía que la enciclopedia de al-Idrisi pertenecía al corpus científico de libros permitidos por la Iglesia. El obispo ordenó a Javier que me entregara el pergamino y este lo hizo sin dudar. Me indicó entonces que lo leyera. Se aceleró el ritmo de mi corazón y pensé que mis días estaban contados. Me ordenó:

—¡Sígueme!

Cuando nos alejamos del edificio me dio instrucciones:

—Vamos directos a ver al arzobispo. Le diremos que Javier no es capaz de traducir el pergamino y que lo vas a descifrar tú.

⁴⁰⁷En español en el original: Jean Menedez de Salpatirra.

⁴⁰⁸En español en el original.

⁴⁰⁹En árabe aljamiado: *sinyūr Jāfts*.

⁴¹⁰El texto árabe indica una palabra errónea en el título de esta famosísima obra, de uno de los más grandes de la historia de la ciencia geográfica universal: no es *Nuzhat al-muštāq fī irtiyād al-āfāq*, sino: *Nuzhat al-muštāq fī jtirāq al-āfāq*. Ha sido editada varias veces y traducida al francés y el español. (Nota de la t.).

La parroquia del arzobispo estaba a unas diez *parasangas*, pero nos dimos prisa por llegar. Pasamos al lado de la Alhambra, que quedaba a nuestra derecha, y continuamos la marcha hasta la ciudad de Granada. Durante el trayecto no intercambiamos palabra alguna. Cuando entramos en la parroquia, el obispo me señaló una sala de espera donde había un banco de madera. Me senté y empecé a imaginar las terribles consecuencias que podría acarrear aquella aventura. Estaba en ello cuando de repente un cura me distrajo de tan fatales conjeturas:

—¡Sígueme!

Me condujo hasta un vestíbulo pavimentado con losetas de piedra, por las ventanas entraba una débil luz. El zaguán conducía a un patio con arcada al fondo se encontraba el despacho del arzobispo. Estaba de pie y junto a él se hallaba el obispo. Se dirigió a mí interrogante:

—Me dice Manolo que lees árabe.

—Monseñor, soy del pueblo de Láchar donde la gente sigue hablando árabe. Lo aprendí en Valencia, de escuchar a un médico que lo dominaba.

Mentía, pues no tuve otro maestro que mi padre.

¿Me creería?, ¿me salvaría mi aspecto inocente? Quizá al obispo no le interesaba si yo mentía o no, tal vez no tenía otro interés que descifrar los secretos del pergamino. Me lo entregó. Al momento me di cuenta de que su escritura era diferente a la andalusí de formas redondeadas, cuidadas. La del pergamino se aproximaba más a las formas cuadrangulares de la caligrafía cúfica de Cairuán. El texto no tenía vocales. Lo más complicado de todo era que no contenía puntos y una palabra podía tener varios significados. Gracias al contexto conseguí descifrar el significado de los caracteres sin puntos.

El texto era el siguiente:

*Oh tú, que quieres descifrar el enigma, busca su significado,
si no lo haces, no descifrarás sus secretos.*

Superé el primer examen, pues aprecié satisfacción en la cara del prelado.

—Vuelve mañana, —me dijo.

Después se dio la vuelta y se marchó por un pasillo lateral. Tras él, lo hizo el obispo.

Regresé al día siguiente. Me habían preparado una estancia bajo la supervisión de un cura joven. Trajeron un pergamino con el título “Descifrar el evangelio de San Juan dentro del libro del Apocalipsis”. Traduje la palabra “destrucción” como “Apocalipsis” debajo del texto. Una de las frases del escrito comenzaba así: “En nombre del Ser Supremo...”. No podía comprender su significado pues la palabra que venía a continuación no tenía puntos y, por tanto, era confusa. Pedí un diccionario y me lo trajo el cura. Esa palabra no se empleaba en árabe y en verdad se asemejaba al concepto de la quintaesencia. Estaba claro que el texto fue pensado en castellano y escrito en árabe, que no era posible revelar su verdad porque decía lo contrario de lo que la Iglesia quería interpretar de él.

La Iglesia deseaba mártires e ídolos, no pretendía conocer la verdad. Quería que el texto se remontara a los comienzos del cristianismo, que los huesos pertenecieran a los apóstoles y que el sudario fuera de la Virgen María.

La traducción que hice de la palabra no era la correcta, pero era la que la Iglesia deseaba escuchar. Me recompensaron con trescientos reales y con el reconocimiento popular. Fuera donde fuese, la gente me señalaba como la persona que consiguió descifrar el enigmático pergamino que posteriormente fue enviado al Papa de Roma.

Tuve que traducir otros textos. Uno de ellos hablaba de tensiones en Oriente, donde seis siglos después del nacimiento de Jesús, la Paz esté con Él, surgiría un reino que pondría a sus pies el mundo y traería consigo todo el mal. ¡Y aquella era la maldición!

El texto era el siguiente:

*Un rey que controla todo lo que existe hasta el ocaso
y una religión que avanza sobre otra religión cargada de defectos
y el secreto está en los pecados que otorga el destino*

El manuscrito era una especie premonición de la llegada del islam, pero su lengua y su forma no daban lugar a dudas de que era un texto apócrifo. La escritura y su estilo se aproximaban al dialecto hablado en Granada, pero la opinión pública deseaba que el escrito se remontara a la época de Jesús.

Tuve que ser especialmente cuidadoso con un párrafo bastante confuso sobre la coexistencia de las dos religiones monoteístas, el islam y el cristianismo, pues la interpretación era confusa. Traduje al castellano de la siguiente manera:

*Un reino que avanza hasta Occidente.
Una religión que progresa a costa de otra que sufre de injusticias,
y de este modo fueron desvelados los pecados del destino*

Otra posible versión mostraba un significado diferente:

*Un reino que dirige al Universo entero al ocaso
una religión que avanza a pesar de sus injusticias
y un destino que castiga según los pecados cometidos. Este es el secreto.*

La estructura en árabe era inconexa y estaba mal expresada. El cura insistió en que le explicara la segunda estrofa. Salí del paso traduciendo literalmente, aunque según mi opinión los escritores del texto se referían al avance del islam. Se quería hacer ver que el texto había sido escrito en pleno auge del cristianismo y que era una premonición del devenir histórico. El contenido de lo que se leía era que, tras los primeros contratiempos, el cristianismo tomaría su revancha. Aquella era la interpretación de la Iglesia, pero el texto, sin duda, era contemporáneo, como dejaba ver su estructura y composición. En cuanto a la supuesta premonición, se confirmó su veracidad, pues el mundo islámico entró en declive mientras que el cristianismo avanzaba.

Me convertí así en el traductor oficial de la Iglesia, hecho que me permitió profundizar en el conocimiento del cristianismo y perfeccionar mis conocimientos sobre la lengua árabe. Pero el asunto no estaba exento de riesgos, pues la gente de mi entorno empezó a distanciarse. Tenían miedo de que el Tribunal del Santo Oficio me condenara a la hoguera. Los momentos de tregua eran breves y la amabilidad y gentileza que puntualmente mostraban los religiosos no evitaban el peligro. Mis conocidos se exponían a un sentimiento general de miedo y sospecha. Comenzaron a apartarse de mí. Me convertí en un marginado y corrieron rumores de que sería quemado tarde o temprano.

Tras un largo y duro invierno despertó una tímida primavera. La nieve cubría las cumbres de Las Alpujarras y ofrecía unas vistas majestuosas y solemnes. Arreció la lluvia, que fue intensa y obligó a los habitantes a permanecer en sus casas y salir tan solo cuando se despejaba. La gente del pueblo simuló que olvidaba las ejecuciones para que la vida recobrar su ritmo habitual. Mi padre volvió a las faenas del campo. Por mi parte, debía viajar a Granada para entregar una traducción al obispo de la ciudad. La visita me sirvió de excusa para conocer la Alhambra.

Mi hermana Zahra se limitaba a ir a misa los domingos y traer a la casa agua de la fuente. Transmitía paz y tranquilidad. Cuando regresé, me invitó a que la acompañara a pasear por el campo. La sierra estaba esplendorosa.

—¿A dónde quieres que vayamos?, —le pregunté.

—A donde quieras, Pedro. Tengo ganas de caminar, de hablar.

—¿Por qué me llamas Pedro si no hay nadie que pueda escucharnos?

—Da igual, Ahmad.

Durante unos instantes, entre nosotros reinó el silencio. Comencé a hablarle de la Alhambra. Había quedado impresionado por su gran belleza.

—La Alhambra es preciosa.

—Es realmente hermosa, contestó Zahra.

—Para nosotros debería ser motivo de orgullo, ¿verdad Zahra?

—¿Qué quieres decir con “nosotros”?

—Nosotros, los musulmanes.

Guardó silencio por un momento y añadió:

—Ya no pertenece a los musulmanes.

—Pero fueron ellos los que la construyeron.

—No supieron conservarla. Ahora pertenece a los que harán de ella su casa.

—¿Por qué? ¿No estás orgullosa de nuestra historia?

—Claro que sí.

Después, como si no me hubiera escuchado, cambió de conversación:

—Quiero decirte algo, Ahmad, pero prométeme que vas a guardar el secreto.

Se me puso la piel de gallina y guardé la compostura.

—Te lo prometo, Zahra.

—Vale, Pedro o Ahmad, como prefieras. Estoy cansada de vivir como musulmana en nuestra casa y de parecer cristiana en la calle. Cualquiera día descubrirán el engaño.

—En nuestra situación no tenemos elección, Zahra. Fuimos obligados a ello. —

En realidad, repetía sin convicción lo que decía mi padre.

—Con el tiempo, agota.

Continuó hablando:

—Cuando Castilla era musulmana nosotros éramos musulmanes. Y ahora... —se quedó callada.

—¿Qué quieres decir, Zahra?

—A esto es a lo que quiero llegar, Pedro. Ahora soy cristiana porque España es cristiana.

Si se me hubiera caído el cielo encima no me habría hecho tanto daño como sus palabras. Al principio, pensé que estaba bromeando, pero Zahra era demasiado seria para gastar aquel tipo de bromas.

—¿Cómo puedes considerarte cristiana cuando tu familia es musulmana?

—El dios al que adoran los musulmanes y los cristianos es el mismo, es uno. Cada cual lo adora a su manera.

—Pero los castellanos matan hoy en nombre del cristianismo.

—Y los musulmanes también mataron en nombre del islam.

—Me sorprende lo que dices, Zahra.

—No te sorprendas, Ahmad. Si prefieres, te llamo Ahmad. Ya estoy harta de tanto ocultar y disimular, no deseo abandonar mi tierra natal. Es mejor ser cristiana.

—Ser musulmana significa ser fiel a nuestra historia, a nuestro dolor y a las tragedias de nuestra gente.

—El sufrimiento de los nuestros fue una gran injusticia. Nada lo disculpa, pero Jesús no es responsable de aquellos atropellos.

—En nombre de Jesús se creó la Inquisición.

—Escúchame, Ahmad, tú eres hombre y puedes conservar tu fe como musulmán.

—Pero Zahra, las moriscas se han enfrentado con las manos desnudas a los alguaciles y a los Tercios defendiendo nuestra fe.

—No quiero luchar. Quiero vivir, Ahmad. Quiero tener una casa y una familia.

—Me hieres, Zahra. Estás traicionando lo más valioso que tenemos.

—Esta es la mejor manera de conservar nuestro legado. Sé que nuestros antepasados eran alfaquíes y que recibieron una tradición que trajo a nuestro hogar sabiduría y conocimiento. No voy a traicionar su herencia, manteniéndome viva, conservo su legado. Si pierdo la vida desaparece su herencia.

—Pero, podríamos conservar ambas cosas. Permanecer en nuestra tierra y conservar nuestra religión.

—Ahmad, el día menos esperado se nos obligará a elegir entre quedarnos y cambiar definitivamente nuestras creencias o conservar nuestra fe musulmana y abandonar esta tierra.

Tuve la sensación de que estaba hablando con otra persona, que no era Zahra. Su dulzura y candor no estaban presentes en esta conversación. Le dije:

—No eres tú la que habla, Zahra.

—Llevas razón, la situación que estoy viviendo habla en mi nombre.

Hizo una pausa y siguió diciendo:

—He decidido desvelártelo a ti. Padre no está preparado para escuchar esta conversación. Por favor, guarda este secreto como me prometiste.

Regresamos a casa sin decir una palabra. Tenía la esperanza de que aquello fuera solo una broma, pero ella era la más seria de todos nosotros.

Mi vida dio un giro de ciento ochenta grados con el mensaje que me había desvelado Zahra. No podía contárselo a nadie. De hacerlo, me hubiera desahogado, ¿pero a quién le contaría este secreto? ¿A un extraño? Sería traicionar a mi familia. ¿Lo debería compartir con mi padre y de este modo develar el secreto de Zahra?

También estaba mi madre, pero tuve miedo de contarle detalles a ella. Presentía que también era cómplice del secreto de Zahra, aunque desconocía hasta qué punto llegaba tal complicidad. ¿Se habría convertido también mi madre al cristianismo?

Mi padre acabó dándose cuenta de mi preocupación. Mi mente estaba ausente todo el tiempo y observó que le daba de lado a mi hermana. Me aturdía mi propia pasividad.

Cierto día, mi padre se dirigió a mí con sutileza. Me dijo:

—Sé amable con Zahra, es muy sensible. La hieres cuando le das de lado. Debes protegerla.

Estuve a punto de desvelarle todo, pero me contuve.

—Así haré, padre. —Fue suficiente con aquella respuesta.

Cuando nos retirábamos para estudiar, mi padre me hablaba del sufí Ibn Arabi y me invitaba a recitar su poesía sobre el amor divino. Tan sólo comprendía algunos versos, muy breves.

En un momento dado, interrumpí la clase e hice a mi padre la siguiente pregunta:

—Padre, si llegara el día que nos obligaran a elegir entre la fe y nuestra tierra, ¿qué haríamos?

—La fe, hijo mío. Para el musulmán, la fe es más importante que la tierra. Si perdemos la fe, la vida no tiene sentido. Si abandonamos la tierra y se conserva la fe, siempre nos quedará la esperanza de poder recuperar nuestra tierra.

—Para el hombre no es fácil asimilar la pérdida de su tierra.

—Perder la fe es aún más terrible, hijo mío. En este asunto, nuestro profeta Mahoma, la Paz esté con Él, nos enseña el camino a seguir. Él se trasladó a Medina para salvar la fe. Abandonó su tierra natal, La Meca, la ciudad emblemática, la más querida por Dios. Pero así pudo preservar su mensaje.

Me sentí hundido. Dos seres queridos habían tomado elecciones contradictorias, mi padre había elegido la fe y mi hermana la tierra. Y yo, en medio, no quería distanciarme de ninguno de los dos. Estaba más próximo a mi padre, porque era el cabeza de familia y porque se identificaba con el pueblo oprimido. Sufría en silencio.

En los campos se doraron las espigas, debíamos prepararnos para la cosecha. Los conversos eran las únicas personas que realizaban este trabajo. Por entonces, yo era un adolescente de dieciséis años que debía reclutar a los trabajadores y velar por sus necesidades, realizar la molienda del grano y custodiar especialmente que no se descubrieran nuestras costumbres religiosas.

Los conversos eran considerados malos cristianos por unos y malos musulmanes por los otros. Les gustaba bailar, beber alcohol y no ayunaban en ramadán. Pero, a pesar de todo, conservaban costumbres que podían parecer extrañas, como era sacrificar los animales según la ley islámica o la judía de no comer carne de cerdo. Esto podía delatarlos.

Mientras segaba, Jaime rompía la rutina cantando en su dialecto vulgar. De cuando en cuando hacía palmas y taconeaba, al modo de los flamencos, delante de una hipotética y bella mujer andalusí.

—Estos cristianos viejos son bastante raros, nos siguen tratando como si fuésemos musulmanes. Dime, Pedro, ¿La zambra pertenece a la esfera cultural islámica? Los alfaquíes la desprecian y turcos y moros (marroquíes) no conocen este tipo de baile. Nos pertenece tan solo a nosotros. ¿Por qué nos prohíben bailarla? Además, la zambra no molesta a nadie, ¿no es así, Pedro?

—Sí, Jaime. En verdad, no molesta a nadie.

—No somos musulmanes, pero tampoco cristianos. Entiendo que somos españoles.

—Cierto, Jaime —dije escuetamente.

—¡Habla, Pedro!, ¿o es que tienes miedo? ¿A qué temes? Los alguaciles y los hombres de la Inquisición sólo ambicionan una parte de nuestra renta y se la damos. Odian a los alfaquíes y cada cierto tiempo queman a alguien del vulgo para que sirva de escarmiento a los demás. Después se olvidan del asunto.

—Llevas razón, Jaime. No quieren a los alfaquíes, como bien has dicho.

—Pero, ya no quedan alfaquíes. Para serlo debes dominar el árabe y memorizar el Corán, ¡tal cosa es hoy imposible!

—Así es Jaime, lo que dices es cierto. ¿Cuándo crees que finalizaremos la siega?

—Creo que terminaremos en cuatro o cinco días, después debemos meter el trigo en sacos y llevarlo al molino. Es un trabajo muy duro. Deseaba alistarme en el ejército, pero me rechazaron por ser cristiano nuevo. ¿Crees que de haberme aceptado hubiera cambiado mi situación?

—No, en absoluto.

—Cuando acabe este maldito trabajo voy a echar un trago. Beberé un buen vino, el de Jerez es excelente.

—Eso dicen.

—¿Lo has probado?

—No, por Dios, no bebo alcohol.

—¿Te satisface la vida sin vino? Ser cristiano es una ventaja, al menos por el vino. Después se echó a reír. La luz del día estaba a punto de irse.

Siempre recordaré esta conversación, fue el preludio de una transformación radical en mi vida. De repente, mi madre, aterrorizada y con la respiración entrecortada, se acercó corriendo:

—¡Pedro!, ¡Pedro! Tu hermana Inés desde que salió esta mañana...

En ese instante llegó mi padre, que venía de otra parcela con algunos trabajadores.

—¡Diego!, Inés no ha vuelto a casa desde que salió esta mañana, —gritó mi madre. Mi padre mantuvo la templanza e intentó tranquilizar a mi madre diciéndole:

—¡Cálmate! Pedro y Jaime irán a buscarla, no tiene dónde perderse. Quizá se ha refugiado en algún lugar para protegerse del intenso calor.

Con el ambiente de terror que incitaba la Inquisición, cualquier tardanza o ausencia provocaba gran inquietud. Jaime aparejó su caballo, yo preparé un mulo y nos dispusimos a batir los pueblos de alrededor.

Una luna totalmente llena nos acompañó en la búsqueda. Gritaba desesperadamente, con todas mis fuerzas —¡Inés, Inés! —Y el eco me devolvía mi voz. Regresamos de la batida casi al amanecer, destrozados, después de toda una noche de busca sin éxito. Jaime intentaba tranquilizarme:

—No te preocupes, *Amigo*⁴¹¹, la encontraremos en el hogar, quizá en la casa de un pretendiente. Es algo natural, amigo mío. Los cristianos nuevos no admitimos esa situación, pero es normal a su edad. Los dos jóvenes enamorados acabarán volviendo a sus nidos. Pedro, no hagas de esto una tragedia. Cuando regrese, tienes que abrazarla y besarla como si no hubiera pasado nada. *Es la vida*⁴¹².

Esta conjetura me parecía menos mala que las especulaciones que pasaban por mi cabeza.

—¡Que se convierta al cristianismo si quiere!, ¡qué tenga un enamorado!, pero que vuelva a casa.

No regresó. Cuando Jaime y yo llegamos a casa encontramos a mi padre en un rincón recitando el Corán, y a mi madre llorando.

Por la mañana volvimos a buscarla con la ayuda de todos los habitantes del pueblo. Dejamos de lado la cosecha del trigo, la molinera y su almacenamiento. La cara de mi padre estaba transformada a pesar del esfuerzo que estaba haciendo por parecer tranquilo. Yo me culpaba, pues Inés, o Zahra, había abandonado la casa porque yo dejé de hablarle. ¿Por qué lo hice? Porque tomó una decisión que yo no aprobaba.

Al tercer día empezamos a perder la esperanza. Tomaban fuerza dos teorías: el secuestro o la fuga, pero ¿a dónde habría ido?

Un mediodía caluroso, un alguacil llamó a la puerta de nuestra casa. Le abrí. Me miró fijamente y me dijo:

—Llama a tu padre.

Salió mi padre. Estaba agotado de cansancio.

—Diego, hemos encontrado el cadáver de tu hija, junto al río, su cuerpo estaba mutilado y desfigurado.

Mi padre cayó al suelo inconsciente.

⁴¹¹En español en original.

⁴¹²En árabe y en español, en las dos formas, en el original.

El día del entierro de Zahra parecía como si no hubiera Dios en los cielos. ¿Cómo iba a haberlo si permitía que sucediera esta injusticia? Zahra se vio obligada a huir. No podía practicar los preceptos del islam, que estaban perseguidos, y tampoco podía ejercer como cristiana por la presión paterna. ¿Por qué no la protegieron los cielos? Su bellissimo cuerpo fue mutilado y los finos rasgos de su cara quedaron desfigurados. ¿Cómo pudo permitir Dios algo tan horrible?

En la misa, el cura comenzó el sermón hablando del ángel Inés, cuyo espíritu había ascendido junto al Señor. Sentí deseo de interrumpirle y decirle que él era cómplice de su muerte, porque la cruel manera en que había sido mutilada no era ajena a tanta agitación religiosa. Yo también era cómplice, pero no era el único. Hasta mi padre tenía parte de responsabilidad en lo sucedido.

¿Por qué cargó mi padre tan enorme peso sobre unos hombros tan frágiles? Preservar una memoria cargada de desdichas, defenderla contra viento y marea en un permanente clima de sospecha y odio era un peso imposible de soportar para Zahra. Mi padre era responsable de su muerte, todos lo éramos. Los frailes, los alguaciles, el rey...

El cielo estaba vacío, pero la Tierra también lo estaba. Los huertos, los valles, los ríos... los seres vivos ya no serían lo mismo. El mundo perdió su alma en el momento en que Zahra lo abandonó, ahora estaba habitado por fantasmas. Con ella, la dulzura y el candor habían desaparecido de este mundo. Quería lo imposible, convertirse al cristianismo y a la vez mantenerse como musulmana. Si hubiera vivido, habrían cambiado muchas cosas. Se habría logrado un punto de encuentro entre las dos ideas más bellas de ambas religiones: la llamada al amor del cristianismo y el deseo de justicia del islam. La ternura del primero y el ascetismo del segundo. Pero Zahra había sido asesinada. Los cristianos dirían que tan terrible crimen era obra de musulmanes, y estos achacarían la responsabilidad a los cristianos. Uno culparía al otro para que, de esta manera, fueran más evidentes los aspectos más negativos del contrario. ¿Qué crimen había cometido Zahra?, ¿mantenerse unida a su tierra?, ¿seguir amando a su padre y a un hermano que pretendían ser fieles a la fe de sus ancestros?, ¿o fortalecer el amor por su madre, de origen cristiano? ¿Era un pecado, era un crimen?

En aquel momento, el cura recitaba el epitafio y afirmaba que el espíritu del cristiano es salvado de las tinieblas por la luz del Espíritu Santo. Inés debía estar feliz, pues había muerto y su espíritu se había reconciliado con la fe de Jesús.

Ojalá siguiera con vida, ya fuera cristiana, musulmana o judía, pues la vida está por encima de todo. Pero ella había muerto desfigurada y se había llevado consigo una parte de mí. Se fue para siempre.

Mi padre murió unos meses después que Zahra. Feneció de tristeza y congoja. Mi madre se retiró a un convento de las Dominicas, aunque ningún retiro religioso podría consolar su inmensa tristeza.

Antes de enclaustrarse, insistió en que abandonara nuestra tierra natal. Aquí ya no había sitio para todos.

Marrakech
1598-1603

Bajo los resplandecientes rayos de sol, las nevadas cimas del Dern dibujaban un paisaje majestuoso. Ríos y arroyos fluían con abundancia y embarraban los caminos. En la ladera que bordea los abruptos relieves, torrentes impetuosos descendían al ritmo del sonido del agua y continuaban su curso hacia las llanuras del Hauz, donde regaban vergeles y exuberantes jardines. El verde paisaje de las llanuras contrastaba con las montañas cubiertas de nieve y la aridez de su entorno. Esta disparidad paisajística dota a Marrakech de un carácter especial. Elegí residir en esta ciudad o, mejor dicho, el destino me llevó a ella tras abandonar Al Ándalus, mi tierra natal, a donde jamás regresaría. Tras el asesinato de Zahra y la muerte de mi padre, Láchar se convirtió en un pueblo sin alma.

Le confesé a Jaime, que me miró extrañado, mi idea de huir a Marruecos. Le dije:

—Soy musulmán, Jaime. Desde que murieron Zahra y mi padre soy incapaz de ocultarlo. No puedo vivir aquí sin estar permanentemente expuesto al peligro.

—Pedro, yo no soy musulmán. Realmente no sé qué soy.

—Un cristiano nuevo, un cristiano malo.

—Llevas razón. Converso o musulmán es lo mismo, los frailes no los quieren.

—He decidido marcharme y he preferido decirte que...

—Yo no sé nada del islam, tampoco hablo el árabe.

—¿En qué trabajarás aquí? Te impiden que seas soldado y los trabajos del campo son duros e ingratos.

—Tienes razón. El ejército y la tierra son trabajos duros e ingratos. Pero la vida en África también es dura, Pedro...

—¿A dónde quieres marcharte, a América?

—Posiblemente, pero no creo que pueda irme allí, Pedro. Lo pensaré. Amo mi tierra, amo Al Ándalus.

—Yo también, Jaime. La quiero, pero ya no es acogedora.

Pero el deseo de aventura fue lo que motivó que Jaime me acompañara a la otra orilla del Mediterráneo. Las costas estaban controladas por los portugueses, desde la isla de Santa Cruz hasta Briya, en Marruecos, así que nos vimos obligados a disfrazarnos de castellanos cristianos, de tal manera que nada pudiera delatarnos, ni el color de nuestra piel, ni nuestra lengua, ni nuestra religión.

Cruzamos el mar en verano, cuando estaba tranquilo y soplaban vientos favorables. Tardamos tres días en llegar a Briya, una ciudad fortificada situada en las costas del Atlántico y ocupada por los portugueses. Su muralla era tan ancha que tres caballeros podían cabalgar a la par sobre ella. De la firmeza de las edificaciones levantadas por los portugueses, es suficiente indicio que su nombre deriva de la palabra *bartqiz*, término empleado por los moros para llamar a los edificios realizados en piedra, las grutas y estructuras rocosas. De tal manera, la ciudad podía exponerse a un ataque armado sin temor a derrumbarse. La ciudad en sí misma se comportaba como una enorme fortaleza ante cualquier tipo de incursión ofensiva, pues también estaba rodeada por tres fosos conectados con el mar cuyas puertas se abrían mediante la bajada de un puente levadizo. A llegar, nos presentamos al gobernador de la ciudad, que nos recibió afablemente. Quiso conocer el motivo que nos había llevado a realizar aquella aventura. Le dije:

—Unas pequeñas diferencias, algo habitual entre vecinos. Quedamos bajo su protección y rogamos vuestro compromiso para dejarnos regresar a nuestras casas cuando lo estimemos conveniente.

—Os lo juro, —dijo, sin dar importancia a los verdaderos motivos que dos jóvenes muchachos pudieran tener para buscar aventuras, lograr riquezas, huir de un fracaso amoroso o escapar de problemas familiares.

A primera vista, parecía un gran riesgo huir, pues la ciudad estaba fortificada y bien vigilada. Ninguno de sus habitantes podía superar la barrera de control, ya que estaba bien vigilada por caballeros armados. Sin previa autorización, no se podía cruzar el puente levadizo para ir a los campos o a las tierras de pastos del ganado.

Cuando pedimos permiso para salir y explorar los alrededores de la ciudad, el capitán trató de persuadirnos advirtiéndonos del peligro de que fuéramos atacados y capturados por los musulmanes. Le aseguramos que no nos aventuraríamos a ir más allá de los campos de cultivo. Nuestra petición fue aceptada a condición de que regresáramos a la fortaleza de Briya antes del anochecer.

Exploramos el entorno con la intención de reencontrarnos con nuestros hermanos en la fe. Lo necesitábamos. Abandonamos nuestra tierra natal porque no podíamos practicar nuestra religión sin jugarnos la vida, pues estábamos bajo sospecha, y el hombre pierde la dignidad cuando se le prohíbe practicar su fe. La dignidad es más importante que el vínculo con la tierra o la memoria de un lugar. Jaime y yo tomamos una decisión, si los portugueses nos sorprendían en una situación inadecuada, él simularía padecer una enfermedad. Llevaba consigo una navaja con la que se haría una herida en los labios. Al ocultarse el sol, se escuchó el sonido de la sirena de los centinelas. Anunciaba que se iba a levantar el puente corredizo y cerrar las puertas. La ignoramos y esperamos hasta la noche para avanzar tierra adentro, pero los guardias siguieron nuestro rastro. Escuchábamos sus voces aproximándose. Jaime simuló tener un ataque epiléptico mientras escupía sangre por la boca. Uno de los guardias nos gritó:

—¿No tenéis miedo de los musulmanes?

Yo respondí:

—A mi amigo le ha dado un ataque epiléptico, por eso no hemos podido regresar a la ciudad en el momento acordado.

—Está agonizando, —constató el centinela.

En ningún momento sospecharon los guardias nuestra argucia. Cogieron a mi compañero por los hombros y un caballero lo montó con él sobre su caballo para llevarlo a la ciudad. Llamaron a un sacerdote de Briya para que evaluara su situación. Su juicio fue decisivo, Jaime estaba agonizando. Le dio la extremaunción. Al momento, mi compañero, que había representado muy bien el papel de moribundo empezó a mostrar señales de vida, lo que hizo que los guardias creyeran que la bendición del sacerdote lo había curado. Había sanado de la misma manera que los guardias nos habían defendido del posible ataque de los musulmanes. Fue un milagro.

Cuando Jaime empezó a recuperarse de la enfermedad, le pedí al gobernador permiso para llevarlo al campo a que tomara aire puro. Al principio se mostró reticente, pero finalmente acabó aceptando. Le prometimos volver antes del anochecer sin que se repitiera lo de la ocasión anterior.

Éramos conscientes de que no íbamos a tener otra oportunidad. Por eso, cuando llegamos al campo, empezamos a correr con todas nuestras fuerzas.

Localizaríamos al primer grupo de habitantes en el pueblo de Azemmour, al norte de Briya. Según informaciones, que pude recabar secretamente mientras nos hallábamos en la fortaleza, se encontraba a cinco *parasangs*. A la caída del sol, y a lo lejos, escuchamos el sonido de trompetas que nos avisaban y advertían de su presencia. Más tarde, oímos el disparo de un fusil, después otro. Entre nosotros reinó un largo silencio y nos sobrecogió el miedo. De repente, escuchamos el fuerte disparo de un cañón que casi nos dejó sordos. Luego, el silencio invadió el lugar, que fue roto tan solo a intervalos por los ladridos de

los perros. El cielo estaba despejado, hacía calor. Tropezamos aquí y allá con las gavillas de cereal. Era tiempo de cosecha. Caminamos sin descanso hasta que nos invadió la sed. Nuestra huida era bastante arriesgada y nada nos salvaría de la brutalidad de los musulmanes. Un disparo al aire o el inapropiado sonido de una rama podían hacer que sospecharan de nosotros y nos consideraran espías. Por un momento me arrepentí de aquella aventura, pero no hice partícipe de mis pensamientos a Jaime. Aunque, por su mente, quizá circulaba la misma idea.

Al llegar la madrugada estábamos tan extenuados que nos dejamos caer al suelo. El cansancio, el miedo y la sed habían apagado nuestro ánimo y provocado cierta apatía, echamos una cabezada.

Soñé con nuestra tierra, Al Ándalus, y me imaginé como un adolescente que cabalgaba sobre un caballo sin montura. En la visión, la voz de mi padre, que me llamaba sin miedo por mi nombre árabe, Ahmad, se mezclaba con la llamada a la oración y el toque de campanas de la iglesia de mi pueblo natal, Láchar. De repente, me despertaron unas voces que provenían de todas partes, como si se tratara de cazadores persiguiendo a su presa. El sonido era cada vez más cercano. Nos levantamos y pudimos distinguir a un grupo que se acercaba armado con hoces.

Por la mañana, mientras hacía su ronda por los cultivos, un explorador nos sorprendió dormidos y dio la voz de alarma a los agricultores que nos consideraron una gran amenaza. Pensaron que la presencia de dos cristianos era un peligro, pues creyeron que nuestra intención era raptarlos y venderlos como esclavos en Brasil, tanto a ellos como a sus caballos. Ya había sucedido otras veces.

Era la primera vez que veía musulmanes en tierras del islam. No se correspondía con la imagen que tenía de ellos, pues eran más bien bruscos y sucios. Un hombre, que parecía alto dignatario, hizo una señal a los exaltados y estos bajaron las hoces. Comprendí por sus palabras que podían devolvernos a los portugueses a cambio de unos presos que tenían en su fortaleza. Les indicamos con gestos que teníamos sed y nos trajeron un botijo de agua. Bebimos con ansia hasta saciarnos. Después, pronuncié la profesión de fe:

*Doy fe de que no hay más dios que Allah
y de que Muhammad es Su Profeta*

Todos se sorprendieron. Repetí la profesión de fe.

Se miraron.

—¿Dos musulmanes?

Yo articulaba palabras y frases muy despacio, repitiendo la profesión de fe. Escuché entonces que algunos decían:

—¡La pronuncia mejor que nosotros!

Cambiaron de actitud. En un instante, unos nos trajeron leche y dátiles, que probé por vez primera, otros vinieron con pan, mantequilla y miel. Comimos hasta saciarnos y después nos dirigimos hacia Azemmour en busca del caíd de la ciudad. Le había llegado la noticia de nuestra aparición y estuvo esperándonos en una casa notable, totalmente diferente a las chozas que se veían por allí.

La vivienda se elevaba sobre arcos y no presentaba elementos decorativos al estilo andalusí. Entramos en un patio de ambiente agradable, alejados del asfixiante calor del exterior. El caíd estaba en compañía del juez. Nos sentamos en el suelo y este último nos hizo varias preguntas para confirmar la veracidad de lo que decíamos ser.

Le conté mi historia y parecieron convencidos, pues las sospechas desaparecieron.

El caíd me preguntó si escribía en árabe y le respondí que sí.

—Escribe algo en esta hoja.

—¿Qué escribo? —le pregunté.

—Escribe lo que te parezca.

Y tracé todo lo que me pasó por la cabeza. Mostré mi contento por encontrarme entre hermanos en la fe y agradecí a Dios su bendición, pues nos había alejado de los cristianos y permitido llegar sanos y salvos hasta allí. También di las gracias al caíd por sus cuidados y generosidad. Este escudriñó meticulosamente lo que yo había escrito e hizo un gesto diciendo:

—No agradezcas al caíd, hazlo al sultán.

Volví a escribir y esta vez agradecí al sultán.

Comprendí entonces que mi carta sería enviada a Marrakech, al sultán Almanzor. Al salir de la casa del caíd una multitud de gente nos recibió gritando:

—¡Recita la profesión de fe!, ¡recítala!

Sin preguntar nada más lo hice.

Escuché las mismas aclamaciones de antes: “La ha pronunciado mejor que nosotros”.

El caíd nos acompañó a la casa de huéspedes. Le dije en un árabe próximo al clásico:

—Antes no nos atrevíamos a recitar la profesión de fe por miedo a poner nuestras vidas en peligro y ahora estamos aquí, gracias a Dios, donde nos piden con cariño que lo hagamos.

A los diez días alojados en aquella casa de huéspedes, donde nos dieron muy buen trato, vino a buscarnos el caíd en persona. Nos ofreció ropas nuevas, dos mulos fuertes y puso a nuestra disposición a uno de sus ayudantes, que nos guiaría hasta Marrakech.

Éramos conscientes de que nos llevaba ante el sultán Almanzor. Parecía dibujarse una nueva vida en el horizonte.

Siguiendo el camino de las caravanas, el viaje desde Azemmour hasta las proximidades de Marrakech duró tres días. Debíamos llegar el día de después a la Fiesta del Sacrificio. El sultán prefirió recibir la pleitesía de las tribus, de los notables, de los generales del ejército y de los grandes dignatarios del estado en la orilla del río Tansifit. Seis meses antes se habían dado los primeros casos de peste en la gran capital y esto había obligado al sultán a establecerse a las afueras de Marrakech. De tal asunto nos informó nuestro acompañante. Por delante nuestra iba una avanzadilla de centinelas o *zatata*, como son llamados en Marruecos, y en cada etapa del camino una tribu nos proporcionaba todas las provisiones necesarias, que los moros llaman *muna*. Para esquivar el excesivo calor debíamos caminar durante parte de la noche y el amanecer. La primera parada se hizo por los alrededores de Azemmour, en Hayziyya, lugar que se caracterizaba por unos edificios singulares, que sus habitantes llaman *tazuta* o *tazuka*, construidos con pilas de piedras de forma piramidal. Bajo ellos, excavados en la tierra, ocultan unos escondrijos llamados *tufri*. Tras superar las llanuras de Dukala comenzó un terreno árido y duro, con planicies desiertas y colinas rojas, muy pocos arbustos y algún testimonio vegetal junto al río Um al-Rabi. Atravesamos el cauce sin gran dificultad a pesar de que nos habían comentado que en invierno era intransitable, salvo por unos pocos tramos o vados habilitados para ello. Al aproximarnos a Marrakech el paisaje se volvió más atractivo. Un palmeral lo cubría todo ofreciendo un bello paisaje de cultivos cercados con muros construidos con tapial. En una colina a orillas del río Tansift estaba el campamento del sultán.

Un gran número de tiendas rodeaba el pabellón principal del sultán o *afrag*, que tenía forma de cúpula. Exteriormente asemejaba una sólida y ruda estructura, sin embargo, su interior contaba con cortinas de lino que funcionaban como muros de separación. Los paños tenían bordados que recordaban las formas arquitectónicas andalusíes y, aunque eran de tela, lucían sus puertas.

Fashtali del campamento estaba situado el ejército de Sus⁴¹³. Contabilizando solo los caballeros, esta fuerza militar sumaba veinticinco mil unidades. En cuanto al cuerpo de élite, conocido como el ejército andalusí, estaba equipado con las mejores armas y lo componían renegados españoles, portugueses, francos, napolitanos y venecianos, entre otros. Tenía que conocer más detalles sobre un cuerpo militar dirigido por un morisco, Yawder Pachá, cuyo destino lo había traído a esta tierra.

La guardia privada del sultán estaba compuesta por la *isbahiyya*⁴¹⁴, bajo el mando de Mustafa Bey, que encabezaba el escuadrón de honor del sultán formado por los *bayak*, los *silak* y los *baldrush*, todas ellas apelaciones militares turcas que certificaban la influencia otomana en la corte de Almanzor.

Me impresionó el gran dispositivo de seguridad que acompañaba al sultán, nunca había visto tal despliegue militar. Me pregunté si algún día y con tamaña fuerza de guerra se volvería a recuperar Al Ándalus.

Nos atendió uno de los miembros del *jazindar*, Mahmud Pachá, que era el encargado de los asuntos internos de la corte. Nos hospedó en una *jaima* preparada para los dignatarios. En horario de comidas, el servicio de cocina o *shanshiriyya* nos traía todo tipo de bandejas con frutas de temporada. Jamás había probado uvas más deliciosas que las de los huertos de Marrakech. Pese al excelente trato recibido, procurábamos no distanciarnos del campamento porque sabíamos que éramos vigilados. La cita con el sultán se iba postergando día tras día, aunque, cada día, al final de la mañana, venía un *wasif* a nuestra tienda a informarnos amablemente de que el sultán nos recibiría. Acabé por comprender que la espera era una estrategia para gestionar a los huéspedes y marcar la preeminencia del sultán. Todo ello contribuía a bajar las defensas de la persona que esperaba y acrecentar la aureola del dignatario.

Con la venida del otoño, llegaron noticias tranquilizadoras que confirmaban el retroceso de la peste. El sultán decidió levantar el campamento militar y volver a Marrakech. Al día siguiente el ejército se dispuso para la marcha. Durante la noche los soldados y auxiliares del servicio estuvieron desmontando las tiendas y colocando las provisiones y todo lo necesario en grandes sacos o *tallīs*, como les llaman en Marruecos, y en cofres enormes. Solo el *afrag* quedó sin desmontar esperando la marcha del sultán. Se encargó a los *qubyies* la custodia de los objetos personales del sultán. Cada uno de ellos tenía una misión específica. Uno estaba encargado de lo relativo a las abluciones, otro de la alcoba, un tercero de la calefacción y el cuarto de la cocina.

Jaime y yo salimos del campamento con sigilo para seguir los preparativos del viaje.

—¿Ves el poder que ostentan los musulmanes? — le dije a Jaime.

—Sí, Pedro, es impresionante. Pero pienso que de esta manera los moros nunca vencerán en la guerra.

—¿Por qué?

—El número no siempre es sinónimo del poder de un ejército. Los moros no están bien organizados. Por la noche andan de fiesta y no empiezan a trabajar hasta mediodía.

—Porque trabajan de noche.

—Durante la noche y mientras tú dormías, ¡ya vi el trabajo que realizaban!

—¿Cómo es eso?

—Una noche, como no podía dormir debido al calor, salí a tomar un poco de aire.

Me recibió uno de los ayudantes de campo.

—¿Y cómo os entendisteis?

⁴¹³Región del sur de Marruecos (N. de la t.).

⁴¹⁴Awṛīd utiliza el término *al-iṣbāḥiyya*, aunque la forma original más correcta es *al-sibāḥiyya*. Se trata de una tropa de caballería de élite del ejército otomano cuyo nombre ha dado en español el término cipayo y en otras lenguas spahi, con variantes y significados diversos. (Nota de la t.).

—Por gestos. Nos alejamos del campamento del sultán y nos dirigimos a la casa de uno de los comandantes, una vivienda situada en un oasis de palmeras. Allí encontramos a unos ayudantes del sultán, divirtiéndose.

—¡Te uniste a ellos!

—Un poco, bebí lo justo.

—¿Qué?

—Pedro, me iré haciendo musulmán lentamente, no de golpe. Me resulta bastante duro. Además, mira los moros, que son musulmanes viejos y no son totalmente puros. Actúan igual que los cristianos de España, su religión les dice una cosa y ellos hacen la contraria.

Quedé sorprendido y quise saber más sobre la aventura de Jaime.

—¿Y qué pasó luego?

—Nada. Había muchachas que cantaban y bailaban la danza del vientre. No entendía nada de lo que decían. El ayudante habló con una chica que se enganchó a mí. Rieron los dos y yo también. Me di cuenta de que le había dicho que no tenía hecha la circuncisión y ella se carcajeó.

—¿Y cómo lo has sabido?

—Por gestos. Ella puso los dedos en forma de tijeras señalando debajo de su barriga, yo le negué con la cabeza.

—Es grave, Jaime. Creerán que somos malos musulmanes y pueden comunicárselo al sultán.

—No les molesta en absoluto, Pedro. Ellos tampoco son buenos musulmanes. Hay muchos castellanos, franceses y portugueses, musulmanes en apariencia. Los moros tienen esto por costumbre—. Después añadió:

—Llevas razón. Me invitaron para conocernos con mayor profundidad. Había un soldado del ejército de Al Ándalus, renegado castellano, que hacía de intérprete para el sirviente del campamento. Quería saber si tú eras buen musulmán, le dije que eres un alfaquí. En cuanto a mí, le dije que había deseado ser soldado del ejército de Castilla, pero no me aceptaron por ser cristiano nuevo. No lo oculté. Si no me aceptan como soy volveré a mi tierra, no quiero que me hagan la circuncisión.

—No es posible, Jaime. Ya nunca podrás volver a tu tierra natal.

—¿Qué?

—Los moros no te lo permitirán y los castellanos te matarían si cayeras en sus manos.

Jaime estaba dormido cuando empezó a levantarse el campamento del sultán. Con los primeros rayos del sol se adelantó el batallón de Sus dirigido por su caíd, que encabezaba una cohorte de caballeros llamados *bakbashis*. Detrás avanzó la armada de *Shraga* con la misma disposición. Los dos batallones formaban el cuerpo de élite del ejército de las tribus. El ejército regular estaba compuesto por renegados bajo el mando de Mahmud Pachá, y las fuerzas andalusíes conocidas también como el *Ejército del Fuego*, comandadas por Yawder Pachá. El primero era de origen turco mientras que el segundo era un castellano apóstata convertido al islam. Los dos regimientos desfilaban en paralelo. Al mediodía, los *isbahiyya*, reconocibles por sus corazas, empezaron a moverse precedidos por el sonido de tambores y trompetas. Unos auxiliares del *jazindar* nos entregaron dos caballos árabes e indicaron nuestro lugar detrás del cortejo del sultán. Mustafa Bay, caíd de la *isbahiyya*, encabezaba el pelotón portando un pendón blanco conocido como el Estandarte de la Victoria de Almanzor. Avanzó el sultán protegido por un escuadrón de caballeros formado por los *bayak* en cabeza, que vestían capuchas doradas y eran reconocibles por sus vistosas y coloreadas plumas de avestruz. Portaban un dosel, símbolo de soberanía, que cubría la montura del sultán. Junto a los *bayak*,

avanzaban los *sulaks* cubriendo los flancos del cortejo del sultán. Se caracterizaban estos por sus largas casacas y sus cinturones. En retaguardia desfilaban los *balbardush*, reconocibles por sus lanzas. El pelotón del sultán marchaba al ritmo marcial de tambores y trompetas.

Tras el cortejo del sultán desfilaban los auxiliares y portadores de estandartes.

Escortados por miembros del *jazindar*, que no se apartaron un instante de nuestro lado, Jaime y yo seguíamos al cortejo del sultán que volvía a Marrakech tras una larga ausencia. La ciudad fue bellamente engalanada para recibir al “sultán victorioso”, como le gustaba que le llamaran.

En Marrakech nos hospedamos en una fonda ubicada en el barrio de los dignatarios de la corte, una zona conocida como Darb Bashai que, por deformación de la pronunciación de los oriundos, quedó en Darb Dabashi. La ciudad me impresionó por su arquitectura sencilla, inspirada en la del desierto, aunque el interior de sus casas era de un refinado estilo andalusí. Los espacios abiertos de la ciudad estaban salpicados de jardines, verdaderos vergeles regados con el agua de acequias que descendían de las montañas mediante un complejo sistema de canalizaciones y acueductos, canales subterráneos que se remontaban a la época de los almohades. Me pareció que la cultura de los jardines también había dejado huella en nuestra tierra, pues me evocó la edad de oro de la España musulmana⁴¹⁵ y el minarete de la Kutubía me recordó la Giralda. Imaginé Sevilla en los tiempos de esplendor del islam en Al Ándalus y su magnificencia y me fascinó la feliz simbiosis surgida de la sobriedad almohade y el refinamiento andalusí, ahora encarnada en un Marrakech que a mis ojos se convertía en un lugar especial.

Entramos al palacio de Badi por la puerta Brima un miércoles, día que el rey recibía a los dignatarios. Atravesamos un largo corredor que llevaba hasta unas callejuelas con recodos que los oriundos de Marrakech llaman Agumi. Allí encontramos a unos *qubyies* que nos dejaron a cargo de los auxiliares de Yawder Pachá, quien no tardó mucho en aparecer. Él mismo procedió a registrarnos antes de la entrevista con el sultán. Me habló en castellano y de forma distante. Era reposado y frío. No me preguntó por mi fe ni por el motivo de mi huida. Nada de eso le importaba. Me desnudé en su presencia. Me ordenó que me quitara también las alpargatas. Cualquiera, al vernos y escucharnos hablar, hubiera pensado que aquella escena estaba sucediendo en cualquier lugar de Castilla.

—No te dirijas al *Rey*⁴¹⁶ nada más que cuando él te hable y aléjate de su persona dos codos.

Después, llamó a Jaime y le repitió lo mismo.

Unos auxiliares, que trabajaban bajo el mando de Yawder Pachá, me condujeron a un aposento contiguo a las estancias de la entrada, el llamado Pabellón Verde. La estancia estaba adornada con azulejos de diferentes formas geométricas, que recordaban el esplendor de la arquitectura andalusí, y los techos eran de yeso tallado al estilo de los mocárabes de la Alhambra. El pabellón desprendía una agradable frescura que provenía del movimiento de aire que generaban las diferentes entradas y los pasillos en recodo. La altura de la estancia contribuía a la majestuosidad del lugar. Los tejados eran de madera de cedro tallada.

Los auxiliares nos indicaron que fuéramos hacia una de las alas, la llamada *qaws*, que oficiaba como sala de espera. En la entrada del pabellón nos encontramos con el gran cadí de Marrakech, al-Regragi, que se levantó a abrazarme.

—Bienvenido, hermano en la fe en tierras del islam. Que Dios te bendiga a ti y a tu compañero y que la compasión de nuestro querido Profeta, el Intercesor, el día que no

⁴¹⁵*Sic* en el original: *al-Isbāniyā al-muslima*. (Nota de la t.).

⁴¹⁶En español en original.

haya más intercesor que Él, os defienda. Que vuestra llegada sea señal de buen augurio para que Al Ándalus vuelva a la custodia del islam. Que Dios pueda, con tu presencia y la de tu compañero, glorificar el resurgimiento del islam. Que Dios ayude a nuestro señor el sultán al-Mansur bi-Allah a devolver Al Ándalus al territorio del islam.

De la emoción no pude contener las lágrimas. Jaime estaba sorprendido, pues no comprendía nada. Aun así, él también estaba emocionado por tan buen recibimiento.

Nos ofrecieron dulces y zumos, dejé que el cadí nos relatara el esplendor de Al Ándalus y la grandeza de dos de sus alfaquíes: Ibn Hazm y al-Shatibi. La memoria de Al Ándalus había permanecido viva entre los hombres sabios de la corte marroquí. Entró un anciano de baja estatura y delgadas mejillas, el juez se levantó en señal de respeto. Lo saludó haciendo una reverencia y nos lo presentó:

—Es el secretario de la corte, el historiador y poeta, mi señor Abd al-Aziz al-Fashtali, que Dios nos beneficie de su bendición.

El secretario nos dio la bienvenida. Parecía como si en aquella reunión todo girara en torno nuestro y lo que aconteció después nos certificó que así era. A renglón seguido, para crear el ambiente adecuado, nos recitó unos versos⁴¹⁷ que hablaban de Al Ándalus:

*“¡Oh gentes de Al Ándalus benditos seáis!
Agua, sombra, ríos y árboles,
no hay paraíso eterno más que en vuestra tierra.
Si eligiera yo un paraíso sería el vuestro.
No penséis que el día de mañana entraréis en el infierno,
pues no entra en el infierno quien ha entrado antes en el paraíso”.*

Por desgracia, el paraíso se había convertido en infierno. Jaime me pidió que le tradujera los versos y cuando finalicé sonrió con ironía. Conversaban amistosamente el poeta de la corte y el juez, cuando interrumpió un *qubyi* anunciando:

—Fashtali, secretario de nuestro señor Baba Muley Ahmad al-Mansur al-Dahabí (el Dorado), que Dios le dé la victoria sobre sus enemigos, ¡que se presente ante Su Majestad!

A pesar de su avanzada edad se levantó inmediatamente.

Reinó el silencio, como si fuéramos a escuchar el veredicto de una condena a muerte inminente. El pulso se me aceleró.

Después de unos minutos, que parecieron eternos, vino un *qubyi* y nos comunicó:

—Los huéspedes de nuestro señor Baba Muley Ahmad al-Mansur al-Dahabí, que Dios le dé victoria sobre sus enemigos ¡que se acerquen ante Su Majestad a la *Qubba al-Jamsiniyya*.

Se adelantó el *qubyi*, lo seguimos el cadí, Jaime y yo. Me acerqué al cadí y le susurré al oído si podía pronunciar un panegírico en honor del sultán. El juez contestó:

—Al sultán le gustan las alabanzas, especialmente si vienen de extranjeros. Debéis saber que os va a bautizar a cada uno de vosotros con un nuevo nombre. Es la tradición, aunque ya seáis musulmanes.

Atravesamos un amplio patio cruzando entre dos jardines de plantas de poco porte. El pasillo que separaba los dos jardines estaba pavimentado con mármol y conducía a un estanque abastecido de agua corriente. El patio tenía una estructura simétrica que giraba en torno a un gran estanque flanqueado por jardines y dos estanques pequeños, situados en los laterales, que rodeaban el gran pabellón donde se celebraban las ceremonias, la

⁴¹⁷Aunque Awrīd no identifica en la novela al autor de estos versos, se trata de una celeberrima poesía del valenciano Ibn Jafāya (1058-1139) de Alcira, maestro de la escuela de la naturaleza. (Nota de la t.)

Qubba al-Jamsiniyya. En torno al estanque mayor se repartían cuatro espacios. Cada uno, en su área central, presentaba un pabellón con una función determinada. Frente a la sala de audiencias o *Qubba al-Jamsiniyya*, al otro lado del estanque mayor, había dos albercas pequeñas que rodeaban el espacio privado del sultán, una cúpula de cristal llamada *Qubba al-Zuyayiya*. En el lado opuesto, frente al Pabellón Verde —un gabinete privado que contaba con mezquita para celebración de actos religiosos— se encontraban las estancias privadas del sultán, la *Qubba al-Jayzuran*, que tomaba el nombre de su favorita. En cuanto al *harem*, que se encontraba en este pabellón, conectaba con las dependencias del palacio, la cocina, los almacenes del sótano y el depósito de armas. Entre el *harem* y el pabellón de la cúpula de cristal se abría un gran arco que conducía al jardín privado del sultán llamado *Duiriyya*).

Me agradaron unas estancias en las que habría de pasar doce años de mi vida. Andábamos a la par Jaime y yo, nos parábamos cuando el *qubyi* nos lo indicaba. El adarve que rodeaba el estanque estaba vigilado por una fila de arqueros pertenecientes al cuerpo armado de Al Ándalus, bajo el mando de Yawder Pachá. Su indumentaria los delataba: botas de Castilla y capuchas rojas, casacas adornadas con plumas de avestruz y cinturones de seda a la manera turca. Flanqueando las puertas de la *Qubba al-Jamsiniyya* se hallaban dos miembros del *bayak* que, armados con sus altísimas lanzas, daban prestigio a la ceremonia e inspiraban solemnidad y majestuosidad.

La *Qubba al-Jamsiniyya* se llamaba de tal manera porque medía cincuenta codos por cada lado. Se distinguía del resto de pabellones por sus grandes dimensiones y por el esplendor de su construcción. La puerta principal tenía incrustadas bellas formas geométricas, de color rosáceo, realizadas con hueso y marfil, mientras que el interior del pabellón estaba cubierto con espléndidas cortinas, llamadas *hayti*, que presentaban remates dorados y bonitos bordados con alabanzas al sultán y descripciones que enaltecían la magnificencia del palacio Badi.

Los versos ensalzaban la belleza decorativa del pabellón y la grandeza de la persona que mandó levantarlo, el sultán Almanzor. Era tradición marroquí que los lugares importantes, erigidos por sultanes, ministros y hombres de estado, hablaran de su constructor y que en ellos se les vanagloriara.

En el interior del pabellón, detrás de una fuente de mármol blanco de la que emanaba un chorrito de agua, había una persona bajo un dosel portado por un *bayak*. A su derecha se situaban los generales de los tres cuerpos militares: la *isbahiyya*, los renegados de Ajel y el ejército andalusí, y por detrás de ellos el *jazindar*. A su izquierda y ligeramente retranqueado aparecía el poeta de la corte, Abd al-Aziz al-Fashtali. De la pared de azulejos del fondo, de una fuente del tamaño de un codo y con forma de plafón, el agua caía como si se tratara de gotas de lluvia y alimentaba unas acequias pequeñas que surcaban un suelo de mármol y azulejos. Fascinado por lo que veía, la voz del *qubyi* me trajo a la realidad:

—Bajad la cabeza. Estáis ante el sultán.

En ese momento nos anunció el *qubyi* con voz de barítono:

—He aquí los huéspedes de nuestro señor Almanzor, orgullo del islam y espada de Dios en la Tierra, que Dios le prolongue la vida y perpetúe con sus bendiciones su memoria.

Después, el *qubyi* nos indicó que nos detuviéramos.

Otra voz añadió:

—Los dos supervivientes a quienes nuestro señor ha concedido el don de ser bautizados bajo el nombre de Shihab al-Din y Izz al-Din, que escaparon de la opresión de los no creyentes, expoliadores de Al Ándalus que *Allah* los castigue devolviendo aquella tierra a las manos del islam.

Seguidamente, varios *qubyies* entonaron al unísono y tres veces: —¡Qué Dios otorgue la gloria a nuestro señor y le dé larga vida!

Otro *qubyi* nos hizo una señal para que lo siguiéramos.

Eché una mirada furtiva a quien nos iba a acoger. Pasaba los cincuenta años, alto de estatura, de cara ancha y robusta. En apariencia parecía sumamente inteligente y muy seguro de sí mismo. Al vernos, sonrió en agradecimiento por reconocerlo como gran sultán ante la servidumbre, los sabios y sus rivales otomanos. La noticia se transmitiría por las mezquitas de la ciudad y un pregonero lo anunciaría por calles y plazas.

Nos inclinamos a la par del *qubyi* que estaba ante nosotros. Recordé entonces la advertencia que nos hizo Yawder Pachá de guardar la distancia con el sultán. El mismo Yawder Pachá nos observaba con indiferencia, algo apático. Su melena caía sobre las orejas. Controlé mis nervios y pronuncié las palabras que había preparado. La emoción me llevó al punto de no recordar lo que exactamente había escrito, pero había memorizado la idea de lo que representábamos: unas reliquias vivas de Al Ándalus, de igual manera que los santuarios lo eran para los devotos cristianos de Castilla.

Asombrado, el sultán expresó su sorpresa al poeta de la corte y al juez de Marrakech:

—¿Cómo puede haber en tierras de Al Ándalus gentes que hablen el árabe como los alfaquíes?

Los dos grandes dignatarios de la corte asintieron con la cabeza, como si conocieran la realidad de lo que sucedía en Al Ándalus y las desgracias que sufrían los moriscos.

Me emocioné por las palabras de alabanza del sultán.

El sultán hizo un gesto con la cabeza y otro *qubyi*, situado en el umbral del portal, inapreciable, entonó en voz alta:

—El sultán Almanzor, que Dios le dé la victoria, ha decidido designar a Shihab al-Din como secretario del poeta de la corte, al-Fashtali, y que Izz al-Din sirva de soldado del islam en el ejército de Al Ándalus, bajo el mando de Yawder Pachá.

La entrevista terminó. Regresamos.

Después, el *qubyi* encargado del protocolo o *tashrifat*, como lo llamábamos en Al Ándalus, nos llevó a un pequeño pabellón situado junto a la entrada principal, o Bab Rujam, cuyas arcadas eran de mármol. Ofrecía vistas a la alcazaba almohade que albergó, transcurrido el tiempo, su palacio y donde residían los dignatarios saadíes, y era el acceso para los actos oficiales. Los auxiliares del servicio y los ayudantes entraban por la puerta trasera conocida por Bab Brima.

—Esperad aquí, en el pabellón, —nos ordenó el *qubyi*. Luego añadió: Yawder Pachá y su *kahiyya* os alcanzarán.

Llegó entonces el lugarteniente acompañado por dos miembros del *jazindar* para ofrecernos una cantidad de dinero. De este modo, Jaime —no me acostumbré nunca a su nuevo nombre— se alistó como militar en el ejército de Al Ándalus bajo el mando de Yawder Pachá. Llegó a participar en varias expediciones contra tribus rebeldes de las tierras de Haha⁴¹⁸, de las que nunca regresaría. Un disparó lo alcanzó, matándolo.

⁴¹⁸Se trata de un pueblo bereber localizado en el Alto Atlas Occidental, en Marruecos. Hablan el idioma tashelhit, el más común entre los bereberes (N. de la t.)

Mi primer trabajo en Marruecos fue de secretario en la corte del sultán saadí Almanzor, donde se me encargó traducir al árabe la mensajería que venía de Castilla. El volumen de trabajo no era grande, realmente era menor que en el arzobispado, donde mi tarea abarcaba traducir libros profanos, de medicina o de geografía en árabe, pero también textos sagrados del islam. Esto, y mi buena relación con eruditos moros, me dieron la oportunidad de profundizar en el conocimiento de la lengua árabe. A través de un letrado francés que trabajaba en la corte del sultán, también aprendí algunas reglas gramaticales de la lengua francesa próximas al castellano. Este letrado tenía un gran conocimiento del árabe y de los textos sagrados del islam. En realidad, era físico, médico de formación, pero sentía gran curiosidad por conocer, incluso sobre los asuntos más banales.

Mi nueva vida me dio la oportunidad de descubrir que hermanos en la fe vivían de diferente manera en otras tierras del islam.

Me llamó la atención la fuerte devoción que la gente de Marrakech profesa a sus santos. De no haber sido por el juez de la ciudad, Regragi, hombre de mucha piedad y devoción, hubiera tardado toda una eternidad en adaptarme a mi nueva vida. Para mí fue como un padrino. Me alojó en su casa y me recitó un *hadiz* del profeta, que la paz esté con él, que lograra que todas las heridas que me atormentaban se adormecieran:

Que Dios te guíe por medio de un sólo ser, es mucho mejor que todo lo que ilumina el sol.

Conocí a otros dos secretarios, jóvenes, que serían mis compañeros. Antati era un hombre culto, caballero y reservado, que pasaba la mayor parte de su tiempo leyendo. Con él, solo se relacionaba otro joven, hijo de un renegado portugués que se alió con el sultán después de la Batalla de los Tres Reyes⁴¹⁹ (agosto de 1578). Esta contienda consagró como sultán a Almanzor tras la muerte de su hermano Mulay Abdelmálek. Tras la batalla, la situación parecía que iba a desembocar en una *fitna*, pero, nada más comenzar, la crisis fue sofocada por Dugali, renegado portugués que había estado al servicio del difunto sultán. Tiempo después, el mercenario se distanció del sultán Almanzor y acabó perdiendo su gracia, igual que les ocurrió a todos los que le habían ayudado a consolidar el gobierno en los comienzos de su reinado. Pese a ello, el sultán designó como secretario de la corte al hijo de Dugali. Este veinteañero cuidaba de conservar su nombre original, Doga, y se negaba a utilizar Abdelhadi, nombre que le había otorgado el sultán. Mostraba siempre desinterés y en su interior sentía rabia. Su juventud le hacía ser impulsivo y rebelde, y para nada lo frenaban los preceptos del islam. Durante el reinado del sultán Almanzor, Antati y Doga fueron mis compañeros. Mientras que el primero destacaba por sus cualidades humanas y su inteligencia, el segundo rebosaba vitalidad y era espontáneo.

En la corte no había una jerarquización como sí ocurría en la Iglesia. La influencia de cada uno venía por la proximidad que se tenía al sultán. Fashtali gozaba de un rango especial por la confianza que este le tenía. Tan solo aparecía por la corte el día del *Diván*, que se celebraba cada miércoles. Ese día cuidaba su vestimenta, cubriéndose con sus ropas más lujosas. Igual de obsesionado que estaba por su indumentaria, lo estaba por su locuacidad y lo mostraba siempre abierta y públicamente.

Solía aparecer sobre el mediodía para esperar, junto con otros dignatarios, la llegada del sultán. Deleitaba la espera recitando poesías y mostrando su prodigiosa memoria.

⁴¹⁹También llamada de Alcazarquivir (N. de la t.)

Conocía bien la poesía clásica árabe y le atraía tanto la obra de al-Mutanabbi⁴²⁰ que llegó a realizar una recopilación poética o diván atendiendo a la rima.

A su servicio tenía un auxiliar llamado Shawi, que le ayudaba a memorizar sus discursos. Hombre adulator, de baja estatura y poco gusto, lo compensaba con una ancha volubilidad y una infame capacidad delatora. No era consecuente con lo que decía ni firme en sus juicios. Podía ensalzar con cualidades encomiables a la Sublime Puerta, guardiana del islam, y al día siguiente decía lo contrario si el sultán mostraba desconfianza hacia los otomanos. Tenía la capacidad de componer casidas contra cristianos y judíos cuando no se avergonzaba de su interesada relación con renegados poderosos, de los que obtenía beneficios económicos, o con adinerados judíos, a los que imploraba dádivas. Para él, el islam no era ni una filosofía ni una ética, en relación con la religión defendía sumiso las opiniones del sultán. Era hermético en la discusión y, si alguien daba una opinión que no era de su gusto, amenazaba con comunicárselo al sultán. Antati lo despreciaba. En cierta ocasión fui testigo de una situación que puso de manifiesto el abismo cultural que separaba a Shawi y Antati.

Un día, estando en el Pabellón Verde, Shawi se dirigió a Antati en abierta provocación:

—Tú, bereber, sigues negándote a llevar el *tarbush* a pesar de ordenarlo nuestro sultán.

—Mis *mayores* siempre llevaron el turbante. Los turcos no son mis ancestros — replicó Antati.

—¿Y desde cuándo se ha considerado a tus antepasados como ejemplo a seguir?

—¿Y por qué han de ser un referente los tuyos?, en el caso que los conocieras.

—Vivíais en cuevas cuando...

—...cuando frenasteis en seco el rumbo de nuestra civilización. No conoces la historia, Shawi...

—Eres un ingrato, gracias a nuestro señor aprendiste el árabe y puedes conversar en una lengua civilizada.

—Mi espíritu sigue siendo bereber.

—Sois unos traidores.

—No hay mayor traición que expoliar las tierras ajenas y borrar su memoria con mentiras y tergiversaciones.

—Mi señor es descendiente de los nobles de La Meca y su árbol genealógico lo confirma, lo quieras o no.

—¿Desde cuándo las vaginas de las mujeres han tenido candado?

—¡Esto es una insolencia!

—La mayor insolencia es querer cambiar la realidad para ir contra los dictados del islam y establecer una distinción de base racial o diferenciar a las personas por la nobleza de su sangre.

—Pagarás muy cara tu arrogancia.

—Aún más caro pagarás tu estupidez.

—Merecéis ser aniquilados.

—Sé del cariño que nos profesáis y no permitiremos que disfrutéis con nuestro exterminio. Nos encontraréis en todos sitios. Si es necesario, nos transformaremos. Y ocasionalmente seremos *shurfas* de La Meca, pero jamás desapareceremos.

—Si dependiera de mí te mataría.

—Pero no está en tu mano.

⁴²⁰Poeta del califato abasí (siglo X) perteneciente a la corriente neoclásica. Es considerado como el mayor poeta árabe de todos los tiempos (N. de la t.)

—¡Qué sacrilegio! Una lengua refinada, la árabe, en boca de alguien que no le tiene respeto.

—Mayor sacrilegio es que un árabe, o más bien alguien que dice ser árabe, insulte a los bereberes en su propia casa.

Shawi desapareció, refunfuñando y amenazante. Tras la marcha del auxiliar y sorprendido por la discusión que había presenciado, me dirigí a Antati con estas palabras:

—No soy bereber, señor Ibrahim.

—Shihab al-Din, soy bereber para quien pretende pisotearme con el único argumento de la pureza de su sangre árabe. Solo Dios conoce las etnias. Al fin y al cabo, ¡qué importancia tiene eso!

A Antati no le caía bien el poeta de la corte, Fashtali, todo un abismo los distanciaba. Fahstali procedía de una tribu árabe, mientras que Antati era bereber puro. El primero había adoptado un islam riguroso y dogmático, el segundo tenía una visión más filosófica de la religión que favorecía cierta distancia crítica. No obstante, tenían ciertos aspectos en común, como el dominio de la lengua árabe y la admiración por al-Mutanabbi. Mientras que a Fashtali le gustaban su majestuosa expresión y la belleza de sus palabras, a Antati le llamaba la atención su profundo conocimiento sobre las reflexiones filosóficas del ser humano.

La corte es el único lugar con capacidad para reunir elementos tan divergentes. La casualidad se da siempre al determinar la composición de la corte, pero no solo esta influye, también intervienen los cálculos políticos para recomendar un candidato o hacer que desaparezca otro. Así es. El sultán Almanzor obligó al exilio a ciertos dignatarios de familias influyentes con el único fin de reducir la influencia que tenían sobre su pueblo y reforzar su vigilancia.

Así ocurrió con la familia de Ibn Talha de Fez, que fue obligada a instalarse en Marrakech. El sultán solo requería su servicio lejos de su tierra. Otro tanto sucedió con el gran sabio Ibn Tahir de Tafilalt, a quien condenó a enseñar en la universidad de Ibn Yusuf, alejado de su familia y amistades.

En todos los aspectos, tanto Doga como Antati debían someterse a imperativos políticos. Llegué a pensar que yo también debía mi cargo a estrictos intereses políticos. El sultán podía prescindir de mis servicios, pero quizá su verdadera pretensión era advertir a los *ulemas*. Al acogerme en su corte, ¿no se erigía el sultán como protector del islam y su portaestandarte? Con la excusa de recuperar Al Ándalus, ¿no se postulaba Almanzor como defensor de los musulmanes oprimidos? Con ello, quería argumentar que los turcos no eran los únicos defensores de los musulmanes perseguidos y abanderados del islam. Mis últimas reflexiones colisionaban con la ingenuidad con la que llegué. Con el paso de los años, y de la relación con mis compañeros, especialmente con Antati, aprendí a despojarme de la visión idealista que tenía de la política y de la corte. Las dos eran un cúmulo de cálculos, golpes, engaños e intrigas. En este escenario yo no era actor, tan solo un mero observador, pero mis observaciones acabaron por aclararme la realidad de las cosas.

En el transcurso de la vida me influyeron figuras muy destacadas, todas aquellas que realmente se guiaban por un ideal. Eran personajes que no intervenían de manera directa en el curso de los acontecimientos, pero que se levantaban como faros iluminando las penumbras de la vida. ¡Cómo olvidar al juez Regragi o al alfaquí del estado, Ibn Yaaqub! Y ¡qué decir de la gente humilde!, que cuando me reconocían en la sala de oración me hacían una reverencia y en los *hammam* me cedían el lugar o me llenaban el cubo de agua. Cierta día, cuando no hacía un año de mi llegada a Marruecos, el juez Regragi me comentó:

—Hijo mío, cuando el hombre está solo, Satán se apodera de él. Debes completar tu camino vital, perfeccionar tu espíritu y casarte.

Disimulé mi nerviosismo y dije:

—Aquí soy un extraño, no conozco a nadie.

—Debes apoyarte en Dios.

—Si Dios quiere.

—Con su fuerza y su poder.

Finalmente, me casé con una hija de una de las concubinas del juez Regragi, Lalla Taya. Nuestro matrimonio se celebró con total discreción. Después, me trasladé a una casa del barrio Riad al-Zaytun, cuyos vecinos eran en su mayor parte gente de Al Ándalus.

El sultán de Marruecos, apodado majestuosamente en la corte saadí como Almanzor, “el victorioso”, estaba en el cenit de su reinado. Junto con su hermano Mulay Abdelmálek, había vencido a los portugueses en la Batalla de los Tres Reyes y era respetado por todos los monarcas del momento.

Entre los grandes acontecimientos de su mandato, destacaban el envío de una expedición militar a tierras de Songay, en Sudán, y la anexión de aquellas tierras bajo el mando del comandante Yawder Pachá. Los dignatarios y sabios no veían de provecho este tipo de incursiones, en las que el ejército se exponía a las duras inclemencias del desierto. Además, a ojos de la *sharía* era injustificable una acción militar contra hermanos musulmanes, pero el sultán lo hizo por acrecentar su prestigio y por el oro que se obtenía. La manera que encontró de inmortalizar el poder conseguido fue construyendo una de las maravillas más impresionantes: el Palacio Badi. Tomando como modelo la Alhambra, edificó un complejo con estanques único en tierras del Magreb islámico. También destacó su mandato por la implementación de diferentes normas de gobierno y por introducir en la corte nuevas reglas administrativas de gestión inspiradas en los patrones de gobierno otomanos que, a su vez, evocaban la grandeza de Al Ándalus bajo el poder de los musulmanes. De esta manera, intentó revivir aquel esplendoroso periodo en tierras de Marruecos.

La corte marroquí quería ser idéntica a las cortes andalusíes, pues al sultán le gustaba toda muestra de opulencia. En este sentido, apreciaba en gran medida al poeta de la corte, Fashtali. Y no era por sus cualidades literarias, sino por lo que representaba en sí y porque le recordaba al escritor y poeta de la corte andalusí Lisan al-Din Ibn al-Jatib.

En cuanto a la organización militar, su sistema era semejante al de los jenizaros otomanos. En estos asuntos y en temas de seguridad solo confiaba en renegados y mercenarios, de ahí el éxito que tenían personajes como Yawder Pachá, Mahmud Bay Pachá y algún otro. A otros protagonistas veteranos se les apagó la estrella, como ocurrió con Duga-li, que se convirtió en una molestia para el sultán. Inmediatamente después de la Batalla de los Tres Reyes, le quitó la confianza y la derivó a Mulay Ahmad, truncando con ello las ambiciones de sus viejos comandantes militares. El sultán quiso saldar la deuda con Duga-li exiliándolo a Agadir. No obstante, tomó la precaución de tomar a su hijo como rehén en la corte.

También era de destacar la parte ceremonial de la corte, muy cuidada por el sultán. Valgan como ejemplo las recepciones del diván y los desfiles adornados con toda pompa para visitar a los santos, con ofrendas de todo tipo y lanzamiento de monedas de oro a los pobres, que se daban empujones por recoger el dinero. No había nada que hiciera más feliz al sultán que ver estas ostentosas manifestaciones. También disfrutaba de las justas poéticas entre cortesanos. Realizadas en un jardín llamado Mushtaha, eran privadas, pero no estaban exentas de un amplio ceremonial. Fashtali, o cualquier otro poeta de la corte, debían componer versos o recitar obras de grandes poetas andalusíes y abasíes. A Almanzor no le gustaba que lo compararan con los príncipes de Oriente y depreciaba a las dinastías bereberes de Marruecos. Con este pensamiento, construyó el jardín Mushtaha sobre las ruinas de uno anterior, el Saliha, levantado por el sultán almohade Abd al-Mumin y al que los niños marroquíes aún hoy le siguen cantando mientras dan sus primeros pasos. Con la misma intención, levantando el Palacio Badi, Almanzor pretendía superar todo lo realizado por las dinastías bereberes que lo precedieron. Lo decía en público, bien alto y fuerte.

Llegó la fiesta del Nacimiento del Profeta, celebración que introdujeron los musulmanes de Al Ándalus influidos por la conmemoración cristiana del Nacimiento de Jesús. En este tema, nuestra tierra fue pionera en ensalzar el Nacimiento del Profeta, con él esté la paz. El mundo islámico, en regresión ante el avance de las hordas cristianas, se aferró a la

memoria y qué mejor método que rememorar el nacimiento de nuestro Profeta, la paz esté con Él, para consolidarla. En Marruecos se celebró por primera vez en la ciudad de Ceuta, donde la introdujo el emir Abu l-Qasim al-Azafi, extendiéndose después al resto del país. Cuando la desidia se apoderaba de las gentes de Marrakech o cuando el sultán intuía que la brecha de la rebelión se estaba fraguando, organizaba un gran festival donde desfilaba su glorioso ejército por los alrededores de la ciudad. La gente olvidaba todos sus problemas, tan solo se hablaba de la majestuosidad del ejército de Almanzor, de su poder y de su impecable organización.

Pero este boato, que provocaba admiración e inspiraba respeto y miedo, también tenía un reverso. Almanzor no toleraba que le contradijeran. Corrió la voz de que el gran sabio de los Askia⁴²¹ de Sudán, Baba Ahmad al-Tunbuktí, había recibido un trato inhumano durante el transcurso de la campaña de Yawder Pachá. Fue apresado y sacado de su tierra por miedo a que reuniera en torno suyo a las tribus derrotadas de Songay. En el trayecto de vuelta, el Ejército de fuego, como llamaban a la división de Yawder Pachá, atravesó el desierto cuando el calor era más implacable, con la mala suerte de que el sabio prisionero cayó del camello y se rompió el brazo. Pero nadie pudo ayudar al alfaquí maliense en el traslado hasta el sultán porque se sabía que él era muy estricto en asuntos como estos.

A los dos años de que yo ingresara en la corte, el gran juez de Fez, Ahmadi, debía venir a Marrakech con motivo de las celebraciones de la Fiesta del Cordero. En el camino se cruzó con una fila de hombres, mujeres y niños atados que le conmovieron el espíritu, pues sufrió impotente la escena de una mujer con grilletes que presentaba contracciones de parto. Los guardias que conducían a los presos permanecían impasibles, pese a las súplicas del juez, sin hacer nada por la mujer que estaba dando a luz.

En Marrakech, el juez comunicó al sultán lo que había visto. A este le disgustó que se lo dijera, lo hizo callar y lo apartó como a un animal leproso. Los demás procedieron de la misma manera y le negaron el saludo. El juez comprendió la gravedad del asunto y se tiró a los pies del sultán para implorar perdón. Este, enfadado, le dijo:

—Tienes que saber que, de no ser uno de mis allegados y te considerase un maestro, te habría castigado duramente por tus palabras temerarias. “Gracias a lo que has visto has llegado sano y salvo junto con tus compañeros, en un trayecto de diez días y totalmente seguro. La gente de Marruecos está loca y el único hospital que los sana está en los sufrimientos de las cadenas y grilletes”.⁴²²

El *shayj* Ahmad Baba al-Tunbuktí era respetado por su sabiduría y piedad, por lo que el pueblo no comprendía la insistencia del sultán por mantenerlo apartado. Vivía cerca del palacio Badi, por la parte de Bab Agnau⁴²³.

Fui a visitar al honorable sabio a su modesta casa. Sabía que me exponía a los esbirros del sultán y a sus secuaces, pero mi patria era el islam. No había escapado de la opresión de la Iglesia y de sus servidores para caer en manos de unos renegados sanguinarios. Me encontré en la casa al gran sabio del Sus, Ibn Yaaqub, pues, a pesar del miedo a las represalias del sultán, los sabios de Marrakech mostraban un gran respeto por el sabio de Songay. Sin embargo, aquel cariño no le hacía olvidar su tierra natal, a los suyos y a su biblioteca, en su mayor parte expoliada.

⁴²¹Dinastía negra que estableció y dirigió el imperio Songay de la curva del Níger en Malí, con capitales en Gao y Tombuctú. (Nota de la t.).

⁴²²Al-Ifrani, *Nuzhat al-hadi*, p. 243 (N. de la t.) Aunque no lo indica Awrīd, la edición de esta crónica marroquí del siglo XVIII que maneja es la de ‘Abd al-Laṭīf al-Šādīlī. Casablanca: Maṭba‘at al-Naṣāḥ al-Ŷadīda, 1998.

⁴²³Bab Agnau es una de las diecinueve puertas de Marrakech construida en el siglo XII (N. de la t.)

Su enjuto rostro y su mirada perspicaz desprendían una gran serenidad. El *shayj* siempre llevaba encima el rosario y vestía un *aba* blanco con un chal alrededor del cuello que le protegía del intenso frío del invierno de Marrakech. Besé su mano y me dijo:

—Hijo mío, no sólo hemos perdido Al Ándalus, lo peor de todo es que estamos perdiendo los valores del islam. ¿Qué justificación tiene que un musulmán haga esclavo a un hermano musulmán?

No había olvidado el maltrato que recibió su gente, que había sido esclavizada incluidos los nobles de las tribus.

El sabio de Sus Ibn Yaaqub tomó su mano para recitar la aleya:

Sí, Quien te ha impuesto el Corán, te devolverá a un lugar de retorno. (28: 85)

Después continuó explicando la aleya:

—En el islam siempre existe el regreso a Dios y el arrepentimiento. Él es el principio y el fin. Lo primero y lo último. El camino de regreso no es posible sin pruebas ni penas. Es una forma de ascensión que no se produce sin dolor. Dios dijo en su Libro: «¡Hombre! Te esfuerzas con denuedo en encontrar a tu Señor y Le encontrarás.» (84: 6).

Y entonces, Baba Ahmad al-Tunbuktí respondió:

—El musulmán no debe perder la esperanza en Dios. Imploramos a Dios que nos otorgue la hermosa paciencia. No hay nadie que nos pueda ayudar más que Él.

—¿A qué se refiere con la buena paciencia? Está en el Sagrado Corán, pero ¿a qué se refiere? No había pensado antes en esto.

Los tres éramos oriundos de diferentes lugares. Baba Ahmad al-Tunbuktí era de Sudán, Ibn Yaaqub de Sus y yo, Ahmad Shihab al-Din, de Al Ándalus. Pero había un hilo que nos unía, un crisol donde fundirnos: el deseo de justicia, aunque con ello arriesgáramos la propia vida. Las ideas de justicia y caridad están bien señaladas en el Corán, es por esa comunión entre ambas por la que abandoné mi tierra natal y la de mis ancestros.

Así entendía yo el islam. Armados moralmente con esas dos ideas imaginaba a sus sabios, hombres que destacaban por su fuerza de fe, su convicción y valentía. Y estos dos eruditos lo encarnaban a la perfección. Pero los sabios son marginados y no se toman en cuenta.

A Antati le gustaba que lo llamaran tal cual, por su nombre, sin añadirle una “h” al comienzo: Hantati. La “h” era un sonido añadido de manera obligada por epéntesis de la lengua árabe, como ocurría con otras palabras como *Znaga*, convertida en *Zanhaya*, y *Shtuka*, que se pronuncia *Hashtuka*. También es el caso de *Zrun* (rocas) transformada en *Zarhun*. Aquello no carecía de importancia para Antati, pues quería que su nombre rezumara el origen que realmente tenía: bereber.

Antata era un clan de la gran confederación de tribus Masmuda, en cuyo seno surgió la dinastía de los almohades y la de sus parientes los hafsíes que gobernaron Túnez. Antati pertenecía a la aristocracia de una tribu que, tras ser derrotada, se instaló en el corazón de las montañas y que por su singularidad atrajo la atención del letrado andalusí Lisan al-Din Ibn al-Jatib. Los saadíes tomaron el Sus y acabaron con lo que quedaba de aquella nobleza bereber. Cuando su gente le contó a Antati lo sucedido, le quedó un poso de amargura. Retuvo para siempre el recuerdo del saqueo, los campos quemados, niños aterrorizados, mayores decapitados o encadenados tras la derrota, especialmente cuando eran vencidos.

Ibrahim Antati había cursado los primeros estudios en su tierra natal, en Talat en Yakub. Luego se marchó para continuar su formación en la universidad Sidi Yusuf Ben Alí, en Marrakech. Cuando Almanzor ascendió al poder lo nombró secretario de la corte. Le podría ser útil. Él era buen conocedor de las montañas y, pues, ¡qué hay más noble que

servir a aquél a quien Dios ha dado la pesada carga de proteger a sus siervos! ¿No estaba Marruecos amenazado por las Cruzadas invasoras de portugueses y castellanos? En cuanto a los primeros, ¿no habían tratado de ocupar Funti y la fortaleza de Agadir? Aún seguían controlando Briya y Mogador. La batalla de los Tres Reyes había suscitado un fervor religioso que había provocado que Antati se integrara en la corte de Almanzor. Al principio pensó que el sultán era un hombre sincero, pero el transcurso de los acontecimientos le demostró que estaba equivocado. Almanzor, en realidad, y como me razonó Antati, lo quería como rehén.

—¿Por qué?, —le pregunté.

—No lo sé, Shihab al-Din. La gente de la montaña es un peligro para los poderosos, no les inspiran confianza. Quizá su deseo era separarme de mis élites.

Me reveló que había sufrido una inmensidad pues, con el tiempo, se había reducido su papel en la corte a nada. Ahora era un monigote, una reliquia de la grandeza Masmuda. En realidad, fue una venganza extraordinaria del jerife saadí.

Antati sabía que Almanzor odiaba a los bereberes, pero fingía no verlo.

—Cuando las fuerzas no son proporcionadas para el débil es mejor hacerse el tonto, —me decía siempre.

Representaba continuamente el papel de no comprender, de no saber, a pesar de que conocía muy bien lo que estaba sucediendo. Tal era su conocimiento que, aun cuando ignorara algunos datos, sus análisis eran exactos o muy acertados debido a su profundo conocimiento de la gente y sus secretos.

—Me remito a la Historia, —me dijo cierto día—. ¿No es maestra de todo y de todos?

—Dios es Maestro de todo y de todos, —le corregí.

—Da igual —me contestó.

Para mí es duro relatar esto. Aunque Antati era buen musulmán, tan racionalista como Averroes, la manera en que entendía el islam me molestaba. Según él, la religión y la filosofía debían tener el mismo fin.

—¿Y cuál es ese fin? —le pregunté.

—La ética.

—¿Y qué hay de la religión?

—¿Qué es la religión sin ética? Un cuerpo sin vida.

Si algún día los dignatarios de la corte nos hubieran sorprendido haciendo conjeturas filosóficas de este tipo, hubieran pensado cualquier cosa de nosotros y el alfaquí Regragi nos hubiera declarado apóstatas. Antati, en realidad, no era apreciado por la corte. Lo sabía, pero no le importaba.

Fashtali no ocultaba su animadversión hacia él y lo ignoraba si se cruzaba en su camino. Antati, por su parte, se burlaba de él por querer aparentar que era un sabio, pero también por sus expresiones retóricas, su estilo sobreactuado y su florido vocabulario.

—Todo su discurso está vacío y no expresa nada consistente y sincero, —me decía a menudo Antati.

Sin embargo, Antati conocía la lengua árabe en profundidad.

Un día me hizo una pregunta que me sorprendió, si los castellanos y el resto de los cristianos se expresaban en una lengua tan rimbombante como la impuesta en la corte del sultán saadí. En verdad me sorprendió, en mis negocios con castellanos nunca había pensado que la lengua castellana fuera ingeniosa. No podía admitir ni comprender que el dialecto marroquí fuera una lengua para escribir y pensar. Para mí la lengua árabe era por excelencia la elegida.

—En verdad, los castellanos escriben como hablan.

—Querría haber aprendido castellano.

—¡Es la lengua de nuestros enemigos!

—No tenemos más enemigos que nosotros mismos. Si los castellanos son más fuertes que nosotros es porque en algunas cosas deben ser mejores que nosotros.

—Me sorprendes, Sidi Ibrahim. Dios con su omnipotencia hará que vencamos a los Infieles, y nuestro señor Almanzor, que Dios venga en su ayuda, podrá, si a Dios le place, recuperar Al Ándalus, —le dije imitando a los sabios moros.

—¡Para repetir las hazañas de los Reinos de Taifas!⁴²⁴ ¡Para orgías, vicios y fiestas! ¡Para vilezas y derramamiento de sangre! ¿Qué finalidad hay en eso, Shihab al-Din? Comprendo tus heridas, pero sé realista. Baba Ahmad, el sultán, cuida las buenas relaciones con los españoles y no hará nada que pueda ofenderlos. Él necesita tanto de ellos, como ellos de él para detener a los turcos y controlarlos a vosotros, los moriscos. Os quieren aislados. Imaginad si hubierais contado con el apoyo de Baba Ahmad, si su fuerza hubiera estado a vuestro servicio, ¿entonces no habríais sido sacrificados y tampoco hubierais padecido tanto!

Se me encogió el corazón al escuchar sus palabras. Había gran verdad en lo que decía Antati, pero, al mismo tiempo, yo tenía una deuda moral con el sultán. Antati acrecentó mi desolación.

—No debes tener cargo de conciencia, pues al sultán Baba Ahmad no le preocupa lo más mínimo. Los andalusíes y tú sois sólo piezas en un tablero de ajedrez. No sientas cargo de conciencia. Te sentirás mejor, ya verás.

Antati era bastante curioso. Le gustaba conocer todo, especialmente lo que sucedía por tierras cristianas. Le conté historias interesantes de algunos reyes cristianos, que apuntó en sus cuadernos. Gracias a él yo aprendí algunas palabras sueltas del bereber. Era fuente de sabiduría y conocimiento, sin embargo, no me sentía totalmente satisfecho porque nada lo incitaba a la acción. Afirmaba que para nada era útil. “Me sumerjo en los libros porque no tengo otra opción”, —solía siempre repetir.

Espíritu lúcido, sí. Pero, por eso mismo, ¿acaso no estaba cegado por su gran rencor? ¿Su lucidez no era consecuencia de sus heridas?

Cierto día me encontraba en mi *bniqa*, una especie de secretaría sin pupitre que hacía las veces de mesa de oficina, que en latín se denomina *Banquetto*⁴²⁵, palabra de la que quizás provenía el nombre *bniqa*. Había terminado de traducir del castellano al árabe un mensaje que el sultán había recibido del rey de España, Felipe II. Fui después a casa del calígrafo, como de costumbre, para hacer una copia y ponerle el sello de la dinastía: la *Bendición de Muhammad* adornada con los rosetones de Almanzor. Este sello debía aparecer en toda la correspondencia del sultán. Encontré al calígrafo agobiado, pues le habían notificado que su hijo tenía convulsiones. Me pidió que aplazáramos la copia del mensaje hasta ver qué le había sucedido a su hijo. El mensaje no era urgente y faltaban tres días para que se celebraran las audiencias del diván. Era domingo y aparentemente no tenía por qué suceder nada que tuviera consecuencias negativas. De lejos, un *qubyi* había observado la escena.

Tomé mi borrador bajo el brazo y entré en la *bniqa* de Antati, que estaba absorto con la lectura de los *Prolegómenos* de Ibn Jaldun. Quise retirarme, pero Antati me hizo una señal para que entrara diciéndome:

⁴²⁴Se lamenta por la guerra civil y fragmentación del brillante y poderoso califato Omeya de Córdoba que acabó en la división de los múltiples reinos de taifa, debilitando a Al Ándalus y facilitando con ello el avance y conquistas de los reinos cristianos (Nota de la t.)

⁴²⁵En caracteres latinos en original. (N. de la t.)

—Me he leído los *Prolegómenos* varias veces y sé por Ibn Jaldun que el pueblo es el que gesta la historia. ¿Qué novedades tienes, Shihab al-Din?

—Nada en particular.

—¿Ningún rumor sobre el sultán o sus concubinas, tampoco de ninguno de sus hijos o de algún general de su ejército?

—No presto atención a esas sandeces.

—Te equivocas, por poco que analices tales rumores te pueden desvelar realidades ocultas.

Irrumpió entonces el joven Doga. Antati, maliciosamente, lo invitó a charlar:

—Por su parte, Doga siempre ofrece noticias obscenas. Siempre está en el meollo donde se cuecen los rumores.

Doga era bastante vulgar en su forma de expresarse y eso le gustaba a Antati.

—El mañana será como el ayer, dijo Doga. Nada va a cambiar en este maldito país. El sultán es el responsable de la extorsión de los agricultores en las explotaciones de caña de azúcar, obteniendo grandes sumas de dinero gracias a sus representantes judíos. ¿Qué me importa? Languidezco y necesito emprender una nueva aventura.

—Podrías alistarte en el Ejército de Fuego de Yawder Pachá, —le propuso Antati maliciosamente.

—Por favor, ¿Para la expedición al Sudán? Detesto los países calurosos y especialmente aquellos donde no se bebe vino.

—Que Dios nos proteja —dijo.

—Que Dios te proteja, Shihab al-Din. Mi padre no se convirtió al islam para privarse del vino o de los placeres de la vida, lo hizo por poder y dinero. Y ahora no tenemos nada, ni poder ni dinero. ¡Menos mal que nos quedan los placeres!

—Nadie te lo prohíbe —añadió Antati, burlón.

—Aquí hay que sobornar a un renegado para conseguir un buen vino o pagar un alto precio para conseguir el que traen los contrabandistas, de lo contrario debes conformarte con beber el *mahiya* que fabrican los judíos de Demnat⁴²⁶ o los licores de Tamsluht.

—Entonces, ¿no te privas? —replicó Antati.

—Hay que hacerse pasar por judío para poder entrar en una de las tabernas de Bab al-Rub. El ambiente allí es lúgubre, el vino malo y los licores están agriados. Además, siempre se ven las mismas caras de renegados viejos y judíos codiciosos. Y no hay mujeres. Los dignatarios de los barrios de Laqsar o de Lmasin son los únicos que disfrutan de los placeres de la vida: buen vino, bailarinas y bellas concubinas.

Sentí asco al escuchar todo aquello y quise irme, pero Antati se levantó para retenerme.

—Esto también es la tierra del islam, Shihab al-Din.

—¡Oh, Antati!, si pudieras tomarte las cosas menos en serio. Pero no, los bereberes sois demasiado rigurosos, —le soltó Doga.

La caída en desgracia del padre de Doga, ¿sería la causa de la amargura del hijo? La estrella de su padre brilló en los comienzos del reinado de Almanzor. Duga-li se había mantenido muy cercano al hermano del sultán, Mulay Abdelmálek, y, tras su muerte, envenenado en circunstancias nunca aclaradas, Almanzor realizó una purga entre todos los renegados al servicio de su hermano. No conservó más hombres de confianza que Duga-li y un joven Yawder —de quien se hablará más adelante—. Duga-li era demasiado incómodo y muy ambicioso. Era el mando adecuado para asegurar la transición, pero, poco a poco, le iría quitando sus prerrogativas para acabar en el exilio, en Agadir.

⁴²⁶Ciudad situada en el centro de Marruecos y ubicada al pie de las montañas del Atlas, a unos 110 km al este de Marrakech (N. de la t.)

—Dime, Pedro —me interpeló Doga.

—Mi nombre es Shihab al-Din —le interrumpí de forma seca.

—Te llamabas Pedro en tu tierra, en Al Ándalus. Shihab al-Din, que así sea. Para mí, musulmanes, judíos y cristianos son iguales. Todo son restricciones. Dime, Shihab al-Din, hermano en el islam...

—No me gusta este tono irónico.

—Entonces, ¿cómo quieres que te llame? Traductor personal de su majestad el sultán... ¿Te parece bien? Dime, ¿cuántas jornadas hay entre Marrakech y Briya, pasando por Hamr.

—Tres jornadas —respondí.

—Entonces, ¿podrían detenerme? —concluyó.

Después se dirigió a Antati, y le dijo:

—Hemos nacido para entendernos. Podríamos emigrar a Brasil, tú y yo.

—No tengo otra patria que esta —contestó Antati—, y no la abandonaré de ninguna manera, aunque...

Y entonces, dejó de hablar.

—¿Aunque...? —replicó Doga.

—Nada.

—Vamos Antati, ¡no tengas secretos!

—Aunque caiga en contradicciones, aunque tenga que engañar.

—Aquí todo el mundo miente, salvo Sihab al-Din y, por supuesto, su protector el juez Regragi. Ayer casi caí en sus manos.

—¿Cómo es eso? —preguntó Antati, jocosamente.

—En una taberna, casi le rompo la cara a uno de los renegados, pero me eché para atrás. Por ser musulmán, el tabernero me podría haber denunciado al juez. De esta manera, Regragi hubiera tenido ocasión de condenarme... ¿Cuántos latigazos se dan a quien bebe vino?

—Ochenta —contesté.

—Ya veis. Así que no le rompí la cara al renegado. No fui denunciado y el juez no pudo emitir veredicto. Ves, querido Antati, como yo también miento. En Brasil no sería necesario mentir.

La discusión podría haberse prolongado toda una eternidad, pues a Doga le gustaba mucho hablar de sus planes para emigrar a Brasil. Pero, de repente oímos el pregón de los *qubyies* anunciando la llegada del sultán. Nos levantamos rápidamente y salimos del *bniga* de Antati. Nos detuvimos en un cobertizo, frente a la explanada. Desde la distancia, pudimos observar cómo el sultán salía del Pabellón de Cristal. Estaba de pie y vestía una chilaba blanca de lana fina, llamada *mlaf*, con el cuello cerrado. Había sido confeccionada especialmente por los sastres de palacio y se estaba poniendo muy de moda. Había sido bautizada como *mansuriyya*, en honor al sultán. Pero yo no estaba interesado en ella. Se produjo entonces un movimiento extraño. Los ayudantes de campo, los *shawish*, subieron a sus caballos y se fueron al galope. Justo detrás del sultán iba el *jazindar* y el jefe de la *isbahiyya*. Nadie decía una palabra. En cuanto a nosotros, nos quedamos quietos como estatuas. Antati parecía no mirar al sultán, pero lo hacía de reojo, a la manera de los soldados castellanos.

Los *qubyies* corrían de un lado para otro en la explanada del palacio Badi. El sultán observaba la escena impassible, indiferente a nuestra presencia. Parecía como si los movimientos de los *qubyies*, de los *shawish* y de la *isbahiyya* le divirtieran. Aquello duró un cuarto de hora, poco más o menos, pero se nos hizo una eternidad. Algunos componentes de la *isbahiyya* corrieron hacia el sultán arrastrando al calígrafo. Finalmente, al verlo, comprendí lo que estaba sucediendo. El *qubiyi* que nos observó

informó de lo que había sucedido a sus superiores y estos lo comunicaron al sultán. El pobre calígrafo fue acusado de irse del trabajo sin autorización. No importaba que su hijo estuviera muriéndose. Antati llevaba razón. Todos se espiaban y todos se delataban. Nadie confiaba en nadie. Hasta los más ínfimos detalles se magnificaban. La corte se movía por criterios propios, pero esos mismos criterios me eran familiares. Me recordaban a la Iglesia o, más bien, a la Inquisición. La Inquisición es un modo de actuar. La pira es solo un eslabón. La Inquisición era el miedo, la delación, la falacia, la distorsión de los acontecimientos. Cerré los ojos y empecé a suplicar: “Oh Dios, dame fuerzas para soportar la depravación de tus criaturas descarriadas, no permitas que me desvíe de tu luz que ilumina el universo. En ti busco refugio. El protegido es quien tú proteges y el despojado es quien busca protección fuera de ti”. Luego recité la aleya: “*Di: “¡Oh, Dios Dueño del dominio! Tú das el dominio a quien quieres y se lo retiras a quien quieres, exaltas a quien quieres y humillas a quien quieres. En Tu mano está el bien. Eres omnipotente”* (3:26).

Abrí los ojos y vi al pobre calígrafo arrodillado a los pies del sultán. Tirado a ras del suelo, lo besaba y le suplicaba clemencia. ¿Lo decapitaría el sultán? ¿Qué otro castigo podría infligirle? ¿Habría muerto el hijo del calígrafo?

El sultán dijo algo, giró sobre sus talones y entró en el pabellón privado. El *jazindar* y el jefe de la *isbaqiyya* se quedaron estáticos frente al pabellón. El sultán había logrado lo que quería, que no era otra cosa que sembrar el terror entre sus servidores.

Suspiramos con alivio, contentos de ver cómo el calígrafo salvaba la vida.

—Esta escena acabará transcrita en los anales de la historia y puede que eclipse las grandes hazañas de Almanzor, —soltó Antati, con rabia.

—¿Tú crees? —dije yo.

—¡Oh sí!, la Historia tiene caminos indescifrables. Tiene misterios que solo ella conoce, —continuó diciendo Antati.

—Por estos motivos yo quiero emigrar a Brasil, —replicó Doga.

Una semana después conocimos la historia, pero descrita ahora por Fashtali, que nunca presencié la escena. Fue llamada *Las Fuentes de la Pureza*, una versión totalmente edulcorada: “El sultán, con la generosidad que acostumbra, se había preocupado por el estado de salud del hijo de uno de sus secretarios recriminándole, de forma paternal, que hubiera abandonado la corte sin su permiso, y confió el hijo a las ancianas de palacio que, con experiencia en medicina, cuidarían del muchacho”.

Dos días antes de la fiesta de la Natividad del Profeta Mahoma, todo Marrakech se había vestido con sus mejores galas. La gente llegó de todos los lugares: los fieles de las *zawiyyas* y los sufíes, así como los mendigos y los tullidos que frecuentaban en masa los mausoleos de los santos. Los auxiliares del *jazindar*, bajo orden del sultán, visitaban el lugar donde se encontraban los santuarios y repartían limosnas. La ciudad estaba animada y los zocos repletos de gente. El recinto ferial estaba lleno y la plaza Jemaa el-Fna⁴²⁷ tomada por contadores de la vida del Profeta Mahoma, que la paz esté con Él. Competían entre sí, unos en árabe dialectal, otros en bereber, por narrar los hechos más destacados de la vida del profeta Mahoma, desde su nacimiento, relatando las señales que lo acompañaron a lo largo de toda su vida: sus primeros años, cuando los ángeles le abrieron el pecho para limpiarle el corazón, sus viajes de comercio a Levante, su honradez, sus retiros para meditar en la gruta Hira antes de recibir la Revelación. Era un placer increíble pasar de una *halqa* a otra y escuchar recitar las proezas de nuestro Profeta, que la Paz sea con Él, así como de su familia y acompañantes. Mi satisfacción era total, era la satisfacción de alguien que durante mucho tiempo había sido obligado a ocultar su fe y a presenciar con impotencia las grandes ceremonias que acompañaban a la Natividad de Jesucristo, con Él esté la paz, era la satisfacción de quien había sido privado de su razón de ser y por fin la había encontrado, sin prohibiciones, sin miedo y sin limitaciones. No comprendía el bereber, pero por las ropas podía distinguir a la gente que venía de Sus y reconocía la erudita tradición de sus alfaquíes. Me gustaba ver las piruetas que realizaban al ritmo de los tamboriles, así como sus acrobacias, tal vez una reliquia de sus luchas marciales.

Tuve la suerte de asistir a las festividades del Nacimiento en el recinto del palacio Badi. El ambiente era maravilloso y confirmaba la grandeza del sultán y el esplendor del islam. La víspera de la celebración, después del rezo del *asr*, los jóvenes más robustos desfilaban con cirios y velas de diferentes tamaños y colores colocados sobre sus cabezas. Cada corporación iba precedida por una fila de muchachas que también llevaban cirios. Todos caminaban al ritmo de tambores y trompetas. La procesión atravesó la ciudad bajo las miradas de admiración de la población. Las *zagarid* marcaban con sus gritos el ritmo de la comitiva, que partió de la plaza Jemaa el-Fnaa, frente a Bab Agnau, y atravesó los jardines de la Masarra. Después, la multitud giró en dirección a la alcazaba almohade, dejando a su derecha los jardines Mushtaha. La procesión debía llegar hasta la explanada del palacio Badi por Bab Rujam antes de la puesta del sol. Entonces, los portadores colocaban las velas, los cirios y los incensarios en el suelo para que después los *qubiyis* los recogieran y los llevaran al palacio.

Los dignatarios fueron invitados para el día siguiente, antes del amanecer, a participar del rezo de primera mañana. Cada uno, según su rango, se vistió con su mejor atuendo y esperó en el lugar de la mezquita de palacio que le asignó el sultán, en el Pabellón Verde. El mismo sultán dirigía el rezo vestido de blanco, como era costumbre entre los saadíes. Acabada la oración se sentó en su banqueta, con las velas, cirios e incensarios situados delante de él, como formando una barrera que lo separaba de los invitados. Después, el predicador inauguró la fiesta con el relato de la vida del Profeta, la paz esté con Él, mencionando sus cualidades humanas y sus milagros. Luego se recitaron casidas de alabanza al Profeta, comenzando por la casida *al-Burda* (el Manto)⁴²⁸ del imam al-Busiri entre otras odas clásicas. Tras la lectura, salieron a escena los sufíes que cantaron el *dikr* y diversas poesías del amplio repertorio místico marroquí y andalusí. Después, fue el turno de los grandes sabios. El cadí al-Shatibi inauguró la audición recitando una poesía,

⁴²⁷Plaza principal de Marrakech, declarada Patrimonio de la Humanidad (N. de la t.)

⁴²⁸Poema que hace referencia al hábito que vestía el Profeta (N. de la t.)

le sucedió mi suegro, el juez Regragi, seguido por el gran muftí y el secretario Fashtali, que le puso fin. Las formas poéticas no cambiaban de un poeta a otro y la casida se abría con el *gazzal* (introducción de tema amoroso), después se seguía con la alabanza del Profeta, la paz esté con Él, y se cerraba mencionando la grandeza y gloria de nuestro señor Almanzor, así como la de su hijo y heredero, al-Mamun. Sabía que el sultán lo adoraba, pues Antati me había contado con todo detalle la ceremonia de su proclamación como heredero, rito que incluía la recitación de casidas que elogiaban las cualidades del príncipe. Era de público conocimiento que los poetas no perdían la oportunidad de alabar al heredero del trono.

La ceremonia del Nacimiento del Profeta discurría bajo la complaciente mirada del sultán. Se podía apreciar, por la expresión de su cara, su preferencia por unos poetas u otros que, al finalizar la audición, eran recompensados con ropa y dinero. De esta forma se clausuraba el recital. Después, tenía lugar un banquete que se celebraba en el centro del patio del Palacio Badi, embellecido con grandes estanques y fuentes de mármol. Los *shushris*, empleados de la cocina, servían en la mesa todo tipo de comidas representativas de las diferentes regiones de Marruecos. El sultán se levantó antes de que terminara el festín indicando que la ceremonia finalizaba. Los grandes dignatarios le siguieron. A continuación, se abrieron al público las puertas del palacio Badi para que toda la plebe pudiera disfrutar del ágape del sultán.

Estaba distraído por el ambiente festivo y confundido entre los dignatarios, cuando Antati me cogió por la chilaba.

—¿A dónde vas? —me preguntó.

—A casa de mi suegro, en Darb Basha, para felicitarle las fiestas, después iré a mi casa. ¿Por qué?

—Te lo diré después.

—¿Y ahora por qué no?

—Después, te he dicho. Me pasaré por tu casa después de la oración del *asr*.

Escuché también la voz de Doga, detrás de mí, que se dirigía a Antati criticando la ceremonia:

—No les basta con despertarnos de madrugada, además nos hacen escuchar poesía árabe antigua e incomprensible. Sé que tú...

Apresuré mis pasos para no escuchar aquellas palabras irreverentes. Además, ¡en la corte del sultán Mulay Ahmad descendiente del Profeta!, la paz esté con Él.

Me quedé preocupado por los comentarios de Antati, no mencioné nada de aquello cuando visité a mi suegro. Lo encontré feliz por las felicitaciones recibidas por su casida, un poema que le había llevado meses de preparación y la consulta de innumerables libros clásicos para encontrar palabras raras o en desuso, con el fin de agasajar al sultán y a su heredero. Pese a ello, no recibió ningún *jula*, que es una prenda con la que se recompensa en estas ocasiones. Según la tradición, de la palabra *jula* deriva la palabra *Gala*⁴²⁹ de nuestros vecinos cristianos. Aun así, mi suegro estaba feliz porque había dado forma a sus versos con palabras procedentes del repertorio árabe más antiguo.

Dejé a mi esposa y a mi hijo en la casa de mis suegros y me fui corriendo a mi casa. Allí recé mi oración. Antati llegó inmediatamente, después del rezo. Se sentó en el diván y me abordó diciéndome:

—¿No has notado algo en la cara del sultán?

—Alegría.

—Alegría, efectivamente, —dijo con sarcasmo Antati—. ¿No has notado su aire, su mirada nerviosa, que la desplazaba de un lado para otro?

⁴²⁹En aljamiado y en español en el original (N. de la t.)

—No he observado nada. Estaba distraído por la magnificencia de la ceremonia.
—¡Oh, Shihab al-Din!, ¡qué inocente eres! Has de saber que su príncipe heredero y lugarteniente en Fez se está poniendo en su contra.

—¿Cómo? Su hijo querido, al que elogian todos los poetas, los jueces y los sabios...

—Sí, *Hermano*⁴³⁰ —como me llamaba de vez en cuando empleando las pocas palabras en castellano que había aprendido de mí.

—No podía creer lo que estaba escuchando. —Antati continuó diciendo:

—Ocurrió hace pocos días. El calígrafo, el que fue tratado como un perro por los soldados de la *isbahiyya*, ¿recuerdas?

Asentí con la cabeza sin poder pronunciar una palabra.

—El calígrafo transcribió un mensaje enviado por el sultán a su hijo Mamun y me desveló su contenido. Aparentemente, el sultán aconsejaba a su hijo sobre cómo tenía que actuar y lo detallaba de manera pormenorizada. Tengo la total seguridad de que el mensaje fue redactado por el propio sultán, pues no guardaba las reglas gramaticales y se aproximaba a su dialecto, el *dariya*. Pero eso no era lo más importante. Tengo la sensación de que el sultán está preparando algo. Quiere engañar a su hijo antes de que este le dé un golpe de muerte.

—Oh, Dios mío. Estamos como en la época de los reinos de Taifas.

—Lo estás viendo. Nos ha alcanzado la maldición de Al Ándalus y ¡de qué manera...! —dijo con amargura Antati.

La relación entre el sultán y su hijo había empeorado, como pude comprobarlo después. La gente hablaba de la promiscua vida del príncipe, y el sultán, enfadado por la conducta de su hijo Mamun, le había enviado unos emisarios para que rectificara. Pero el príncipe, en vez de entrar en razón envenenó a uno de los ministros de su padre, el caíd Sufiani, que había viajado para amonestarlo. Por todo esto, el sultán decidió castigarlo mediante una expedición punitiva. El hijo, tras conocer las intenciones de su padre, se batió en retirada a Tremecén y pidió ayuda a los turcos. Entonces, el sultán, haciendo uso de la sabiduría, le escribió a su hijo en tono paternal para que volviera al buen camino.

Antati entendía que el modo de vida disoluto del príncipe no era nada más que una coartada. Pues, ¿acaso la conducta del resto de príncipes, del propio sultán, era tan irreprochable que justificaba atacar el comportamiento del príncipe heredero? La realidad, según opinaba Antati, era que le ofendía el deseo de autonomía del príncipe. A ojos de la opinión pública era necesario dañar la imagen del heredero haciendo circular historias de orgías y frivolidades. En cuanto a la sabiduría del sultán, Antati no creía que la tuviera. Si el sultán había recurrido a la diplomacia era porque el enfrentamiento con su temible vecino del Oriente no estaba exento de riesgos.

El mensaje que había divulgado el calígrafo no tenía otro objetivo que cautivar al hijo. Había que intentar acogerlo en el regazo antes de llevar a cabo un castigo sin retorno.

—¿Qué le había sucedido al calígrafo para arriesgarse de tal manera? ¿Eran sus intenciones dañinas? —le pregunté a Antati preocupado por él.

—El calígrafo es sincero.

—¿Y por qué se ha expuesto a tal riesgo?

—Está herido. A su manera, es su revancha. Las heridas que tienen su origen en los hijos son como las termitas, que pacientemente roen el tronco de un gran árbol para acabar por derribarlo.

A modo de conclusión, Antati recitó dos famosos versos de Mutanabbi:

⁴³⁰En español en el original.

“¿Qué es de la vida si nos matamos y exterminamos a causa de nuestros deseos?”

El hombre se encuentra con la macabra muerte y rechaza la humillación.”

En Marrakech nunca había florecido una primavera tan bella como la que coincidió con la expedición del sultán sobre Fez. Había enviado a su hijo Muley Zidan, gobernador de la región de Tadla, a cortar el camino que llevaba a Fez por el valle de Tadla y las montañas de Fazaz. De otra parte, había enviado un contingente a Salé para controlar el camino a través de las llanuras de Tamesna. Había que evitar que al príncipe Mamun le llegara información de los movimientos de su padre. El contingente del sultán estaba formado por doce mil soldados, entre ellos la *isbahiyya*, los artilleros *tobyies* y el cuerpo de élite del ejército de Fuego, bajo el mando de Yawder Pachá. Además, contaba con los *fraigiyya*, auxiliares encargados de plantar la tienda del sultán en sus desplazamientos, tradición que se remontaba a tiempos de los almohades, en el siglo XI. El sultán delegó los asuntos del reino en su hijo Abu Faris, gobernador de Marrakech. El ambiente en palacio se volvió enrarecido y los escribanos aprovechamos la oportunidad para ocuparnos de nuestros asuntos.

Antati me propuso dar un paseo con la familia por las afueras de Marrakech y realizar una comida campestre. Un jueves, el día antes de la partida, preparamos los mulos. Nuestras mujeres subieron a dos burras y nos dirigimos hacia el sur por el camino de Agmat. El campo estaba precioso, las acequias rebosaban agua y al fondo aparecían las cimas del Dern cubiertas de nieve. Cruzamos el jardín del Mushtaha y atravesamos los pastizales de Agdal, que estaban reservados al ganado del sultán. Aproveché para preguntar a Antati por los rumores de la gente:

—Dicen que el sultán no volverá de su expedición a Fez. Lo he escuchado después de la ceremonia del *dikr*, en el mausoleo de Sidi Sulayman al-Yazuli.

—¡Sandeces! —interrumpió Antati—. ¿Cómo pueden saber lo desconocido?

—Son los *Señores del tiempo* los que afirman esto. Interpretan las señales.

—Me sorprendes, Shihab al-Din. ¿En qué se basa su predicción del futuro? No creo en esas cosas y tú tampoco deberías creerlas.

Los moriscos, debido a las desgracias y penurias que habíamos padecido, nos aferrábamos a la superstición e interpretábamos las señales para conjurar nuestras angustias. Necesité mucho tiempo para liberarme de unas ideas tan anticuadas.

El silencio nos envolvió. Las monturas continuaron su marcha tranquilamente, mi esposa con mi hijo Hakam a la espalda. Los hijos de Antati se adelantaron hasta las inmediaciones de Agmat para plantar la jaima y preparar la comida. Hicimos tres horas de viaje hasta llegar a las primeras estribaciones serranas.

Antati iba meditando y de repente se explicó:

—Hacía tiempo que entre el padre y el hijo la llama ardía con intensidad, aunque aquello solo era la punta del iceberg del verdadero abismo que existía entre ambos. Nadie mejor que un hijo para conocer las contradicciones del padre. El hijo es el espejo del padre y hacía mucho tiempo que el padre rechazaba verse en el hielo del hijo. Estaba demasiado ciego para ver la realidad tal y como era. La suerte le había sonreído, se le había permitido todo. Después de la Batalla de los Tres Reyes se libró de los renegados, los secuaces de su hermano. Acabó con las tribus y apartó a todos aquellos que podrían serle molestos.

Después le cegó la locura de su grandeza. ¿Qué justificación había para que el sultán hubiera llevado a término una expedición militar contra el reino de Songay? ¿La atracción por el oro? ¡Un espejismo! La expedición había costado más de lo que había aportado, pues doce mil de los veinticinco mil soldados habían muerto. ¿La *yihad*? Pero si los Askiya del pueblo Songay eran musulmanes. Después vino la locura de construir el palacio Badi, ¿qué justificaba tanto derroche de dinero? Se cargó con impuestos a la gente humilde para satisfacer la estulticia de un sultán que ya sólo escuchaba su propia voz. Mientras tanto, sus renegados mercenarios atemorizaban al pueblo bajo una tenaza de plomo. Todo esto debía finalizar. Su hijo Mamun era el espejo que reflejaba el egoísmo del sultán. Pero se negó a verse en el hielo y acometió contra Fez para romper el reflejo que le devolvía su hijo. Puede ser que todo esto sea lo que los *maestros del tiempo*, como tú los nombras, llaman el fin. El final de un régimen y su disolución. Almanzor, a pesar de su genialidad, no cesa de repetir que el mundo estaba cambiando a su alrededor. Necesita ideas nuevas, pero no es consciente de ello. Ahora se enfrenta a su propia verdad. Le escuchaba atentamente. Antati formaba parte del juego, de aquella lucha, pero yo no. Yo no tenía derecho a participar en la política. No debía intervenir en un juego tan complicado sin conocer sus reglas. Debía mantenerme en el lugar del huésped: escuchar, observar y no entrar en un juego del que no formaba parte. Continuó Antati hablando:

—El futuro es oscuro. Tres hijos se disputan el trono. Se van a enfrentar y harán del país un despojo. El drama es que ninguno de ellos está preparado para tan alto cargo e imaginan que el poder es hereditario y no un compromiso. Mamun se parece a su padre, es astuto y tramposo, inclinado a la lujuria. Zaydan, a pesar de ser letrado, está lleno de rencor. Abu Faris vive en el interior de su caparazón. Come y duerme. Duerme y come, y cuando despierta grita que está dominado por los *yins*. Ninguno de ellos es capaz de dirigir el país. Se rodearán de mercenarios que los manejarán como animales dóciles. Para conseguir el poder no vacilarán en llamar a los turcos o a los castellanos, olvidándose de los preceptos del islam: *yihad* o independencia.

Nos detuvimos cerca de Urika. Calmamos nuestra sed en una fuente. No podía imaginar los trasfondos políticos de Marruecos, ni las tormentas a las que se enfrentaría. De pronto, sentí nostalgia por mi tierra natal, Al Ándalus. Recordé a mi hermana asesinada, a mi padre muerto de tristeza, a mi madre que, recluida en un convento, tal vez habría fallecido. Pensé en Jaime, que había abandonado Al Ándalus sólo para morir en un combate que no le concernía. ¡Cuánta injusticia! ¿Por qué nos echaron de nuestras tierras? Después de todo era la tierra de nuestros antepasados. Podríamos haber vivido en concordia con cristianos y judíos. Tenía una imagen demasiado idealizada de la comunidad musulmana o *Dar al-islam*. Un grito de mi hijo me hizo volver a la realidad. La existencia de mi hijo y mi mujer me hicieron ver que el camino de retorno estaba definitivamente cerrado. Y a pesar de todo, en aquel preciso momento en que estaba sentado junto a la fuente de la que corría agua a una acequia, fui consciente que reprimía algo en mi interior. Reprimía mi apego a la tierra que me vio nacer. Y reprimía también mi situación como exiliado. Era un exiliado y seguiría siéndolo para siempre. Nunca podría, al contrario que Antati, hablar con la pasión que él ponía, de la historia y el futuro de Marruecos.

Con el pretexto de descubrir el paisaje me separé del grupo para reflexionar. Me adelanté unos pasos hacia el pueblo cercano, unas pocas casas de piedra mimetizadas con la ladera de la montaña. En el lugar, unas muchachas portaban cántaros de agua y conversaban en beber. Otras, chocaban las palmas de las manos cantando en dialecto árabe. Puse oído para intentar comprender la letra de sus canciones. El recuerdo de Al Ándalus estaba vivo en la memoria colectiva del último rincón de la tierra. Le cantaban a Sevilla, que lloraba:

La voz de Sevilla solloza,

La canción hablaba de mí, que me encontraba entre dos condiciones. Así era. Tomé entonces conciencia de mi situación de exiliado. Comprendí finalmente la tragedia del judío, exiliado para siempre, y me compadecí de él. No sé si algún día vendrá alguien a pedirnos perdón, a nosotros los moriscos, por todo el sufrimiento que hemos padecido y seguimos padeciendo. Una lágrima cayó por mi mejilla. Hacía cinco largos años que contenía un dolor que parecía estar llamado a ser eterno.

Volví al camino. Antati estaba ocupado en apretarle las albardas a su mula. Me detuve y por vez primera lo miré objetivamente. Su expresión era la de un genio. No sabía ni cómo ni por qué, pero tenía el presentimiento de que había algo oculto en este personaje tan excepcional. ¿Tal vez le oprimía un sentimiento de amargura? ¿Es posible que fuera un resentimiento? ¿O quizá la causa estaba en la definitiva ruptura entre las dos orillas? Un genio que podía ser negativo y destructor para sí mismo. Ya no era posible repetir la gesta almohade. Había personas como Antati, conscientes de su propia genialidad, entre ellos letrados, santos o aventureros de la política cuyos sueños acabarían por derrumbarse. Individuos singulares que deberían tener mucha mano izquierda con el poder establecido, como me decía Antati. Personas que nunca se adaptarían a un orden y ningún orden los aceptaría. Era como una revelación que no podía contar a Antati. Tenía una vertiente susceptible que debía considerar.

Antati tuvo la delicadeza de no comentar nada. Caminábamos juntos, a lomos de nuestros mulos. A nuestra izquierda se encontraba la tumba del poeta sevillano al-Mutamid Ibn Abbad⁴³¹, aquel príncipe deshonesto que fue derrocado por un príncipe bereber y anacoreta: Yusuf ibn Tasufin⁴³². Antati y yo éramos la personificación de estas dos figuras. Él encarnaba la genialidad bereber en su vigor y yo pretendía representar el genio andalusí en su esplendor. ¡Quimeras!, los dos modelos se habían extinguido como una moneda fuera de circulación. Ya no teníamos ningún valor, ni Antati ni yo. Éramos dos reliquias de un pasado que se había ido. Mi situación me había convertido en un exiliado consciente de mi realidad. ¿Le ocurría lo mismo a Antati? ¿Se haría ilusiones y aún correría tras las quimeras?

La historia cambió en 1492 y aquella herida nos transformó en reliquias del pasado. Hubo de pasar un siglo hasta que los moriscos comprendiéramos que seríamos exiliados para siempre, porque nos arrancaron de nuestra tierra, pero también porque se nos arrebató una idea: el concepto que teníamos de nuestra tierra y la relación entre nuestra comunidad derrotada y la vencedora sociedad cristiana. Lejos de nuestra tierra, unos cultivarían otros campos, otra gente tendría éxito en determinados sectores artesanos y algunos serían convocados como mercenarios. En resumen, seríamos una mala sombra de lo que fuimos en nuestra tierra. Habría una respuesta inmediata a toda esta desgracia, como cuando las astillas saltan ante una bala de cañón: Yawder, los renegados y los dirigentes sin escrúpulos, entre otros. Debía vivir mi exilio sin que me ahogase la nostalgia.

Llegamos a nuestro destino en una terraza del río. El agua fluía y rompía contra los guijarros mayores y las rocas. Antati me presentó a sus hermanos. Se alegraban por la visita y lo mostraban bailando la danza del *ahwash* al ritmo del griterío y golpes de *bendir*. Antati los miraba impasible. Parecía no disfrutar de sus cantos. ¿Le dolía su conciencia histórica? Percibí que también él se consideraba un exiliado, un exiliado entre los suyos. Tal vez, su sentir fuera más doloroso que el mío propio.

⁴³¹Rey de la taifa de Sevilla, último rey abadí. Muerto en el exilio en Agmat en 1095 (N. de la t.)

⁴³²Emir, primero de la dinastía bereber de los almorávides que reinó sobre los actuales Marruecos, Mauritania, Senegal, parte de España y Portugal y el oeste de Argelia (N. de la t.)

Cierto día, mi suegro, el juez Regragi, fue llamado a la casa de Lalla Jayzuran, la madre de los príncipes Mamun y Abu Faris. Apenas nos dijo nada entre balbuceos y susurros, por miedo a ser escuchado por oídos indiscretos. Pese a ello, pude hacer un análisis de la situación gracias al ir y venir de los mensajeros entre Fez y Marrakech. Desconectado de toda información, el emir Mamun fue sorprendido por el ejército del sultán que acampaba en los alrededores de Fez, en el lugar conocido como Duh. Mamun, viendo que no podría resistir en combate al ejército de su padre, huyó solicitando asilo en la *zawiyya* del santo Sidi Bushta, de la tribu de Fashtala. El sultán lo persiguió con la *isbahiyya* y el ejército de Fuego bajo el mando de Yawder Pachá y el apoyo de la caballería. Lo cercaron con un dispositivo formado por dos mil soldados. Yawder, a modo de aviso, había jurado por los grandes dioses que si el príncipe no se rendía lo descuartizaría. El príncipe Mamun luchó hasta el final, pero tras varias escaramuzas fue capturado y encarcelado en Meknes. Su madre intercedió a su favor ante los notables de Marrakech para que suplicaran su perdón ante el sultán. Pese a ello, mi suegro no fue a Fez. Los que sí intercedieron, imploraron el perdón del sultán adelantando que su hijo retornaría al buen camino. El sultán, cansado y sin aliento, les ordenó que volvieran a la cárcel para indagar por su estado. De vuelta, la delegación presentó un informe lleno de elogios en relación con el cambio que había experimentado su hijo, que arrepentido deseaba volver a la senda adecuada bajo el regazo del sultán. Todos hablaron en los mismos términos, excepto el caíd Ibn Sasi;

—Señor mío, la verdad es que el hijo de vuestra majestad no ha manifestado ningún arrepentimiento. Sigue defendiendo las mismas y disparatadas ideas de antes. Perplejo, el sultán pidió consejo.

El *pachá* Wazgete, por su cercanía con el sultán y la relación de parentesco que mantenían por vía materna, le propuso que lo asesinara.

—No caben dos espadas en una vaina, —le dijo.

—¿Cómo puedo asesinar a mi hijo? —replicó el sultán.

El sultán jamás se había enfrentado a una situación tan difícil como aquella. Las diferencias con su hijo le habían devuelto a su dimensión humana. Ahora, su rival era su propio hijo y no podía librarse de él como si se tratara de un vulgar adversario, un desconocido, que llegado el caso exterminaría sin inmutarse. El sultán quiso justificar la disputa afirmando que era fruto de la inmoralidad del hijo. El padre tenía una lucha interna con el sultán, esa ambigüedad no podía durar. En lucha con su interior, ordenó a sus caídes y *pachás* que fueran firmes con su hijo. El trato en prisión debía ser muy severo.

Mi suegro fue convocado a las estancias del príncipe Abu Faris, que debía recibirlo. Finalmente, no fue posible y le atendió un jactancioso compañero del príncipe. El hecho influyó tanto en mi suegro que olvidó el motivo por el que había sido llamado. Tan solo comentaba el mal trato que había recibido del compañero del príncipe y no nos decía nada del contenido de la entrevista. Le sorprendió que un amigo del príncipe le amonestara sin tener en consideración su posición y edad. Estaba tan afectado que no dejaba de hablar de aquello, se sentía tan enojado que olvidó lo esencial: “¿Cómo era posible que aquel maleducado fuera confidente del príncipe?”, se repetía a sí mismo sin parar. Cuando se encontraba en un círculo de confianza, se preguntaba: “¿Cómo es posible que un emir pueda tener de amigo íntimo a un maleducado?”.

El motivo de la convocatoria de mi suegro había sido una carta que el sultán había enviado a su hijo Abu Faris, en la que le informaba de su triunfo sobre el hijo descarriado, Mamun. También le hacía saber al cadí que, durante el Sermón del Viernes, y en todas las mezquitas de la ciudad, se debería mencionar la brillante victoria del sultán.

La mayoría de la gente ya estaba al corriente del resultado de la expedición punitiva del sultán. Durante el sermón no se dijo nada nuevo, pero era una manera de renovar el pacto de lealtad entre el sultán y sus súbditos. Sin embargo, la ceremonia del viernes no reveló un elemento capital que contenía la misiva del sultán, que se ocultó. La peste había empezado a extenderse por el noroeste del país y había rumores persistentes de que los primeros casos habían llegado a Marrakech. Según la tradición, conforme a la *sharía*, si la peste llegaba a un lugar los habitantes no debían huir. Al ambiente sombrío y al vacío del poder se sumó el fatalismo de la enfermedad, que todos los días se cobraba nuevas víctimas.

Ese año las fiestas del nacimiento de Profeta pasaron de forma deslucida, sin brillo alguno. También coincidieron con las altas temperaturas del verano. El entusiasmo fue menor en comparación a fiestas anteriores y aumentaron las visitas a santos para pedirles que se alejaran los fantasmas de la peste. No hubo en la ciudad actividad que invitara a la alegría. Hasta los relatos de las *halqas* de la plaza Jemaa el-Fnaa contenían mensajes apocalípticos. ¿Llegaba el fin del mundo? Las noticias que llegaban de Fez eran escasas. Terminé de orar el *ishá* en el mausoleo del santo Yazuli y quise apartarme para rezar las oraciones supererogatorias, *al-shafa* y *al-witr*. Nada más acabar mi oración, se me acercó un fiel, adepto de la *zawiya*, murmurando algo incomprensible. Después se retiró a un rincón con su rosario. Tardé un tiempo en comprender lo que había dicho: “El sultán ha muerto”. Me quedé cabizbajo, meditando. Aprecié que no era el único que conocía la nueva, pero nadie del entorno de la *zawiya* parecía afectado. Se comunicaban con medias palabras, con señales y con códigos secretos que solo podían descifrar los fieles. La *zawiya* seguía su curso de manera imperturbable, sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. ¿Se había producido una separación entre el poder mundano y el espiritual? No sabía qué pensar. O quizá había entre ambas esferas una lucha oculta. Cada una de ellas se movía en su círculo, en su mundo y a su ritmo. Pero no había una separación clara entre las dos. La una y la otra se necesitaban, como si no fuera suficiente con su propio círculo. En esta confrontación sibilina y sin nombre, la *zawiyya* tenía una ventaja que sabía manejar: el tiempo. El tiempo era inmutable y por eso a los fieles, en el proceso de iniciación, se les enseñaba a mirar las cosas de forma relativa. Esto explica la capacidad para encajar los golpes de los *shayj* de las *zawiyyas* y de sus fieles, de dar marcha atrás, de nunca denunciar sus quejas y de buscar siempre acuerdos con el poder existente. Su aislamiento es tan sólo una situación aparente, relativa. A diferencia del tiempo en la realidad, con su curva ascendente, su pico y su caída, sin mencionar las vicisitudes que acompañan su trayectoria.

Recé las pares e impares, me levanté y después me retiré a una esquina para meditar. Recité la azora *asr* como si fuera la primera vez:

¡Por la tarde!

En verdad, el hombre está perdido,

excepto quienes crean, obren bien, se recomienden mutuamente la verdad y se recomienden mutuamente la paciencia (103: 1-3).

No sé el motivo, pero en ese preciso momento comparé la situación del hombre en el islam y en el cristianismo. En la azora aparece, por un lado, el pecado original consustancial al ser humano y, por otro, la redención. La caída no es absoluta ni definitiva, pues haciendo el bien y haciendo uso de la paciencia uno se redime. La salvación del alma solo puede ser colectiva.

Repetí al unísono la recitación: “Dios es eterno y está vivo”. Cuando me calzaba las babuchas para marcharme, un fiel, que me recordaba la grandeza de Dios, me susurró al oído: “la peste”.

Me dirigí a casa de Antati, que estaba situada en el callejón Hantana y muy cerca de la mezquita Qadi Zagandari. En la ciudad nada mostraba tristeza o caos. A través de los postigos de las ventanas se apreciaba el destello de las velas. Unos mulos, a cuyos propietarios se les había hecho tarde, regresaban a sus casas. Todo era aparentemente normal. La luna era llena y el calor estival apretaba. Apresuré mi paso. Llamé a la puerta de la casa y el propio Antati me abrió. Por su semblante, también parecía desconocer lo que estaba sucediendo. El viaje del sultán a Fez lo desahogó de las tareas y le permitió ocuparse de sus asuntos personales. En su mesa había un candelabro, papel, un tintero y libros.

Me indicó que me sentara sobre la piel de un cordero y me ofreció una almohada, que coloqué contra la pared. Se sentó frente a mí intuyendo que yo había venido por algún motivo importante. Le comuniqué la noticia. Durante un momento se quedó callado, luego, como si hablara consigo mismo, pronunció un versículo coránico:

“¡No invoques a otro dios junto con Dios! ¡No hay más dios que Él! Todo perece, salvo Él! ¡Suya es la decisión! ¡Y a Él seréis devueltos!”. (28:88)

El silencio nos envolvió. Tras unos instantes, Antati volvió a la carga:

—¿De qué ha muerto?

—De peste.

—Habría deseado morir de otra manera, amaba la grandeza.

Y añadió:

—Una muerte tan miserable para un genio tan grande.

—Era un gran sultán —me arriesgué a decir.

—Era un político experimentado, no hay duda. Un erudito. Un esteta que amaba las artes. Es cierto, ¿pero todo eso es suficiente para ser un gran sultán? No, no era un gran sultán. Todos eran rehenes de su propio interés. Nadie podía contradecirlo o hacerle sombra. Su grandeza pasaba por humillar y agraviar a los servidores de Dios. No, Baba Ahmad no era un gran sultán, a menos que lo consideremos así por la grandeza de sus extravagancias: su bonito palacio Badi, sus ceremonias y rituales, su séquito, sus reconocidos poetas y sus historiadores estipendiarios. Su gran logro fue la expedición militar a Sudán, pero en realidad fue una mancha. Su expedición debilitó al país debido a los sangrantes impuestos con los que grabó al pueblo y ocasionó una hemorragia en el seno del ejército. Debilitó su imagen como Príncipe de los Creyentes. En cuanto al palacio Badi, era un pozo sin fondo malgastando el dinero y tan sólo lo construyó para satisfacer su loco deseo de grandeza. Diseñado por él, hecho a su medida, no sé qué le sucederá ahora que el sultán ha muerto. Y sus hijos. ¡Qué desgracia! Se disputarán el país como si de una herencia se tratase. La situación se ha mantenido porque Baba Ahmad aterrorizó a todo el mundo utilizando a sus mercenarios renegados, a sus dirigentes codiciosos y lascivos, a sus ulemas. Gracias a ello se han respetado las cosas. Con el tiempo, Baba Ahmad será un ejemplo sin igual. Habrá quien lo imite y lo tenga por modélico: sultanes autoritarios y astutos, que seguirán al pie de la letra su forma de gobernar, con más o menos ornamentos. Inmersos en su loco deseo de grandeza, se olvidarán del juicio de la Historia como si ellos fueran a ser eternos. Al final de su vida, Baba Ahmad saboreó lo que le reserva la Historia: su hijo, que se levantó en su contra. Su hijo, que como un espejo le reflejaba la realidad. Marchó a Fez para romper el helado reflejo, pero nunca imaginó las artimañas que le depararía la Historia. La peste, de la que estaba huyendo y había hecho planes para evitarla: sus desplazamientos, sus médicos, sus antidotos y sus

medicamentos... Murió a causa de lo que huía. Sus convulsiones, sus vómitos, sus esputos de sangre le hicieron recordar lo que había olvidado: su condición como ser humano tiene una carga noble y pesada, pero que no es de su propiedad ni es un privilegio. Baba Ahmad murió, pero dejó en herencia un modo de gobernar que nos tendrá de rehenes para siempre. Un legado que provocará la guerra de los unos con los otros y nos paralizará como país. Marruecos no será nada cuando se corten las comunicaciones con el norte y se entierre el espíritu de esta tierra bajo mentiras y lisonjas. Hablabas de reconquistar Al Ándalus, ¿creías que Baba Ahmad lo haría por ti?, ¿qué lo haría para vengaros a vosotros, los moriscos? Olvídate de la conquista militar, Shihab al-Din, la verdadera victoria es la que se libra contra el mal que habita en nuestro interior, contra la maldad colectiva que nos carcome.

Luego se calló.

Salió, trajo un plato y sirvió *tiguramin*, guiso con el que los bereberes dan la bienvenida a un huésped en la casa de los *shuluh* de Sus. Está hecho con miel, *amlu* y aceite de argán. Lo puso en la mesa y comí sin apetito.

Me detuve y lloré en silencio. Ahora comprendí por qué fuimos un bocado fácil para los castellanos. No teníamos en quién apoyarnos. Las buenas palabras y los gestos de compasión no eran suficientes. No podíamos apoyarnos en un árbol al que carcome el rencor y está minado por las disputas. No había una razón estratégica: los turcos les hacían la guerra a los moros, los moros combatían contra la gente de Sudán. Unos y otros se mataban. ¿De qué servía nuestra valentía? La lucha de los moriscos fue heroica, pero sin éxito. El mal era muy profundo. Antati me interrumpió:

—¿En qué piensas, Shihab al-Din?

—Tengo el presentimiento de que nosotros, los moriscos, somos la maldición que ha caído sobre la nación islámica.

—¿Cómo es posible?

—Por la debilidad que domina a la nación islámica. Otra gente será perseguida, humillada y asesinada, de la misma manera que hicieron con nosotros, injustamente. Y no tendrán nada en qué apoyarse.

Luego, dejé correr mis lágrimas.

Ámsterdam
1611

Tiemblo de frío. Desde mi ventana puedo ver la ciudad cubierta de nieve. Cojo leña y la echo a la chimenea. Las llamas parpadean provocando resplandores aquí y allá. Se consume la madera, el calor que desprende me reconforta. Mis compañeros de viaje Blanco, Rodríguez y Palomino, salieron a descubrir Ámsterdam, según me dijeron, a pesar del intenso frío y de la nieve. Sin duda los ha vencido el aburrimiento. Son buena gente, artesanos y agricultores. Su herida aún está abierta.

Llegaron a Marruecos en septiembre de 1609 (1018 de la Hégira), junto con miles de moriscos expulsados de Al Ándalus por el decreto del rey de España, Felipe III. Hacía ya dos años. Se asentaron en la ribera izquierda del río Salé. Lo habían perdido todo y lo poco que llevaban consigo se lo habían arrebatado los corsarios franceses. Los conversos al cristianismo también fueron expulsados, sin llegar a comprender la causa de tanto dolor y humillación. La mayoría de ellos apenas conocía el islam y su conocimiento de la lengua árabe era rudimentario o nulo. Sus maneras, muy toscas, provocaron que los habitantes de la ribera norte, los de la antigua ciudad de Salé, les dieran la espalda y, sus compatriotas los hornacheros, que habían sido expulsados con anterioridad, también los tenían bajo sospecha. Mis compañeros cargaban con los estigmas del desarraigo. Por mi parte, intentaba tener paciencia, comprender su situación y considerar su calvario. No podía ser brusco con ellos ni amonestarlos. Sabía que iban a una taberna para beber y relacionarse con muchachas de mala reputación. Que Dios les guíe. A su regreso, su aliento olía a vino y los veía con paso titubeante. Ellos hablaban y yo los dejaba hacer. Se desahogaban narrando su calvario: el expolio de sus tierras, la confiscación de sus bienes... la persecución. La furia contra los castellanos crecía y juraban por lo más sagrado que se tomarían venganza. A veces, cuando la nostalgia se apoderaba de ellos, no podían contenerse y lloraban con desesperación. Permanecían durante mucho tiempo en el salón, charlando en castellano. Era la única lengua que conocían. Llegado el momento los llevaba a sus habitaciones, en brazos, los metía en la cama y los arropaba con la manta. Durante la madrugada, no se levantaban a rezar la oración del *fayer*, no respetaban los tiempos y oraban sin devoción. En este sentido, Rodríguez no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo, decía sin rodeos que no se consideraba ni cristiano ni musulmán. Los otros dos olvidaban hacer sus abluciones. Aunque los guiaba en sus oraciones, al finalizar los encontraba hablando o, tras el rezo, se saludaban comenzando por la izquierda en vez de hacerlo por la derecha.

Fue por entonces cuando el sultán, Muley Zidan, me encargó encabezar la delegación que debía visitar algunos países europeos. La finalidad de esta empresa era darles a conocer los daños que habían sufrido los moriscos e interceder ante las autoridades galas para recuperar las propiedades que les habían sido arrebatadas por los corsarios franceses. La piratería se había convertido en un arma de combate entre cristianos y musulmanes, particularmente en el mar Mediterráneo. ¡Qué daño hizo a las relaciones entre las dos orillas! Muchos viajeros, pacíficos, fueron apresados y, de no ser rescatados, acababan siendo vendidos como esclavos para el resto de sus vidas. El asunto se convirtió en un negocio rentable, especialmente cuando se realizaba una buena captura: un comerciante rico, una princesa o un sabio, cuyo rescate se pagaba a precio de oro.

Mis acompañantes me tenían en gran estima y consideración porque yo era capaz de comprender su dolor y expresar sus preocupaciones. Rodríguez parecía que era el más transigente con la desgracia. Siempre mantenía la tranquilidad, pues a pesar de su espíritu rebelde mostraba una fuerte voluntad por adaptarse a cualquier situación. Chapurreaba algunas palabras en árabe. Al llegar al puerto de Ámsterdam mostró curiosidad por el arsenal marítimo holandés y deseó conocer más información sobre sus dispositivos. En

cuanto a los otros dos, Blanco y Palomino, parecían muy resignados. Este último no se había repuesto de las pérdidas sufridas, de cuando en cuando se derrumbaba y empezaba a llorar.

Comprendía la terrible situación de los moriscos, pues no en vano era uno de ellos, y estaba perfectamente preparado para contársela a las naciones de Europa. Había aprendido las normas de la diplomacia en la corte del sultán Almanzor, que Dios lo tenga en Su Santa Misericordia, y las había perfeccionado durante el reinado de Muley Zidan. ¡Qué lejos parecía aquello! A pesar de que había sido investido sultán tras la muerte de su padre, la transición en el poder fue tormentosa. Se produjo una terrible guerra entre los tres hermanos, al-Mamun, Abu Faris y Muley Zidan. Por desgracia, la naturaleza humana es débil y el deseo de poder hace que las personas olviden las obligaciones a las que se comprometen llegando a pisotear todas las consideraciones morales y éticas.

Abu Faris se autoproclamó sultán de Marrakech rechazando la designación de su hermano Muley Zidan. Antati aprovechó la situación de discordia para abandonar en secreto Marrakech y huir a su tierra, con su familia, a la *zawiyya* Talat n Yaqub en las montañas del Dern, donde se dedicó a enseñar cálculo y lógica. Por su parte, Doga recuperó la razón. Olvidó sus sueños de emigrar a Brasil y, atraído por el dinero fácil que ofrecía la piratería, marchó a Mahdía⁴³³. Aquel pequeño núcleo humano que fue para mí como una familia se lo había llevado el viento. Todo esto fue lo que se produjo durante la violenta transición entre ambos gobiernos. Destruyó el sistema existente, sí, pero su caída abrió esperanzas de mayor libertad. Lo más seguro es que aquella libertad tuviera una corta vida, hasta la consolidación de un nuevo sistema, con su élite, sus castas, sus nuevos intereses, sus intrigas, su opresión y su brutalidad. Antati había utilizado este tránsito para recuperar su libertad, lo mismo que hizo el sabio sudanés Baba Ahmed Tunbukti, que aprovechó la muerte del sultán Almanzor para regresar a su país. Yo fui uno de los que fue a despedirlo a Bab Dukala. El venerable *shayj* se emocionó como un niño al conocer que podría regresar a su tierra natal, a Tombuctú. Ulemas y estudiantes de Marrakech lo despidieron con lágrimas en los ojos. Besé su mano en señal de respeto, pues había sido un hombre íntegro pese a ser agredido en cuerpo, bienes y familia. Le pedí que rezara por nosotros, los moriscos, y me abrazó recitando una aleya del Corán:

—*Dios no cambia la condición de un pueblo mientras este no cambie lo que en sí tiene.* (13:11)

Antati ya había pronosticado las convulsiones que azotarían Marruecos. El sultán Muley Zidan asumió el poder en la más absoluta soledad, pues ninguno de los fieles a su padre le apoyó. Yawder Pachá, comandante del Ejército de fuego, eligió el bando de Abu Faris rechazando unirse a Muley Zidane. Tras la coronación del nuevo sultán, abandonó Fez y pasó por Meknes, donde liberó al príncipe Mamun de su encarcelamiento y lo condujo maniatado a Marrakech, donde lo entregó a Abu Faris. Yawder era una pieza importante, pero impredecible ahora que no estaba bajo la tenaza represora de Almanzor. Entonces, recomendó a Abu Faris que aprovechara los apoyos de Mamun contra su hermano Muley Zidan y, de tal manera, el ejército del sultán electo fue derrotado en las márgenes del río Um al-Rabiu. Pero Mamun no estaba decidido a trabajar en favor de su hermano Abu Faris y se dirigió a Fez, donde, cuando era gobernador, contaba con el apoyo de la zona occidental de Marruecos. Entró triunfal en la ciudad. Por su parte, Muley Zidan se batió en retirada a Tremecén, buscando el apoyo de los turcos. Con esta nueva situación, los dos hermanos dividieron Marruecos en dos regiones: Marrakech y Fez. Nunca volvieron

⁴³³Mehdía es una ciudad marroquí perteneciente a la región de Rabat-Salé-Kenitra (N. de la t.)

a unirse. Muley Zidan esperó en vano la llegada de los turcos, que nunca vinieron en su ayuda. Finalmente, se vio obligado a defenderse con sus únicas fuerzas. Mientras tanto, Mamun envió a su hijo Abd Allah contra Marrakech, derrotó a su tío Abu Faris y entregó la ciudad al saqueo y el pillaje. ¡Qué Dios nos guarde! La situación llegó a tal punto que incluso se acostó con las concubinas y las favoritas de su abuelo Almanzor, sin respetar el Ramadán y bebiendo vino durante el mes sagrado. La estrella de Yawder Pachá comenzó a apagarse en mitad de la lucha por el poder que enfrentaba a los dos hermanos y enemigos. Pagó con su vida la fidelidad al príncipe Abu Faris. El sobrino, el emir Abd Allah, ejecutó a Yawder. Transcribo aquí el testimonio de su final:

“Cuando trajeron a Yawder para ejecutarlo, este pidió hablar con Abd Allah. Pero la respuesta fue negativa. Entonces, se desnudó y entregó a un eunuco un justillo que llevaba pidiendo que se lo entregaran al sultán porque este se lo había dado a Yawder para que lo guardara. El justillo estaba bordado con diamantes y rubíes. Sacó también un rosario de diecisiete quilates con una pera de diamantes en medio, de un valor inestimable. Después, se dirigió a los eunucos pidiéndoles que se lo entregaran al sultán y que le comunicaran al emir que sentía congoja, no por abandonar esta vida, sino por el error que cometía asesinando a los principales dirigentes y a los viejos empleados de su abuelo, el sultán Almanzor, pues podrían haberle sido útiles. Los eunucos le aseguraron que se lo harían llegar al emir Abd Allah y pidieron a Yawder que se encomendara a Allah porque le había llegado su hora. Yawder respondió diciendo que todo era decisión de Dios, a quien él le encomendaba su alma. Se arrodilló diciendo: “En nombre de Dios”. En este momento un eunuco intervino cortándole la cabeza”.

¡Qué trágico y triste fue el final de Yawder! Ahora, que ya está en la otra vida, siento compasión por él. Tenía la seguridad de que era un hombre increíble: su sentido de la organización, sus habilidades diplomáticas, su decisión, su valentía, la fidelidad a sus superiores. Nunca rechazaba los trabajos más despreciables, ni renunciaba a recurrir a los sucios métodos del poder: la trampa y la fuerza. Usó y abusó de ellas para mantenerse a la vanguardia y acabar con sus competidores, pues no tenía otra razón para vivir que la de mantenerse en el poder. Estaba instruido como se adiestra a un perro. Su cara de ferocidad no le era propia, era fruto de su dura vida. Fue apresado siendo muy joven y vendido a la corte de la Sublime Puerta. Se convirtió al islam, se le practicó la circuncisión y fue castrado. Fue obligado a convertirse en un animal, en una máquina. Era un animal feroz que debía acabar con sus rivales y era una máquina dedicada por entero a servir a sus superiores. Perdió toda humanidad. Fue regalado a la corte saadí como si de una mercancía se tratara, pero muy pronto mostró grandes cualidades castrenses. Si se le ordenaba, no dudaba en matar a sus propios compatriotas cautivos, a los que se negaban a convertirse al islam. También hizo ejecutar a los dirigentes que le molestaban en su ascenso. Siempre se comportó como un monstruo, ¿pero no era más monstruoso haberlo castrado? ¿Acaso su transformación criminal no fue resultado de esa misma castración? Aún lo estoy viendo. Con su melena que le caía por los hombros, sus ojos azules, su blanca piel, su baja estatura y su vestimenta, que era una mezcla de su país de origen, Castilla, y la tradición turca que prevalecía en la corte del sultán Almanzor. Calzaba botas y vestía unos pantalones que le llegaban hasta la rodilla. Tapaba su cabeza con un tocado a la manera turca, adornado con una pluma de avestruz. No se separaba jamás de su gran cinturón amarillo. Aún puedo verlo por las alcobas del palacio Badi, en mi busca. La única concesión que me otorgó fue hablarme en castellano, lamento no haberlo conocido lo suficiente. Ciertamente, era un enigma, un hombre de pocas palabras, ¡qué útil hubiera

sido empujarle a hablar! Él mismo, ¿no fue víctima del seísmo que arrasó Al Ándalus destrozándonos a todos, convirtiéndonos en deshechos o mercenarios o, en el mejor de los casos, en valiosas reliquias? De origen musulmán, nació cristiano y se convirtió al islam, fue castrado y lo deshumanizaron. Ese era el destino que nos esperaba a todos los moriscos.

Los últimos expulsados por Felipe III, con la excusa de no haberse podido integrar, tampoco fueron capaces de adaptarse a tierras del islam. Este era el caso de los tres que me acompañaban. Fuimos incapaces de adaptarnos a nuestra tierra natal porque desearon que fuera así. Levantaron muros para separarnos los unos de los otros. Cundió una interpretación del cristianismo que nos deshumanizaba o, lo que es lo mismo, que nos castraba. Castrados por el miedo, no podíamos ser fértiles. Nos marinaban en una cloaca y, como reacción, nos convertimos en seres rígidos y fríos. Suscitábamos siempre la sospecha. En realidad, ¿quiénes eran Palomino, Blanco y Rodríguez? Unos españoles. El islam estricto de los andalusíes, en buena relación con el cristianismo, podía haber evolucionado positivamente. Hubiéramos sido una buena oportunidad para Castilla y Castilla no hubiera tenido que avergonzarse de los palacios de la Alhambra, de la Giralda, de la Mezquita de Córdoba, de Averroes o de Ibn Arabi. Estas maravillas hubieran sido suyas y estos sus propios hijos. Pero nuestro trágico destino nos obligó a ser mercenarios o aventureros. Los que conspiraban contra Castilla, los que buscaban vengarse, no habían nacido como enemigos de Castilla. Ellos mismos fueron víctimas de las transformaciones, de unos cambios que intensificaron el rencor y el odio. Se abrieron las puertas para expulsar a los Carrasco, Rodríguez, Toledano y a los deportados de confesión judía, les obligaron a olvidar su tragedia. Es como el dolor de un enamorado, que con un pequeño gesto logra olvidar los rencores. Podríamos haber sido como Holanda es hoy, donde cada uno es libre de practicar su religión sin que nadie se lo impida.

Yawder fue sacrificado por los mismos a los que había servido. Este fue el triste final de un mercenario, la suerte que nos esperaba a muchos de nosotros. En cuanto a mí, seguiría siendo lo que ya era, una reliquia. Un vestigio fósil que reta al tiempo esperando ser descubierto por quien sepa sacarlo del letargo. Era un desafío. Una apuesta incierta. Puede que nunca llegara ese explorador y la reliquia cayera en el olvido.

Lejos de mi tierra de adopción, de Marruecos, aprecié cómo había idealizado la imagen de la Tierra del islam. Antati fue quien me abrió la mente sobre lo que él llamaba en jerga mística *batin*, lo no visible o visceral. El mundo del islam no poseía la pureza que yo había imaginado y los acontecimientos me lo demostraron. ¡Qué triste la muerte del emir Abu Faris, asesinado por su propio sobrino, el emir Abd Allah! Abu Faris se había hartado de las fechorías de su sobrino, de sus orgías, de sus rapiñas y de su comportamiento violento. Y este, que intuyó que pasaba por la mente de su tío, de noche fue a visitarlo a su casa. El pobre Abu Faris, pusilánime, no sospechó nada, pues no tenía otras preocupaciones que llenar la barriga y entretenerse con la interpretación supersticiosa de la religión. No sospechó nada cuando Abd Allah, su sobrino, irrumpió en su casa y ordenó a sus secuaces que lo asfixiaron con una almohada. Impotente, agitaba los pies y gritaba. Su voz se apagó bajo la impasible mirada de su sobrino mientras entregaba el alma.

Antati acertó en cómo sucederían las cosas. También tenía razón en otro asunto que finalmente comprendí, la inutilidad de reconquistar Al Ándalus si la fuerza militar nos hubiera sido favorable. Al amparo de la victoria bélica hubiéramos reeditado los mismos errores que los Inquisidores. Rechazaríamos al otro y lo obligaríamos a parecerse a nosotros. Hubiéramos avivado el rencor y el odio. En resumen, tan sólo habríamos atrasado nuestra salida de Al Ándalus. No, hubiera sido necesario actuar de otra manera.

Tendríamos que haber construido una tierra compartida por todos sus hijos, cualesquiera que fueran sus creencias: judíos, cristianos o musulmanes.
Pero los acontecimientos siguieron otro rumbo. Que Dios nos guarde y ojalá que de nuestra tragedia nazca un brote positivo.

Permaneceríamos atrapados en Ámsterdam durante todo el invierno. Aunque los caminos estaban pavimentados, la nieve los hacía intransitables. Durante el confinamiento en la residencia que la autoridad holandesa nos habilitó, nos hicimos una idea del funcionamiento del lugar. Este país había sufrido, igual que nosotros, la dominación española y había pagado un alto precio por su libertad.

A comienzos del verano habíamos abandonado París con dirección a El Havre, allí embarcamos rumbo a Róterdam. Después, continuamos nuestro camino hasta Ámsterdam. La ciudad era bonita y próspera. No era tan grande como París, pero su gente era muy dinámica e industriosa. El comercio con el exterior era muy floreciente y sus astilleros renombrados. La ciudad respiraba aires de libertad. Los Estados Generales habían estado bajo la tenaza de los Habsburgo, pero habían conseguido romper el yugo de la dominación y obtener la libertad. Paralelamente, se había enquistado el rencor contra los españoles. Ese odio nos unía y esa acritud, real o supuesta, explicaba nuestro viaje.

Bastantes aspectos del país me extrañaron, como los días de verano, demasiado largos. Había otro asunto que atrajo mi curiosidad, la libertad de culto. Holanda estaba bajo las creencias reformistas de Lutero y de uno de sus discípulos, Calvino. Los holandeses no reconocían la autoridad del Papa y tenían una visión diferente de Dios y de las relaciones humanas, muy próxima al islam. Eran tolerantes con otras religiones. Los judíos, la mayoría venidos de España y Portugal, vivían pacíficamente, sin ser molestados. Nunca tuve noticia de un país más seguro que Holanda para practicar el culto con libertad. ¿Acaso un país no se enriquece con la creatividad de todos sus hijos? ¿Qué grande hubiera sido España si hubiera dado acogida a toda su gente, también a los judíos y musulmanes! ¿Es que no ha habido entre los judíos grandes médicos y banqueros? ¿No destacaron los moriscos por su capacidad y entrega en el trabajo? ¿Y no eran artesanos diestros y magníficos profesionales? La inquisición fue sinónimo de mutilación y empobrecimiento del país.

Teníamos reuniones en La Haya, a todos los niveles y con personalidades holandesas. Sabios y religiosos, todos mostraban empatía con nuestra situación. Se veían reflejados en nosotros y deseaban que disfrutáramos de la libertad que tras heroicas batallas ellos ya habían obtenido. Los pueblos oprimidos se solidarizan entre ellos. ¿Volveríamos algún día a nuestros hogares sin correr el riesgo de ser perseguidos? ¿Disfrutaríamos de los aires de libertad que soplaban en Holanda?

¡Qué odisea la nuestra! Ya habían transcurrido dieciocho meses desde que zarpamos del puerto de Safí, en Marruecos, rumbo a El Havre de Grace, en el país de los francos. Nuestro viaje duró un mes y fue largo y muy triste. Durante el día mis compañeros subían a la cubierta del barco y se mareaban. Cuando llegamos a la altura del Estrecho de Gibraltar, la tierra firme de Al Ándalus apareció maravillosamente ante nuestra vista. Se miraron sin poder contener las lágrimas, incluso Rodríguez, el hombre duro, que no evitó llorar.

Tenía en mi poder el Decreto del rey Felipe III, con fecha de septiembre de 1609, que yo mismo había traducido al sultán Muley Zidan. Confirmaba la intención de los castellanos de extirpar para siempre el germen morisco. El primer artículo del decreto establecía una trágica operación militar preparada desde tiempo atrás:

“Tres días después de la publicación de este decreto, todos los moriscos del Reino, hombres, mujeres y niños deberán abandonar sus casas y sus pueblos y dirigirse a los sitios de embarque que les indicarán los Comisarios encargados de la operación. Cada uno podrá llevar consigo las pertenencias que sean transportables y deberá embarcar en las galeras y navíos que los conducirán a la tierra de los bárbaros (Berbería), donde desembarcarán”.

¿Cómo podía un rey sacrificar a una parte de sus súbditos? ¿Una madre podría abandonar a sus hijos, aunque fueran fruto de una violación? La Inquisición, a pesar de sus injusticias, nos permitió un margen de maniobra y librarnos de una posible venganza religiosa. Nuestro ingenio, los intereses de los Señores, las contradicciones en el seno de la Iglesia y entre la propia Iglesia y los laicos nos permitieron crear un espacio para la supervivencia. Podíamos esquivar las barreras que se nos ponían, podíamos, con ciertas limitaciones, ofrecer concesiones con la esperanza de volver a ver la luz algún día. En algún momento volveríamos a practicar nuestra fe, con total libertad, y seríamos aceptados por los cristianos viejos tal y como éramos. No sentiríamos vergüenza de nuestra religión, ni de aquellos que se habían convertido al cristianismo... Pero en lugar de luz, llegó la tormenta y acabó con todo.

¿Cómo iba Palomino a poder vivir en Berbería, cuando nunca había abandonado el Valle de Áyora? Fue obligado a convertirse al cristianismo y fue converso. Seguía siendo el mismo musulmán, pero convertido al cristianismo. Una vez convertido, nadie le tendió la mano para que fuera un buen cristiano integrado en la comunidad. Siguió cultivando su tierra y pagando sus tributos a los Señores, a los alguaciles y a la Iglesia. Cuando iba a la parroquia no comprendía nada y al final dejó de frecuentarla. A él le gustaba bailar *zambra* y beber vino. Cuando recogía una buena cosecha, lo celebraba con cante y baile. Amaba su tierra, amaba a su esposa, Dona, y a sus dos hijos, Juan y Manolo. Un mal día fue obligado a abandonar su casa en el reino de Valencia y ver cómo su tierra, la que había cultivado fanega a fanega, le era arrebatada. Se vio obligado a huir, con una esposa cuyos alientos se cortaron y dos hijos de corta edad. Junto con otros deportados, caminaron escoltados, cabizbajos, rendidos por la fatiga, la rabia y el miedo. Llevaban consigo algo de ropa, utensilios de cocina y viejos recuerdos. Se dirigieron al puerto de Valencia, donde embarcaron rumbo a lo desconocido: Túnez, Orán, Tánger, Salé o Tetuán.

Durante el trayecto por mar vio cómo muchos de sus compañeros de viaje caían vencidos ante tanta desgracia. Ni siquiera podían llorar, pues era como si no estuvieran viviendo una situación real. Era una pesadilla que tenía que terminar, que debería desaparecer. Por momentos, salían del estupor al anunciarse la muerte de algún viajero, que después era arrojado al mar desde la cubierta del barco. Un ataque de histeria golpeaba a un pobre deportado, que súbitamente gritaba. De repente, un joven cometía un acto indecoroso y se lanzaba contra una adolescente ante la presencia de sus padres. La frecuencia de las muertes, por cansancio, enfermedades y desesperación, se convirtieron en algo asiduo. Palomino desembarcó en un pueblo abandonado y elevado sobre una colina que miraba al Atlántico. En la cima de un montículo, que dominaba el estuario, había vestigios de una torre inacabada y un gran cementerio. Allí, en una antigua alcazaba, residía un grupo de desplazados llegados unos años atrás desde Hornachos. Habían comprado su libertad pagando una gran cantidad de dinero al rey de España. Tras una primera etapa de buenas relaciones, los hornacheros dieron la espalda a los exiliados recién llegados. Todo aquel que se atrevía a salir de la alcazaba, fuera del recinto de Salé, se exponía a un peligro incierto. A Palomino le resultaba todo muy extraño, pues no conocía una sola palabra del árabe. En su fuero interno consideraba que no estaba en la misma situación que sus dos compañeros, Blanco y Rodríguez. Él mantenía la esperanza de regresar. Sus compañeros habían rechazado la orden del rey, desafiando a la Iglesia y a los militares al negarse a embarcar para Berbería. Aún peor, se habían armado para defenderse, pero él, Palomino, nunca las llevó ni puso resistencia ante la orden de deportación.

Tras proclamarse la expulsión, Blanco, de oficio albañil en el pueblo de Murla, fue rodeado por los tercios, el cuerpo de élite del ejército ¿Era culpable de algo por defenderse? Los moriscos de su pueblo se defendieron con todo lo que tenían a mano,

pero la batalla fue sangrienta y desigual en fuerzas. Tras la derrota, todas las familias, se batieron en retirada hacia el pueblo de Vall de Laguart. Los combatientes se refugiaron en las montañas. Los niños, mujeres y ancianos que habían permanecido en el pueblo de Vall fueron masacrados por los cristianos viejos. El número de víctimas alcanzó los tres mil muertos, si no fue aún mayor. ¡Realmente una verdadera carnicería!, los padres de Blanco estaban entre las víctimas. Él formaba parte de una de las cuadrillas que resistió en la montaña, sin víveres, pese al frío y la falta de agua. Las fuentes y manantiales estaban bajo control del ejército de los cristianos viejos, que formaron milicias para apoyar al cuerpo de élite, a los Tercios.

“Cerca de cuatro mil jóvenes combatientes cayeron cuando intentaban traer agua a los niños, que morían de sed. Obligados a capitular, aceptaron finalmente la deportación si los dejaban acceder a las fuentes. Bebieron precipitadamente y muchos de ellos llegaron a morir por el exceso. Los supervivientes fueron clasificados: las mujeres y niños que podían ser útiles fueron separados de los demás para ser vendidos”⁴³⁴.

Blanco fue deportado con unos pocos supervivientes, bajo la atenta mirada del mariscal Mejías que dirigió en persona la operación de embarque hacia Orán. Muchos de ellos murieron en el viaje y los que llegaron a la otra orilla sufrieron el pillaje de los beduinos del lugar. Blanco y un pequeño grupo de gente, utilizando una pequeña embarcación, se arriesgaron a reemprender viaje hacia Salé.

Por su parte, nada en la vida del pintor de Rodríguez lo había preparado para rebelarse, pero la injusticia agudizó su vivo ingenio y lo empujó a la revuelta. Formó parte de una cuadrilla de resistencia en Muela de Cortés, en el Reino de Valencia, que, con el tiempo, creció en número. Los rebeldes se atrincheraron en las montañas y grutas con arcabuces y víveres. Lo recóndito de su escondite, los víveres y la experiencia de sus jefes les permitieron ocasionar grandes daños al ejército y a las milicias de cristianos viejos. Sin embargo, sus días de gloria estaban contados. Un morisco, que pertenecía a una brigada de inspección, fue capturado y torturado. Acabó hablando e informando del lugar donde se escondía el jefe de la rebelión, Vicente Tirixi, con su familia y compañeros. Apresado, fue conducido a Valencia, donde dos caballos le arrancaron las piernas y fue descuartizado. Rodríguez pudo escapar. Consiguió resistir todo el invierno y parte de la primavera. Después, fue capturado por el ejército y llevado también a Valencia. Los supervivientes le informaron que los cristianos viejos habían prendido fuego a la gruta donde se escondían su esposa y sus dos hijos, María y Juan. Ninguno sobrevivió, todos murieron asfixiados por el humo. Desde entonces, Rodríguez solo rumiaba un pensamiento: la venganza. Él mismo presenció situaciones que encendieron aún más su deseo de revancha. Como la escena de un anciano desesperado por la enfermedad y el hambre que, tambaleándose, dijo, antes de embarcar en Valencia, que antes de morir deseaba encontrar la libertad. Abandonó este mundo antes de subir al barco y su cadáver fue arrojado al mar. Otro caso que le afectó profundamente fue la escena de una anciana de unos cien años que, ayudada por sus hijos, pasó por delante de un monasterio de dominicos, en Valencia. Le preguntaron si para ella no hubiera sido mejor haberse quedado a vivir en España, en paz, como cristiana de buena fe. Ella respondió: “Jamás fui cristiana, ¿debería convertirme ahora que puedo marcharme y vivir en libertad?”

⁴³⁴Rodrigo de Zayas, *Les morisques ou le racisme d'Etat*, pág. 254.

Hubo otras escenas dolorosas, como la de unos pobres e implorantes moriscos, que corrían por la playa y besaban los granos de arena intentado aferrarse aún más a su tierra. Los guardias, impasibles ante sus súplicas, procedían.

El viaje al país galo hizo que reviviéramos los recuerdos de la expulsión. Durante todo el trayecto, desde Safi a El Havre, nos acompañó la tragedia de los moriscos. La sensación era como de tener en las manos una brasa. Llegamos a Francia con el corazón encogido.

Al llegar a París nuestros temores desaparecieron rápidamente. No hay ciudades más grandes que la capital de Francia, la de los turcos o Lisboa, según dicen, pero solo Dios lo sabe. Los edificios de la capital francesa, de cuatro y a veces cinco plantas, estaban levantados con sillares de piedra labrada. Las fachadas estaban ennegrecidas por el humo. La ciudad, repleta de gente, mostraba gran dinamismo. Llegaban al trabajo muy temprano y trasnochaban hasta altas horas de la noche.

A decir verdad, nuestro paso previo por la ciudad de Ruan hizo que nos sintiéramos seguros. Mis compañeros, muy preocupados al comienzo del viaje, se habían despojado de sus temores. Los primeros días permanecieron encerrados en sus habitaciones, despertaban muy tarde. Cada vez que nos encontrábamos con algún alto dignatario francés, ellos me hacían la misma pregunta: “¿Nos ayudarán los franceses a volver a nuestro hogar?” El exilio obligado no les había hecho olvidar el amor por su tierra natal, tampoco el sentimiento de desorientación que les amenazaba. Los pobres moriscos pensaban que el decreto de expulsión era una medida policial coyuntural, limitada temporalmente, que algún día el rey Felipe III lo revisaría y permitiría a sus súbditos de confesión musulmana volver a sus hogares. Llevaban consigo las llaves de sus casas y se las mostraban a los responsables franceses para hacerles ver su caso y el daño que les habían causado. Desafortunadamente, las medidas de Felipe III fueron definitivas e irrevocables. Yo nunca me hice ilusiones.

Era tal nuestra pesadumbre que no podíamos analizar la cuestión con claridad. Experimentamos cierta sensación de miedo cuando llegamos al país de los franceses, pues también eran cristianos como los castellanos y sus Tribunales de la Inquisición quizá querrían actuar contra posibles sospechosos. Es posible que tan solo nos vieran como unos mahometanos hostiles. Conocimos que los franceses tenían relaciones distantes, cautelosas e incluso conflictivas con los castellanos, pero fueron piratas franceses los que saquearon a los pobres moriscos deportados. Nada nos podría proteger de la venganza cristiana, aun estando en una misión diplomática.

Llegamos a El Havre bajo la protección de Dios. No pudimos desembarcar, tuvimos que pasar otro día más a bordo del barco. Teníamos miedo. Desde El Havre, iniciamos el camino hacia Ruan. De repente desaparecieron todos nuestros miedos, pues apreciamos que los franceses eran totalmente diferentes a los castellanos.

Con vestimentas a la francesa, nuestra piel clara, los ojos azules y nuestra pasión por los colores pasamos por hombres honorables a la vista de su diván. Aún recuerdo su enrevesada administración. Parecía como si nadie tuviera autoridad, entre el cuerpo diplomático y sus jueces nos tenían mareados. Finalmente, nos autorizaron para ser recibidos por sus grandes dignatarios, que escucharon cortésmente nuestro calvario. Nos dijeron que habían recibido emisarios de la Sublime Puerta para hacer causa común contra los españoles. Pero los franceses, según parece, aún no habían decidido unirse a ninguno de los bandos. Mostraban simpatía hacia nosotros, cierto, pero era un sentimiento de compasión que no iba más allá. Su país, igualmente, había sido presa de encarnizados conflictos religiosos. Lo pude constatar en persona cuando tenía alguna reunión con sus eruditos, quienes prestaban mucho interés por los asuntos religiosos. ¿Debo transcribir todo lo que viví en el país de los galos? Con ello, ¿no es probable que me distraiga de contar el calvario sufrido por los moriscos, que era el motivo principal de nuestro viaje a

Francia y Holanda? Pero es que en este país viví una experiencia intelectual y pasional que afectó de lleno a mi vida. Los franceses, en materia filosófica y política, no tomaban como referencia las Sagradas Escrituras sino los escritos griegos y romanos. Esto explicaba su vitalidad y su rigor. Mostraban curiosidad por todo y sometían a juicio de valor todo lo que les llegaba. No aceptaban ni rechazaban ningún asunto sin antes haberlo sometido al juicio de la razón. Había entre ellos quienes no tenían fe, sin preocuparles aquello, y eran tolerantes con todas las creencias. En verdad, los franceses habían vivido un cisma que tambaleó su Estado, lo que hizo que se interesaran por todo lo relacionado con la religión. El pastor alemán Lutero había hecho una nueva lectura de los Libros Sagrados, ganando una gran cantidad de adeptos. Eran una minoría en Francia, pero una mayoría en Inglaterra y Holanda. Este pastor rechazó la representación de figuras y llamó a la sobriedad rechazando las Sagradas Escrituras apócrifas. Consideraba que el hombre era responsable de sus actos... En España, estos pensamientos se consideraban heréticos y a quién los proclamara lo llevaban ante los Tribunales de la Inquisición y eran quemados en la hoguera. Cuando los franceses hablaban del islam buscaban argumentos de apoyo en el islam. El islam les producía un gran interés, pero es necesario reconocer que lo desconocían o, mejor dicho, el conocimiento era parcial. En cierta ocasión, tuve un enfrentamiento con el sabio Étienne Aubert. A pesar de su dominio de la lengua árabe, el conocimiento del Corán y unas prolongadas estancias en Marruecos, no se había liberado de sus antiguos prejuicios sobre el islam.

¿Quizá fue un error por mi parte conducir la discusión al dogma de fe? Yo tenía mi propia manera de entender el Misterio de la Santísima Trinidad, que era conforme a los cánones del islam, pero ¿tenía derecho a debatirlo con quienes no compartían esa misma opinión? De mis controversias con los eruditos franceses llegué a dos conclusiones:

Una primera fue que, con gentes de diferentes confesiones, debemos evitar discutir sobre los asuntos relacionados con los dogmas. Se trata de un acto de fe que no responde a la razón. Esta decisión debe ser fruto de un largo proceso de meditación y reflexión. Cuando es así, proporciona a la persona una gran serenidad. Si ocurre lo contrario y se impone, se transforma en unos grilletes que atenazan. El mundo debería creer lo que nos indica la Vulgata. ¡Qué pobre la visión de los religiosos españoles que se creían dueños de la religión verdadera inspirada en las Sagradas Escrituras o en sus interpretaciones canónicas! No se diferenciaban en nada de los ulemas que conocí en Marrakech, que pensaban que poseían la verdad absoluta solo por el hecho de ser musulmanes. Cuando la fe es fruto de un proceso de reflexión y meditación, permite relativizar la visión de las cosas y los seres. Los dogmas de fe y los rituales inherentes a toda religión deberían, al final, conducirnos a unos principios éticos pues, sin ellos, ni el dogma ni los rituales tienen sentido. La ética es el lugar común, el terreno de convergencia de todas las confesiones. Así lo dijo Ibn Arabi en un verso:

Profeso la religión del amor, adonde se dirigen sus cabalgaduras, pues el amor es mi religión y mi fe.

La segunda conclusión es que la ciencia no es sinónimo de conocimiento. ¡Cuántos ulemas hay que conocen nuestros textos, pero no son capaces de comprenderlos! La interpretación que hacen de nuestros rituales y escritos producen risa, como si estas liturgias fueran un fin en sí mismo.

Aún recuerdo una cena en casa del juez encargado de instruir el caso del expolio de las pertenencias de los moriscos a manos de los piratas franceses. Junto con otras personalidades, me invitó a su casa. Los franceses son muy curiosos y se interesan por las cuestiones relativas a la religión. Me senté en una silla alrededor de la mesa, como es su

costumbre. Las mujeres también se sentaron con nosotros. Quedé al cuidado de la esposa de mi anfitrión, que me presentó como a un turco expulsado de su país. Ellos consideraban a todas las personas de confesión musulmana como turcos.

Evitamos debatir de los dogmas propios de las dos religiones monoteístas, islam y cristianismo, y nos limitamos a hablar de ciertos rituales del islam. Estaban interesados en conocer el alcance de las reglas de los rituales o las razones que presidían algunas prohibiciones. El rito no es un fin en sí mismo, tampoco la restricción. Uno de los invitados me hizo un comentario no exento de pedantería:

—Querido señor mío, desafortunadamente no hablo el castellano, pero nuestro distinguido anfitrión podrá traducir mis palabras.

Le hice saber que comprendía el francés, pero que no lo hablaba.

—Bien —dijo—, me traducirá nuestro anfitrión sus palabras. Entonces, en vuestra religión, cómo decirlo, tan habituada a la guerra, ¿no ayunáis? Por mi fe, si lo hicierais seríais más pacíficos.

—Claro que sí, ayunamos.

—¿Y cómo es eso?

—Ayunamos un mes, un mes lunar, desde la salida del sol, el *fayer*, hasta su puesta.

—Es útil, pero sabed que nuestro ayuno es de cuarenta y cinco días, mayor que el vuestro.

—¿Cómo es eso?, —fingí ignorarlo.

—Al mediodía comemos de manera ligera, antes, por la mañana, poca cantidad.

—¿Cuál es la razón? Porque, para nosotros, en el islam, el ayuno tiene como finalidad frenar el deseo.

—Ocurre lo mismo en el cristianismo.

—Pero, comer al mediodía os dará energía. Según la ciencia médica establecida por Hipócrates y Avicena, para que la persona se mantenga sana debe comer durante el día y no de noche. Esto os dará fuerza en vez de debilitaros.

Mis argumentos les sorprendieron. Intercambiaron entre ellos algunas palabras que no comprendí, pues, contrariamente a como habían procedido antes, conversaban rápido sin preocuparse de que yo los entendiera. El invitado volvió a la carga.

—Durante nuestro ayuno, no comemos carne.

—Coméis pollo.

—Lo comemos, pero de manera austera.

—No supone gran esfuerzo.

Luego, cambió el tema de la conversación.

—Decidme, ¿por qué vuestro Profeta prohibió el vino?

—Fue Dios quien lo hizo, el Profeta no hablaba por sí mismo. Fue porque el don más preciado que posee el ser humano es el de la mente, y el alcohol la daña.

—No, si se bebe con moderación.

—En los textos evangélicos el vino también está prohibido.

—¿Cómo es eso?

—Está bien claro en la siguiente oración: “Padre Nuestro que estás en los Cielos, no nos dejes caer en la tentación y líbranos del Mal.”

—No hay mal en emborracharse si se bebe con moderación y se mantiene la cordura.

—El vino es el camino a la tentación. Claro, hay quienes se controlan, aunque estén borrachos, pero Dios no legisla solo para casos particulares.

En verdad, en Francia conocí jueces, eruditos y grandes dignatarios que, sin cumplir ningún precepto religioso, eran justos y sinceros, que no tenían necesidad de mentir. La

prohibición debería responder a un imperativo moral, de lo contrario no tendría sentido y podría convertirse en una mera privación.

La suegra de mi anfitrión se giró hacia su yerno para que este le tradujera una pregunta que me estaba dirigiendo:

—¿Cómo os autoriza vuestro Profeta a tener cuatro esposas y os prohíbe el vino? Comprendí la insinuación. Ella trataba de decirme que el vino estimulaba los sentidos y los deseos. Le contesté:

—Parece que los que beben vino, por el contrario, se convierten en impotentes. Mi respuesta provocó carcajadas entre los invitados. El alto dignatario me miró sorprendido, haciendo un gesto, como queriendo poner fin a la conversación.

—¡Qué extraño! —afirmó—. He conocido a mucha gente de tu religión, pero desconocían totalmente la nuestra y nuestros Escritos.

—Sabed, señor mío, que pasé toda mi infancia en un entorno cristiano. Cogió un vaso de vino y simuló una sonrisa, después se marchó.

La suegra del anfitrión volvió entonces al ataque:

—¿Cómo permite vuestra religión casarse con más de una mujer?

—Esto no es exclusivo del islam. En el comienzo de los tiempos bíblicos la poligamia era algo habitual y la Biblia lo corrobora.

—La tierra estaba poco poblada.

—Pero no estaba desierta del todo, o al menos así viene en la Biblia.

—¡No imagináis el daño que con esta medida se puede causar a la familia!

—La poligamia no es una regla, es una excepción o, según nuestras normas, una autorización. Si la mujer está enferma o es estéril, prohibir al hombre tener una segunda esposa podría acarrear, en ciertas ocasiones, consecuencias negativas para la familia.

—Es una licencia, pero los mahometanos abusáis de su uso.

—Abusan de esta medida solo los ricos y los poderosos, que son pocos.

El ambiente era agradable. Mis anfitriones estimulaban una conversación simpática salpimentada de risas. Regresé a mi residencia bastante tarde, de noche. Pese a ello, mis compañeros aún se encontraban despiertos y conversaban en castellano.

Conseguí unos documentos del guardián de los sellos, que iban dirigidos al gobernador de la ciudad de Orleans, el homólogo al caído en Marruecos. Decían que en esta ciudad vivían unos capitanes que habían saqueado bienes a los pobres moriscos. Tal vez fuera la última oportunidad de recuperar lo que habían perdido. Toda la delegación marchó allí.

El gobernador de la ciudad parecía hospitalario. Nos preparó una casa cerca de su enorme castillo, donde vivía con su familia. Se encontraba en medio del campo, alejado de la ciudad y defendido por cañones, que se situaban sobre una plataforma, en la entrada. Era una muestra de su poder. En señal de bienvenida salió a recibirnos la familia, también los parientes y los sirvientes de la casa. No se podía dar mejor acogida. Habían preparado una mesa en el jardín, pues el tiempo era agradable. El anfitrión sentía una gran curiosidad por conocer a los musulmanes, pero quedó desconcertado por nuestra similitud con ellos, por nuestra vestimenta a la francesa, los ojos azules y el cabello rubio.

Una muchacha joven, bien vestida y de finas maneras, me abordó. Debía tener unos veinticuatro años y era de pelo negro azabache, ojos castaños y una piel más bien morena:

—Me dijeron que entendéis el francés.

—Sí, si me hablan despacio.

—¿Dónde lo aprendisteis?

—Hablo castellano y conocí a unos franceses que trabajaban en la corte del sultán de Marruecos, de donde vengo. Con ellos aprendí algo de francés.

—¡Qué suerte!, la de conocer otros países.

—Y vosotros tenéis suerte de vivir en un lugar tranquilo, en plena naturaleza.

—Con el tiempo, aburre.

Continuó diciendo:

—¿Qué os trae de viaje a nuestro país?

—Estamos aquí porque mis compañeros fueron deportados de su país y sus bienes confiscados por piratas franceses.

—¿Cómo ocurrió?, ¿fueron expulsados de sus casas?, ¿cometieron algún crimen para merecerlo?

—Pese a convivir durante siglos, los reyes de Castilla no quieren que en España haya musulmanes y judíos.

—¿Qué problema hay para que convivan con los cristianos?

—Piensan que son dueños de la religión verdadera, que los demás están equivocados.

—Si los otros viven en el error es su problema.

—Pero, como piensan que son abanderados de la fe verdadera, entienden que deben imponerla.

—¡Es ridículo!

—Las consideraciones religiosas solo son un pretexto para lograr fines ocultos, que son puramente materiales y políticos.

—¿Qué triste! ¿Cómo debo llamarle?

—Shihab al-Din.

—¿Cómo ha dicho? Es difícil recordar su nombre completo, le llamaré Shiyab... Yo me llamo Eugénie, soy familia del gobernador de la ciudad.

Ella me tendió la mano. Quedé sorprendido e inmóvil. No podía tocar la mano de una mujer, pues el tacto es mensajero del diablo. Pero, teniendo frente a mí la mano no podía rechazarla. La estreché y sentí que un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Su dulce mirada me atravesó. Entonces comprendí que al mirarla había cometido un pecado. ¡Qué Dios me perdone!

Decidí irme a la casa de huéspedes que teníamos reservada y le puse como excusa la fatiga del viaje. Estaba nervioso. Por la noche, con el pretexto de que me dolía la cabeza, también decliné la invitación para cenar en la casa de su familia. Mis compañeros moriscos no comprendieron un cambio tan repentino. Después de la cena les dirigí el siguiente discurso:

—Debéis recordar que fuisteis expulsados de vuestras casas por ser musulmanes y debéis llevar con dignidad vuestra fe. En las tierras de los cristianos os expondréis a la tentación, pues no observan las mismas reglas que nosotros. Beben vino y sus mujeres van descubiertas y alardean de su belleza. Seréis tentados. De este modo quiere Dios probar la solidez de vuestra fe. Quien se contenga será recompensado. Será agraciado el que no caiga en la tentación.

¿Podía engañarme? Me lo decía a mí mismo, pues dirigirme a mis compañeros tan sólo era un pretexto. Me miraron estupefactos, sorprendidos por mi discurso. Regresé a mi habitación, cogí el Corán e intenté leerlo. Las letras me bailaban. Cerré el Libro Sagrado, no podía concentrarme. Soplé para apagar el candil e intenté dormir sin éxito. Me vino a la mente la dulce cara de Eugénie, sus pechos, su bonito cabello... ¡Qué Dios me ayude! Empecé a rezar: “Oh, tú que perdonas, el misericordioso, el poderoso, el generoso, el que ama, el que ayuda, te imploro perdón en el día del Juicio Final”. Pero el demonio era más fuerte y, nada más dejar de rezar, Eugénie regresaba a mi mente. Satán, que Dios lo maldiga, la mostraba a mi lado cogiendo rosas. Me imaginé, colmado de felicidad, cogiendo su mano y llevándola a mis labios. ¡Qué Dios se apiade de mí! Me levanté de la cama y abrí la ventana. La noche era fría, cerré la ventana. Volví a la cama y retiré las

colchas. Escuché los susurros de Blanco y Rodríguez, Palomino roncaba. Sentí curiosidad por saber lo que decían. ¿De qué podían hablar?, ¿estarían hablando de mí?, ¿se estarían mofando?, ¿alguna frase me habría delatado?, ¿mi sermón habría sido motivo de irónicos comentarios? Podríamos haber evitado esta ciudad, pues, después de todo, no albergaba la ilusión de poder recuperar los objetos robados a mis compañeros. Habían perdido algo más importante que sus bienes, su tierra, y yo andaba corriendo detrás de un espejismo y exponía mi serenidad a una dura prueba. Me tumbé sobre la cama y recordé la historia del profeta Yúsuf, que la Paz esté con él, que fue tentado por la esposa del faraón. Él aguantó. Cualquier resistencia a la tentación es una prueba y Dios lo recompensaría por su paciencia. En la otra vida, tus ojos responderán por sus miradas lascivas, tus manos por sus tocamientos sensuales y tus labios por besar a una mujer que no es tu esposa. «*Mi Señor lo sabe y está en una Escritura*. Mi Señor no yerra ni olvida*», como dice el Sagrado Corán (20: 52).

Eché un sueño y me despertó el canto de los gallos. Me levanté, hice mis abluciones y recé el *fayar*. Me incliné y supliqué a Dios que me protegiera del deseo y de caer en la tentación. Aún no puedo comprender cómo empecé a recitar la oración de los cristianos:

*“Padre Nuestro que estás en los Cielos.
Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino,
Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.
Perdona nuestros pecados, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.
Y no nos dejes caer en la tentación más líbranos del mal.
Por Jesucristo, Dios nuestro.
Por ti siempre el poder y la gloria. Amén”.*

—Dios mío, ¿qué me está pasando?, ¿me estoy volviendo loco? Me he perdido, ¿por qué imploro a Dios en la religión cristiana?

Salí a respirar el aire del exterior. El dueño de la casa seguía durmiendo. Cualquier ruido de los sirvientes, aquí y allá, rompía el silencio que reinaba en el lugar. Crucé el jardín. El paseo me sentó bien. Divagaba, Eugénie no era más que la mano del demonio y desaparecería con la claridad del día. Regresé a mi cama y dormí profundamente.

Me despertó Rodríguez, encolerizado. Eran ya las diez de la mañana.

—¿*Qué Pasa*⁴³⁵? —exclamó.

—Nada, querido Rodríguez, tenía insomnio.

—La muchacha francesa ha venido en tu busca para dar un paseo.

—¿Yo?, ¿por qué yo?

—Ha preguntado por Shiyab, ¿Hay algún otro que se llame Shiyab?

No dije palabra. Volví al salón. Palomino estaba tumbado en un sillón soñando despierto. Quería regresar a Al Ándalus, aunque volvieran a expulsarlo. Blanco pensaba en sus proyectos comerciales... Me tomé una taza de leche caliente, con pan y queso. Me sentía culpable y temía que alguien se diera cuenta de ello. ¡Yo, que les daba consejos de buena conducta!

Estaba a punto de irme a mi habitación cuando la voz de Eugénie llegó a mis oídos, llamándome por mi nombre: “Shiyab, Shiyab”. No pude evitar sentirme molesto cuando Rodríguez me dijo:

—Vamos, ¿qué esperas? Ella podría sernos útil.

Salí del edificio. Eugénie se encontraba allí, con el cabello anudado por un pequeño pañuelo que lo recogía sin esconderlo. El pelo de la mujer es una llamaba a la tentación.

⁴³⁵ En español en el original.

—Señor Shiyab, dormís demasiado.

—Estaba cansado.

—Quería que diéramos un paseo por el campo para ver las vacas pastar. ¡Es muy agradable!

La acompañé. El campo desplegaba su belleza delante de mí sin que le prestara atención. Ella notó mi desazón.

—¿No paseáis con mujeres en vuestra tierra, cierto?

—Sí y no.

—¿Cómo es posible una respuesta doble?

Ella comenzó a reír. Su risa aumentó mi consternación.

—Es muy raro que un hombre salga con su mujer —dije— y, cuando lo hace, no pueden andar juntos. Él camina por delante de ella.

—¿Cómo es eso? ¡No pueden conversar!

—No.

—¿Cómo pueden convivir sin hablarse?

—Conversan, pero no delante de la gente. La mujer no puede destaparse ante extraños.

—¿Cómo? ¡No veis a las mujeres! Entonces, ¿cómo llegáis a casaros?

—Las familias se encargan del matrimonio. Un hombre no puede ver a su mujer hasta que no sea su esposa.

Ella se rio a carcajadas.

Ante nosotros se extendía un prado rodeado de árboles donde las vacas pastaban tranquilamente.

—Cuando necesito meditar, siempre vengo aquí.

—¿Meditar?

—Sí, ¿vos no meditáis?

—Tenemos lugares propios y horarios concretos para meditar. Yo lo hago en la mezquita.

—Pero, se puede meditar perfectamente en la naturaleza. No es necesario un lugar de culto ni un momento en particular para reflexionar sobre nuestro interior.

No pude responder. Se sentó en el césped y no supe cómo proceder. Finalmente acabé haciendo lo mismo y me senté a su lado. Ella cogió un palito y empezó a jugar con él entre sus dedos.

—¿A qué Dios rezáis en vuestra religión?

—No podemos definirlo basándonos en una religión concreta. Es Dios, el que todo lo posee, no podemos verlo, pero Él sí a nosotros. Él es el Compasivo, el Misericordioso.

—Dije refiriéndome a un verso del Corán.

—*Allah* es Dios, entonces. ¿Y qué decís en vuestros rezos?

—«*Allah*, dirígenos por la vía recta, la vía de los que Tú has agraciado, no de los que han incurrido en Tu ira ni de los extraviados».

—¿Y quiénes son los que han incurrido en Su ira y quiénes son los extraviados?

Tragué saliva. No podía decirle que eran los judíos y que entre los extraviados estaban los cristianos, según la exégesis ortodoxa. Es lo que había aprendido de los sabios en Marrakech. Pero nada dice que se trate de los judíos y de los cristianos, no era nada más que una interpretación. Improvisé una respuesta para Eugénie.

—Los que han caído en la ira de Dios son aquellos que rechazan creer en Él, y los extraviados son los que actúan según las costumbres y tradiciones más arraigadas, pero no conocen la fe. Obedecen a unas reglas sin comprender su trascendencia, por eso se extravían.

—Lleváis razón.

Esto me animó a continuar:

—Los que caen en la ira de Dios son los que se niegan a creer en Él. Acaban siguiendo a sus pasiones, que les hacen perderse en el camino, o se inclinan a creer en la razón, que seguramente les revelará el secreto de la vida y engordará la soberbia del ser humano, pero no les proporcionará la serenidad. La fe se basa en la humildad, por eso el musulmán expresa su gratitud a Dios e implora su ayuda en cada rezo. La dimensión divina está intrínsecamente ligada al ser humano y el hombre sólo se aproxima a esta dimensión divina con la humildad. De este modo, el ser humano acaba en el buen camino.

—Entre nosotros es igual. Y entonces, ¿por qué hay tantos enfrentamientos entre mahometanos y cristianos?

—No sé, Eugénie. Mis compañeros fueron expulsados de sus casas por tener la misma fe, pero manifestada de un modo diferente. Y yo abandoné mi tierra natal porque fui perseguido.

Lo que experimenté con Eugénie no lo había concebido antes, quizá era su presencia la que me inspiraba. Aunque debía reconocer que el cambio se debía también a mi contacto con los cristianos franceses y a mi experiencia en Marruecos. Había idealizado en demasía el islam debido a la tiranía de la Iglesia y a su cortejo de procesos inquisitoriales. Como reacción, sostenía una doble y falsa posición: ver en el otro solo sus defectos mientras que del islam solo apreciaba su grandeza. Era una visión distorsionada que surgía de la persecución, de la herida. El rey Felipe III y sus consejeros sostenían que los moriscos no estaban preparados para la integración, pero tan solo era un posicionamiento defensivo, congelado en el tiempo, que se obligaron a adoptar. En realidad, en las tierras del islam no todo era bonito y en tierra cristiana no todo era negativo. La apreciación justa proviene de la razón, pero por sí sola no es suficiente, también necesita del amor. Querer al prójimo permite conocerlo en profundidad. No se puede conocer bien lo que no se ama. Giremos en torno suyo como si lo hiciéramos alrededor de un edificio para conocer su composición. Podremos conocer los materiales, las dimensiones, pero seremos incapaces de captar la atmósfera predominante, el calor que irradia, la intimidad que se teje en su interior. Solamente podremos ver el interior del prójimo a través del amor.

—Eres muy taciturno, Shiyab.

—Estoy meditando.

—¡Ahora y aquí! —y estalló en carcajadas.

En verdad estaba reflexionando. Miré en mi interior para conocer mi propia realidad, que la costumbre habitual, el conformismo y el propio transcurrir de la vida me impiden ver. Hablando con propiedad, no hay un lugar en particular ni un momento preciso para meditar.

—Vayamos a coger rosas, Shiyab.

Proseguimos el paseo por el campo. El día era precioso y el sol lanzaba sus destellos inundándonos de calor y vitalidad. La felicidad nos envolvió.

¿Cuál sería mi destino? Hui de la fe cristiana y de los villanos que actuaban en su nombre. Había tomado la decisión de refutarla y defender al islam y sus rituales, y aquí estaba Eugénie rompiendo todos mis esquemas. Empecé a ver matices en los cristianos, a los que ya no llamé infieles, y adopté una postura bastante crítica con las prácticas de mis correligionarios.

¿Sería Eugénie la mano del demonio? No, solo podía ser el camino de Dios o de *Allah*, porque Dios es amor y Eugénie era uno de sus secretos «*mientras que ellos no abarcan nada de Su ciencia, excepto lo que Él quiere*», así dice el Sagrado Corán (2: 255).

Eugénie fue la tormenta que golpeó mi ser. Toda mi vida huyendo del cristianismo y ensalzando el islam, pero con ella todo aquello se esfumó. Mi lucha ahora era conmigo mismo y cada batalla acababa en derrota, pero una derrota que me llenaba de felicidad.

Mis ínfimas victorias, cuando rechazaba una invitación de Eugénie, me hundían en una profunda tristeza. Y, al contrario, me sentía feliz cuando sucumbía a la llamada de mi corazón. Paseaba con Eugénie por el campo y ella me preguntaba por el islam y los musulmanes, me hablaba de su vida privada, de su madre, que murió siendo ella todavía muy niña, y de su padre, que falleció cuando ella tan solo tenía dieciséis años. Nos compadecíamos del dolor del hombre y de la miseria del ser humano, sin tener en cuenta su religión, raza o lengua, pues los prejuicios y los misterios aparecen cuando nos alejamos de la realidad de los seres y de las cosas. Todo lo que aparece envuelto en misterio tiene como fin ocultar la realidad y Eugénie era la prueba de la falsedad de muchos de los prejuicios que yo tenía. Ella sentía la misma ternura por una plebeya pobre que por una vaca parturienta. ¿Debía odiarla por ser cristiana?

Yo sufría porque estaba casado y tenía hijos a los que no podía abandonar. Estaba unido por la sagrada alianza del matrimonio, pero ¿el amor es menos sagrado que el matrimonio? “Lo que ha unido Dios, que no lo separe el hombre”, dicen los cristianos, y *Allah*, en el Sagrado Corán, afirma algo idéntico: “que el hombre y la mujer estén unidos por un pacto sólido”. Mi esposa, Lalla Taya, me había dado a Hakam, el mayor de mis hijos, a Zaynab, mi hija querida, y por último al pequeño Ahmad, que acababa de nacer. Gracias a ella, Marruecos, el país que me adoptó, se había convertido en mi país y, gracias a ella, mi alma encontró la calma... ¿Pero era suficiente? ¿No es la felicidad una búsqueda legítima? Con mi esposa, jamás pude debatir sobre asuntos espirituales o filosóficos, jamás nos paramos a coger una rosa o a contemplar la puesta del sol. Jamás me cantó una canción. Y yo, igualmente, estaba ensimismado por tanto pudor. Nuestra intimidad estaba secuestrada bajo el velo de lo que no se menciona además de dejarnos influir por los convencionalismos sociales, cuando debía ser a la inversa.

Rechazaba la idea de que Satán se hubiera encarnado en Eugénie, pues Dios es también amor y el amor es preludio de la grandeza del espíritu.

Ya no era un secreto que ardientes sentimientos me atormentaban. Lo veía en la sonrisa burlona de mis compañeros. Sin duda, pensarían: “mira el puritano, que se hacía el santo y se ha envuelto en las borrascas de la pasión”. De ahora en adelante actuaré con menos prerrogativas pues ahora soy similar a ellos, un ser humano con sus debilidades. ¡Cuántos esfuerzos habían hecho por agradarme a mí, como ejemplo a seguir! Tuvieron que fingir, mentir y ocultarme muchas cosas... Ya no tenían que hacerlo, pues a quien temían que les crearía mala conciencia era como ellos. Tal vez “él” sabía solo cómo ocultar sus sentimientos, sin más. “Él” era tan humano como ellos, muy humano, como todos. Definitivamente, nada nos hace tan humanos como reconocer nuestras debilidades.

Cierto día, en la salita de la casa donde nos alojábamos, Rodríguez me abordó con franqueza:

—Deberías tratar a la joven con más cariño. Ella nos es de utilidad y nos ayudaría por ti. Nosotros aquí somos extranjeros, no tenemos ni aliados ni amigos. Haz un sacrificio.

Blanco abundó en el mismo sentido:

—Diviértete con ella. ¿Por qué te privas si ves que a ella le gustas? Todos lo saben y tú, con tu seriedad, la rechazas.

Rodríguez añadió de manera provocadora:

—La chica es tan guapa que no estoy seguro de que puedas tener una *huri* tan hermosa en el más allá.

Palomino descargó todo lo que llevaba dentro:

—Yo en tu lugar, me casaría con ella y me instalaría aquí definitivamente. Nunca regresaremos a Al Ándalus.

Rodríguez respondió en tono irónico:

—Pero nuestro alfaquí tiene miedo de Dios. No es que él no quiera, es sólo miedo, como les ocurre a los frailes de los conventos en España. Querido Shihab al-Din, Dios o *Allah* nos abandonó hace ya mucho tiempo. Ninguno de los dos —que son tan similares— estaba en Al Ándalus para impedir nuestra masacre y deportación, ni en Marruecos para protegernos y, con seguridad, tampoco está aquí, en el País de los Francos, para remover nuestra conciencia y hacer que te prives.

Ya no soportaba tanta blasfemia. Me levanté e intenté irme, pero Rodríguez me retuvo diciéndome:

—No te vayas, Shihab al-Din, te lo decimos porque sabemos que estás sufriendo. Se te puede ver. Apenas comes y estás siempre ausente. Deseamos tu bien, pero también deseamos el nuestro. La muchacha es muy simpática con nosotros y su familia es muy servicial, pero no debemos hacernos ilusiones. Es gracias a ti que nos tratan de esta suerte. La muchacha se te acerca y tú te muestras distante. Esa tensión puede volverse contra nosotros. Sí, Shihab al-Din, debemos mantenernos complacientes y solidarios. Debemos hacer fuego con cualquier leña, pues somos deportados y proscritos.

A mis sufrimientos sentimentales se añadió ahora el calvario de mis compatriotas. Comprendí entonces que lo que me parecía un comportamiento licencioso, no era tal. Disfrutaban para olvidar sus heridas. Así ocurría con el mismo Rodríguez. Si reflexionamos, llegaremos a la conclusión de que su rebeldía contra Dios era solo una expresión de su tragedia. Era el grito del dolor, la sangre que fluye de la herida. La fe procede del sentimiento de abandono, o como dicen los cristianos, por causa de este desamparo, de repente, nos sentimos abandonados, abandonados por aquello que más nos unía. El profeta Job se rebeló contra Dios. ¿Por qué lo habría hecho sufrir? ¿Por qué lo habría puesto a prueba, a él, a su servidor, bueno y generoso? Y Jesús —como creen los cristianos ortodoxos—, no gritó en su cruz “Dios, ¿por qué me has abandonado?” Y nuestro señor Muhammad, la Paz esté con él, ¿no fue objeto del sentimiento de abandono? En el oasis de Taif, unos villanos le lanzaron piedras y lo lapidaron como a un apestado. Estaba allí, herido, tenía sed y hambre, estaba solo. El sol de la Península Arábiga no fue más cruel que el sentimiento de injusticia que lo atenazaba. Entonces, se apoyó sobre el muro de un huerto y lanzó un grito lleno de humanidad: “Dios, me lamento ante ti por la debilidad de mis fuerzas, por mi impotencia, por no poder hacer nada, menospreciado por la gente (...) ¿en manos de quién me dejas?, ¿en las de un extraño que me ataca? (...) si no estás disgustado conmigo, nada de esto me importa”.

Este sentimiento de abandono es la base de la fe, el pedestal o el trampolín que lleva a la verdadera fe. Siendo niño, escuché en Al Ándalus a un monje que decía que el pecado es el origen de la santidad. Ahora comprendo su afirmación. La ascensión necesariamente pasa por caer en el pecado —como afirma el cristianismo—. La duda es el camino a la tolerancia y reconocer nuestra propia debilidad nos hace indulgentes. Ahora soy más tolerante con el comportamiento de Rodríguez y del resto de mis compatriotas, porque en el fondo no soy mejor que ellos. Porque, simplemente, no había afrontado ninguna prueba. Ahora sí. Y, desde ese momento, mi visión de los seres y las cosas ha cambiado.

Aquel mediodía vino Eugénie y me puso a prueba. Provocó que mi sufrimiento fuera aún mayor. Estábamos paseando por el campo cuando me preguntó:

—¿Estás casado, Shiyab?

—Sí, Eugénie.

—¿Tienes hijos?

—Sí, tengo tres hijos.

No podía mentirle. Me sentí liberado. Así pues, al saber que estaba casado y tenía hijos, me abandonaría, pondría distancia. Me libraría de lo que yo era incapaz de hacer, poner fin a una relación ambigua, casi imposible.

Cerré los ojos para irme y respiré hondo. Ella acabaría rindiéndose ante la evidencia y mostraría su decepción. Lloraría. Puede que me considerara un sinvergüenza por habérselo ocultado. Si previamente se lo hubiera dicho, le habría evitado sufrimiento y dolor. Me equivocaba.

—Vuestra religión os permite tener más de una esposa, ¿verdad?

Dios mío, ¿cómo podría tomar por esposa a Eugénie? ¿Tendría que establecerme en el país de los franceses? No podía ser, pues supondría abandonar a mis hijos. ¡No! ¿Me acompañaría a Marruecos? Era algo del todo imposible. No se trataba sólo de trasladar a Eugénie, también habría que trasladar todo su contexto social y cultural. ¡Y eso no era posible! Tampoco era posible llevarse los campos, el castillo, las vacas, nuestras discusiones y nuestro amor por la naturaleza. Ella no existe por sí misma, existe por lo que representa, por su mundo y su forma de ver las cosas. Y todo eso no se puede trasladar al país de los moros a no ser que se enclaustre en el interior de un pabellón de mi casa, separada por una cortina de mi primera esposa, la madre de mis hijos. Nada de lo que hubiera tras la cortina sería visto por nadie: ni sus ideas, ni sus pensamientos, ni sus sentimientos, ni siquiera sus sollozos. Engendraría hijos míos que tan solo se parecerían a ella en el físico. Con el tiempo, Eugénie dejaría de ser, sólo existiría como cuerpo físico y acabaría marchitándose. Arrancada de su tierra, perdería su frescor como una rosa cortada de raíz. ¿Qué debería hacer? ¿Disfrutar de ella?, como aconsejaba Rodríguez. Abrazarla, besarla y hacerle el amor. Al fin y al cabo, esto se podía hacer en Francia si la mujer consentía. Podría disfrutar de ella mientras estuviera allí y, cuando me fuera a otro lugar, olvidarme de Eugénie, de mi aventura con ella. Podría tener otras aventuras. Llevaba casi ocho meses lejos de mi familia. ¿Cómo podría resistirme? Dios, ayúdame, Tú el Clemente y Misericordioso.

Hablé a mis compatriotas, una vez más, aunque en realidad dialogaba conmigo mismo tratando de consolarme:

—Dios ama a los que se purifican interiormente.

Me detuve un momento para reflexionar. Está bien dicho que deben purificarse. Se produce entonces un proceso o, diciéndolo de otra manera, hay una lucha interna contra las pasiones. Ese es el camino hacia la purificación. En estado natural no hay un ser totalmente purificado, hay una acción de purificación, una lucha perpetua contra la tentación. Una lucha que es perenne. Después de todo, ¿qué sentido tendría el ritual si no fuera una prueba para vencer la batalla contra la tentación evitándonos caer? El ritual no tiene sentido por sí mismo, nos encauza en el camino hacia la ética.

—¿Qué quiere decir todo esto? —preguntó Rodríguez.

—Quiere decir que no puedo disfrutar de la muchacha, a no ser que se convierta en mi esposa según la ley divina y la tradición de nuestro profeta.

—No la hagas tu esposa, pero disfruta de ella —dijo Blanco.

Recité en árabe un verso del imam al-Busiri:

“No caigas en el pecado por satisfacer tus pasiones / pues comer aumenta la gula”.

—¿Qué algarabía es esa?, no he comprendido. ¿No puedes decirlo en castellano?

—Interrumpió Rodríguez.

Traduje el verso al castellano e hice un comentario:

—Cuanta más agua del pecado bebamos, más sed tendremos. Y cuanto más nos acerquemos a lo prohibido, más riesgo tendremos de caer en él.

—¿Es pecado amar? —replicó Rodríguez.

—No, no es pecado amar, Rodríguez, pero disfrutar de lo que no nos pertenece es un pecado.

—Apenas te diferencias de los frailes, Shihab al-Din. En el fondo, es como si fueras un cristiano que se expresa mediante los rituales del islam. ¿Crees que los musulmanes se privarían como lo estás haciendo tú ahora? Ellos, si algo les agrada, encuentran miles de razones para hacer de lo prohibido algo lícito. Los ricos más notables se casan con más de una mujer y toman varias concubinas. Emplean diversas argucias para alcanzar lo prohibido, disfrutan de los placeres sin ocultarlo. Se ponen un velo de hipocresía y engañan a los distraídos. Eres un cristiano que se ignora o, si esto te ofende, te digo que eres el vínculo entre las dos partes.

Era la primera vez que escuchaba algo así.

Creía que había vencido la batalla contra mis pasiones interiores y me mostraba distante por respeto a Eugénie. Sabía que, mientras no me rindiera a la pasión, seguiría siendo dueño de mí mismo, pero bastaba con probar la fruta prohibida para meterme en un callejón sin salida. Sufría y rezaba para que se atenuaran mis tormentos. Permanecía en mi habitación, leyendo el Sagrado Corán y rezando oraciones. ¡Que Dios me ayude! Un día, a media mañana, Eugénie llamó a mi puerta. Mis compañeros habían salido a tomar el aire y evitar el aburrimiento. ¡Abrí la puerta y fue como una revelación!, como si la viera por primera vez: sus ojos grandes y abiertos, su pelo que caía sobre sus hombros, sus pechos...

Me dije para mis adentros: “Dios mío, ¿por qué me pones a prueba?”

—Entonces ¿ya no quieres verme? —dijo Eugénie en tono triste.

—No, en absoluto, estaba enfermo.

—Cuando estamos enfermos necesitamos compañía.

No supe qué contestar.

—¿Quieres que caminemos un poco? —propuso ella.

—*Claro*⁴³⁶, de buena gana, —respondí.

Ella no pudo reprimir una sonrisa al escucharme mezclar el español con el francés.

Salimos juntos a pasear. Permanecí callado hasta que ella puso fin a mi silencio, me dijo:

—Acabo de leer que los musulmanes no aceptan la representación física del ser humano.

Me sentí aliviado al ver que la conversación tomaba este giro.

—Efectivamente, la mano del hombre no debe reproducir imágenes por miedo a caer en la tentación de adorarlas en vez de adorar al Creador.

—Nosotros, los cristianos, no adoramos a las imágenes.

—Quedó bien dicho en Los Diez Mandamientos, que el hombre no debe crear imágenes.

—¿Crees en los Diez Mandamientos?

—Creemos en ellos. Aparecen en más de un escrito, se mencionan en varias azoras del Corán.

—¿En qué molestan las imágenes a la fe? La imagen no es la realidad, la evoca.

—Existe el riesgo de sustituir la realidad por una imagen. Pocos son los que alcanzan a distinguir entre la imagen y la realidad. Esta capacidad de discernir no es un don que todo el mundo posea.

Dejamos atrás los edificios y llegamos al campo. Los huertos no estaban cercados por vallas, en su lugar tenían unos fosos que delimitaban los cultivos y prevenían los robos. Nos detuvimos un momento y Eugénie empezó a descender por un barranco. Resbaló y la ropa se le levantó. Me estremecí, mi corazón se aceleró. Qué Dios me perdone, aquello era más fuerte de lo que podía soportar. Me rendí o, mejor dicho, iba a ceder. En tan apartado lugar la tomaría entre mis brazos, la besaría, la acariciaría. Me dejé llevar por

⁴³⁶En español en el original.

mis pensamientos y resbalé, caí a sus pies. Ella soltó una carcajada y me tendió la mano, la cogí y mi cuerpo tembló de emoción. Quise besar su mano, pero entonces se escuchó una ronca voz gritar:

—¿Quién anda ahí?

Era un hombre de complexión recia que nos miraba sorprendido, con el pecho al descubierto y un chaleco sobre la camisa. Hablaba con un fuerte acento francés que no me permitía seguir la conversación entre él y Eugénie. No parecía disgustado por haber presenciado la escena de los dos enamorados. Eugénie me hizo señas para que pasara al otro lado del surco. El hombre era un agricultor ocupado en su trabajo al que llamó la atención el ruido de mi resbalón. Al principio, pensó que se trataba de ladrones, pero al ver que era la escena de dos enamorados no vio peligro y nos ofreció su hospitalidad. Nos sentamos en el suelo, junto a unos arbustos en floración. Nos ofreció pan y queso y, cuando intentó llenarme un vaso de vino de un odre, le indiqué con la mano que no lo hiciera. Eugénie intercedió por mí y le explicó al hombre que, como era musulmán, tenía prohibido beber vino. El estalló a reír mientras que Eugénie parecía feliz en su papel de intérprete.

—Rara religión la que os prohíbe una bebida reconfortante—le dijo el campesino a Eugénie que me tradujo.

Comprendí que Eugénie estaba haciendo de portavoz mía y le explicaba al paisano las causas por las que estaba prohibido el vino en el islam. El hombre se sentía feliz por haber encontrado compañía, le distraía de la rutina de un duro día de trabajo. Comía con gran apetito y degustaba el vino mientras escuchaba a Eugénie. Yo no sabía cómo ver a este hombre, si considerarlo como un grosero que me había hecho perder un momento de íntima felicidad con Eugénie, o como un salvador enviado por una mano invisible para impedir que pecara.

Eugénie se giró hacia mí y dijo:

—El hermano Paul dice que el pecado es lo que sale por la boca, no lo que entra por ella.

Me había fallado la intuición. Salimos del huerto ante la tierna mirada del hermano Paul. Regresamos por el camino a la casa, me sentía como una flor movida por el viento, ligera y aliviada. El hermano Paul era la mano invisible que me impidió caer en la tentación. Amaría a Eugénie de otra manera. La amaría eterna y profundamente.

Unos días antes de viajar a Burdeos, mostré tal serenidad que desconcertó a mis compañeros. Nada reflejaba los tormentos que antes me habían hecho languidecer. No tenía por qué tener un contacto físico con Eugénie para amarla, trascendí la tentación de la carne por algo etéreo y sublime, pues mi amor físico no podría haber soportado las vicisitudes de la pasión. Desaparecería con el tiempo. Otros velos, imperceptibles en el momento, se habrían interpuesto entre nosotros y acabarían por llevarse todo lo que había de noble en nosotros. Eugénie estaría siempre en mi corazón, pues mi nueva forma de ver las cosas y los seres se la debía a ella, a su ética, generosidad y grandeza de espíritu. Yo me encontraba en guerra contra los cristianos, que me habían declarado proscrito, expoliado y perseguido, y ahora estaba en guerra conmigo mismo. Tal vez me había salvado esta lucha interior... los que me habían llevado al exilio no podían representar al conjunto de los cristianos ni encarnar al cristianismo. Descubrí que la proximidad geográfica entre grupos religiosos que se odian entre sí no es garantía de conocimiento mutuo y, menos aún, de respeto. Éramos musulmanes y cristianos, vecinos en la tierra de Al Ándalus, pero la enemistad que nos animaba, a unos y otros, hacía del todo imposible el conocimiento mutuo. Fue mi amor por Eugénie lo que destruyó los prejuicios que emborronaban mi visión de la realidad.

Eugénie comprendió todo lo que estaba tramando en mi interior. Apareció dos días antes de nuestra marcha, portaba una cinta alba que rodeaba su cabeza y un vestido que le llegaba hasta los pies. Su atuendo no era inocente. Llevaba un libro bajo el brazo. Paseamos como de costumbre hasta unos álamos y nos sentamos apoyados en el tronco de un árbol. Me dejó el libro y me hizo señas para que lo leyera, era la Biblia. Sentí un escalofrío y me excusé afirmando que no dominaba bien el francés. Ella dijo:

—Está en castellano. Me gusta escuchar tu voz mientras rezas en la lengua que dominas.

Me devolvió el Libro Sagrado. Lo abrí por los Salmos de David y comencé a leer. (38, del 9 al 22)

9.- *“¡Señor!, tú conoces todos mis deseos,
no te escondo mis suspiros.*

10.- *Mi corazón palpita, las fuerzas me abandonan,
y hasta la luz de mis ojos no está conmigo.*

11.- *Mis amigos y compañeros se mantienen lejos de mis heridas,
y mis allegados se apartan.*

12.- *Mis enemigos tienden trampas,
y los que buscan mi mal me injurian y murmuran chismes todo el día.*

13.- *Pero yo, como un sordo, no oigo,
y soy como un mudo que no abre la boca.*

14.- *Soy como hombre que no entiende,
y de cuya boca no sale respuesta.*

15.- *Porque es a ti, Señor, a quien espero,
y tú Señor, Dios mío, serás quien responda.*

16.- *Porque digo: “que no gocen de mi mal
ni me pisen cuando mi pie resbale”.*

17.- *Porque me tambaleo,
y el dolor está siempre conmigo.*

18.- *Porque confieso mi culpa,
y estoy acongojado por mi pecado.*

19.- *Y mis enemigos están plenos de fuerza, son poderosos,
los que me odian son numerosos.*

20.- *Y los que devuelven mal por bien
me hostigan por buscar el bien.*

21.- *No me abandones, ¡oh, Señor!,
no te alejes ¡Dios mío!*

22.- *Ven pronto a ayudarme,
¡Dios mío, mi Salvador!”*

Eugénie escuchaba con la cabeza inclinada y los ojos cerrados.

Marrakech

1613

Estando en la mezquita del santo Sidi al-Gazwani, uno de los siete santos de Marrakech, con cada rezo del *fayer* recitaba y repetía las aleyas del Pacto de la azora Quraysh con los fieles de la *zawiyya*, para alejar el fantasma del miedo y el hambre. Los caminos ya no eran seguros, los ladrones asaltaban en ellos, la gente moría de hambre y el alto precio de los alimentos hacía la vida insostenible. Marruecos era presa de las luchas sangrientas entre los dos hermanos que se disputaban el poder en el país. Muley Zidan perseguía controlar la zona norte de Marruecos y tomó Fez tras expulsar de ella a su hermano Mamun. Este último había pedido ayuda a los españoles y, a cambio, les había prometido entregarles la ciudad costera de Larache. Con el apoyo de los españoles, pudo recuperar el control sobre Fez y, debiendo hacer frente a su promesa, envió a uno de sus dirigentes para evacuar a los habitantes de Larache, que rechazaron abandonar el lugar. El caíd asesinó a muchos de ellos y, finalmente, entregó la ciudad a los españoles con la oposición de los ulemas, los dignatarios y sus propios habitantes. ¡Qué sacrilegio! El príncipe Mamun, que se había declarado sultán de Fez, puso como pretexto que los españoles habían secuestrado a sus hijos y le exigían, a cambio de liberarlos, la entrega de Larache. Los sabios, según las normas de la *sharía*, fueron llamados para emitir una *fetua* sobre el fondo de la decisión del emir Mamun. Muchos de ellos, temerosos de Dios, se negaron a respaldar la decisión del emir y se batieron en retirada para evitar la ira de un príncipe irascible y rencoroso. El gran sabio de Tremecén, al-Maqqari, autor de una gran obra sobre la historia de Al Ándalus, fue uno de los que se negaron a aceptar la decisión del emir. Sin embargo, los sabios de la corte argumentaron que liberar musulmanes en manos de infieles es más prioritario que el territorio, más aún si se trataba de príncipes que, además, descendían del Profeta, la Paz esté con él. En esta ocasión no tuvieron remilgos en emplear la religión para justificar sus sórdidos intereses, por otra parte, como sucede siempre. ¡Qué Dios nos proteja!

Un predicador saharauí Abu Mahalli, que peregrinaba por los confines del Sahara, aprovechó la circunstancia para llamar a los musulmanes al levantamiento. Tenido por un hombre de carácter fuerte, se hacía pasar por el *Mahdi*, pues creía que había sido elegido por la Divinidad y que tenía la *baraka*. Había viajado mucho, conocido diferentes corrientes religiosas y predicado desde una edad muy temprana. Cuando entró en contacto con los habitantes de las llanuras empezó a seguir la corriente sufí. Unos lo veían como hombre de fe, sincero, movido a restablecer la justicia después de tanta iniquidad que habían sufrido las gentes. Otros, la gran mayoría, lo veían como a un falso devoto que empleaba la religión para lograr sus bajos intereses políticos. Para sus fines utilizaba indistintamente su gran locuacidad y su buena pluma. Era prolífico y escribió numerosos panfletos y discursos utilizando expresiones hirientes contra unos adversarios que algún día pudieron ser sus aliados. No era firme, ni en sus alianzas ni en sus métodos, pero sus adeptos fueron aumentando, aquí y allá, gracias a su inteligencia, su sabiduría y la abundancia de sus escritos. La tormenta política que encapotaba Marruecos provocó que sus habitantes se aferraran a la más mínima esperanza, viniera de donde viniera.

Abu Mahalli aprovechó que se entregó Larache a los españoles para abandonar los confines del Sahara por donde había estado predicando, entre Essaouira, Bani Abbas y el sur de Tremecén. Cambió las áridas arenas del desierto por las ricas llanuras, donde encontró seguidores entre las gentes más crédulas.

Dejaba una profunda huella allá por donde pasaba. Algunos de sus seguidores asesinaron al emir Mamun cerca de Tetuán. Entonces, Abu Mahalli, con un puñado de hombres, se dirigió al sur, hacia Siyilmasa, donde derrotó al ejército del gobernador de Muley Zidan, superior en número de hombres y armamento. Así, se extendió entre la gente la leyenda

de que las balas no alcanzaban a Abu Mahalli ni a sus hombres porque poseía la *baraka*. Luego pasó a la región de Daraa, donde no encontró resistencia, y se preparó para conquistar Marrakech. Finalmente, Muley Zidan fue derrotado y se vio obligado a huir a la región del Sus en busca de apoyo. ¡Pobre Muley Zidan!, desde que subió al trono no tuvo ni un momento de paz. ¿Era el destino? ¿Era la fatalidad? ¿O, en última instancia, la causa de todo aquello era que se concebía el poder como una propiedad de la que se usa y abusa? Una propiedad que se reparte como se distribuye una herencia o un botín. Abu Mahalli se rebeló contra aquella manera de concebir el poder y consiguió que la mayoría de la gente que se encontraba bajo el látigo de la injusticia se uniera a él. En uno de sus panfletos describía el estado de la situación:

“Los dirigentes cometieron injusticias, pero quedaron destrozados al ver cómo las cosas se sucedían al contrario de lo que esperaban, el tiempo les había traicionado, los hermanos fueron decepcionados y vino la deshonra... si tomamos por costumbre hacer la contra, nos llegará la enemistad y quien así proceda será excluido y marginado. Pero, si sigue el camino del engaño se dice que es justo y limpio”.

Y hablaba sobre la amenaza de los cristianos:

“Pues en Malta, que está en el mar entre el Occidente y Egipto, los peregrinos son capturados y hechos prisioneros (...) el mar está lleno de barcos de infieles y la tierra y sus costas son mancilladas por los que adoran la cruz”.

Después, se lamentaba por la situación de los musulmanes y del islam:

“...hasta que los infieles creyeron que el islam no era nada”.

Aunque seguía la situación política, me prohibía a mí mismo participar. Abu Mahalli tenía razón en su interpretación de la situación. ¿Sería cierto, como afirmaba el *Mahdi*, que sería el hombre que traería el cambio o solo pretendía usar la religión con fines políticos, como los demás? No tenía la respuesta y mi situación de exiliado me obligaba a no tomar partido. Solo había que esperar el discurrir del tiempo o el juicio de la Historia.

Cada vez que iba a la *zawiyya* a recitar el *dikr*, me informaba aquí y allá de las peripecias de aquel exaltado predicador. Escuchaba con atención, pero era un simple observador. Después de todo, yo era una persona atada a unos vínculos sociales y culturales que me imponían unas obligaciones. Me hallaba bajo la protección del sultán Muley Zidan, con el que tenía un vínculo ético y tenía además yo hijos bajo mi responsabilidad. Compartía con mis compatriotas andalusíes su inestable situación en Salé y la lucha por sobrevivir. Mi viaje a Francia y a Holanda hizo que arraigaran en mí los sentimientos de pertenencia y responsabilidad. Los andalusíes habían sido abandonados a su suerte y la inestabilidad del gobierno de Marruecos empeoró aún más su situación. Los habitantes de la antigua Salé los miraban con suspicacia, se burlaban de su comportamiento y los apodaban como “cristianos de Castilla” o con el eufemismo de “los musulmanes de Rabat”. No se molestaban en comprender su calvario. Yo conocía sus heridas, pues vi correr su sangre a causa de su desesperación e impotencia. Expulsados de sus casas, perseguidos y víctimas del pillaje, no les quedó otra opción que apoyarse en sí mismos y comenzar a organizarse según las circunstancias. Rodríguez, cuando regresábamos de Holanda, me hizo esta confidencia:

—Shihab al-Din, ¿los que fueron expulsados de sus casas no pueden defenderse?

—Al contrario, hermano Rodríguez, Dios sí permite que puedan defenderse los que fueron expulsados de sus hogares. Dios no ama a los injustos.

—¿Hay mayor injusticia que expulsar a mujeres, hombres y niños de sus hogares y de sus tierras?

—En verdad, es una gran injusticia, Rodríguez.

—¿En quién podemos apoyarnos? Los moros están matándose entre sí, los turcos no consiguen asegurar sus costas y Orán está ocupada por los castellanos.

Respondí:

—“Así son los días, los alternamos entre reveses y éxitos de los hombres” como dice el Sagrado Corán (3:140), —repliqué.

—Shihab al-Din, a pesar de que nunca he rezado ni he ayunado en Ramadán, soy musulmán, pero lo soy porque no tengo otra elección. Siempre viví al modo de los castellanos. Me gusta el vino y la carne de cerdo. Repentinamente, se me declaró musulmán para expulsarme de mi tierra. La reacción a tal injusticia fue lo que me hizo musulmán, pero no para realizar los cinco rezos diarios o cumplir el ayuno de Ramadán, lo hice para luchar en nombre del islam. Para mí, el islam se ha convertido en una bandera de combate.

—La verdadera guerra es la que realizamos en contra de nuestras propias pasiones.

—Eso no cambiará el mundo. Proporcionará, tal vez, una buena conciencia y los beneficiados de ello serán los cristianos. ¿En qué les pueden molestar los rezos de un musulmán? ¿Cómo piensas que podríamos recuperar nuestra tierra?, ¿Librando la lucha contra uno mismo o mediante la gran *yihad*?

—Antes pensaba igual que tú, Rodríguez, pero acabé comprendiendo que la guerra no es la solución. Primero, porque no somos los más fuertes, y después, porque también hay cristianos con los que nos podemos entender.

Sonrió y continuó él diciendo:

—Nosotros no libramos una batalla para ganar la guerra, pero sí para dañar a la otra parte. Hay cristianos con los que podemos contar en este asunto.

En Holanda, Rodríguez tenía diversos contactos con gente de diferente catadura: comerciantes y aventureros. Quería aprovechar el sentimiento de odio que los holandeses tenían por los españoles.

—Hay algo que no sabes, Shihab al-Din, y es que los cristianos no son tan cristianos como tú crees. Aman el dinero y harían cualquier cosa por conseguirlo. No prestan atención a miramientos religiosos. A ellos solo les interesa el dinero. Ahí reside nuestra oportunidad.

—El dinero y las pasiones son el origen de todos los males.

—Sí, pero esa es nuestra fuerza.

Rodríguez no dijo nada más. Lo que después sucedió me permitió discernir con claridad sobre qué planes tenía, los mismos que harían temblar a la Cristiandad.

Cuando el sultán Muley Zidan recibió las noticias del avance de Abu Mahalli, hizo su equipaje y se marchó a pedir ayuda a las tribus de Haha. Los portugueses, por su parte, sintieron temor del vehemente predicador saharauí, lo que hizo que muchos de los que criticaban a Abu Mahalli empezaran a justificar su levantamiento. Algunos de ellos se hicieron firmes aliados suyos, pues consideraron que este hombre estaba preparado para defender el islam, restablecer la justicia y expulsar a los cristianos que ocupaban los puertos de la tierra del islam. Unos pocos sabios y jueces no aceptaron apoyarlo por no haber obedecido. Sus argumentos eran que la *fitna* era censurable y la unidad de la nación era lo primero.

Con la complicidad de algunos hombres de Muley Zidan, Abu Mahalli entró victorioso en Marrakech, luego se dirigió a la corte para instalarse allí. En todas las mezquitas de la ciudad las oraciones del viernes fueron proclamadas en su honor y no tardó en acuñar moneda con su nombre. También cuidó las formas como soberano y comenzó a recibir a las delegaciones extranjeras. Holandeses e ingleses, preocupados por preservar sus intereses comerciales, fueron los que lo visitaban más a menudo. Abu Mahalli parecía perfectamente acomodado a su papel de sultán. Tomó como esposa a la madre del sultán Muley Zidan, una de las mujeres de Almanzor. ¡La bondad de Dios esté con nosotros!

Ante tal estado tan inestable preferí distanciarme, pues mi situación como refugiado me prohibía participar en un contexto problemático. Los que conocían al *Mahdi* lo describían de forma contradictoria. A veces, lo presentaban como a un hombre impulsivo, en algunas ocasiones como a una persona afable y en otras como a un asceta. Sin embargo, se entregó a las tentaciones del poder. ¿Era propio de la naturaleza saharauí o tan solo era falta de experiencia? Sus comentarios, poco realistas, mostraban la confusión en que se hallaba. A los holandeses e ingleses que encontraba en su camino les decía que iba a conquistar España, pero también Francia e Italia.

La gente no tardó en perder la ilusión por un pretendiente que apostó por un discurso vacío. La situación en Marrakech y sus alrededores no había mejorado y se había generalizado la inseguridad. Los alimentos escaseaban y los que se obtenían eran muy caros. Como suele ocurrir en estos casos, la población mostró su rechazo. Las oraciones del viernes se hacían siempre en nombre del nuevo sultán, pero la decepción se estaba instalando en el corazón de la gente. Cierta día, sus discípulos vinieron desde los confines del Sahara para visitarlo y felicitarlo. Un anciano, que guardaba silencio, fue instado por Abu Mahalli a que hablara. El viejo respondió:

—Ahora eres el sultán y al sultán no se le dicen todas las verdades.

—Puedes hablar. Te concedo el don, no te pasará nada. —Le contestó Abu Mahalli:

—El poder —le contesto el anciano— es como el balón de trapo con que juegan los niños. Ellos corren detrás de él, hasta quedarse sin aliento, arriesgando sus propias vidas. Pero, si prestaran atención, se darían cuenta de que tan solo son trapos.

Abu Mahalli comprendió lo que le había insinuado con la parábola y añadió:

—Quisimos restaurar la religión, pero la hemos perdido —concluyó.

¿Se podía dar marcha atrás y enmendar la situación? Aquello parecía imposible. La gente estaba desencantada. Siempre es fácil poner como pretexto la religión para alcanzar el poder y, una vez que se alcanza, lo difícil es gobernar con ética. Abu Mahalli ejerció bien su papel de opositor. Inflamaba a las multitudes agitándolas con su afilada palabra, pero se necesita algo más que la palabra para gestionar los asuntos de las personas. Necesitan seguridad, pan y esperanza y, cuando no se logran, eligen a quien pueda proporcionárselos. Abu Mahalli los había decepcionado, pues proseguían los saqueos, la vida seguía siendo cara y el mañana no era halagüeño. Las tropas de Abu Yahya, al servicio de Muley Zidan, marcharon sobre Marrakech. Pararon a una etapa de la capital, en Imin Tanut, antes de acampar al pie del monte Giliz, en los alrededores de Marrakech. Abu Mahalli les hizo frente encabezando su ejército, pero la primera bala disparada lo alcanzó. Acabó con él y con su sueño. La *baraka* no estuvo de su lado en esta ocasión. Su ejército se desintegró al igual que su sueño. Le cortaron la cabeza y la colgaron en las murallas de Marrakech.

Aquel iluminado saharauí había señalado el camino que seguirían otros pretendientes, que se inspirarían en su energía y erudición y se aprovecharían de la irresponsabilidad de los emires.

Después de la muerte de Abu Mahalli regresé al servicio de Muley Zidan. El sultán, que había demostrado gran resistencia para mantenerse en el poder, estaba ahora visiblemente débil. Cuestionado y destronado, nunca abandonaba la lucha. Era consciente de las apuestas internacionales, de la amenaza que representaban los turcos por oriente y los españoles al norte, sin tener la fuerza suficiente para enfrentarse a ninguno de ellos. Su cuestionamiento en el poder por parte de sus hermanos y aspirantes mesiánicos, había debilitado su papel en política internacional. Sin embargo, parecía interesado por lo que estaba sucediendo en la otra orilla del mar Mediterráneo.

Debía traducirle la correspondencia que le enviaban los príncipes de Castilla y los libros de ciencia y geografía del país de los cristianos. Era un apasionado de los libros y, de entre todas las vicisitudes que había sufrido durante la etapa de su gobierno, hubo un suceso que le había marcado profundamente. El sultán había encargado al cónsul de Francia, Jean Philippe Castelain, que trasladara su biblioteca de Safi al puerto de Agadir, en el golfo de Founty. Cuando el barco atracó en la bahía, desamarró de nuevo con el pretexto de que el sultán no había pagado las tasas del transporte. Ya en altamar, los corsarios españoles lo atacaron y se apoderaron de toda la biblioteca del sultán. A pesar de la presión que ejerció el sultán Muley Zidan sobre los franceses, los españoles se negaron a devolverla y la ofrecieron como regalo a la jerarquía eclesiástica española, que la archivó en el Palacio del Escorial. Muley Zidan quedó muy afectado por este acontecimiento y, en señal de descontento por la irresponsabilidad cometida por los franceses, se negó a aceptar rescates para liberar a los presos de esta nacionalidad.

Ahí no acabaron los problemas para Muley Zidan pues, una vez que volvió a ocupar el trono, tuvo que enfrentarse a un intento de sublevación del gerifalte que le había ayudado a recuperarlo, el caíd Ibn Yahya. ¡Pobre Muley Zidan! Siempre a la defensiva, ningún monarca en constante reacción puede, a la larga, inspirar confianza o mantenerse. Recordando el dicho de Ibn Jaldún, la situación era similar a lo que ocurre con el deshilachado de una tela o con una llama cuyo aceite se ha agotado y amenaza con apagarse. Las cosas empeoraron aún más con la ocupación del estuario de Sabu por los españoles, en 1614, que bautizaron con el nombre de San Miguel de Ultramar.

La Nueva Salé
1615-1637

Cierto día, un mensajero llamó a mi puerta y me entregó una carta que provenía de Salé. De tez morena, endeble y hambriento, de su cráneo colgaba una trenza. Iba harapiento y encarnaba, por su atuendo y mal estado, la decrepitud en la que se encontraba Marruecos. Con sutileza, le invité a comer en el vestíbulo como era costumbre y observé sus ansias por tragar. La carta estaba fechada quince días antes, cuando, en tiempos de Muley Ahmad Almanzor, el correo solía tardar entre cuatro o cinco días desde Salé a Marrakech. La situación de inseguridad obligaba a que los viajes se hicieran en convoyes con escolta. Le di propina y leí la carta. Era de Rodríguez, que me exhortaba a ir a toda prisa a la Nueva Salé. Un clima de tensión reinaba entre hornacheros y andalusíes, y era necesario y urgente apaciguarlo. Estaba en juego la cohesión de toda la comunidad. En tan críticas circunstancias, Rodríguez me veía como el interlocutor adecuado para desempeñar el papel de mediador, como la persona idónea para despertar la conciencia del pueblo ante el peligro de ruptura de la comunidad. Decidí marcharme sin avisar al sultán, que cada vez estaba más encerrado en sí mismo y solo se comunicaba a través de su chambelán o de uno de sus sirvientes. El viaje no estaba exento de peligros, especialmente en un año de sequía que azotaba a la población y le obligaba a hacer lo que fuera por conseguir un pedazo de pan. Era necesario hacerlo con escolta, se evitaba viajar de noche y se paraba solamente en las fondas, en las estaciones de relevo indicadas. Tras cinco días de duro viaje, viendo escenas desoladoras de pueblos destrozados, llegué a la Nueva Salé, la ciudad ubicada en la ribera sur del Bu Regreg⁴³⁷, sobre una colina que mira al mar. Había viñedos plantados por todas partes y la alcazaba se elevaba sobre un pueblo en constante construcción, muy similar a las villas de Al Ándalus. Rodríguez me recibió en su casa, en la medina, en la ladera de la colina donde residían los andalusíes.

La gran alcazaba, bulliciosa, presentaba una actividad comercial desbordante. Era como una especie de Torre de Babel, donde se daban cita numerosas lenguas: castellano, inglés, portugués, árabe-andalusí y turco. Aquí y allá, había que familiarizarse con esta amalgama de lenguas y dialectos. En la casa de Rodríguez, la decoración era andalusí, con bancos de madera cubiertos de telas. Aunque el lugar era muy exiguo, el poco espacio existente estaba muy bien aprovechado. Encontré a Rodríguez acompañado por un hombre de gran estatura, que me impresionó por su comportamiento taciturno. Poseía una pequeña embarcación de pesca y mostraba gran preocupación, como Rodríguez, por el destino de la comunidad andalusí. Se llamaba Finnish y vivía en la antigua Salé.

A los dos días de mi llegada, después del almuerzo y en presencia de Finnish, Rodríguez me interpeló sobre la situación que se vivía en Marruecos:

—Después del episodio de Abu Mahalli, el sultán se ha debilitado —le avancé.

—El sultán aún no ha dado respuesta al desembarco de los españoles en al-Mamura, que está a tiro de piedra de aquí —añadió Rodríguez.

—No tiene los medios necesarios para responder —contesté.

—Y entonces, ¿por qué nos exprime? —interrumpió Finnish.

—¿Qué? —pregunté.

—Debemos pagar el diez por ciento de nuestros ingresos —contestó Finnish.

—A los españoles, nosotros les pagábamos un diezmo a cambio, se suponía, de protección. Y estábamos en nuestras tierras —añadió Rodríguez.

Permanecí en silencio sin saber qué decir. Rodríguez comprendió mi abatimiento y dijo:

⁴³⁷El río Bu Regreg es uno de los más importantes de Marruecos, nace en el Atlas Medio y desemboca en el Océano Atlántico en la ciudad de Rabat (N. de la t.)

—Escucha, Shihab al-Din, nos hemos aliado con un corsario holandés llamado Jan Jans. Lo convencimos para que trabajara con nosotros y se ha establecido aquí, en Nueva Salé, donde desarrolla una próspera actividad. La piratería es para él un negocio lucrativo y para nosotros un arma de lucha. La actividad corsaria requiere de grandes medios, de conocimiento y de ciertas habilidades, especialmente con los barcos veleros, que no tenemos por el momento. No podemos contar nada más que con nosotros mismos, Shihab al-Din.

—Hemos pensado en ti, —agregó Rodríguez— porque deseamos preservar la unión de la comunidad. Hay disputas entre hornacheros y andalusíes, tu papel consistiría en fortalecer el sentimiento de pertenencia al grupo. Debemos asegurar nuestra retaguardia, pues no nos servirá de nada surcar los océanos si dejamos atrás nuestra comunidad dividida.

—¿Cómo lo haré? —pregunté.

—Como todos los frailes, los vas a convencer por medio de la religión. Darás discursos con los que reforzarás la idea de la *yihad*. No deben identificar la piratería con el vandalismo, al contrario, deben verla como la noble batalla de un pueblo que fue expulsado de sus tierras, gente que levanta la bandera del islam contra los infieles. Si este sentimiento no cala en nuestra gente, nos arriesgaremos a que haya contiendas entre privilegiados y desheredados. Debe haber una causa común que trascienda a los intereses particulares, no debemos cometer el mismo error de los castellanos, que bautizaron a nuestros moriscos sin antes educarlos en su religión.

—¿Pero...?

—Pero ¿qué? —me interrumpió Rodríguez de manera vehemente.

—Es una manera de emplear la religión para fines políticos.

—Que así sea. No seremos ni los primeros ni los últimos en hacerlo. Hay que saber cómo hacerlo. Si estuviera convencido de que existe otra religión que pudiera reforzar este sentimiento de pertenencia, la hubiera empleado.

Finnish apreció la crudeza de las palabras de Rodríguez y quiso quitarles importancia diciendo:

—Hermano Shihab al-Din, fuimos expulsados de nuestra tierra natal porque somos musulmanes, o se supone que lo somos, ¿no es cierto? Así que debemos adoctrinar a nuestra gente en ese sentido, de lo contrario quedarán desamparados. Entre los hornacheros de buena situación económica y los andalusíes, a los que les arrebataron todos sus bienes, arde un fuego terrible. La división en el seno de la comunidad será mortal para nuestra causa.

—Estoy preparado para ayudar a mi comunidad por Dios —respondí persuadido.

—Estupendo —respondió Rodríguez—. No debemos relajarnos en los asuntos de organización y adoctrinamiento. Si no tomamos las riendas, acabaremos como moros, desorganizados e indisciplinados... Si no tenemos la ambición de cambiarlos, al menos que ellos no nos transformen.

—Nosotros también somos musulmanes, como ellos —respondí.

—Pero de manera diferente —interrumpió Rodríguez.

Y añadió:

—Sabes, Shihab al-Din, la mejor manera de vengarnos del enemigo es arrebatarle sus armas. Debemos actuar como la Iglesia lo hace en España, y aún mejor. Salimos a dar una vuelta por la alcazaba, paseamos por callejuelas hasta una explanada con vistas al océano. Divisé a Palomino, apoyado en un muro que mira al mar. Llevaba puesto un *tarbush* que le llegaba hasta las orejas, a la manera turca. Le hablé, pero no me reconoció. Balbuceó unas palabras en castellano y luego murmuró para sí mismo. El

corazón se me encogió, Palomino había perdido la cabeza. No había superado el golpe de perder su tierra natal.

Descendimos hasta una segunda plataforma conocida como Bab al-Wad, lugar donde anclaban los barcos y estaban situados los cañones que apuntaban al mar. Allí, en la desembocadura del río, aprecié atracados diversos tipos de barcos, en su mayoría con tres vigías y, algo más alejada, una carabela que esperaba para ser descargada.

Regresamos por el camino que llevaba a la entrada principal de la alcazaba, donde se encontraba el diván o cuerpo gubernamental de alto rango.

Había un café al comienzo del corredor que conducía a la puerta principal de la alcazaba, del lado del mar. Lo mismo se fraguaban negocios turbios en él, que se transformaba en un antro de diversión. Era un lugar sombrío y solo tenía una claraboya que daba al mar. Desprendía un olor apestoso, mezcla de humo de tabaco y quif. Las animadas discusiones se ahogaban en un alboroto indescriptible. Sentado en un banco encontramos a un hombre de gran estatura, muy fornido, de piel blanca y cabello rubio, con una barba muy poblada. Según supe después, se trataba del pirata Jan Jans. Me lo dio a conocer Finnish:

—Te presento al comandante Morato.

El hombre se levantó, jovial, y me estrechó la mano. Balbuceaba un habla extraña, una mezcla de castellano, árabe y turco. Su aliento desprendía un fuerte olor a alcohol. Finnish hizo de intérprete:

—Te está diciendo que nos vamos a vengar de los españoles, les vamos a dar fuerte.

Y añadió:

—Tú te harás cargo de pacificar el espíritu de este pobre rebaño mientras navegamos por el océano.

Se rio. Después, como apreció que respondía a sus palabras con cierta seriedad en mi semblante, pronunció la profesión de fe en árabe:

—Soy testigo de que no hay más dios que *Allah*, y de que Mahoma es su mensajero.

Después, miró a Finnish para que siguiera traduciéndome:

—Te está diciendo que también es musulmán, que se ha convertido al islam por la intermediación de unos corsarios berberiscos argelinos. También te comenta que tenía un amigo turco, llamado Murad, del que tomó el nombre por la amistad que los unía. La gente de la alcazaba lo pronuncia a la manera de los moriscos, unas veces Morato y otras como Mulato.

A modo de conclusión, Finnish aportó un hecho que no era anodino:

—El caíd Morato está casado con una morisca.

Por un momento me arrepentí de haber ido. El ambiente me disgustó y me decepcionó la vuelta que habían dado mis antiguos compañeros. Pero ¿era suficiente razón para abandonarlos? ¿Acaso el mérito de un predicador no se mide por la dificultad de su tarea? Debo sacrificarme por los desdichados moriscos, por ellos, por sus hijos y por los hijos de sus hijos. Ya no habría vuelta atrás, y lo mejor fue que estas pobres almas regresaron para siempre al islam. ¡Qué importaban las razones de Rodríguez, Finnish o del *rais* Morato! Ellos necesitaban una cobertura religiosa para llevar a buen término sus acciones. Es cierto que los movía cierto sentimiento de venganza, pero ¿no era así cómo se manifestaba la maldición que nos golpeó y nos sigue golpeando, la maldición de ser mercenarios y, a veces, sin ser conscientes de ello?

Se intercambiaron palabras que no comprendí. El caíd Morato transmitía mucha seguridad en sí mismo y una evidente autoridad. Cuando se levantó para marcharse, todos se pusieron en pie. Me estrechó con fuerza la mano en señal de saludo:

—Adiós. Gracias, señor.

Mezclaba el árabe con el turco. Aquella era su manera de decirme que en el campo de batalla estaba con los musulmanes. Me sentí cansado y lo manifesté. Rodríguez me llevó a su casa, a una habitación que tenía reservada para mí. Me adelanté a decirle:

—Hermano Rodies, mi familia aún sigue en Marrakech.

Con este nombre comenzaron a llamarlo en la alcazaba por la mudanza que sufrió su nombre, como también ocurrió con otros nombres moriscos.

—No te preocupes, nos encargaremos del asunto.

—Te instalarás aquí definitivamente, —añadió.

La pequeña comunidad de refugiados mostraba gran fervor y entusiasmo. La alcazaba estaba tomada por hornacheros, que habían venido del pueblo de Hornachos, y corsarios ricos. A sus pies, la ciudad acogía a andalusíes pobres y necesitados, la mayoría de ellos artesanos: los salineros, que obtenían de los estanques la sal utilizada por los curtidores de cuero, y los que proporcionaban la arcilla necesaria para los alfareros. Una muralla ceñía la ciudad desde la Buhayra, un lugar de huertos donde habitaban judíos, hasta Bab al-Hadd, delimitando la medina y cerrando en un bosquete. La muralla aportaba a la ciudad un aspecto hermético e inexpugnable. Blanco, cuyo nombre le fue cambiado a Branco y que era apodado por algunos con el apelativo árabe Abyad (Blanco), fue el artesano infatigable que levantó esta titánica obra. De este modo había recuperado la profesión de albañil que ejercía en Al Ándalus, entregándose a ella con gran entusiasmo. A pesar del esfuerzo físico, había cogido peso. Realizaba los rezos del viernes de forma regular y demostraba un buen conocimiento de los preceptos del islam y de la lengua árabe. Se esforzaba en pronunciar los fonemas guturales, aunque no sin problemas.

Rodies, con su autoridad moral, limó las asperezas existentes en el seno de la comunidad andalusí. Los acaudalados hornacheros le cogieron cierto temor a este joven caído, atrevido, valiente y dinámico.

En la otra ribera del río se levantaba la pequeña ciudad de Salé, la vieja, donde el estilo de vida era muy diferente a la de los recién llegados, aun cuando muchos de sus habitantes también procedían de Al Ándalus. Poseían tierras y eran hombres de saber. La relación entre ambas riberas era turbulenta. Al recibimiento inicial, espontáneo y sincero, le sucedió una relación de desconfianza hacia la mayoría de los habitantes de la medina, pues los juzgaban como bárbaros, musulmanes en apariencia y, aún peor, estaban armados y sabían manejar las armas. Rodies se esforzó en resolver las diferencias mediante la construcción de una única identidad común que acogiera a las tres comunidades, a la vez que responsabilizaba a los españoles de expulsarlos de sus tierras y, por otro lado, se distanciaba de los moros autóctonos, tanto árabes como bereberes, que podían alterar su singularidad y hacerla desaparecer. Rodríguez empleó la diplomacia, aunque no despreció métodos más rigurosos para imponer el orden y la disciplina. Romper la relación entre el sultán y su representante local, sería el primer paso para asentar los pilares de una identidad propia e instaurar un gobierno autónomo. Algunos moriscos, alistados en una expedición de castigo del sultán a Draa⁴³⁸, en los confines del Sahara, habían desertado. Les quedó una sensación de amargura y decepción. Rodies lo aprovechó para agudizar las diferencias con los moros y así librarse de la autoridad del sultán. Se negó a que la comunidad morisca estuviera a sueldo en cualquier guerra que no fuera la suya. Tal vez acariciaba el sueño de recuperar la idea de Al Ándalus en tierra de bárbaros. ¿Cómo una realidad tan compleja podría plegarse a sus deseos? Desbordaba energía y ejercía gran

⁴³⁸Valle del río Draa en el desierto donde se encuentran las principales ciudades bereberes (N. de la t.)

influencia, sobre los jóvenes en particular. Esta era su mejor baza, pero también tenía sus puntos débiles: los pudientes hornacheros lo veían con desconfianza y los conservadores andalusíes despreciaban su vehemencia e inconformismo.

Yo era una simple pieza en su tablero. La religión era necesaria para consolidar el sentimiento de pertenencia, hasta ahí llegaba la adhesión de Rodies al islam. Y esta cuestión encerraba una gran contradicción, pues ¿cómo es posible abogar por un islam a medida? Y ¿cómo podíamos apoyar su bandera y dar la espalda a nuestro entorno, representado por el sultán y sus súbditos, los moros? Pero a Rodies no le importaban las contradicciones, era un pragmático.

Cierto día, sufrí sus críticas. No le gustaba que yo enfatizara el amor del islam en mis sermones.

—Jesús llama al amor, pero ello no ha impedido que los cristianos empleen toda suerte de violencia contra nosotros, mientras que el islam es coherente —puntualizó.

—El islam es amor —le respondí yo.

—Tal vez, pero lo que necesitamos en este momento es armas para la lucha. No empujes a nuestro pueblo al derrotismo y a la complacencia.

Rodies estaba muy unido a Finnish, cuya estrella había comenzado a brillar en el seno de la pequeña comunidad de la antigua Salé. Se complementaban el uno al otro. Tan impetuoso era Rodies como Finnish reflexivo. Ambos encarnaban la alternativa al sistema establecido y la esperanza de los desheredados de las tres comunidades.

La casita en la alcazaba donde vivía, que Rodies había puesto a mi disposición, no se encontraba lejos de una mezquita que se remontaba a la época de los almohades. Yo oficiaba de imam en otra mezquita de la medina, pequeña, a la que Rodies había bautizado con el nombre de Palomino. Las mañanas las pasaba enseñando a los niños el Corán. A pesar de su corta edad, les atraía la acción. Habían heredado de sus padres el gusto por la aventura. La nueva Salé vivía de los negocios y de la piratería. Conectada con el mundo por mar, tenía intensas relaciones comerciales con Argelia, Túnez y Trípoli, las mismas que no emprendía con Fez o Marrakech. En cuanto al conjunto de la sociedad, era abigarrada y a ello habían contribuido tanto los aventureros infieles, apóstatas de su religión, como los cautivos cristianos.

La esclavitud era un negocio rentable o, como Rodies afirmaba, era oro. Cada desembarco era precedido con disparos de cañón que anunciaban la llegada de un grupo de cautivos. Los curiosos y gamberros se amontonaban en el muelle para ver el botín del día. Las escenas que más influían entre los habitantes de la nueva Salé, las que más les afectaban, eran ver a los presos maniatados y cabizbajos, caminando en dirección a las mazmorras, donde languidecían. Solo salían de allí cuando un benefactor de alguna orden religiosa cristiana se presentaba para rescatarlos o, en el caso de los hombres, eran sometidos a trabajos forzados. Asimismo, había ocasiones que separaban a los niños de sus padres. A las mujeres, también se las vendía como esclavas ante la impotente mirada de sus esposos. Cuando los cautivos caminaban por la calle principal de la alcazaba, las mujeres moriscas lanzaban *zagarid* desde sus ventanas. A su manera, era la forma de vengarse por los abusos sufridos en Al Ándalus. Esto es inhumano, comenté en cierta ocasión con Rodies. Él me miró seriamente y me dijo:

—En la otra orilla realizan actos aún peores.

—Pero Rodies, la gente que capturáis es inocente. ¿Cómo pueden ser retenidos por delitos que no han cometido?

—En este estado de la cuestión no nos importa saber quién es culpable y quién no lo es, pues de valorarlo no nos atreveríamos a hacer nada. Deben sentir el dolor que nos corroe.

—Es inhumano e injusto.

—¿Es humano y justo lo que nosotros hemos sufrido? Asfixiaron con humo a mis hijos y a mi esposa, cuando estaban ocultos en una cueva. Por Dios, Shihab al-Din, ¿sientes amor y compasión? Convivíamos con ellos y aceptábamos todas sus condiciones. Les pagábamos impuestos, trabajábamos para sus codiciosos nobles, nos convertimos al cristianismo como deseaban sus frailes y alguaciles, ¿nos sirvió de algo? Fuimos perseguidos, cazados y arrojados a lo desconocido. No, Shihab al-Din, no fue nuestra elección, pero nos obligaron a ello. Ahora, con lo que está sucediendo deben asumir su responsabilidad.

—Esto no tiene salida, Rodies, ellos son más fuertes.

—Lo sé, Shihab al-Din. Lo hacemos para que quede grabado en la historia, para que nuestros descendientes no se avergüencen de nosotros, para que sepan que nos defendimos heroicamente para no ser expulsados de nuestra tierra, que ante la injusticia no nos rendimos. De este modo sí podremos cederles la antorcha de la lucha. Tus amigos moros dicen que perdimos Al Ándalus, que la situación se nos fue de las manos por nuestras costumbres disolutas. Y ellos, ¿qué hicieron ellos por nosotros? Cuando necesitábamos su ayuda usaron las armas para luchar entre ellos y, cuando fuimos expulsados, se apresuraron para utilizarnos en sus luchas intestinas. Esta guerra la libramos para la historia.

Bajé la cabeza sin poder darle la razón a Rodies. Me miró y me dijo unas palabras que me estremecieron:

—Sabes, Shihab al-Din, yo te quiero bien y no es porque seas musulmán, sabio y alfaquí, todo eso no me importa. Te quiero porque soportas sobre tus hombros nuestras heridas y sabes cómo mantener viva la llama que recuerda nuestra tragedia. Algún día no estaremos en este mundo y alguien deberá dar testimonio nuestro. ¡Quién mejor que tú para hacerlo! Eres uno de los nuestros, aunque te hayan echado de la arena política, o quizá sea por eso mismo.

Un largo silencio reinó entre nosotros, no sabía qué decir.

—¿Conoces a Carrasco? —improvisé de manera espontánea.

—¿El carpintero? —respondió Rodies apresuradamente.

—Vino a verme a la mezquita.

—¿A la mezquita?, ¡un judío en la mezquita!

—Se ha convertido al islam.

Rodies dio una carcajada y añadió:

—Al menos sigue siendo andalusí, ¿no? Eso es lo importante, ser judío o musulmán no cambia nada. Aunque fuera cristiano, no cambiarían las cosas si nos hubieran permitido permanecer en nuestras tierras. Carrasco también fue perseguido, como nosotros.

—Me ha prometido que construirá una mezquita en la ciudad.

—¡Por favor, Shihab al-Din! A este ritmo acabaremos pareciéndonos a los moros. La religión es como la sal en la comida, debe echarse con moderación.

El invierno obligó a suspender cualquier actividad portuaria. El mar agitado obligaba a los corsarios a hibernar en la alcazaba, donde se entregaban a los placeres nocturnos. Yo los sufría. Mi casa no se encontraba lejos del café, que por la noche se transformaba en una cantina, en un foco de borracheras, discusiones, reconciliaciones y negocios sucios. De madrugada, cuando me dirigía a la mezquita Palomino para dirigir la oración, en el interior de la medina, coincidía con algunos trasnochadores borrachos, que hablaban de forma incomprensible, en castellano, portugués, inglés, árabe y turco... Inclínaba la cabeza y rezaba para que Dios los guiara por el buen camino.

Un día, cuando regresaba del rezo, no lejos del lugar llamado Lobira y cerca del mausoleo del santo devoto Sidi al-Yaburi, originario de la ciudad portuguesa de Évora, un borracho dijo mi nombre con acento andalusí:

—Shihab, *ajai diali*⁴³⁹, ¿ya no me reconoces? ¡Ven que te abrace!

Aún era de noche. Aceleré mis pasos temiendo lo peor, pues los piratas siempre van armados y tienen la mano ligera. Peor aún, portaban sus dagas y no dudaban a la hora de usarlas.

—No temas, Shihab al-Din.

La voz de aquel desconocido era bronca debido al tabaco y al frío de la madrugada. Siguió hablando, en portugués. Aumenté el ritmo de mi marcha en el mismo momento que se me abalanzó para abrazarme. Desprendía un fuerte olor a *samit*, un licor alcohólico que fabricaban los moriscos en la nueva Salé. Besó mi cuello y mi cabeza, llegó a deshacerme el turbante. Era Doga.

—¡*Allahu akbar!* —exclamé. ¡Doga, estás vivo!

—Sí, *ajai diali*, me siento muy feliz de volverte a ver. Como puedes apreciar, estoy en la alcazaba para vengar a los moriscos de la afrenta de los malditos españoles. Sin duda, aquello era efecto del alcohol. Doga nunca había mostrado apego al islam.

—Vas a coger frío, Doga —añadí.

—Abdelhadi, por favor, soy soldado bajo la bandera del islam.

No pude contener la risa, ni controlar mi curiosidad.

—¿Y cómo ha sido?, ¿acaso Dios te ha guiado⁴⁴⁰ por ‘la vía recta’?

—Sí, *ajai diali*, nunca perdonaré a los españoles que nos expulsaron de Mehdía⁴⁴¹, los maldigo.

—Entonces, ¿eres marinero?

—Al servicio del islam. Trabajo con el comandante Harrison, armador de un barco inglés, amigo del islam.

—¿O enemigo de los españoles?

—Así es, Shihab al-Din, lo mismo es.

—¿Y cómo es que jamás nos hemos encontrado, aquí en la alcazaba?

—Ah, Shihab al-Din, yo, como todos los piratas, vivo por la noche mientras que tú vives el día. El invierno es duro y nos aburrimos mucho. Dentro de unos días estaremos surcando el océano, ¡bienvenida sea la primavera! Te traeré todo lo que quieras, tejidos, telas de algodón, utensilios domésticos... *favor*⁴⁴².

Una voz femenina, con un acento árabe local fuerte, lo llamó:

—*Attá*⁴⁴³ Doga, ven.

Arremetió duramente contra la muchacha.

—¡Perra, puta, no te da vergüenza aparecer así delante del alfaquí, medio desnuda y maquillada! ¡Fuera de mi vista!

Me miró y dijo:

—¿A dónde quieres que te acompañe, Shihab al-Din?

—No te molestes, Abdelhadi, no vivo lejos de aquí.

⁴³⁹“Hermano mío” en su forma más coloquial en el habla andalusí (N. de la t.)

⁴⁴⁰Abdelhadi (‘Abd al-Hādī) es un nombre propio que significa “siervo de Dios”. Al-Hādī es uno de los 99 nombres de Dios y significa “El que guía”, de ahí el juego de palabras “te ha guiado Allah” con el verbo de la misma raíz “hadā”, juego de palabras que enlaza con la frase “dirígenos por la vía recta”, la aleya 6 de la primera azora coránica. (N. de la t.)

⁴⁴¹Mehdía es una ciudad marroquí perteneciente a la región de Rabat-Salé-Kenitra (N. de la t.)

⁴⁴²Palabra de origen español escrita en aljamiado que en *dariya* marroquí significa “gratuito” (N. de la t.)

⁴⁴³“Y tú”, en la lengua de las tribus árabes vecinas de Rabat (N. de la t.)

—Juro por Dios que te acompañaré a tu casa, *wah*⁴⁴⁴. Juro por Dios que antes de embarcarme te visitaremos para recibir tu bendición, la prefiero antes que la del santo *Sidi al-Yaburi. Jai diali*⁴⁴⁵, juro por Dios que te he echado de menos, ¡por Dios!. Finalmente, no embarqué para Brasil, los portugueses de Briya no me admitieron. Aunque era mal musulmán, a sus ojos era uno como los demás. Y para colmo, ¡es que soy de origen portugués! ¿Sabes qué causó todo aquello, Shihab al-Din...? Necesitaba hablar y le dejé continuar:

—...La culpa fue de aquel loco predicador saharauí, he olvidado su nombre, Mahalli o algo así. Había amenazado con expulsar a todos los cristianos y, por aquello, los portugueses consideraron que todos éramos como él. Nos cerraron todos sus puertos comerciales. En Mehdía, los estábamos cazando bien. Rastreábamos todos los barcos que se dirigían a las islas Canarias y América... era un magnífico botín. Tu hermano en la fe estaba reuniendo mucho dinero, pero aquellos malditos nos expulsaron. Entonces, nos reubicamos aquí, en la nueva Salé. En Mehdía la situación era mejor, era muy sencillo navegar por la desembocadura del Sabu y en el bosque teníamos una base para protegernos del enemigo. Aquí hay dura competencia con turcos, ingleses, holandeses y andalusíes, que nunca llegan a entenderse... Pero yo no me puedo quejar. Esto es mejor que la corte del sultán Almanzor, donde no se me tenía ninguna consideración.

Me paré delante de la plaza Suq al-Gazal, entre la alcazaba y la medina. Doga no se percató de que me había detenido y me preguntó:

—¿Tienes noticias de Antati?

—Ninguna.

—¡Qué hombre! Seguro que está al frente de alguna tribu dirigiendo cualquier rebelión.

—¿Lo crees?

—Los bereberes no saben hacer otra cosa. Antati era un hombre de acción que el sultán quiso mantener bajo su tutela, pero ahora que es libre debe estar encabezando alguna sublevación. ¡Es su naturaleza! Por suerte, los bereberes están desunidos. ¿Te puedes imaginar la fuerza de guerra que supondrían, con su inclinación bélica y lo numerosos que son?

—No te molestes, estoy a punto de llegar, Do... perdón, Abdelhadi. Necesitas descansar.

—Por Dios, vendré a hacerte una visita, *jai diali*. Ven que te dé un beso.

—Doga, dame la llave del tabuco, me estoy congelando de frío —gritó la muchacha.

Doga se dirigió hacia ella murmurando insultos.

Desde aquel día, los encuentros con Doga empezaron ser frecuentes hasta que llegó la primavera, que era cuando la actividad portuaria se reanudaba. Los marinos comenzaron a reparar los barcos: pintarlos, enderezar los mástiles, arreglar velas y preparar las provisiones. Los encuentros con Doga me complacían. Me había hecho un juicio erróneo sobre él. Contrariamente a lo que yo creía, rebosaba buenos sentimientos. La mezquindad que en su día le vi era a causa de ser rehén de la corte del sultán Almanzor, donde debía pagar por su progenitor. Primeramente, el padre fue utilizado por el sultán, luego despreciado y finalmente exiliado en Agadir, donde llevó una vida ociosa y lasciva, propia de un dignatario. Esa era la intención de Almanzor, que quería que su brillo se apagara poco a poco. Qué importa que la persona muera en el acto o lentamente, en tanto que el resultado final siempre sea la muerte. De tal manera procedía el sultán con sus

⁴⁴⁴Expresión en dialecto marroquí y argelino que es usada para confirmar (N. de la t.)

⁴⁴⁵“Hermano mío” en coloquial En el habla andalusí (N. de la traductora)

cercanos, pues tenía inclinación por las ejecuciones lentas que evitaban los actos cruentos y que se manchaba de sangre, dando así una imagen de sultán magnánimo. Las muertes del sultán y de Dogali padre, liberaron al hijo. A Doga, como a su padre, le atraía la acción y la aventura, y, por ese motivo, entró al servicio de un armador inglés, Harrison, que abordaba barcos españoles. Empezó como un simple empleado en una tartana⁴⁴⁶, un barco que es célebre por su velocidad. Enseguida, pasó a servir en un *biniq*, luego en un *shibik* y finalmente en un *krafel* o carabela. Siendo todos veleros estupendos, el secreto de su éxito radicaba en su velocidad y el efecto sorpresa que esta les proporcionaba. En la nueva Salé, la mayoría de los barcos andalusíes tenían remos y sus velas estaban fabricadas, al contrario que las velas latinas, para permitir movimientos más flexibles y rápidos. Los andalusíes habían aprendido bien el oficio y, según juraban los profesionales, se habían convertido en maestros.

Gracias a Doga descubrí lo que sé sobre la piratería de la nueva Salé. Al mediodía, Doga venía a mi casa para desahogarse conmigo, me contaba muchos de sus logros:

—*Jai diali*, aprendí el oficio en Argelia. Allí son grandes maestros, pero el mar Mediterráneo es algo banal. Para navegar sobre las grandes olas del Atlántico sí que debes ser muy diestro. Allí, *wallah*, no pueden seguirnos el ritmo. Navegar no es pura intuición, es una ciencia, *jai diali*, sabes o no sabes. Y si no sabes, estás perdido.

—¿No tenéis miedo de perderos en altamar?

—Para navegar en altura debes contar con instrumentos de medición, astrolabios, ballestas, pues sin estas herramientas estás jodido. Además, está el instinto, *jai diali*, debes tener ambas cosas, ¿comprendes? En altamar te olvidas de todo, *jai diali*. En verdad, las cosas no son fáciles. Dormimos por turnos, pero es bonito subir a lo alto de un mástil y otear el horizonte hasta que ves aparecer algún barco y entonces, *jai diali*, lanzamos gritos de alegría que, a la vez, son una llamada a la reunión. Nos movilizamos, cargamos los cañones con pólvora y preparamos los mosquetes y nuestros sables. La guerra es la guerra. Miramos fijamente al objetivo y valoramos si es un barco de guerra o de mercancías. Si es país amigo o enemigo, según los tratados firmados entre el diván de la nueva Salé y el país en cuestión. Contamos con todo tipo de pabellones, que levantamos para despistar al enemigo. Si el barco es superior a nosotros en armamento, se evita, y si no es así, *jai diali*, no dudamos en atacarlo. Primero, lanzamos disparos al aire, en señal de aviso, y si no se rinden seguidamente disparamos al cascarón y las velas. Se provoca el pánico y, entonces, nuestros hombres atacan lanzando gritos ensordecedores con la intención de desorientar al contrario. Lo saqueamos todo, mercancías y presos. Uno o dos asaltos de ese tipo y el resto del año estamos tranquilos.

—No está bien, son seres humanos y la dignidad del hombre es una sola, sea quien sea.

—*Jai diali*, no comprendo ese género de cosas. Es una manera de buscarse la vida como cualquier otra, además, los españoles son unos bastardos. Si nos capturaran harían lo mismo o aún peor. Ya nos lo dice Rodies: es la *yihad* marítima contra los infieles y también un modo de vengar a los moriscos que fueron expulsados de sus casas.

Era difícil, sino imposible, cambiar el sentimiento general sobre el negocio de la piratería. No solo era legítimo a los ojos de los moriscos, además era la razón de ser de la nueva Salé, que vivía de ella. Su independencia la debía a esta lucrativa actividad. A diario escuchaba las conquistas de Doga: con los corsarios de Salé acosó las costas de Al Ándalus y, en tierra firme, capturaron varias familias que vagaban por allí. En una ocasión, en la desembocadura del río Tajo, engañó a la vigilancia portuguesa hablando

⁴⁴⁶Del italiano tartana y de origen árabe, *al-tarida* o presa. Se trata de un barco relativamente grande que se utiliza para la pesca y el transporte; tiene un solo mástil. (N. de la t.)

con unos pescadores en su idioma. Había acumulado grandes hazañas navegando por el Támesis, por el Canal de La Mancha y por Lanzarote, en las Islas Canarias. Era un contraataque bien considerado por la gente de la corporación, apreciado por los capitanes y temido por los cristianos. Era intrépido e intuitivo, alegre, incluso generoso, y ahí es donde radicaba su fuerza. Le apodaban el valiente. Era también, gracias a su carácter multicultural, un nexo de comunicación entre los dueños de los barcos, que eran en su mayoría renegados, y toda la tripulación, formada por los hombres de abordaje y los artilleros, andalusíes y moros de Marruecos. Y, por encima de todo, amaba su trabajo. En cierta ocasión le gasté una broma, por ver si volvía al buen camino:

—Ahora, ya que no piensas viajar a Brasil, cástate según la ley del Profeta. El matrimonio te protegerá.

—Es verdad, *jai diali*, lo he pensado algunas veces, pero es complicado. Pasamos más de seis meses en el mar, es difícil encontrar una mujer que pueda aguantar tan larga ausencia. Los moriscos solo se casan entre ellos, las mujeres árabes de los Zayr⁴⁴⁷ son vulgares y, además, no podemos confiar en ellas cuando viajamos durante meses. ¿Qué me queda, casarme con una cautiva? Tal vez, pero para mí son un botín. Los moros abusan de ellas, pero a mí no me gusta eso. No sé por qué. He madurado, pero el matrimonio es una responsabilidad y me da miedo.

—Es necesario que te apoyes en Dios.

—Es verdad, *jai diali*.

—Además, eres musulmán y debes dejar de beber.

—Ya no bebo, ¡por Dios! Bebo de vez en cuando y otro tanto hacen los demás. Aquí todo el mundo empina el codo, incluso aquellos que cumplen con sus oraciones. Además, bebo por la noche después de rezar el *ishá*, como todos.

—Todo lo que emborracha está prohibido.

—Shihab al-Din, a bordo del barco, y tras días de navegación, nos aburrimos, y en invierno, cuando dejamos de trabajar, las noches son muy largas. Y entonces, se bebe para pasar el rato. Eso no hace daño a nadie.

—Te dañan a ti mismo, eso es aún peor.

—Shihab al-Din, ¿no ves que he cambiado? No seas duro conmigo, eres como mi hermano, ¡por Dios! Después de morir mi padre, el caíd Doga-li, eres mi única familia. Él sirvió a los dos sultanes con total abnegación y fue pagado de la peor manera por el sultán Almanzor. Ahora, tras su muerte, veo a mi padre de otra manera. Sé testigo de que ya lo he perdonado.

No pude contenerme, lo abracé con fuerza entre mis brazos y lloré. Y entonces, me enojé conmigo mismo por no haber reconocido antes el buen fondo de Doga.

La ruptura con el sultán fue definitiva, pues los habitantes de la ciudad se habían negado a pagar el diezmo. Esta negativa era el único nexo que unía a los diferentes grupos protagonistas. A modo de respuesta, el sultán quiso utilizar a los moriscos en su operación de castigo contra los disidentes y controlar los ingresos de la aduana, que debían financiar su guerra. En un acto de desesperación, el sultán Muley Zidan designó al renegado Morato como emir de la nueva Salé para así privarlos de un aliado de talla. Pero el deseo de autonomía estaba dentro del orden de las cosas y acabó por imponerse. La autonomía abrió la puerta a las luchas entre los diferentes grupos y a la competencia entre los pretendientes al poder. Existía gran rivalidad entre los hornacheros, habitantes de la alcazaba, con poder en la ciudad, y los andalusíes, gente humilde, la mayoría de ellos

⁴⁴⁷Tribu marroquí de árabes originarios del Yemen.

artesanos. Realmente, no desempeñaban un lugar destacado en la sociedad, pero eran una mayoría. Rodies trabajó sin descanso para lograr una colectividad unida, pero para fortalecer este sentimiento de unidad debía reinar la justicia y la solidaridad entre las dos comunidades. La religión podía contribuir a este objetivo y, fue por ello, que Rodies contó con mi participación. Pero él mismo fue cuestionado, ya que los hornacheros desconfiaban de él porque era andalusí y porque discutía que este grupo controlara el poder. Él exhortaba a la creación de una estructura común, no solo para las dos comunidades, también incluía a la antigua Salé, en la otra ribera. Se lograría así un poder unificado entre las tres comunidades con él como dirigente, puesto que encarnaba la unidad del destino. Pero ninguna de las tres comunidades aceptó diluirse entre las otras dos, aunque sería más correcto decir que ninguno de los líderes de las tres comunidades admitió que se fundieran en un solo grupo trascendente que dejara atrás las diferencias. Los nobles hornacheros se organizaron para detener el ascenso de un líder tan carismático. Por lo mismo, los artesanos de la medina preferían mantenerse bajo el mando de un dirigente conservador, en este caso Vargas, que era cristiano y se había convertido al islam obligado por las circunstancias. Los hornacheros pusieron su mirada en un armador llamado Barco. En cuanto a la vieja Salé, estaba administrada por una gerontocracia latifundista en complicidad con los ulemas. Los cabecillas de las tres comunidades solo tenían en común la aversión por el joven líder, que quería remover las bases de poder de las tres comunidades.

Rodies sabía que con el número no bastaba, que sin medios financieros sus proyectos políticos caerían en saco roto. Se alió entonces con el comandante Morato, renegado holandés de gran experiencia en la piratería, con medios financieros y una red suficiente para obtener armas y municiones. Los aristócratas de las otras dos comunidades no eran torpes y se unieron al naviero inglés John Harrison, para contrarrestar las maniobras de Rodies.

La República fue declarada en mayo de 1627, con el gobierno del *triumvirato*⁴⁴⁸ formado por Vargas, conocido como Bargash, representando a los andalusíes, Serón, que reemplazó a Barco, por los hornacheros, y al-Qasri, en tanto que caíd de los ejércitos.

Tras declarar la república, los dirigentes del triumvirato se apresuraron a buscar apoyo exterior. Para ello, liberaron a prisioneros ingleses mediante una operación que quería ganarse el apoyo del armador inglés. El diván de la nueva Salé también firmó un tratado con Inglaterra y envió una delegación integrada por dos embajadores, Ibn Said y Narváez, para ratificar dicho acuerdo con el rey Carlos I de Inglaterra con el fin de debilitar la posición de Rodies. Serón contactó con los holandeses y les envió una delegación a los Estados Generales para hacerles saber la buena disposición de los andalusíes respecto a los holandeses.

Los acontecimientos no sucedieron tal y como imaginaba Rodies. Los poderes establecidos aumentaron sus esfuerzos para crear una red diplomática que contribuyera a aislarlo y prescindir de él. Los nobles emplearon en su contra un arma poderosa: la difamación. Hicieron circular diversos rumores sobre su persona, entre ellos, que no respetaba los preceptos del islam y, aún peor, que era un castellano infiltrado que trabajaba por cuenta de los españoles.

Rodies comprendió que la situación se hacía insostenible. A pesar de su valioso apoyo, el caíd Morato no representaba al estado holandés. A ello se añadía que Morato no era firme en sus alianzas, que respondían a sus intereses y no al interés común de los moriscos. Rodies sabía que Morato mantenía contactos con el sultán saadí. Finnish, que era su aliado en la otra ribera, tan sólo contaba con su carisma y personalidad, pero no disponía de

⁴⁴⁸En árabe y en caracteres latinos en el original.

medios materiales y, además, se decantaba por una alternativa no acorde con la visión de Rodies. Finnish era realista y preconizaba abrirse a otras fuerzas locales, Rodies rechazaba diluir la peculiaridad morisca en alianzas con el moro, pues el número de estos últimos acabaría debilitando la peculiaridad andalusí. Solo le quedaba la medina. Los andalusíes eran conscientes de las injusticias que soportaban bajo el dominio de los hornacheros, quienes controlaban los resortes económicos, financieros y políticos. Pero Bargash, que se suponía representaba a los andalusíes, renunció al cargo tras reconocer su incapacidad. El proyecto de Rodies, de unir el destino de los andalusíes, fracasó. La única salida posible era amotinar la medina y levantarse en armas.

Los hornacheros nunca aceptaron negociar con Rodies y cortaron los víveres a los andalusíes, quienes acabaron rebelándose en septiembre de 1629. Ante la amenaza que representaban los andalusíes de la medina, los habitantes de la vieja Salé se apresuraron a apoyar a los hornacheros. El triunfo de la gente de la medina, en su mayoría humildes, representaría el preludio de la victoria del proyecto de Rodies. Y tal hecho no debía suceder. Los hornacheros intentaron negociar con Finnish con el fin de aislar a Rodies, pero este, que era hombre de principios, se negó enérgicamente.

Los habitantes de la antigua Salé, en clara complicidad con sus aliados los hornacheros, proclamaron que Finnish era un traidor. Improvisaron una parodia de juicio y los nobles de la ciudad lo condenaron a ser encarcelado en la torre de las Lágrimas, no lejos del mausoleo del santo de la vieja Salé, Sidi ibn Ashir.

En definitiva, el conflicto no era otra cosa que la suma de las diferencias existentes entre dos comunidades ricas y otra desfavorecida, que además estaba bajo constante sospecha. Una calma aparente inundó la ciudad de la nueva Salé. La comunidad andalusí, a pesar de sus éxitos, estaba debilitada por la escasez de recursos y por el aislamiento y encarcelamiento de sus dos líderes. La oligarquía de los hornacheros comunicó que estaba preparada para realizar algunas concesiones, pero sin Rodies.

Lo irremediable ocurrió el 29 de octubre. Ese día llegaron unos emisarios para proponer a Rodies negociar y encontrar una salida factible al conflicto, fuera de las murallas de la ciudad para no levantar sospechas entre los habitantes de la antigua Salé. Él aceptó la oferta para poder acabar con el hambre y la destrucción que golpeaban a la medina.

Yo estaba dando clase en la mezquita Palomino, cuando al-Runda, el encargado, me susurró al oído la nueva del asesinato de Rodies. Mis piernas no me respondieron, los alumnos me miraron boquiabiertos y yo, aturdido, solo acerté a decir: “*De Dios somos y a Dios volveremos, Rodies está en la misericordia de Dios*”. Tras la estela de Yabro, el chico más travieso, corrieron el resto de los muchachos, entre ellos Finyiru, Sebbata y Yuriu, abandonando inmediatamente la mezquita y gritando: “Rodies, Rodies...”.

Tan solo encontraron algunos fragmentos de tela de su chaqueta, ensangrentada. Los asesinos no querían dejar ningún rastro y su cadáver jamás se encontró. Los hornacheros se lavaron las manos en relación con el crimen y los habitantes de la vieja Salé hicieron lo mismo. Unos acusaron al predicador al-Ayashi y otros a los españoles, pero todos respiraron aliviados por haber eliminado a un líder de talla. Todos, menos la gente más humilde.

Me dirigí hacia su casa y encontré a su esposa, Shama Mulin, llorando con dignidad, agarrando de las manos a sus hijos.

Quedamos desamparados. Parecía como si el asesinato fuera la muerte natural de quien defiende a su comunidad, pero morir no significa no dejar huella. Estábamos desconcertados ante una muerte sin cadáver, no sabíamos cómo organizar el funeral.

Sobre la pequeña colina de Lubira improvisé un epitafio para aquel que fue el mejor de todos nosotros:

“Murió sin sepultura el mejor de todos nosotros, pero nuestros corazones son su túmulo. Vivirá para siempre en nuestros corazones porque abanderaba nuestras esperanzas, vivirá porque llevaba en su cuerpo nuestras heridas y nuestras penas. Murió para que nosotros viviéramos. Cada paso que demos en nuestra lucha por la dignidad será su resurrección, pero también la nuestra. Se parecía a nosotros porque soportaba nuestros sufrimientos y heridas, que hacía suyos, y era el mejor de todos porque los transformó en hechos. Sus errores lo engrandecían porque eran los errores de un hombre de acción. No, él era ajeno a las elucubraciones de los ociosos y a las conjeturas de los soñadores. Encontraba la inspiración solo en los hechos, aunque los hechos lo condujeran a errar. Gracias a su perspicacia, cada error se convertía en fuente de inspiración que abría caminos inimaginables.

Su grandeza procedía de sus cualidades personales y sus errores fueron consecuencia del tiempo que le tocó vivir. Sí, hermanos míos, era lo mejor de las dos riberas si se hubieran escuchado los unos a los otros y se hubieran comprendido. Pero, por la ceguera fue desechado, por la estupidez fue perseguido y por el odio fue sacrificado. Lo sacaron de su tierra, la que él aspiraba a revivir aquí.

Tal vez todo aquello fuera una quimera, pero ¿los que lo empujaron a ese final no eran responsables de sus errores? Él no nació hostil a España, pero una parte de España lo convirtió en su enemigo. Era español y nunca se preguntó si era judío, cristiano o musulmán hasta el momento mismo que fue declarado un mal cristiano. Era cristiano a su manera y, cuando se hizo musulmán, definitivamente, no fue a su manera...

Con tantas heridas en el cuerpo no podía mantenerse lúcido. La violencia no era propia de su naturaleza, era una forma de reaccionar. En muchas ocasiones esto se olvida.

Nunca había respaldado la fe heredada o poseída, pues de ser así uno la exhibe como si de una vestimenta se tratara. Dios es búsqueda y esfuerzo, y en esa búsqueda surgen dudas que no permiten que el dogmatismo se instale entre la gente. La fe debe inspirar acción y amor, de lo contrario, esa búsqueda no tiene sentido. Rodies podría haber evolucionado hacia el amor de no haber estado malherido; sin embargo, su herida era muy profunda y no tuvo tiempo de cicatrizar.

Quizá, nuestros hermanos moros consideren todo esto una arrogancia. Estaba demasiado apegado a su tierra, a su herencia, para aceptar el desorden, la superstición, el fetichismo ciego y la discordia. Repudiaba todas estas cosas. ¿Podemos culparlo por querer preservar la identidad de su lastimada comunidad? ¿Habría reaccionado lo mismo si los moros hubieran sido como él imaginaba, gente frugal, trabajadora, racional y disciplinada? Estaba decepcionado porque los tenía demasiado idealizados. Mis amigos moros no lo querían. Él había confiado en hacer de su comunidad el pueblo que guiara a los demás, la levadura que haría fermentar la masa. Pero fue capturado injustamente y... antes de tiempo.

Él está aquí, en todas partes, y así será por siempre. Su alma vuela y volará siempre.

Duerma en paz Rodies, o Rodríguez. Que Dios le tenga en Su Misericordia, Amén”.

El viento soplaba con fuerza, se llevó mis palabras y anunció la tormenta.

Tras el asesinato de Rodies, la nueva Salé quedó triste y sin alma. Él fue quien me había hecho venir hasta aquí y me concedió una responsabilidad. Me proporcionó una razón para vivir. Podría haber seguido mi vida como predicador, sin conciencia política. Me hubiera bastado con lamentarme del destino de mis conciudadanos, escuchar sus quejas y darles consejos, o con desempeñar el papel de confesor como corresponde a las obligaciones de un alfaquí. Una postura pasiva para liberar mi conciencia, pero Rodies me atribuyó un destino. No tenía que inhibirme, como hacía Antati, debía conservar la memoria de mi comunidad y grabarla en la Historia para que un día se hiciera justicia con ella. No podía abandonar la ciudad, aunque lo deseara, pues en cada callejón buscaba la silueta de Rodies y no la encontraba. Cuando él andaba por la ciudad nos sentíamos seguros, su carácter fuerte nos daba ánimo. Lo solíamos ver en el café hablando con los jóvenes o en los talleres con los constructores, en el muelle con los marineros o charlando con Palomino, que había perdido la razón. Nos sentíamos protegidos y queridos. Él amaba a su comunidad y cuando murió comprendimos el vacío que había dejado. Tenía un proyecto para la ciudad y sus habitantes, a quienes amaba por encima de todo.

Tras la muerte de Rodies se realizó un gran esfuerzo por sofocar los diferentes puntos de tensión. En mayo de 1630 se firmó un acuerdo de reconciliación entre las dos comunidades, hornacheros y andalusíes, que permitía a estos últimos tener un representante en el diván y beneficiarse de los ingresos portuarios. Todo ello gracias a las buenas gestiones del armador, el diplomático inglés Harrison.

Pese a todo, la medina se había debilitado. Aprovechando las disensiones internas, el morabito al-Ayashi la sitió. Por su parte, los andalusíes, que ya no podían soportar la situación, en 1636 atacaron la alcazaba y expulsaron a los hornacheros, que huyeron a Argelia y a Túnez. Llegaron incluso a intimidar a la vieja Salé. La ciudad pidió ayuda a los ingleses, que se encargaron de la defensa y bombardearon la nueva Salé. La apuesta superó a los pobres habitantes de la ciudad pues, en realidad, esto era una carrera entre españoles e ingleses por controlar el puerto, un puerto codiciado y temido.

El arráez Morato desveló entonces su verdadera identidad. En verdad, trabajaba para los españoles, a quienes quería entregarles el puerto de la nueva Salé.

En cada intento que la nueva Salé realizaba para lograr su independencia, la ciudad era asediada y sufría hambrunas. Rodies siempre se negó a estar al servicio de nadie: había roto la maldición que golpeaba a los andalusíes, que los convertía en mercenarios o en una reliquia. Deseaba que los andalusíes fueran protagonistas activos de su Historia en un momento en que se les negaba ese papel principal. Si hubiera existido otra España, él habría participado activamente en engrandecerla. Si algún día hubiera cambiado la situación, él hubiera ocupado un lugar privilegiado en la Historia del país. Pero España quiso ser selectiva sin ser coherente, pretendió conservar la Alhambra, la Giralda, los Alcázares de Sevilla, la mezquita de Córdoba y otros monumentos que desconozco, al mismo tiempo que rechazaba a los moriscos. España hubiera sido coherente consigo misma si hubiera rechazado todo este patrimonio arquitectónico cuando expulsó a los moriscos. Utilizando la lógica puritana de la Inquisición, España renegó de Avempace, Averroes y Maimónides: unos gigantes del pensamiento universal.

España es la única que pudo reconciliarse consigo misma, porque era la más poderosa y la mejor posicionada en la escalera de la Historia. Marruecos hubiera seguido sus pasos. Extraña ecuación, donde la reconciliación consigo mismo pasa por reconciliarse con el otro. El asunto entre España y Marruecos no es algo menor, es necesario reconocer que hay una memoria colectiva y que se puede construir un futuro en común. ¿Qué es una roca, o los vestigios de un tiempo pasado, en comparación con un precedente histórico o un proyecto de civilización que fusionó Oriente y Occidente en un momento en que el islam y el cristianismo estaban librando una guerra despiadada?

En una España tranquila y en un Marruecos apaciguado, los Rodies, los Finnish y los Antati podrían haber sido grandes protagonistas de la Historia, por el contrario, se vieron condenados al silencio o a la muerte. Hombres excepcionales seguirán poseyendo las tierras de Marruecos, pero sin proponer grandes proyectos. Peor aún, se neutralizan los unos a otros haciéndose la guerra entre sí en beneficio de mercenarios, renegados o príncipes disolutos, como Mamun, que venderían el país a cambio de efímeros placeres y que siempre cuentan con ulemas que justificaban sus comportamientos ruines. En las situaciones tensas aparecen personajes como Abu Mahalli, que emplean la religión para llamar a la guerra santa aprovechando el declive de príncipes corroídos por la lascivia y la lujuria.

Tuve el presentimiento de que todo se había bloqueado, que la situación se iba a repetir indefinidamente y que nos íbamos a conformar con personajes secundarios. Al final encontraríamos los resultados. Antati ya me había prevenido de aquello y así se certificó tras el asesinato de Rodies: la permanente repetición de una situación congelada en el tiempo.

Busqué consuelo indagando en mi conciencia histórica. Con aquello encontraba alguna satisfacción personal que evitaba que cayera en trivialidades y vilezas. Sí, tenía una deuda con mi comunidad y sentía la obligación de dar testimonio de su tragedia. Un consuelo, porque en ocasiones llegaba a ser un escéptico. Recuerdo a Rodies, que como hombre de acción siempre me decía que la memoria empuja a la acción. No sabía si aquello era verdad, pero quería creerlo.

En la compañía de Finnish encontré consuelo. La muerte de Rodies nos acercó aún más, aunque él no se había recuperado de la pérdida. Le había encomendado los trabajos navieros a su hijo quedándose, como yo, a observar con impotencia el transcurrir de los acontecimientos. No había abandonado la antigua Salé y venía a visitarme a la ciudad nueva, donde solíamos sentarnos en un café localizado junto a un jardín. En algunas ocasiones, en primavera o verano, nos introducíamos en el jardín andalusí, que nos recordaba al patio de los leones de la Alhambra. No hablaba mucho; era como si la traición del renegado Morato y de aquellos de los suyos que lo habían juzgado y encarcelado le hubiera marcado a fuego vivo dejándole una herida incurable. Alguna que otra vez me reveló sus reflexiones:

— Sin la participación de los moros, el proyecto de Rodies estaba condenado al fracaso. Su suerte y la nuestra no pueden desvincularse, porque compartimos la misma tierra y el mismo destino. Cuando negociamos con ellos deberíamos haber sido flexibles al tratar con ellos, en vez de mirarlos por encima del hombro. El desorden en el que se movían no era propio de su cultura; sin embargo, las duras condiciones de vida les obligaron a responder así. Ocultaban una enorme energía, pero había que saber cómo canalizarla...

Esto me dijo mientras tomaba un vaso de té en la terraza de la cafetería que miraba al río. Y añadió:

—Es natural que sean rebeldes, están constantemente expuestos al chantaje y el sometimiento.

—Como nosotros en Al Ándalus, donde solo éramos útiles para los trabajos forzados y la explotación sin límite —añadí yo.

Luego dijo:

—Existe un destino común para nosotros y los moros.

Al escuchar como lo reconocía me sentí feliz. ¿Acaso no eran mis hijos fruto de esta fusión entre moros y andalusíes?

—El islam también nos une —dije yo.

—¿Qué islam, Shihab al-Din? ¿Este de ulemas retrógrados y corruptos, de ambiciosos insurgentes, de místicos retirados en su soledad y ajenos a los asuntos públicos? Los unos y los otros se sirven del islam para sus fines políticos. Cierta vez, sentados en el jardín y no muy lejos de un pozo, le pregunté llamándolo por su nombre:

—Señor Abderrahim, ¿perdonaste a tu gente?

—¿Y por qué no lo iba a hacer? En el fondo no son traidores, les obligaron las circunstancias. Ya no tienen un proyecto común, ahora caminan individualmente y se acomodan a sus propios anhelos personales.

—Aun así, es lamentable —agregué.

—Desde el punto de vista de la Historia ningún hecho es lamentable. Es el final de una etapa y el comienzo de otra, ella se reconstruirá sin nosotros.

Y, sin embargo, Finnish sufría por la decadencia de su comunidad que, sin ninguna meta, fluctuaba entre los ingleses y el morabito Ayashi.

Finnish cayó enfermo y dejó de salir. En cierta ocasión, le hice una visita en su casa, en la antigua Salé, aunque no estuvo exenta de dificultades. A la vista de los habitantes de la antigua Salé éramos sospechosos y, por otra parte, conocían mi relación con Rodies. Atravesé el río en barca y desembarqué junto a la Puerta de Málaga. En la casa de Finnish encontré un compendio de todos los habitantes de la antigua Salé, pues por fin habían descubierto sus cualidades y la abnegación que tenía por los suyos. A pesar de la enfermedad mostró interés por conocer la situación política. El *shayj* Znibar contó algunos chistes subidos de tono para crear un ambiente agradable. El joven Awad, hijo del juez, comentó que algún día el morabito Ayashi tomaría las dos ciudades, actuando en nombre del sultán.

Finnish le replicó desde la cama:

—Actúa por cuenta propia, como lo hacen el renegado Morato o el francés Murat, designado por el sultán como *caid* de la nueva Salé. Todos afirman lo mismo con el fin de engañar a la gente más crédula.

Parecía cansado, le vino un ataque de tos.

La gente comenzó a marcharse. Yo también hice ademán de hacerlo, pero me hizo una señal para que me quedara. Cuando nos quedamos solos, me habló con voz débil:

—Se acerca mi hora, Shihab al-Din. Dentro de poco me iré de este mundo.

—La vida está en manos de Dios, hermano mío, no sabemos quién se marchará antes.

—Es mejor irse a tiempo.

—No diga tales cosas, señor Abderrahim.

—Prométeme una cosa, Shihab al-Din.

—Señor, me entristece lo que dice.

—Prométeme, Shihab al-Din, que no harás nada que nos pueda distanciar de los moros. Tú eres el nexo de unión entre ellos y nosotros. Ellos, como nosotros, también tienen el alma herida. Nosotros perdimos nuestra tierra y ellos están a punto de perder su lengua. Compartimos el mismo destino. Los dos somos presa de las mismas aves de rapiña.

Le cogí la mano. La apreté con fuerza y me acurruqué en su pecho. Lloré a lágrima viva. Él me abrazó con la debilidad de sus brazos, mi cara estaba inundada de lágrimas. Su voz se escuchaba lejana, apenas audible.

—En el piedemonte de la colina Lubira, frente al mar, es donde quiero que me entierren, allí donde Rodies habría querido reposar.

Se abrió la puerta, el *shayj* Znibar me puso la mano en el hombro y me ayudó a salir mientras recitaba con calma la aleya coránica: “Asignamos esa morada postrera a quienes

no quieren conducirse con altivez en la tierra ni corromper. El fin* es para los que temen a Dios” (28:83).

Sucedió en invierno. Vino todo el mundo para acompañar a Finnish a su última morada. Llegaron de todos los lugares: de la vieja y la nueva Salé. Vinieron los moros de los *Zayr* y los bereberes, grandes y pequeños, como si Finnish hubiera personificado la oportunidad perdida. Doga cavó la fosa sin levantar la cabeza. Reconocía su aflicción, todos nos sentíamos igual.

Recitaba el sagrado Corán mientras observaba a mi alrededor el logro póstumo de Finnish, que ya descansaba en el otro mundo. Su muerte había unido a gentes muy diversas, que no tenían nada en común. Si lo reflexionamos, nada, excepto los intereses mundanos y la estupidez. ¿Por qué no consiguió este logro en vida?, ¿por qué están aquí, ahora, los que le atacaban estando vivo? ¡Porque está muerto!, ¿ya no representa ningún peligro para ellos? Hay algunos, muchos, que lo combatieron ciegamente y que ahora se lamentan arrepentidos. Hay algún tipo de maldición que solo nos permite reconocer los valores de las personas excepcionales cuando se han ido. Es como si hubiera un reparto tácito de papeles: para los bastardos esta vida y para los hombres valiosos la del más allá. Yo puedo aceptarlo porque tengo fe, pero ¿y los demás?

El cadáver, envuelto con un sudario blanco, fue colocado en la fosa. Doga fue incapaz de echar tierra sobre el cadáver y cayó a mi regazo. Lo rodeé con mi brazo derecho, a mi izquierda estaba mi hijo Hakam. Recité la azora de *Yasin*, también la del *Reino* y después la del *Amanecer*. Me preparaba para pronunciar la oración fúnebre cuando el joven Yabru me susurró al oído que rindiera homenaje a la memoria de Finnish. No había preparado nada. Pero me apretó la mano e insistió suplicándome. ¿Qué iba a decir? Todo se repite de manera absurda, todo es trivial y vulgar. El silencio es tan expresivo como el grito más ensordecedor.

Finalmente, a modo de homenaje improvisé las siguientes palabras:

“Toda alma saboreará la muerte, así dice el sagrado Corán. Pero la muerte no supone el fin de la memoria de la gente de bien, no tiene poder sobre sus ideas, que sobreviven al cuerpo. Se convertirá en tierra, que es de donde procede, pero el alma es tan eterna como los actos y las ideas de una persona. Dios premiará las obras de las personas valiosas y el hombre también es actor indispensable en ese reconocimiento. ¿No fue Dios quien lo creó a su imagen y semejanza? Todos podremos participar de esa recompensa si conservamos la idea para la que había vivido el señor Abderrahim, si seguimos fieles a sus logros y miramos con buenos ojos sus sacrificios y las privaciones que tuvo. Si, contrariamente, olvidamos sus triunfos, seremos partícipes de la muerte de su alma. Y entonces, se levantarán los impostores que pretenderán apropiarse de sus éxitos. Pero los embaucadores siempre han existido y solo triunfan cuando los hombres de bien renuncian. El mal no existe por sí mismo y tampoco el bien, pero el hombre lleva consigo las dos nociones. Hay una lucha feroz entre la luz y la oscuridad y la luz solo vencerá con sacrificio. Recordad, hermanos míos, la parábola del profeta Moisés, la paz esté con él. Después de conocer la luz en la cima de la montaña regresó con los suyos para decirles que había visto un halo de luz que podría mostrarles el camino. Se dirigió a ellos con toda humildad porque la arrogancia, para quien tiene a su cargo el destino de las gentes, solo puede engañarle. Porque solo hay salvación con la comunidad. Moisés, cuando fue a buscar la llama de luz, no lo hizo por emular a Dios o por su salvación personal, lo hizo para iluminar el camino y salvar a los suyos. Aquello solo fue el comienzo de la obra del profeta Moisés, la paz

esté con él, que luego tuvo que enfrentarse a magos y exorcistas. Y en el camino del bien estaremos expuestos a todo tipo de falsedades y calumnias. Armémonos de paciencia y humildad.

El fallecido Abderrahim era de aquellos que sujetaban la antorcha para iluminar a su gente. ¡Qué importa que en vida no iluminase a su alrededor! Cojamos la antorcha por los demás, por los nuestros. La obra no pertenece necesariamente a quienes pretenden reclamarla como suya. Serán otros, que no lo conocieron, quienes en verdad la continuarán”.

Me detuve un momento y observé la cara de sorpresa de la gente. Estuve a punto de citar un verso de la Biblia:

“En verdad, en verdad os digo que, si un grano de trigo no cae a la tierra y muere, permanece solo; pero si muere, traerá una gran cosecha” (Evangelio, Juan 12: 24-25).

Cambié de opinión, pues si no lo hubiera hecho nos habrían tomado por cristianos de Castilla. Terminé diciendo:

“Era un hombre justo. Que repose con los justos, la Misericordia de Dios esté con él. Dios ama a los justos. Amén”.

La vida continuó su curso. Tenía que verla de otro modo, pues ya no era un joven. He superado los cincuenta y mi forma de ver las cosas cada vez se desvincula más de la vida cotidiana. Por timidez, en esta narración no me he atrevido a hablar de mi familia. Hakam, mi hijo, se aproximaba a los treinta. Había demostrado gran habilidad para los tratos comerciales y había invertido en el negocio de las sedas. Se casó con una muchacha de la familia Diniya y tenía una fuerte relación con Doga, que le había influido enormemente. Quizá se deba a que lo financió en sus comienzos y también sospecho que a él le debe su librepensamiento. Zaynab, mi hija, se casó con Galis, el curtidor de piel, que cambió su nombre por Jales. Ahmad prefirió instalarse en Tetuán, donde se comprometió con una muchacha de la familia Torres. Solo me queda el pequeño Ibrahim, que se convirtió en mi compañero y confidente. Doga me preocupaba. ¿No era un hermano para mí, con quien había vivido los episodios más importantes de mi vida? Intenté quitarle de la cabeza la idea de la piratería, diciéndole que era una actividad poco noble y peligrosa. Siempre argumentaba que tenía deudas que tenía que pagar, que una vez saldadas abandonaría la marina y cambiaría de actividad. Pero amaba el mar por encima de cualquier cosa y estaba muy bien considerado por todos. No era indiferente al destino de la ciudad y, cuando los andalusíes de la medina sufrieron el asedio, donó todo el dinero que tenía para el proyecto de Rodies. Tras su asesinato, Finnish heredó la admiración que yo le tenía. El dinero nunca fue su meta, sin preocupación se gastó una gran cantidad en vicios mundanos, *Allah* le perdone sus pecados. En primavera, tras la muerte de Finnish, Doga recuperó la felicidad al regresar al mar. Eso cambiaría el triste ambiente que nos dominaba tras la muerte de Finnish. Me prometió que aquella sería la última vez que saldría a la mar, que de regreso tenía la intención de negociar con Hakam y saldar su deuda con la religión y el matrimonio.

Salió con los primeros bucaneros en el mes de abril. Dos meses después, unos marineros de otro barco que los acompañaba nos contaron su terrible historia. En alta mar, en Madeira, quedaron expuestos al fuego cruzado de las balas de cañón de un buque inglés que los cogió desprevenidos, pues teóricamente los ingleses eran aliados. La sorpresa los desestabilizó. Pero, a pesar de todo, los marineros mostraron un coraje inusual y lucharon hasta agotar sus municiones. Los ingleses abordaron el barco. El choque fue terrible, tras disparar los mosquetes llegó el turno de los sables. Solo sobrevivieron cuatro marineros, entre ellos Doga, que combatió feroz como un león. Superados en número por los ingleses, que además contaban con mejor armamento, fueron capturados. Las represalias fueron atroces, Doga y los otros tres corsarios fueron arrojados al mar. Los ingleses lo hicieron ante la atónita mirada de los marineros del otro barco, de tal forma que fueran testigos del castigo que les esperaba. Los cristianos habían unido sus fuerzas contra los corsarios musulmanes.

Al escuchar la trágica noticia, la muerte de Doga, caí enfermo. Durante mucho tiempo tuve una enorme dificultad para officiar el sermón del viernes. En cada oración del *fayer* pedí por el alma de Doga, que *Allah* lo redima y lo tenga en Su misericordia.

Tozeur
1642

Al sur de Túnez, tras superar numerosas misiones y aventuras, en el pequeño oasis de Tozeur, en Chott el Djerid, del mismo modo que has hecho bien con Tozeur, arrojé mi bastón de peregrino. Dejaba pasar el tiempo cuidando un huerto cuyos frutos quizá no vería. Sembré palmeras, pues era feliz trabajando la tierra. Tan solo rompía mi monotonía cotidiana algún beduino árabe tocado con una *shashiya roja*, que conducía su rebaño tocando la flauta y rompiendo la monotonía de mi día a día. Las poesías de amor cantado me proporcionaban una inmensa alegría.

Ahora me disgustaban los tumultos de las ciudades y la hipocresía de su gente. Al caer la noche, en la mezquita del pueblo practicaba el rezo del *magreb* y recitaba el sagrado Corán y el *dikr*. Se trata de un monumento único, especialmente por su minarete octogonal. Me placía la compañía del alfaquí Ashabi, imam de la mezquita, pues unía en su persona sabiduría, un sentido de la ética bastante elevado y una gran sensibilidad estética. Con frecuencia me invitaba a comer un plato local que llaman *qusha*, una especie de entrecot de cordero asado a las brasas. Siempre conversábamos sobre el *fiqh*, la historia y la literatura. Al caer la noche animaba nuestros encuentros recitando poesía de todo tipo, memorizadas o compuestas por él. El pueblo se elevaba como un minarete de sabiduría, repleto de historias. Se trataba de un lugar de encuentro de peregrinos, santos, eruditos y comerciantes. Durante la temporada de peregrinación la ciudad, lugar de paso para los peregrinos que venían de Marruecos, se llenaba. Su composición demográfica dejaba ver su mezcla, que también se apreciaba en la riqueza de sus bibliotecas. En mi peregrinación a La Meca me enamoré de la ciudad de Tozeur y, a la vuelta, establecí en ella mi residencia definitiva. Dios me otorgó el don de cumplir con el quinto pilar del islam, pues había tomado tal decisión cuando la muerte empezó a rondarme llevándose a mis seres más queridos. Después de morir Doga, me quitó a mi mujer Lalla Taya, que la misericordia de Dios esté con ella. Acabaron con ella unos resfriados crónicos y terribles, causados por el ambiente húmedo del mar de Salé. Era una mujer virtuosa que me colmó de cariño y me dio una razón para vivir en un momento complicado, cuando indagaba en mi interior. Ella acrecentó mi afecto por el Magreb e hizo que allá donde me encontrase, aquí en Tozeur, en Marrakech o en Tremecén, me sintiese como en mi casa gracias a ella. Era extranjera como yo, pues había sido arrancada de su tierra y liberada en un mundo que no era el suyo. Hija de una concubina, vendida en cualquier mercado de esclavos, debía, como era la costumbre, enterrar su pasado. La vida de su madre comenzó en el harén del juez Regragi, que Dios le llene de Su misericordia. Cuando nació, se convirtió en hija de segunda categoría del juez. ¿Podría arriesgarme a decir que por este motivo me la ofrecieron en matrimonio? Dios ama la unión de los que son de lugares distantes. ¡Qué Dios la llene de su misericordia!

Seguí el camino norte de La Meca, en compañía de mi hijo Ibrahim. Pasamos por Fez y Tremecén, donde visité la rábita de al-Ubbad y en la tumba de Sidi Abu Madyan al-Gawz fui bendecido. Era este hombre uno de los grandes místicos del Magreb, que *Allah* nos benefició de su *bendición*. En Tozeur se encontraban la caravana de la costa y la que viene del desierto del Sahara. Proseguimos la marcha por Trípoli y la Cirenaica, después por el desierto de Egipto hasta El Cairo. Allí nos unimos a la caravana de peregrinos de Egipto, Sudán, Cuerno Africano y Zanzíbar. La salida de la caravana se celebraba con una gran ceremonia, no solo porque la ciudad fuera el punto de encuentro de los musulmanes del Magreb y los de Egipto, también porque en El Cairo se tejía la túnica que cubre la Kaaba. La Kaaba es como una princesa o una novia y por eso mismo debe estar cubierta e identificada como un ser humano. En el Magreb la llaman *Lalla Meca* por respeto. En realidad, no es un sitio físico, es el reencuentro con el Ser amado, con uno mismo. El

lugar es solo un símbolo. Atravesamos el desierto del Sinaí y cogimos un barco hacia Yanbu, ciudad que está comunicada con La Meca por un continuo movimiento de caravanas. ¿De qué sirve hablar de la avaricia de los beduinos que chantajean a los peregrinos? ¿Debemos hablar de espinas en cada ocasión que hablamos de rosas? Al aproximarnos a La Meca, me quité la ropa y me puse el *ihram* para confundirme con el resto de los peregrinos. Antes me libré de mis pasiones, de mis quimeras, de lo que el Sagrado Corán llama el *hawa* o pasión, de todo lo que lleva a la gente a caer en el pecado, a que el *yo* caiga a lo más bajo. Al quitarme la ropa y ponerme el *ihram* me desprendía de mi ser y de mis pasiones. Al ver la Kaaba no pude contenerme, distinguí a mis seres queridos y lloré. Lloré a lágrima viva. Lloré por los míos, los moriscos, víctimas de una terrible tragedia. Lloré por mi padre, por mi madre y por mi hermana Zahra. Lloré por mi esposa Lalla Taya, por Jaime, por Doga, por Rodies, por Finnish y por Antati, de los que desconocía si aún seguían en este mundo. Recé también por Eugénie. ¿Acaso no le debía a ella el profundo cambio interior que había experimentado en relación con el cristianismo? Es muy curioso que dos de las personas que más quería en esta vida, Rodies y Doga, no tuvieran tumba, y que las dos personas que cambiaron mi visión de las cosas, Antati y Eugénie, hubieran desaparecido para siempre. Al primero le debía la razón que desmitificó el mundo que giraba ante mí, de leyendas e ilusiones, mostrándome la realidad verdadera. A la segunda le debo el amor, que me permitió valorar en su justa medida un mundo que hasta entonces creía desilusionante, le dio un sentido a mi vida.

Como respuesta a la llamada de Dios, repetía con fervor “Aquí estoy Dios nuestro, aquí estoy”, aquí y allá, en obediencia a Sus enseñanzas, ahora y por siempre. Solo para Él las gracias, el don y la potestad. Mientras rezaba en Maqam Abraham⁴⁴⁹, comprendí el verdadero significado de la *talbiyya* o llamada a la peregrinación. Es un *maqam*, un rango y no un lugar. No podremos estar cerca de Dios, como lo estuvo Abraham, si no sacrificamos lo más valioso que tenemos, como hizo él. Repentinamente, me sucedió algo que fue como una revelación. Recordé unas palabras que había leído, siendo joven, en un monasterio de Al Ándalus, iban dirigidas a los peregrinos cristianos: “No abandones este lugar hasta que te transformes”. Esta misma es la filosofía de la peregrinación a La Meca. Comprendí, a mi manera, la obligación del musulmán de realizar el peregrinaje, si está capacitado. No se trata solo de la capacidad física o material, además está la psicológica: la de aquellos que estén preparados para abandonar sus pasiones a cambio del amor trascendente. El camino que yo anduve no es más que uno de los muchos caminos que existen. Un judío, un cristiano, un budista o incluso un agnóstico pueden realizar caminos diferentes para encontrarnos todos ante la presencia de un amor trascendente, sean cuales sean nuestros caminos. La religión, para el que comprende su esencia, es elevación. Pero, puede ser terrible si se convierte en fuente de identidad, pues entonces ayuda a rechazar al otro y a demonizarlo. De este modo, en su nombre, se comenten asesinatos, masacres, incendios y saqueos... Viví las fechorías de la Inquisición y las crueldades de la pequeña *yihad*. En nombre de la Inquisición fuimos expulsados de nuestras casas, y en nombre de la *yihad* el morabito al-Ayashi quiso exterminar a los habitantes de la Nueva Salé.

El momento más importante de la peregrinación es cuando se hace la parada en el monte Arafat. Sentí en esos momentos de meditación una comunión extraordinaria. Sin esa comunión no hay peregrinación. Vivir por uno mismo no es vivir. Es un ritual lleno de significado y enseñanzas. Al ponerse el sol anduve en dirección a un lugar de reencuentro, Muzdalifa⁴⁵⁰. Cualesquiera que sean nuestros caminos acabaremos encontrándonos

⁴⁴⁹Es otro de los nombres que recibe la Kaaba. El Maqam Ibrahim es una piedra asociada con Abraham e Ismael y situada en lo que ahora es la Gran Mezquita de La Meca (N. de la t.)

⁴⁵⁰Se trata de un área abierta situada cerca de La Meca y que forma parte del circuito de la peregrinación (N. de la t.)

cuando pertenecemos a una comunidad con un destino común. Después de los rezos del *magreb* y el *ishá*, extendí la alfombra y me tumbé. Puse el brazo bajo mi cabeza y caí en un sueño profundo.

La primera noche en Mina tuve un primer sueño. Me veía andando, tranquilo y feliz. Al día siguiente vi también en sueños a una bella muchacha vestida de blanco:

—Soy yo —dijo la voz—, tu querida hermana. Soy Zahra, dame tu mano.

La abracé y le besé las manos.

—Te he echado de menos, querida —le dije.

—Ya estamos juntos, Ahmad —me llamó por mi nombre, el que me había puesto mi padre al nacer.

Me deshabillé con la cara llena de felicidad. Me levanté y me dirigí hacia una pequeña *jaima*, que era utilizada como lugar para la oración. Se encontraban allí algunos peregrinos que aún dormían. Deseando gritarlo a viva voz casi los desperté: “encontré a mi ser amado”.

Al día siguiente me puse en camino hacia La Meca para realizar la última vuelta a la Kaaba. Me sentía pletórico.

Cuando llegué a Medina visité la tumba del Profeta, que la paz esté con él. ¿Cómo un hombre expulsado de su tierra y proscrito pudo unir a persas, abisinios, bizantinos y árabes? ¿Cómo iba a predicar la violencia, como pretendían sus adversarios? ¿Y cómo podría su obra resistir los efectos del tiempo si no hubiera tenido un fundamento sólido? Era un hombre que predicaba el amor, que por amor unió a los que inspiraban justicia. Su obra se ha mantenido firme porque se sustentaba en la justicia y en la caridad. ¿Cómo él va a ser responsable de los que entendieron mal su mensaje o lo falsificaron?

Acompañado de mi hijo Ibrahim abandoné la ciudad de Hiyaz por el mismo camino que trajimos. En El Cairo visité la noble universidad de al-Azhar, donde me encontré con el gran sabio Sidi Ali al-Ayhuri, que me concedió el título en fundamentos de la religión y me pidió que redactara una epístola apologética del islam ante los ataques que sufría.

El viaje por tierra me resultó agotador y preferí regresar desde Alejandría por mar. Por miedo a ser atacados por los corsarios de Malta, navegamos escoltados por la flota de la Sublime Puerta. En Túnez, me hospedé en la casa del muftí de la Gran Mezquita, Sidi Ahmad al-Hanafi, que *Allah* le colmó de bendiciones. Gracias a Dios no nos faltó nada. Nos contó los nobles actos que Uthman Bay realizó a favor de los moriscos, que *Allah* se lo pague, y los que efectuó el santo Abi l-Gayth Sidi Qashas, que Dios bendiga sus acciones. Visité la universidad de al-Zaytuna, donde me reencontré con sus grandes eruditos. Después de pasar un mes en Túnez, pedí al muftí Sidi Ahmad al-Hanafi permiso para marcharme y le rogué que cuidara de mi hijo Ibrahim, que prefirió afincarse en Túnez. Allí se casó con una morisca de la rama musulmana de los Sagunto. Por desgracia, yo no podía regresar a Marruecos por las disensiones y rivalidades entre los pretendientes al poder. Así que continué mi marcha por el camino de la ruta sur hasta Tozeur. El *kahiya*, por instrucción del *bey*, me otorgó una pensión que me permitió vivir confortablemente. Gracias a la ayuda de mi hijo Hakam, pude comprar una tierra para cultivarla. El aparcero Gabli y su esposa Mabruka cuidaban de mí. Eran firmes en su trabajo, como lo eran los habitantes negros de los oasis, y tenían muy arraigado el sentido del deber y el espíritu de solidaridad. La amabilidad de sus hijos me hacía la vida muy agradable. Ahora formaban mi nueva familia. ¿No dijo el Profeta- la Paz esté con Él- que la familia de *Allah* la integraban todas las criaturas? Todas, sin excepción, sin distinción de razas, religión o situación.

Entregué mis libros y mis manuscritos al imam Shabbi, y le pedí que, si yo moría antes, escribiese sobre mi tumba el siguiente epitafio:

*“Aquí duerme un servidor de Dios, desdichado, que aspira a Su misericordia,
Ahmad ben Qasim al-Hayari al-Garnati al-Andalusí,
conocido con el nombre de Shihab al-Din Afuqai,
que Dios le perdone”.*

Y así acaba mi historia. Con mi paso por la vida quería ser testimonio de una etapa turbulenta entre las dos orillas. La voz de Rodies aún resuena en mis adentros: “Algún día ya no estaremos en este mundo y alguien debe dar testimonio por nosotros”. Rodies tenía razón, fuimos vilipendiados desde todos los frentes. Para los castellanos fuimos malos cristianos y éramos malos musulmanes para algunos moros, sin tener en ningún caso la oportunidad de argumentar en nuestra defensa.

Dejé este testimonio para que pudiera comprenderse el vacío que separa a las dos orillas. ¿Cómo es posible comprender la feroz guerra que envenena las relaciones humanas y pone en peligro el intercambio de ideas y mercancías si no se tiene en cuenta la tragedia que nos golpeó? Fue una guerra terrible que afectó, desafortunadamente, a inocentes. ¿Pero es menos triste el drama que sufrimos después? Un juzgado se pronunció en contra nuestra, en nuestra ausencia y sin que lo supiéramos. Tan solo fuimos invitados a cumplir la sentencia. Si fuimos españoles y cristianos por aculturación, del mismo modo hoy somos musulmanes aculturizados, el pueblo de Marruecos debe aceptarnos tal y como somos, puede que seamos menos puros, pero somos más ricos en diversidad. Ciertamente, no es posible rehacer el juicio. ¿O sí?, por medio de la Historia. ¡Qué grande sería España si un día intentara recuperar a sus hijos, acogerlos en su regazo y abrazarlos! En ese momento desaparecería todo el dolor sufrido como se disipa la bruma al elevarse el sol, ¡como una expiación! Bastaría un gesto de arrepentimiento. Un gesto. Por nosotros y por España, por las relaciones de paz entre las dos orillas. Un pequeño gesto con un gran significado. De lo contrario, seguiremos cargando con nuestro dolor, que será aprovechado por algunos “aventureros” en contra nuestra, contra España y toda la Humanidad.

Cada mañana, después del rezo del *fayer*, extendiendo la alfombra en el terrado de la casa y observo el punto de luz, que poco a poco se eleva por Oriente. Mientras, jugueteo con el rosario y recito el verso de Ibn Nahwi, natural de Tozeur, de su famosa casida *La claridad del sol*:

“Cuanto más oscura sea la tormenta más cerca está de aclararse el cielo”.

Tetuán, 12 de marzo de 2010.

5.3. Glosario de términos árabes y españoles técnicos

Ahwash. (*aḥwāš*). Danza colectiva bereber.

Al-shafa y al-witr. (*al-šafʿa wa-l-witr*). Oraciones no obligatorias que realizan los musulmanes tras el rezo del *ʿiṣā* o último rezo del día.

Al-shahada. (*al-šahāda*). Profesión de fe.

Al-saqiyya. (*al-sāqiyya*). Repartidores de agua en los zocos que reciben una propina a cambio.

Al-sharīa. (*al-šarīʿa*). Ley islámica.

Amlu. (*amlū*). Pasta de almendras o cacahuetes.

Baraka. (*baraka*). Bendición.

Batin. (*bāṭin*). En jerga mística la palabra significa profundidad.

Bendir. (*bandīr*). Tambor de marco tradicional marroquí.

Bey. (*bāy*). Título de gobernador de una ciudad o provincia turca.

Bniq. (*bnīq*). Del holandés pink. Es un barco comercial que destaca por su velocidad.

Bniqa. (*banīqa*). Pequeña oficina que sirve como secretaría en la corte marroquí adjunta a un visir.

Dar al-islam. (*dār al-islām*). Es el nombre utilizado para designar al conjunto de tierras controladas por gobiernos musulmanes.

Dar al-mulk. (*dār al-mulk*). Corte.

Dariya. (*dāriyā*). Variedad dialectal del árabe hablado en Marruecos.

Dikr. (*dīkr*) Ritual de la repetición de una oración breve o nombre de Dios. Generalmente, de carácter sufi.

Fayer. (*faḡr*). Primera oración de la mañana u oración del alba.

Fiqh. (*fiqh*). Es identificable con el derecho civil y determina cómo se relaciona el musulmán con Dios y con sus semejantes, respetando el Corán y la Sunna.

Fitna. (*fitna*). Luchas internas, guerra civil.

Gazal. (*gazal*). Poema lírico de cuño amoroso y místico de forma leve que surgió al final del siglo VII.

Ihram. (*iḡrām*). Estado de consagración ritual en el que debe entrar todo aquel que quiera realizar la peregrinación y que conlleva vestir el hábito específico de la misma.

Hadiz. (*ḡadīṡ*). Conjunto de dichos y hechos de Mahoma.

Halqa. (*ḡalqa*). Círculo de personas en torno a un cantor épico.

Hammam. (*ḡammām*). Baño público.

Huri. (*ḡurr-l- ṡn*). En el paraíso, compañeras para deleite de los creyentes.

Isbahiyya. (*iṡbāḡiyya*). Regimiento de caballería ligera.

Ishā. (*iṡā*). Último rezo obligatorio del día, tras el anochecer.

Jazindar. (*jāzindār*). Tesorero del Estado.

Kahiyya. (*kāḡiyya*). Lugarteniente.

Krafel. (*krāfil*). Desviación de la palabra árabe *qāfila* o caravana. Comparado con los anteriores, es un barco considerablemente grande.

Magreb. (*magrib*). Es la cuarta oración del día del islam la cual se realiza después del ocaso del sol.

Mahiya. (*māhiya*). Licor de higo barato.

Maqam. (*maqām*). Lugar de sepultura de un santo.

Muftí. (*muftī*). Persona que explica la *sharīa* o ley islámica.

Nzuha. (*nuzha*). Paseo o día de descanso.

Qasida. (*qasīda*). Casida, poema.

Qaws. (*qaws*). Arco.

Qubba. (*qubba*). Estructura arquitectónica con base cuadrada y cúpula o techo de madera no plano, que puede tomar diferentes formas.

Qubyí. (*qubýī*). Herald, sirviente.

Quif. (*kīf*). Kif, quif, hachís.

Rais. (*rāyis*). Arráez, capitán de barco.

Shashiya. (*šāšiyya*). Tipo de sombrero rifeño marroquí. Boina o bonete tunecino.

Sagarid. (*zagārīd*). Albórbolas de júbilo.

Sharía. (*šarī'a*). Ley islámica.

Shayj. (*šayj*). Jeque, anciano con autoridad. Es un título de origen árabe aplicado a líderes religiosos o políticos, etimológicamente comparable al arquetipo de viejo sabio.

Shibik. (*šibīk*). Del italiano *sciabecco*. Es un pequeño barco militar, aunque probablemente surgió como barco de pesca.

Shurfa. (*šurafā*). Jerifes, descendientes del Profeta. Noble.

Tarbush. (*tarbūš*) También llamado *fez*. Es un tocado masculino extendido por el Magreb y Turquía (siglo XVII). El nombre proviene de la ciudad de Fez. Se tiñe con bayas de color carmesí.

Ulemas. (*‘ulamā*). pl. Sabios, eruditos.

Wasif. (*wašīf*). Joven paje.

Yihad. (*yihād*). Esfuerzo que todo musulmán debe realizar para mejorarse internamente a lo largo de su vida. También se aplica al esfuerzo en la defensa del islam, incluida la lucha armada contra el enemigo infiel.

Yin. (*yīn*). Espíritu o genio.

Zalliy. (*zallīy*). Azulejos.

Zatata. (*zatāta*). Escolta de protección (en bereber).

Zawiyya. (*zāwiyya*). Zagüía, especie de ermita o santuario que a veces es sede de una hermandad religiosa sufi.

6. Traducción de la novela *Sīrat ḥimār* de Ḥasan Awrīd

6.1. Metodología y criterios traductológicos

La metodología empleada en la traducción de la novela *Sīrat ḥimār* ha sido la empleada en la novela *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd siguiendo una primera fase de traducción literal y otra posterior de adaptación literaria.

Por lo que respecta a la onomástica, se han localizado los nombres de ciudades y lugares de la época clásica grecolatina en Marruecos, Argelia, Túnez y África subsahariana que aparecen en el texto. También se ha procurado encontrar un nombre español derivado del original árabe en otros casos y, para los nombres que no tienen forma en español, se ha adoptado la forma occidental francesa vigente. En general, se ha vertido el nombre en transliteración divulgativa, sin diacríticos, como en el caso de Aderbal, Hibata, Aka Awrir, Sus, Banu Snus etc.

Hemos elegido el título de *El asno de plata* para esta novela, si bien, su traducción literal es *Biografía de un asno*, porque en la novela el personaje del sabio dice llamarlo asno plateado para no quitarle su grandeza al protagonista de *El asno de oro* de Apuleyo. Además, pensamos que al haber sido escritas sendas obras por dos escritores bereberes, merecen “andar de la mano”.

6.2. Traducción

Hassan Aourid
Biografía de un asno (Traducido por El asno de plata)
Relato

“¡Aquí estás, Lucius!, tú que te enfrentaste a duras pruebas, tú que fuiste embestido por las horribles tormentas del destino y los escándalos más violentos, aquí estás, por fin has alcanzado la Paz y el altar de la Misericordia. Ni tus nobles raíces, ni tu posición económica, tampoco la sabiduría que lograste con tus estudios te ha servido para nada, pues te dejaste llevar por los voluptuosos placeres que le son propios a la juventud y encontraste el castigo que merecían tus impuras aspiraciones. Sin embargo, la ceguera de la Fortuna, que por tus imprudencias te ha expuesto a los peores peligros, en su imprevisible malicia te regaló la santa felicidad que hoy disfrutas (...) Que los impíos te vean, que te vean y reconozcan en ti sus errores: he aquí un hombre liberado de sus antiguos delirios”.

I

Durante mi infancia y la tierna juventud recibí numerosas enseñanzas, pero todas fueron insuficientes y ninguna me preparó para las pruebas y desventuras que habría de experimentar en el futuro. Hasta entonces mi vida había transcurrido tranquila, como la de cualquier habitante de clase media de Volubilis, de aquéllos que no pertenecíamos a la élite de los patricios y no teníamos privilegios, riqueza o notorio poder. Tampoco se parecía nuestra vida cotidiana a la que soportaban las gentes humildes que desempeñaban oficios artesanos. Nuestro deseo como clase media se limitaba a dominar aquellas ocupaciones que no podían desempeñar los nobles y que tampoco estaban al alcance de los pobres, pues requerían un largo aprendizaje, práctica y buen manejo, y que nos ayudarían a hacer frente a las vicisitudes de la vida.

Se iniciaron mis andaduras al regazo de mi ciudad natal, Volubilis, capital de la Mauritania Tingitana. Mi padre, Bugud Julius, era cuestor de la ciudad mientras que mi madre, Izza, era hija de pequeños propietarios agrícolas que se ganaban el sustento con la venta de la cosecha de cereales, aceitunas, higos secos y granadas. Mi madre conservó su cultura. Se negaba siempre a hablar en latín, a pesar de que lo dominaba, y nos hablaba en amazigh. Cada noche, antes de ir a dormir, nos deleitaba a mi hermano y a mí con cuentos en nuestra lengua materna.

Puso mi madre especial cuidado en que no cayéramos en la tentación de la vida de lujo que ofrecía la ciudad de Volubilis, también en que no nos desviáramos de una conducta recta y austera dejándonos llevar por el ostentoso modo de vida de los romanos. Mi padre, por el contrario, deseaba que nos hiciéramos a los modos romanos, pues sólo hablaba en latín y le encantaban los juegos circenses al gusto de Roma. Albergaba la esperanza de participar en la vida política, aunque lo veía como una idea muy remota debido a que no éramos patricios ni pertenecíamos a la nobleza: la política era asunto de la aristocracia. Pero sí intentó que sus dos hijos alcanzaran el sueño que a él le había negado la vida. En este sentido, a mi hermano Bail, que era de compleción recia, lo encauzó en la vida militar combatiendo en las filas de Roma por diferentes países y lugares. Finalmente se instaló en Cartagena, país de los godos, donde se casó y echó raíces. A mí me encaminó por los senderos del Derecho para que me convirtiera en político o que, al menos, llegara a ser abogado. De tal manera, podría pleitear en causas penales y civiles, después se me permitiría entrar en la rama de la judicatura y, con la suerte de cara, adquiriría una desahogada situación económica y lograría una posición acomodada en nuestra comunidad.

Hasta la adolescencia cursé mis primeros estudios en Volubilis, donde aprendí adecuadamente el latín para no tener problemas. Adquirí también algún conocimiento de lengua griega y profundicé en la mía materna, el amazigh, que hablo de forma natural. Posteriormente, partí desde el puerto de Tingis para completar mis estudios en Cirta, una ciudad muy poblada, con amplia presencia de romanos y una intensa actividad comercial y urbanística. Culturalmente era muy similar a Roma. Cirta se parecía en muchos aspectos a Volubilis y se diferenciaba de ella en otros tantos. Aunque tenía una mayor impronta romana que mi ciudad de origen, los oriundos de Cirta no se diferenciaban en casi nada de mis convecinos. Tan sólo había algunas discrepancias en la pronunciación o en el

léxico y, en poco tiempo, una persona podía distinguir estas pequeñas desavenencias, comprender sin esfuerzo su dialecto y hablarlo con facilidad.

Allí realicé mis estudios, que fueron de Derecho puro. Cirta poseía un grupo de intelectuales del Derecho, romanos, hombres de política que prefirieron vivir en una ciudad de provincia y alejarse de las vicisitudes de Roma y sus intrigas. Hubo entre ellos quienes decidieron casarse y echar raíces en la ciudad, provocando así un mestizaje entre la cultura romana y la influencia numidia que en adelante se haría propio de la tierra de los beréberes.

Mi experiencia en Cirta fue enriquecedora y me permitió adentrarme en el camino que mi padre había anhelado para mí. Pero mi deseo desmedido por aprender me llevó a completar mis estudios en Cartago. Esta ciudad era diferente a Cirta y también a Volubilis. Aunque los modos romanos imperaban en todos los aspectos de la vida común, Cartago era un crisol de todas las civilizaciones que habían pasado por su geografía. La huella de la cultura griega impregnaba sus universidades y las instituciones y su filosofía estaba también presente en la educación. El pensamiento romano se estudiaba durante varios cursos en las universidades del lugar, tanto la filosofía de Cicerón, como la poesía de Virgilio o la épica de la Eneida. La cultura romana también estaba presente en su legislación. Además, la ciudad estaba marcada por la huella de los fenicios y de algunas de sus creencias, también por su lengua y costumbres, principalmente la inclinación por el comercio. La huella de los libios se dejaba ver en su gobierno y en su literatura, mientras que la de los coptos se apreciaba en la medicina, la ingeniería y en su sabiduría. Había entre los habitantes de Cartago quienes veneraban a la diosa Isis y creían en la vida eterna tras la muerte.

Lo que me enamoró de Cartago fue la filosofía griega que allí se enseñaba. Para estudiarla debía dominar la lengua de la vieja Hélade, única manera de profundizar en su conocimiento y comprender este pensamiento y sus fundamentos.

Fue en Cartago donde estudié las *Meditaciones* de Marco Aurelio. Allí tuve relación con una muchacha de la ciudad de Cirene del país de la Cirenaica, de los libios, que se llamaba Hibata. Mi amor por ella dominó completamente mi proceder. Conocía la filosofía griega y poseía un gran dominio de esta lengua, realmente fue ella quien me abrió las puertas al conocimiento de la filosofía helénica.

Los griegos se habían establecido en Cirene a la manera de Grecia, sobre todo en lo relativo a la decoración arquitectónica y a su actividad comercial. Hibata conocía también en profundidad la cultura del pueblo copto y dominaba su lengua. Me llamó la atención la gran semejanza que había entre la antigua lengua copta, cuando aún no se había mezclado con la griega, y nuestra lengua materna. Existía un gran parecido en el vocabulario y en la estructura. Supe por Hibata de la estrecha relación entre los habitantes beréberes de África y los coptos.

Le propuse que viniera conmigo a Mauritania, pero se negó porque era hija única y sus progenitores necesitaban de su apoyo y compañía. A cambio me pidió que la acompañara yo a su país, la Cirenaica, pero no podía romper la promesa que había hecho a mi padre y me negué. Me contestó con una frase que aún hoy se repite en mí como un eco: “Vivirás en mí, Aderbal, mientras yo exista”.

Hibata se marchó de Cartago y yo abandoné la ciudad con el corazón lleno de congoja. Me embarqué rumbo a Roma y allí viví durante dos años frecuentando sus instituciones, participando en congresos y siendo asiduo de asambleas culturales.

Había en Roma más lujo que austeridad y los círculos de pensamiento estaban bastante más marcados por su inclinación a la política que por el conocimiento filosófico en sí. La gente de allí tan sólo se afligía por la falta de dinero y cada cargo político tenía un precio. Por todo esto, los grandes pensadores y filósofos de Roma sufrían estrecheces económicas

y tenían cerradas todas las puertas del éxito. La mayoría aceptaba tan nefasta situación, aunque algunos de ellos se convirtieron en consejeros de hombres de la política, a los que asesoraban y escribían discursos según sus deseos y lo que imponían las circunstancias políticas sin tener en cuenta su propio criterio y sabiduría. Tampoco perseguían los preceptos de interés común.

Contrariados con la situación, hubo quienes se embarcaron con dirección a Túnez y se afincaron en Cartago y en las ciudades del país de los beréberes: Doga, Cirta, Cherchel, Tingis o Volubilis. Allí encontraron una mejor vida y dejaron la huella de su cultura, de tal manera que la filosofía griega y romana germinaron con mayor intensidad en la orilla sur que en la norte. Por tanto, los conocimientos que se estudiaban en Roma no eran mayores que los que había recibido yo en Cirta o en Cartago.

Navegué de vuelta a Tingis, desengañado de tan cínico proceder. Decidí definitivamente no buscar una oportunidad en la política o en la práctica de la judicatura. Fue tan firme la huella que había dejado en mí la filosofía estudiada, que a partir de ese día me centré en la búsqueda de la verdad. Desde entonces, mi principal objetivo fue conservar la memoria de Hibata y mi amor por ella.

Los criados de mi padre me esperaban allí, habían preparado una carroza con varios caballos que me llevaría de vuelta por una calzada pavimentada que unía Tingis con Zilis, después cruzaríamos Lixus y Banasa, dejando tras nosotros Tissira para finalmente alcanzar Volubilis tras cinco días de trayecto. El viaje de regreso a la ciudad de mis progenitores me dejó un recuerdo memorable.

II

Octavio era senador en la Asamblea de Roma como representante de la Mauritania Tingitana. Andaba siempre muy ocupado y viajaba constantemente. Además de ser un político importante era un hombre rico, pues poseía muchas tierras y almazaras para prensar la aceituna, tanto en la Mauritania Tingitana como en la Mauritania Cesariana y en Numidia. El aceite obtenido en las almazaras era exportado a Roma y a varias provincias del Imperio.

Su esposa, Thiusis, poseía belleza e inteligencia. La había conocido en uno de sus viajes a las islas del mar Egeo y ésta lo acompañó a su residencia habitual en Volubilis. Tuvo con él tres hijos. El primero de ellos, Poleos, se sintió atraído por la política como su padre y se afincó en Roma. Ovidia, la segunda, prefirió gozar de una vida de diversión y disfrute en Roma. Conociendo su valía para el canto, actuaba en foros y anfiteatros. El más pequeño de sus hijos, Lisius, corrió otra suerte, pues murió ahogado en uno de los viajes que realizó de Tingis a Roma. Este suceso marcó a la familia de Octavio, o más bien a Thiusis, que se sintió sola y frustrada, pues no encontró el apoyo de su marido que se sumergió rápidamente en la actividad política y en sus grandes negocios comerciales. Sin preocuparse de su esposa, de su luto y pena, siguió con su rutina, ocupado en la gestión y crecimiento de su enorme fortuna.

Había conocido Thiusis el pensamiento griego y conocía su filosofía, aunque sin profundizar en ella. En los atardeceres, antes de que su marido empezara a dedicarse íntegramente a la política y a los grandes negocios, solía organizar fiestas. Se celebraban en su casa de Volubilis y no lejos del Arco de Caracalla, donde vivía la oligarquía de la ciudad. Solían asistir a aquellos convites el cónsul y los gobernadores de la región, los oficiales de Roma y los notables de la Mauritania Tingitana. Venían de Sala, de Lixus y hasta de Tingis, también participaban algunos de sus amigos de la Mauritania Cesariana y de Numidia, cuando se dirigían a cazar leones. Y contaban también con la presencia de filósofos, poetas y gentes del mundo del teatro.

Ofrecía un trato exquisito, gozaba del don de la palabra y era conocida por su gran intuición. Al morir su hijo la tristeza invadió su corazón y su casa, pues su marido se dedicó por completo a los asuntos de Roma, descuidándola a ella. Nunca más volvieron a celebrarse aquellas espléndidas fiestas de las que todo Volubilis hablaba. La casa se llenó de soledad, aunque Thiusis, esporádicamente, comenzó a organizar pequeñas fiestas privadas con asistencia muy limitada, a las que invitaba a filósofos y poetas.

Sucedió entonces, al conocer de mi llegada a la ciudad, que fui invitado a una de aquellas fiestas. A Thiusis le interesaba conocer con mayor profundidad las nuevas teorías platónicas que habían surgido en Alejandría, pues no apoyaba las ideas que defendían la visión compartida de espíritu y mente. Defendía la separación entre la realidad inteligible y la realidad sensible.

Cuando la aureola del sol llegaba a su crepúsculo, solía sentarme en su casa disfrutando de la panorámica: un valle cubierto de cipreses. Nunca más volvería a gozar de una puesta de sol como aquélla de Volubilis. Me invitaba a verla junto a ella en el balcón de su casa, deleitándonos del lento declinar del sol. Al desaparecer los últimos rayos de luz del astro, llamó a sus criados para que encendieran candiles de aceite por toda la casa. Después, al amparo de las penumbras, pronunció un pensamiento que aún recuerdo: “del mismo modo que la belleza del sol se valora sólo al ponerse, la belleza humana se aprecia en su crepúsculo. ¡Cuántas vidas están cubiertas por nubes y nunca muestran su verdadera belleza!”

Me dispuse a marchar, pero me lo impidió llamando a su criado para que trajera un vino especial. Me ofreció una copa de vino añejo, ¡el más delicioso que había probado nunca! Le pedí que me sirviera otra copa y ella aprovechó para preguntarme por mis estudios, se interesó por dónde viví en Cirta, Cartago y Roma, e indagó en cuáles eran mis planes de futuro. Le contesté que el deseo de mi padre era que me dedicara al mundo de la política, pero ella intentó disuadirme de aquella idea. Luego le hablé de la abogacía y tampoco veía en este oficio utilidad práctica, porque el buen abogado se arriesga a vivir pobre y cuando se enriquece es incumpliendo con las obligaciones de su deber.

Según avanzaba la noche quise irme, pero me detuvo rogándome: “No te vayas sin cenar”. Percibí que la mujer necesitaba desahogarse conmigo y hablar, que la soledad le pesaba y que no tenía a nadie con quien conversar de la filosofía griega, de la literatura de Roma y de la sabiduría de los libios. La cena se prolongó hasta muy tarde y el alcohol nos hizo perder la razón. Tan sólo recuerdo que abracé a Thiusis y que ella no trató de impedirlo. La besé y no me rechazó. Puse mi mano en su delicado cuerpo y se entregó a mí. Después, me llevó a un rincón escondido y caímos en el lecho despojándonos de nuestras ropas... aquella noche yací con ella. No me marché hasta que aparecieron los primeros rayos del sol.

Mi relación con Thiusis se hizo más estrecha y me desvió de cumplir con mis promesas y obligaciones, lo que provocó el enfado de mi padre. Temía decirle a la cara que no me interesaba el mundo de la política, tampoco el de la judicatura. En cuanto a mi madre, Izza, se dio cuenta de que algo me sucedía y compasivamente me recomendó: “si estás enamorado de una muchacha tienes que casarte con ella, no debes seguir con una situación que te va a arruinar la vida”.

Mi madre había acertado en el diagnóstico, pero no supo ponerle remedio, pues ¡cómo me iba a casar con una mujer de cuarenta años, quince años mayor que yo y que además estaba casada!, ¡cómo iba a aceptar la ciudad de Volubilis el matrimonio de la esposa de un senador con un muchacho que se encontraba en lo mejor de su vida! La situación era una deshonra en sí misma. Sentía gran placer cuando me sentaba junto a Thiusis. Me distraía de todo menos de su belleza, de su don de palabra y de su coherencia. Si me

alejaba de su vera me invadía un raro sentimiento, a medio camino entre culpabilidad y frustración.

Había decidido alejarme de ella de forma definitiva, pero cuando se ocultaba el sol y aparecía la noche extendiendo su manto oscuro sobre la ciudad de Volubilis, mis pies me empujaban a buscarla.

Una criada suya, de origen copto llamada Hatbut se hizo su confidente, su cómplice. Estaba muy interesada en mí, sus cuidados conmigo eran excesivos. Era de una belleza cautivadora, más bien de piel morena, de ojos grandes en los que se ponía kohl, a la manera de los coptos.

Thiusis veía que la conciencia no me dejaba tranquilo, y aun así me invitaba a gozar de la vida sin plantearse cuestiones existenciales que enturbiaran la pureza del placer que estábamos viviendo, a disfrutar de lo que compartíamos con nuestras escapadas.

Cierta vez me insinuó huir de Volubilis y vivir lejos de allí. Yo le hice ver que aquello no era una buena idea, pues los soldados de Roma nos apresarían allá donde nos ocultáramos. En otra ocasión me animó a escapar al otro lado del *limes*, lejos de Roma, a vivir entre los bárbaros en condiciones humildes, sí, pero libres. Las dificultades que nos pondría la vida nos harían disfrutar aún más del amor. Me lo pintó todo muy bonito y lo justificó argumentando que así conoceríamos las costumbres de los bárbaros que vivían al otro lado de las fronteras de Roma. Mi primera intención fue quitarle aquella loca idea de la cabeza. ¿Cómo podíamos estar seguros entre unas gentes toscas y tribales que odiaban a Roma y que nos consideraban como ciudadanos romanos, aunque no lo fuéramos?

Fue entonces cuando su criada Hatbut le susurró al oído que podríamos tomar una pócima que nos convertiría en dos aves, que volaríamos por los cielos sin ser alcanzados por el poder del cónsul ni de los soldados de Roma, hasta alcanzar un refugio seguro. Allí tomaríamos otra bebida que nos retornaría a nuestra forma humana anterior.

Desde el principio tuve mis dudas sobre esta pócima, pero no quise contrariar a Thiusis. Ella misma dudaba de un brebaje que pudiera cambiar la propia naturaleza del ser humano, pero el amor la cegó aun siendo racional, pues muchas locuras tienen su origen cuando el amor somete a la razón y le hace justificar lo que desea el corazón.

La muchacha, Hatbut, preparó la pócima y nos convenció para que la bebiéramos aquella misma noche, de tal forma nos iríamos adaptando a nuestro nuevo estado. Cuando llegara el alba podríamos volar en libertad.

Aquel mismo día, en el patio de mi casa, le pedí a mi madre que me narrara cuentos de nuestro pueblo, los beréberes. Ella se negó justificando que los cuentos se leen sólo por la noche, prefirió recitarme algunos proverbios, entre ellos recuerdo uno que encerraba una enigmática moraleja: quien se pierde por sus sentimientos, su corazón le indicará cómo limpiarse de la sucia mancha provocada por el amor. Después de aquello me retiré por los soportales de la casa como el invitado que se despide al caer el sol.

Me dirigí a la casa de Thiusis y allí bebí vino añejo. Me quedé a solas con ella, en el lecho, disfrutando del placer e imaginando mentalmente una nueva vida lejos de Volubilis y de Mauritania, ajena al control de Roma, en el país de los coptos y en su capital, Alejandría. Al llegar la media noche, su sirvienta trajo la pócima mostrando una sonrisa provocadora y mirándome con sus grandes ojos. Después se retiró. Tomé la dulce bebida con placer, después le di un segundo sorbo y abracé a Thiusis dejándome llevar por un gozo que nunca antes había sentido, un júbilo que se llevó todos mis miedos, empequeñeciéndome lo grande y que hizo que me burlara de lo más difícil. Después seguí bebiendo hasta acabar la copa, pedí otra y un velo me cubrió desvaneciéndome. De repente, sentí que los botones de mi pantalón reventaban y cómo mi pene rompía la tela de la prenda poniéndose sorprendentemente erecto. Empezó a crecer de forma espantosa transformándose en la verga de un asno. Thiusis empezó a reírse de lo que veía, después rompió en gritos cuando

mis ropas empezaron a desgarrarse. Mi pellejo mudó a la piel de un asno. Mis manos y pies se convirtieron en patas y me crecieron las orejas.

Me había convertido es un burro y no en lo que esperaba, un ave que surcaría el cielo. Thiusis siguió gritando hasta que llegó su criada, Hatbut, que pudo ver cómo la pócima no me había transformado en un pájaro y sí en un maldito asno.

Hatbut obligó a Thiusis a dejar de gritar y la sacó de la habitación. Yo intentaba llamar a Hatbut para que también me atendiera y me ayudara a recuperar mi naturaleza anterior, pero lo que salía de mi garganta era el rebuzno de un jumento. Volví a intentarlo y de nuevo volví a provocar un ronco sonido. Dejé de hacerlo por miedo a que se hiciera público el asunto.

Hatbut recogió mi ropa, destrozada, para que no quedara huella alguna de la mudanza y me abandonó allí sin preocuparse por mi situación. Di unas patadas sobre las baldosas de la habitación, por llamar la atención y que se preocupara de mí, pero ahora su interés era otro muy distinto.

Me miré en un espejo. Era un asno con todas sus características. No me diferenciaba de los burros nada más que en una cosa, que sería la causa de mi sufrimiento, y no era otra que mi capacidad de pensar. La vida hubiese sido más fácil si me hubieran privado también de la razón y hubiera podido vivir como los asnos. Ahora mi vida no se diferenciaría en nada de la de ellos, pues cargaría peso como tales. Tan solo sería diferente en una cosa: en mi capacidad de pensar y en el dolor que me producía no poder expresar lo que sentía un corazón vapuleado por sentimientos contradictorios.

Y aquí comienzan mis desventuras estimado lector, te las quiero ofrecer, no dejes de leerme.

Ya no soy Aderbal, habitante de Volubilis, el que había estudiado filosofía y adquirido vastos conocimientos, al que se le otorgó el don de la palabra. Ahora soy *Asnus*, que es mi nuevo apodo, y allá donde voy pasto o troto, se burlan de mí personas malvadas que me someten a numerosos maltratos y bajezas.

III

El criado encargado de la limpieza de la casa de Octavio despertó, entró en el cuarto de los invitados con la intención de realizar su trabajo y vio, atónito, la presencia de un asno desconcertado, con la cabeza tan gacha que casi tocaba el suelo, con las orejas caídas por la tristeza. Estaba rodeado por un gran charco de orina. Sí, me oriné asustado. Me cerraron las puertas y no pude abrirlas. Tan sólo escuché un alboroto al otro lado, el ruido de Hatbut y Thiusis que huían sin preocuparles mi destino.

Y no encontró el criado otra solución que gritarme frente a frente. Después llamó al resto de criados para que vieran la terrible escena que se había desarrollado en el cuarto de invitados, la presencia de un asno que había cometido el crimen de orinarse mojando algunas alfombras y diversas piezas de arte. Se agolparon alrededor mío gritándome: “¡cómo te atreves, asno!, ¡quién te has creído que eres para invadir un lugar privado reservado a la élite y hacerte tus necesidades sin respeto alguno!”. Me golpearon por todo el cuerpo. Hasta aquel día no fui consciente de las tremendas palizas que reciben los asnos. Intenté pedir perdón alzando la voz, pero de repente un atronador ruido salió de mi garganta, un rebuzno, que provocó un enfado aún mayor. Me vapulearon aún más.

Después, me sacaron de la casa y me echaron a la calle dejando que los niños corrieran tras de mí apedreándome.

Los criados vieron que se habían roto algunos utensilios y desaparecido algunas piezas de arte, ¡qué habían robado en la casa! Fueron a buscar a la criada Hatbut, pero no la encontraron, tampoco a su señora pese a que no solía abandonar la cama antes del mediodía. Creyeron entonces que habían sido secuestradas y que yo era el asno de los raptos, cómplice de este terrible asunto. Se vengaron en mí. Y no les fue suficiente con la somanta de golpes, me clavaron también objetos punzantes hasta hacerme sangrar y me metieron palos por el ano. La gente se reunió en el foro preguntándose qué había ocurrido, de qué manera unos secuestradores habían saltado sigilosamente los muros de Volubilis y cómo habían entrado en la casa de Octavio llevándose a su esposa y a la criada de ésta. Llegó el gobernador de la ciudad con algunos de sus consejeros y pidieron información a los criados, que les narraron el asunto del asno. Ordenaron que me mantuvieran con vida mientras seguían con la investigación. Si no hubiera sido por la actuación del gobernador me habrían matado.

Después llamaron a la guardia de las puertas de la ciudad para recabar más información sobre los secuestradores, por comprobar si se habían infiltrado en un descuido suyo. Todos juraron que no habían cerrado un párpado. Entonces se extendió el rumor de que habían entrado de día y se habían mezclado con la gente, no faltándoles colaboradores que les ayudasen. Se extendió la noticia del suceso y se vio amenazada la paz de Volubilis. Puse oído, me di cuenta de que ahora éste era mucho más fino. Miré a lo lejos y aprecié que mi vista era mucho más precisa. Observé a la gente distraída en sus asuntos y vi dos bultos disfrazados que salían por la puerta grande de la ciudad. Reconocí en ellos a Thiusis y a Hatbut, que se habían escondido a esperar la mañana y aprovechar un descuido de la guardia para escapar. Estuve a punto de salir corriendo tras ellas, incluso me pasó por la cabeza gritarles, pero me di cuenta de que si lo hacía saldría de mi garganta el grotesco sonido de un asno, lo que desvelaría su secreto y el mío. Era mejor callar y aceptar el estado en que me encontraba. Mientras tanto, la gente, debido al alboroto causado por el asunto de los secuestradores que habían entrado en la ciudad en un descuido de los guardias, desapareció dejando allí sólo al asno. De repente, apareció en el foro un hombre de avanzada edad. Gritaba que su hijo Aderbal había desaparecido, que no había rastro de él.

Aquel hombre era mi padre, Bugud Julius. La gente se agolpó alrededor de él para conocer más detalles de la noticia, querían saber si nuestra casa familiar también había sido asaltada para robar. Pero él sólo gritaba que su hijo había salido aquella noche, como de costumbre, y que no regresó. Él y su esposa creían que se había dirigido a una cantina, como solía hacer, y que no volvió.

Observé a mi padre distraído y ausente, como si temiera que me hubiera sucedido algo relacionado con el secuestro. ¿Cómo iba a decirle yo: “Tu hijo se ha convertido en un asno”? Y aunque quisiera, ¿cómo iba a hacerlo?, ¿cómo iba a entender mi lengua de burro? Si finalmente lo comprendía, porque yo consiguiera hacérselo saber, para él sería más fácil aceptar mi muerte que reconocer que su hijo se había transformado en un asno. La población de Volubilis vivía con la sensación de un peligro inminente, todos pensaban que quien había secuestrado a la esposa de Octavio, a la criada de ésta y al propio Aderbal era una banda que deseaba dañar a la gente la ciudad. Todos eran de la opinión de que la camarilla no pararía aquí, a no ser que las autoridades de Volubilis tomaran parte en el asunto y se enfrentaran al peligro con firmeza y determinación.

El gobernador de la ciudad había rehusado precipitarse en este asunto y ordenó que se intensificara la búsqueda de Aderbal por el núcleo urbano de la ciudad, también por las zonas ajardinadas y huertos de los alrededores. Los habitantes de Volubilis habían

empezado a barajar diferentes teorías acerca de la banda que había entrado en la ciudad y los motivos del secuestro de la esposa de Octavio, cuya autoridad había aumentado en Roma. Según se decía, la cuadrilla quería debilitarlo para que retirara su candidatura a otra provincia, mientras que mi secuestro formaba parte de un gran plan cuyos hilos aún no habían salido a la luz. Y no, la situación era que una persona -perdón, un asno-, sabía toda la verdad y que, si la ciudad se hubiera tomado la molestia de escucharlo, él les hubiera contado toda la verdad. Pero ¿quién escucha a los asnos?

Me llevaron a un establo donde solían llevar a los animales extraviados, situado fuera de la ciudad y cerca del foro. Tan sólo lo separaba un muro de la urbe. Allí me encontré con una vaca que robaba la hierba a los animales más viejos, un perro abandonado que había mordido a varios caminantes y un gallo que al amanecer no paraba de cacarear, con tan mala suerte que lo hacía junto a la vivienda de uno de los senadores de la ciudad, lo que impedía a este conciliar el sueño.

Se cerraron las puertas y encontramos los pesebres sin comida, perdón, sin hierba ni heno. La vaca andaba distraída rumiando el alimento robado. El perro empezó a ladrarme y amenazó con abalanzarse sobre mí de un salto, pero lo esquivé acercándome a una tapia para protegerme del peligro de aquellos animales salvajes. Al final del día trajeron lo que les había sobrado a los guardias para alimentar a los perros, un puñado de heno que nos repartimos la vaca y yo, y un poco de grano para el gallo. Incliné mis labios hacia el plato, que contenía restos de carne y huesos, también algunas migas de pan. El perro me gruñó. Fui consciente de que a partir de aquel momento tenía que comportarme como los asnos. Incliné la cabeza hacia el montón de heno, pero entonces la vaca me pegó tal empujón que casi me empitona con los cuernos. Intenté comer algo de paja, pero cada vez que hacía un intento me lo impedía amenazándome con la cornamenta. En muy pocas ocasiones logré comer, la mayoría no, hasta que la vaca acabó con todo el heno y se tumbó a un lado del pesebre, a rumiar. Me quedé hambriento y evaluando todo lo que me estaba ocurriendo. Por un momento pensé que todo aquello era una pesadilla de la que despertaría algún día. Pero ¿acaso podía negar el alboroto de la ciudad y los miedos de mi padre? Era verdad. Me había convertido en un asno cuando deseaba ser un ave que volara por los cielos, sin que me lo impidieran precipicios ni obstáculos. Bebí la pócima esperando subir, sin embargo, caí cuando esperaba aumentar mi goce. Si se me niega la humanidad, si se me priva de mi ser, entonces pertenezco al mundo animal. Aunque jurara y perjurara no me considerarían humano como ellos y se burlarían de mí, y si intentara revelar mi secreto a los asnos, las bestias se mofarían de mí. Desde hoy debo aceptar cómo me enjuician los humanos y mirar hacia ellos de forma diferente a como lo hacía antes. Desde ahora no me interesan ni su franqueza ni sus mentiras, ni tan siquiera su filosofía de la vida, si es que la tuvieran. A partir de este momento me interesan las cosas sencillas: saciar el hambre con la comida que me dan y sentirme seguro frente a todas las adversidades. Me he convertido en esto y como tal tengo que aceptarlo, de lo contrario moriré como un filósofo y, si muero, también muere el asno. Deseo volver a mi estado humano. Lo más difícil no es cómo miro yo a los humanos o cómo me ven ellos, sino qué percibo yo en mi interior. ¿Soy un asno que hace lo que hacen los asnos normalmente, o sigo siendo un ser humano? Intento convencerme a mí mismo de que ahora soy un asno, pero algo me impide sentirlo y la evidencia es que todavía pienso, tengo consciencia, puedo oír, escuchar, comprender y quisiera seguir siendo humano. Entonces me doy cuenta de que no puedo, pues no tengo la racionalidad del ser humano, ni su apariencia y no puedo hacer las cosas sencillas que le fueron otorgadas al hombre. Fui privado de ellas desde el momento en que me transformé. Ahora no puedo hablar, no puedo amar, no puedo enfadarme. Y aunque deseara amar, ¿podría amar a una mujer? Y ¿cómo lo haría?, ¿cómo la abrazaría? Y ¿cómo la besaría? aparte de otras cosas Al contrario, ¿cómo puedo

montar a una burra y saciar mis deseos?, ¿cómo puedo intimar con ella? Y, reconociéndome hombre, ¿cómo acepto fornicar con una burra? ¿Concebiría un ser humano, o a un pollino? ¿Acaso no soy desgraciado? Maldita Hatbut, maldigo lo que te llevó a adentrarme en el mundo de la magia y la brujería. ¿Acaso no sabía ella lo que hacía?, ¿era consciente de lo que estaba haciendo, o lo que ocurrió fue un error que cometió sin querer? Si no hubiera conocido a Thiusis no hubiera sucedido todo lo acaecido. Y si hubiera aceptado la proposición de Hibata me encontraría hoy en día moviéndome por los centros de pensamiento donde ella se desenvuelve, tal vez. Me habría instalado a vivir con ella en Uya (o las tres ciudades, Trípoli) o en Cirene. ¿El destino me deparaba volver a mi país para ser un asno?

Se me fue el sueño, no podía cerrar los ojos. Cantó el gallo y se elevó el tono de los ladridos del perro. Le siguieron el mugir de la vaca y comprendí que ya no podría dormir. Permanecí tumbado en el suelo, entretenido en apartar las moscas que revoloteaban a mi alrededor.

IV

Escuché el sonido de los cascos de los caballos, cabalgaban desde la entrada de la ciudad hasta el Arco del Triunfo. Después oí un creciente griterío que provenía del foro, el eco de lo que murmuraba la gente llegaba hasta el establo. Se trataba de la trágica noticia dada por un caballero que había llegado a la ciudad, informaba del asesinato de

Aderbal. Aunque el alboroto se extendió por la plaza, escuché a la gente decir que lo había asesinado un grupo de bandoleros y otros añadían que cruelmente lo habían devorado unos leones. Ambos grupos estaban convencidos de la confirmación de mi muerte. Escuché el sonido de un carro que llegaba, era el gobernador de la ciudad que venía a hablarles y consolarles. Podía distinguir sus palabras por encima del bullicio y el griterío: “Valientes ciudadanos de Volubilis...”

Durante varios días la ciudad ha vivido sucesos dolorosos que rompieron la paz, pues fue secuestrada la esposa de nuestro venerable, Octavio, y su criada. También les han robado sus pertenencias y a ello se suma la muerte de Aderbal, uno de los jóvenes mejor formados y más prometedores, no sólo de Volubilis, sino también de Mauritania, pues se había educado en Roma de una forma exquisita. Cuando ya era todo un intelectual y podría colaborar en el engrandecimiento de su ciudad, fue secuestrado y parece que muerto a manos de traidores.

Las autoridades de Volubilis han investigado las causas de su desaparición antes de emitir un juicio sobre el posible destino de Aderbal. Enviamos cuadrillas para rastrear la ciudad y la comarca y lamentamos tener que informaros de su muerte. Hemos encontrado cerca de Tala'n Tazart restos de sus ropas manchadas de sangre. La ciudad celebrará un funeral oficial en homenaje suyo. A partir de ahora, la capital de Mauritania deberá estar atenta a los diferentes peligros que puedan acecharle. Temíamos de los bárbaros y pusimos barreras que nos separaran de ellos. Ahora parece que hay peligros internos que nos amenazan. Atravesamos circunstancias difíciles a las que debemos enfrentarnos con firmeza. ¡Viva el César! ¡Viva Roma!”

Hubo vítores y griterío. La hipótesis de que me habían devorado los leones fue perdiendo fuerza y las autoridades confirmaron que fui asesinado por los mencionados

secuestradores. Escuchaba desde mi prisión el discurso del gobernador de la ciudad. ¿Y qué peligros amenazaban a la ciudad si Thiusis no había sido secuestrada? En realidad, había huido de allí por miedo al escándalo y Aderbal todavía seguía vivo, estaba retenido en pleno Volubilis, entre sus habitantes, ¡en un establo! Se había transformado en asno por un error en la cantidad de pócima que debía tomar, la misma que debía elevarlo hasta el cielo pero que finalmente le hizo caer estrepitosamente a tierra. ¿Acaso avisaba el gobernador de la ciudad de un riesgo cierto o es que necesitaba alertar de un peligro imaginario para ocultar así sus escándalos financieros, los mismos que ponían en peligro su reelección? ¿Y qué sentido tenía la tela manchada de sangre? ¿Quizá era una argucia de Hatbut para desviar la atención, tanto de ella como de su señora?

La ciudad estaría entretenida con el funeral de Aderbal y olvidaría lo acaecido con Thiusis y su criada, las dos mujeres aprovecharían entonces para huir a Lixus o Tingis, y embarcarían hacia el país de los godos o a las Islas del Egeo. O tal vez se instalarían a vivir en otro lugar más lejano.

Barajaba en mi mente todos estos pensamientos. Si hubiera podido hablar, habría cambiado mucho la situación, no sólo en Volubilis, también en toda Mauritania.

V

Me hicieron un gran funeral. El gobernador ordenó un día de luto por mí y el pregonero lo anunció en el foro. Aquella mañana, una gran multitud de gente se reunió en el Arco del Triunfo para decir adiós al féretro. Encerrado en el establo, seguí atento toda aquella pantomima y la música de funeral que lo acompañaba. Salió la carroza por la puerta norte de la ciudad en dirección al cementerio, sin cadáver alguno. La lápida era de mármol y tenía labrados mi nombre y mi edad, tanto en escritura latina como en alfabeto tiffinagh, grabados apresuradamente para que me incineraran rápidamente y me enterraran en el lugar destinado a conservar mi memoria. Vi a una persona que portaba mi cítara, mi instrumento preferido, para depositarla con mi supuesto cadáver. A continuación, la multitud arrojó un puñado de piedras, según las costumbres beréberes, hasta formar una pirámide conocida como *bazina*. Desde el establo, yo observaba toda la farsa, con el féretro encabezado por el gobernador de la ciudad y, a su lado, el alcalde. A la izquierda estaba mi padre, Bugud. Vi también a mi madre, que venía detrás de la escolta de gente y vestía de luto. Al llegar el ataúd al cementerio, los músicos dejaron de tocar y se agruparon los acompañantes alrededor del gobernador de la ciudad, que pronunció un prolijo discurso por mi defunción. Todos prestaron atención a tan excelente sermón en honor de uno de los grandes hijos de la ciudad de Volubilis.

Su arenga no varió un ápice de las expresiones habituales, tampoco de la terminología empleada normalmente en estas ocasiones. La intención del gobernador era reforzar su imagen como valedor de la ciudad, defendiendo su persona de forma contundente frente a los que querían su mal. Prometió vengarse de aquéllos cuyas manos habían ultrajado el honor de la ciudad, su seguridad, y me habían asesinado.

Seguidamente apareció una persona que desconocía. Comenzó a detallar mis buenas virtudes, relatando una a una mis excelencias. Hablaba de mi trayectoria de forma bastante acertada mencionando lo que aprendí de las ciencias, los lugares en los que viví y en los que me había formado. Subrayó detalles de mi personalidad que no me

pertenecían y unas cualidades que no eran las propias de mi edad. El discurso superó todos los límites. No pude aguantar más y solté un enérgico rebuzno que hizo retumbar el lugar. Su eco llegó hasta el cementerio.

Los dolientes quedaron horrorizados por lo inoportuno del asno, que no tuvo otro mejor momento para rebuznar que cuando los habitantes de Volubilis estaban reunidos para despedir a uno de sus hijos más grandes. El que pronunciaba el discurso intentó poner fin a la ceremonia, pero yo volví a rebuznar haciéndole fracasar en su intento y afeándole la conclusión del sermón.

Escuché también la voz de mi madre que repetía: ¡Mi hijo no ha muerto, mi hijo sigue vivo! ¡No quiero recibir ningún pésame pues vive! Después, se marchó abandonando al grupo de acompañantes. Mi padre intentó impedirle que se fuera, pero ella se negó y la ceremonia fue interrumpida.

En aquel preciso momento, abrieron la puerta del establo y entró un robusto guardia portando un garrote de clavos, que se abalanzó sobre mí y me dio una brutal paliza. Me rendí cubierto de sangre y agonizando de dolor, perdí el conocimiento imaginando situaciones irreales. Me vi como antaño, como un joven esbelto y de buen talle, pronunciando un discurso a los ciudadanos de Volubilis. En el foro, la multitud vibraba debido a mi gran oratoria, a la contundencia de mis palabras y a la profundidad de mi pensamiento. Situada en la fila delantera, Hibata me miraba con amor mientras que yo comunicaba reiteradamente y con claridad mis ideas, que esperaba fueran luz para mi gente:

“Habitantes de Volubilis, de todas las regiones de la Mauritania Tingitana y de todos los rincones de la tierra de los beréberes. Hemos vagado de un sitio para otro, por una infinidad de tierras, y os digo que en nosotros han influido numerosas civilizaciones, tanto como nosotros lo hicimos con ellas. Sabed que este mestizaje nunca podrá amenazar nuestra más profunda personalidad. El peligro, todo el peligro, está en reducir nuestra identidad al dominio de la cultura de un solo pueblo despojándonos de la vasta experiencia humana que nos legaron diferentes civilizaciones: faraónica, griega y romana y, antes de ellas, la fenicia. Hermanos míos, nuestro acervo cultural y humano no es nuevo, no somos mendigos de la Historia, sus raíces son muy profundas. Nuestra cultura nos identifica como pueblo y nosotros le damos forma día a día. En verdad, las naciones más milenarias son las que no temen la apertura y no se lamentan de la influencia de otras civilizaciones. Por el contrario, las que caminan alegando pureza se ven amenazadas con marchitarse, con extinguirse.

Tomé el barco de Tingis a Cirta y desde allí a Cartago, donde conocí diferentes pueblos, unos originarios de la Cirenaica, otros de Egipto y del mar Egeo. Después, me instalé en Roma. Allí encontré numerosos hilos que nos unían, también eran mis hermanos. Había un mestizaje de culturas que compartía nexos comunes. El epicentro se trasladaba de un lugar a otro del mar de los romanos, del *Mare Nostrum*, del mismo modo que la luna se mueve en su órbita. La forma y órbita del astro difieren, pero es la misma luna. Es el foco que ilumina en una noche oscura. Es lo que quiero deciros, hermanos. Poseemos una mente geométrica que prefiere la línea recta a la curva. Tenemos inclinación a construir con sólidas piedras en vez de hacerlo con ladrillos y barro, materiales muchos más flexibles. Disfrutamos de una mente racional que une los conceptos y establece entre ellos una relación de causa, y que no cree en nada llamado iluminación. Tiene tendencia a hacer un análisis meticuloso. Le gusta la vida y se enamora de ella y no ve en el cuerpo un obstáculo. No ve en el amor rencor y no lo oculta con mentiras y

falsedades. Sí, en una etapa de mi vida me sentí ilusionado con la política. Y lo mejor que me sucedió fue poseer un apellido que me obligaba a dar un discurso, pero sin poder variar una línea de lo redactado. ¿Acaso pueden los políticos modificar un discurso que

previamente le han elaborado, que le han dictado? ¿Y pueden ver más allá de lo que le permiten sus propios intereses o de lo que les imponen sus compromisos con el puesto, custodia o apellido? Por este motivo me aparté de todo aquello, de la política, para tener la libertad de pronunciaros la verdad, que en ocasiones puede ser amarga para vosotros, pero es vuestra triste realidad.

“No temáis por la pérdida de vuestras riquezas. Si os mostráis nerviosos, tendréis un sinfín de problemas, os atacarían los forasteros y todo se volvería contra vosotros. Los bárbaros se convertirían en vuestros señores y vosotros en sus sirvientes. Pero no es malo, hermanos, perderse en el engaño. El peligro, todo el peligro está en persistir en el error”. Hubo una ola de aplausos y Hibata se arrojó a mis brazos animándome y elogiándome: “Querido mío, es lo que necesitamos en estos tiempos. Que recordemos a nuestra gente lo que de verdad somos. Se han alejado de la verdad y los caminos a seguir se han vuelto difusos”.

Pero, abrí los ojos y me encontré en el infestado granero donde había sido encerrado, un establo que desprendía un olor desagradable. Soy un asno herido, rodeado por un amenazante perro rabioso, una vaca agresiva que me impide comer la paja y un gallo insensato que no me deja conciliar el sueño.

Durante días permanecí tumbado en el establo. La única comida que ingería era la que le sobraba a la vaca, dormía unos instantes, cuando me dejaba el gallo, y apenas me movía, tan sólo por donde me lo permitía el perro.

Fue entonces cuando un empleado del ayuntamiento pensó que era una carga económica para el presupuesto de la ciudad, que no tenía sentido alimentarme y mantenerme con vida tras la muerte de Aderbal. Poco podría ayudar a desenhebrar los hilos de la supuesta banda, la mejor decisión era venderme en una subasta.

Si les hubiera dicho a los habitantes de Volubilis que yo era Aderbal, que aún seguía vivo y que no existía banda de delincuentes alguna, habrían renegado de mí. ¿La causa?, todos se habían amoldado a la farsa organizada y a las mentiras que habían acordado. Todos ganaban con la nueva coyuntura.

Una buena mañana me llevaron al zoco del pueblo, para venderme. Pero estaba enjuto y flaco a causa de los muchos pesares, así que me rechazaban todos los compradores. Finalmente, pese a ello, me compró un arriero de los que van de zoco en zoco transportando mercancías con sus asnos.

VI

Era mi nuevo dueño tacaño y mezquino, hombre de mal corazón que con ensayado cinismo revelaba otra cara. Siempre se mostraba sonriente, pero sus ojos hablaban de lo que escondía en su interior y reflejaban mucha maldad. Con la intención de multiplicar sus ganancias sustraía dinero del sueldo de los trabajadores y solía engañar a los que trataban con él. No era agudo de mente ni perspicaz, lo que le motivaba a cambiar constantemente el modo de llevar a cabo sus malos tratos, a buscar nuevos escenarios donde negociar y a mudar los métodos con los que engañaba a todo el que mercadeaba con él. Con estas intenciones contrataba cargadores que le acarreaban las mercancías de zoco en zoco, acordaba con ellos un precio y, cuando debía realizar el pago, les abonaba menos de lo estipulado. En otras ocasiones, esperaba el momento oportuno para comprar

mercancías a precios muy bajos y luego, según coyuntura, las vendía por un importe desmesurado. Toda su ganancia se sustentaba en la posesión de una red de asnos que se movían por los zocos de los alrededores de Volubilis, con los que transportaba de un lugar a otro vino, aceite, trigo, pieles y frutos secos.

Yo soñaba con salir del establo, ver el mundo y respirar el aroma de la libertad. Olvidando así la prisión que me ataba, mi estado animal. ¿Acaso el ser humano y yo no tenemos aspectos en común? Lo que diferencia al hombre del animal es su capacidad para pensar y, sin embargo, poca gente ejerce esta virtud. Verdaderamente, lo que dota a la persona de humanidad es la capacidad de dejar de lado sus propios intereses personales y solidarizarse con quienes lo necesitan. Sin embargo, la mayoría de las personas sólo piensan en su beneficio propio y no sienten compasión y apego por los de su género. Tal vez yo tenga la apariencia de un asno, pero muchos teniéndola de humanos se comportan realmente como animales. Mientras pensaba en todo esto, olvidaba un detalle ¿cómo me ven a mí los demás? Yo soy un asno como todos los asnos y externamente no me diferencio de ellos en nada. ¿Acaso se le pide a un asno que piense? No, en verdad se le pide docilidad y que soporte todas las dificultades sin quejarse. Pero si realmente lo pensara, vería en su estado injusticia y tal vez se rebelaría contra esta situación. Quizá sea mejor que los asnos no piensen, y si hubiese alguno que lo hiciera mejor sería hacerle sufrir hasta que desapareciera totalmente.

El encierro, el acoso de la vaca y el hambre me dejaron muy delgado. Además, a ello se sumó el maltrato al que fui sometido cuando rebuzné en protesta de la ceremonia fúnebre. Pero, debía ser conformista y soportar la carga, cosa que no había hecho hasta entonces. No me trataron bien los criados de mi señor, no tuvieron en consideración mi decrepita situación. Todas las semanas debía transportar una carga enorme a un mercado bastante alejado de Volubilis, a una ciudad llamada Kerma.

La caravana iniciaba la marcha de madrugada. El peso de las mercancías y la dificultad del camino, muy pedregoso, me hacían tropezar constantemente. A ello se sumaba una pendiente elevada, que dificultaba el tránsito. A menudo, debido a la enorme carga, perdía el equilibrio, aunque hacía todo lo posible por evitar que se cayera lo que transportaba. Aun así, de cuando en cuando recibía un golpe. El conductor corregía el equilibrio de las mercancías y permanecía expectante para golpearme de nuevo si veía cierta indecisión en mi marcha. Llegué a la plaza del zoco tremendamente cansado. Me despojaron del peso e imaginé que por fin me dejarían descansar, pero en realidad lo que viviría en el establo, junto al zoco, sería algo espantoso.

El sol alcanzó su máxima plenitud y se intensificó el calor. El operario no nos ofreció ni hierba, ni agua. Tampoco me quitó la montura. Después, ya en la caballeriza, el resto de los animales, agrupados a mi alrededor, comenzaron a darse patadas unos a los otros con el fin de abrirse hueco y poder descansar un poco. Además, la cantidad de moscas de la cuadra fue en aumento, acudían de todos lados y no nos dejaban dormir.

Ocurrió entonces algo horrible que no tengo fuerzas para contar. Una borrica empezó a acosarme y a provocar de todas las formas posibles mi deseo sexual. Me alejé de ella, pero aún insistió con más ahínco. Me hizo reflexionar sobre el tema. ¿Puedo tener relación con un asna sin ser yo uno de ellos, aunque tenga forma de asno ¿Qué ocurriría si eyaculara en ella? El feto, ¿sería un ser humano o un asno, o una mezcla de los dos? Y, ¿cómo vivirían mis descendientes entre los asnos teniendo un lado humano?, ¿qué heredarían de mí? ¿Tendría fuerzas para aceptar que lo maltrataran como estaban haciendo conmigo? Concluí que la causa de mi sufrimiento era mi capacidad para pensar, así que la rechacé. Pero sucedió algo inesperado, el miembro se puso erecto y ella lo vio, o tal vez se dio cuenta por el olor que desprendía. Realmente fue ella la que provocó esta situación con la intención de que la poseyera. Pensé por un momento montarla hasta

consumar mi deseo y, cuando estuviera a punto de eyacular, retirarme de su cuerpo. Pero ¿cómo podría llevarlo a cabo una vez que estuviera dentro de ella? Perdí el control, no pensé en otra cosa que no fuera montarla. Mi pene buscaba sus partes subiendo y bajando, pero lo impedían las bridas de la montura. Ya estaba a punto de penetrarla cuando otro asno me mordió en el cuello con tal fuerza que me obligó a quitarme de encima de la burra. Después, me atizó tal cozo que si no levanto la cabeza me hubiera reventado un ojo. Cogió entonces a la pollina por el cuello contrariando el instinto de la burra, que me prefería a mí. Pero mi rival era fuerte y usó toda su fuerza para lograr lo que deseaba. La burra intentó deshacerse de mi oponente, pero él se apegaba a ella con más fuerza. Ella corría y él lo hacía con más ahínco subido sobre sus patas traseras. Finalmente, cuando él la tomó, la mirada de ella se encontró con la mía. Me envió un enérgico y desencantado reproche.

Entendí entonces que había algo en mi nueva existencia que me impedía ser totalmente animal, que evitaba comunicarme en plenitud con los asnos. Comprendía todo lo que decían los humanos debido a mi largo aprendizaje entre ellos, pero no podía responderles. Los asnos se comunicaban entre ellos y me hablaban, pero yo no los comprendía. Esto fue la causa primera de todos mis problemas, pues los asnos creyeron que yo me consideraba superior a ellos.

Regresamos del zoco vecino a Volubilis con otras mercancías. Sorprendió a mis cargadores ver que tenía el pene erecto e imaginaron, siendo la causa cierta, que no había apagado mi deseo. Algunos de ellos me atizaron golpes con fuerza para que el miembro volviera a su estado normal y paralizar así mi erección. Pero ¿cómo podía yo controlar mi pene?, ¿cómo podía controlar mi pene si no podía controlarlo siendo hombre?

Escuché entonces a mi dueño quejarse de mi comportamiento. Afirmaba que era un perezoso, que no podía soportar la carga y que siempre estaba distraído pensando en fornicar con una burra. Estaba decidido a castrarme, me abrasaría mis testículos en casa del herrero para apagar de esta forma mi ardor. Procediendo así aumentaría mi fuerza física y yo no pensaría en otra cosa que no fuera en transportar la carga.

Mi suerte fue que, con la transformación, no olvidé la lengua de los humanos, de lo contrario habrían hecho conmigo lo que hubieran querido. Así que decidí conocer la lengua de los asnos... quién sabe si no me sería de utilidad.

VII

Pasé toda la noche pensando en lo que me esperaba si me castraban. ¿Y de qué me sirve tener apetito sexual con las burras o con los animales? Lo mismo me va a dar tenerlo que no, pues de tenerlo me expondría al maltrato y al escándalo, aún más grave, y sería despreciado. Albergaba la esperanza de volver a mi estado primero y entonces, en caso de enamorarme, necesitaría mi pene para amar a la persona. Y aunque no veía la manera de que aquello fuera posible, albergaba una mínima esperanza. Que no asumiera totalmente que era un asno fue lo que provocó que no me integrara enteramente en la vida de los animales y causó que muchas personas se enfurecieran conmigo. Así que, tras un día agotador y cuando se durmieron los asnos de los establos de Volubilis, me escapé aprovechando un descuido de los guardias y evité ser castrado. La noche era muy oscura. Aligerando el paso para que no me alcanzaran los guardias, me dirigí hacia la zona sur de

la ciudad, donde la presencia de gente era muy escasa. Temía también tropezarme con los perros, a los que escuchaba ladrar, por lo que apresuraba el paso cuando no los oía y andaba lento y con sigilo cuando aullaban con fuerza.

Logré subir a una alta loma. Al llegar la madrugada alcancé un prado con abundantes manantiales. Era un lugar sembrado de olivos y regado por un arroyo de aguas dulces y cristalinas. Me incliné para descansar, beber agua del río y pastar algo de hierba. Después me venció el cansancio y me dominó el letargo. Cuando me encontraba en un dulce sueño que evocaba mi etapa humana, escuché jaleo y me desperté sobresaltado. Ante mí había un grupo de gente vestida con pieles que portaban lanzas y danzaban a mi alrededor. Los examiné y no vi vestigios de civilización, ni en sus ropas ni en sus maneras. Después puse atención a la lengua que hablaban y aprecié que ni era latina ni amazigh. Al verme, se dirigieron hacia mí. Al principio imaginé que me iban a hacer daño, pero no fue así, tan sólo observaban mis movimientos. Al girar la cabeza empezaron a gritar y al cerrar los ojos dejaron de hacerlo. No sabía cómo comportarme con ellos. ¿Eran amigos o enemigos? Las mujeres estaban situadas a un lado y los hombres frente a ellas. Sus pechos estaban al aire y entonaban rezos y oraciones. Por fin los identifiqué como bárbaros procedentes del *limes*, donde habían construido su poblado en un momento de debilidad de los ejércitos de Roma. Percibí que no me harían daño, así que me sacudí tranquilamente para quitarme el polvo del camino. Al momento, levantaron sus armas en señal de alegría y las mujeres alzaron sus voces. Después se acercó un respetable anciano e hizo una reverencia junto a mí. Tras ello retrocedió sin darme la espalda. Reinó el silencio. A continuación, me pusieron leche y algunos higos secos. Di un trago a la leche y comí de los higos apreciando cómo gritaban con alegría e intercambiaban miradas tranquilizadoras. Comprendí entonces que aquella gente adoraba a los asnos y que me había convertido en su ídolo. Después de todo había tenido suerte, pues el asno al que anteriormente adoraban había muerto y se habían quedado sin ídolo al que mostrar su devoción. Un anciano les había anunciado que el destino les enviaría un nuevo asno, un ídolo que les traería un gran bien. Por este motivo se habían alegrado tanto al verme llegar a su tierra.

Se adelantó un venerable anciano y me incitó a seguirlo. Los armados me abrieron camino y, según cruzaba entre ellos, se echaban para atrás levantando las jabalinas al cielo y bajándolas inmediatamente. Un buen número de habitantes de aquel pueblo, de todas las clases sociales, salieron para saludar al nuevo ídolo. Me llevaron a una choza cercana, de las que levantaban con madera y paja, y designaron a una persona que entendía el lenguaje de los burros para que se ocupara de mí. Entré en la vivienda y me tumbé a descansar. Vino el traductor y se inclinó haciéndome tres reverencias para darme a entender que estaba bajo mis órdenes. Yo le insinué con una señal que quería dormir. Se fue y me dejó solo en la estancia. Desde la distancia, pude escuchar un gran alboroto, el pueblo había encontrado un nuevo ídolo y todos habían puesto sus esperanzas en su mediación. Entendí que el peligro de ser castrado había desaparecido, que ahora me esperaba una nueva vida entre aquellos bárbaros que me habían designado como su ídolo.

Por la mañana desperté totalmente descansado. Encontré a mi sirviente en la puerta de la choza esperándome y, educadamente, se dirigió a mí. Me habló en el lenguaje de los burros, pero no lo entendí. Después en la lengua de su pueblo, tampoco supe lo que decía. Luego en lengua amazigh, le hice gestos con la cabeza de que lo había entendido. Aprecié entonces mi sirviente que yo no era un asno común y me hizo entender que guardaría el secreto. Me dijo también que si los bárbaros descubrían el asunto no me lo perdonarían, pues necesitaban un ídolo con unas características concretas al que idolatrar. Si verificaban que no respondía a ellas, se rebelarían y se vengarían en mí. Me confirmé que, en caso de enojarse, eran luchadores muy fieros y guerreros poco clementes. Me

habló de su vida, de cómo había sido raptado de Volubilis cuando era niño y que había crecido entre beréberes de los Banu Snus. Con el tiempo lo hicieron encargado del templo y responsable de su ídolo. Él sabía bien lo que esperaban de su proceder y obraba en consecuencia. Me prometió que me enseñaría la lengua de los burros y gracias a él la conocí y aprendí a comportarme como tal.

A media mañana de un día que llaman *Zina*, me llevó a una plaza amplia y me colocó una corona de flores. La gente del pueblo de los Banu Snus comenzó a bailar y estuvo divirtiéndose hasta el anochecer. Después trajeron una gran variedad de comida y vino, y engulleron con glotonería y bebieron hasta hartarse. Se mezclaron hombres y mujeres, y se amaron, sin tener en cuenta si eran o no matrimonio. Al acabar todo, el sirviente me subió a una carroza y fuimos en procesión hasta mi choza. Me dijo que las gentes estaban muy contentas con mi afortunada aparición y que considerarían el día de mi coronación como el Día de la Buena Fortuna.

Encontré en la choza abundante comida: una enorme cantidad de paja, cebada, hierba y fruta. Después se acercó a mí dubitativo, me preguntó en beréber si quería una burra que me diera calor esa noche. No encontré otra forma de contestarle que levantando mi hocico y mostrándole mis colmillos, a modo de sonrisa, con la intención de confirmarle que realmente no era un asno, que no podía tener relaciones con una burra. Luego me preguntó si quería una muchacha que me acompañara, bajé la cabeza y le señalé que no me interesaba. ¿Cómo iba a disfrutar de una mujer?, ¿cómo la besaría, cómo la abrazaría? ¿Cómo nos amaríamos? Sufría una mezcla de sensaciones enfrentadas, pues era un asno que pensaba y una persona que no hablaba. Soy un asno que no puede tener relación con una burra y un humano que no puede soñar con abrazar a una mujer y amarla. Permanecí toda la noche pensando en un dolor que me corroía. En la choza todo el espacio era para mí. No había vaca que me quitara la comida, perro que me atacara o gallo que me molestara, tampoco moscas que interrumpieran mi descanso. Pero a pesar de todo no podía dormir. Me había librado de ser castrado para caer en una celda, la prisión de un paraíso. Sentí que me corrían dos lágrimas por las mejillas.

VIII

Surgió con mi criado una gran complicidad y, siguiendo sus consejos, me dejé llevar por el deseo de los bárbaros. Aprendí la lengua de los asnos con una rapidez asombrosa. Consistía en comunicar las necesidades más básicas y expresar con reacciones sencillas estímulo-respuesta. Si el asno necesita comer, se rebuzna de una manera determinada. Para beber requiere un rebuzno diferente. Si desea aparearse con una burra emite un rebuzno ligero, si el deseo es muy fuerte el rebuzno se alarga de manera cansina y reiterada. Si el criado recibe un rebuzno será una orden, si recibe una orden deberá ejecutarla sin pensárselo o discutir por ello. Entre las cosas positivas que tiene el ser un asno está el no tener la necesidad de comunicar pensamientos, también que su lengua no posee ciertas connotaciones que sí tiene el habla de los humanos, como es su capacidad para expresar sentimientos e ideas. Igual que sucede entre los colores blanco y negro, que son totalmente diferentes, la lengua de los asnos no conoce la distinción ni la duda y se basa en juicios irrevocables. El habla de los burros también utiliza unos determinados

movimientos de orejas, labios, cola y patas. Todas ellas son señales que tienen distintos significados.

Le pregunté a mi criado si era posible ser serio en la lengua de los asnos y, de tal forma, expresar algún pensamiento u opinión. Le comenté mi situación, a medio camino entre humano y bestia. Si aquello fuera posible, me permitiría expresar mínimamente mis reflexiones. Pero mi sirviente no me lo aconsejó y me advirtió del peligro. Me contó un secreto que no pude imaginar, que el venerable anciano de aquella comunidad ponía en duda las propias creencias de la tribu de los Banu Snus. No me consideraba el dueño de la dignidad o bendición, aunque en público simulaba creer aquello en lo que creían las gentes.

Pensaba así desde mucho tiempo atrás, pero utilizaba las creencias para poder manipularlos. De esta forma, el pueblo le rendía pleitesía y él era beneficiario de sus bienes, sus riquezas, sus hijos y sus mujeres.

El asunto pintaba extraño de verdad. En todos mis viajes no había conocido una situación de tal calado. Había una élite, muy reducida, que controlaba todos los aspectos de la comunidad y que explicaba la marcha de los acontecimientos con fenómenos que no eran de origen natural y alegando que todo aquello ocurría por voluntad divina. Quien no aceptara aquella situación se ponía en contra de los dioses y, por tanto, caería en desgracia. También afirmaban que, entre la voluntad divina y el pueblo, entre los dioses y la comunidad, se erigía un mediador que favorecía la comunicación entre los unos y los otros, y éste no era otro que un asno manipulado por un charlatán, el mismo que adoraban y aceptaban como intermediario merecedor de todo tipo de ofrendas.

La mayoría de los habitantes de esta tribu desempeñaban trabajos manuales sencillos, vivían de la caza y fabricaban los utensilios que necesitaban para sus necesidades más primarias. Vivían aislados en el interior de su mundo, rodeados por barreras inventadas e infranqueables. Las gentes que habitaban al exterior, al otro lado de aquellos muros ficticios, eran malvados y los odiaban. Les tenían miedo y se prevenían frente a posibles ataques del otro lado. Circulaban extrañas historias sobre aquellos extranjeros, la mayoría de ellas, si no todas, inventadas. A la élite local le bastaba con que la comunidad empleara su raciocinio, sabiduría y esfuerzo para cultivar la tierra y vender su cosecha, no debían conocer nada más. Intenté que fueran conscientes de las malas condiciones de su trabajo o, mejor dicho, que cambiaran unos hábitos que no les permitían ver más allá de su ombligo. Los pobres aceptaron, pero no la casta que ostentaba el poder, que conversó con el sirviente acerca de este tema. Él me informó de lo que le habían comentado y me aconsejó dejar el asunto tal y como estaba, por mi propia seguridad. Además, me reveló algo inesperado que me hizo reflexionar con profundidad, pues la cuestión era que algunos de la tribu conocían que no era íntegramente un asno. Si de aquello se enteraba el pueblo me harían trizas, así que el sirviente me aconsejó que me comportara como el animal que parecía ser, que tal era el deseo de los pudientes de la comunidad.

Se tomó por costumbre sacarme de vez en cuando de la choza en que vivía, a modo de romería, y me procesionaban por un lugar concreto elegido para celebrar este tipo de festejos. En ocasiones, inclinaban sus cabezas y se acercaban para adorarme, en otras me invitaban a las fiestas de la élite para purificar los pecados y enmendar las desgracias acaecidas a la tribu, y en algunos casos mi obligación consistía en bendecir los repartos que se realizaban cuando se conseguía buena caza o se obtenía una cosecha generosa. No era tal distribución justa ni igualitaria, pero me obligaban a estar presente y cargar con la responsabilidad de tal injusticia. Una vez finalizaba la pantomima, regresaba a la choza. Me exasperaba todo aquel asunto y me oprimía el corazón. Mi sirviente, que me ofrecía toda su comprensión y cariño, me aconsejó que hiciera lo que la tribu esperaba de mi cargo y responsabilidad. ¿Qué situación me era más beneficiosa?, ¿ser el asno de una

tribu inculta y guerrera, rodeado de riquezas, halagos y abundantes manjares, o convertirme en un burro pobre y apaleado en el seno de una comunidad civilizada?

Finalmente entendí que me daba igual permanecer allí, entre los bárbaros, o marcharme a *Urbi*, el mundo de la *civitas*, donde me quedaría eternamente con la apariencia de asno. Sucedió que un buen día, al despertarme en la choza, escuché bastante algarabía y del sobresalto se me escapó un ligero rebuzno. De inmediato se presentó mi sirviente y le pregunté qué sucedía. Me confirmó que los habitantes se sentían muy inquietos por la escasez de lluvias. Apreté mi hocico y después lo abrí para decirle: “¿y cómo me afecta a mí que llueva o no? Él me dijo que no había más remedio que contestar a sus peticiones. Moví entonces las orejas según el lenguaje de los asnos para preguntarle qué debía hacer para que lloviera. El sirviente me respondió que había que proceder según la costumbre. Agité entonces mi cola para preguntarle: “¿y si no llueve? Me contestó que llovería más tarde o más temprano y, cuando así fuera, se consideraría que había sido a causa de mi intermediación. Si la lluvia tardaba en llegar, pensaría la tribu que aquel acontecimiento, aunque nefasto, ocultaba en su interior un enigma que a la larga haría un gran bien a la comunidad.

Me sacaron de la choza y me echaron sobre el lomo una sábana blanca. Ya en el exterior y en torno mío, la gente levantaba una caña revestida con ropa femenina y realizaban plegarias a la diosa de la fertilidad, Talgunya. Por mi parte, yo movía la cabeza de derecha a izquierda, como si estuviera en trance, mientras los Banu Snus alternaban lloros con aullidos. Pude apreciar que aquellos movimientos convulsos les tranquilizaban y aportaban paz a sus corazones.

Entre la gente de los Banu Snus conocí costumbres muy divertidas, como la peregrinación que realizaban anualmente a un lugar concreto con la promesa de congregarse en fiesta. Durante todo el año se preparaban para tal acontecimiento y con este fin ahorran dinero, tanto el rico como el pobre. Aquel día, por mi parte, debía encabezar la carroza de los peregrinos rodeado de tambores y flautas, hasta llegar al lugar donde instalaban sus tiendas. Allí comían y bebían, sacrificaban bastantes animales y visitaban la tumba de un santurrón que decían quedó soltero y sin descendencia. Contrariamente, algunos alardeaban de ser descendientes suyos a pesar de que nunca se casó. Se sentían muy orgullosos de este parentesco. Afirmaban que el espíritu del santón bendecía preferentemente a algunos individuos, principalmente a los que se decían familia más directa y pertenecían al linaje de los Aruma. Todo aquello era complejo de entender, ¿cómo pudo un señor sin vástagos dar lugar a una estirpe?

Me adelanté a los peregrinos, presenté sus dones y bendije sus oraciones. Los Banu Snus, debido al cariño que profesaban a su progenitor, se alegraron de mi comportamiento y del homenaje que le realicé. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?, ¿cómo puede un asno discernir qué es verdad y qué es irreal?

Al caer la tarde presencié algo bastante extraño. Hasta ese momento habían mostrado gran respeto al santón, pero entonces comenzaron a tocar las panderetas alrededor del santuario del progenitor y a divertirse de forma tan obscena, que en muchos casos llegaban a perder la dignidad. Bebieron vino hasta emborracharse y rompieron con todas las normas socialmente establecidas: se mezclaron hombres con mujeres, hombres con hombres y mujeres con mujeres. Mi sirviente me comunicó que las mujeres querían bendecir mi pene, tocarlo y untarlo con aceite. Puse el pretexto de que me dolía la tripa levantando la pata delantera, a modo de señal de rechazo. Me llevaron entonces a una choza cercana, me dejaron hierba, paja y cebada, y se marcharon a continuar con su promiscuidad. Desde la distancia escuchaba con claridad el jolgorio. Pasado un rato oí quejidos y un enorme griterío, sentí miedo e intenté salir de la choza.

Apareció mi sirviente y me explico lo ocurrido: un peregrino y su amante estaban intimando, los dos borrachos por el vino. Situados en una pendiente y fuera de control, ella resbaló y cayó por el precipicio. Murió en el acto a causa de las heridas. Su esposo llegó al lugar junto al gobernador, vieron lo acontecido y él se alegró mucho de lo ocurrido, pues consideró aquello una bendición.

Me enfadé entonces de tal manera, que tomé la determinación de dejar el lugar. Toda aquella fiesta, aquella promiscuidad, me parecía indigna. Regresé sin nada a mi residencia habitual, sin carroza ni parafernalias. Los Banu Snus se sintieron ofendidos cuando vieron que había faltado el respeto a su progenitor, a sus más hondos rituales. Esto motivó que algunos de los más notables de la tribu pusieran en duda mi autenticidad, mi intermediación divina, y difundieron esta creencia entre los más humildes y crédulos, quienes comenzaron a dudar de la efectividad de mis bendiciones. Llegaron a una conclusión: si realmente yo hubiera poseído la *baraka*, la capacidad de bendecir e intermediar con la diosa, nunca habrían escaseado las lluvias.

IX

Arribó la época estival, la lluvia no llegó y la cosecha fue muy floja. Aquello motivó que la tribu de los Banu Snus me enviara con un grupo de altos cargos a un santuario lejano, donde se solían celebrar ciertos rituales para situaciones muy especiales, como era ésta. El templo estaba localizado en Mullamat, un lugar al que se accedía surcando montañas de difícil tránsito y para lo que era inevitable cruzar el territorio de la tribu de los Banu Yis, enemigos acérrimos de los Banu Snus. Los Banu Yis adoraban al caballo y odiaban a los asnos. No podían ni escuchar su nombre, pues todo lo que provenía de ellos lo consideraban de mal augurio, incluido ver a uno o escuchar la palabra “asno”. Pese a ello y a la enemistad que mantenían con mi tribu, los Banu Yis respetaban el santuario, pues consideraban que realmente era un lugar de culto propio antes que lo fuera de los Banu Snus. De ahí el riesgo de dirigirse a este lugar. La élite de los Banu Snus estudió el asunto y decidió enviar una delegación para rogar a los dioses que desapareciera la sequía y, con ella, los males y la tristeza que arrastraban. Pero no se ponían de acuerdo en si yo debía acompañar a la delegación o no, por el riesgo de un posible ataque. En el caso de que su asno fuera apresado, los Banu Yis se burlarían de ellos y aquello sería motivo de una deshonra que les acarrearía una maldición. Ante tal indecisión, entendieron que se debía ir al santuario con su ídolo, de lo contrario la plegaria no sería efectiva.

Finalmente acompañé a la delegación. Tras un día de caminata por un sendero abrupto que discurría por un bosque cerrado, sucedió lo que se temía: un grupo de hombres de los Banu Yis, armados con lanzas, detuvo la caravana y nos atacó a todos sin respetar mi santidad. Se produjo un enfrentamiento bélico y en la confrontación murieron dos hombres de los Banu Snus, lo que provocó la rendición. Los cabecillas contrarios quedaron complacidos, pues con este sacrificio de sangre quedó satisfecha la ofensa por atravesar su territorio. Empezaron entonces a propinarme golpes, lo que enfureció bastante a los Banu Snus, que lloraban e imploraban clemencia al presenciar cómo se ultrajaba la santidad de su ídolo. Los Banu Yis nos condujeron a su poblado, donde se adelantó uno de ellos e informó de la situación. Después, este mismo advirtió a la tribu

de la presencia de un asno. Despejaron el camino hasta llegar a una plaza vacía. Mezclado entre la multitud observé como la gente, escondida en balcones y detrás de los árboles, me miraba con una mezcla de extrañeza y odio. Pude apreciar en la tipología de las viviendas, también en sus ropas, que no se diferenciaban en casi nada de sus enemigos, los Banu Snus.

Me llevaron a una prisión separándome de mis compañeros, ya no volví a tener noticias de ellos. ¡Quizá los habían condenado a presidio, tal y como procedían los otros cuando los vencidos eran los Banu Yis! Sólo me permitieron comer algo de hierba e intensificaron la guardia sobre mí. Acordaron después exhibirme en la plaza pública y lapidarme a la vista de su ídolo, el caballo. Durante largo tiempo se reunieron en cóncave con el fin de determinar la forma más idónea de apedrearme, de manera que todos fueran partícipes y cada uno de ellos pudiera ser bendecido por su ídolo. Con este fin, contaron el número total de piedras necesarias y el tamaño de las mismas, detalles que ahora ni recuerdo ni deseo recordar. Con esta forma de proceder, todos ellos recuperarían el honor perdido por la ofensa realizada por los Banu Snus, ¡qué ultraje atravesar su territorio!

Todo estuvo preparado para el gran día. Esa mañana fueron a buscarme, me colocaron unas bridas y me condujeron hacia una plaza abarrotada de gente. Vestían igual que los Banu Snus y su comportamiento no difería en nada.

Al verme, la gente se alteró. Muchos de ellos amenazaban con arrancarme la piel, pero los guardias lo impidieron. Gritaban que el asno era la causa de todos sus males y desdichas, de su pobreza, motivo de enormes sufrimientos. De tal modo habían sido adoctrinados los de una tribu y la otra, que ayer yo era el ídolo de una de ellas y hoy soy la causa de todas las desgracias de la contraria, siendo ambas muy similares en comportamiento y vestimentas. En mí se escondía todo el mal, ¡qué injusto es el ser humano y qué ciego está ante la razón! Siempre juzga por conveniencia e interés, excepto una minoría que es capaz de fallar objetivamente, unos pocos que sufren innumerables hostigamientos y que a menudo son objeto de oprobio.

Trajeron a la yegua atada con una cuerda de oro, el pueblo se levantó en vítores. Alguno de los presentes entró en trance y a punto estuvo de perder el conocimiento.

La yegua estaba inquieta, saltaba sin concierto y lo único que hacía era dar fuertes coces. La pusieron junto a mí, pero a cierta distancia, para que la gente se acercara y me lanzara las piedras sin dañarla a ella. Después, limpio su honor, pasarían por delante de ella para que los bendijera. ¿Cómo podía afrontar esta situación?, ¿utilizando la inteligencia humana?, ¿usando la razón o el instinto? ¿Acaso permitirían que me defendiera utilizando la lógica de los hombres? Todos querían destrozarme sin razón alguna, tan sólo porque alguien les dijo que yo era el origen de todos sus males, o quizá porque así lo dictaba su tradición. Gritaron hasta perder la voz y la razón misma, si es que alguna vez la tuvieron. En aquel momento entendí que debía emplear la lógica animal, el instinto, para salir de aquel atolladero. Y así actué antes de que su *shayj* subiera a la tribuna para dar por iniciada la lapidación. Dejé libre mi pene, que se puso erecto. Me dirigí a la yegua y la monté agarrándola por el cuello de un mordisco. Mi suerte fue que la yegua se entregó y disfrutó de la situación. Tal vez se sentía atraída y aquella inclinación suya a cocear se debía al hecho de haber estado privada de tener relaciones. La gente se sorprendió.

¿Cómo iban a lapidar y pedir bendiciones al mismo tiempo? ¿Dónde estaba la separación entre el bien y el mal? Hubo entre aquéllos quienes rompieron a reír, mientras que otros vieron en la situación una señal y respondieron orando según sus creencias y la forma de su culto.

Cuando terminé de copular, la yegua se retiró tranquila. Después, me pidió que siguiéramos. Reuní fuerzas y la monté, ahora sin necesidad de morderla. Prolongué el

acto hasta llegar al orgasmo y la yegua, cansada, se dejó caer al suelo. Estaba exhausta y toda su terquedad y bravura se habían disipado.

Los notables cavilaron en cómo debía afrontar aquella novedosa situación. Llegaron a la conclusión de que el bien y el mal se habían unido en aquel acto sexual y que no podrían decidir sobre la cuestión hasta que la yegua pariera. Me llevaron de nuevo a mi prisión.

A partir de ese momento cambiaron su actitud hacia mí, pues me había unido a su ídolo mediante un vínculo sagrado. Me dieron más comida y me sacaron a pasear, se familiarizaron conmigo, cada vez me visitaba más gente y con más asiduidad. Se veían obligados a satisfacer a su ídolo, así que de cuando en cuando la traían para que yaciera con ella. Según la duración del acto, menguaba su terquedad.

De no ser por el instinto animal mi destino habría sido otro muy diferente. Me habrían maltratado y, tal vez, hubieran acabado conmigo. Entretanto, descubrí aspectos de la vida y comportamiento de los Banu Yis, características que ya había imaginado desde el primer momento. Como su lengua era similar a la de los Banu Snus, pensé que provenían de una misma y única tribu. Poseían rasgos similares y sus fiestas eran parecidas. Realizaban peregrinación una vez al año al mismo santuario que los Banu Snus, pero un mes después que lo hicieran estos. Igualmente, son gobernados por unos pocos que no buscan el bien común, todo lo contrario, es una élite que se apropia cuanto puede de los bienes del pueblo. Otro tanto ocurre con los Banu Yis. Y esta minoría, que no cree en la *baraka* del caballo, descaradamente hace uso de ella y la ensalza porque es creencia firme entre los humildes. De la misma forma, la clase gobernante de los Banu Yis necesita señalar a los Banu Snus como enemigos, origen de todos sus males, mientras aquéllos argumentan otro tanto de estos.

Si dejaran sus diferencias a un lado y aclararan sus desencuentros, con seguridad mejoraría su situación. Unidos, tendrían fuerza para recuperar el gobierno de Mauritania. Probablemente, el dominio romano se sostiene por estas diferencias y los enfrentamientos constantes entre los unos y los otros.

Mi guardián me comentó que todavía no se había determinado qué hacer conmigo, aunque algunos habían propuesto pedir una recompensa a los Banu Snus. Pero esta idea perdió fuerza desde que copulaba con la yegua, pues nuestra unión era reconocida como sagrada. Retrasaron el asunto hasta que la yegua pariera.

Cosas del destino, comenzaron a suceder acontecimientos perjudiciales para el pueblo de los Banu Yis. La yegua dejó de seguir los rituales, incluso llegó a rechazarlos. No deseaba otra cosa que no fuera intimar conmigo. Ante esta situación, unos aconsejaron rendir culto a los asnos, concretamente a mí, pero encontraron un fuerte rechazo en la tradición que seguía la comunidad. Si aceptaban aquello se consideraría una victoria de los Banu Snus. Por otro lado, el nombre de la tribu deriva del ídolo que veneran, que no es otro que *yis*, que es como se pronuncia caballo en la lengua de los romanos y en beréber. Otro tanto ocurre con *snus*, que procede por igual de *asnus*, en latín y en amazigh. Hubo otros que hicieron propuestas más disparatadas, como matarme y deshacerse de mí, aunque temían por las consecuencias que derivarían del sacrificio. ¿Cuál sería la reacción de los habitantes en tanto que mi presencia había supuesto una alegría para su ídolo?

Reforzaron mi vigilancia. En realidad, mi situación no era peor de la que había tenido con los Banu Snus. Aquí no estaba rodeado de lujo, pero me encontraba liberado de toda responsabilidad. Ahora tenía más tiempo para pensar y comprendí que muchas de las conductas humanas tienen su origen en el instinto animal. A los hombres les place sentirse superiores y tienen tendencia a disfrutar del momento, sin medida, y no reflexionan pacientemente los actos que realizan. Ocultan sus caprichos animales bajo un envoltorio de bondadosa humanidad. He podido observar que no hay diferencia entre la vida en el campo y en la ciudad, salvo en lo referente a la organización social. El origen cultural de

estas tribus, como pueblo civilizado, está en los beduinos, que son, por decirlo de algún modo, la materia bruta y rural que pulir. Cuando se dieron las circunstancias históricas adecuadas, esta estirpe madre evolucionó a las comunidades ciudadanas que hoy conocemos.

Se sucedieron los días y llegó la fecha de peregrinar a su santuario. Con tal fin, los Banu Yis hicieron los preparativos que correspondían y pusieron a la cabeza de la procesión a su yegua. Pero ésta, nada más llegar al santuario, escapó huyendo hacia el establo que era mi prisión, buscando mi compañía. Esto dañó enormemente el conjunto de creencias de los Banu Yis. ¿Cómo podían aparearse una yegua y un asno durante los rituales de culto? Se la llevaron a la fuerza, pero ella era contraria a volver al santuario.

Pasó el tiempo y no se apreciaban señales de que la yegua estuviera preñada. Esto complicó los asuntos relativos al culto y se vieron obligados a enviar un mensajero a los Banu Snus para informarles de que habían decidido ponerme en libertad. Pero aquéllos no prestaron atención al asunto, ya habían elegido otro asno al que adorar, ya no me necesitaban.

Finalmente, los Banu Yis decidieron deshacerse de mí, y con esa intención me sacaron en plena noche para abandonarme lejos de su poblado. Me perdí en la oscuridad de la madrugada mientras escuchaba, cada vez más lejano, el relinchar de la yegua. Con tristeza y nostalgia ya comenzaba a sentir mi ausencia.

X

Me di de bruces con una fuente de agua tibia situada en un valle dominado por un enorme prado, lindero con unos pinares. La fuente era circular y estaba decorada con teselas pequeñas, como en los baños romanos. Me metí en ella con la intención de lavarme y recuperar la entereza. La calidez de las aguas que emanaban de las entrañas de la tierra me quitó el cansancio y me hizo olvidar el objetivo de mi viaje, que no era otro que volver con la tribu que adoraba al tótem que ellos mismos habían creado: un burro.

De repente escuché una voz, abrí los ojos y miré quien hablaba. Vi a un respetuoso anciano que sostenía un bastón en la mano y que se sorprendió al notar mi presencia, le extrañó que tan temprano hubiera un asno en la fuente. Aquello era una buena señal. El anciano tenía una cara luminosa y una sonrisa agradable, no parecía que quisiera hacerme daño.

Se dirigió a mí:

—Buenos días, asno. ¿Acaso la vida a ti también te ha tratado mal?, ¿quizá ahora te está pasando factura y cobrándose grandes daños?

No tenía más remedio que salir de la fuente.

—No te preocupes, es lo suficientemente amplia para los dos, —me dijo—. Se trata de un lugar de sanación, una balsa de curación para todas aquellas personas que sienten la necesidad de limpiarse la suciedad de una vida que es un verdadero estanque de lodo. ¡Y no de un tamaño pequeño!

Inmediatamente comenzó a entonar canciones que celebraban la bondad y los dulces frutos que puede ofrecer la vida, me pareció extraño que surgieran de la voz de un anciano. Después se acercó a la fuente para lavarse la cara, alzó la vista y se dirigió a mí diciéndome:

—Llegará el día en que yo muera, también el día de tu muerte, pero aquí seguirá la fuente y será testigo de todos estos acontecimientos. Acércate, compañero. Me gustan tus crines blancas, asno plateado. Es un apodo bonito, ¿estás de acuerdo conmigo? Dejemos el apodo de Asno de oro a nuestro venerable Apuleyo, pues de él es el mérito, a ti te llamaré asno de plata. En cuanto a mí, me llaman Aka Awrir, el que vive en la colina, pero me puedes llamar Awrir, sin necesidad de ningún apellido de honor.

Me acerqué a él y me acarició las crines.

—Eres un asno vigoroso, pero no hay duda de que ocultas grandes heridas interiores.

Imaginé que el hombre estaba loco. Después me dijo:

—¿Quieres acompañarme a mi hogar?, vivo en una cueva en el interior de la montaña. No poseo ni un palacio ni una casa de lujo, sólo una gruta humilde. Cuando vivía en Volubilis lo hacía en una casa modesta.

—¿Deseas escuchar mi historia? Se la he susurrado a los árboles, a los pájaros y a las rocas. No hay nada malo en contarla. Cada vez que la narro descubro algo nuevo en ella. El relato oral es un descubrimiento en sí ¡Vamos, camina! No me voy a subir a tu lomo mientras mis pies me aguanten.

Me contó su vida en Volubilis, donde era profesor. Conocía el latín y dominaba el idioma de los griegos. También poseía un gran dominio de la lengua de sus abuelos beréberes.

—Murió mi esposa y mis hijos abandonaron la casa o, si prefieres una metáfora, echaron a volar. Takfarinas vive en Cirta de Numidia, donde niegan el gobierno de Roma. Yo también rechazo su gobierno militar, su política de colonización y su soberbia, pero no reniego de sus conocimientos. Porque, si nos independizáramos de Roma, ¿qué haríamos?, ¿tendríamos un gobierno justo y estable? También está Espartaco. De él dejé de tener noticias cuando se marchó a vivir al norte de África. Espartaco tiene una visión muy particular e intransigente de cómo es el mundo, todos y todo tienen que amoldarse a su forma de pensar. Le he advertido muchas veces de que su punto de vista no es correcto, pero es muy impulsivo. Así es la vida. Y está Taziri, mi hija, que se quedó a vivir en Volubilis, donde se casó con un alfarero. Ella no quiere saber nada de filosofía ni de dudas filosóficas.

—Así que me vine a vivir a este lugar apartado, a la cima de la montaña. ¿Me preguntas a qué me dedico? A nada importante. Releo libros antiguos en los que encuentro entretenimiento. También deseo dejar mi testimonio dialogando con las borrascas, con los valles y las montañas. Amigo, ¿estoy siendo muy pesado con mi tertulia? Ya hemos llegado a mi casa, vivo en esta cueva. ¿De qué estábamos hablando, asno de plata? ¡Ah, sí!, fui maestro de niños. Les enseñaba latín, griego y oratoria. Después, traducíamos todas aquellas obras a nuestra lengua materna, el amazigh. Cuando crecían, les enseñaba cálculo, filosofía y los preparaba para comprender la música. El periodo de la infancia es cuando se debe tallar la materia bruta con la que conseguir que el ser humano sea mejor. La personalidad del niño se forma en sus primeros años. Si queremos oradores, enseñemos a nuestros hijos el arte de la oratoria, si queremos matemáticos o filósofos, debemos sembrar aquello en la infancia empujándolos a hacerse preguntas y a desarrollar el pensamiento. Si nos ponemos por objetivo descubrir las ciencias naturales, deberíamos enseñar a nuestros hijos el sentido de la observación. Las personas pasan por la vida sin detenerse a investigar nada. La gente considera que la verdad es inmóvil, se enseña, se estudia y se aprende como si la verdad fuera inamovible, sin poner nada en cuestión, en duda. Y así sería si la idea se correspondiera con la realidad. En sus debates, Sócrates nos dice que la gente piensa que la realidad es lo que han escuchado o aprendido. Pero, si usan la razón, encuentran que lo que creen no es la realidad. Las creencias son las ideas generales que nos dan unidad como comunidad, pero éstas no son necesariamente las ideas con las que la sociedad puede avanzar. Las creencias nos poseen y los pensamientos

nos pertenecen. Asno plateado, ¿te he cubierto de dudas?, ¿te estoy obligando a reflexionar? Es deformación profesional.

—Aquí, en esta cueva es donde vivo. No tiene puerta, pero tiene como ventaja que veo Volubilis. Desde la lejanía la ciudad me parece diminuta. ¡Sus asuntos, sus problemas, me parecen desde aquí tan pequeños y lejanos! Un esposo que discute con su mujer, un gobernador al que le urge conservar y acrecentar sus privilegios, un fabricante al que se pide urgencia en acabar su manufactura... Desde aquí, desde este lugar, con una sola mirada diviso toda Volubilis. No sé lo que sucede en cada casa, pero veo una imagen global de la comunidad, de la *Urbi* y su funcionamiento, de la civilización. Permíteme que me ría. Visité ayer a un hechicero y sacrificué un gallo, como mandan las costumbres. Este me dijo que llegaría el día en que la ciudad se llamaría *Urbi*, que es el nombre latino con el que se llamará a una tribu. Entonces, la ignorancia se convertirá en sabiduría, o se dirá que es sabiduría, cosa que no es verdad. Pero también me comentó otras consideraciones bastante dolorosas.

—Asno de plata, no estás obligado a contarme tu historia. Aunque imagino gran parte de ella. Leo en tu frente una tragedia. Cuéntamela cuando quieras, si es que lo deseas. Pero no me digas nada relacionado con el juego y la diversión. ¿Te molesta mi conversación? Perdóname, a los ancianos nos gusta charlar, especialmente cuando encontramos a alguien que nos sabe escuchar.

El brujo me dijo que llegarían gentes extrañas y nos arrebatarían la memoria de nuestros ancestros. Quise que me contara más, pero sólo pronunció una palabra ininteligible que es la que me preocupa, asno plateado. Si vienen a vivir entre nosotros, bienvenidos sean. Pero que nos arrebaten nuestras raíces y creencias, no. En verdad, no creo en la brujería ni en el sacerdocio, tampoco en el arte de los juegos adivinatorios, aún menos en las profecías que aventuran los judíos. Creo en la reflexión y en la producción de conocimiento, como afirmaba Sócrates. Lo importante es la pregunta no la respuesta. Lo importante, compañero, es que aprendas cosas de mí y que las transmitas a las generaciones venideras. ¿Quién hablará de mí si no lo haces tú? ¿Las piedras?, tal vez. ¿El viento?, no sé. Los vientos no pierden nada, dispersan las cosas, pero no las ocultan, y el hombre recoge la herencia del tiempo y le da nueva forma una y otra vez. Asno de plata, no es importante conservar la imagen de Mauritania tal y como es ahora para que sea idéntica en el futuro. No debemos, ni yo, ni nadie que venga detrás, imponer una imagen de Mauritania, sino de toda la tierra de los bereberes, pero sí es nuestro deber rebatir la falsedad. Debemos rechazar los dictados falsos. He sabido que los romanos insinúan que nuestro pueblo no era nada antes de su llegada y eso es una gran falsedad, una enorme mentira. También se dice que la historia la escriben los vencedores y es cierto. En la escuela teníamos el libro de Salustio, una obra que narra las guerras de Yugurta con bastante veracidad, pero los que han de venir serán distintos. Construirán un edificio sobre esta cueva y la ocultarán, acabarán con la panorámica que tengo de Volubilis y mi forma de entender las cosas. Aunque no siempre has de creer en su totalidad lo que se afirma. La gente usa a los asnos para que soporten sus pecados y yo te cargo a ti con mis reflexiones y mis ideas, prométeme que no dejarás que se dispersen, que queden en nada.

—Dame tiempo para preparar el almuerzo. Voy a elaborar *mawruzi*, que es el plato que acostumbramos a cocinar para recibir a los invitados, con carne, cebolla y pasas, aunque sé que tú eres herbívoro y no comes carne. Después, si te apetece, te leeré algo de lo que escribo. Aquí, el tiempo transcurre lentamente y me permite reflexionar sobre los saberes que he ido adquiriendo a lo largo de mi vida. Los he cosechado como se recogen los frutos de la tierra, con tiempo y paciencia. Fueron regados por las lluvias, soportaron numerosas sequías y maduraron con la calidez que ofrece el astro solar. Los acarició el viento, que a veces los trató con dureza, pero crecieron lentamente, hasta madurar. Cuanto más duras

fueron las circunstancias, más delicioso se hizo su sabor y la fragancia que desprenden. Cada fruto tiene un gusto y toda sabiduría una trayectoria. Cada flor desprende un perfume muy peculiar y cada dicho aporta una visión concreta y experimentada de un aspecto de la vida. No tengo más posesiones que la experiencia que he ido adquiriendo y quiero compartirla contigo, querido asno mío.

XI

Congenié con aquel sabio y él conmigo. Era una persona experimentada y honesta. Tras nuestra conversación me alentó para que fuera a pastar cuanto deseara, ya nos volveríamos a encontrar por la tarde para continuar con nuestro coloquio, era un hombre muy activo a pesar de su edad. Se ocupaba de todas las tareas necesarias para mantener en orden su vida en la cueva. Iba al venero todos los días, se lavaba y preparaba su desayuno. Leía un rato y después paseaba por el bosque, donde se detenía a identificar árboles y flores, y conocía sus nombres en tres lenguas. Al mediodía, conseguía algo de alimento y elaboraba la comida, después se retiraba un momento a descansar. Por la tarde, escribía hasta el crepúsculo y dejaba esta tarea para disfrutar de la puesta del sol como si de un bello ritual de culto se tratara. Después, encendía un candil y nos encontrábamos en la cueva, donde me relataba cuentos para niños. Era un brillante narrador que contaba historias de países lejanos y recitaba odas y epopeyas. También me relataba algunas historias dramáticas, me miraba y me decía:

—¿Crees que me burlo de tu persona?, claro que no. Siembro en ti mis pensamientos como si fueran una carga que debes transportar. Quizá los tengas que soportar durante un largo periodo, del mismo modo que las acémilas recorren enormes distancias para entregar las mercancías a sus dueños.

No debía interrumpir el quehacer cotidiano de aquel hombre sabio, por eso estuve pastando el resto del día en las colinas, aquí y allá. Correteaba de un lado a otro reflexionando sobre todo lo que me había contado el erudito. Cierta día me encontré con una burra, se me acercó. Me puse en guardia, pues desde que sufrí la historia con la burra en Kerma, comencé a protegerme de las hembras de los asnos y de sus intenciones.

Tenía las crines negras y los ojos grandes. Le hablé en la lengua de los asnos, pero no me contestó. Después, moví mi pata izquierda para preguntarle por su dueño. Seguía sin contestarme, me di entonces cuenta de que no me había comprendido y empecé a dudar de mi dominio del habla de los asnos. Pensé que mi sirviente no me había enseñado bien la lengua o que quizá me formó erróneamente para contentarme. La burra se acercó a mí y no intentó provocarme de forma grosera como sí hizo en su día la de Kerma. Tan sólo apegó su cuerpo al mío y acercó su hocico, como intentando besarme. La verdad es que sentí asco porque los animales no se besan y les basta con satisfacer su deseo. ¿Cómo podría abrazar a una burra?, ¿y cómo besarla? Quisiera habérselo preguntado de haber tenido la oportunidad de comunicarme, pero era imposible. La cuestión es que ella no me comprendía ni yo a ella. Me hubiera gustado decirle que yo no podía tener relaciones sexuales con animales, aunque en una ocasión y por circunstancias especiales, cuando amenazaron con matarme, tuve relación con una yegua. Pero fue para salvar el pellejo.

Esperé a que llegara la puesta del sol para disfrutar del rojo crepúsculo. Esto la entretuvo, aunque finalmente no pude rechazarla. Acerqué mi hocico al suyo, después salté sobre

ella y la monté. Fue una sensación diferente a la que conocí con la yegua, pues en realidad percibí un sentimiento de amor y cariño parecido al que experimenta el ser humano. Cuando acabamos de copular, puse mi cabeza junto a la suya y permanecemos así un largo rato mientras perdíamos la noción del tiempo. Finalmente nos separamos porque no había más remedio, pero en mi interior sentí una profunda tristeza.

La burra bajó la colina buscando Volubilis, yo ascendí la montaña donde estaba situada la cueva del sabio. Éste me observó con una mirada burlesca, de complicidad.

—En verdad te sobra vitalidad, asno plateado. ¿Me ocultas algo? ¿Te ha traído la brisa los aromas del amor? Tenlo claro, si no fuera por el amor no estaríamos atados a la vida. El amor es una semilla que al germinar nos ofrece el lado más bello de la vida. Nos da experiencia y sabiduría, nos permite amar a los demás y aceptarlos tal y como son. Temo a las tormentas furiosas que campan por aquí y ponen barreras al amor, son un mal presagio. Donde hay amor florece la vida y donde hay vida brilla el amor. Cuando desaparece el amor se extingue la vida y la enemistad y el odio se adueñan de todo.

Quedé inmóvil en la cuadra, mirando los movimientos que dibujaban las llamas en la chimenea. Reflexionaba las palabras del sabio. Pensé también en aquella burra, la que me había quitado el sentido.

—Te voy a leer unos versos de la Iliada para que veas el poder que el amor tiene sobre nosotros. Tiene tanta fuerza que puede elevarnos a los cielos, pero también puede hundirnos en los infiernos.

Me quedé distraído sin escuchar al sabio, que leía la Iliada. Tan sólo pensaba en la burra, de la que me había enamorado perdidamente y a la que había entregado mi corazón. Este sentimiento me quitó el sueño, me desvelaba por verla. Por la mañana me dirigí de nuevo al mismo sitio. Tal vez viniera, no probé la comida pensando en tal cosa. Levantaba la cabeza de cuando en cuando esperando que la burra asomara por la llanura de Volubilis antes de que el sol estuviera en toda su plenitud, antes del mediodía. Perdida toda esperanza de que viniera, busqué la sombra de un árbol. Solté un largo rebuzno contando a los vientos que la deseaba. Repetí el rebuzno llamándola, cambié el tono y perdí las fuerzas. Cerré los ojos lamentándome y me dominó un sentimiento de tristeza, muy contrario a la alegría que me dominaba al comienzo del día.

¿Acaso la naturaleza humana me ha abandonado definitivamente para convertirme en un animal con todas las características que le son propias? ¿Era aquello el anuncio de mi total integración en el género animal, yo que hasta entonces había soñado que un día me libraría de la piel de asno y de las faltas y brutalidades inherentes a los animales? Ojalá no hubiera rebuznado. Si la burra hubiera venido habría sido como respuesta a mi llamada. Y, entonces, ¿qué hubiera ocurrido de volver a provocarme? ¿La montaría de nuevo? En caso afirmativo, habría confirmado mi total pertenencia al mundo animal rompiendo así cualquier vínculo con la civilización. Habría roto de todas con mi deseo de liberarme de la carga que supone pertenecer al género de las bestias.

Tal fue la insistencia de mi llamada, que finalmente la burra hizo acto de presencia y acabó con todas las reflexiones que rondaban por mi mente. Puse mi cabeza junto a la suya, mi nariz en su nariz y comenzamos a jugar hasta que nos venció el deseo y la monté de nuevo. Tuve una sensación extraña, de bienestar y gozo. El amor entre los animales, ¿es idéntico al de los humanos? En realidad, no importa con quién o con qué yacemos, lo realmente importante es el sentimiento hacia ese compañero. Cuando lo queremos no importa su apariencia. El sentimiento por esta burra, ¿es el mismo que tuve por Hibata, la mujer que amé durante mi estado humano? Pensé en proponerle que me acompañara a la cueva, pues ciertamente se había convertido en mi pareja. Pero me inquietaba aquella nueva situación.

Finalmente, nos separamos con pesadumbre, ella debía volver a Volubilis. Imaginé que en la ciudad tendría sus obligaciones y techo.

Regresé junto a mi anfitrión, el sabio de la cueva que me daba hospedaje. No sé si es que me había vigilado durante mi paseo y encuentro amoroso o es que me leyó la mente, pero al llegar me dijo:

—No me molesta que traigas a quien amas. Es bueno que expreses tus sentimientos, aunque no sean racionales. Se puede conservar nuestra naturaleza, aunque olvidemos nuestra lengua. Aquí hay amplitud para todos y hay espacio para el amor. El amor siempre tiene cabida, aunque el sitio sea estrecho. Y la sabiduría está presente en todos los lugares. Al día siguiente, antes de la puesta de sol, vino mi burra. Y como de costumbre yací con ella. Cuando acabamos, la invité a que me acompañara, pero no me comprendió. Me puse por delante y le indiqué que me siguiera, fuimos a la cueva del sabio. Este nos invitó a sentarnos, encendió el fuego y nos dio paja para comer. Mientras tanto nos recitó unas poesías compuestas por él que rendían culto al amor. Observé cómo mi compañera, la burra, estaba muy atenta a la trova y aprecié que de sus ojos caían dos lágrimas. Nos dormimos, mi cuerpo junto al suyo. Me di cuenta de que en el estado animal no todo era brutalidad, si se tienen sentimientos verdaderos el camino que eleva a la sabiduría está totalmente franco.

Pero sucedió un acontecimiento que rompió la tranquilidad de nuestro idilio. El dueño de mi burra se había percatado de su ausencia e, intrigado por la falta, siguió su rastro hasta la cueva. Una nefasta mañana llegó al lugar y amenazó al sabio. El villano no era otro que mi antiguo y cretino amo, que me reconoció y exigió al erudito un elevado precio por mi amada. El sabio contestó sin perder la compostura:

—El honor de los animales no se compra. Tú afirmas que son de tu propiedad y de tal manera has sido dueño de sus cuerpos. Pero a ellos, cuando fueron comprados, no se les pidió opinión y has poseído sus cuerpos injustamente. Sin embargo, pese a ello, nunca serás dueño de sus almas ni de sus sentimientos.

El patán llegó en compañía de un secretario con la intención que fuera testigo y notario del asunto, y éste escribió un informe en el que acusaba al sabio de apoderarse de propiedades ajenas. Con este argumento la ciudad le impuso una multa, no recuerdo cuántos sestercios. El sabio rechazó pagar, pues no era propietario de dinero alguno. Entonces, a causa de aquello, el alguacil lo condujo esposado a la cárcel. Por mi parte, enfadado, les di coces e intenté que no me atraparan, pero finalmente fui obligado a acompañarlos camino de Volubilis. El villano, mientras tanto, subido al lomo de su caballo, me decía:

—¡Maldito seas asno del demonio! ¡Vete al diablo, qué no sirves para nada útil! Voy a librarme de ti, tan sólo eres una carga para mí y para la ciudad.

XII

El sabio Aka Awrir fue conducido al calabozo en espera de ser juzgado por el delito de robo de propiedad ajena, también por rechazar el pago de la multa. En lo que se refiere a la burra, fue devuelta al vil arriero, mientras que yo fui puesto a la venta en la plaza del zoco. Mi antiguo y bellaco amo habló muy bien de mis virtudes, entre ellas destacó mi inteligencia y que, pese a mi condición animal, comprendía la lengua del ser humano.

Surgieron diversos compradores, pero el precio que pedía mi dueño era excesivo y no llegaba a cerrar la venta. Finalmente, me compró un malabarista de circo que iba de ciudad en ciudad ofreciendo su espectáculo. Evaluó mis competencias exponiéndome a varias pruebas: me ordenó andar hacia delante y anduve hacia delante, para atrás y así lo hice, que levantara mis patas delanteras y me apoyara en las traseras o que caminara sobre las mismas hasta cansarme. Realice todas sus órdenes tal y como me indicaba, pues albergaba el temor de quedar bajo la potestad de mi antiguo amo, que me cargaría con pesos opresivos y me castraría. ¿Qué valor tiene un animal o un ser humano si sólo es la imagen externa que ofrece, si su interior está vacío y no puede procrear? La fecundidad tiene diferentes maneras de manifestarse, pero la mejor valorada de todas es aquélla que aprecia la capacidad de la mente humana para mejorar la realidad cotidiana. La cobardía también presenta diferentes formas y todas tienen su representación en la impotencia o en la rendición.

Mi nuevo amo no cargaba con peso a sus animales, los trataba de manera afable mientras fueran fuente de ingresos y ganancias. Se sentía muy satisfecho si interpretaban correctamente los números que les encargaba. Al león le ordenaba realizar diferentes juegos de acrobacia, abrir sus terroríficas fauces y amenazar al público con su rugido; al elefante que levantara la trompa y al mono que realizara gestos cómicos, como saltar de una cuerda a otra. Por mi parte, al final de la actuación debía bailar al son de los acordes de una melodía y responder adecuadamente a las peticiones del público. Si me decían que moviera la cabeza, la agitaba, si me pedían que diera vueltas en círculo, cumplía la orden y rompían a reír. Si hubieran conocido mis orígenes humanos, se habrían dado cuenta de que lo que hacía no tenía ningún mérito o virtud.

Este tipo de juegos gozaban del gusto y la promoción del Estado, pues proporcionaban al pueblo entretenimiento y bienestar y lo distraía de los asuntos de verdadera enjundia. Tal era el interés que le ponía el gobierno, que formaban parte de los asuntos de gestión pública. En bastantes ocasiones se obligaba a los hombres a luchar con fieras y, si había presencia de leones, tenían lugar episodios terroríficos. Se trataba de un espectáculo horrible. Algunos presos eran empujados a luchar contra leones hambrientos, pero lo sorprendente de todo aquello es que el público olvidaba que el enfrentamiento era contra un ser humano indefenso. Gritaban instigando a la lucha, disfrutaban con la pelea y olvidaban los dolores y terribles heridas que el hombre recibía, perdiendo la vida en casi todas las ocasiones. Mi experiencia en el circo me enseñó que el ser humano posee un oculto sentimiento de agresividad. Las luchas que se organizaban con tales juegos no eran más que una expresión desorbitada de esta violenta tendencia. La gente gritaba, aplaudía, vitoreaba cada escena por muy sangrienta que fuera, aunque los cuerpos humanos fueran despedazados. Me vino a la mente que la batalla política es una prolongación de este tipo de sentimiento, que en lo más oculto también cobija ese instinto agresivo. En política, cuando hay que actuar contra el rival, no se piensa dos veces si hay que emplearse a fondo y con todos los medios, incluso cuando son sucios y su objetivo es acabar con el contrincante. Y de la misma manera proceden los luchadores en la arena. El pueblo goza con los juegos circenses y el dolor, disfruta de la exhibición de fuerza y en la disputa política solo ve una forma de diversión. El público siempre se pone del lado del vencedor cualesquiera que sean los métodos que éste emplee. En realidad, ¿no será la política un circo, egoísta y cruento, con unas características muy especiales?

Volvió el otoño a Volubilis y la actividad cotidiana recuperó la normalidad, el gobernador renovó su mandato. Parecía como si la ciudad hubiera olvidado la historia del secuestro, el rapto de Thusis y su criada Hatbut, y el asesinato de Aderbal -vuestro servidor, quien os habla-. En cuanto a mí, pensaba visitar la casa de mis padres. Pero ¿qué haría?, no podría hablar y para ellos sólo sería un asno como el resto de la especie. Si intentaba

hacerles ver mi situación, se burlarían de mí, y de llegar a comprender lo ocurrido, sufrirían. No podrían aceptar que su hijo, del que se sintieron tan orgullosos, se hubiera transformado en un asno. Deseché tal idea de mi cabeza.

Por su parte, la gente de Volubilis estaba ocupada en sus asuntos cotidianos y no tenía otra cosa de qué hablar que del ladrón de la montaña que robaba asnos. La inteligencia y previsión de los mandatarios de la ciudad fue la que desveló un caso de tanto interés y daño para la comunidad, no se descartaba que existiera una peligrosa red de ladrones y traficantes de bestias que amenazara el orden y la tranquilidad de la ciudad.

Salí de la ciudad cuando esta se preparaba para juzgar al erudito e imponerle los castigos más duros, no sólo por la posible estafa, también porque vivía fuera de la población, ajeno a las normas de la comunidad. No sería juzgado según las leyes aplicables a los ciudadanos de Volubilis, le impondrían otras más rigurosas que se emplean contra los extranjeros. ¡Cuánta maldad llega a atesorar el ser humano! Acaso, ¿no se juzgaba de estafa a un sabio que abandonó la comunidad para extraer del panal de la vida y de la experiencia el polen de la sabiduría? Acaso, ¿no fue este supuesto ladrón el maestro que educó a sus hijos, les enseñó a preguntarse y a apreciar la belleza y el valor del otro elevando su pensamiento al nivel de la civilización? Aun así, la ciudad lo va a juzgar utilizando pruebas falsas, lo va a sentenciar porque lo hallaron con dos asnos que no eran de su propiedad sin preguntarse por qué las dos bestias estaban allí. ¿Se ha preguntado la ciudad qué empujó a los burros a buscar refugio en tal lugar y con tal persona? Si los asnos pudieran dar su opinión, yo habría presentado mi testimonio y, tal vez, la burra habría hecho lo mismo. Pero ningún miembro de nuestro género, tampoco nuestras razones, tienen cabida en una ciudad ordenada y supuestamente civilizada, embutida en un rígido molde que sólo ve y comprende a través de las encorsetadas formas de esa misma horma.

Las leyes que rigen la ciudad, la *Urbi*, nunca se habían encontrado con un caso como este. A los regidores les bastó con las apariencias. Un asno es como todos los asnos, es un animal que no puede sentir, pensar o entristecerse.

Definitivamente, me alejé de la ciudad de Volubilis acompañando a la gente del circo. Viajé de un lugar a otro, el trayecto y mi propia existencia se fueron haciendo más y más duros. Llegó la estación de las lluvias.

Las carretas de los caballos transitaban por un camino empedrado con losas cuidadosamente colocadas, mientras que los animales marchábamos por el andén de la calzada, excepto el león, que viajaba enjaulado en una de las carretas. Tras el éxito de nuestra actuación en Volubilis, la siguiente parada sería en la ciudad de Sala Colonia. Era ésta una urbe pequeña en la desembocadura de un ancho río. Su entorno era triste y húmedo y en gran medida influía en el carácter de sus habitantes, que eran muy austeros y conservadores. No se parecían en nada a los lugareños de Volubilis, de mayor inclinación a la diversión. La mayoría de los ciudadanos de Sala Colonia eran pequeños artesanos.

Su puerto era de difícil navegación debido a la presencia de olas de gran tamaño y violencia. Tuvimos que soportar el frío y la lluvia. Mientras tanto, pude crear cierto vínculo de amistad con el resto de los animales del circo, pero no podía comunicarme con ellos debido a que cada bestia se comportaba según la conducta para la que había sido adiestrada. El león no se salía un milímetro del proceder que había aprendido, el elefante no hacía cosa distinta de lo acostumbrado y al mono le bastaba con reproducir las muecas que le habían enseñado. Los espectadores, al principio del espectáculo, se asombraban al ver las destrezas y los gestos que realizaban, pero aquella primera admiración no tardaba en desaparecer cuando se daban cuenta de que tan sólo dominaban los aspavientos y ademanes que habían aprendido. Fuera de aquella farsa, recuperaban su naturaleza

animal. Había, además, otro argumento que les hacía olvidar aquellos artificios y los devolvía a su condición de bestia. Y era cuando se agudizaba el hambre. Por todo ello, el propietario del circo estaba muy pendiente de que no les faltara comida a los animales de modo que su comportamiento fuera acorde con lo que habían aprendido. Fácilmente comprendí aquello y temí que el dueño me ofreciera en sacrificio a los leones. Ahora, mi mayor preocupación no era ser castrado pues, conviviendo mañana y tarde con el león, temía que algún día pasara hambre y por su condición animal me destrozara. Y, ¿qué león no tiene un momento de debilidad y deja aflorar sus instintos?

Después, nos trasladamos a Banasa, una amplia ciudad al lado de un río inmenso. Sus habitantes tenían muy buen gusto y debían su riqueza e industria al propio río. En aquella urbe, en un gran estadio similar al de Volubilis en cuanto a capacidad y belleza, repetimos el espectáculo en tres ocasiones.

Allí me sucedió algo extraordinario, pues me encontré con otro asno que se dirigió a mí hablándome en la lengua de los asnos. Abrió los bellos dos veces y me preguntó por mi edad. Yo le respondí dando tres zancadas y comprobé, por su comportamiento, que me comprendía. ¡Pude certificar que dominaba esta lengua! Me preguntó también cuántas burras montaba a la semana. No quise responderle y se me empinaron las orejas en señal de rechazo -pensaba que aquello era un tema privado de cada animal-. Entonces, se enfadó y empezó a amenazarme. Después, lanzó un rebuzno bronco e intentó intimidarme mientras aumentaba la intensidad de los rebuznos. Según comprendí después, el asno era un líder que escogía lo que comía y las veces que montaba a las burras. No pude contestarle, pues mi respuesta requería emplear la razón y que también razonara el destinatario, don principal que diferencia a los géneros humano y animal. Las razones son imposibles de explicar en la lengua de los asnos, idioma que sólo permite comunicar las sensaciones básicas y simples que tienen los animales. La reflexión requiere del habla, que he perdido, y mi interlocutor tampoco posee una mente tan abierta que sea capaz de comprender más allá de las necesidades primarias que tiene una bestia. Así que no vi de interés razonar y convencerle de mis intenciones, agaché la cabeza. El asno entendió que claudicaba y rebuznó en señal de victoria. Había vencido con la lógica del pensamiento del asno, que no es otra que la de la fuerza. Aquello me hizo ver que también hay hombres que se asemejan al asno que me venció en Kerma o a este de Banasa, personas que miden el valor de su vida por lo que poseen y su único fin es acumular placeres. Es muy complicado dialogar con ellos e intentar convencerles de opiniones contrarias, igual que es muy difícil hablar con gente de convicciones fijas, porque todo estará bien si le das la razón a tu interlocutor, mal si le contradices. Entonces, si objetas en contra de sus ideas, te darán la espalda, te insultarán con infamia y pondrán en contra tuya a los que le acompañen. No se puede dialogar en discrepancia, porque la diferencia está en el don de pensamiento, es decir, en la capacidad de razonar de cada uno y en la propuesta de argumentos en defensa y en contra. Aquella misma era la principal idea que defendía el sabio Aka Awrir tras muchos años de investigar y reflexionar. ¿Dónde estaría ahora? ¿Lo habrá juzgado la ciudad utilizando unas leyes que dicen ser justas pero que practican la injusticia?

Reanudamos nuestro viaje y nos dirigimos a Lixus. El camino era fangoso, pues atravesaba pantanos y ciénagas, y a las carretas les costaba gran dificultad atravesar las zonas donde el camino no estaba bien trazado y consolidado. Para aligerar el peso de las carretas, sacaron al león que marchó ahora en compañía nuestra y sujeto del cuello con una cuerda. A su lado iba el mono, y el león, con o sin razón, de cuando en cuando lo golpeaba con su garra. El mono, resignado, se dejó caer al suelo a modo de pleitesía. El león rugió, como señalando que le concedía el perdón y aceptaba su vasallaje. Continuamos la marcha, pero de tanto en tanto volvía a repetirse la situación. En un

momento dado, cuando el mono ya no pudo aguantar más la situación, saltó a un árbol y se apartó del grupo mostrando su enfado. A modo de respuesta, el león expresó una profunda decepción, se detuvo y movió la cabeza de lado a lado en señal de congoja. Como el mono mantenía su rebeldía, el león lanzó un rugido ensordecedor que motivó que el simio se regocijara de placer viendo como la bestia sufría de impotencia. Al principio, creí que el león dominaba al mono, pero comprobé después que sucedía todo lo contrario. Realmente, las muecas y gestos que realizaba el mono no los hacía por sumisión, le eran propios a su especie. Pero, mediante sus halagos, influía en que el león se creyera su superioridad cuando en verdad su supuesta grandeza quedaría en nada sin la fingida pleitesía del mono.

Primero hicimos parada en Lixus, a donde se llegó tras grandes dificultades. Era esta una ciudad tranquila en la que sus habitantes vivían de la pesca, de secar pescado y de la obtención de sal. Les gustaba divertirse y bebían alcohol. Les encantaban las mujeres, los concursos de belleza y se regocijaban con espectáculos circenses como el nuestro.

Durante el espectáculo, el león estuvo a punto de romper la dinámica que tenía asignada, pues saltó de la arena al público para atacar a un espectador que lo había provocado. Se produjo un gran alboroto, aunque el propietario del circo salvó la situación tirando con fuerza de la cadena que amarraba al león y amenazándolo con el látigo. Finalmente, consiguió doblegarlo, se tranquilizó y quedó sumiso como un gato doméstico. Si el león hubiera utilizado la razón, habría llegado a la conclusión de que el látigo no tiene fuerza suficiente para detener su ímpetu, pero había sido instruido para tener miedo a la fusta. Del mismo modo, el pueblo, sumiso, teme a fuerzas inferiores en número que serían incapaces de pararlo si se levantara en armas contra el orden establecido. Pero ha sido educado para tener miedo al poder y obedecerlo sin discusión.

Nos instalamos en Lixus, ciudad que fue del agrado del dueño del circo. En el lugar, tomé como concubina a una mujer copta que regentaba un bar, lo que nos permitió cierta estabilidad viajera y una estupenda ocasión para relajarnos. Toda la ciudad presentaba espacios arbolados y su entorno natural era de gran belleza.

A pesar de que había abundante comida, yo no tenía sensación de hambre y me invadió el aburrimiento. La causa, quizá, estaba en que había asuntos existenciales que revoloteaban por mi mente y me quitaban el sueño. De una parte, recordaba a la burra que había conocido en la montaña y que aún hacía latir aceleradamente mi corazón. Imaginé también los tormentos que debía estar pasando el erudito y recordé los sabios consejos que me dio. Como bien me hizo ver, mi sufrimiento era causa directa de mi capacidad de pensar y reflexionar. El motivo de mi martirio estaba en el don que me permitía sentir y, por eso, siempre sería un asno con todas las características que le son propias. Ya no sólo ardo en deseos por lo que me evoca mi pasado humano, ahora también me afecta todo aquello que me acontece y que percibo como animal. La burra pasó a tener un protagonismo especial en mi vida y los consejos que recibí del sabio, como bien me dijo, son una carga que aparejo y llevo encima, que me permiten reflexionar, decidir y sufrir, pese a mi existencia como animal.

Abandonamos Lixus cuando el dueño se aburrió de su amiga copta, nos dirigimos ahora a Tingis. Llegamos a la ciudad en buena camaradería, cuando el verano ya levantaba el telón. Era esta población muy diferente al resto de las que visitamos, más parecida a Cirta que a Numidia, pues la belleza de la ciudad radicaba en su relieve. Los barrios ocupaban diferentes cerros y quebradas, que eran colonizados por una infinidad de viviendas. Había también una mezcla de razas: beréberes, godos, vándalos y romanos, que vivían del comercio y amaban la vida y sus placeres. Sin embargo, había un componente que la diferenciaba de Cirta, y era la escasa preocupación que había por el conocimiento y la filosofía. No se interesaban por el saber y no le daban importancia al pensamiento, pues

aquí el éxito se medía por el dinero que cada uno tenía en propiedad. Me impresionó el encanto de sus paisajes, sus fascinantes panorámicas y los jardines de Osiris, que se encontraban sobre unas colinas que miraban al mar. Los griegos los habían identificado como los Jardines de Hércules, los que engendraban frutos de oro.

En el teatro de la ciudad representamos una función mediocre, que no llegó a tener el éxito que había obtenido en otras ciudades. Solamente asistió el populacho, pues la élite estaba ocupada en la gestión de sus negocios y en diversiones particulares que entendía más exclusivas. Pero el espectáculo contó con una nueva atracción que causó gran interés en el público: un hombre luchó contra un león. Ya había presenciado una escena similar en Volubilis y me causó gran pesar. El león destrozó a un hombre desarmado y después exhibió el cadáver entre sus fauces. Mientras tanto, la masa disfrutaba de una lucha tan particular saltando y ovacionando con gritos el número. En Tingis volvimos a presenciarlo, en el anfiteatro de la ciudad que se asoma al puerto. El hombre se situó en el centro de la arena, desarmado. Era de cuerpo esbelto y musculoso, transmitía tranquilidad y no parecía sentir miedo. No aparentaba angustia a pesar del griterío del público. Se abrió la compuerta y apareció un león enfurecido que se acercó a la víctima. El hombre no se movió, al contrario, lo esperó haciendo un gesto con la cabeza y la mano. La bestia reculó. Ante aquella situación, novedosa por el valor del luchador, el león empezó a rugir con fuerza mientras que el hombre lo miraba fijamente, sin moverse un ápice. El animal amenazaba y el hombre, inamovible, seguía gesticulando con los brazos como única defensa. Finalmente, el león atacó al hombre con resolución, el público tan sólo pudo contener la respiración convencido de un trágico y seguro desenlace. El sacrificado extendió la mano a la bestia como atrayéndola, rápidamente se giró a la izquierda y comenzó a rodearlo en círculo. El animal, desorientado por este movimiento, se echó para atrás desconcertado. El león volvió a rugir una y otra vez y el hombre siguió escenificando un frenético baile a su alrededor mientras lo miraba fijamente. Entonces, la bestia se convulsionó y comenzó a mover la cabeza estúpidamente, arriba y abajo, el hombre volvió a su quietud. Finalmente, el felino regresó sumiso a la cuadra.

El populacho estalló en vítores, ¡había vencido el hombre! Consiguieron derrotar al enfurecido león con inteligencia, destreza y valentía. En aquel momento aprendí que la fuerza no lo es todo. El comité de arbitraje concedió la libertad al hombre como dictaban las normas del juego, pues el que gana al león logra su manumisión si es un esclavo y se libra de la condena si fuera un prófugo. El propietario del circo decidió entonces que debía modificar los números que ofrecía para responder a la demanda del público. Comprendió que lo que al populacho le gustaba no eran los juegos acrobáticos que ofrecían el elefante, el mono y el león, ni sus bailes ni los juegos que realizaban con los asistentes, sino aquellas funciones cruentas en las que tenía una presencia destacada el riesgo de muerte. Con esta idea, en uno de los mercados que visitamos se deshizo del elefante, que lo compró un comerciante godo. También vendió el león y el mono a un hacendado romano. Después, una vez se deshizo de los animales, embarcamos en Tingis para Sebta, pues el viaje por tierra entre Tingis y Tamuda era de difícil tránsito debido a la existencia de un denso e inhóspito bosque habitado por animales salvajes.

Al llegar a Sebta, la ciudad de las siete colinas, nos dirigimos a Tamuda por la vía terrestre. El camino era de fácil circulación pese a la existencia de algunos pantanos, pues la bondad de la senda radicaba en que evitaba las bestias y que era de traza recta y sin altibajos orográficos.

Por entonces, desconocía las pretensiones de mi amo, pues de saberlas hubiera tenido más precaución o tal vez me habría escapado: me reservaba para luchar contra un león. Con esta intención alquiló uno muy feroz, aunque no supe nada hasta la noche anterior a la pelea. Le di muchas vueltas a la cabeza, pues la lucha entre un asno y un león era

desproporcionada y significaba el fin del jumento. ¿Qué asno puede vencer a un león? ¿Era éste el modo de librarse de mí? Le hubiera bastado con venderme en el mercado como hizo con mis compañeros, pero no, quería sacar provecho económico y que sus números circenses pasaran a formar parte de los espectáculos más cruentos.

Pensaba en lo que podría sucederme y recordé cómo tiempo atrás el hombre había vencido con inteligencia y valentía. ¿Podría realizar yo la misma hazaña? El hombre posee una agilidad que yo no domino. ¿Sería el fin de mi existencia animal? ¿Me daba aquello una mínima esperanza de recuperar mi humanidad?

Decidí que de morir lo haría con honor, de la mejor manera. Descansé un rato como si fuera ajeno el enfrentamiento, decidí mostrarme valiente. Comí los restos de una sandía podrida y bebí mucha agua. El día siguiente, al atardecer, entré en un estadio rebosante de gente. Aumentó el griterío de manera ensordecedora, como si mi aparición no hubiera agradado al público. Con la intención de tranquilizarme, hice caso omiso del sentir de la plebe. Permanecí en mi sitio, totalmente inmóvil, mientras se abrían las dos compuertas del refugio del león, que salió feroz. El público volvió a gritar. El león parecía decidido a acabar conmigo en un instante y me atacó nada más acercarse. Me incliné a un lado y me agaché. Esquivé su primer ataque, no me tocó con sus garras y aquello le hizo enfurecer aún más. Se levantó y rugió con fuerza dispuesto a atacarme de nuevo. Para distraerlo, comencé a mover mi pata delantera derecha. Rugió con más intensidad. A renglón seguido levanté la izquierda, el león empezó a ponerse nervioso. No debía darle tiempo para reaccionar, así que me erguí sobre mis patas traseras, en posición humana. Después, me puse a bailar, el público estalló en risas y la bestia se enfureció aún más. Di vueltas a su alrededor mientras él bramaba y rugía desconcertado. El público cambió las tornas y se puso de mi lado, comenzaron a burlarse del animal que se quedó estático, como para coger fuerzas. Volvió a atacarme y, como estaba erguido, me hirió en la barriga. No sentí dolor, pero sí cómo la sangre corría por mi cuerpo. En aquel momento sólo me quedaba la estrategia que había ideado la noche de antes, que no era otra que orinarlo. Mis meados, como el agua que emana de un manantial, mojaron sus crines y sus ojos, y le anularon la vista. El público no podía parar de reír y aquello apagó los ánimos del león, que dejó de tomar la iniciativa. Todavía hurgué más en la herida. Cuando terminé de orinar, aún de pie como un humano, comencé a jugar golpeándome el pecho con mi pene erecto, blandiéndolo como si fuera una espada que buscara matarlo. Se asustó el león. Pido disculpas a quien vea mis escritos y lea unas palabras tan hirientes como agitar o mover el pene. Sé que esto provoca cierta vergüenza, pero la cuestión era de vida o muerte y no tuve más remedio que sacar mi herramienta. Si el león hubiera tenido oportunidad de morderme con sus colmillos, lo habría hecho, y si yo hubiera tenido cualquier otra arma con la que luchar, la habría empleado. No hay batalla que sea limpia ni noble y el instinto de supervivencia usa todo aquello que encuentra a su alcance. Pensé que el combate se daba por terminado, bajé mis dos patas delanteras y le di la espalda. Tomé aire y solté sobre la cabeza del león todo lo que tenía en mi barriga, que era tal diarrea que cubrió de mierda toda su melena. El león no pudo soportar más la humillación y regresó cabizbajo a su guarida.

El público estalló en vítores y gritos pues, contra todo pronóstico, el asno había vencido al león. El comité de arbitraje anunció mi libertad, dejé oficialmente de ser propiedad de mi dueño. Me colgaron al cuello una condecoración que anunciaba mi victoria y prohibía que nadie se apropiara de mí. Bajó mucho público a la arena para celebrar mi éxito.

De la gran confusión que se formó, tan sólo recuerdo a una muchacha que descendió al coso y me abrazó. Me dio palmaditas en el lomo y me curó las heridas. De su persona y vida vais a saber con bastantes detalles.

Quedé impresionado por la alegría que se respiraba en el ambiente. Agotado, deseaba llegar a mi cuadra y descansar, pero mi antiguo dueño intentó cerrarme el paso. La muchacha se lo impidió, pues ahora era totalmente libre. Lo miré fijamente, de tal manera que entendiera a la perfección mis despechos. ¿Así de falso eres tú, mi viejo amo? Quisiste acabar conmigo y beneficiarte de un asunto tan cruento, pues me arrojaste desnudo a un combate con un león embravecido creyendo tener la certeza de que me destrozaría. No esperabas que pudiera vencer, pero para mí la victoria significaba sobrevivir. Ahora intentarás atribuirte el triunfo y dirás orgulloso que el asno es tuyo, pero yo conozco tus intenciones y ya no soy de tu propiedad. Entrenaste al león, al elefante y al mono, y te aprovechaste de su trabajo, después te libraste de ellos con facilidad y sin importarte su destino. Lo mismo quisiste hacer conmigo, con astucia, para tu provecho económico y sin asumir la responsabilidad de mi muerte. Pero estoy aquí y sigo vivo, mi antiguo y pérfido amo. Libre a pesar de mis heridas y mis cicatrices.

La noticia de mi victoria se propagó con rapidez y fue conocida por otros asnos que quisieron celebrar una gran fiesta y organizar grandes manifestaciones en mi honor, pero yo me negué a participar y tomar parte activa en cualquier celebración. Estaba lastimado, herido en cuerpo y alma. Estaba cansado, harto de mi forma animal, y rechacé convertirme en un efímero juguete manipulado por todos.

En aquel momento me acogió la muchacha, que estaba en contra de cualquier lucha entre bestias, y me llevó a un albergue especial para cuidado de animales. Allí, escogí una esquina donde curar mis heridas y me dormí profundamente. El sueño reparador me permitió ver en mi cuerpo otras heridas que no había apreciado en la intensidad de la lucha. Las cicatrices más profundas se debían al desencuentro entre mi forma animal y mi esencia humana, me sentía como aplastado por una montaña, incapaz de moverme y discernir con claridad. Sentía aversión por todo, por la comida y la bebida. Dejé de salir y no quería ver o encontrarme con ningún otro animal. Aun así, permanecí en el albergue sin abandonarlo.

¿Qué es lo que hice para merecer tanto sufrimiento? ¿Fue por tomar la bebida prohibida? ¿La causa estuvo en mi deseo de volar, de surcar los vientos para esquivar mis obligaciones con la comunidad? ¿No hubiera sido mejor para mí recordar que el hombre debe ser consecuente con sus propios actos? ¿No será que todo este escabroso camino ha sido una manera de expiar mis culpas? ¿Es mi destino permanecer para siempre como asno y soportar esta carga? ¡Me tortura la angustia! No me alimentaron bien, me amenazaron con castrarme y diferentes tribus bárbaras me utilizaron como chivo expiatorio de sus esperpénticas creencias. Unos me consideraban como a un santo digno de veneración mientras que el contrario me censuraba convirtiéndome en diana de sus odios e ignorancia. ¿No puedo prestar mi ayuda a un hombre sabio cuando es tratado con injusticia? ¿No puedo defenderlo contra un castigo indigno que no se merece? ¿Es el destino justo conmigo cuando me dejó caer bajo la propiedad del dueño de un circo que sólo valora a los animales por los gestos que él les ordena hacer y ellos fielmente reproducen, o por las risas que provocan, y que luego se libra de ellos sin ninguna consideración? ¿Está escrito en mi destino que seis asnos se burlen de mí por mi comportamiento humano con el único objetivo de obligarme a actuar como ellos, que me conforme con comer y tener placeres sexuales como un animal?

Estaba cansado de tanta reflexión, me desesperé y perdí la esperanza. Rehusé salir del albergue. Con frecuencia, venía a visitarme Dona, la muchacha que me atendió en la arena y que estaba en contra de maltratar a los animales. Ella era consciente de que yo no era un asno similar al resto de la especie. Desconocía el sentimiento real que Dona tenía hacia mí, pero sí recuerdo su total entrega para disipar mi sufrimiento. Me visitaba en el albergue todos los días y me traía alfalfa, que yo masticaba aún con cierta dificultad.

Tenía cierta aversión por la comida y ella me consolaba con una conversación cariñosa que me recordaba los sabios consejos del erudito. Conocí detalles de ella que me mostraron una forma de pensar y actuar muy similar a la mía. Su padre era beréber y su madre vándala, habido nacido en Sebta y vivía en Tamuda. Anteriormente, se había casado con un soldado romano del que no tardó en separarse y, desde aquel momento, fue siempre fiel a su modo de pensar y actuaba de tal manera aliviando el sufrimiento de los animales. Tenía la capacidad de ver la crueldad con la que el hombre trataba a sus semejantes, también a los animales, y denostaba tales comportamientos. Era similar al sabio en muchas de sus ideas y modos de actuar, pero también había ciertas diferencias entre ellos. Era muy activa, como él, pero no era solitaria ni se aislaba del mundo, contrariamente a lo que solía hacer el maestro. No tenía una cultura tan amplia como el sabio, pero lo contrarrestaba con una fuerte convicción de sus valores. Se sentaba junto a mí mientras yo estaba tumbado, me ponía el brazo sobre el cuello y me hablaba: “levántate de tu tropiezo, asno cariñoso. Abandona la tristeza y las penas. Eres fuerte, pero te puede la melancolía, definitivamente no veo que seas un asno, o al menos no eres como los demás. Si realmente fueras un asno, serías como ellos. Te habrías alegrado de la victoria y te habrías vengado de tu agravio. Pero no, siento que posees en tu interior aquello que caracteriza a los sabios y a los filósofos. La tristeza inunda tu ser. Si pudieras hablar, seguro que expulsarías lo putrefacto que te está haciendo daño, recitarías frases bonitas y comunicarías pensamientos positivos. Tengo una corazonada que me dice que es así, lo siento con esa intuición que tenemos las mujeres, es un presentimiento. Tengo un palpito que me dice que escondes en tus adentros algo que te hace daño. Te digo, no lo echas fuera por la tristeza que te invade, que te está destrozando la vida. Pero hazme caso, ten en cuenta que sólo son situaciones pasajeras de tu trayectoria como animal, pero que también se presentan en la vida del hombre, instantes que se deshuelan y quedan en nada como la nieve en primavera. No distingo entre especies, no valoro a unas más que a otras, pues he conocido animales cuya honradez supera con holgura la de muchos humanos. Mi esposo peleaba con ahínco por lograr el éxito, la gloria, e ignoraba el obsequio más importante que nos ofrece la vida, que no es otro que encontrar la sencilla felicidad. Él prefería luchar y acrecentar así la grandeza y los honores de Roma, sin importarle que aquello significaba muerte y destrucción. Se dejaba llevar por un instinto, por la inclinación que hace de la fuerza nuestro único timonel y de la ira un placer. ¿Hay algo de humanidad en todo ello? He conocido a los perros más fieles y a burros que soportaban cualquier carga ajena. He tenido noticia de los gatos más cariñosos y de leones valientes. He visto caballos altivos, henchidos de orgullo y honradez. En verdad, ¿no nos distinguimos los unos de los otros por los valores que atesoramos en nuestro interior y que realmente dicen lo que somos? Me apena que no puedas hablar. Pero supongamos que sí pudieras articular palabras y comunicar lo que sientes, ¿crees que los más inteligentes no somos conscientes de la herida que te corroe? Tenlo por seguro, sí sabemos ver la carga que soportas”.

La escuchaba hablar y me alegraba. Cerraba los ojos y me entraba sueño. Si se daba cuenta de ello, dejaba de hablarme y jugaba con mi melena. En una ocasión le entró sueño y se durmió en mi regazo. Voy a deciros la verdad. Si pudiera amar a una mujer, amaría a Dona. Creo que la he amado con un sentimiento extraño, el mismo del que me hablaba Hibata y que llamaba amor platónico. Esperaba su visita y disfrutaba de su conversación. Temía que tardara en llegar o que finalmente no viniera a nuestro encuentro. Me sentía diferente cuando estaba junto a ella y me invadía la tristeza cuando nos separábamos. ¿Sentía ella lo mismo? No sé, creo que no es conveniente que me haga esta pregunta. Si realmente me hubiera amado, entre nosotros dos habría muchos obstáculos que nos separarían.

Sané de mis heridas y comencé a salir en su compañía por las calles de Tatawin, un bello lugar donde hay manantiales cuyas aguas proceden de las montañas y árboles frondosos que dan mucha sombra. Escuchaba el sonido del agua y ella, sentada junto a mí, jugaba con una flor y tarareaba una canción. Observábamos a los niños que canturreaban una melodía en lengua amazigh mezclada con palabras vándalas, pues habían venido muchos vándalos del país de los godos para vivir en esta tierra. Escuchábamos el agradable canto de las mujeres y sentía un placer especial. Ninguno de los humanos podía agraviarme siendo yo libre. Me preguntaba si después de tanto sufrimiento merecía ahora la pena recuperar mi humanidad. ¿Realmente habría modo de recuperar mi forma humana?

Era necesario que volviera al lugar de la transformación, a mi tierra. Quizá Dona podía leer la desazón que aquejaba mi corazón.

“Ciertamente escondes algo, asno de buena voluntad. Estás pensando en marcharte. No hay nada malo en que te encuentres a ti mismo. No voy a detenerte, aunque sufra por nuestra separación, pues no dudo de que te encontrarás a ti mismo. Con seguridad que esto es la causa de tu tristeza, pero también tengo la firme creencia de que lograrás tu objetivo. Te encontrarás a ti mismo y serás aún más brillante y noble de lo que ya fuiste. Encontrarás en tu ser la belleza, el conocimiento interior, la pureza. No te rindas. Pero encontrarte contigo mismo no es suficiente. Haz de tu camino de sufrimientos una ascensión que permita que tu pueblo también encuentre su esencia, pues seguro que anda perdido y no reconoce su verdadera identidad. Dice la mitología griega que fue Hércules quien separó las dos orillas y yo reconozco que es así, que las separaron los dioses. Pero el ser humano puede unirlos, sé una de las dovelas de ese puente que ya nos une a ti y a mí. Porque yo soy fruto de esas dos orillas y temo el día en que la zanja sea tan profunda que sea infranqueable. Si se abriera una grieta, sería como si me partieran en dos ¿Imaginas un hombre con una sola mano o una única pierna?, ¿concibes que pueda avanzar, prosperar, si le han arrancado una parte esencial de su cuerpo? Déjame que te abrace, asno de buena voluntad”.

XIII

Cuando aún dormían los animales, salí sigilosamente del albergue en el que me hospedaba. Por caminos poco frecuentados me dirigí al sur, atravesando elevadas montañas. Caminé durante mucho tiempo por valles, bosques y acantilados. Al comienzo del trayecto apenas encontré obstáculos que me impidieran la marcha, pues tan sólo era un asno sin rumbo al que nadie prestaba atención. Los que pasaban por mi lado iban entretenidos en sus cosas. Proseguí mi camino sin detenerme hasta la caída del sol, cuando me detuve a pastar. Después cayó la noche y me dormí profundamente. De pronto me desperté debido a unos sonidos terribles, eran aullidos de lobos que cada vez se oían más fuerte certificando su proximidad. A intervalos, se apagaban los ecos y se extendía el silencio. Cuando quise rendirme al sueño, volvieron a escucharse los aullidos. Debía mantenerme despierto para no ser sorprendido por las bestias, pues en caso de bajar de la montaña me rodearían por completo. Si me atacaba la manada, ¿podría enfrentarme a ellos?

La noche estaba nublada y oscura, no había ninguna estrella que con su luz pudiera guiarme. Permanecí así hasta bien entrada la madrugada. Desaparecieron los aullidos, me entró un poco de sueño y finalmente me dormí. Cuando me desperté era mediodía y

reanudé la marcha. Crucé arroyos de aguas impetuosas ocupados por rocas enormes y subí elevadas cumbres de extremada pendiente. El camino empezó a hacerse más hostil, apenas era transitable. Me ayudaba con el sentido del olfato. Encontré entonces un sendero tortuoso, nunca transitado por el hombre, que en ocasiones me obligó a desandar el camino. Crucé por lugares tenebrosos, también por otros calcinados por un sol inclemente. Me rodeó entonces una manada de perros, que me ladraron con fuerza y maldad. No les hice caso, lo que aumentó su ira. Algunos se acercaron tanto, que su hocico tocó mis patas y sus colmillos amenazaron mi cuerpo. Decidí no responderles pasara lo que pasara, pues si lo hubiera hecho se habrían abalanzado definitivamente sobre mí. Hubiera sido suficiente con hacerles frente para que hubiera comenzado la batalla y me destrozaran en pedazos. Al no responderles, me siguieron acosando sin llegar a más. Aquello duró tanto tiempo que me pareció una eternidad. Se alejaron, no se atrevieron a hacerme daño. Después se dispersó la manada y continué mi marcha por un camino que cruzaba un bosque frondoso, no miré atrás. Me rodeó entonces una bandada de aves, tan cariñosas que me sentí arropado con su presencia. Algunas de ellas se subieron a mis espaldas y otras entonaron ciertas melodías cuyo sonido era horrible. Me dieron compañía y amistad, no eran como los perros que me habían amenazado con destrozarme con sus colmillos. Al llegar la noche me dormí agotado de cansancio. Me despertaron los picotazos de los pájaros, que me dañaban todo el cuerpo. La noche era muy oscura para distinguir sus formas, pero pude identificar su piar. Aquellas aves que de día se habían mostrado amables y buena compañía, con fingida amistad esperaban la llegada de la noche para agredirme. Tan sólo se detuvieron cuando, asustadas, escucharon los aullidos de los lobos, que avisaban de la cercanía de las bestias y su amenaza.

Sentí entonces cierto arrepentimiento por la decisión que había tomado, pues es muy aventurado tomar un camino lleno de riesgos cuando se desconoce su final. ¿No hubiera sido mejor permanecer como un animal querido y bien tratado en compañía de Dona, que me cuidaba y daba cariño, que me alimentaba sin pedir nada a cambio? ¿Qué he conseguido al escoger esta difícil elección? Perros que me acosan, lobos que me amenazan, aves que me pican. ¿Con qué objetivo?, ¿para caminar a dos piernas, hablar y que me comprenda la gente?, ¿para querer, amar y enfadarme?, ¿para volver a mi vida anterior? ¿Y si no la recupero? No sé qué desatino me empujó a volver a mi tierra, a pensar que era posible recuperar la humanidad. Pero ¿sería posible dar marcha atrás? No, el camino por donde he venido está lleno de peligros y no tengo más remedio que continuar con la marcha, estoy decidido a seguir. Me invadían muchísimos sentimientos enfrentados, pero debía continuar mi viaje. Pero ¿sé a dónde me dirijo? ¿Quizá a reencontrarme con mi familia en Volubilis, en la casa de mi madre? ¿Acaso en su día no estuve tan seguro de huir de mi pueblo, tan firme en ocultar a mi familia la decepción de haberme convertido en un asno? ¿Por qué me atrevo ahora a hacer lo que antes repudiaba? ¿No es todo esto un indicio de impotencia y una señal de no tener el control de nada? Sí, tuve una reflexión profunda mientras estaba en compañía de Dona, y no fue otra que la determinación de regresar a mi tierra para abrir el camino de la transformación. Es un deseo, ¿pero en qué se sustenta?, ¿qué garantiza su cumplimiento? Nada. ¿Entonces por qué seguir caminando? Es un sentimiento irracional. No hay certeza en el horizonte, pero debo comportarme como si las puertas de la esperanza estuvieran abiertas de par en par. Caminaba y caminaba, y de cuando en cuando levantaba la vista y observaba a mi alrededor.

Entonces, distinguí en las laderas hienas esperando para atacar. No emitían ningún sonido. Había visto que me seguían durante todo el viaje, yo era el centro de sus miradas. Esperaban que me derrumbara, que desistiera de mi firme marcha para atacarme. No se

atreveron a enfrentarse a mí cuando aún tenía algo de fuerza, aguardaban a que me fatigara y cayera al suelo rendido. Entonces, tan sólo entonces, sería fácil acabar conmigo. Durante mi viaje, el ladrido de los perros se convirtió en algo familiar, también el aullido de los lobos y la vigilancia de las hienas. Penetré en una llanura de fácil acceso. En ella vivían varios pastores que no me hicieron daño. Seguí con la marcha, al caer la tarde me detuve junto a una empinada cuesta, pues no me atrevía a subirla de noche. Dormí durante unas horas y recuperé algo de fuerza, por la mañana la subí despacio y con decisión. Lo más peligroso que veía era la presencia de unas rocas enormes que podían desprenderse y enterrarme, por eso tenía que andar con cuidado y lentitud, aunque se ralentizara la subida. Poco a poco me fue venciendo el cansancio y tuve que luchar contra sentimientos contrarios, pues de una parte necesitaba descansar y de la otra deseaba seguir. “¡Ánimo, *Asnus!* El camino se pone más difícil cuando nos aproximamos a nuestro destino. No te rindas. ¿De qué te valdría haber soportado tantas dificultades para descansar ahora en este lugar? De detenerte, tal vez te sorprendan bestias despiadadas, te deparen grandes adversidades o quizá te aplasten enormes rocas. Adelante, *Asnus*. Escala la montaña. Cuando alcances la cima, mira desde arriba y haz lo que te apetezca porque ya estarás lejos de todo peligro”.

En un intervalo de tiempo que se hizo eterno llegué a la cumbre de la montaña, cuando el sol ya estaba a punto de ponerse. Volubilis se veía a lo lejos, al norte quedaba Tisira. No era la puesta de sol de un día cualquiera, en realidad representaba el cénit de toda una vida, la mía propia. Calculé que no había más de cuatro horas de distancia, si emprendía la marcha de madrugada alcanzaría mi destino cuando despertara la gente de la ciudad. Situado en el lugar, me rendí a las maravillosas vistas que ofrecía el crepúsculo. Recordé entonces a Thiusis, la tarde que me invitó a ver la puesta del sol en el balcón de su casa, justo antes de convertirme en asno. Ahora sí valoré verdaderamente la belleza de aquel lejano crepúsculo, cuando Thiusis se rendía a la hermosura de la panorámica y Hatbut preparaba la sala y nos servía. Siempre que iba a casa de Thiusis su sirvienta, Hatbut, se esmeraba en el servicio, pero entonces no fui capaz de apreciar su dedicación. ¿Por qué no valoré aquella predisposición y empeño hasta ahora, cuando vivo bajo una apariencia animal? ¿El placer me ocultó lo que debía haber visto?

Sí, eso fue lo que ocurrió. Vivía bajo una coraza de arrogancia y mi único deseo era obtener placer. Todo aquello me impedía comprender las cosas como realmente eran. No veía más que lo que quería ver. La vida me pasaba por delante sin detenerme a interpretar lo que en verdad significaba.

No. Aún no iría a la ciudad. Aunque tardara un día más en regresar, iba a ir a una fuente de agua tibia para purificarme. Continuaría la marcha al día siguiente.

Bajé de la montaña sin dificultad y seguí la corriente del río. Por entonces, siendo otoño, llevaba poca agua. Caminaba decidido y con la mente despejada, no pensaba, no tenía otro interés que no fuera encontrar la fuente. Dejé la ciudad a un lado y me dirigí a la montaña por el norte. La alcancé a media tarde y busqué una sombra ancha y agradable bajo un árbol, me dormí allí mismo. Me perdí la puesta del sol. Cuando me desperté el cielo estaba tan plagado de estrellas que la bóveda estelar resplandecía totalmente iluminada, se habían disuelto por completo las nubes que encapotaban mi camino de regreso. Era tal el sufrimiento que soportaba mi cuerpo que no esperé al amanecer para purificarme. Caminé hacia la fuente y me introduje en ella, primero mis patas delanteras e inmediatamente las traseras. El calor del agua comenzó a penetrar dulcemente en mi piel. Me tumbé de espaldas, como hace el ser humano, mientras experimentaba una extraña paz interior. Cerré los ojos y noté cómo toda la suciedad que me envolvía se desprendía de mi piel, sin necesidad de frotarme. Moví mi pezuña delantera derecha y me respondió. Me sorprendí. Moví la izquierda y el cuerpo se enderezó con total facilidad.

Las saqué del agua y se transformaron en manos. Temblé asustado. Me puse en pie sobre las piernas y constaté que de nuevo era un ser humano. Moví las manos nuevamente para convencerme de que así era. Las levanté y toqué mi cara, confirmé que era la cara de una persona. Busqué entre mis piernas y mi pene ya no era aquel enorme miembro que aterrorizaba a mis enemigos. Miré detenidamente mi cuerpo y vi las cicatrices que me produjo el león cuando, siendo asno, luchamos. Ahora era un hombre nuevo que había nacido de su propio ser, sin necesidad de partera, porque había sido *matrón* de mi propio nacimiento. Grité de alegría, no podía impedirlo, era un clamor que anunciaba una segunda oportunidad. Grité por segunda vez y era una voz humana. Saqué todo lo que tenía dentro. ¡Soy Aderbal! Después lo susurré y, finalmente, volví a gritar y el sonido alegró mis oídos. La voz era precisa y clara. ¡Soy Aderbal y no he rebuznado!

La luz del día se hizo mientras caminaba al amparo de la montaña, desnudo. Temí encontrarme con algún humano y que le causara mala impresión, así que decidí guarecerme en la cueva del sabio. Me dirigí hacia ella apresuradamente. Encontré un retal de tela y me cubrí con él atándomelo como si fuera una ajorca, al estilo beréber. Me calcé también unas babuchas rojas. Inspeccioné la cueva, se encontraba tal y como la había dejado. De la estantería colgaban algunos libros y sobre la mesa se extendían varios ejemplares: *Meditaciones* de Marco Aurelio, *La ciudad ideal* de Platón y las *Ideas* de Séneca. No estaban dañados pese al tiempo transcurrido, los vientos furiosos y las terribles tormentas no los habían estropeado. El espíritu del sabio lo envolvía todo, también habitaba en mí. Bajo la estantería encontré un papiro donde había dibujado un jeroglífico. Me extrañé al verlo. El sabio no me había comentado que conociera la lengua egipcia y su escritura.

Después, me dirigí a Volubilis caminando ágil y ligero, como dejándome llevar por el viento. Llegué al mediodía y entré a la urbe por la puerta sur. Las callejas de la ciudad estaban repletas de transeúntes y la gente andaba distraída pendiente de sus problemas y asuntos. No se preocupaban por lo que en verdad les puede dar la felicidad, igual que me ocurría a mí cuando me transformé en asno. Me detuve ante un vendedor de perfumes que anunciaba su producto. Después, me dirigí a un alfarero que decoraba su propia cerámica y finalmente me paré a escuchar a un cuentacuentos que narraba la historia de una burra que había parido un bebé humano, a su alrededor la gente se retorció de risa. Me sentí extraño, noté como un vacío, quería aferrarme con fuerza a mi nueva forma de entender la vida.

En el pasado no entendí qué era la vida, la veía pasar con cierta indiferencia. Pensaba que sólo consistía en adquirir conocimientos, perseguir placeres y buscar un golpe de suerte que te llevara al éxito, no fui consciente de que en realidad es un viaje interior que te permite reconocerte como verdaderamente eres. Y fue este largo y penoso viaje lo que me hizo abrir los ojos, reconocer qué es la vida y los tesoros que entraña.

Me dirigí al barrio de los latinos, donde vivían mis padres. Llamé a la puerta. ¿Se habría marchado mi familia? ¿Les habría ocurrido alguna desgracia? Volví a llamar. Abrió entonces la puerta un sirviente que me era desconocido. Me preguntó que quién era yo. Le respondí que era Aderbal 'U Bugud. Me miró extraño y afirmó: “Aderbal murió. Búscate otra estrategia para engañar a la gente”. Iba entonces a cerrar la puerta, cuando una mujer le preguntó desde el interior y él respondió:

—*Na Izza*, un estafador afirma que es Aderbal.

La mujer dijo:

—¿Aderbal? ¿Es eso cierto? ¿Mi hijo Aderbal? —Se acercó precipitadamente y me abrazó—. Aderbal, estaba convencida de que vendrías. Tenía el presentimiento de que no habías muerto. —La abracé con fuerza y volví a sentir la grata sensación de haber nacido de nuevo.

El sirviente me dejó paso libre para entrar. Pregunté por mi padre. Mi madre me miró cabizbaja:

—Bugud murió. Quizá su muerte fue lo que permitió que volvieras a nacer, hijo mío. — Por la congoja, retiré mis labios de sus mejillas. Entré al patio de la casa y pregunté— ¿cuándo sucedió?

—Justo después de tu secuestro. Convencido de que te habían asesinado, acabó con él la tristeza. Yo, por el contrario, tenía la firme convicción de que aún estabas vivo y sobreviví.

Nos dominó un apagado silencio que sólo fue roto por el llanto de un bebé.

—Perdona, Aderbal. Es Yuba, que se ha despertado y he de llevarlo a la ama de leche.

¿Un niño en nuestra casa? ¿Se habría casado mi madre? Si supuestamente hubiera contraído un nuevo matrimonio, no hubiera podido tener hijos debido a su avanzada edad. Pregunté inocentemente de quién era el niño.

—Lo encontré abandonado por los alrededores de la ciudad, junto a una burra que le daba cariño. El animal acababa de parir y tal vez habría perdido a su pollino, por lo que prestaba toda su atención y amor al recién nacido. Lo recogí y sentí una felicidad inmensa. En aquel momento se borró de la cara de la burra el gesto de tristeza que la embargaba.

Me quedé sin palabras. Le pregunté por el color de la burra y respondió que era del color de la luna, me sonrió. —¿Y qué tiene que ver su color, hijo mío? —Pensé acertadamente que la burra sería la misma con la que había mantenido relaciones amorosas.

Mi amada parió un hijo. Era una mujer que estaba en el mismo estado que yo, se había convertido en burra y había experimentado un viaje similar. Ahora comprendí la causa por la que no me entendía cuando le hablaba en el lenguaje de los asnos, pero también porque disfrutaba tanto con las poesías del sabio y porque le corrían lágrimas por las mejillas cuando escuchaba los cuentos del erudito. ¿Qué era aquella burra? Perdón, ¿quién era aquella mujer que se quedó embarazada y gestó un hijo mío? —¡Oh, madre!, deseo ver al niño. —Fui tras sus pasos a la habitación donde yo solía dormir y encontré en la cuna un bebé jugueteando con sus pies y sacando la lengua. Puse mi dedo en su frente y lo acaricié. Se tranquilizó. Lo tomé en brazos y le besé la cara.

Me pregunté si debía contar la historia de lo sucedido a mi madre. Si debía decirle que el niño era mío, hijo de mis entrañas. Si lo hacía, debería contarle cada uno de los episodios acaecidos en mi viaje, de mi vida anterior como burro. No lo hice. Recordé al cuentacuentos, no mentía cuando contaba que una burra había parido un niño y la gente se burlaba de su historia. Pedí a mi madre que me indicara el lugar donde había encontrado al bebé. Me dijo que estaba en una gruta, en las entrañas de una montaña cercana. Regresé a la cueva, que era la del sabio. El sol estaba a punto de ponerse.

Junto a la entrada de la cueva había una mujer que se cubría con una simple tela, ¿observaba la puesta del sol como en su día lo hacía el sabio? Caminé de prisa y, al acercarme, mis pasos hicieron que ella se sobresaltara. Al verme, corrió hacia mí. No podíamos dejar de saltar de alegría, abrazados el uno al otro. Era Hatbut. Ahora lo comprendía todo. Yo era el verdadero y único destinatario de todo el amor y la dedicación que ofrecía Hatbut, por eso quiso que nos trasfiguráramos en dos aves y que Thiusis se convirtiera en una burra. Pero el hechizo se le fue de las manos. Cuando vio que me había transformado en un asno, tomó del mismo brebaje y ella mudó también a burra.

—Nos hemos encontrado, pese a la separación —dijo Hatbut.

—Después de tanto sufrimiento, —completé yo la frase.

—Era el precio del reencuentro, —respondió ella.

—¿Y Thiusis? — pregunté.

—Se escapó a Tingis, lo más seguro es que huyera asustada por los acontecimientos.

—¿Y la sangre de la camisa?

—Era sangre de mi cuerpo humano antes de convertirme. Quise enviar un mensaje. Quería que la ciudad se convenciera de que habías muerto y que yo había sido secuestrada, era el procedimiento para completar nuestro viaje interior. Todo esto forma parte de nuestras creencias coptas. Es necesario que el ser humano realice un viaje interior para liberarse de su instinto animal, de los impulsos irracionales.

—¿Y el bebé?

—Lo tiene tu madre. La reconocí cuando cogió al niño. Vinieron otras muchas mujeres que querían llevarse al chiquillo, pero no las acepté. Cuando llegó tu madre, bajé las orejas y consentí. Aún presentaba el cuerpo de una burra. Después, fui a la fuente a purificarme y recuperé mi naturaleza humana. Desde entonces he estado viviendo en la cueva, esperando tu regreso.

—¿Por qué no te encontré en la cueva a mi retorno?

—Primero tenías que encontrarte a ti mismo sin ayuda de nadie, igual que anteriormente había hecho yo. No podía auxiliarte en nada.

—¿Conoce alguien todo este asunto?

—La hija del sabio. Después de que muriera en la cárcel, vino a llevarse los enseres de su padre y me encontró aquí. Pensó que yo era su sirvienta, quizá su esposa. Me dijo: tú mereces la propiedad de la cueva y sus pertenencias.

Cogí con cariño la mano de Hatbut. Miramos al cielo, a la línea del horizonte.

—¡Qué bonito crepúsculo! —dijo ella.

—Es el anuncio de un nuevo amanecer, —le confirmé yo.

FIN

Briyish (Tánger) 25 agosto 2013/ Rabat 3 septiembre 2013

7. Traducción de la novela *Al-mūrīskī al-ajr* de Şubhī Mūsà

7.1. Metodología y criterios traductológicos

La metodología empleada en la traducción de la novela *Al-mūrīskī al-ajr* de Şubhī Mūsà ha sido la misma que la llevada a cabo en la traducción de las novelas de Ḥasan Awrīd. Hemos realizado una primera traducción muy literal para respetar al máximo el contenido cultural del texto origen en árabe y sin adaptarlo a la lengua meta más que en casos imprescindibles. Sin embargo, no ha sido posible adaptar la traducción a la lengua meta con un estilo más literario debido a la falta de tiempo. Es nuestra intención para el futuro realizar una segunda fase con más detenimiento.

Durante todo el proceso de elaboración de la tesis, hemos tenido contacto directo con el escritor a través medios digitales (mensajería instantánea de la aplicación Whatsapp). Şubhī Mūsà se ha mostrado siempre dispuesto a resolver nuestras dudas en la traducción de la novela.

Aunque el profesor Francisco Vidal Castro nos propuso indicar en la traducción los números de página del texto árabe para una mayor facilidad en la localización y confrontación del texto original, no nos ha sido posible hacerlo por falta de tiempo.

Por lo que respecta a la onomástica, se ha vertido el nombre en transliteración divulgativa, sin diacríticos, como en el caso de Ahmad, Qasim, Zahra, etc.

En lo referente a la toponimia, se ha intentado identificar el correspondiente lugar en la actualidad (Granada, Albaicín, Alhambra, Valencia, Las Alpujarras, La Meca, etc.).

7.2. Traducción

Şubhī Mūsà
El último morisco.
Relato

1

El mundo es más estrecho que el ojo de una aguja, dijo el morisco para sí. Una gran multitud llenaba la plaza, formada por gentes que provenían de todos los pueblos, ciudades, doctrinas, partidos políticos, taifas y grupos.

La vida en Egipto casi se había detenido. No había otro asunto sino la revolución. La rutina de la vida diaria ya no conocía más que a los que dormían en la calle, celebrando que Egipto estaba aún vivo, a pesar de que el aire permanecía impregnado del olor a humo de las bombas de gas, temblando de miedo y frío mientras esperaban lo que habría de ser

irremediablemente insoportable. Era una escena fija envuelta en una ola que arrastraba todo con un movimiento continuo y en la que se dibujaban bien perfilados todos sus pequeños detalles. Se movía lentamente como si se resistiera a la maquinaria de la opresión, cuyo objetivo era destruirlos a todos como si hubieran decidido, sin previo acuerdo, poner fin al viejo tirano con sus cuerpos yaciendo sobre las aceras.

Lo único aparentemente nuevo y diferente a lo que estaban acostumbrados todos fue la aparición repentina de aviones *F16* con un estruendoso ruido en dirección a la plaza; aviones cuyas alas de pronto empezaron a hacer movimientos a izquierda y derecha inclinando sus morros, como si desearan descender y posarse entre los manifestantes; aquellos a los que la sorpresa les hizo quedarse inmóviles, permaneciendo fijos en su sitio como estatuas de cobre, mirando al ojo de la muerte revoloteando sobre sus cabezas, boquiabiertos y con ojos de sorpresa, miraban hacia las ventanas de los edificios, convertidos estos ya en escombros, como si les hubiera llegado el Día del Juicio Final y no les quedara otra cosa que hacer que recibir sus Libros, con la mano derecha o con la izquierda⁴⁵¹.

Sin embargo, todos estos testigos de la escena no cesaron en ningún momento de aferrarse a la vida. Con el rápido ascenso de los aviones hacia el cielo, gritó el morisco algo inaudito hasta entonces. Hizo una señal con la mano sobre su cabeza, señal que todo el mundo conocía y que recibieron con alegría gritando tras el sonido que se iba alejando formando un coro alrededor del que hacía la señal y el inaudito grito mientras que bailaba en el centro del corro un baile con movimientos parecidos a los del viejo Zorba.

Al regresar los aviones, todos hicieron gestos locos con las manos y parecía que a los pilotos les había llegado su mensaje, pues la intensidad del sonido de los aviones empezó a disminuir y parecía que el ondear sobre sus cabezas ya no les daba miedo. Su tranquilo vuelo con movimientos ascendentes y descendentes hacía de esta una parte inseparable de la gran escena. Tras esto, desaparecieron a lo lejos en el cielo, dejando un color de alegría en el lugar y el sentimiento de aquellos que se hallaban en torno a la Tarta de piedra⁴⁵², de que la victoria estaba cerca porque el enorme pájaro ya no daba miedo y el poder del espíritu de la gente se había hecho más grande que el estrangulador fantasma que aplastaba a las gentes desde hacía años.

En cierto modo el morisco había muerto pues lo que había sucedido lo había transformado en una persona distinta a la que había pisado la plaza aquella mañana por primera vez, quizás porque su miedo personal era mayor que el del resto o tal vez, por su total convencimiento de que su estirpe estaba en peligro de extinción. Era un linaje que se había dispersado por Marruecos y Sham (Levante mediterráneo), por los países del Viejo y del Nuevo Mundo. Mientras, sus padres soñaban durante estos largos viajes con reunirse, aunque fuera en un metro de tierra, un solo metro donde cupieran todos. Y he aquí la única persona que quedaba de ellos, y la muerte le rondaba ahora sobre su cabeza, uno más entre la multitud que había salido del eterno miedo por las calles de El Cairo. Tal vez, su deseo de vivir o su miedo era mayor al de todos ellos y por eso gritó sin darse cuenta al comandante de la escuadrilla de aviones: “¡Detente, esto es una locura!” mientras que hacía círculos con las manos alrededor de su cabeza en un intento de sacar fuera ese grito hondo de decenas de décadas. Aquella cabeza, espiada desde una pantalla situada delante del capitán y que gritaba ante sus ojos: “¡Detente!”, le pareció al capitán

⁴⁵¹En el Día del Juicio Final el musulmán recibirá el Corán con la mano derecha o con la mano izquierda, según sus actos.

⁴⁵²Fuente de piedra que se encuentra en la Plaza de la Liberación y se usa como metonimia de dicha plaza y símbolo de las protestas que se manifiestan en dicha plaza. También es el título de un poema del poeta egipcio Amal Dunqul que a lo largo de la historia (ya en los años 70) adoptaron los manifestantes y opositores como canto de lucha.

que podía hacer estallar el avión y los otros que volaban tras él, pues su ademán era claramente decisivo. El movimiento de su mano lo explicaba todo. El comandante se puso nervioso y le temblaron las manos y sin quererlo empezó a ondear con el avión. Le siguió la escuadrilla de aviones saludando a la muchedumbre. Y no le quedó otro remedio al comandante que unirse a los manifestantes con el avión haciendo reverencias como si quisiera besar las cabezas de la gente y mostrando al dueño del mensaje que ahora los había comprendido.

Este hecho fue una sorpresa para el morisco, pues pudo ver al hombre cara a cara y gritarle que volviera por donde había venido y que lo que se disponía a hacer era un pecado imperdonable y no tuvo más remedio que volver. Vio el morisco el miedo en su cara y cómo descendían los aviones sobrevolando las cabezas de la gente, pero no sintió miedo. Permaneció mirando fijamente al cielo, lanzando una mirada desafiante al comandante de la escuadrilla con un mensaje que solamente pudo leer él. Su alegría fue mayor cuando descubrió que el mensaje le había llegado con toda claridad. Entonces empezó a bailar a ritmo del ancestral flamenco, repitiéndose el eco solo en sus oídos y abriendo sus brazos como alas que van a echar a volar, a derecha e izquierda, como un avión que se dispone a despegar. Extendió sus manos a una anciana que deseaba cruzar entre la multitud de la amplia plaza. Cuando la cogió entre sus brazos no notó en ella peso alguno, solo tuvo la sensación de que la llevaba entre la gente como si caminara sobre la superficie del agua. Al llevarla entre sus brazos, se convenció de que ya no era el Murad de antes y que el morisco ya no era un extraño. Ahora había una causa grande que lo unía a este lugar.

Volvió por el mismo camino con los que se encontraba antes, clavando su vista de nuevo en el cielo y mirando fijamente a lo lejos el humo que había dejado tras sí la escuadrilla de aviones, desaparecida en un azul pintado de blanco de aquel día invernal. Dirigió su mirada hacia el comandante de la escuadrilla, que se hallaba un poco alterado, como si se hubiera salvado de una muerte segura, y le sonrió a la cara pidiéndole que volviera a saludar a la muchedumbre. De alguna manera, el capitán le devolvió la sonrisa realizando una nueva inclinación con el avión. En este momento empezó Murad a repetir el movimiento de sus manos sobre su cabeza. Aquello le pareció a la gente un grito de victoria que captaron e hicieron gestos con las manos alrededor de sus oídos alegres, con miradas de entusiasmo que seguían a la escuadrilla. Estos dejaron un humo entrecortado en forma de enormes arcos de victoria, llevando consigo el fantasma de la muerte de la plaza y dejando al morisco en un estado de tranquilidad que le hizo volver después a casa. Allí lo esperaba su abuela anciana e inválida que lo había llamado tres veces sin que este le hubiera contestado.

2

Aquel día habló Fernando con elocuencia. Sabía que mi padre se había retirado de la vida pública después de que fuera asesinada su hija y de que se suicidara su esposa. Y, por mucho que intentaban sacarlo de aquella situación, él no podía salir de ella. Algunos incluso habían propuesto preparar su tumba por si abandonaba este mundo en cualquier momento. Sin embargo, pasaban los años y él se mantenía impassible en una esquina apartada del salón de la casa, sin que sucediera nada. Y si Fernando no se hubiera hecho cargo de nosotros y del cuidado de nuestra tierra, tal vez hubiéramos muerto de hambre o muerto abandonados. Decía Fernando que la situación se había vuelto insostenible, pues habíamos perdido nuestra religión, nuestra lengua, nuestros libros y hasta nuestra indumentaria e, incluso, habíamos perdido nuestra identidad. Ya no podíamos ni respirar

sin el permiso del cura o el policía, pues ser morisco significaba ser el mismo diablo. Todos nos miraban no como a seres humanos sino como a un botín que había caído en sus manos. Sus reyes nos querían cristianos y los sacerdotes no querían otra cosa que indagar en nuestras conciencias día y noche, y los nobles nos querían esclavos en su tierra. La policía no tenía otra preocupación que perdernos de vista. Todo aquí nos llevaba a la locura y no nos quedaba ya otra cosa que la muerte o cargar con lo poco que nos quedaba y dirigimos hacia el sur. Era lo único que nos quedaba porque el último de nuestros reyes había decidido vender sus bienes y marcharse y los turcos andaban ocupados con sus conquistas.

“Y mientras tanto tú ahí, inmóvil en tu oscuro rincón dándole vueltas a la cabeza y sollozando, como si tu lloro nos hiciera volver a ser lo que fuimos. Tú eres el último vestigio de los Banu Yahwar de este país y no nos orientas en nada, como si no fueras nuestro jefe ni el de nuestro pueblo Cádiar, como si no hubieras sido un día visir de los Nazaríes⁴⁵³, o uno de los más destacados políticos de Granada. Nos abandonaste para sufrir tu tristeza por tu esposa y tu hija difuntas esperando reunirse con ellas. Y juro por Dios que la muerte en el potro de tortura es más honorable que la cobardía en la que vivimos, señor visir Abd Allah ben Yahwar”.

En este momento se detuvo Fernando a echar un trago de vino, dejando a mi padre la oportunidad de meditar en lo que estaba sucediendo a los moriscos, pero mi padre no levantaba la mirada de la chimenea, de las incandescentes llamas del fuego, abstraído en su pensamiento y en silencio, como si las palabras de Fernando no supusieron sino el hundirse más aún en un mar de tristeza por el poder perdido por los Nazaríes debido a sus luchas, su debilidad y rivalidad al buscar apoyo entre los cristianos contra los suyos.

Tuve la sensación de que el baúl de los recuerdos empezaba a rondar en su cabeza, como un molino de viento en un día de intenso viento, dejando atrás cuatro siglos de trono del Califato y sus reinos para echar por tierra toda aquella gloria en un abrir y cerrar de ojos, y caer en un pozo de desesperación por este poder perdido. Los que se quedaron en esta tierra debían aceptar esta pérdida y el maltrato a nuestras gentes hasta límites insospechados. Pude apreciar en su cara que empezaba a recordar cómo entraron en su casa con el cadáver de mi hermana Muhya o María⁴⁵⁴, desnuda y cubierta por una sábana. En aquel momento enardecí y llegó a olvidar incluso quién era, dónde vivía y en qué condiciones, cogió su hacha y salió sin buscar ayuda de nadie. Su voz de hombre septuagenario gritaba por todas las partes del pueblo el nombre de José Armandis⁴⁵⁵, aquel asesino acompañado de un grupo de parados que lo acompañaban y cuya única ocupación era beber alcohol y agredir a los más desfavorecidos. Al encontrarlos en la puerta de la iglesia, ironizaban reviviendo la escena. Llamó a Armandis y se enfrentó a ellos. Estos permanecieron inmóviles en su sitio como si un rayo les hubiera caído. Algunos se apartaron decidiendo retirarse lejos, otros se quedaron para plantarle cara poniéndose del lado de José. Entonces mi padre preguntó exaltado:

⁴⁵³Aunque el texto indica Banū l-Aḥmar, uno de los dos nombres de la última dinastía andalusí (el otro nombre es Banū Naṣr, de donde deriva la forma española nazari), el hecho de que el nombre habitual y más extendido en español sea Nazaríes, recomienda usar esta forma que es más claramente reconocible y no deja margen a la duda sobre a quién se refiere el autor (a la dinastía y no a alguna familia real o imaginaria).

⁴⁵⁴*Sic* en el original, en español aljamiado: (Māriyā), no en la forma árabe (Maryam) del nombre María originario del semítico y presente en lenguas como el hebreo, arameo y árabe.

⁴⁵⁵En el texto: Armāndíz (p. 13, 16), que parece una errata o deformación o confusión al transponer al árabe el apellido Hernández (confusión de /n/ por /n/) quizás procedente de las obras traducidas del español al árabe usadas por Ṣubḥī Mūsā. En cambio, se ajusta perfectamente la forma similar para transcribir Armando: Armāndū (p. 39).

- “¿Quién fue el que hizo esto a mi hija?” El asesino lanzó una embriagada y sarcástica carcajada.

- “Nosotros lo hicimos, ¿quieres que te lo hagamos también a ti, cristiano nuevo?”

En este momento, gritó el anciano: “No soy cristiano y no me honra pertenecer a una religión que profesa gente como vosotros”.

Entonces, levantó su mano erguida con un hacha y se dirigió hacia ellos. Los que se habían retirado de la lucha se unieron al momento a ellos y, atacando por detrás, intentaron hacerle lo que habían hecho con su hija, si no fuera porque en ese momento salió un policía acompañado de un sacerdote de la iglesia dirigiéndose a ellos. Uno de ellos dijo: “Este hombre insultó nuestra religión afirmando que no se honra de pertenecer a ella”. La respuesta fue una risotada del sacerdote, que conocía a Abd Allah Ben Yahwar más que a sus propios padres y, sin preocuparse lo más mínimo por el estado de este ni por la causa de la muerte de su hija, dijo con gran frivolidad: - “Quitadle la ropa” estos le despojaron de sus ropas y gritaron: - “Tiene hecha la circuncisión. Es musulmán”. Entonces, ordenó que lo crucificaran sobre un árbol delante de la iglesia pidiendo al policía que lo vigilara hasta la mañana siguiente. Después de atarlo le golpeó con un palo engarzado en clavos hasta que se le cansó el brazo de dar golpes. Lo arrojó después al suelo y se puso a dispersar a los allí presentes para que volvieran a sus casas.

Los Tribunales de la Inquisición habían empezado a funcionar hacía tiempo en Granada. La única preocupación que tenían los jueces era indagar en sus conciencias buscando en ellos vestigios de sus padres musulmanes, aun habiendo sido ellos mismos los que los habían bautizado. Buscaban una prueba para culparlos por su ropa y por cualquier cosa que dijeran, buscaban en sus haciendas para arrebatarles sus riquezas e incluso la propia vida. Cerraban sus baños públicos. Se permitía echar abajo las ventanas de sus casas y los batientes de sus puertas, lo que les daba licencia para entrar en ellas en cualquier momento y apropiarse de lo que quisieran. Bastaba con que una sola persona fuera testigo de que alguno de ellos profesaba su antigua fe para que los soldados del jefe Deza lo llevara a las salas de tortura. Allí podía morir, librándole el cielo de sus crueles manos, o bien podía ser torturado hasta reconocer el delito que nunca había cometido. Entonces, se le castigaba embargando todos sus bienes y expulsándolo de su pueblo a él y a quien delatara solo mencionando su nombre. Bastaba con mencionar un nombre en la galería del Tribunal, no importaba si era verdadero o falso, para que este entrara a formar parte de la lista de desahucios.

Lo único que pudo hacer mi madre fue ir en persona a llorar a los pies del sacerdote de nuestro pueblo, Emanuel, para intentar salvar a su familia del irremediable infierno. Y Emanuel esperaba este momento, pues desde hacía años el cura rondaba por nuestro barrio con la excusa de vigilarlo para verla. Sentía un miedo terrible al enfado de Abd Allah Ben Yahwar. Durante años oprimió a la familia y a los vecinos ocasionando que estos se unieran a los que les habían precedido haciéndoles huir a Marruecos. Solo quedaban ya Abd Allah y su sobrino Fernando de aquella gran familia que se había repartido por pueblos y valles de las Alpujarras.

Mi madre le dijo: “Sabes que es un viejo anciano. No nació cristiano, pero se convirtió al cristianismo después de volver del Albaicín. Tu padre mismo fue el que lo bautizó en esta iglesia. ¿Cómo lo acusas de algo que no es?”. En este momento se levantó Emanuel de su sillón para que se sentara ella en él diciendo: “Sira la bella no debe permanecer de pie ante un hombre débil como yo”. Empujándolo lejos le respondió: “Mi nombre es Aisha, mi padre y mis tíos me llamaron Aisha y no renunciaré a mi nombre mientras viva”. Entonces él volvió a usar su astucia: “Los nombres, Sira, no significan nada en el reino de los cielos”. Ella lo empujó hacia su silla y le recordó cómo debía él hablar a sus señores. Con sonrisa irónica este respondió: “Lamento querida mía decirte que echaremos de

menos a tu honorable familia entre nosotros y que también descansaremos de la soberbia de los Banu Yahwar, del pregonar en cada momento su poder y la historia de sus grandes nobles”. Llegados a este punto recordó Aisha el motivo que le había llevado hasta allí y pensó que su esposo estaba colgado en un árbol delante de la iglesia esperando una mano que lo liberara y que la liberación solo podía venir de este mal sacerdote. Al notar este el miedo de ella en su cara sonrió como una serpiente astuta: “Los testigos, querida, pasan de diez personas y entre ellos hay un policía, un sacerdote y un hombre al que agredió tu esposo el grandioso, Sira. Reconoció ante todos que no era cristiano, ¿y con qué prueba de inocencia va a juzgarlo si no el juez de la Inquisición de Granada?

La única solución que le quedaba a ella era preguntarle por una salida a esta crítica situación. Se tocó la barba y dijo: “Todo tiene un precio y quedan pocas horas para que lleguen los soldados de Deza por la mañana. Entonces no podrá el sacerdote que ahora está sentado ante ti ayudar a tu familia en nada de lo que sueñas”.

Cuando ella regresó a la casa encontró a algunos parientes y vecinos sentados a mi lado en el salón. Permaneció en pie ante la puerta con orgullo, llorando y recibiendo el pésame de todos y dijo: “Abd Allah regresará por la mañana a su casa para recibir en persona el pésame de su hija”. Después, me cogió de la mano y me llevó a su habitación y me dijo: “Recuerda siempre que eres un Banu Yahwar y que un ser libre y noble no debe obedecer a un esclavo nunca bajo ningún concepto”. Mientras hablaba se le derramaban enormes lágrimas ante mí, pero no me dijo el motivo. Finalmente, me dio un profundo abrazo antes de untarme la crema y el agua templada diciéndome en voz baja: “Limpia las heridas de tu padre tú mismo y dile que su vida es vida para quienes han muerto ya y que su muerte es vida para los asesinos”. Seguidamente, sacó una hoja de papel de su pecho: “Entrégasela al policía y te dará el salvoconducto”.

Aquel día me senté al lado de mi padre. No podía desatarlo y me puse a limpiarle la sangre de sus hombros y espalda. Le metí la comida en la boca a la fuerza y permanecí allí hasta casi el amanecer cuando el policía me ordenó que saliera y me fuera a casa. Al regresar ella ya no estaba. Llamé a las puertas de los vecinos sin éxito. Volví a golpear de nuevo la puerta de Fernando, cerrada desde la tarde. Lo habíamos encontrado por la mañana en la casa de José Armandis inconsciente. Mi madre dijo entonces: “No debe nunca un hombre libre obedecer a un esclavo en ninguna situación”.

Tres días después nos llegó la noticia de que había aparecido su cuerpo sin vida flotando en el agua en un arroyo de un pueblo lejano. La reconocimos sorprendiéndonos de cómo el agua la había arrastrado hasta tan lejos. Mientras tanto, los vecinos no sabían por quién darnos el pésame, si por ella, por Muhya de nuestras almas”o por Fernando que había permanecido luchando entre la vida y la muerte durante varios días. O por mi padre, que regresó a mi casa como un cuerpo sin vida. Volvió cerrando tras de sí todas las ventanas y, sin hablar con nadie, sin recibir el pésame ni interesarse siquiera por curar sus heridas, escogió un rincón apartado del salón para acabar desterrado en él. Permaneció así más muerto que vivo hasta que Fernando hablara aquel día.

Me senté delante de él llorando, hablándole a los ojos y diciéndole: “Si realmente la querías... ella me dijo que tu vida sería vida para los muertos y que tu muerte sería vida para los asesinos”.

pasando por la casa del morisco situada en la calle Talaat Harb. Los pies tropezaban unos con otros y Murad salió con dificultad de entre el bullicio de la gente en busca de las aceras colindantes. Hacía días que no esperaba que el pueblo se manifestara contra la policía o los guardias. Sin embargo, repentinamente, la gente salió como ejércitos de hormigas de los barrios más pobres dirigiéndose hacia la famosa plaza. Era una gran multitud de gente que había decidido abandonar su escondite y salir a la calle para decir en voz alta: “No nos iremos hasta que se vaya”. Sin embargo, transcurrió más de una semana hasta que dio la cara el líder cuya vida ya parecía caducada, como si lo que estaba sucediendo fuera tan solo una larga película de cine en la que el protagonista aparecía al final pronunciando un discurso en el que aseguraba que no dimitiría. Los manifestantes se plantaron en las calles incluso durmiendo en ellas. Sus opositores, más obcecados aún que él, llevaron a sus hijos y a sus esposas, abandonaron sus trabajos y se sentaron ante las cámaras colgadas de los balcones que dan a la Plaza de la Liberación, convencidos de que habían quemado sus barcos tras de sí y de que ya no había vuelta atrás.

Se retiró el morisco lejos de la marcha que procedía de la calle Talaat Harb contemplando las losetas que adornaban las fachadas de los residenciales. Observó las franjas de escayola esculpidas en forma de hojas y flores de loto eternal rematadas con formas de cabezas las cuales parecían mirar a los manifestantes que atravesaban la amplia calle. Algunas de estas figuras estaban dibujadas en forma de llave de la vida. No les preocupaba a los egipcios en aquel momento que esta llave representara el símbolo de su antigua civilización ni que sus constructores habían ocultado bajo ella su religión, la cual nunca proclamaron.

Recordó que su abuelo Rizq Allah eligió El Cairo como su lugar de residencia porque sus gentes entonces no andaban ocupadas en el juego de religiones o, al menos, habían superado esta dura lucha y habían decidido vivir sin preocuparse por símbolos. ¿Cuándo regresaría este tiempo? Se habían tornado los vientos y ahora las gentes se echaban la cuerda entre sí debido al odio que había en sus corazones: se habían convertido en nuevos jueces de la Inquisición que habían resucitado de sus tumbas.

Ya nunca más pudo declararse morisco, venido desde tan lejos y con una religión que lo abrasaba desde hacía ya muchos años. Sus compañeros del periódico en el que trabajaba se vanagloriaban de ser más religiosos que él. Insistían en invitarlo a rezar en cada adán, orgullosos de llevar una marca negra en la cara y de arrodillarse, creyendo que Dios no es más que un conjunto de rituales. No paraban de echar embustes y de aparentar ser buenos musulmanes y, sin embargo, buscaban en internet páginas prohibidas. La mayoría de las veces perdía al discutir con ellos y, si alguna vez decidía retirarse para estar solo, empezaban a indagar en su vida hasta que llegaban a la conclusión de que era morisco y de que no conocía el significado de la palabra rezar. Al dirigirse a él para preguntarle, su enfado era ya tan grande que les gritó a la cara: “Sí, soy morisco”. Y esto supuso para él una escapada al Infierno. Muchos de ellos se rieron e intentaron convertirlo a su religión y otros pocos se manifestaron abiertamente violentos contra él. Todos coincidieron en tratarlo como si fuera homosexual. Decidieron apartarse de él y no tuvo más remedio que retirarse de la vida social y recluirse a leer el periódico en una cafetería que había cerca del pasillo.

Pero no les bastó a sus compañeros con esto, sino que también informaron a sus superiores después de sus repetidas ausencias y, cuando vieron que sus argucias no daban resultado, les hablaron de una extraña relación entre él y el jefe de redacción, una relación que hizo que este último no aceptara ni soportara la ausencia de nadie. Se limitaba a callar y sonreír y a no hacer nada.

Se dispuso a subir las frías escaleras de mármol, dejando tras de sí el ascensor averiado desde hacía años, fijo como un obelisco atravesado en el hueco trasero de la vieja casa.

Sintió ganas de desaparecer antes de tener que enfrentarse al continuo lamentarse de su abuela que no paraba, además, de hablarle. Ella tenía razones suficientes, pues habían muerto todos los seres queridos de su vida y ya solo le quedaba el recuerdo, convertido este en la única chispa que la mantenía viva. Divisó a lo lejos en la meseta de la escalera a un grupo de gatos liderados por su *shayj*. Todos ellos mostraban una extraña actitud de respeto hacia aquel gato que se encontraba junto a una vieja papelera que Murad no había apreciado hasta entonces. El gato grande se encontraba a la cabeza, erguido y vigilando la papelera, como si les estuviera ordenando ponerse en fila al lado de la pared para no entorpecer a los que subían por las escaleras de mármol. Estos, a su vez, lanzaban ligeros maullidos confirmando haber recibido la orden y ejecutándola. A Murad le llamó la atención el orgullo del gato viejo y su poderío ante la bandada y le entró un deseo extraño de echar por tierra todo el orgullo de aquel viejo gato ahuyentando a este ante la mirada de los suyos. El gato dio un paso atrás lanzando un fuerte maullido como señal de declaración de guerra. Entonces, el morisco sintió miedo y se detuvo a llamarlo con un sonido emulado “pss... pss “. Pero el gato no se movió de su sitio, sino que, por el contrario, mostró unos ojos enrojecidos, endureció su voz y se preparó para atacar mostrando sus afilados colmillos como quien prepara una barricada. Murad se hallaba a una distancia adecuada para vencer a su rival tan solo con darle una patada, pero esta dio en el aire, lo que permitió que el gato subiera tres peldaños por encima. Sus ojos empezaron a oscilar entre la papelera, alejada ya de él, y la meseta de la escalera, que le quedaba tres peldaños más arriba. Sintió Murad un deseo enorme de atraparlo, pero, al subir tan solo dos peldaños hacia su rival, fue sorprendido por un fuerte grito, cuyo eco se repitió entre las paredes de la casa y por el gato, que saltó como una jabalina metiéndose entre sus piernas en dirección a la papelera y, desde allí, hacia las escaleras inferiores. Aquel inminente ataque provocó pánico en Murad haciéndole perder el equilibrio. Se apoyó entonces en la pared derrotado dibujando en su boca una ligera mueca como aplaudiendo con honores la victoria de su rival.

Murad empezó a subir las escaleras que le quedaban para llegar a su piso cuando, de repente, se dio de hombros con una persona que bajaba en aquel mismo momento. Era este el hombro de una persona invisible que le hizo descender hasta la escalera inferior. Ya no se encontraban ni el gato, ni sus compañeros, ni la papelera. Miró con ojos sorprendidos buscando de arriba abajo a aquel con el que se había chocado y, al no ver a nadie, empezó a decirse a sí mismo que lo que había visto debió ser real y que, ciertamente, había un hombre que bajaba por las escaleras, aunque no encontró ningún indicio que confirmara la veracidad de lo sucedido. Sonrió y continuó subiendo, convencido ahora de que sufría alucinaciones.

Cuando llegó hasta la meseta de la escalera donde se hallaba la puerta de su piso y frente a ella la del piso en el que vivía su prima, Nariman, permaneció un rato quieto recordando la silueta de esta vestida de color amarillo. Encogió los hombros lamentándose de que era imposible que estuviera aún viva, corroborando su idea de que aquel tropiezo había sido real y no fruto de su imaginación. Después, introdujo la llave grande en la puerta que tenía dos hojas y una ventanilla superior en forma de arco. Esperó a escuchar el sonido del clic de la cerradura, pero la llave se quedó atascada. Volvió a intentarlo dos o tres veces más. La sacó y se la puso en la boca después. La volvió a introducir y, ahora sí, escuchó un clic, empujando después con satisfacción la puerta grande que llevaba a un oscuro recibidor en el que había un silencio ensordecedor que le hizo pensar que algo extraño le había sucedido a su abuela. Se apresuró a atravesar el recibidor que llevaba hasta la sala para llamarla. Entonces, abrió la puerta de su habitación y no la encontró. Miró después en el baño que se encontraba abierto y tampoco la encontró allí. Finalmente,

buscó en el lugar donde solía estar siempre, en el balcón de la casa, y la encontró allí tumbada en el suelo al lado de su silla de ruedas con los ojos abiertos, mirando al vacío.

4

Le conté a Fernando cómo cierto día mi padre había dicho: “Preparaos para partir”. No sé cómo explicar su alegría en aquel momento. Empezó a dar saltos en el aire como si hubiera ganado el reino de Granada o el de Valencia. Trajo manzanas y uvas que colocó en su regazo y dijo: “Dile que nos encontraremos esta noche”. No añadió más palabras y me empujó para salir por la salida pequeña a la puerta principal. Cuando le conté a mi padre lo que me había respondido Fernando, cambió de tono de voz y me dijo que me fuera a esperar al maestro de Corán de mi hermana Zahra, lo cual era una indirecta para decirme que no volviera hasta que él me lo indicara.

Zahra era una niña de seis años. Su maestro solía venir disfrazado de mendigo o de vendedor ambulante. Cuando él llegaba, nadie entraba ni salía de casa. Recitaba el Corán con una dulce entonación y tenía a veces una extraña conducta. Tenía una voz suave, de respiración prolongada y entonación y cante limpios al oído de todos los que amaban deleitarse con su recitación. Había algo en él que me empujaba a permanecer a su lado. Explicaba las formas de las letras sobre una pizarra de madera. Lo consideraba mejor maestro que el que tuve yo, que me enseñó diez azoras a la misma edad que tenía mi hermana entonces. Aborrecía de él su fuerte voz y su desmesurado apetito.

Cuando murió mi madre, dejó de venir a mi casa y tuve que aprenderme los caminos que conducían a las montañas. En aquellos pueblos había mayor número de musulmanes que en el nuestro. Allí vivían sin miedo, sin dificultades. Nadie los controlaba ni los obligaba a nada. Los guardias apenas llegaban hasta allí y no los veían los sacerdotes. Vestían, incluso, indumentaria árabe y paseaban por sus calles. Algunos de ellos ni siquiera tenían nombre cristiano y no tenían dibujada la cruz en el haz de las manos. Dentro de sus casas las puertas y ventanas tenían cortinas. Solíamos sentarnos en clase a escribir las letras del *alifato* sobre las paredes y pizarras repitiendo en voz alta lo que decía el maestro. Nadie nos veía ni escuchaba y el maestro nos hacía repetir las antiguas moaxajas y nos decía: “Esta es una poesía de al-Andalus”.

Otras veces nos hablaba del amor de Ibn Zaydun a Wallada y de la desgracia de al-Tawhidi con sus dos ministros⁴⁵⁶ y de cómo acompañaba Abu l-Walid a al-Naser. Se sentía orgulloso de tener en su posesión un antiguo manuscrito que decía que pertenecía a unas gentes que se autodenominan “Los Hermanos de la Pureza”⁴⁵⁷. Yo pasaba todo el

⁴⁵⁶No sabemos si se trata de una confusión del escritor pues no se trata de un personaje andalusí o es que realmente quiere hacer referencia a este gran literato y filósofo persa, Abū Ḥayyān al-Tawḥīdī (923-1023), y su conflicto con los dos visires. Véase STERN, S. M. “Abū Ḥayyān al-Tawḥīdī”. En *EP* (vers. inglesa), I, 126-127, s.v.

⁴⁵⁷*Ijwān al-Ṣafā'* (Hermanos de la Pureza) es el nombre con el que un grupo de intelectuales e intelectuales musulmanes, que probablemente vivieron en Basora (Irak) en el siglo X (o incluso antes, desde el siglo IX), escribieron una obra sin parangón en la literatura árabe medieval. Esta obra son las *Rasā'il Ijwān al-Ṣafā'* (Epístolas de los Hermanos de la Pureza), una colección de unos cincuenta tratados escritos en forma de epístolas que, en conjunto, forman una vasta síntesis de filosofía y ciencia con una fuerte impronta ideológica. Mientras que algunas fuentes medievales atribuyen este corpus a Aḥmad b. 'Abd Allāh

verano con él, pero al caer el invierno, volvía a la casa de mis padres, pues la nieve cubría los valles y el viento soplabá con fuerza y mi padre, al llegar el mes de diciembre, no se fiaba de dejarnos solos. Solía decir que los insectos eran los únicos que sobrevivían a la fría nieve y no nos quedaba otra opción que entrar en hibernación como ellos.

A principios de mayo, la vida presentaba otra cara muy distinta. El color verde lo cubría todo y el olor a las flores cubría los valles como alfombras multicolores de terciopelo.

Mi padre y Fernando tenían un trozo de tierra sembrado de olivos y viñedos cerca de las Alpujarras. Y al pasar por allí me tropecé con un camino en pendiente que llegaba hasta él. Me dijo Fernando que mi padre y el suyo habían sido los que plantaron los árboles en esta tierra. Habían excavado los pozos de agua, fabricaron las presas y extendieron canales hacia ellas.

Esto sucedió después de que la familia tuviera que abandonar el Albaicín. No encontraron más que montañas donde refugiarse. Construyeron casas con sus propias manos. Fernando hablaba con tristeza del pasado de al-Andalus y de las luchas entre los Banu Hud, los Banu Ziri y los Banu Hammud entre otros. Estaba convencido de que habían sido ellos los que nos habían puesto en tal situación. Decía que los cristianos en aquellos siglos se podían contar con los dedos de las manos en cada pueblo y que vivían en paz sin que nadie les insultara por ser cristianos. Entonces miré la cruz que llevaba en la parte de arriba de la mano y le pregunté: “¿Somos cristianos o musulmanes?” y me gritó a la cara: “Somos musulmanes y seguiremos siéndolo suceda lo que suceda”. Y dije de nuevo: “Y entonces ¿por qué te llamas Fernando y yo Arnold? Sonrió diciendo: “A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. ¿No dijo esto su sacerdote? ¿Y por qué no hacemos como ellos?”. Bajé la cabeza al acordarme de cómo me acompañaba uno cada domingo a la iglesia y de su sacerdote, Emanuel. Nos sentábamos a escuchar el sermón que duraba una hora, sus consejos y sus continuas menciones a nuestros antepasados a los que consideraba enemigos de Jesús. Hablaba también de cómo Dios había enviado a los dos Reyes Católicos, Isabel y Fernando, para limpiar el país y conducirnos a la fe. Miraba a los ojos de los moriscos allí presentes dándoles a entender que los conocía a todos y dando un largo discurso contra los musulmanes. Nosotros no teníamos más remedio que responder diciendo amén.

Cada vez que Fernando escuchaba sus palabras balbuceaba echando una maldición a todo lo que había a su alrededor. Después, parado en una fila de gente que terminaba en Emanuel, quien daba la bendición a todos, recibió Fernando el agua bendita, que fue esparcida sobre su cabeza inclinada como si estuviera en presencia del mismísimo Dios. Cuando llegaba a casa se lavaba con agua caliente para limpiarse. Después, le contaba a mi padre los consejos de Emanuel que, enardecido, se removía en su silla como un Cristo soportando las espinas sobre la cruz con los ojos caídos y apretando los dientes. Cuando concluyó Fernando la dolorosa misión, abandonó la casa y maldijo el día en que nació morisco.

No podía olvidar el día en que se casó con Hababa, Isabella. Escuchaba erguido las palabras del obeso sacerdote esperando su bendición con el agua bendita. Les hizo la señal de la cruz sobre los hombros a él y a Hababa y los proclamó marido y mujer en nombre de Jesús. Terminó añadiendo que lo que Dios había unido no lo separe el hombre. Por último, salimos de la iglesia hacia su casa recién pintada de color rosa y me susurró al

(m.225/840), uno de los imanes ocultos del ismailismo primitivo, otras atribuyen su autoría a grandes figuras del chiísmo, como el imán Ýa'afar al-Sādiq (m. 148/765) o el propio 'Alī (m. 40/661), yerno y primo del profeta del islam.

oído que me adelantara y que pusiera agua a calentar suficiente para darse un baño él y su esposa y cuando llegó a la casa me dijo en voz alta: “¿Has terminado?” Asentí con la cabeza sonriendo al verlo enrabiado. Se dirigió al baño diciéndole a Hababa que hiciera lo mismo que él. Me pareció que ella no había caído en la cuenta, pues no comprendía esta manera de quitarse el vestido en la noche de boda, pero, al ver su cara furiosa, se apresuró a lavarse. Después se presentó por allí un *shayj*, que creo que venía de las Alpujarras Altas y, sentado en su sillón, colocó su mano sobre las manos de Fernando y el padre de Hababa y empezó a leer la Fatiha proclamando el matrimonio según la doctrina del imam Ibn Hanbal⁴⁵⁸. Después se besaron y empezaron a retumbar los tambores, que dieron comienzo al baile en el patio de la casa.

Hababa era cinco años menor que Fernando y cinco años mayor que yo, sin embargo, tenía la mentalidad de una bella y dulce niña a la que le gustaba jugar a la pelota, a las cuentas (bolitas ensartadas)⁴⁵⁹ y la rayuela conmigo y con Zahra. Cuando terminaba las tareas de su casa venía a la nuestra hasta que regresaba su marido por la tarde, quien venía a recogerla para llevársela. Tampoco llegó a perder su gran bello espíritu las ganas de jugar con nosotros a pesar de haber dado ya a luz a su hijo Marques, como una niña que aún no había crecido. Sin embargo, en los últimos meses dejó de venir a nuestra casa y, si venía, no esperaba que cayera el atardecer. Zahra y yo comenzamos a realizar las tareas de casa, pues ya no esperábamos su visita, que cada vez era más distanciada en el tiempo. Permanecí toda la noche esperando la llegada de Fernando. Mientras tanto, intenté disfrutar el momento de encender el fuego de la chimenea y deseaba esperanzado conocer el secreto que él y mi padre me ocultaban. Esto tardaba más de lo que yo podía soportar y comencé a dar unas cabezadas de sueño hasta que mi padre me ordenó que me fuera a dormir a mi habitación y no tuve más remedio que obedecer. Él también se tumbó en su lecho habitual y se colocó su pesada manta sobre los hombros disponiéndose a dormir. Mientras tanto, yo intentaba mantenerme despierto en mi aposento, dando cabezazos como un gato enfermo, hasta que oí el chasquido de la puerta y me levanté rápidamente para sorprender a Fernando, sin embargo, fui yo el sorprendido al ver que el que entraba no era otro que mi padre con mal semblante y echándome una mirada con la que me ordenaba volver a la cama. Apagué el candil y entré en mi habitación preguntándome si lo que estaba sucediendo era real o solo una parte de un largo letargo.

Al día siguiente no vi a Fernando y tampoco pude preguntar a mi padre por él. Me dediqué a continuar con las tareas que me había encargado el maestro en clase. Observé que mi padre, que no había abandonado su rincón apartado más que para ir al baño, había empezado a moverse con ánimo por el patio de la casa. Al día siguiente lo vi ir al baño público del pueblo. Este baño, como los otros, habían sido cerrados por decisión del presidente Deza, pero su dueño Ignacio Fernández sabía cómo sacar provecho a la puesta del sol, del mismo modo que sacaba beneficio económico del apetito del sacerdote y de sus hombres.

Esperó mi padre a que anocheciera y entonces cogió las ropas limpias bajo el brazo y se dispuso a salir. Lo estuve esperando durante horas hasta que regresó convertido ya en una persona distinta a la que yo había estado acostumbrado a ver desde hacía años. Ahora volvía con la barba afeitada, bien peinado y de su sonrojada cara asomaban dos ojos alegres. Cogí su ropa sucia y la dejé en el pilón de cobre con el deseo de que viniera Hababa al día siguiente para lavarla. Y esta no me decepcionó, pues vino por la mañana, más temprano de lo habitual. Después vino Fernando y entraron él y mi padre a su

⁴⁵⁸En al-Andalus la escuela jurídica predominante, más si cabe en el periodo nazarí y mudéjar-morisco, fue la mālikí. Nunca se practicó la escuela ḥanbalí, por lo que se trata de un desajuste de historicidad.

⁴⁵⁹No está claro a qué juego se refiere. Interpretamos como juego de cuentas leyendo *ḥabb* (granos, semillas, pepitas, huesos, cuentas), si bien también podría leerse *ḥubb* (amor), que parece menos probable.

habitación donde estuvieron charlando. Entonces escuché a mi padre decir que tenía miedo por Muhammad y que era necesario enviarlo lejos, a lo que respondió Fernando: “Podemos llevarlo a las montañas para que viva allí con nuestra gente en las Alpujarras”. Mi padre le echó una mirada de desaprobación y permanecieron después en silencio hasta que Fernando decidió marcharse. Este no había llevado a su mujer aquel día.

El silencio acampó en el lugar durante varios días. Después mi padre me pidió que recogiera mis ropas en un montón porque íbamos a hacer un largo viaje. Y, sin decirme más, me hizo subir atrás con él sobre su caballo blanco y empezamos a recorrer un largo camino atravesando bosques, arroyos, rocas y cañaverales. Su silencio era grande y sus respuestas breves. Su destino era una ciudad concreta y supe después que esta era la hermosa Toledo.

5

Después de llevar a su abuela a la cama llamó al hospital y preguntó por el médico que la llevaba desde hacía años. Esperaba que viniera un viejo y débil *shayj*, pero con gran trayectoria en tratar a personas mayores. Su sorpresa fue que al abrir la puerta se encontró a un hombre joven de unos cuarenta años que le dijo que el hospital lo había enviado allí en puesto de su maestro. El médico estuvo revisando a la abuela y después pidió a Murad que trajera lo antes posible los medicamentos. Este llamó por teléfono a la farmacia, que ofrecía servicio a domicilio, y condujo al médico a una habitación para que descansara mientras preparaba dos vasos de té verde. Al regresar, lo encontró mirando con gran interés los cuadros que había colgados en la pared. Pasaba de un cuadro a otro hasta que se paró en uno que tenía la aleya del Trono dibujada en forma de la Virgen María con el niño Jesús. Se giró hacia atrás para mirar a Murad y le preguntó: “¿Usted es musulmán o cristiano?” Sonrió Murad sin darle una respuesta concreta y respondió: “Morisco”. Se sonrojó el médico en aquel momento impactado, lo que hizo que Murad añadiera sonriente: “Soy musulmán, de origen andalusí” El médico se puso nervioso y agarró el vaso de té con fuerza y, tras echar dos o tres tragos, dijo: “Mi padre me había contado que a Egipto habían venido más de cien familias de moriscos, como la de al-Tamimi, la de al-Maqrizi, al-Mursi Abi al Abbas o Sayyid al-Badawi”. En este momento Murad lo cortó diciendo: “Estos andalusíes abandonaron sus tierras voluntariamente mucho antes de la caída de Granada, pero los moriscos son los que fueron obligados a convertirse al cristianismo tras la caída del reino de los Banu l-Ahmar o Nazaríes, conservando su religión y defendiendo su pertenencia a aquella tierra, la cual habían gobernado hasta ser expulsados de al-Andalus”.

El médico se quedó aún más confuso con los ojos perplejos sin comprender la diferencia entre un morisco y un andalusí y comenzó de repente a observar los arcos que había sobre las ventanas, puertas y entradas. Deteniéndose a mirar fijamente las cornisas realizadas en forma de peces persiguiéndose unos a otros. Tan solo se vio interrumpido el silencio por el timbre de la puerta y, entonces, cogió el médico los medicamentos de la mano de Murad, quien simulaba estar entretenido leyendo su composición.

Permanecieron ambos al lado de la cama de la abuela hasta que esta se despertó de su largo sueño y entonces pidió permiso el médico para marcharse. Se levantó Murad para despedirlo con una completa neutralidad. Mientras tanto, la abuela se había sentado en la cama y dibujado una amplia sonrisa en su rostro esperando a su nieto. Al verla así, este le preguntó qué le había pasado y ella le hizo un gesto para que se acercara. Después, le susurró al oído contenta: “Tu abuelo te manda recuerdos”. Murad asintió con la cabeza y

le dio unos golpecitos en el hombro y ni siquiera le preguntó a cuál abuelo se refería, pues los mensajes siempre llegaban de parte del ojo protector, Abd Allah Ben Yahwar, y esperó a que ella terminara de decir lo que había empezado. Sin embargo, la abuela se quedó mirando la gacela saltarina que había dibujada sobre la colcha de la cama e inmediatamente cayó en un profundo sueño que la transportó a un mundo mágico e idílico. Colocó bien la manta sobre su frágil cuerpo y salió de allí para ir a su habitación y buscar en la red a su amiga Raquel Infante.

Pensó Murad en la manera de conocer a las familias que habían habitado el edificio del morisco y que luego lo abandonaron para mezclarse con otras gentes por esos mundos de Dios. Lo que hizo fue echar fotos a la casa y enviarlas por e-mail de forma arbitraria a todos sus conocidos e incluso a gente que no conocía, haciendo con esto un llamamiento a todos los que habían pasado por allí en algún momento a ponerse en contacto con él. Sin embargo, nadie se preocupó por contestarle excepto Raquel Luis Blas Infante quien mostró interés por aquel edificio sin saber el motivo. Hubo una primera etapa en la que intercambiaron abundantes correos como agua que cae de una gran cascada. Ella le dijo que era australiana de origen morisco y que trabajaba como periodista para un periódico de edición árabe. Comenzaron a intercambiar puntos de vista, artículos sobre los musulmanes que fueron obligados a convertirse en cristianos tras la caída de Granada y de su terrible desgracia que duró más de un siglo, sin perder la herencia de sus padres y se enfrentaron a un destino irremediable. Murad temía que Raquel fuera judía y no musulmana. Ambos pueblos habían sufrido la misma desgracia.

Los musulmanes eran mayoría y habían entrado en Andalucía por la puerta de Marruecos. Todo el que no era católico era marroquí y, con el decreto de cristianización obligada, la palabra morisco no significaba otra cosa que marroquí cristianizado o cristiano nuevo o, lo que es lo mismo, débil. Tanto los musulmanes como los judíos se enfrentaron al mismo problema y no sabía Murad si preguntar a Raquel por cuál era su religión porque odiaba hacer esta pregunta. Y parece que ella presintió esto en sus mensajes y le aclaró, sin que él se lo preguntara, que era de los moriscos musulmanes y que su familia se había repartido por Marruecos, Túnez, Egipto y Siria, por lo que a ella ahora solo le preocupaba su derecho a vivir.

La relación entre ellos se mantuvo tan solo con mensajes que iban y venían. Al principio eran muchos y de forma continuada, pero pronto disminuyeron y se cortaron hasta convertirse en escasos. Sin embargo, esto no cortó la relación que había nacido entre ellos y se excusaban el uno al otro por el retraso en responder hasta el día en que ella le sorprendió con su traslado a España en compañía de su padre. Le comunicó que ahora ella trabajaba para una agencia de periodismo y comunicación. Varios meses después, ella le pidió que redactara un informe semanal contando lo que decía la prensa egipcia. Al estallar la revolución le pidió un informe diario de los acontecimientos que incluyera fotos de la Plaza de la Liberación.

Aquella misma noche empezó a navegar por internet buscando webs donde conocer los nuevos acontecimientos que se habían producido y que contaban lo que decían las agrupaciones populares y su papel alternativo al de la policía, asegurando las viviendas de las gentes, ordenando el tráfico y liderando las declaraciones de las fuerzas políticas que pedían la caída del sistema. Cuando acabó su informe decidió escribir a Raquel un mensaje privado, pero no sabía por dónde empezar. Pensó en hablarle de la escuadrilla de aviones, a la que hizo inclinar sus morros para saludar a los manifestantes que se encontraban en la plaza. También pensó en contarle lo que le había sucedido con el gato que estaba al lado de la papelera, lo del hombre con el que se tropezó al subir las escaleras, sobre su abuela a la que estuvo a punto de perder aquella misma tarde, o lo del médico, al que sustituyó otro nuevo que no conocía la diferencia entre cristianos y moriscos. Pero

cada vez que empezaba a escribir algo de esto lo borraba hasta que, por fin, consiguió terminar una frase que decía: “Querida Raquel, parece que sufro de alucinaciones”.

Murad apagó su ordenador y se fue a ver cómo seguía su abuela. Se la encontró sumergida en un sueño profundo y halló el frasco del suero, que estaba colgado en el tirador del armario, a punto de acabarse. Lo tiró a la papelera y retiró la aguja de la mano de ella con mucho cuidado. Después, apagó la luz y regresó a su habitación para echarse a dormir.

Tras este largo día de esfuerzo debía caer rendido nada más meterse en la cama, pero le vino a la mente la escena del gato y, seguidamente, todas las cosas que le habían sucedido aquel día, tan reales como si le estuvieran sucediendo en aquel mismo momento a plena luz del día. Se levantó a buscar un paquete de cigarrillos para fumarse uno y tranquilizarse y, cuando extendió la mano para buscarlo en el comodín que había al lado de su cama, sintió que había tocado la mano de otra persona que hubiera en la habitación. Entonces, como a quien le pica una serpiente, dio un brinco y saltó de la cama con los pies descalzos y, por instinto de supervivencia, salió corriendo a buscar el interruptor de la luz de la habitación. Lo pulsó varias veces, pero no se encendía la luz, sintió que se le aceleraban los latidos de su corazón y le empezaron a temblar las piernas mientras palpaba, buscando por las paredes, el interruptor de la sala en la oscuridad sin éxito.

No sabía lo que hacer en ese momento y, entre el frío y su miedo, que iban en aumento, tropezó con la mesita de té. Se levantó de nuevo y buscó a oscuras el pasillo que conducía a la puerta principal. Abrió la puerta como el que escapa de la muerte sintiendo ahora una tremenda sensación de alivio y le pareció que el aire fresco de la meseta de la escalera le transmitía mayor seguridad. Poco a poco su respiración volvió a la normalidad y empezó a relajarse. Después supo que la luz había estado cortada en toda la calle. Recordó la escena de los gatos y la del hombre con el que tropezó, convencido de que estaba sufriendo alucinaciones, por lo que tenía que buscar un psicólogo para que lo viera. Entró en la sala y vio una luz débil que resultó ser el reflejo de la luna sobre la pared del balcón. Ahora empezó a sentirse más seguro y decidió cruzar el pasillo que llevaba a la habitación de su abuela. Allí la encontró dormida con una dulce expresión en su cara y tuvo una sensación de felicidad al ver la luz de la luna que entraba en la habitación procedente de la ventana. Fue hacia ella y la besó en la frente antes de volverse a su habitación. Su corazón ya se había tranquilizado totalmente, pero se sentía tan cansado que, nada más caer sobre la cama, empezó a dormirse. Sintió entonces como si cayera sobre un montón de hojas grandes y deseó levantarse para ver qué era aquella cosa extraña, pero ya no podía tirar más de su cuerpo y la apartó a un lado entrando en un sueño profundo.

6

Atravesamos el valle del río Tajo y regresamos con las hojas, las piedras y las tierras de colores pedidas de Talavera. Cuando llegamos a la frontera de Toledo con Castilla la Mancha los rostros de los hombres se iluminaron de alegría y empezaron a gritar los nombres de sus amadas mujeres proclamando que ya iban de camino hacia ellas. Esta fue una de las misiones que me encargó el tío Badith en el momento en que empezó a considerarme como a un hijo en puesto del suyo, al que había perdido en un accidente de circulación, y que había dejado embarazada a su joven esposa, de la misma edad que Hababa, la esposa de Fernando.

El tío Badith me puso una habitación en su casa y me trataba como a un hijo suyo. Me hablaba de Abd al-Rahman al-Dajil, Abd al-Rahman al-Naser, de Hisham al-Muayyad y de los Banu Ziri y Banu Hud entre otros, como si mi padre me hubiera entregado a su cargo para enseñarme la historia de al-Andalus en profundidad. Sin embargo, por algún motivo, no me hablaba de la caída de Toledo y empecé a sospechar que su familia podría haber sido la causante de esta tragedia. Los mayores de los mudéjares aseguraron que sus antepasados habían defendido la ciudad hasta la muerte, pero que el hambre les hizo perder el honor y agachar la cabeza por miedo, alegando que los nobles de la ciudad de Toledo llegaron al acuerdo de entregar el poder al gobernador mayor de los Banu Di l-Nun, Abd al-Malik Ben Matiyo, pero actuó mal y decidieron destituirlo del poder y poner a su hijo Ismail, quien designó a Abu Bakr al-Hadidi como primer ministro suyo. Cuando murió Ismael tomó el cargo su hijo Yahya y después de estos dos su nieto al-Qadir bi-Llah. Mientras tanto, al-Hadidi seguía siendo ministro del país y al-Qadir empezó a temer del poder de este y planeó asesinarlo. Tras la muerte de al-Hadidi empezaron a surgir luchas internas en el país. El gobernador de Zaragoza, al-Muqtadir ben Hud, comenzó sus ataques contra ella. Mientras tanto, declaraba el gobernador de Valencia, Abu Bakr Ben Abd al-Aziz, su independencia de Toledo y de al-Qadir y el rey Sancho Ramiro casi le arrebató Ocaña, si no hubiera pagado al-Qadir una gran cantidad de dinero por ella. Después buscó al-Qadir quien le ayudará a enfrentarse a sus enemigos y tan solo encontró a su amigo Alfonso VI, rey de Castilla. Finalmente, al-Qadir aceptó ceder a Alfonso VI Zorita, Cantuarias y Canales además de pagarle una cuota anual, lo que provocó el enfado de los habitantes de Toledo, que vieron que no había otra solución que quitarlo del poder. A continuación, estalló la revolución, la cual hizo huir a al-Qadir hacia Huete y, desde aquí a Ocaña, buscando la ayuda de su amigo Alfonso para que este le devolviera el poder. Los nobles de Toledo, mientras tanto, llamaron a al-Mutawakkil ibn al-Aftas, gobernador de Zaragoza⁴⁶⁰, para que viniera a Toledo a tomar el control de los asuntos del país. Cuando llegó el ejército de Alfonso encontró a al-Mutawakkil con su ejército en la ciudad y empezó a apretarle el cuello hasta que este huyó con todo lo que pudo arrastrar consigo de valor. Así, volvió al-Qadir al trono bajo la protección de los castellanos por un periodo de tiempo de diez meses. Finalmente, la gente se rebeló contra él de nuevo, sustituyéndolo y colocando en el poder al cadí Abu Bakr Yaish.

Al-Mutamid ben Abbad, rey de Sevilla, que seguía los asuntos desde lejos, envió a su ministro Ibn Ammar ante Alfonso, rey de Castilla, para comunicarle que al-Mutamid no tenía inconveniente en apoyarles para conquistar Toledo y que él mismo les otorgaría una cuota anual a cambio de que les dejaran las tierras situadas detrás de las montañas de Sierra Morena. De esta manera, permaneció Toledo sola ante Castilla durante cuatro años, sin que nadie fuera a socorrerlos, hasta que se fueron agotando las cosechas y la gente empezó a comer cadáveres y guijarros. Entonces, los nobles pidieron a Alfonso que cesara el bloqueo de la ciudad a cambio del pago de una cantidad de dinero y de ceder algunas de sus fortalezas. Alfonso rechazó la propuesta y tuvieron que aceptar entregar la ciudad a los castellanos para salvar la vida los que aún quedaban vivos dentro de la ciudad. A continuación, entró Alfonso con su gran ejército levantando una cruz de plata sobre el minarete de su mezquita, al-Yami.

No comprendo por qué eligió mi padre al tío Badith entre todos sus amigos para dejarme con él en esta ciudad que dista decenas de *paranganas*⁴⁶¹ de las montañas de las Alpujarras y sus pueblos de alrededor. Badith no mencionó en ningún momento mi asunto

⁴⁶⁰ *Sic* en el texto, evidente error histórico pues al-Mutawakkil Ibn al-Aftas fue soberano de Badajoz como miembro de la dinastía de los Aftasíes de la taifa de Baṭalyaws, como se ha indicado en el estudio (v. *supra*, cap. 4.4.3.1.1. Califas, emires y sultanes en la novela, de esta tesis doctoral).

⁴⁶¹ Medida de longitud que equivale a 6 kms.

nada más que a algunos de sus antiguos amigos. Estos me dieron la bienvenida como a un ministro, hijo de ministros y príncipe hijo de príncipes, a pesar de que Granada había caído hacía más de cuatro siglos. Sin embargo, ellos seguían hablando del Estado de los Banu Yahur al que definían como el “Paraíso Perdido”.

Todos en Toledo tenían nombres españoles e iban cada domingo a misa. Algunos, además, colgaban en sus casas o locales fotos de Jesús y su madre, la Virgen María y no conocían el árabe salvo unos pocos ancianos. Sin embargo, la mayoría había aprendido un oficio, dominaban la tierra, eran herreros, comerciantes, buenos tejedores y constructores y hablaban la lengua de los castellanos. Muchos conocían la lengua griega y el dialecto de Aragón, pero eran pocos los que hablaban la lengua de los Bani Uthman. Los altos cargos de la ciudad no podían prescindir de los mudéjares, quienes se habían cristianizado voluntariamente mucho antes de la caída de Granada, pues los españoles por sí mismos no se las arreglaban para llevar los asuntos del reino y, por esto, mostraron al principio aprecio a los andalusíes sin obligar a nadie a dejar su religión, su ropa e incluso su lengua. La gente, conforme al nuevo estado, entraba en el cristianismo voluntariamente en apariencia, convencida de que la religión se lleva en el corazón y que no es un tatuaje que se lleve sobre la piel. Sin embargo, cuando moría alguno de ellos lo dejaban en la iglesia para que consiguiera la gloria del cielo y después volvían a casa para leer el Corán. Cuando llegó mi padre al taller de Badith se levantó este último a recibirlo con alegría: “Hernando Ben Yahwar, sé bienvenido”. Mi padre se quedó inmóvil en su sitio como si el hombre le hubiera lanzado una ofensa imperdonable. Entonces, se disculpó Badith dándole un abrazo y le dijo: “Es la costumbre, amigo mío, ¡por el Dios de la Kaaba! Que tu presencia en Toledo sea un milagro como los de Jesús”. Mi padre sonrió y abrazó a Badith, que bromeaba con cariño. Sus risas iban en aumento, como si lo único que conocieran del mundo fuera reír. Después me dejaron plantado en el taller esperando, con un ojo en la puerta y el otro puesto en los trabajadores que transportaban sus herramientas, sus dibujos y formas que parecían estatuas. Sus caras parecían distorsionadas, sus ropas estaban sucias y tenían los ojos cubiertos de cenizas. Cuando llegó mi padre me dijo: “Ya has crecido, Muhammad y a partir de ahora debes arreglarte tú solo. Te voy a dejar aquí para que aprendas un oficio y te beneficies tú y tu gente. Cuida de aprovechar el tiempo y ser para tu tío Badith como el hijo que perdió”.

Aquel día lo vi con cara y ademán serios. Su rostro parecía como esculpido con trozos de piedra de las Alpujarras y comprendí que no cambiaría su decisión. Intenté no llorar y asentí con la cabeza. Entonces me dio un abrazo con el que casi me rompe las costillas, después me soltó y me preguntó: “¿Quieres algo?” Yo le pedí que le diera recuerdos a Zahra, a Hababa, Fernando y al hijo de estos dos, Márquez.

Cogió Badith mi ropa en un haz y me acompañó hasta su casa en la que solo se encontraban su esposa y un niño pequeño en brazos. Entonces llamó a los que se encontraban allí para presentarlos: “Este es José, el hijo de mi amigo Armando, le trajo su padre desde Madrid para vivir con nosotros hasta que regresara de su viaje al Nuevo Mundo”.

Badith miró a una muchacha con cara redonda y ojos tristes, de la edad de Hababa, me echó el brazo por el hombro y me dijo: “Esta es Pilar, la esposa de mi hijo Gabriel”. Después, tomó al niño del regazo de su madre y dijo: “Este niño travieso es mi querido nieto, Pedro” y señalando a una mujer que pasaba de los sesenta dijo: “Esta es mi esposa Bernandith, que puedes considerar tu nueva madre”. Comprendí más tarde que no podía perder a Pilar después de la muerte de su esposo, no por miedo a la soledad ni por tener a nadie a su servicio, sino porque no podía separarse de su nieto Pedro.

“Mi padre conocía mejor que yo los pasos que debía dar”. De este modo, me convencí y me esforcé por aprender todo lo que veían mis ojos, incluso Badith empezó a compararme

con la tierra que no se sacia y, cada vez que veía algo nuevo, pensaba que mi padre tardaría en venir para mostrármelo.

Cuando me encontraba con Pilar agachaba la cabeza apartando mi mirada de ella para no enamorarme e, incluso, me despertaba asustado si la veía en sueños, convencido de que esto no era más que una traición a la confianza y al compromiso. Noté que ella hacía también lo mismo para no verme. Me pasaba todo el tiempo trabajando durante el día y no volvía hasta la hora de dormir, y ella me servía cuidando de no encontrarnos salvo por casualidad, a pesar de que su cara sonriente y triste a la vez me perseguía por todos lados. Permanecimos así durante años hasta que un día se acercó a mí el tío Badith mientras preparábamos los muros de la iglesia mayor y me dijo: “Quiero que te cases con mi hija Pilar”. Me extrañó, pues pensé que él no tenía hijas y sonriendo aclaró: “Mi hija Pilar, ella es la mejor esposa para el mejor hijo”. Ya no me queda mucha vida para llevar a vuestro hijo entre mis brazos”.

Ese día me contuve y disimulé mi alegría ante él para que no sospechara que yo deseaba a la mujer de su difunto hijo y le contesté serio disimulando: “Cuando vuelva mi padre podemos hablar de eso”.

Las noticias que nos llegaban de Granada decían que la revolución había estallado, que mi padre era el comandante del ejército de Ibn Omeya y que las Alpujarras se habían convertido en un estado musulmán. Todos mostraban sorpresa ante la noticia de cara al público e, incluso, con aparente rechazo en ciertos momentos, pero por dentro la bendecían con rezos.

Nadie sabía que yo provenía de las Alpujarras ni que mi padre era uno de los que lideraron la revuelta y todos me trataban solo como a José Arnando.

El taller se había convertido en una base de recogida de noticias, pues todo aquel que venía a pedir dibujos de santos contaba lo que conocía, y el que deseaba adornar su casa y el que quería grabar los marcos de sus manuscritos; todos ellos contaban lo que habían escuchado.

Habían empezado a correr de boca en boca cuentos de santos y el decir de filósofos y poetas.

En cuanto a mí, las Alpujarras siempre estaban en mi mente, las Alpujarras y sus gentes, sus caminos y sus alrededores me perseguían siempre: Aparentemente, todos hablaban susurrando un secreto a un transeúnte que realizaba un largo viaje. Sin embargo, en Toledo retumbaban como una colmena de abejas hablando del gran acontecimiento y sin que nadie pudiera dar respuesta en caso de que las Alpujarras les pidieran ayuda.

Salimos a cavar una tumba para uno de los nobles y pasamos una semana en Madrid. Este viaje lo hice acompañado de cinco de mis compañeros. Durante mi estancia allí acabé varios encargos que me había pedido el tío Badith, entre ellos comprar arcillas que necesitábamos para el taller y folios de papel bien acabados para trabajar sobre ellos y llevar cartas y zurroneos de dinero para sus amigos.

Cuando terminé de hacer los encargos cogí a mis compañeros y volvimos en nuestros mulos con una caravana que iba de camino a Toledo. Viajando en ella supimos por un hombre que Ibn Omeya había vencido en la guerra al comandante del ejército de Granada y que lo había hecho prisionero, casándose después con su bella mujer, pues dijeron que, cuando ella vio que este era un caballero y que tenía buenos principios anunció su conversión al islam para casarse con él.

Sentía gran deseo de ver a mi padre, a Fernando, a Zahra y a Hababa y una tremenda sensación de nostalgia por la Alpujarra y sus pueblos, así como por mis maestros de allí. Se me empezaron a saltar las lágrimas y cuando me preguntaron mis compañeros por qué lloraba les respondí que echaba de menos al tío Badith, lo que les provocó la risa.

Nada más llegar se fueron a buscar al tío Badith para contarle lo que habían visto cada uno a su manera. Sin embargo, el hombre no se encontraba en un estado que le permitiera reír ni hablar y esperó a que acabara mi trabajo para apartarme a un lado y decirme: “Todos estamos destinados a morir y solo quedará nuestro Señor el Sublime y el Generoso”.

7

No sabía cuántas horas había estado durmiendo, pero cuando despertó encontró a su abuela en su silla de ruedas junto a su cama. En la cara de la abuela se apreciaba más el cansancio que la vejez. Intentó llamarla, pero se dio cuenta de que su lengua no le respondía y, tras un largo esfuerzo, pudo sacar de su boca un suspiro. Su abuela al despertarse movió su silla para acercarse a él sonriendo: “¿Tanto dormir?” le preguntó. Pero él apartó su vista de ella para mirar el frasco de suero que estaba colgado por encima de su cabeza y el fino cable blanco unido a la aguja pinchada en su antebrazo izquierdo. Ella siguió diciéndole: “Gracias a Dios que te has recuperado”.

Dos días después pudo comprender lo que le había sucedido. Su abuela le contó que había empezado a gritar en sueños como si lo estuvieran torturando y cuando ella entró en su habitación lo encontró empapado en sudor y con fiebre. Entonces, llamó al hospital y preguntó por su médico de cabecera, pero en su lugar vino un hombre joven que dijo que era su amigo. Tenía fiebre alta y permaneció sentado junto a él hasta que mejoró.

Murad estuvo pensando en el médico, a quien había visto solamente una vez y al que consideraba un amigo, según ella, y sonrió. Luego, se giró hacia ella para decirle que él no lo conocía, sorprendido de ver tanta alegría en los ojos de su abuela. Cuando le preguntó por la causa de su felicidad ella le respondió sonriente: “Ayer vi a tu abuelo y me dijo que no te iba a pasar nada”. Él miró para otro lado diciéndole: “Hemos vuelto a las mismas tonterías”. No sabía Murad si había escuchado lo que él había dicho o que ella estaba terminando de contar lo que había empezado. Entonces, ella le empezó a dar golpecitos en la mano cariñosamente: - “Tu abuelo está satisfecho contigo, Murad”. Él murmuró sin comprender, pero ella no haciéndole caso le preguntó: ¿No los has visto? Abrió sus ojos, sorprendido por la pregunta, que afirmaba más que negaba, como revelando un secreto. Él no supo qué contestar en ese momento y se limitó a decir con una gran sonrisa: - “¿Yo?” Pero ella, con el mismo brillo de alegría en sus ojos, alargó su mano hasta la colcha que había en los pies de la cama echada sobre sus piernas y sacando un gran puñado grande de folios dijo: - “Y esto, ¿acaso no lo has visto?” Eran folios grandes y gruesos. Parecían más antiguos que la escritura misma. Le sorprendieron sus márgenes adornados con dibujos de caras cubiertas en un fondo de caminos de montañas y en la parte central de los papeles, el texto escrito en grafía cúfica bajo la pluma de algún prestigioso artista. Abrió sus ojos y se dispuso a leer: “Esto es lo que ha escrito Abd Allah ben Yahwar, apodado el morisco de Tetuán y Chefchaouen, para sus hijos y nietos y los que les sucedan, para que no muera su recuerdo en sus corazones, pues, si desapareciera la memoria, se perdería todo”.

Cuando acabó de leer, levantó sus ojos para preguntar a su abuela por el significado de aquella frase, pero ya no la encontró. Hizo un esfuerzo por levantarse y salió de su habitación buscándola por la sala de estar y por la habitación donde ella solía dormir, la buscó por el baño, en la cocina y en el cuarto de la vieja sirvienta, pero no la encontró. Finalmente, le vino a la mente que podía estar en el sitio que frecuentaba habitualmente,

el balcón, y recordó cómo su abuelo Abu Yadam había elegido este lugar para tener cerca el recuerdo del gran Pachá, para el que había trabajado durante más de veinte años. Este había trabajado para el ejército de mar de Muhammad Ali hasta que se convirtió en vicegobernador de la flota y ganó una finca estatal que le sacó de la pobreza a él y a su familia de la dureza de la vida.

Se le había aparecido Abd Allah Ben Yahwar una noche de luna llena diciéndole: “Sígueme hasta la ciudad del Cairo y cuando estés allí, tráete a tu familia y a tu gente a tu nueva tierra”. Pero, en el camino de vuelta, estos le traicionaron y tomó represalias contra ellos abandonándolos allí en la cuneta, hasta que se enfadó el ojo protector, que empezó a perseguirlo con sus repetidas señales. Primero, murió su hija en el pozo de la acequia. Sin embargo, la muerte de esta no le hizo aprender, y se rió de la muerte diciendo: “Aunque me quitaras a todos mis hijos en una misma noche, no me inclinaré para salvar a un ladrón de un castigo que merece, ni salvaría a un traidor de su desgracia”.

Empezó a tener pesadillas en sus sueños y seguía sin hacer caso a las amenazas del destino hasta que le llegó la enfermedad de la lepra y la gente se alejó de él. Su mujer y sus hijos lo dejaron recluido y aislado en una habitación en la parte alta de su gran palacio. Cerraron sus puertas y ventanas y dejaron sólo un tragaluz por donde le metían la comida. Permaneció así encerrado en la oscuridad de la habitación con su carne y huesos carcomidos y gritando en la oscuridad: “Haz lo que quieras, pero no salvaré a un traidor del castigo que merece”. Era duro de corazón y de carácter, la deshonra de sus abuelos, a pesar de ser el más afortunado de los hijos, que no perdonaba la traición ni a la gente de condición baja. Cayeron truenos y temblaron las casas, desplomándose hasta el yeso de las paredes, se rasgó la madera de las ventanas y de los techos ante sus ojos y salió de su celda gritando: “Oh, abuelo que no conoce a su estirpe, enfádate lo que quieras. Aunque se derrumbara mi casa sobre mi cabeza y la de mi familia no perdonaré a quienes me traicionaron y no abriré mi corazón para encontrarme con ellos de nuevo”.

Aquello fue visto por el ojo protector como un desafío y entonces empezó a temblar la tierra hasta que se rajaron los pilares del castillo y se derrumbó hasta convertirse en un montón de escombros ante sus ojos quedando solamente él a salvo. Buscó a su familia y sirvientes entre las ruinas mientras gritaba: “¡Enfádate más, quiero más porque mi corazón es duro y no obedecerá!”. Entonces, empezó a soplar el viento y empezaron a caer truenos y relámpagos haciendo arder los establos de los caballos, las lenguas de fuego se fueron extendiendo devorando cosechas y árboles. El fuego destruía todo lo que alcanzaban a ver sus ojos. Sin embargo, él siguió burlándose: “¿Esto es todo lo que puedes? ¿Dónde está el Infierno? ¡Quiero el Infierno!”

Tras esto, cayeron grandes torrentes de agua que arrastraban todo lo que encontraban a su paso hacia él y lo arrastraron hacia el valle de un río lejano a su tierra. Después, se apagó el fuego y llegó la nieve y empezó a sentir un frío intenso que le hizo temblar. Empezaron a sangrar sus heridas y no sabía cómo esconderse de su destino sintiendo, a causa de todo aquello, una gran impotencia hasta que se volvió a encontrar con el ojo protector de frente. Se sentó después en el suelo sangrando y con una sonrisa que mostraba su altanería. El ojo protector le preguntó con voz triste: “¿Todavía quieres más, hijo mío? Y este miró a su abuelo llorando: “¿Hay más?” Agachó la cabeza el abuelo: “Esto es un poco de lo que vimos en nuestro viaje del Paraíso a la Tierra”.

Empezó a llorar el abuelo y, al verlo, dejó de llorar y lo miró extrañado: “¿El ojo protector llora también?” Y el abuelo le respondió: “Lloraron hasta las arenas y las piedras al vernos sufrir por ti. ¿Por qué eres tan duro de corazón?”

Se limpió las lágrimas el leproso y se levantó diciendo: “No me gustan los cobardes, abuelo, ¿cómo pretendes que les eche una mano?”. Después, se limpió el abuelo las lágrimas mirándolo: “Te comportas como si no hubieras tenido hijos y no desearás

proteger a tus seres queridos más débiles de los lobos, como si fueras de piedra. No perdonas, ni escuchas, ni obedeces”. Y lloró Habib Allah: - “Por ellos me fui, por ellos dejé mi gloria, por ellos envié a mis sirvientes para vestir con colchas y cortinas sus habitaciones y para que les preparan sus caballos para montar”. En este momento se le cayó una lágrima al ojo protector que abrasó lo que había sobre la tierra y añadió: “Por ellos te hemos otorgado dinero y gloria y te hemos acompañado por los caminos más oscuros y no te hemos hecho perderte en tu camino ningún día, como hicimos con los otros. No destinamos para ti una vida dura como hicimos con ellos y ¿quieres que tu corazón sufra dos veces?!”.

El leproso no percibió que su enfermedad estaba desapareciendo ni que el cielo se estaba aclarando dando lugar a una luna iluminada y revoloteaban copitos de nieve que rozaban sus caras como una ligera brisa. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de que poder elegir el buen camino era un don de Dios y que el alejarse del mal camino también lo era y el saber agradecer en los momentos difíciles. Alzó la vista y miró a su abuelo el compasivo para decirle: “A partir de mañana voy a satisfacerlos”

*Como yo, que lo hago todo con el ímpetu de la infancia
Y como tú, que perdonas como ningún otro.
Fue la albarca la que me hizo resbalar. ¿No crees?
Dirán tus enemigos que te volviste malvado.*

Al acercarse Murad a la puerta del balcón empezó a escuchar las melodías de Ibn Zaydun. La abuela las estaba escuchando en un aparato de música con mando a distancia. De repente, apareció el fantasma de su nieto con pelo rizado, desde la puerta de cristales que unía el balcón con el salón. Se colocó bien en su silla y le pidió que se sentara con él haciéndole un gesto con la mano. Este se arrojó a ella agotado de cansancio y empezó a mover su cuerpo con la triste melodía de una cantante desconocida.

Era necesario encontrar a la abuela para preguntarle por el contenido de los papeles que ella le había entregado, pero se le había olvidado el asunto durante el tiempo en que había estado buscándola. Ahora su pensamiento le llevó al lugar donde se ubicaba la casa, que le hizo pensar en su abuelo, el que padeció la lepra y en todo lo que le había sucedido.

Cuando la abuela le preguntó en qué pensaba, él le habló del tema que tenía en la cabeza. Entonces, ella bajó el volumen de la música para crear el ambiente apropiado a lo que se disponía a contarle y dijo: “Cuando el corazón del leproso quedó limpio del odio, le perdonó el ojo protector y le devolvió la salud y él empezó a buscar a sus primos. Casi todos ellos habían muerto en las obras de excavación de un canal y los que habían quedado con vida, habían quedado destrozados, sin valerse por sí mismos para nada. Su tío Ibrahim había perdido la vista. Era este de edad avanzada pero sus oídos todavía le funcionaban bien y, cuando su sobrino el leproso se acercó a él para besarle, Ibrahim dio un brinco asustado. Sin embargo, este lo abrazó llorando: - ¿Por qué tanto miedo, tío mío? Y le respondió llorando: -Pasé toda mi vida con miedo, ¿qué me impide sentirlo ahora?! Aquel no encontró respuesta a su pregunta y permaneció un rato callado antes de preguntarle: - ¿Qué es lo que te hace volver a tu vida anterior?”.

Parecía como si Ibrahim no tuviera la receta mágica para vencer ese miedo y agachó la cabeza lamentándose: “-Si pudiera verte podría confirmar que el tiempo de los fantasmas ya pasó”. Ciertamente, el leproso no tenía una varita mágica para cumplir sus deseos, pero lo acompañó a la sección de oftalmología del hospital Qasr al-Ayni, permaneciendo allí una semana hasta salir de él convirtiéndose así en el primer morisco con gafas gruesas. Al recuperar la vista, pudo apreciar bien qué había delante de él y pudo mirar fijamente al leproso con cara de felicidad: “¿Como si el tiempo no hubiera pasado para ti!”. Después,

bajó la cabeza Habib Allah: “He perdido a mi mujer y mis hijos y quiero rehacer mi vida. ¡Indícame cómo comenzar de nuevo a esta edad!”.

Suspiró entonces Ibrahim y se colocó bien las gafas: “¿Es lícito que sea para ti Hanim, la hija de tu hermano Saad?”

Y le respondió Habib Allah: “Es lícito, tío mío”.

Y añadió (Ibrahim): “Entonces ella es para ti”.

Y preguntó Habib: “¿Y cuál es la condición?”

Dio un suspiro Ibrahim y dijo: “Una casa en el Cairo”.

Entonces este aceptó con la condición de que toda la familia se trasladara con ella, pero el tío se negó a ello y dijo: “Ya soy mayor para viajar y mi deseo es morir en mi cama y en mi casa. Llévate contigo a tus primos para que te acompañen a tu nuevo hogar. Entonces, se los llevó con él a hacer un viaje que sus padres no habían querido realizar antes.

Como no quería esperar para casarse con Hanim a construir su nueva casa, alquiló para ella una en el barrio de Munira, donde permaneció hasta dar a luz a sus dos hijos Samih y Fajri.

Sentía Habib que el ojo protector lo había perdonado y empezó a construir la casa. Fue en una zona amplia detrás de unas villas y palacios donde no estaba permitido edificar excepto con el permiso de la Empresa Egipcia de Inmobiliaria. Compró entonces a ella dos terrenos y construyó sobre el primero dejando el segundo para jardín.

Luego, al traer a los trabajadores, recordó cómo había perdido su honra de señor y parte de sus tierras al ser traicionado por sus primos en su viaje con ellos a Kafr al-Duar.

Le dijo al arquitecto: “Quiero un jardín grande y delante de él una casa amplia con varias plantas y en cada planta dos pisos o tres y enfrente una villa pequeña con dos plantas cuyas puertas dan a la calle principal”.

Cuando comenzaron los trabajadores las obras, levantaron un gran muro semejante al de una fortaleza alrededor de la casa, de la villa y del jardín. Lo revistieron de tejas por la parte alta, construyendo una terraza para un depósito de agua y un lavadero. Dejaron entre el muro y la villa de Habib Allah un pasillo que conducía a la vivienda que repartía a los moriscos en los pisos que se encontraban dentro de ella.

Cuando por fin se trasladó Habib Allah con su gente a la casa, Hanin ya había dado a luz por segunda vez a sus dos gemelos Said y Hayam. Pocos años después enfermó Habib de nuevo dejándolos allí a todos en aquella casa, hasta que el destino quiso que se separaran.

8

Cuando miró el teléfono vio que Raquel lo había llamado varias veces y se dio cuenta de que el tiempo que había permanecido enfermo se había prolongado más de lo normal y de que debía haber algún asunto importante por el que esta lo requería. Abrió el ordenador y encontró cuatro mensajes; en el primero, Raquel ironizaba sobre la difícil situación que debía suponer ser el único morisco y le pedía a él que, por favor, pusiera mucho interés en nuestro trabajo. En el segundo, le decía que la situación en Egipto estaba lista para la caída del sistema y, en el tercero, gritaba: “Murad!!! ¿Dónde estás?”. No abrió el cuarto mensaje, sino que decidió pedirle disculpas y decirle que había estado enfermo en la cama durante tres días. Entonces, ella le apareció en el chat diciéndole: “Gracias a Dios que te has recuperado. Tenemos mucho trabajo por hacer y hay que ponerse manos a la obra”. Murad le preguntó de qué trataba el trabajo y las palabras de ella se sucedieron una tras otra en la pantalla del ordenador: “La agencia ha decidido nombrarte enviado especial

permanente en Egipto en vez de realizar trabajos esporádicos. He realizado grandes esfuerzos para convencerlos de esto”.

No esperaba Murad convertirse en periodista algún día y, cuando le llegó la carta de la oficina de coordinación supo que estaba aceptado en la facultad de Dar al-Ulum. Sin embargo, la gramática y la literatura eran las asignaturas que más odiaba, por lo que decidió trasladar su expediente a otra facultad.

La abuela le aconsejó la facultad de Ciencias Económicas para que fuera contable como su abuelo Rafi y, tras una larga conversación, pudo convencerla de que Bellas Artes era lo que más le gustaba. No obstante, no sabía cómo matricularse. Ella esbozó una sonrisa y dijo que el mejor amigo de su padre trabajaba allí como profesor. Entonces se apresuró a coger el teléfono para hablar con el profesor y mostrarle el deseo de Murad de aprender a manos de éste. Después, ella le dijo que el doctor Rauf Hasan lo esperaba al día siguiente en su despacho. Allí, Rauf le puso un enorme cuaderno de dibujo delante y le dijo: “Dibújame algo aquí”. Lo dejó allí durante una hora y cuando regresó vio que había usado lápices y carbón para pintar algunas láminas en las que dibujó el mar y barcos con mucha gente a bordo. Algunos de ellos luchaban contra las olas para salvarse y otros habían muerto en el intento. Todas las páginas estaban llenas de gente nadando en las aguas y en ellas había costas, montañas y valles. Parecían todas aquellas escenas en blanco y negro las del Día del Juicio Final de una época antigua.

El profesor mostró su gusto por él como artista gráfico pues veía en él cierta originalidad y visión propia, por lo que decidió incluirlo en la lista de aspirantes a realizar el examen de nivel de capacitación artística. Pasado un mes ingresó Murad como alumno en la facultad de Bellas Artes donde mostró ser un alumno aventajado superando a sus compañeros en el dibujo, la anatomía y el esculpido e, incluso, aventajando a algunos de sus profesores. Por esto, lo metió Rauf en el equipo de trabajo de su propio taller. A principios del segundo curso pasó a ser jefe de equipo.

La misión del equipo era reproducir obras de arte antiguas famosas para provecho público del arte, pues pensaban que las fotos convertían el mundo en algo cada vez más superficial. De este modo, Rauf convenció a Murad y este se entregó por completo a la labor de copiar decenas de obras eternas de Da Vinci y Giorgonni, entre otros, y pronto pasó a los trabajos de Picasso, Dalí, Miró y sus homólogos de la época moderna.

A finales del penúltimo curso pidió Rauf a Murad que dibujara para él diez cuadros de su propia imaginación empleando los métodos aprendidos en el taller. Murad pasó todas las vacaciones pintando.

Un cierto día, su profesor mostró fascinación por su progreso artístico y le dio una cantidad de dinero que este no esperaba. Sin embargo, no le informó sobre cuál era el destino de las obras que pintaba.

Mientras tanto, Murad no se preocupaba por esta cuestión, sino que, por el contrario, se vanagloriaba entre sus amigos y compañeros de ser el mejor artista de su promoción. Pero, a mediados de año, un amigo lo invitó a asistir a la inauguración de una exposición de un artista árabe y, al dar una vuelta por la exposición, se detuvo delante de los tres cuadros que había pintado él y por los que Rauf le había dado cierta cantidad de dinero. Y lo que más le molestó fue ver la firma de un artista árabe de una forma tan visible, lo que hizo que no pudiera contenerse y empezó a dar voces exclamando que el artista era un ladrón y que estos no eran sus cuadros. Hubo un gran alboroto en el lugar y aparecieron los guardias de seguridad para sacarlo de la sala como a un chiflado del arte. Cuando tuvo de frente a su profesor, le preguntó cómo habían llegado sus cuadros allí y su respuesta fue: “Olvida el asunto y vela por tu futuro”. Impactado por todo lo sucedido, evitó ir al taller y pensó en la manera de vengarse de todos.

Cuando supo que la universidad iba a reunirse para tratar los derechos de autor de trabajos artísticos con la presencia del decano y del rector, asistió a la reunión y esperó el momento oportuno para intervenir. Al abrirse la mesa a las intervenciones de los asistentes, Murad cogió el micrófono y preguntó cuál era la postura de la universidad ante un profesor que se dedicaba a falsificar cuadros. El rector respondió con rotundidad que este sería destituido de su puesto de inmediato. En aquel momento Murad señaló a Rauf alegando que tenía un taller en su casa y que se aprovechaba de los cuadros de sus alumnos para venderlos a artistas árabes falsificados.

Seguidamente, saltó alterado Rauf y entraron las fuerzas de seguridad para llevarse a Murad fuera de la sala a un lugar donde le interrogaron y, sin saber cómo ni por qué, fue apartado de sus estudios durante dos años. La universidad había resuelto expulsarlo por injurias a un profesor sin presentar pruebas.

El mundo se le vino encima y estuvo sin salir de casa ni querer ver a nadie durante un tiempo. Su abuela permaneció a su lado intentando convencerlo de que olvidara el asunto y de que trasladara los documentos de la facultad de Bellas Artes a la de Ciencias Económicas. Tenía un fuerte sentimiento de derrota y su deseo de venganza no tenía límites. Se quedó pensando en lo que le había sucedido y, finalmente, este pensamiento le empujó a ir a la sala de exposiciones que había contratado al artista árabe para buscar la manera de contactar con él y, después de muchas artimañas, consiguió su número de teléfono. Después, insistió varias veces en llamarlo hasta que consiguió hablar con él y acordar una cita para el mes siguiente en uno de los hoteles más famosos que dan al río Nilo. Al encontrarse con él, el artista no le pidió disculpas, pues era algo que no se le había pasado por la cabeza. Sin embargo, era consciente de que este quería vengarse de su profesor, de la misma manera que conocía su capacidad como artista y le dijo: “Quiero que trabajes para mí en vez de para Rauf”. Murad aceptó con la condición de que le ayudara a conseguir el título de Bellas Artes con matrícula de honor.

El hombre era un príncipe árabe enamorado del arte y de la compraventa de cuadros y le pareció que trabajar directamente con Murad era mejor que trabajar con Rauf de intermediario. De este modo, le entregó una villa en la Quinta Urbanización y le dijo: “Es para ti mientras estés conmigo”.

Murad cogió sus cosas y se trasladó a ella donde dibujó más de doscientos cuadros, sin concretar precio o trueque, pues dejó el asunto en manos del príncipe, como si nada de esto le importara. Sólo le empujaba el deseo de venganza. Dibujó decenas de cuadros, sin apenas dormir ni comer.

Así, cuando obtuvo el título fue a buscar al decano de la facultad para decirle que lo consideraba tan corrupto como a Rauf. La sorpresa fue que este ya se había jubilado y que era Rauf quien ahora ocupaba su lugar. Murad no se retractó de lo dicho y decidió no rendirse. Al dirigirse a él, se sorprendió del buen trato de Rauf. Parecía como si estuviera derrotado de antemano y hubiera ganado en sabiduría, aquella de la que carecía antes.

Tras un largo silencio, fijó la vista en un punto vago de la pared, dio un suspiro y dijo: “Sé que has venido a decirme que cuando decidas venderte, serás tú el que pongas el precio. Pero eso no te va a valer para nada, pues has entrado en el mismo camino en el que yo entré hace cuarenta años. Ahora estás ganando dinero, pero has perdido tu esencia. De este modo, nunca llegarás a ser un verdadero artista y solo te perpetuarás como un profesional del arte. Tal vez, te conviertas en un comerciante. La mayoría de nosotros comenzamos así y nos convertimos en una pandilla de corruptos”.

A pesar de lo detestable de las palabras de Rauf y de su deseo de echar por tierra su alegría por venganza, sus palabras le daban vueltas en la cabeza como un molinillo que no sabe parar.

Pronto el emir árabe sorprendió a Murad con su deseo de realizar una exposición exclusivamente con sus trabajos. Por el contrario, Rauf no mostró objeción, sino que le aconsejó: “Piensa un poco, la vida no es tan fácil como tú la ves”.

Murad vio en esto como una especie de celos y miedo del hombre hacia la gallina de los huevos de oro y se retiró a dibujar cuantos cuadros pudo, pensando que probablemente estos ocasionarían sorpresa en el mundo del arte y el nacimiento de un nuevo y joven gran artista. Por otro lado, el emir había reservado una de las más importantes salas de El Cairo como regalo a su amigo y él mismo se encargó de traer los cuadros y de imprimir los carteles de la publicidad. Ambos fueron juntos a la sala el día de la inauguración esperando que aparecieran decenas de invitados entre ellos críticos y profesores que habían sido invitados. Sin embargo, no apareció nadie salvo algunos antiguos compañeros de Murad.

Le sorprendió ver un cuadro suyo en un artículo que ocupaba la mitad de una página de uno de los periódicos más importantes nacionales bajo el título: “La profesión de falsificar a los grandes”. En él hablaba el reconocido crítico del deseo de algunos jóvenes de lograr la fama imitando a los artistas famosos de nuestro tiempo. Y fue muy difícil para Murad demostrar que eran los otros los que robaban su trabajo.

A partir de entonces, rompió sus cuadros y se encerró en su habitación convencido de que la vida no era tan fácil como él había imaginado y, ante tal sentimiento de fracaso y enfado, decidió abandonar el mundo de las Bellas Artes.

Cuando el emir le preguntó por el campo al que quería dedicarse ahora, Murad le contestó que buscaba un periódico donde trabajar como dibujante. Aquello no era verdad en realidad, pero el emir sonrió y dijo: “Esto será un regalo mío para ti”. Después, sacó una tarjeta personal y escribió en ella una recomendación al director de un famoso periódico. Y así fue como entró Murad en el mundo de la prensa.

Tomó la tarjeta y se la entregó al redactor que lo recibió como a un gran caballero. Después, ordenó asignarlo como fotógrafo, lo que no interesaba a nadie.

Al principio, pensó que el periodismo era una buena oportunidad para transformar el futuro que había planeado para sí. Los diferentes contratiempos que tuvo en la vida hicieron que esta tomara unos derroteros inesperados. Le llevaron a permanecer en casa sin hacer nada. Se limitó a navegar por internet, ver la tele, leer periódicos o bajar a sentarse en alguna de las cafeterías que estaban cerca de la vivienda. Rara vez iba al periódico o realizaba algún trabajo. Permaneció en este estado más de un año y medio hasta que un día fue sorprendido por la llamada de teléfono del director de despacho de un personaje importante con quien acordó una cita. Al acudir a ella, se encontró con el responsable acompañado de su profesor Rauf, quien le dijo: “El ministro está encantando con tus cuadros”. Murad dijo con sarcasmo: “Pero mi trabajo consiste en imitar a los grandes”. En esto intervino el profesor: “El ministerio quiere contar contigo en un gran proyecto”. Murad contestó: “Pues yo no puedo casarme con dos”, refiriéndose a su trabajo con el emir árabe. Rauf abrió su maleta y sacó una revista en cuya portada se encontraba la foto del emir y bajo ella un epígrafe grueso: “La muerte del príncipe artista”. Murad quedó impactado, entonces Rauf aprovechó la situación y le dijo que no lo habían perdido de vista en ningún momento.

Sintió miedo de ser acusado de participar en operaciones de falsificación y esto le hizo aceptar la misión que le habían encargado, que no era otra cosa que dibujar una serie de cuadros de artistas de la época de la Nahda. La mayoría de ellos ya los había dibujado varias veces. La única diferencia era que ahora los pintaría con materiales y técnicas que harían que fueran idénticos a cuadros originales antiguos.

Rauf dijo que aquel era un gran proyecto para revivir el arte y que no trabajaría solo, sino que habría restauradores, químicos y grandes profesores que estarían con él. Su misión

consistiría en ser la piedra principal sobre la que trabajan todos estos. Sin preocuparse más, decidió concluir su trabajo lo más rápidamente posible para cerrar el antiguo expediente en este campo.

Varios meses después, les entregó los cuadros que le fueron encargados y tras esto, le comunicaron que el proyecto se había parado por falta de financiación. Él dio gracias a Dios porque el tema había acabado sin problemas y volvió a disfrutar de su soledad. Pocos meses después, fue sorprendido por un artículo en el periódico cuyo título era: “Robo de un famoso cuadro”. Y tal cuadro era uno de los trabajos que incluía el proyecto. Pensó en presentarse ante el director de la editorial y contarle la verdad, pero los acontecimientos se precipitaron. Sintió un miedo más profundo a partir de ahora. Apagó el móvil maldiciendo el día en que decidió entrar en la facultad de Bellas Artes, pero dejó pasar el tiempo hasta que por fin un día le escribió Raquel pidiéndole que redactara un informe semanal relatando lo que aparecía en la prensa en Egipto y repitiéndole que la agencia contaba con él como corresponsal en El Cairo. Por el contrario, él le pidió que le quitaran ese cargo. No podía superar su miedo y no quería tener problemas con ninguno de los jefes. Puso entonces la excusa de que él no era periodista y de que no dominaba la expresión y que era la última persona con la que se podía contar para llevar a cabo un trabajo organizado. Ella contestó con rotundidad: “Aposté por ti... y se acabó”.

9

Pasé cinco días entre la vida y la muerte. Venía a verme el médico cada mañana y tarde y solo estaban conmigo en la habitación el tío Badith y su mujer. No permitían entrar a los sirvientes para que no escucharan los desvaríos que decía en mi delirio.

En mis sueños mi padre estaba conmigo. Era un hombre alto de cara enjuta y rasgos muy marcados al que su caballo de raza árabe llevaba de un sitio a otro, unas veces por las cimas de las montañas y valles, a veces entre el *riad* y los jardines, y otras por las dunas de inhóspitos desiertos. Lo vi conducir a su pueblo realizando pequeñas incursiones que se hacían más grandes y que no terminaban. Si alguno moría, se bajaba de su caballo para enterrarlo con sus ropas y ponerle una marca grande con una piedra caliza con la que escribía el nombre y apellidos del difunto en árabe. Se detenía a rezar por él para que entrara en el Paraíso más alto. Después, se subía a su caballo y volaba ligero como una mariposa entre jardines y campos. Vi matanzas, miedo, entusiasmo y una valentía sin igual. Todos eran héroes en situaciones difíciles. Nadie dudaba en salvar al otro. Era como si se transformaran en una gran bola de fuego que daba vueltas desde la cima de una colina y que no se detenía hasta entrar por las puertas de Granada la bella.

Miré a mi alrededor y no vi a Fernando ni a Hababa entre ellos. Busqué con los ojos de un águila que ve un gusano en el suelo y entre las líneas delgadas de las hojas de los árboles, pero sin éxito. Mi vista alcanzaba a ver solo a mi padre que se divertía con los que con él estaban. Hablaba con unas tropas y con otras. Después, se separaba de ellas para invadir pueblos y fortalezas. Recogía su botín o reunía esclavos y volaba de un sitio a otro. No me hablaba ni me sonreía y, cada vez que lo llamaba, echaba la cara para otro lado como si yo hubiera hecho algo mal, como si no quisiera que la gente supiera dónde me encontraba. Cuando lo llamaba, mi voz hacía eco en el viento, entre las cimas de las montañas y las rocas. Escuchaba su eco repetirse por casas, minaretes, riachuelos y acequias.

De pronto, divisé a lo lejos a Zahra y la llamé. Ella me hacía señales con su pañuelo y, cada vez que corríamos el uno hacia el otro, las cimas crecían y aumentaban oponiéndose

a nuestro encuentro y la tierra se agranda y ensancha hasta que parecíamos dos chinas pequeñas en un camino repleto de piedras y rocas. ¡Qué grande era mi deseo hacia ti, oh, Zahra!

Solamente mi madre vino a visitarme en mi refugio. Me dio unos golpecitos en la espalda diciéndome: “Hiciste lo que te mandé, hijo mío, ahora tranquilízate”. En aquel momento creí que se refería a la noche que me envió a llevarle la comida a mi padre con un mensaje que decía: “Tu vida es esperanza para los que han muerto y tu muerte será vida para los asesinos” Sin embargo, ella se refería a los grandes mandatarios del Occidente.

Miré al horizonte y vi al tío Badith que leía en un libro grande del Corán mientras su esposa le llenaba las manos de piedras de roca caliza de las montañas para que frotara las paredes de la antigua mezquita. Cuando miré para atrás, no la encontré ni a ella ni a mi padre ni a Zahra y me encontré, de pronto, llorando solo como un niño en un laberinto sin salida. Y la noche llegó cubriéndolo todo con su oscuro velo. En ese mismo momento, abrí los ojos. Ya no soñaba ni desvariaba y estaba despierto como estoy ahora. A mi lado se encontraba mi padre con una cuchara de madera y un plato de barro en la mano, que se disponía a darme una sopa con migas de pan que me tomé rápidamente, sin ganas. Estaba acostumbrado a verlo con ademán callado, pero algo había cambiado en él, pues se había vuelto más sensible. Se había convertido en una mezcla de padre y madre, que yo necesitaba aquella noche más que nunca. Cada vez que se me caía la comida de la boca me la limpiaba cogiéndose su ropa larga para limpiar la mía. Cuando parecía que me sentía saciado paraba inmediatamente, me daba golpecitos en los hombros y me decía: “Duérmete ahora, Muhammad y mañana volveré de nuevo. Hablaremos largo rato”. Cerré los ojos como los había abierto y entré en un sueño profundo, como el de la gente de la caverna*. No recuerdo cuánto tiempo estuve durmiendo ni qué ocurrió mientras tanto, pero me sentía relajado como el que duerme en casa, sin miedo y sin temor, sin sentir hambre ni sed y solo escuché la voz del médico que me tomaba el pulso: “Hoy mucho mejor”. También escuché la voz de la esposa del tío Badith decir: “Se lo ha comido todo” y el médico sonrió y dijo: “Tendrá larga vida”. Después, puso su mano sobre mi frente y me levantó con los dedos los párpados como a dos *zawali* de nudo sobre una pared. Mis ojos se asustaron por la intensa luz y los cerré a pesar de estar sujetos. Empezó a reír diciendo agradablemente: “Gracias a Dios, estás mejor. ¿Quién es esa Zahra, que te hizo enfermar todos estos días?” Pero yo no le contesté y él tampoco esperó a ver mi cara de sorpresa. Puso el material en su maletín, se dio la vuelta y se marchó.

Mis compañeros del taller fueron los que me llevaron en brazos hacia la casa del tío Badith, que no sabía qué hacer. Corría tras ellos nervioso y convencido de que yo estaba muerto. Su cara se volvió de mil colores cuando me caí delante él en el taller y no dije nada. Me dijeron que me quería más que a él mismo y que perdió en aquel momento los nervios y la serenidad y empezó a gritar sin decir nada, solo gritaba. Así hasta que algunos se dieron cuenta y corrieron hacia él mientras que otros salieron a buscar al médico. Me llevaron dentro de la casa y él se daba golpes en la cara tras ellos. Al principio dijo el médico que aquello fue un desmayo normal y que me despertaría por la tarde, pero, por el contrario, mi fiebre aumentó y empecé a sudar empapando el colchón. Ante esto, el médico no sabía qué hacer y ordenó aislarme de todos en un cuarto húmedo: “Rogad a Dios que se mejore”. Se espantaron y preguntaron: “¿Va a morir en nuestra custodia? ¿Y qué le diremos a su dueño?”.

Pero igual que llegan los males se van y vino la tranquilidad y desapareció la fiebre. Me vieron deambular de un lado para otro por la habitación preguntando: “¿Cuándo puedo volver al trabajo?” El viejo médico dio una carcajada y dijo: “¡Qué inquieto y raro eres! Mi cuerpo ya no podía soportar el olor en la cama y la humedad de la habitación y dije: “Mi descanso se encuentra en el taller con su ruido, sus trabajos y sus empleados”

Pero me di cuenta de que sentía rechazo por Toledo y por todo lo que en ella había. Y mi deseo por salir de allí era mayor de lo que esperaba.

Mi padre disfrutaba con su caballo a lo lejos en mi sueño y mi corazón latiendo por Zahra y Fernando ausente, pero presente en mi mente, hacía voltear su palo en el aire ante mí como un molino de viento: “¿Y qué pasó en las Alpujarras?”

Entonces, tuve un presentimiento y me preguntó Badith qué era lo que me pasaba y yo le respondí: “Vi a mi padre” y me respondió: “Era un caballero. Que Dios lo tenga en su gloria”

Le dije: “Lo he visto de verdad”.

“Que Dios nos proteja del Demonio pidiendo perdón, convencido este de que yo sufría de manías o locura. Quizás todavía estés enfermo. Mañana iremos a la iglesia. En ella se hace un conjuro que tiene gran resultado”

Badith se encontraba en un valle y yo en otro. No nos unía nada más que la tristeza, la desesperanza y el miedo. Permanecí callado un rato hasta que me agarró y me dijo:

“¿Sientes algo?” Yo respondí con la cabeza negando y después levanté mis ojos desvanecidos para mirarle a la cara y le dije: “Quiero viajar”.

Entonces, el hombre sonrió como si hubiera encontrado una salida y me dijo: “Cuando mengüe la luna, llévate a algunos hombres y compra tierras y papeles”.

Pero le interrumpí diciéndole: “Las Alpujarras es lo que quiero”. Cambió entonces el gesto de su cara y me miró con ojos sorprendidos. Yo bajé la cabeza como disculpándome y dije: “Sí, las Alpujarras”. Intenté ganar tiempo diciendo: “Pero las Alpujarras están en guerra y el camino no es seguro y los españoles no permiten entrar ni salir de ella” Me planté ante él con fuerte determinación y él no pudo ya negarse cuando le dije: “Mi padre me ordenó esto”.

Entonces, se agachó, para poner su mano en el suelo y coger con desesperación un puñado de piedras pequeñas y exclamó: “¡Por Dios, Ben Yahwar! No paras de meterte en líos a ti y a tus hijos”. Cuando terminó de hacer reproches a mi padre, levantó la cabeza hacia mí rendido y me dijo: “Mañana hablaremos del asunto”.

10

El Cairo se llenó de griterío y jolgorio, como si sus gentes no hubieran conocido el significado de la palabra alegría antes. Había caído el líder, el ejército estaba encargado de dirigir ahora el país y el pueblo no había prestado atención a esto por la alegría de la victoria. Se habían sentado en las cafeterías el día anterior desde el mediodía hasta las diez de la noche a esperar a que pronunciara el último discurso en el que anunciaría su dimisión, según habían informado todas las agencias de noticias. Sin embargo, este salió tras una larga espera a decir que deseaba completar su legislatura y morir en estas tierras, lo que supuso un gran impacto para todos.

La muchedumbre decidió manifestarse al salir por la mañana al rezo del viernes por calles y plazas realizando una marcha rodeando los palacios presidenciales, así no tendrían otra opción los altos mandos militares que la de aconsejarle que dimitiera.

Y estalló El Cairo en vítores, abrazos y fuegos artificiales dirigidos al cielo y que clamaban el nombre de *Allah*.

Envió el morisco su informe a Raquel y fue a buscar a su abuela a su habitación. La llamó dos veces, pero no la encontró. Esperaba que estuviera en el balcón de la casa, allí se dirigió y la encontró volcando su taza como quien lee el futuro, mientras una cantante de tiempos antiguos entonaba una canción con dulce voz.

*No siento rencor por un amor que permanece en mí
Acepto la vida como es
acepto perder
Mi paciencia en el amor es grande*

Comenzó a cantar como si se encontrara en el escenario de un gran teatro. La abuela sintió vergüenza de los movimientos de su nieto y pulsó el botón del mando a distancia para detener la cinta. Seguidamente, él se agachó sellando un beso en su mejilla y le dijo: “Doña Yana, ¿estás loca de amor, por quién?” Ella levantó sus ojos hacia él y dijo: “Recuerdo el día en que tu abuelo pidió mi mano”. Murad no pudo contener su risa. Ella hizo un gesto de tristeza y echó la cara hacia otro lado. Él se dio cuenta de que la había herido así que se fue para ella a darle un beso en la cabeza y se disculpó: “Creí que tú habías olvidado estas cosas hacía tiempo” Ella se volvió hacia él mirándolo con un brillo en los ojos que transmitía paz: “Cómo voy a olvidar que la abuela Hanim fue la que me eligió de esposa para él”. Se puso seria al recordar esto.

A Murad le cambió el gesto y apoyó sus brazos sobre la barandilla del balcón preguntando: “¿Cómo?” Ella suspiró recordando tiempos lejanos.

Cuando tenía trece años, los nietos de Habib Allah vivían en esta planta después de que la gran abuela, Hanim, se mudara para vivir allí. Nuestro piso estaba frente al suyo. Yo nunca esperaba que Rafiq pudiera ser mi esposo, quizás porque era diez años mayor que yo, o quizás porque yo estaba distraída pensando en otro muchacho al que conocí en la secundaria. Empezamos a tener encuentros al terminar la clase diariamente cerca de la mezquita Al-Shayj al-Abit. Paseábamos por el paseo marítimo de Garden City en el río Nilo. La escuela había enviado a mi casa un informe de mis continuas ausencias y la abuela encargó a Rafiq que me vigilara.

Rafiq me esperaba en la puerta de la escuela hasta que apareció aquel día el muchacho y nos fuimos como de costumbre al paseo. Allí lo encontramos frente a nosotros como caído del cielo. Me dio una bofetada en la cara y me cogió de la mano como si arrastrara una cabra hacia su casa. La familia acabó reuniéndose y la abuela dictó su decisión a mi padre: “Oh Fajri, Samih, el padre de Rafiq, ha pedido la mano de tu hija Yana para su hijo”.

“Yo estoy de acuerdo -murmuró el padre con resignación- Tu decisión es la que vale”.

No pasó más de una semana y ya habían comprado los muebles, colgando los adornos y dado las invitaciones.

Su bofetada todavía seguía marcada en mi cara. Cuando se acercó a mí, me asusté como si estuviera a mi lado una bestia y, cada vez que venía hacia mí, aumentaba mi temor hasta que sintió pena por mí. Me dejaba dormir en la cama y él dormía en el suelo. Por la mañana me observaba la abuela con ojos de saberlo todo. Un día la llevó hasta afuera y cuando regresó, noté que ella me miraba con desdén.

Mientras tanto, todos los de la casa me felicitaban, no por mi matrimonio con Rafiq, sino porque había sido la abuela la que lo había elegido para mí. Pero mi miedo hacia él no desaparecía y así estuvimos durante un año completo. Él no se acercaba a mí y cuando se alejaba se me iba el miedo. Yo desconocía si la familia era cómplice y callaba, o si parecíamos ante ellos un matrimonio normal.

Cuando sentí que mi presión era grande, fui a buscar a la abuela y le dije: “Quiero divorciarme de Rafiq”. Ella me abrazó sonriente: “Pensaré en el asunto”. Tras esto, entró él en mi cuarto y me dijo: “Nos vemos al mediodía en la plaza de Sulayman”. Pensé que me llevaría al notario para tramitar el divorcio, pero mi sorpresa fue que me llevó por el camino del paseo del río, y de ahí al zoo. Allí nos sentamos callados como dos extraños. Dos muchachos empezaron a tirarme los tejos delante de él que permanecía callado. No tuve más remedio que cobijarme en él. En aquel momento se puso en pie y peleó por mí.

Les pegó y tampoco se libró de que le dieran unas bofetadas en la cara y los ojos. Le limpié la sangre de las heridas y pensé: “Él es la elección de mi abuela para mí y es mi primo hermano. Es responsable de una empresa de contabilidad y es más guapo que el muchacho con el que salía antes, y tiene el bachiller por si quisiera completar sus estudios universitarios. He perdido la cabeza rechazando a un hombre al que todos quieren y al que describen como el racional cariñoso”.

Me convencí de que él era la elección del ojo protector para mí y de que era yo la mujer más afortunada.

Cada vez que teníamos un hijo, este moría en la primera semana. Esto se repitió varias veces hasta que llegó tu padre, Yusuf, que sobrevivió, y después tu tía Nayat.

Recordó entonces Murad su extraña relación con Raquel, con la que no estaba viviendo una historia de amor, pero en la que no podía dejar de pensar. Tan solo conocía de ella su voz, una voz que no era ni femenina ni masculina pero que se parecía a la máquina de la vida, la que ella vivía.

Lo hizo salir doña Yana de su distracción diciéndole: “¿Tal vez te acordaste de Nariman? No supo qué contestarle, pues Nariman, de la que había dicho su abuelo que era para Murad y Murad para ella, estaba desaparecida desde que viajó con su tío Rafiq al Líbano. Vestía el uniforme de la escuela cuando murió su tía Nayat, abandonándola después a ella y a su hermano Wadi.

Afif, que había salido del país hacía años, vino y los recogió de la custodia de su abuelo Rafiq. Este no pudo negarse y, al contrario de lo que todos esperaban, fue generoso con él, lo que hizo que todos los moriscos pidieran para ellos el buen trato que recibió Afif.

La abuela dio un suspiro y dijo: “Que Dios perdone a Yawahir, esposa de Afif”. Esta había separado a toda la familia y dio problemas incluso antes de casarse con Afif. Muchas veces se opuso su padre, Samih, a este matrimonio. Incluso, llegó a encerrarlo en el trastero de la fábrica de vidrios con reproche: “No es hijo mío el que se sale de la ley de los moriscos y se casa con otro que no es morisco”. Sin embargo, todos se sintieron obligados a colocar adornos y a hacer festejos después de que Rafiq se dirigiera ante su hermano Samih y le dijera: “El ojo protector con su afilada espada me ha venido en sueños y me ha dicho que casemos al extraño con la extraña y que no temamos porque se manche la sangre de los moriscos”.

Sucedió esto el año de la separación de Siria y el de la tristeza de todos. Pocos meses después se marchó Samih triste por su hijo Afif a causa del enfado del ojo protector. Después, Yawahir insistió en abandonar la casa y vivir lejos de los moriscos.

Rafiq dijo a su sobrino que no lo escuchara, pues el ojo protector había jurado al abuelo, Habib Allah, que quien saliera de aquella casa sin excusa le haría enfadar, pero Afif solo escuchó a su esposa.

Afif acabó comprando una casa cerca del varón Inbal y reclamó la herencia de su padre, pidiendo para él y para su hermano Asad la fábrica de vidrios. Pensaron todos que Rafiq se oponería, sin embargo, les dijo: “Le basta con su propia maldad”.

Resultó entonces que el ojo protector no quedó contento con lo que había hecho Rafiq y, dos años después, salió una orden de embargo de la fábrica. Yawahir se enfadó mucho con el país entero y casi detienen a Afif por su culpa, si no hubiera sido porque sus amigos le aconsejaron salir del país. Líbano fue su primer lugar de residencia hasta que se perdió su rastro.

La abuela se quedó pensativa recordando los días en que Rafiq lloró en su regazo. Se dio cuenta Murad de que estaba siendo un día de dolorosos recuerdos, así que fue a coger el mando para volver a escuchar la voz melodiosa, pero ella lo cogió de la mano, se limpió las lágrimas y siguió contando: “En aquel momento abrazó Rafiq a su sobrino Asad y lo hizo casarse con su hija Nayat. Después le dijo: “Desde hoy tú y Yusuf sois hermanos y

trabajaréis codo con codo. Si muriera, todo lo que poseo es herencia para vosotros dos a partes iguales, todo será a medias. Y ojalá el ojo protector esté satisfecho con nosotros”. Cuando tuvieron a Nariman, tú tenías solamente diez años, la cogió tu abuelo Rafiq y la puso entre sus brazos. Después, reunió a Yusuf y a Asad y les dijo: “Nariman es para Murad y Murad para Nariman”. Se abrazaron todos felicitándose”.

Sin embargo, los días de felicidad no duraron mucho pues murió Asad dejando embarazada a Nayat de su hijo Wadi.

Lo solía coger en sus brazos cada noche diciendo: “No sabemos en qué tierra moriremos”. Repentinamente enfermó Nayat y murió tras su marido. Wadi comenzó a llorar y se metió en la cama durante semanas sin comer ni beber si no tenía fuerza.

Cuando empezaba ya a recuperarse de su tristeza, vinieron Afif y Yawahir a decirnos: “Queremos a los hijos de Asad y su herencia”. Yusuf estuvo a punto de perder la cabeza y de matarlos aquel día, pero Rafiq dijo: “Busca un comprador para el jardín de la casa”. Entonces, Yusuf miró a Rafiq enojado y lo abrazó diciéndole: “Dios no juntó dos males en un solo corazón, ¿lo vamos a hacer nosotros?”.

11

El tío Badith me preparó víveres suficientes para una semana a pesar de que el viaje no iba a durar más de dos días. Dijo que no conocía las circunstancias de la guerra entre los españoles y Las Alpujarras. Me pidió entonces que le diera recuerdos a Fernando de su parte y que le preguntara si necesitaba su gente aquí aclarándose: “Ciertamente piensan que les hemos decepcionado, pero no es eso, únicamente no podemos negarnos a la paz en que vivimos. Si ellos estuvieran en nuestra situación no pensarían en la revolución. Pero sólo Dios conoce lo que habita en nuestros corazones”.

Aprecié en sus ojos un halo de tristeza como si tuviera un nudo en la garganta por algún motivo. No supe entonces si estaba enfadado por la revolución en sí misma o por no estar participando en ella, pues estaba más preocupado de que no me sucediera nada.

Trajo tres mulos y dos hombres para acompañarme y me dio un escudo y una espada diciendo: “Por si se te presenta algún obstáculo en el camino”. Yo me sentí desbordado por tanta generosidad y rechacé la compañía de hombres y armas. “Si me salvan de los ladrones, moriré a manos de los soldados”. Y le dije que era suficiente con *jinyur*⁴⁶² que metería entre los pliegues de mis ropas.

Cuando puse mis pertenencias sobre mi caballo salieron a despedirme todos los del lugar como si me fuera a una guerra de la que no volvería. Los dejé con lágrimas en mis ojos y me dirigí a la casa de Pilar, de Pedro y de la esposa del tío Badith.

La vi en pie sobre los escalones de las escaleras que llevaban a mi habitación en la planta superior y sus ojos estaban llorosos. Me detuve ante ella y solo pasó por mi mente una idea que no fui capaz de pronunciar. Por el contrario, ella tenía miles de dudas sobre su futuro. Yo sabía que ella estaba muy necesitada de abrazos y cariño y yo también la necesitaba. Sin embargo, solo dijo: “Te esperamos tal como estamos”. Después, la vi desvanecerse sobre la escalera y casi me desvanezco con ella. Pero una mano tocó mi hombro por detrás tiernamente y yo me giré para echarme en brazos de quien me había tocado. Era la mano del tío Badith, al que me rendí, regresando juntos a la puerta. Él arrastraba sus pies como el que regresa de una batalla en la que había perdido todo. Sin embargo, insistió en ayudarme a subir al caballo con las manos temblorosas y los ojos

⁴⁶²Puñal curvo de filo doble.

llenos de lágrimas. Yo le pedí: “Reza por mí” y rompió a llorar. “Te vamos a esperar todos”.

Sus palabras fueron consuelo para mi corazón. Seguidamente piqué el caballo para que me llevara en dirección sureste hacia Granada con la esperanza de escapar lejos de los ojos de los que acechaban a los viajeros en aquellos días, y rogué a Dios que mi apariencia física no hubiera cambiado mucho para que los partidarios de Ibn Omeya no me asesinaran antes de llegar a encontrarme ante Fernando.

De pronto, vi un caballo que se dirigía hacia mí desde la ladera y presentí que algo se estaba planeando contra mí. Solté las riendas del caballo y empecé a arriar con los pies para que aligerara su marcha. Pero mis golpes parecían causarle solo cosquillas y me rendí a mi destino. Entonces empecé a caminar como Marco Polo en el país de los mongoles y los tártaros, contemplando las montañas y valles como Cristóbal Colón en el Nuevo Mundo. Estuve distraído con esta idea hasta que su caballo alcanzó el mío. Lo miré para saludarlo, pero tenía el rostro cubierto por un *lizam* y no podía apreciar sus rasgos. Él tampoco me miró ni me devolvió el saludo. Me adelantó unos pocos metros y paró su yegua como si hubiera olvidado algo. Lo miré por detrás y su apariencia me resultaba familiar. La forma de su espalda y su manera de montar a caballo me recordaban a alguien. Me preguntó a dónde me dirigía y le respondí: “Granada”. Y pensé que aquella respuesta era suficiente para él, sin embargo, me preguntó de nuevo: “¿Granada o las Alpujarras? Me sorprendí de que conociera mi verdadero destino y temí que perteneciera a la iglesia o al bando de los españoles. Esperé nervioso hasta que me dijera algo: “Si vas allí, sígueme”. Me llamó la atención su tono de voz. Era el mismo que el de mi padre. Tenía la misma seriedad en el hablar. Sin embargo, mi padre había muerto hacía meses y me pregunté: ¿Cómo podrían los muertos montar a caballo y hablar a los vivos? Lo escuché decir: “Llevas razón”. Y no comprendía si estaba respondiendo a mi pensamiento o si hablaba para sí mismo. Por un momento tuve una extraña sensación y se precipitaron los latidos de mi corazón hasta que volvió a decir: “El viaje necesita de compañía”. Me hablaba sin mirarme. No pretendía caminar a mi lado y, cada vez que mi caballo se acercaba al suyo, este era más rápido y se mantenía la distancia entre nosotros, ni se agrandaba ni se acortaba. Su voz era ronca, como si saliera de un lugar profundo, como si le saliera de las mismas entrañas. Entonces, dijo: “Pasarás por sitios recónditos, difíciles y tenebrosos. ¿Por qué has venido solo?”

No me preocupé por responderle y lo sorprendí preguntando: “¿Conoces a mi padre? Él soltó una carcajada que yo conocía desde pequeño y dijo: “La gente de las Alpujarras se conoce entre sí”. Yo balbuceé tras él: “Sí, ¿pero vuelven los muertos a sus casas?”.

Tuvimos que atravesar un camino alto, largo y estrecho. Resbalaban las patas del caballo entre los peñascos y tuvimos que tener precaución. Tardé varios minutos en cruzar al otro lado mientras que su caballo había cruzado ágilmente desde el primer momento, como si anduviera sobre el aire.

Cuando retomamos el camino de nuevo le dije en voz alta: “Pero tú eres él o al menos eres su espíritu bueno”. Y se dirigió hacia mí con voz dulce: “El mundo es más ancho y complicado de lo que tú crees. Disfruta de lo que conoces o, al menos de lo que crees que conoces”. Se adelantó a mi pregunta de cómo había venido con esta respuesta y me invadió el cuerpo una sensación de tranquilidad. Ya no me preocupé más por conocer lo que él no deseaba que yo supiera y decidí seguirlo a donde él quisiera.

Le pregunté por Fernando, por Hababa y por Zahra, pero no me respondió ni hizo ademán por contestar. Después, hubo un silencio entre nosotros. Empecé a sentir mi cuerpo derrotado de cansancio y le pregunté: “¿Podemos descansar?” Y, sin mirarme, me indicó hacia una colina cercana a un riachuelo. Allí, bajé de mi caballo, abrí el zurrón del tío

Badith y empecé a masticar la comida sin fuerzas recordando sus palabras sobre la libertad de expresión, la democracia y sobre cómo mis abuelos habían salvado a su gente del caos, entonces le pregunté: “¿Cómo desapareció el mandato del Califato y se dispersó la gente en reinos comiéndose unos a otros?”.

Dio un fuerte suspiro, bajó después de su caballo obligado por el asunto, luego se apartó a un lado y dijo: “Fue al-Mustansir bi-l-lah, el último de los califas fuertes de los Banu Umeya, que no tuvo más que dos hijos, que son Abd Rahman y Hisham. Murió el primero y su padre cedió el derecho de sucesión a Hisham cuando este era aún pequeño. Al poco tiempo murió al-Mustansir, los saqaliba codiciaban el poder y ocultaron al principio la noticia de su muerte a su gente.

Después, se presentaron ante el secretario del rey Yaafar Ben Uthman al-Mushafí y le pidieron que entregara el califato a Mugira Ben Abd Rahman al-Naser en vez de a Hisham Ben al-Mustansir.

Pero al-Mushafí fue ante el jefe de policía, Muhammad Ben Abi Amir, y le informó de lo que pretendían los saqaliba. Ibn Abi Amir planeó asesinar a al-Mugira para detenerlos. Hisham tomó el poder del Califato a la edad de trece años con el apodo de al-Muayyad bi-l-lah.

Fue Ibn Abi Amir un humilde copista que abrió una tienda cerca de la puerta del palacio del emirato. Al extenderse su fama entre las gentes, lo llamó al-Mustansir para que fuera maestro de sus hijos Abd Rahman y Hisham y, tras la muerte de su padre, se hizo más fuerte la relación entre este y la madre de ellos, Subh la vascuence, que lo ascendió a jefe de la policía de Córdoba. Y cuando salvó el poder a su hijo de la conspiración de los saqaliba empezó a tenerlo en mayor consideración aún. De este modo, empezó a apoyarlo con todo el poder que tenía como regente del califa en contra de sus enemigos.

Entonces, se libró del secretario, Yaafar Ben Uthman al-Mushafí, y ocupó su lugar, ayudándose a sí mismo al-Mansur. Pidió entonces ayuda a los beréberes de Marruecos para que fueran el pilar de su gobierno. Gracias a su ayuda volvió a recuperar los territorios que habían tomado los cristianos en la época de al-Mustansir. Se dijo también que su relación con la madre del califa llegó hasta el punto de llegar a casarse con ella. Pronto este prohibió a Hisham moverse fuera de su palacio, hasta que no pudo salir de él sin su permiso.

Cuando Subh, la vascuence, empezó a temer por el trono de su hijo, se opuso al poder del secretario Muhammad Ben Abi Amir al-Mansur lo que la llevó a que él acabara encerrando a esta en su propio palacio, donde murió.

Permaneció el país bajo el poder de al-Mansur durante muchos años sin codiciar más territorio ni velar por su trono. Tras su muerte, tomó el cargo su hijo Abd -l-Malik, quien continuó su misma trayectoria. Pronto murió y tras él vino su hermano, que ocupaba los cargos de ministro y secretario, y codiciaba el trono del califato haciendo firmar a Hisham al-Muayyad un acuerdo sobre el califato después de él. Esta fue la chispa que prendió la llama que devoraría todo al-Andalus.

Se reunieron los Banu Omeya y decidieron romper el pacto con el apoyo de los saqaliba, obligando a al-Muayyad a ceder el califato a su primo Muhammad Ben Abd al-Yabbar ben Abd Rahman al-Naser al que apodaron como el califa al-Mahdi.

La voz de mi padre retumbaba en mis oídos y, al ponerse el sol, la noche lo cubrió todo con un manto negro. Le pregunté por un sitio donde dormir y él me señaló un camino pequeño por el que anduvimos hasta llegar a una choza de dos plantas. En la puerta nos esperaba un anciano de manos débiles que recibía a los caballeros para llevar sus caballos al establo. Mientras tanto, un muchacho joven y guapo situado tras él recogía sus cosas y los llevaba ante una mujer cuarentona que estaba sentada al lado de la puerta detrás de una vieja mesa.

Ella me miró con ojos de conocer todo tipo de gente y me preguntó: “¿Cuántas camas quieres?” Yo le señalé con el dedo: “Una”. Y ella le dijo en voz baja al sirviente que llevara mis pertenencias a una habitación en la planta superior.

Era mi compañero de habitación un hombre que vino de Granada y que viajaba a Madrid. Tomé un baño, me cambié de ropa y bajé a cenar a una habitación con poca luz en la planta baja.

Encontré a mi padre esperándome sentado en una mesa solo y me fui hacia él. Mi compañero de habitación se sentó en la mesa de al lado. Solo había dos mesas más en el comedor en las que se sentaron dos hombres en cada una de ellas. Por la manera de hablar parecía que se conocían. Uno de ellos, un elegante anciano, dijo a su compañero en voz alta: “No existe mayor genio que Leonardo Da Vinci”. Entonces le contestó un muchacho de complexión fuerte sentado en la otra mesa, que me pareció morisco o de origen marroquí: “Porque no conoces a Miguel Ángel o no viste ninguna de sus obras o cuadros”. Entonces, reaccionó el muchacho que acompañaba al hombre elegante diciendo: “¿A ese pordiosero maloliente pretendes compararlo con Da Vinci? Ese no es más que un mendigo. ¿Cómo se puede considerar artista?”. La respuesta fue: “Porque no es un maricón como tu amigo. Este es poeta, pintor y escultor”. El señor elegante sonrió y dijo: “Amigo mío, hablamos del arte y no de prejuicios morales y, en definitiva, ese asunto no nos concierne o, ¿acaso eres de los de la iglesia obsesionados por escudriñar la mente de la gente?”

En ese momento se presentó el camarero con los tajines de comida y empezó a servir por las mesas como si repartiera forraje a los animales.

Cada cual empezó a comer su *tajine*, pero yo empecé a hablar con mi padre y le pregunté: “¿Se acabó el califato aquí?”. Me pareció que los muertos tienen la capacidad de saber lo que pasa por la mente de las personas. Y continuó diciendo: “No fue el califa Muhammad Ibn Hisham Ben Abd al-*Yabbdeiar*, apodado al-Mahdi un hombre serio como esperaban sus parientes, pues dio rienda suelta a sus deseos y expulsó a sus socios saqaliba hacia el oriente de al-Andalus anunciando después la muerte de su primo el califa Hisham al-Muwallid.

Aunque aún se encontraba encerrado en el palacio del emirato, al-Mahdi otorgó la sucesión al trono a su primo Sulayman Ben Hisham Ben Sulayman Ben Naser, con quien pronto se enfadó y al que encarceló, expulsando de su ejército a siete mil soldados beréberes, que no tuvieron más remedio que acudir ante Hisham Ben Sulayman, padre del sucesor al trono, que se hallaba encarcelado (al-Mahdi). Después, obligaron y aconsejaron a este a abrir la cárcel del emirato y sacar a su hijo de allí. Los reunió a todos y rodearon el palacio, pero los soldados de al-Mahdi los derrotaron e hicieron preso a Hisham.

Finalmente, ordenó al-Mahdi asesinarlo a él y a su hijo Sulayman y permitió a su gente entrar en las casas de los beréberes de la ciudad y confiscar sus bienes hasta que estos abandonaron Córdoba, sin mirar la paz que les llegó tarde.

Entre los que habían salido con ellos estaba Sulayman Ben al-Hakam Abd Rahman al-Naser. Acordaron echar del poder a al-Mahdi para que Sulayman se hiciera con el califato, pero para ello tuvieron que pedir ayuda a los castellanos para atacar Córdoba. Así, se pusieron en contacto con Sancho para que les ayudara con sus soldados a cambio de cederle algunos de los territorios.

Cuando al-Mahdi supo esto, ordenó cavar zanjas alrededor de la ciudad y sacar de prisión a al-Muayyad reclamándolo para el califato.

Ben al-Hakam y los beréberes que estaban con él insistieron en entrar en Córdoba y entonces decidió al-Mahdi escapar con sus hombres a Toledo.

Mientras tanto, Sulayman Ben al-Hakam se sentaba en el trono en la puerta del palacio del emirato a recibir la lealtad de la gente y se apodó al-Mustain bil-lah dejando a Hisham en prisión.

Cuando subí a mi cuarto a descansar encontré a mi compañero de habitación intentando conciliar el sueño. Entonces, aproveché la ocasión para preguntarle por la situación de Granada y este me contestó: “No es buena para los moriscos. Metieron miedo a todos y parece que las Alpujarras cayeron en manos de Ibn Omeya”. Oculté mi alegría y dije con cierto tono de preocupación: “¿Cómo ocurrió esto?” Cerró sus ojos y dijo: “Escuché antes de salir de Granada que Ibn Omeya había vencido al marqués Mondéjar y creo que la ciudad estaba amenazada de caer si el mismo emperador Felipe no se movía para salvarla. Parece que el hombre no sospechó en ningún momento que yo era morisco, pues había transformado mi ropa, me habla y la suavidad de mi cara. Le pregunté por Ibn Omeya y desde dónde había venido, pero este ya se veía vencido por el sueño y, bostezando, levantó un poco la cabeza de la almohada y dijo: “No tuvo hijo varón, pero su buena suerte le hizo conocer a un hombre muy inteligente entre los Bani Yahur, a quien nombraron su comandante y ahora sueñan con conquistar Granada. ¡Que el Mesías nos salve de ellos!”.

A continuación, se calló y, de pronto, empecé a escuchar unos fuertes ronquidos. Me fui para la ventana buscando la voz de mi padre en la oscuridad, aquella voz que parecía estar esperándome para continuar contándome lo que estaba sucediendo en Córdoba:

“Subió al trono del califato al-Mustain y ordenó perseguir a al-Mahdi y a sus hombres, que huyeron por desfiladeros, gargantas y arrabales. Entre los que huyeron había un hombre llamado Wadih al-Amiri, que se dirigió hacia el norte a pedir a los dos gobernadores, el de Barcelona y el de Orihuela, que les proporcionaran un ejército para luchar contra al-Mustain. Ambos aceptaron a cambio de pagar dos dinares por soldado al día, de no coger del botín de guerra que consiguieron sus soldados y de que cuando vencieran, les entregarían a los dos Medinaceli. Él aceptó las condiciones. Entonces, se unió a él el califa al-Mahdi con los hombres que aún quedaban con él, llegando la noticia a al-Mustain quien llamó a su gente a salir a enfrentarse a ellos, pero nadie le respondió. Salió, entonces, con los árabes y beréberes que se encontraban con él y, por miedo a que le traicionaran los beréberes, los puso en la parte delantera y se cubrió por la parte trasera con los árabes. Cuando empezó la guerra, se abrieron las filas de los beréberes, lo que dio paso al enemigo. Llamaron a al-Mustain para que cerrara el paso. Sin embargo, él pensó que se habían vuelto contra él y ordenó abandonar la batalla y huir a Játiva. Y entró al-Mahdi en la ciudad de Córdoba de nuevo. Designó a Wadih al-Amiri como secretario suyo y salió después a enfrentarse a grandes contingentes de beréberes que se agrupaban cerca de Marbella, sin embargo, lo derrotaron y lo que hizo Wadih al-Amiri entonces fue sacar a Hisham al-Muwallid de la cárcel, le cortó la cabeza él mismo, y envió su cabeza a Sulayman al-Mustain para que entrara como él bajo el mando de al-Muwallid. Pero al-Mustain decidió rodear Córdoba con ayuda de los beréberes que estaban con él, devastando todo a su alrededor. Después, se extendió la hambruna y la gente empezó a alimentarse de cadáveres de animales. Al-Muwallid vendió los muebles de su palacio para comprar caballos y armas y luchar contra ellos. Mientras tanto, Wadih al-Amiri había decidido huir de la ciudad por la noche. Reunió todo lo que pudo de oro y plata para escapar solo con todo.

Al descubrir esto los soldados, lo capturaron y registraron sus alforjas sacando todos los tesoros que había en ellas, después lo asesinaron y dieron vueltas por las calles con su cabeza. Entonces salió al-Muwallid llorando ante la gente y dijo: “Haced lo que veáis que es correcto”. Envío después dignatarios y notables ante al-Mustain para que este levantara el cerco de la ciudad a cambio de ser gobernador de al-Muwallid. Su respuesta fue entrar

en Córdoba y saquear las casas y deshonrar a sus gentes en represalia contra al-Muwallid por su guerra contra él. Lloró al-Muwallid diciendo que no tuvo más remedio que hacerlo. Luego, ordenó al-Mustain meterlo en prisión de nuevo y designó a su sobrino, Ali Ben Hammud, para gobernar Ceuta y algunas tierras de Marruecos y a su hermano al-Qasim, Algeciras.

Ali codiciaba el trono de Córdoba y reunió a los que quedaban de los amiríes para luchar en contra de al-Mustain. Mostró entonces un documento de al-Muwallid en el que lo declaraba heredero al trono y al-Muwallid pedía a Ali que lo salvara de las manos de al-Mustain y que lo sacara de la cárcel. Cuando al-Mustain supo esto salió con su ejército para enfrentarse a ellos. Sin embargo, cayó prisionero junto con su hermano y su padre. Mientras, Ali Ben Hammud se sentaba en el trono del emirato y cuando les preguntó por el califa Hisham estos le respondieron a despecho: “Lo hemos asesinado”. Y lo que hizo fue ordenar asesinarlos a todos. Por último, se declaró a sí mismo califa y así fue como surgió el primer gobierno de los beréberes en Córdoba.

12

Tenía que ir a la Casa del Libro Egipcia. Tenía una cita con el director acordada desde hacía ya tres meses. Había presentado una solicitud para que le dieran una copia compulsada de la escritura del *waqf* privado de la familia y del pabellón de los marroquíes.

Cuando su abuelo Atiya la redactó en el año 1805 no sabía que Muhammad Ali acabaría teniendo la profesión de capataz. Tenía como objetivo dar seguridad económica a su familia, que se dividiría en varias ramas en el futuro; tres de ellas por El Cairo y dos volvieron a Túnez y a Marruecos.

Entonces, se le apareció el ojo protector al lado del muro y le dijo: “Oh, Atiya, no te otorgamos este nombre para que fueras tacaño con tu familia. Reúne todas tus pertenencias y ponlas a disposición de todos”.

Cuando le preguntó el arrendatario a su mujer por la manera de satisfacer al abuelo, ella le respondió: “La única manera es el *waqf*”. Entonces, se fue por la mañana al Tribunal Legislativo y realizó el habiz para la gran familia de los moriscos y el pabellón de los marroquíes, un total de ciento cincuenta *fadanes*⁴⁶³ cerca de Shubra al-Jaima en la región de Qaliubi. Cuando su esposa le preguntó por la razón que le llevó a no cumplir completamente el testamento del abuelo, este hizo un gesto con la cabeza lamentándose y dijo: “Que *Allah* pague al *shayj* del mal”. Y es que Atiya Allah, por su profesión de arrendatario, no creía en más de lo que veía con sus propios ojos, pues las promesas y retrasos de los agricultores le enseñaron que solo empleaban trucos para evadir el pago. Siempre cobraba al final del año menos de lo que él había calculado. Su trabajo le obligaba a ser duro de corazón y no sentía misericordia por los que se encontraban apurados o necesitados porque nadie la tenía con él.

Tenía que pagar al tesorero antes de tocar la tierra y pagar a los mamelucos (dinastía de origen eslavo) cuando le tocaba y a los intermediarios, hacer regalos y sobornar para dar una buena imagen de sí mismo a los altos mandatarios. Debía pagar al contado, por eso llevaba las cuentas de todos sus ingresos y los repartía con un buen margen de ganancia bajo forma de impuestos con los que hacía sufrir a los pobres que trabajaban en las tierras. A veces, empleaba la fuerza al cobrar y, otras, les embargaba la tierra.

⁴⁶³Es una medida de tierra que equivale a unas 2, 4 hectáreas aproximadamente.

De este modo, se convirtió Atiya Allah en el capataz al que todos temían, pero no olvidó que era extranjero en aquel lugar, pues no era egipcio, ni tunecino, ni marroquí. Y todos lo llamaban morisco en un país donde sus gentes desconocían el sufrimiento de haber nacido morisco.

Muchos pensaban que había heredado el dinero de sus progenitores y pocos sabían que había nacido pobre de un padre que fue encargado de uno de los capataces menores y que el destino lo había puesto en este camino.

Ocurrió esto muchos años atrás cuando su padre enfermó y él se presentó ante su capataz a quien pidió que le ofreciera su puesto como encargado de sus trabajadores. Este último lo miró sorprendido por su valentía y ambición.

Era Atiya un joven guapo y esbelto seguro de sí mismo. El arrendatario y su esposa se disponían a salir de viaje. Él se plantó ante el gordo arrendatario con su delgada y alta figura e insistió en su petición. Este último sonrió y le preguntó: “¿Tienes fuerza para asustar a los agricultores?” Atiya asintió con la cabeza: “Tengo cerebro suficiente”. El capataz señaló entonces a un sirviente anciano para que lucharan, pero Atiya renunció a ello alegando: “No pongo mi mano sobre quienes tienen la edad de mi abuelo”. Su respuesta gustó a la esposa del capataz que elogió su sagacidad. La señora embravecida llamó a un hombre llamado al-Bahim y le dijo: “Quiero saber quién de vosotros merece trabajar conmigo”.

El hombre era tan robusto que le llamaban al-Bahim. Se volvió hacia Atiya abriendo los brazos y la boca como si fuera a tragárselo. Atiya se quedó parado sin saber qué hacer ante tan difícil situación y no le quedó otra solución que hacerse el loco arrojándole todo lo que se encontraba delante, hasta que le hirió en la cara y empezó a sangrar fuertemente. Al-Bahim empezó a correr detrás de él por el lugar y parece que su enorme cuerpo, su torpe andar y su voz alta asustaron al caballo que se lanzó contra al-Bahim, la bestia, delante de la casa, al que estampó contra el suelo y Atiya empezó a propinarle golpes. En ese momento, se dio cuenta el capataz de que la ronda había terminado y de que era necesario intervenir para salvar la situación. Hizo atar a Atiya a un árbol ante la presencia de todos y él mismo empezó a darle latigazos. Molestó tanto a Ibrahim, el encargado, que sus amigos le trajeron a su hijo en brazos con el cuerpo destrozado a latigazos. Este enfermó y murió finalmente.

Atiya recibió el pésame de sus amigos que trabajaban en la tierra del capataz y, antes de que terminara, se sorprendieron todos de que uno de los sirvientes del capataz le pidiera subir a su carreta para encontrarse con la esposa del capataz. Ella le dijo: “Al-baqa lillah”⁴⁶⁴. Y este respondió con dolor: “Shakkara allahu saiki”⁴⁶⁵.

Su sonrisa era como una luna lunera en la noche: “El contable del arrendatario necesita un ayudante”. No supo Atiya qué contestar, pero al mirarlo olvidó su tristeza por la muerte de su padre y su sentimiento de derrota ante ella. Entonces, agachó la cabeza y ella le dijo: “Mañana empezarás a trabajar”.

El arrendatario era un hombre rico que no tenía hijos y Jadiya era su tercera esposa. Ambos deseaban tener un hijo que heredara sus riquezas. Habían asistido a *halaqat al-zar*⁴⁶⁶ y habían tomado medicamentos sin que tuvieran efecto para ellos. Tampoco les valió la visita a santurrones y santos.

Por tanto, vio claro el capataz que no iba a tener descendiente y permaneció en la cama de Jadiya guardando un largo silencio.

⁴⁶⁴Es una expresión que se emplea para dar el pésame en el Mundo islámico y significa “Solo Dios permanece”.

⁴⁶⁵ Es la respuesta al pésame, que significa “Que *Allah* te lo agradezca”.

⁴⁶⁶Son coros que realizan ceremonias de exorcismo acompañadas de danzas y músicas de tamboril.

Al ver a Atiya en tal situación no comprendía qué le había atraído hacia él, pero no quiso que se sintiera derrotado ante su marido. Y, cuando este empezó a darle latigazos, parecía que golpeaban el corazón de ella y se movió de su sitio ante los sirvientes y esclavos para coger el látigo de la mano de su marido y decirle “basta”.

Notó ella lo derrotado que se sentía su marido ante ambos y en el camino le reprochó enfadada lo duro que había sido. Él se esforzó por satisfacerla y quitarle el enfado. Al informarle ella de que Ibrahim, el encargado, había muerto de pena por lo ocurrido a su hijo, pensó que Atiya se había convertido en el fantasma que acabaría con él y, ocultando su rabia, le preguntó a ella: “¿Y qué haremos con él? Ella respondió: “Puede trabajar como ayudante del contable”. Sonrió y dijo: “Para ti lo que quieras”.

Esperó el capataz la oportunidad de deshacerse de Atiya y la encontró al comprobar un error en las cuentas. Lo entregó entonces al comisario de policía por estafador. No pasaron semanas y fue condenado por el juez a cinco años de cárcel, aunque no permaneció en ella más de dos años.

Le dieron la enhorabuena por su buena conducta y por demostrar su inocencia. Y al salir de prisión, se la encontró a ella, que le contó que su marido había muerto hacía meses y que había dicho al tribunal que lo que había sucedido era un error en las cuentas.

Apreció en sus ojos su deseo de casarse con él, pero la situación era bastante comprometida para ella. Sin embargo, se armó de la misma valentía que había tenido cuando pidió ser encargado de los trabajadores del capataz, cerró los ojos y dijo: “¿Aceptas casarte conmigo?”. Ella no asintió ni negó y dijo: “No puedo casarme con alguien de menor rango que un capataz”. A continuación, viajaron al Cairo y entregaron regalos al tesorero, consiguiendo con esto un pequeño permiso para dirigir Shabin al-kaum⁴⁶⁷ y aprendió de ella cómo llegar a ser un respetable capataz que ofrece regalos y logra sus objetivos cualesquiera que estos sean.

Pensó él que todo aquello era un don de *Allah* que le había llevado a subir de clase social. Murió Jadiya y quedó viudo a los cuarenta años, sin hijos ni familia y empezó a darse cuenta de que la vida se le había pasado jadeando como los perros en busca del dinero y olvidando a su familia en esa lucha constante por la vida, sin darse cuenta de que dos de sus tíos se habían encontrado muy necesitados hasta el punto de haber tenido que regresar a la región de al-Andalus, permaneciendo solo sus dos tíos Ismael y Moisés en El Cairo. El primero había elegido vivir junto a al-Azhar donde vendía sus trabajos de caligrafía de copias de libros del Corán o de libros del *fiqh*⁴⁶⁸ a sus vecinos y el segundo, se dedicó a viajar en las caravanas que iban al Hiyaz buscando seda y especias.

La situación económica de Musa era mejor que la de Ismael, sin embargo, rechazó recibir a los ejércitos de los mamelucos cuando llegaron al astillero de Bulaq para reparar sus barcos. Estos se quejaron al *shayj* del lugar, que había ordenado embargar sus bienes y quitarle su agencia en Raud al-Faraj.

Musa no había encontrado a nadie más en quien refugiarse que a Atiya, que le había comprado un local en Bab al-Jalq para empezar de nuevo y le sorprendió con su deseo de casarse con su hija Hur al-Uyun.

En aquel momento los franceses atacaron Alejandría sucediendo en cadena las guerras entre ellos y los mamelucos, quedando parados los trabajos y obligaciones de Atiya. Él, agradecido siempre a *Allah* de estar sano y salvo, sacó todos sus ahorros del futuro y los invirtió en sus negocios en Tanta y Qafr al-Duar. Pero siempre se preguntaba para quién sería todo aquel dinero si no tenía hijos, hasta que *Allah* permitió que se quedara embarazada su mujer Hur al-Uyun de su hijo Habib Allah.

⁴⁶⁷Región en Egipto.

⁴⁶⁸El término hace referencia a la disciplina de jurisprudencia islámica que estudia la ley islámica.

Compró una tierra en Sayyida Aisha y construyó un palacio de dos plantas. Invitó a todos sus conocidos y amigos *shayjs*⁴⁶⁹, *beys*⁴⁷⁰ y sabios para celebrarlo.

Tras marcharse los invitados, se sentó con su mujer feliz de ver todo lo que Dios le había otorgado y desde allí divisó a lo lejos una llama de fuego que salía de una parte del jardín. Fue hasta el lugar y se encontró con un hombre alto con la cara cubierta por un *lizam*⁴⁷¹ abajo sentado al lado de la llama que le dijo: “Que *Allah* bendiga tu casa”. Al principio, se asustó de él, pero el hombre sonrió y dijo: “Soy tu abuelo Abd Allah, soy el ojo protector de los Banu Yahwar y esta llama de fuego fue nuestra señal en las montañas. No temas y ve con tu familia a tu casa y bendita sea la tierra y la casa que te hemos otorgado”. Sus palabras hicieron eco y después se apagó la llama. Se oscureció el jardín y desapareció el ojo protector ante él.

13

No fueron solo las montañas de las Alpujarras las únicas que fueron liberadas tras la revolución contra los cristianos, sino que se unieron a ellas la zona de Alhama y Ronda y la sierra de Bentomiz al este de Málaga y los combatientes controlaban el valle de Almanzora y el este de Almería y una serie de fortalezas y pueblos. Así, rodearon la fortaleza más grande de todas ellas, que era la fortaleza de Serón, y derrotaron a las fuerzas de Castilla que habían venido bajo el mando del comandante Basta para intentar recuperarla. También liberaron los palacios de Oria y rodearon Vera derrotando al ejército del marqués de Valls en Berja.

El reino de Granada con todas sus ciudades, pueblos y fortalezas había caído casi totalmente ante los revolucionarios bajo la bandera de Ibn Omeya, excepto la ciudad de Granada, que había sido defendida por el ejército español como si su derrota significara la caída de Felipe II.

La alegría me invadía a mí como a todos los musulmanes al ver por vez primera desde hacía muchos años rezar en público y llevar puestas las ropas musulmanas.

No estoy seguro de si las mujeres iban al *hammad*⁴⁷² o no en estos momentos de guerra, pero sí estoy seguro de que nadie se bautizó y que nadie fue a visitar a los santos de la iglesia. Todos escuchaban recitar el Corán, sin memorizar mucho.

Abracé a Fernando cuando lo vi y le pregunté con voz jubilosa: “¿Cómo lo habéis conseguido?” Él contestó tan feliz como una mariposa revoloteando que anunciara un jardín lleno de flores: “La revolución la hizo tu padre, que no nos decepcionó, sino que fue más maravillosa de lo que pensábamos. Fue buen comandante y padre sabio”.

Después recordó que no me había dado el pésame por él, se reflejó en su cara la congoja, pero inmediatamente después sonrió como si hubiera recordado algo agradable y dijo: “Perdóname, primo, pero siento que todavía está entre nosotros. No he tenido la sensación en ningún momento de que se hubiera ido”. Le dio palmaditas en el hombro diciendo: “No te preocupes porque gente como él no muere”. Sonrió el hombre y contestó: “Tienes razón”. Le grité y le dije: “¡Cuéntame entonces lo que ocurrió!”. Y él dijo: “Estábamos todos enojados y no sabíamos qué hacer. Tan solo estaba tu padre para guiarnos en el

⁴⁶⁹Persona respetada por su edad o por sus conocimientos.

⁴⁷⁰Título de gobernador de una ciudad o provincia turca inferior al de bachá o bajá.

⁴⁷¹Es una prenda o pañuelo que se pone en la cara para tapar la nariz y los ojos para ocultar los rasgos faciales.

⁴⁷²Baño público musulmán.

camino, que había atravesado a lo largo y ancho y, además, era el que más sabía de los gajes de la guerra y del reino. Y tras lo que había sucedido en la iglesia a vista y ojos de todos ya nada podía volver a ser lo mismo. Entonces, decidí vengarme por él y me dirigí yo solo a la casa de José Armandis. Allí él y sus amigos me estaban esperando reunidos. Me golpearon hasta que pensaron que había muerto. Después, cogieron mi cuerpo y lo llevaron junto a la casa del sacerdote Emanuel y escaparon huyendo.

Al poco tiempo, cuando me recuperé de mis heridas y mis huesos rotos quedé con tres amigos míos para salir por la noche y saquear sus casas y bienes.

Así fue como empezamos nuestras andanzas. Cogíamos todo lo que nos encontrábamos en las casas de los cristianos y lo entregamos a quienes pudieran venderlo. Después, se unieron unos cuantos aventureros a nosotros, pero no éramos más que simples ladrones que buscaban venganza. Y aquello era lo que más me molestaba, así que les dije que era necesario que tuviéramos un comandante y un plan de ataque y que no debíamos seguir siendo solo una banda de ladrones porque, si sobrevivimos seríamos perseguidos y, si éramos capturados en las montañas, nos matarían y deshonraron a nuestras familias”. Ellos dijeron: “¿Y quién nos dirigirá entonces?” Por su mente solo pasaba tu padre. Ellos dijeron que él ya se había apartado de la vida y que no creían que aceptara tratar con muchachos como ellos. Yo insistí diciendo: “Dejadme convencerlo”.

Cada vez que lo veía recordaba aquello que no podía olvidar, aquello que le hizo apartarse de la vida. Tocaba las cuerdas de su sufrimiento y él callaba. No abría la boca para rechazar ni el ojo para aceptar, hasta que me desesperé y empecé a soltar palabras como latigazos, todas las que se me venían a la cabeza hasta conseguí enfadarlo. Por fin después, te envió para que me dijeras: “¡Preparaos!” Y a la segunda noche se reunió con nosotros en una cueva en la parte alta de las Alpujarras. Éramos más de veinte jóvenes y adolescentes, todos entusiasmados, pero sin saber qué hacer. Él nos preguntó entonces: “¿Qué es lo que queréis?” Le hablé de la humillación, del servilismo, de la cristianización, de la huida forzosa sin tener culpa de nada. Él me dejó hablar hasta que me quedé sin palabras para decir él después: “¿Queréis recuperar el trono de los Banu Omeya?” y gritamos todos al unísono: “¡Sí!” -Nos miró a las caras- “¿Y queréis morir?” Y respondimos con menos ánimo: “Sí”. Y dijo él: “Pensadlo bien, y pasados tres días volveremos a encontrarnos aquí y el que haya decidido que sí, que venga y el que dude, que se quede en su casa en lugar seguro. Y espero que no vengáis”.

Después, te acompañó y desapareció por las Alpujarras. Pensamos que pudiera haberse entretenido con algunos asuntos en Granada. Yo dije que podría haberse desentendido del asunto y que habría huido para que yo no le insistiera.

El caso es que no sabía qué decirles a mis compañeros, ni lo que haría sin él. Me puse a hablar con ellos como si él estuviera en su casa, temiendo que descubrieran la verdad y les recordé la cita.

Fuimos entrando uno tras otro y él estaba esperando sentado presidiendo la reunión y sujetando la espada con su mano. Sacó el Corán de debajo de sus ropas y dijo: “Juramos por Dios que nadie traicionará a ninguno de nosotros y que lucharemos hasta el último momento de nuestras vidas y que obedeceremos a nuestro comandante, aunque pensemos que él esté equivocado”.

Todos sentimos un fuerte escalofrío al escuchar sus palabras, cuyo eco retumbó entre las paredes de la cueva y empezamos a darnos cuenta de que el asunto era más serio de lo que habíamos pensado. Al mismo tiempo, ante su grandeza, no podíamos echarnos para atrás y nos adelantamos uno tras otro hacia el Corán para pronunciar el juramento. Después de esto, empezó a preguntar a quienes no conocía por su pueblo, su familia, su gobernador y por el número de musulmanes y cristianos que había en él. Después les preguntó a qué se dedicaban antes y le respondimos: “Salíamos por la noche y atacamos

casas o robamos a un sacerdote”. Él sonrió y dijo: “A partir de hoy no haremos esto”. Cada uno de nosotros debe reunir a diez personas en las que confíe y convencer a los jóvenes de su pueblo para que se rebelen contra la injusticia, aprovechando cualquier suceso que ocurra en su pueblo. Nunca debe hablar en público, sino que, por el contrario, tiene que buscar a alguien que sufra cualquier tipo de desgracia y apoyarlo, apretarle la mano y, si la situación requiriera de dinero, que avise a Fernando.

Entonces me sorprendí y pensé: “¿Y de dónde voy a sacar el dinero?” Pero me callé hasta que terminamos la reunión y volvimos. Cuando le pregunté, me respondió: “No te preocupes, hay gente que lucha arriesgando su vida y quienes apoyan con su dinero y quienes callan lo que ven que está sucediendo a su alrededor, luchan. Y tenemos que emplear la energía de todos para una gran causa”.

Dos días después me dio un permiso firmado por el gobernador, Deza, para que reuniera dinero de donaciones para construir un hospital en la Alpujarras. Ya estaban colocados los pilares del hospital cuando pararon la obra por falta de recursos económicos. Fue entonces cuando me pidió que viajara a Valencia a pedir a la gente de allí que ayudara a los moriscos pobres, pues dijo que aquellos eran gente rica que no sufrían de apuros económicos como nosotros y los Tribunales de la Inquisición de allí estaban prácticamente cerrados. Me dijo: “Quiero que vayas y te informes de cuáles son los que no aceptan la situación y quienes son los mudéjares sometidos”.

En nuestra segunda reunión ya éramos cincuenta jóvenes y cada uno de nosotros venía acompañado de quien había aceptado salir con ellos y les dijo: “El mayor de vosotros se convertirá en el comandante de la gente de su pueblo”. Después, se reunió con cada comandante por separado, asignándole a él y a los que le acompañaban una cita privada que solamente ellos conocían.

En cuanto a mí, había regresado de Valencia con el dinero que había podido recolectar. Le describí la situación y el deseo de aquellas gentes de no participar en la revolución y esperar a los marroquíes y a las tropas de los Bani Uthman para que los liberaran de sus nobles. Ellos decían: “Y si estos no vinieran, no querríamos empeorar nuestra situación y encontrarnos como vosotros os encontráis”. Y añadió: “¿Y cuántos de ellos aceptan la revolución?” Respondí “diez o veinte”. Y él dijo: “Ve y les dices que te faciliten la manera de llegar a los hombres de Jayr al-Din Barbarroja y, cuando te encuentres con ellos, diles que llevas un mensaje para él desde Granada”. Entonces, me fui poco convencido del asunto, pero les pedí lo que él me había encomendado.

Tenían miedo de los tripulantes de los barcos y solo me acompañó un *shayj* a condición de recibir cinco piezas de oro. Como su barco no valía esa cantidad, le puse la condición de que se las daría a la vuelta. De este modo, entramos con el barco en alta mar como si fuéramos a pescar, esperando a que apareciera un barco grande estuvimos todo el día. Había dejado caer la vela haciendo señales con la mano y vistiendo un atuendo de color azul. El barco se acercó a nosotros y los marineros extendieron una tabla de madera a la cual subimos y dijo: “Este hombre lleva un mensaje para Jayr al-Din”. Uno de ellos me miró y me preguntó: “¿De dónde eres?” Le respondí temblando de miedo: “Granada”. E indicó a uno de sus hombres que me llevara dejando allí al marinero viejo.

Cuando llegamos a Ježil en Argelia, ordenó que me soltaran y me bajaran en un barco de veinte velas y cinco cañones grandes. Allí me encontré con Jayr al-Din quien me miró a la cara de manera frívola e irónica: “¿Dónde está tu mensaje?” Saqué un papel que me había dado tu padre y se lo entregué. Empezó a leerlo con ojos de alegría y después me preguntó: “¿Eres hijo suyo?” Respondí: “Sí”. Y dijo: “¡Qué astuto es! No creo que arriesgara con su hijo”. Después empezó a reír a carcajadas y le dije: “Es mi tío”. Y empezó a reír de nuevo.

“¿Y queréis la revolución?” Le respondí: “Sí”. Dijo: “Bien”.

A continuación, llamó a un cliente suyo para que le trajera comida y bebida. Le dije: “Señor Jayr al-Din, he prometido al dueño del barco cinco piezas de oro para que me trajera hasta aquí y solo tengo tres”. Me miró enfadado, después recordó algo, dio unas carcajadas y se marchó.

Cuando volví a donde estaba el dueño del barco quise darle lo que habíamos acordado, pero este lo rechazó diciendo: “Aquel que se planta ante Barbarroja y sale sano y salvo vale una mina”.

Cuando entregué a mi tío lo que le llevaba, que era mucho, le conté todo lo que me había sucedido y empezó a reír como Jayr al-Din, y dudé si todavía me hallaba en el barco. Después le dije: “Parece como si lo conocieras bien”. Sus ojos brillaron con cierta alegría al decir: “Es un viejo amigo. Lo conocí antes de ser ministro de los Banu Ahmar y mucho antes de ser comandante de la flota otomana. Yo andaba por aquel entonces de comerciante con mi padre. Traíamos mercancías de Siria y Egipto a Murcia y Almería y él y su hermano Arauz trabajaban en el barco de su padre, Jacobo. Pasé con ellos unos días en su casa de Lesbos en Grecia y poseían un pequeño comercio que regentaba su padre y su hermano Elías. En aquel entonces Jayr al-Din era todavía un joven que usaba solo la fuerza, que era igual que su generosidad. Al encontrarnos, casi me mata al pensar que yo era cristiano, pero cuando se enteró de que yo era de los pocos que quedaban de los omeyas de al-Andalus, empezó a tratarme como a un príncipe.

Nadie sabía lo que nos iba a deparar el destino, pero seguimos siendo amigos a pesar de nuestras diferencias.

Abd Allah me nombró ministro. Entonces, dejé el comercio y me instalé en su palacio. En cuanto a él, los caballeros de San Juan atacaron un día su barco e hicieron preso a su hermano Arauz y mataron a su hermano Elías y comenzaron a perseguirlo.

Un día me llegó una carta suya pidiéndome dinero y hombres. Hablé entonces con el gobernador de Túnez, que era por aquel entonces Abu Abd Allah Muhammad Ben al-Hasan al-Hafsi, con el que yo tenía amistad, para que le preparara un barco con mil hombres. Le envié el dinero que necesitaba y entonces dirigió a sus hombres contra los caballeros de la orden de San Juan para sacar a su hermano de la cárcel. Huyeron después a Túnez y allí lo recibió al-Hafsi con alegría. Y me envió a mí para decirle que Arauz y su hermano querían arrendar la isla de Yerba y que planeaban atacar a los barcos de San Juan desde ella. Su arrendamiento costaría la mitad de lo que ganaran del botín. Le aconsejé que aceptara y que les proporcionara todos los hombres de que dispusiera y envié a Jayr al-Din a que le dijera: “No todos los cristianos son San Juan, pues las playas de al-Andalus son más amplias y sus defensas bastante más débiles”.

Contrató a espías para que le informaran de los puntos débiles y las zonas ricas y aumentó el número de sus barcos y hombres haciéndose famoso en el mar por su barba roja. Por esto, los cristianos lo apodaron Barbarroja pues temblaban en sueños tan sólo con escuchar su nombre.

Después, intensificó sus ataques sobre las costas de Venecia, Génova y algunas ciudades de la costa de Francia y envió un mensaje al Gran Sultán para que le enviara algunos barcos de guerra. Salim I aceptó dándole todo lo que este le había pedido y con esto consiguió cerrar el paso a los grandes barcos de los cristianos.

Cuando Fernando e Isabel la Católica sacaron la ley de cristianización de todos los que se hallaran en los reinos de Castilla y Aragón, dieron dos opciones: cristianizarse o marcharse. Muchos de ellos escogieron marcharse y se llevaron consigo las llaves de sus casas jurando a sí mismos volver pronto, pensando que los sultanes musulmanes no permitirían nunca que se perdieran las zonas musulmanas y que el derecho no decae por mucho tiempo que pase en tanto que haya alguien que lo solicite.

Entonces, escribí a Jayr al-Din pidiéndole que viniera a salvarnos del hambre, del servilismo y de hundirse en los mares y este envió alrededor de trescientos barcos, que llevaban a más de cuatrocientos mil hombres, hacia las playas de Túnez, Algeciras y Marruecos.

Tras esto, conquistaron los españoles la ciudad de Orán y los habitantes de Bujía y Jejl y pidieron ayuda a Jayr al-Din y a su hermano para luchar contra los españoles y así consiguieron liberar a Argelia.

Arauz se convirtió en sultán, pero un año después fue asesinado en la Batalla de Tremecén y Jayr al-Din envió un mensaje al Papa en el que le pedía que se sometiera al Estado Superior. De este modo, se convirtió en el primer bey.

Sin embargo, al-Hafsi pidió ayuda a los españoles poniendo a los habitantes del estado en su contra hasta que fue expulsado. Y lo que hizo entonces el sultán Salim fue hacerle comandante de su flota pues este no adoraba otra cosa que el mar y no vivía más que en él, a pesar de que poseía castillos, riquezas y jardines.

14

Lo recibió el director de la Casa del Libro eufórico, lo que extrañó mucho a Murad, que desde hacía dos años estaba esperando poder entrevistarse con él. Cada vez que lo esperaba en la puerta del edificio los vigilantes lo trataban como a un terrorista que quería hacer explotar el mismo. Se asustaron aún más cuando les dijo que estaba esperando a su jefe y le empujaron varios metros atrás del establecimiento, pero él insistía, y esta era la quinta vez que venía a buscarlo. Siempre que lo hacía le decían que se encontraba ausente. Pero este día decidió ir temprano, quizás más temprano de la hora de llegada de los empleados. De pronto, vio un coche negro que se acercaba y su mezquino y bajo conductor se bajó a abrir la puerta mientras los guardias corrían por las escaleras de mármol. Uno de ellos echó mano a la maleta Samsonite que llevaba un hombre vestido con un traje de smoking y gafas negras. Se aseguró de que era el jefe de la editorial y, tras dar un empujón a los vigilantes e intentar alcanzar al hombre, este ya había subido varios peldaños de las escaleras con gran agilidad. Y casi lo atrapan los guardias si no fuera porque el hombre se giró de repente desde el último peldaño y dijo: “Dejadlo”. Entonces lo dejaron ir y Murad subió con una carpeta algunas fotocopias de sus anteriores solicitudes de copias compulsadas de los bienes de la familia. Le dijo que era la quinta vez que venía a verlo, pero que no lo había encontrado y que las había presentado sin éxito.

El hombre puso una sonrisa y dijo que él no era el jefe de la Casa del Libro pero que hablaría con él del asunto. Después le cogió la carpeta de la mano y se la entregó al que llevaba la maleta. Dos meses después recibió Murad una llamada en la que le daban una cita con el director para la siguiente semana.

Sin embargo, debido a la revolución, que se iba extendiendo por las calles y plazas, esto no fue posible pues el edificio permaneció cerrado todo este tiempo.

Al contrario que en otras instituciones importantes, solo vigilaban varios hombres vestidos con ropas civiles, sin armas y no había ningún carro de combate para proteger el edificio. Se aseguró entonces de que la cita había sido cancelada y regresó entonces a su casa con la moral por los suelos.

Cuando le contó a Raquel lo sucedido ella empezó a reír reprochándome que cómo no era capaz de entrevistar a ninguna personalidad responsable de su país. Él respondió a esto diciendo que no tenía carnet de sindicalista y en ese momento paró de escribir. Desde que

tuvo lugar el robo del famoso cuadro en el que estuvo implicado por falsificación, odiaba entrevistarse con responsables y lo que más temía era encontrarse con los vigilantes de seguridad.

No sabía si realmente el largo silencio de él ante la pantalla del *messenger* había hecho que Raquel lo animara diciéndole así: “Deja este asunto para mí” o quizás pretendiera otro objetivo.

Cuando le preguntó por su relación con la Casa del Libro y por lo que hacía en Madrid, ella le contestó que la agencia para la que trabajaba cooperaba con la casa en la restauración de algunos manuscritos y documentos y que pediría a sus jefes que mediaran por él. Un mes después se pusieron en contacto con él dándole una nueva cita con el presidente de la casa.

Una vez se convenció de que Raquel había cumplido su promesa, se puso sus mejores ropas y se presentó ante los guardias de seguridad, que lo recibieron de la mejor manera posible.

Y su sorpresa fue que se encontró al señor de gafas negras y del smoking sentado en una silla giratoria de despacho y aumentó su sorpresa cuando el señor se levantó a recibirlo como era lo apropiado a un representante de los moriscos en El Cairo. Después, ordenó el señor del smoking a su bellísima secretaria que no dejara pasar a nadie diciéndole: “Si llama algún mandatario, informa a este de que estoy en una reunión de secreto máximo”. Tras decir esto se volvió a sentar en su sillón y preguntó a Murad por el asunto quien respondió que su cuarto abuelo había dejado a su familia y al pabellón de los marroquíes bienes por un valor de ciento cincuenta fadanes en la honorable al -Azhar.

Le extrañó al hombre escuchar la palabra marroquíes y preguntó el motivo. Murad esbozó una pequeña sonrisa y dijo titubeando que sus abuelos procedían de al-Andalus y que habían emigrado junto con los musulmanes expulsados de ella hacia Marruecos y que, una parte de ellos se quedó a vivir allí, otros emigraron a Túnez y otros vinieron a Egipto. Y después, el abuelo puso en testamento sus tierras a nombre de la familia y del pabellón de los marroquíes, convencido de que algún día algunos de la familia, tanto de Túnez como de Marruecos, vendrían a estudiar a al-Azhar.

El hombre escuchaba como si tuviera un pinganillo situado en la parte de atrás de su cabeza. Y cuando terminó Murad de hablar le preguntó: “¿Eso quiere decir que eres morisco?” Se estremeció este con la pregunta como si se encontrara ante una acusación y, no sabía por qué, pero tuvo la sensación de estar sentado ante un agente de las Fuerzas de Seguridad.

Le vino a la cabeza la imagen de Raquel y la maldijo por haber revelado su secreto a desconocidos. Entonces, empezó a disimular su nerviosismo encendiendo un cigarrillo diciendo: “Mire usted...soy egipcio de orígenes andalusíes. Mis abuelos vinieron de al-Andalus y se instalaron en El Cairo hace trescientos años”.

De pronto, tuvo la sensación de que no debía contar más y paré de hablar para centrar mi vista en los dibujos de la alfombra que cubre las baldosas situadas delante de él. Había sobre ella dibujado un cazador que se disponía a cazar una gacela en la ladera de una montaña. La mano del cazador estaba a punto de lanzar la flecha de su arco, pero su artista había querido demostrar su fuerza de musculatura y fijó la escena en este punto.

No había muerte ni salvación, solo presa y cazador eterno que la gente pisaba, y los que pasaban por encima de ella día y noche no le prestaban atención.

Luego escuchó la risa del hombre que estaba sentado detrás de la majestuosa mesa de despacho en el sillón giratorio que dijo: “Seguro que eres egipcio. Todos somos egipcios, pero tú eres mejor que mucha otra gente, al menos sabes quién eres y de dónde proceden tus abuelos. Muchos no lo saben. Muchos desconocen su tercer o cuarto abuelo y se sienten como si fueran los dueños de esta tierra desde que bajaron de las montañas, laderas

y valles, pues los movimientos migratorios se extienden por todos los lugares. La historia está llena de infinitas migraciones, como las piezas de ajedrez colocadas sobre un pañuelo que se extiende por todo el mundo”.

Sorprendió a Murad este aire de filosofía que se respiraba en la reunión y pensó que el que estaba sentado en el sillón con su costoso puro en la boca podría ser el que más comprendía su sufrimiento.

Siempre se había sentido sin identidad, y como un invitado en el mejor de los casos, que debía vivir bajo las normas de la gente del lugar y que no tenía la oportunidad de elegir otra patria y, si la tuviera, no tendría el convencimiento de que esta lo fuera.

Cuando miró al presidente de la Casa del Libro lo encontró sonriente esperando que Murad le dijera la palabra y le devolvió la sonrisa diciendo: “Los moriscos fueron maltratados por todos, pues vivieron en al-Andalus acusados de ser musulmanes. En Marruecos los acusaron de haber sido cristianos en al-Andalus. Allí perdieron todo lo que poseían, mientras que en Marruecos perdieron todo lo que pensaban que poseían. A algunos los hicieron esclavos y sospecharon de su lealtad y no eran ya ni cristianos ni musulmanes, como si fueran de una tercera estirpe cuya única solución era autoabastecerse, como un erizo al que solo se le permitía ocultar la cabeza bajo sus espinas”.

Al presidente de la Casa le hizo gracia la comparación y empezó a reír negando con la cabeza: “Seguro que tu nombre te causó innumerables problemas”. Murad respondió diciendo que eran pocos los que conocían su apellido morisco, Murad Yusuf Rafiq Samih, nombre que no indicaba ni cambiaba nada. A partir de ahora había nacido entre ellos cierta complicidad y el presidente de la Casa le dijo: “¿Sabes? Saqué el título de doctorado por la Universidad de Granada mientras trabajaba como presidente del Instituto Egipcio de Estudios Andalusíes. Mi tesis fue sobre la historia compartida de España y Portugal. Conocí allí a muchos moriscos que querían crear asociaciones civiles de carácter islámico. Sin embargo, la ley en España prohíbe estas asociaciones, aunque se permiten a los que no son españoles.

La Iglesia en España tiene todavía un gran poder, incluso Franco, quien dirigió la nación con mano de hierro, no tuvo más remedio que aliarse con ella para hacer frente a la rivalidad entre comunistas y nacionales. Franco pidió ayuda a los marroquíes en la guerra contra ellos y después no pudo cumplir su promesa de ceder la región de al-Andalus a los moriscos. Y tampoco les dejó la Mezquita de Córdoba para rezar, ofreciéndoles una pequeña mezquita junto a la grande. Después, el Ayuntamiento de Córdoba la recuperó tras una larga lucha de la Iglesia”.

Murad se sentía tranquilo al hablar con su interlocutor y decidió abrir su corazón y hablarle claro: “Tengo una amiga de origen morisco que vive en España y que se llama Raquel...”. -Y antes de terminar fue interrumpido por el hombre: “¿Raquel Luis Blas Infante?” Se sorprendió Murad al comprobar cómo el profesor de Historia conocía su nombre completo. Al percatarse el hombre de esto dijo un poco alterado: “Blas Infante es el último de los capítulos importantes en la lucha de los moriscos por su patria.

Blas Infante era abogado, poeta e investigador del patrimonio histórico andaluz. Se convirtió al islam ante la tumba de al-Mutamid Ben Abad que se encuentra en Agmat, ciudad de Marruecos. Compuso el himno de Andalucía y defendió la patria andaluza desde distintos frentes. Pidió la construcción de un puente bajo el mar que uniera Andalucía y Marruecos, convencido de que ambos eran un mismo país. A este hombre lo asesinaron los soldados de Franco a plena luz del día, después de sacarlo a la fuerza de su casa, conocida como la Casa de la Alegría. Lo sorprendente es que fue juzgado cinco años después de su muerte condenándole a pagar una gran multa, lo que hizo que su mujer se

viera obligada a vender la Casa de la Alegría para pagarla cinco años después del fallecimiento de su marido.

Tuvo solo un hijo, que no pasaba de los diez años cuando asesinaron a su padre. Su mujer anduvo entre unas cárceles y otras, participando en la lucha activa contra Franco, convencida del pensamiento de su marido y de la elaboración de la Nueva Constitución para el país, una constitución que decía que Andalucía era una patria para los moriscos y que su bandera era la de Abd Rahman al-Naser y la de al-Mutamid Ben Abad, la cual estaba formada por los colores blanco y verde”.

Desapareció entonces la cara de sorpresa de Murad, que tuvo la sensación de que el presidente de la editorial no era solo un profesor de Historia, sino que también parecía amigo personal de la familia Infante. Se relajó aún más en su silla sonriente mientras aumentaba el ánimo del presidente de la editorial, que continuó diciendo que Infante era descendiente de una de las ilustres familias que participaron en la Revolución de Tahir al-Hur, aquella que realizaron los moriscos que permanecieron en Andalucía diez años después del Decreto de Expulsión.

En aquel momento, Portugal acababa de salir del yugo de la unión, impuesto por Felipe IV, con España. Portugal había perdido a causa de esta unión muchas de sus posesiones en ultramar.

El pueblo andaluz mostró su alegría por ello manifestándose en apoyo de Juan, el nuevo rey de Portugal, quien quiso devolverles el favor buscando a uno de entre las familias nobles y este fue Tahir al-Hur. Después le proporcionó armas para que intentara controlar la parte oriental de al-Andalus y se independizara de los españoles. Así fue como Tahir al-Hur llevó a cabo la revolución y la independencia, que no duraría mucho tiempo debido a la traición de uno de los ayudantes de Juan, que cogió una carta de Tahir al Hur para llevarla al comandante de la flota española. Sin embargo, llevó la carta a Madrid y así fue como el emperador de España supo quiénes eran los colaboradores de al-Hur, entre los cuales estaba el comandante de la misma flota a quien asesinaron. Seguidamente, hicieron cerco a al-Hur hasta que se rindió y, finalmente, fue llevado a Lisboa, donde fue asesinado.

Iba Murad a preguntar sobre el destino de los que quedaron de la familia de al-Hur después de que fuera asesinado, cuando apareció la bella secretaria, Hasna, con un fragante perfume, diciendo que ya eran las cinco pasadas, se levantó el presidente de la Casa del Libro sonriendo a Murad con un cierto aire de indiferencia y se despidió diciendo: “Hasta otra ocasión”.

“Eres un mal hijo” dijo ella. Estaba entretenida con los flecos de la colcha que colgaban sobre sus rodillas, y reía como si hablara con alguien ausente y no con el nieto que estaba sentado junto a ella en una silla de plástico en el balcón de la casa. Se sentía como si le hubieran clavado una aguja en las piernas. Al verla tan ensimismada en sus pensamientos, se puso a observar la amplia calle. Los transeúntes parecían colocados como piedras pequeñas sobre una especie de tablero de ajedrez en el asfalto.

Le parecían solo muñecos movidos por una mano todopoderosa que no podían salir de su línea trazada. Se quedó mirando fijamente la alfombra de colores, esperando haber conseguido enfadar a la abuela, pero no fue así. Al contrario, ella empezó a entonar una moaxaja de la que muchas de sus palabras él no comprendía. La dejó y volvió a su habitación para abrir el ordenador y buscar a Raquel.

El volumen del televisor estaba alto y el presentador hablaba del fraude en las elecciones parlamentarias, algo normal en un país sin democracia. A continuación, apagó la televisión y se quedó observando lo que había tirado por el suelo: libros, cámaras de fotos, herramientas de dibujo y viejos cuadros, hasta su ropa y zapatos e, incluso, la misma colcha de la cama. Era como si alguien hubiera venido a buscar algo y, al no encontrarlo, hubiera decidido dejar esta señal de haber estado allí y haberse marchado.

Al principio sospechó que se le había ido la cabeza a la vieja sirvienta y que había sido ella la que había hecho aquello, pero después se dio cuenta de que su salud y su edad no se lo permitían. No acababa de despertarse cuando volvía a dormirse de nuevo y, de no haber sido porque la abuela se aferraba a la idea de que permaneciera trabajando allí con ellos, tal vez la habría echado hacía ya mucho tiempo.

Unos años antes tuvo la abuela un problema de corazón y le dijo que la mantuviera allí pasara lo que pasara. Dijo que el abuelo la había elegido entre decenas de sirvientas. Era una muchacha pequeña con una minusvalía en la voz y había sentido lástima por ella. La había traído a casa y se la había presentado a la abuela Hanim, quien la estuvo observando durante un largo rato y luego le preguntó cómo se llamaba. Ella respondió: “Hayat”.

La abuela sonrió a su nieto y le dijo: “No permitas que abandone esta casa hasta que muera”. El abuelo una vez entró con ella en mi habitación diciendo en voz alta: “Hayat nos servirá hasta que muramos nosotros o ella” y después rio estrepitosamente.

Esto era lo que le había contado la abuela Yana Hanim, que dijo pidiendo a su nieto: “No tiene otra familia más que nosotros. Si muere, hacédle el funeral como si fuera uno de nosotros y que se enterrada en nuestro cementerio”.

En aquel momento no sabía si reír o llorar, pues su abuela casi se estaba despidiendo de la vida y le estaba encargando algo que no sabía cómo llevar a cabo. Puso su mano sobre la cabeza como si escuchara espíritus que rondaban a su alrededor. Estaba convencido de que habían venido a por su abuela y tuvo que salir a la calle para no ver la escena con sus propios ojos. Se dispuso a andar por la calle de Qasr al-Ayni hasta Latugli y desde allí hasta Abdin, después hasta la calle Saharif y hasta Abd al-Jaliq Zarwat, donde se encontraba la calle del morisco en Talaat Harb.

No sabía qué distancia había recorrido ni cuánto tiempo había estado caminando, pero esta fue la manera de escapar de su tristeza. Cuando llegó hasta la puerta por la parte trasera, empezó a subir las escaleras de mármol que se encontraban junto al ascensor averiado desde hacía años.

Mientras subía las escaleras la oscuridad aumentaba a su alrededor y sintió por primera vez la tristeza entrar en las casas. El olor a madera vieja, la humedad que desprendían sus paredes y la oscuridad que cubría el suelo le hacían sentir melancolía. Parecía como si todo diera vueltas a su alrededor. Se agarró entonces a la barandilla de hierro de la escalera hasta llegar a su piso y, justo al abrir la puerta, cayó inconsciente.

No comprendía cómo había venido Hayat, a quien había dejado en el hospital, ni cómo esta había hecho venir al médico. Todo lo que recordaba era que, al abrir los ojos, encontró a la abuela a su lado en la cama. Su semblante brillaba más de lo normal, parecía como si volviera a ser joven. La miró a la cara y al ver la luz que desprendía al sonreír le preguntó: “¿Cómo estás? Ella respondió: “Todos estamos bien si tú estás bien”. Pero algo había cambiado en su conducta, pues ya no le gustaba la comida ni quería ir al baño. Tampoco movía las manos y se limitaba a observar desde su silla de ruedas. Por su cabeza solo pasaba una idea y era escribir la historia de sus abuelos. Murad se sentaba horas a su lado mientras ella hablaba de ellos, reía y después decía: “¿No merecen que se escriba sobre ellos?”.

Fernando no paraba de hablar del hombre de la barba roja, Jayr al-Din, de Barbarroja. Estuve escuchándolo hasta bien entrada la noche y caí dormido sentado. Entonces, me dio golpes en las piernas y me dijo: “Vete a dormir y mañana seguimos hablando”. Me trajo una almohada de esparto y una colcha que era una manta vieja y me dijo: “Perdona, pero estamos en guerra”. Bajé la cabeza comprendiendo lo que me quería decir, que era que en cualquier momento había que huir y dejarlo todo, especialmente porque no tenían un ejército organizado, ni castillos, ni fortalezas y, si los hubiera habido, estarían derrumbados sus muros.

Los moriscos eran su propio ejército y sus planes estratégicos no eran enfrentarse sino atacar por sorpresa y romper los escuadrones organizados que enviaban los españoles.

Le di las gracias y recé por ellos para que salieran victoriosos, después me tiré al suelo como se tira a un saco de sal, esperando conciliar el sueño nada más cerrar los ojos, pero el aullido de los lobos me hizo temer que pudieran atacarme en cualquier momento.

Me levanté y cogí la espada y la coloqué bajo mi cabeza y, para más precaución, puse el puñal debajo de la manta. Al quedarme dormido, sentí la presencia de mi padre en la jaima, lo busqué a mi alrededor y lo encontré sentado en una esquina frente a mí. Le pregunté entonces: “¿Por qué me abandonaste desapareciendo?”. Él respondió: “El mundo es muy amplio, se mueve deprisa y los asuntos se multiplican”.

Si hubiera podido ver su cara entonces, habría notado las lágrimas cayendo por sus mejillas después de la muerte de mi madre. Entonces le pregunté: “¿Hay alguna novedad? Él respondió: “Violaron a Zahra. La violaron unos soldados que viajaban con hombres presos a Castilla. Aquellas gentes viles se la pasaron unos a otros como si intercambiaran una pelota. Unos que gritaban que se detuvieran fueron asesinados, tres de ellos. Al principio, les cortaron la lengua y los ataron de pies y manos de la cabeza de un caballo a otro y después arrearon a los caballos para arrancar sus cuerpos partiéndose en dos. En aquel momento, Zahra estaba sangrando y rabiando y yo no podía hacer nada por ella. Los presos arrastraban sus pies intentando esquivar las rocas del camino, un camino pedregoso. Llevaban días sin comer y todos morían de hambre.

Ella empezó a gritar a aquellos hipócritas que la religión no permitía que se dejara a la gente sin comida ni bebida, pero estos se burlaban. Uno de ellos dijo que ella era lo mejor que había visto de entre los moriscos, otro dijo que era hija de Abd Allah ben Yahwar. A continuación, la soltaron para que fuera con ellos a llevar comida a su gente. Le soltaron las cadenas de los pies y la llevaron hasta una cueva lejana. Eran cinco y ella estaba como una gacela perdida entre ellos. La dejaron escapar para luego atraparla y dejarla a punto de morir. Le dieron agua mientras le quitaban la ropa y le tocaban por todas las partes de su cuerpo hasta que perdió la consciencia. Después, volvieron con ella ante los presos, cubierta de sangre y sin nada que la cubriera. Al ver los nuestros lo que habían hecho con ella nada les hizo callar, ni siquiera la comida que les habían traído.

Si alguien abría la boca era golpeado con un palo hasta perder la razón. Tres de ellos lucharon con todas sus fuerzas, pero su final fue ser crucificado en un árbol. Les arrancaron la lengua y los torturaron delante de todos en señal de aviso para que vieran lo que les podía suceder también a ellos y se asustaran. Después todos se callaron, pero siguieron torturándolos.

Habían atado a tres de manos y pies a la silla de un caballo al que arrearon hasta que los destrozaron y subieron sus almas al otro mundo. Solo el espíritu de Zahra estaba entre la vida y la muerte, no estaba ya ni con ellos ni con nosotros. Reza por ella para que se libere

del dolor, reza por todos los moriscos que están en esta crítica situación para que sus almas se liberen en paz”.

Empezó mi padre a llorar con profundo llanto y yo sin saber cómo consolarlo ni cómo consolarme a mí mismo, me quedé llorando en el catre hasta que amaneció.

Al día siguiente, vino Fernando y me dijo que me llevaría al mediodía ante el sultán y le pregunté: “¿Quién?”. Él respondió: “Ibn Omeya, sultán de las Alpujarras y sus alrededores y que pronto se convertirá en sultán de Granada”. Luego pregunté: “¿Y cómo es vuestro sultán, no fue él quien os llamó a la revolución?”. Sonrió poniendo un trozo de comida en mi boca y me dijo: “La revolución fue planeada por mi tío Abd Allah”. Me sorprendí y dije: “¿Mi padre?”. Respondió: “Sí”. Después se quedó pensativo y dejó su mente vagar, como si estuviera recordando la conversación del día anterior callado.

"Después de llevarte a Toledo regresó para reunirse con nosotros, tenía varios asuntos que tratar, entre ellos ponerse en contacto con su amigo Barbarroja para enviar por mediación de él un mensaje al sultán Bayezid, en el que le pedía ayuda, y envió otro mensaje a Ali, bey de Argelia, y un tercer mensaje al sultán de Marruecos. Replicaron todos que sus barcos llevarían todo lo necesario para aniquilar a los cristianos y dar la victoria a los musulmanes.

Aquello fue en el extranjero, pero dentro de las fronteras fue a pedir ayuda a los ricos de Granada y sus alrededores, las Alpujarras y sus valles, Córdoba y sus proximidades.

Solo rechazaron unirse a la revolución Valencia y Murcia. Había logrado el compromiso de cuarenta y cinco mil personas para la revolución en las Alpujarras, Granada y Córdoba. De este modo, llamó a los cabezas de familia a reunirse en la casa de Gabriel, el panadero, situada en el Albaicín. Me llevó con él aquella noche. Allí les dijo a todos que gracias a ellos la revolución había dado sus primeros pasos y que sólo nos quedaba elegir un líder que nos gobernase y a quien obedecer”.

“Pensad en quién queréis que sea”. Entonces se levantó Faraj ben Faraj y se ofreció diciendo: “Yo puedo con el emirato” Pero se levantó un hombre y dijo: “Yo tengo más derecho que tú”.

Así, se sucedieron diferentes opiniones, discutieron en voz alta y ninguna parte escuchaba a la otra. Entonces, se levantó tu padre y dijo: “Si queréis, escuchad. Yo veo como mejor solución otorgar el cargo a los Banu Omeya, que desearon levantar un estado de al-Andalus unida y no repartida en pequeños estados”.

Pero Faraj ben Faraj se levantó alterado diciendo: “A ver si eres tú quien quiere el emirato” Entonces, sonrió Abd Allah ben Yahwar y dijo: “Si salieran estas palabras de mi boca, algún día me mataréis con vuestras manos”. Callaron todos por la sorpresa y guardaron después un largo silencio. Y continuó tu padre diciendo: “No soy más que un hombre que pasa la edad de los ochenta y que solo pretende dar consejos. No tengo ambición y no tengo otro objetivo que redimirnos de la vileza y humillación que todos hemos soportado. Después se calló y se sentó enojado, dijeron luego todos: “Solo has dicho la verdad” y se volvieron a Faraj para que se pronunciara. Éste tenía la cara enrojecida de vergüenza y permaneció callado en su sitio hasta que pudo decir unas palabras: “Si esto es así, dinos a quién otorgamos el cargo”. Entonces, tu padre se calló pensando en la difícil situación, después les dijo: “¿Qué os parece Fernando de Valor de Córdoba?”. Todos se quedaron sorprendidos porque aquel era un joven de veintidós años al que todos conocían y querían. Era el encargado del riego en la comarca de Granada y lo tenían en alta consideración por su sensatez y mente equilibrada a pesar de ser de corta edad.

Algunas de las mujeres conocían a la esposa de Fernando de Córdoba, Brianda Pérez, que rondaba por toda Granada animando a todos a la revolución. Todos conocían a sus padres,

quienes estuvieron a punto de morir en la revolución del Albaicín. ¿Y cómo no habían pensado antes en esta honorable familia? Se miraban unos a otros haciéndose la misma pregunta, chocando sus manos, la palma con el haz de la mano. Y entonces, los allí presentes preguntaron a Faraj ben Faraj, antiguo combatiente que conocía muy bien a Fernando y a sus padres: “¿Qué opinas de Fernando, natural del pueblo de Válor cercano al vuestro?” Este les respondió: “Es un señor, hijo de un señor honorable y bien sabe Dios que yo no quería el emirato, sino que quería el bien para todos. Y si nuestro señor el *shayj* Abd Allah ben Yahwar prefiere a Fernando a él, no tengo yo más que obedecer lo que habéis acordado”.

Entonces, se encargaron de hablar con Ibn Omeya para convencerlo de realizar la revolución. Confiaba Ibn Faraj en que Fernando rechazara el puesto, ya que su padre había probado el sabor de la tortura en los sucesos acontecidos en el Albaicín, lo que debía ser suficiente como para abandonar la política y el sufrimiento que esta acarrea consigo.

Sin embargo, mi tío Abd Allah era tan inteligente, que era de los que hacían todo en caliente, me hizo un guiño que indicaba la manera de llegar hasta Ibn Omeya. Su casa no se encontraba lejos, así que subí a mi caballo y me lancé como una jabalina a buscarlo. Lo encontré allí como si me estuviera esperando y, al verme, me preguntó: “¿Qué ha sucedido?” Yo le respondí: “Ponte tus mejores ropas y coge tu espada”. Nos apresuramos a salir antes de que aquellos cambiaran de opinión.

Cuando llamamos a la puerta donde estaban todos reunidos, dijeron al unísono: “Íbamos a enviar a alguien a buscarte”. Él dijo con voz complaciente: “Aquí estoy, como si me hubierais llamado”. Yo, mientras tanto, me quedé sentado en la puerta acompañándolo como un vigilante.

A continuación, escuché a mi señor Abd Allah ben Yahwar decir: “Los moriscos han acordado hacer la revolución. ¿Y tú estás a favor de que humillen a los musulmanes, que los hagan esclavos y manipulando sus mentes? ¿o estás a favor de hacer justicia y de devolver los derechos a quienes los merecen?”.

Él respondió: “¿Acaso no aceptan la humillación más que los de condición vil? Juro por Dios que estoy con todos los que dan pasos hacia la liberación y con los que desean proteger la religión de nuestro Dios y recuperar las posesiones de nuestros abuelos, cualquiera que sea su familia o edad”. Y dijo tu padre: “La gente te eligió para que te conviertas en su emir y los conduzcas a recuperar las posesiones de sus padres y abuelos, para que mueras antes que ellos y vivas para ellos. ¿Aceptas este llamamiento?”. El hombre se sorprendió y no dijo nada hasta que le repitieron por segunda vez la pregunta. Entonces respondió: “No sería de bien nacidos si me dierais un cargo y os lo despreciara”. Escuché entonces a mi tío decir: “Trae el Corán y una espada”. Me apresuré a llevarlos, pero Ibn Omeya dijo: “Antes de jurar quiero deciros algo. Me habéis propuesto un asunto que habíais acordado previamente, pero me gustaría saber si todos pensáis lo mismo. ¿Alguno de vosotros piensa que merece este puesto más que yo?”. Todos miraron a Ibn Faraj y le preguntaron: “¿Tienes algún inconveniente, Faraj?”. Este no pudo responder otra cosa sino: “No seré yo quien difiera de la opinión de todos y juro por Dios que yo mismo lo reclamo como emir ante vuestra presencia”.

Vi a la mujer del panadero haciendo gestos con la mano a un hombre para que se acercara a ayudarlo a cargar una tinaja grande de zumo de uva. Corrí a ayudarlo cuando le hacía señales al hombre: “Espera hasta que oigamos su nombramiento como emir”. Y escuché a mi señor hacer un comentario irónico refiriéndose a Ibn Faraj: “El hombre ha aceptado tu investidura”. Rieron entonces todos, incluido él mismo Faraj Ibn Aboo.

Y el primo de mi esposa, Hababa, trajo un Corán y se lo entregó a tu padre que lo cogió y dijo: “El Corán de Ibn Aboo es el Corán de la revolución”.

Puso sobre él su espada y dijo dirigiendo sus palabras a Muhammad ben Omeya: “Juro ante todos con la espada y el Corán que cumplirás tu cargo con tu vida y muerte y que no tomarás ninguna decisión sin contar con ellos. La vida de los musulmanes y sus intereses están bajo tu responsabilidad a partir de ahora. Y si murieras, la responsabilidad recaerá sobre ellos y el poder recaerá en quien ellos eligieran”.

Cuando terminó su juramento, tu padre colocó la mano sobre el Corán y dijo: “Esta es nuestra promesa para ti, Muhammad ben Omeya. Prometemos escucharte y obedecerte mientras siga en pie tu promesa y juramento. No nos oponemos a tu decisión, pero te aconsejaremos si nuestra opinión fuera diferente y juramos por esto”. Y se levantaron después uno tras otro a jurar y a besarle la mano para la investidura. Cuando todos terminaron pidió Ibn Omeya a Ben Faraj que se sentara a su lado.

Entré en la sala donde estaban todos con el zumo de uvas y exclamé: “¡Brindemos por la elección del emir!”. A continuación, pronuncié mi juramento ante todos proclamándose emir.

17

Ordenó a Murad su habitación y después se sentó delante del ordenador a revisar el correo. Para su sorpresa, Raquel no conocía al director de la Casa ni sabía nada de lo que se había hablado de Blas Infante. Entre tanto trabajo no habló con ninguno de sus jefes sobre el asunto del *waqf* de los moriscos.

Al preguntarle Murad sobre cómo supo el hombre su nombre completo y de dónde consiguió toda esta información sobre su abuelo, ella contestó que Raquel Infante no era su nombre verdadero y que Blas Infante no era su abuelo.

Aquello supuso para Murad un choque mayor que el hecho mismo de haberlo creído. Y volvió a preguntarle por qué la llamaban así, pero ella no tenía ganas de seguir hablando y se limitó a decir que aquello era una larga historia.

Quizás, cuando regresara al Cairo, le contaría algunos detalles. Aquella respuesta supuso para él el comienzo de un nuevo laberinto. Cuando estuvo ella en El Cairo, ¿por qué no se lo contó entonces?

Pensó que la persona que estaba hablando no era la misma Raquel que conoció hacía años y que todo lo que había ocurrido entre ellos no eran más que ilusiones.

Todo a su alrededor le daba vueltas y un viento fuerte con sus ráfagas lo llevaba a ningún lugar. Era oscuridad tras oscuridad. Empezó a golpearse las mejillas deseando que aquello fuera solo una pesadilla de la que poder despertar.

En aquel momento Raquel decidió cambiar de tema y empezó a decir que la situación en Egipto había cambiado bastante, que había propuesto a la agencia instalar una sede en El Cairo y que podría contar en adelante con un grupo de periodistas e intérpretes profesionales allí.

Murad estaba tan enfadado que no podía pensar en aquel momento y supuso que lo que le estaba insinuando Raquel era que iba a prescindir de él a partir de entonces. Y decidió irse él antes de que lo echaran. Él le dijo: “Estate segura de que no necesito trabajar para vosotros”. Se sucedieron las risas de ella en la pantalla. Cerró el ordenador y salió a buscar una moaxaja antigua con la que olvidar.

Al salir de la habitación, le entró la convicción de que realmente Raquel no decía la verdad y de que ella y el director se conocían, y si no, ¿cómo se hizo ella pasar por una persona que no era en un espacio público como Facebook?

Finalmente, decidió ir a buscar al presidente de la Casa para preguntarle por ella y cómo la conocía.

Se presentó por la mañana sin que lo parara ningún guardia de seguridad. Les saludó con una sonrisa y le devolvieron el saludo con otra aún mayor. Sin embargo, al entrar en la oficina, no encontró a la bella secretaria sino a otra mujer en su lugar. Se hizo el loco y le pidió permiso para entrar en el despacho del presidente. Esta lo miró por encima del hombro y le preguntó si tenía cita con él. Él le contestó con cierto tartamudeo: “Solo dile mi nombre”. Y esperó con orgullo su permiso para entrar. La secretaria volvió con cara contrariada diciendo: “Tiene una reunión”.

Murad se sintió humillado y pensó que ella le mentía igual que lo había hecho Raquel o que, simplemente, el hombre pretendía huir de él por algún motivo que desconocía.

Entonces decidió sorprenderlos y plantarse ante todos. Dio las gracias a la mujer, se dirigió rápidamente hacia la puerta que estaba al lado de ella y entró en el despacho. Allí se encontró a cinco personas que lo miraron como a un extraño. No prestó atención a sus miradas y buscó al que estaba sentado en la silla giratoria. Era un hombre anciano, con una calva grande y blanca. Miró a su alrededor y buscó con los ojos por todos los rincones al hombre con el que el día anterior se había sentado a hablar durante casi cinco horas. No se percató de que le estaban pidiendo que saliera. Después, bajó el tono de las voces dando paso a las manos y empezaron a empujarlo para que saliera del despacho. Y cuando les dijo que quería ver al presidente de la Casa le indicaron que era el de la calva blanca. Se quedó sin palabras. Le empujaban y le decían entre dientes que estaba loco y que tomaba droga.

Por un momento no supe si era él el que caminaba o si era la propia tierra la que se movía bajo sus pies. Estuvo deambulando desde Bulaq hasta la Plaza de la Liberación, paseando por el Hotel Conrad, el centro comercial, el banco *Al-Ahli*, el almacén de dátils, el Puente 15 de mayo y el edificio de radiotelevisión, como si estuviera hipnotizado o abstraído en un viaje a otro mundo. Al principio, se había imaginado que era Raquel la que había llamado a su amigo, el presidente de la Casa, y por eso le había reprochado que le revelara sus secretos trayendo al de la calva blanca para que se sentara en aquel sillón representando un papel absurdo en una ficticia obra de teatro, pero recordó entonces que ni Raquel ni el profesor sabían que él pensaba ir a la Casa aquel día. “¿Y qué fue lo que pasó?” se preguntó, buscando una salida a aquel laberinto sin fin. Pensó en alguna pista que le condujera a descubrir la verdad, algo que le confirmara que aquello había sido real y no una mentira. Este pensamiento le llevó a buscar en internet la foto del presidente de la Casa del Libro y solo encontró la foto del de la calva blanca. Repitió la búsqueda escribiendo palabras compuestas, sin encontrar una sola foto del profesor de historia. Se echó manos a la cabeza entonces rechazando la idea de que todo aquello hubiera sido una ilusión. Apagó el ordenador y buscó canciones andalusíes de su abuela para intentar salir del gran laberinto que se había formado en su cabeza.

Parecía que la abuela Yana lo estaba esperando en la habitación sentada en su silla de ruedas. Con las manos apoyadas en las mejillas miraba fijamente hacia la puerta de la habitación en silencio, sin el sonido de canciones ni moaxajas. No sabía por qué, pero se sintió muy feliz al verla. Murad acercó la cara para darle un beso en la mejilla y le preguntó por qué estaba tan callada. Ella le sorprendió diciendo: “Eres un hijo malo”.

Como él no se encontraba en condiciones de perder el último pilar donde apoyarse para superar los problemas que le acuciaban, se tragó sus palabras e intentó ocultar su enfado dibujando una sonrisa en su cara y dijo: “¿Ha sucedido algo que ha hecho enfadar a la señora Yana conmigo?”. Pero ella no respondió y volvió a preguntarle. Ella estalló como una metrallera contestando: “A la abuela Yana no la hace enfadar nadie, pero no admite que la ignoren. Esto no lo hace más que un loco”. Él intentó mantener la calma, esperando

que ella se tranquilizara para responderle con la misma calma, pero, al terminar de hablar, movió su silla con el mismo ímpetu y se dirigió a su habitación cerrando la puerta tras ella. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Él permaneció inmóvil como una estatua ardiendo por dentro mientras los hilos del laberinto se multiplicaban en su cabeza. El profesor de historia no era el presidente de la Casa, Raquel no era Raquel, Blas Infante no era más que un hombre que no sabía de dónde había salido. La abuela no conocía más que los mensajes y las moaxajas de Ibn Zaydun. Al mirarlo lo trataba de loco: “Sí, estoy loco” -dijo con sarcasmo al principio, después empezó a repetir palabras con fuerte ímpetu: “Estoy loco, abuela, estoy loco”.

Entonces, se le ocurrió obligarla a escucharlo llorando. Empezó a golpear la puerta de la habitación: “Estoy loco, abuela. Estoy loco.” Pero ella no abrió la puerta y no escuchó sus palabras. Empezó a dar patadas a las sillas, a las mesitas y a todo lo que se encontraba por delante cada vez más enfadado. Murad pretendía romper con la duda y conocer la verdad. Deseaba romper. Con ello pretendía salir de dudas y asegurarse. Quería deshacer el laberinto y conocer los límites entre la verdad y la mentira, entre la realidad y la imaginación gritándole en la puerta.

“Es como si participas en el mismo juego, en un mismo empujón hacia el Infierno. Pero yo no permitiré a nadie que me mate, no permitiré que vuestras supersticiones se lleven lo poco que me queda de cordura. No estoy loco, abuela. No estoy loco y no permitiré que la locura me lleve”.

Sus gritos se escuchaban como una tormenta que arrancaba las paredes, las puertas, las ventanas, los apliques de luz, fotos, baldosas, mesitas, mesas, lámparas... Como un cielo coloreado de nubes y una tormenta que gira a su alrededor y él gritando en el centro: “No estoy loco ni lo estaré”. El sonido se repetía haciendo eco en sus oídos. Todo lo que había a su alrededor daba vueltas, su respiración se entrecortaba y sus ojos ya no soportaban más. Cerró entonces los ojos y se tiró al suelo riéndose del viento que soplaba a sus oídos y por fin volvió la calma al lugar, rota solo por unos pasos que subían desde las escaleras de mármol, unos pasos que escuchaba más con el corazón que con los oídos. Y empezó a buscar los pasos con la mirada, esperando que entraran por la puerta. Deseaba que el mundo hubiera escuchado sus gritos y que este viniera a mecerlo. Pero los pasos, que iban en aumento, anunciaban la llegada de bandadas de gatos, muchas bandadas detrás de las cuales iba un hombre alto con la cara vendada por un *lizam*, como un pastor que lleva a sus borregos al atardecer de vuelta a su cabaña. Esta manada se transformó de repente en un grupo de mujeres, niños, hombres y ancianos que inclinaban sus cabezas haciendo la reverencia propia del que entra en un lugar santo. Todos daban pasos firmes, conocían el camino hacia la habitación de la abuela y ninguno de ellos le prestó atención al pasar por su lado. Se quedó absorto observando la escena con ojos expectantes y perplejos por la sorpresa. No comprendía por qué se había estado arrastrando gateando tras ellos. Al acercarse a la puerta escuchó a la abuela murmurar con voz melodiosa dos palabras ininteligibles y se esforzó por encontrarla entre la multitud.

Todos vestían ropas blancas y la rodeaban formando círculos centrípetos alrededor de ella, balbuceando como si leyeran un libro extraño. Al terminar la abuela de recitar, inclinó la cabeza para que el hombre encapuchado la besara en las manos tres veces. Después, la hizo sentarse en su cama y levantando el hombre las manos dijo: “Traed vuestra prueba”. Y cayeron rayos de color blanco y verde sobre la gente que se hallaba ante él, desplegados como largos papeles. El hombre se los entregó a la abuela y le dijo: “Este es nuestro libro. ¿Dónde está su libro?” No sabía Murad si se había cortado la luz o se había desmayado o había perdido la consciencia, pero cuando abrió los ojos, vio a su abuela en su silla de ruedas entonando una canción.

La abuela dijo que lo que le sucedió al arrendatario fue a consecuencia de haber desobedecido las órdenes del abuelo y que el diablo se había apoderado de él en lo referente al dinero. Escuchó los consejos del malvado juez y no escribió todo lo que poseía para el *waqf*, a pesar de que el consejo del abuelo fue claro.

No sabía lo que el destino les tenía preparado y entre las sorpresas estaba que el mismísimo malvado *shayj* le había aconsejado no escribir todo lo que decía el *waqf*, “más vale pájaro en mano que ciento volando”.

Fue él el que hizo perder a Atiya todo lo que poseía. Renunció a su trabajo en el tribunal legislativo y se alistó al ejército del Pachá convirtiéndose en su secretario general. Con el tiempo, realizó el Pachá una campaña militar contra Daraya⁴⁷³ y después preparó una segunda campaña para acabar con los wahabíes de allí. Así, regresó y preguntó por los recursos que necesitaba para esta campaña, pero el fondo del estado se encontraba casi vacío a causa de la guerra contra los mamelucos y la campaña de Fraser⁴⁷⁴. Al preguntar el Pachá por su hijo Ibrahim y sus colaboradores, respondió el responsable del fondo económico que no se podían aplicar nuevos impuestos a los campesinos y artesanos. Estos empezaron a abandonar sus trabajos y sus campos huyendo de los impuestos a los que estaban siendo sometidos.

El Pachá dijo entonces: “¿Y vamos a dejar que la semilla de los wahabíes crezca de nuevo entre nosotros, o preferís quedaros atados de manos ante los mamelucos reunidos en las fronteras de Sudán?” Entre los presentes allí aquel día estaba el malvado juez, que no había olvidado que Atiya todavía no le había dado ninguna compensación económica (soborno) para terminar con los trámites del *waqf*, y dijo: “Podríamos rodear a los mamelucos si lográramos el dinero que le envían sus secuaces”. El Pachá puso oído a esto y le pidió que continuara hablando. Y empezó a explicar diciendo: “Conozco a su arrendatario, Atiya Ibrahim. Su padre fue un simple capataz, pero debido a su clientelismo con los mamelucos, logró obtener más de quinientos *fadanes* de tierra y un palacio cerca del castillo además de oro, sirvientes y esclavos”.

Este hombre todavía guardaba una estrecha relación con ellos y era él el que le proporcionaba dinero y noticias. Y dijo: “¿por qué no cogemos sus riquezas para la campaña?” Ibrahim Pachá respondió diciendo: “Si creemos lo que dices, todas sus riquezas no serían suficientes para preparar ni la mitad de la campaña”. Habló el tesorero diciendo: “Y si lo hiciéramos, pensarían todos los capataces del país que les hemos hecho una declaración de guerra y dejarían de pagar sus impuestos y, tal vez, huirían con su dinero fuera del país”. Pachá sonrió diciendo: “¿Qué te pasa tesorero? Suprime a todos los capataces. Soy el pachá de Egipto y ya no quiero arrendar mi tierra”.

Aquello supuso una confiscación de sus riquezas y posesiones. Atiya Allah fue el primero a quien confiscaron, y no pudo soportar tener que salir con su familia de su casa solamente con sus ropas y cayó entregando su alma a Dios. No tuvo más remedio Hur al-Ayn que trasladarse con su hijo a la casa de su padre Musa al-Atar.

Habib Allah sentía inclinación por su abuelo Ismail al-Warraaq de al-Azhar y se apegó a él para aprender de su propia mano. Le había explicado que no le gustaba dedicarse a la

⁴⁷³Provincia en Arabia Saudita.

⁴⁷⁴Denominada así por el general inglés que la dirigió y también conocida como expedición de Alejandría de 1807 por el objetivo del imperio británico de conquistar dicha ciudad e invadir Egipto. (Nota de la t.).

venta de especias y que no quería tener ese oficio porque esa vida no le traía más que preocupaciones.

Por aquel entonces había creado el Pachá la imprenta del emirato y la gente había empezado a interesarse por los libros impresos y no por copias. Hur al-Uyun se había dado cuenta de que la profesión de copiar manuscritos estaba desapareciendo y decidió buscar un futuro más estable para su hijo. Su padre le había dicho que conocía a un hombre que trabajaba en la base de Bulaq y que sus trabajos iban en aumento. Fue entonces bien recibido ocupando el puesto de secretario. Pero a Habib le gustaba frecuentar los navíos y, cuando escuchó que había una nueva base naval en Alejandría que iba a abrir sus puertas y a admitir nuevos aspirantes para formarse en la navegación, envió su solicitud para alistarse en ella. Pasaron varios meses y cuando ya había olvidado el asunto se sorprendió cuando lo avisaron de que tenía que presentarse allí.

Le dieron la despedida Hur al-Uyun y sus abuelos, Musa e Ismael, que le dijeron que el dinero no lo era todo y que el amor al trabajo era mejor que el trabajo mismo. Los abrazó besando sus caras y sus cabezas y subió al primer barco rumbo a Alejandría. Al llegar allí, le comunicaron que sería soldado en un navío bajo el mando de un hombre francés llamado Srizi.

El Pachá entonces se encontraba en El Cairo y soñaba con tener un ejército moderno. Sulayman el francés lo convenció de que no había ejército fuerte si no existía otro naval. Ante su fracaso en entrenar a los sudaneses y a las gentes de Nuba, convenció al Pachá de apoyarse en los egipcios y se apresuró en levantar una base naval en Alejandría y otra en la zona central del Mar Rojo. Tan solo dos meses de entrenamiento de Habib Allah fueron suficientes para que se encontrara manejando uno de los cinco cañones a bordo de un gran barco en alta mar. Este envió un mensaje a su madre que decía: “He llegado a sobrepasar las olas del mar, lo que nunca lograron mis abuelos”.

Hur al-Din tan solo conocía en el ejército a los mamelucos quienes, a pesar de haber sido los señores que un día habían controlado el país, se habían convertido después en esclavos.

Al escuchar esto, se dio golpes en el pecho. “¿Ibn Atiya Allah y Hur al-Uyun son esclavos?”. Musa e Ismael intentaron calmarla.

Ella insistió en que trajeran a sus hijos y tuvieron que esperar a que viniera el hombre que les había ayudado a presentar los papeles para la base. Cuando les dijo que no se trataba de un asunto de compraventa sino de un empleo por el que ganaría un sueldo mensual, se calmó y le pidió que la acompañara a la base para visitar a su hijo. Pero la fiebre que le vino a Musa al-Atar hizo que ella se ocupara ahora de su enfermedad.

No pasaron dos días cuando llegó una carta de Habib Allah en la que decía: “Voy a viajar a la isla al-Mura en Grecia con los soldados del Pachá para castigar a los desertores del Sultanato Superior”. Entonces, rompió a llorar metida en su cama y triste por él, no salió de allí hasta que vio al ojo protector en compañía de Habib.

Trotaban ambos con sus caballos rubios sobre un valle verde y amplio, trepando por encima de las gentes. Se les ve cruzar el mar, el desierto, por jardines frondosos.

Estaban conversando hasta que alguien llamó a la puerta. Su tío le dijo que había llegado una carta procedente de la base militar. Cuando la abrió, encontró en ella dinero suficiente para todo un año y guardó el secreto. Logró de este modo salir de la pobreza abriendo el local de su padre y, desde ese momento, dejó de llorar y de preocuparse por él. No dudó de su sueño en ningún momento salvo cuando volvió Habib y le contó la derrota de la flota del pachá en la guerra contra los europeos y cómo pudo ver a sus amigos morir ahogados o quemados en sus barcos. Los barcos de los ingleses aparecían por todos lados disparando hasta que toda la flota ardió y se hundieron todos. El Pachá se rindió y los europeos decidieron trasladar a sus soldados a sus barcos.

Contó Habib que solo se salvaron unos pocos soldados del Pachá y los que se salvaron volvieron con heridas graves que les impedían trabajar. Pocos fueron los que tuvieron la gracia del cielo, pero ni aquello les impidió tener pesadillas y ver las imágenes de sus amigos en el momento de morir.

Sentía Habib escalofríos mientras contaba que no había dado resultado positivo leer los versos del Corán que había recitado Ismael en su oído, ni tampoco la ceremonia de exorcismo a base de cantos acompañados de danzas y músicas de tambores, ni tampoco ir a visitar la iglesia y a los santos.

Su madre se había sentado en el suelo al lado de su cama llorando loca de pánico por lo sucedido. Y así hasta que vio a su abuelo en sueños luchando contra unos fantasmas que rondaban por la casa. Cuando acabó con ellos se dirigió hacia ella sonriente y le acarició la cabeza diciendo: “Tu hijo está bien, Hur”. La despertó la mano de su hijo Habib que le daba golpecitos en el hombro. “¿Qué es lo que te ha hecho salir de tu cama y dormir aquí? Ella se levantó de alegría y le besó la cara y las manos diciéndoles: “Creo que he visto a tu abuelo Abd Allah”. Él le contestó: “Y yo también, creo”. Después, se levantaron los dos para preparar la comida tras llevar largo rato hambrientos.

Cuando acabaron sus días de vacaciones se puso el uniforme de marinero y se despidió de sus abuelos, Ismael y Musa. Después, subió al barco que se dirigía hacia Alejandría.

Cuando murió Musa, Hur le envió una carta para que viniera al funeral. Pero él ya era oficial y enseñaba a los que venían de pueblos lejanos a usar los cañones contra los barcos del enemigo. Lo imaginaba en sus sueños mar adentro dirigiéndose en busca del sultán Murad.

Le llegó a Hur la noticia de que la guerra había comenzado entre el Pachá y el sultán en la tierra de Sham. También escuchó que los europeos y los ingleses tenían miedo de los deseos del Pachá y que no los separaba ya entre estos últimos y las tierras del sultán más que un monte pequeño. Ella divisó a Habib Allah a espaldas del gran Pachá. Lo vio poderoso con sus soldados dirigiendo muchos barcos. Con un solo gesto de él, empezaban a retumbar los cañones como tormentas que caían sobre muros y fortalezas. Y cada vez que ella escuchaba noticias de victoria, recordaba a Habib compitiendo con su abuelo Abd Allah a caballo, trepando por encima de la gente.

Se convenció de que no regresaría de sus viajes hasta que no recuperara las posesiones de sus abuelos y que su querido hijo era Barbarroja, el temido por su barba roja. Este solo llevaba en sus barcos a quienes regresaban a al-Andalus, llevando a los que deseaban volver a sus tierras y a sus casas, cuyas llaves guardaban todavía colgadas en el cuello. Los días no le trajeron las buenas noticias que soñaba, por el contrario, volvió la guerra entre el Pachá y el sultán en la zona de Sham. Habib Allah regresó tocando las trompetas de su gran flota en señal de ataque a Anatolia y se movieron los barcos rusos, ingleses y suecos cercando al Pachá por todos los flancos y advirtiéndole a ella de volver por donde había venido.

Ella vio los barcos de los europeos atrancados frente a las costas de Alejandría y Habib temió que ardieran sus barcos con las velas izadas en alta mar y que sus compañeros murieran a manos de este. Tuvo miedo de que se quemaran sus barcos en alta mar y que murieran sus amigos a mano de Habib. Temblaba de miedo por los cañones que miraban hacia los muros de Alejandría y empezó a contar las noches que permaneció el Pachá obstinado y recluido en su palacio. Ibrahim dijo a su padre alterado: “Déjame traerte al sultán enfermo y que se arrodille ante ti”. Pero el Pachá le regañaba y le decía: “Nuestras tierras están al alcance de los cañones y nuestro rey está en peligro”.

Vio ella volver los barcos a sus bases y cómo los soldados se arrojaban desde los barcos por todos sitios. Habib estaba sujeto de la mano de su abuelo, como un niño obligado a hacer algo que no quería. Ella abrió los ojos y lo vio sin uniforme militar en sus brazos

triste y preocupado. Después, llegó un mensajero de palacio y le comunicó que el Pachá le había otorgado, por sus esfuerzos como capitán de la flota naval, una finca de doscientos *fadanes* en el distrito Kafr al-Duar⁴⁷⁵.

19

Fernando me llevó ante mi primo Muhammad ben Aboo, comandante del ejército de Ibn Omeya. Estaba sentado en una gran jaima en el centro de la base militar en la taha de Ugíjar en las Alpujarras. Había dibujado un mapa de al-Andalus con sus provincias, montañas y ciudades y coloreado sus alrededores con los colores del desierto y de los mares azules. Explicaba a varios de sus oficiales, señalando con su espada sobre el mapa, su plan de liberar tres pueblos de la costa de Málaga. Al llegar nosotros, dejó de hablar para darnos la bienvenida. Después, dejó marchar a sus generales no sin antes decirles: “No os preocupéis por las armas, pues llegarán pronto muchas más”. Fernando le preguntó entonces: “¿De dónde?”. Este le respondió que Hernando al-Habqi nos había enviado un mensaje desde Argelia en el que decía que al dey Ali le habían gustado las noticias que había y se apresuró a reunir voluntarios argelinos para que vinieran en su ayuda. Pronto atracaron diez barcos cargados de armas y hombres en la costa de Málaga. Era necesario liberar los pueblos y asegurarnos de que llegaran sanos y salvos.

Su espada se movía sobre el mapa como si explicara todavía su plan. Entonces Fernando lo hizo volver en sí diciendo: “¿Sabes quién es este?” Paró de hablar Muhammad ben Aboo al darse cuenta de que sus generales ya se habían marchado. “Esta cara no me es extraña, pero tampoco la he visto antes”- pensó. Le preguntó Fernando: “¿No te recuerda a alguien?” Y me miró fijamente. “No quiero equivocarme, pero creo que se parece a nuestro señor Abd Allah ben Yahwar”. Fernando gritó: “¡Es su hijo Muhammad!”. Entonces, le cambió la cara y dejó caer su espada al suelo y me abrazó. Aprecié por su abrazo cuánto apreciaba a mi padre. “No solo era un señor, sino que fue como un padre para mí y para todos y, si no hubiera sido por él, no se hubieran levantado las Alpujarras”. Reí con timidez, quizás un poco por orgullo o por humildad, pero me reí. Me miró de nuevo y dijo: “Ahora se confirma que nuestro tío Ibn Yahwar está vivo”.

Después me preguntó Fernando: “¿Ahora qué vas a hacer?” Nunca fui bueno en las artes de la guerra, ni en matar y respondí: “No sé” -Ibn Aboo sonrió. “El problema no son las armas. Fernando te enseñará a usarlas. Pero ¿qué es lo que dominas, si la guerra no es siempre saber usar armas y matar?” Respondí: “Escribo bien en árabe y en castellano y sé algo de turco y latín”. Miró con ojos sorprendidos. “¿Y los dominas?” Respondí: “Sí”. Y me abrazó como si hubiera encontrado todo un hallazgo. Añadí: “Domino la pintura, el tallado y entiendo de arquitectura y ornamentación”.

Lo escuchaba Fernando sorprendido como si reconociera en él a su primo el que llevó a su padre diez años antes a Toledo. Luego me preguntó: “¿Dónde aprendiste todo esto?” Le respondí: “En el taller del tío Badith en Toledo. Allí escribíamos con caligrafía, dibujábamos y copiábamos libros en todas las lenguas, íbamos a adornar con yeso palacios, iglesias y casas y quizás el tío Badith me esté esperando ahora”. De repente vi a los dos reír y los miré sorprendido, pero Ibn Aboo dejó de reír por no herir mis sentimientos. Después, poniéndome la mano en el hombro, dijo: “¿Y vas a dejar el reino de los Banu Omeya para irte a adornar castillos e iglesias a Toledo?”.

⁴⁷⁵Zona en Egipto.

La pregunta me pilló de sorpresa, pues no estaba en mis planes abandonar al tío Badith ni abandonar a la viuda de su hijo, o tal vez fuera su preciosa cara la que me empujaba en todo momento a volver. Se prolongó mi silencio y Fernando sonriendo dijo: “Veamos cuál es la opinión del príncipe”. Me miró Ibn Aboo y dijo: “Si tu gente te necesita para enfrentarse al enemigo, ¿te vas a ir a dibujar, tallar y adornar iglesias y los vas a abandonar?”. Respondí: “No”. Y dijo él: “El sultán necesita un secretario de confianza y nosotros tratamos de instaurar un reino que esté dirigido por mentes capaces de tomar decisiones. Y te veo como uno de ellos”. Sentí entonces algo de timidez y no tuve más remedio que quedarme entre aquellas gentes que estaban fundando su nuevo reino.

Salimos de la jaima de Ibn Aboo tras llegar la buena noticia de que los barcos argelinos se estaban movilizand o para venir a Málaga. Fernando dijo: “Es preciso terminar con el asunto de la liberación de Málaga esta noche”. Respondió que él y sus hombres estaban preparados. Después me dejó en la *jaima* solo sin informarme de lo que había sucedido con Zahra y Hababa, pues estaba ensimismado hablando del levantamiento de la rebelión. Ibn Omeya insistió en que el acto de investidura fuera público y pidió que todos los que desearan proclamarlo le dieran su compromiso de lealtad. Pero mi padre dijo que aquello era difícil y que podría hacer presentir a los españoles que se estaba tramando algo en contra de ellos. Bastó con un representante por familia. Se reunieron en el valle de Béznar. Allí, Ibn Omeya pronunció, ante todos, un discurso en el que les explicaba lo que había sucedido a los musulmanes con sus posesiones, cómo habían pasado de ser gentes de honor a convertirse en ultrajados, y cómo se les había prohibido tener esclavos y estaban incluso ellos amenazados en cualquier momento con perder sus tierras y sus hijos como se perdieron sus padres. Los castigaban por practicar sus costumbres y tradiciones que se consideraban crímenes, por lo que eran desahuciados y su religión era una herejía y un gran pecado sin perdón. Tampoco aceptaban su conversión al cristianismo, por lo que no eran ni musulmanes ni cristianos y no eran ni siquiera humanos, ni tan siquiera animales. “¿Puede alguien soportar esto?”. Respondieron todos: “No”. Y exclamó: “Entonces, es necesaria la rebelión”. Al vitorear su nombre, se agachó y dibujó el mapa de al-Andalus en el suelo: “Esta es nuestra tierra y estas banderas verdes son las de Abd Rahman al-Naser cuando alcanzó su estado máximo esplendor y amplitud. Me comprometo a conducir os hasta estas fronteras para que vuelvan a ondear nuestras banderas en ellas”. La gente lo vitoreó.

Trajo mi padre una silla para que se sentara y dijo: “me quito lo que tengo en el cuello como comandante de la revolución y te reclamo a ti como comandante general de ella y sultán nuestro”. Después, se quitó un collar de rosas del cuello y se lo puso haciendo una reverencia propia de un emir. Se acercaron todos después a saludarlo y besarle la mano proclamándose emir.

Después, Ibn Omeya designó a mi padre ministro suyo y a Faraj Faraj, comandante del ejército y a Shaaban Mikil de Granada, jefe del valle de Lecrín y a Marcos al-Zammar, comandante de Cuéllar y a Mateo al-Rami, comandante de Almería, a Fernando al-Gorri, comandante del Valle de Almanzora, a Francisco Burkarir ben Maknun, comandante de la Axarquía, a Jerónimo ben al-Malih, comandante de Guadix, a Martín de Adra, comandante de la comarca de Adra y eligió a Randati, al Partal y al Séniz y al Archidoni como sus consejeros militares. Después, se sentó a explicar su plan para acabar con los españoles. Dijo que el mejor momento era la Nochevieja, pues aquella noche los españoles suelen estar entretenidos y en invierno nieva y no saben dónde ir, mientras que nosotros conocemos nuestra tierra mejor que a nuestros propios hijos. Conocemos sus salidas y entradas, sus cuevas y sus caminos. Entonces, ¿por qué no acabamos con ellos esta noche y liberamos las Alpujarras?

Preguntó Ibn Faraj: “¿Y qué ocurriría si tomáramos Granada, caería para siempre? Dijo Ibn Omeya que necesitaba cuatro grupos y tropas del ejército de Marruecos y a Banu Utman. Todos se quedaron boquiabiertos cuando él siguió explicando: “Imaginad si el Partal y al-Naqis salieran de Granada con hombres expulsados de allí con él y se dirigieran desde Guadix hasta la Alhambra escalando los muros del Generalife y lo ocuparan. Mientras, Faraj ben Faraj reparte sus hombres y sus gentes por el barrio del Albaicín en grupos: el primero, que llevaría una bandera roja, se dirigiría desde la puerta de Fajaluzá hasta llegar al Hospital Real y, desde allí, a la Puerta Elvira donde se encuentra el Tribunal de la Inquisición. Entonces, liberaría a quienes estén de nuestra parte, mientras que el otro grupo se dirigiría con la bandera amarilla hasta la Plaza de Bab al-Bunud donde liberaría a los que estuvieran encarcelados en la prisión general. Y el tercero saldría con la bandera azul en dirección a Guadix, donde se encuentra la casa del jefe Deza acabaría con él. Después, regresaron estos grupos y se manifestaron en Bib Rambla, situada en el centro de la ciudad. La gente se sorprenderá con la aparición de ocho mil hombres que vendrán de todas las partes de Granada y del Valle de Lecrín con el uniforme del ejército de Bani Uthman y de los marroquíes. Entonces, Felipe II no tendrá más remedio que rendirse.

Fernando relataba feliz los detalles del plan de Ibn Omeya, sin embargo, nada salió como se esperaba pues, la mala gestión de Faraj ben Faraj les hizo perder la ciudad. Los españoles sospecharon que algo se tramaba a escondidas, por lo que aumentaron su vigilancia y enviaron a sus soldados a la Alpujarras. Mi padre no tuvo entonces otra solución que hablar con el presidente Deza. Se presentó ante él y le dijo: “Vosotros estáis retrasando los asuntos por sospechas infundadas. Todo lo que se murmura acerca de esta revolución es pura blasfemia de los sacerdotes, que quieren castigar a los moriscos por un crimen que no han cometido”.

Y para confirmar que estaba en lo cierto añadió: “Si quieres una prueba de que nuestra intención es buena, toma como rehén a quien desees hasta nuestra nueva cita, pero no debéis intimidar a la gente ni hacer más difícil la situación.

Deza se quedó convencido de sus palabras y ordenó a su comandante del ejército, el marqués de Mondéjar, aligerar la vigilancia en las Alpujarras.

Pero el marqués de Mondéjar ordenó detener a ciento cincuenta hombres, la mayoría de ellos ricos, y les dijo: “Vamos a celebrar todos juntos la Nochebuena”. Así cayeron en sus manos y pensaron: “Cuando el plan de Ibn Omeya prospere, volveremos todos a nuestras casas”.

Pero el destino quiso lo contrario, pues una semana antes de la cita, salió una unidad del ejército español en dirección a Guadix. Se disponían a celebrar la fiesta de Fin de Año. Acostumbraban a coger de los moriscos todo lo que querían a la fuerza. Pero este año la gente les plantó cara y los soldados se sintieron humillados y les atacaron llegando incluso a usar las armas contra ellos. Salieron huyendo entonces y pidieron ayuda a los repudiados que se encontraban fuera de Granada. Después, se unieron a ellos el Partal y al-Naqis con sus hombres en el pueblo de Cúllar, mataron al ejército y les tomaron las armas. La gente pensó que aquello era el principio de la revolución. Atacaron a los españoles en sus pueblos y salieron los comandantes de sus puestos, según el plan acordado y bajo la protección de sus zonas. Faraj ben Faraj dio órdenes a sus soldados de salir, pero la nieve caía con intensidad aquella noche cerrándose el camino entre Guadix y Granada.

Se unieron a Ibn Faraj ciento setenta hombres solo con los que se dirigió hacia el Albaicín, llamando a la gente a salir a combatir. Sin embargo, cuando estos vieron que había poca gente con él, se negaron a salir e Ibn Faraj no pudo entrar a la ciudad para abrir las cárceles, ni matar al presidente Deza. No se izaron tampoco ni la bandera roja, ni la azul, ni la amarilla y tampoco se vio el uniforme de Marruecos ni el de Turquía.

El relato de Fernando me hizo sentir desesperanza y fracaso y tuve la sensación de encontrarme perdido. Pregunté entonces; “¿Cómo lo hicisteis entonces?” Él respondió: “Es la vida, un día se gana y otro se pierde. Y este día pudo escapar Aben Omeya huyendo sigilosamente desde Granada hasta las Alpujarras, dejando a su hermano, a sus dos hermanas, a su madre y a su padre. Por la mañana llegó lo que los argelinos habían prometido a tu padre y atacaron los barcos que se encontraban atracados en las costas de Almería y Marbella cargados de armas. Sin embargo, no trajeron hombres. Nos llegaron noticias de que los generales de las diferentes zonas habían logrado lo que habíamos acordado y tomamos las Alpujarras y sus alrededores. Los españoles encolerizaron y empezaron a matar a todo morisco que se encontraba por delante y la gente cavaba zanjas para esconderse en ellas.

Salió el Marqués de Mondéjar con su ejército para atacar las Alpujarras desde Granada y, mientras tanto, Felipe II envió al comandante de la zona de Murcia, el marqués de Vals para que saliera con su ejército contra nosotros desde la zona oriental. Así, se perdió el contacto entre los rebeldes de Almanzora y Almería y de las Alpujarras.

Nos encontramos luchando contra dos ejércitos organizados al mismo tiempo y perdimos a muchos de nuestros comandantes mientras defendían sus pueblos y gentes.

Allí, Shaaban Miguel defendió, con ayuda de una pequeña unidad que le acompañaba, Guadix empleando toda su fuerza, destrozando el ejército de Mondéjar en el puente de Tablate. Pero éste último reunió todas sus fuerzas de nuevo y los acorraló hasta asfixiarlos. Finalmente, logró capturarlo y lo mató a él, a sus dos hijas y a su padre destrozando sus cadáveres. Después, ordenó sacrificar a todos los que estaban con él y hacer prisioneros a todas las mujeres y ancianos que se encontraban en sus casas.

Murió Shaaban y otros muchos en sus puestos. Mientras tanto, el cuñado de Ibn Omeya no pudo enfrentarse a Mondéjar y se escondió en el pueblo de Vélez. Desde allí envió un mensaje a este pidiéndole que le perdonara a cambio de entregarle el pueblo. Pero Mondéjar, que sospechaba del cuñado de Ibn Omeya, no aceptó su petición antes de preguntar al rey. Mató a tres mil personas que había hecho prisioneros de camino a Vélez y envió un mensaje a Aben Omeya en el que le aconsejaba rendirse a cambio de perdonar a los moriscos. El sultán rechazó y se protegió en las montañas de Ugíjar para defenderlas junto con los comandantes que con él estaban. Fueron asesinados en esta batalla Marcus al-Zamar y sus dos hijas y el resto fueron hechos prisioneros para ser después sacrificados en Granada o vendidos como esclavos en los mercados de Castilla.

Cuando supo Mondéjar que el sultán dormía en la casa de Ibn Aboo en el pueblo de Mesina, llevó su ejército y atacó por todos los flancos. Sin embargo, al entrar allí no encontró ni al sultán ni a Ibn Aboo y no tuvo más remedio que empuñar las espadas y cortar las cabezas o apuñalar en el pecho a todos los que se encontró en el camino. Y no era el marqués de Vals menos duro que él, ni nuestros hombres menos valientes que Shaaban Miguel y que Marcus Zamar.

Se encontró con Fernando al-Guarami en la zona oriental, quien le ocasionó grandes pérdidas, por lo que salió huyendo de él. Entonces volvió y reunió a su ejército y se enfrentó a él de nuevo en el pueblo de Andarax donde casi pierde la vida aquel día al-Gurami y los que le acompañaban en el pueblo de Vélez si no hubiera sido porque Maknun se movilizó con sus hombres para controlar Almería.

Al escuchar aquello de Vals, temió por Almería y sus alrededores. Entonces, dejó a al-Gurami y volvió rápidamente a defender Almería dejando tras sí dos mil muertos, la mayoría de ellos mujeres, niños y ancianos. Mataban y quemaban todo lo que se encontraban por delante, rechazando la idea de hacerlos prisioneros porque esto podría retrasar al ejército o perder tiempo”.

Fernando dio un suspiro en ese momento y percibí que había recordado algo personal. Quizás fuera que Hababa estaba prisionera o que había sido asesinada. Y dijo: “Estábamos combatiendo contra dos ejércitos organizados de un gran estado y no poseíamos más que palos y armas viejas. La guerra se encontraba en nuestra tierra, cualquier error o acierto se pagaba con la vida de nuestras familias y nuestra gente. Perdimos a muchos, perdimos a Zahra, a mi hermano pequeño y a Hababa”. Cuando pronunció su nombre lloró y le pregunté por lo sucedido. Dio un suspiro de lamento y dijo: “Este asunto te lo contaré después, permíteme ahora aclararte cómo pudo tu padre recomponer todo lo perdido”.

Faraj Ben Faraj fue negligente al defender a nuestros hombres por valles y zonas dominadas y empezó a atacar las playas de Vera, en la parte nororiental de Almería y Gibraltar sin consultar al sultán ni a nadie.

Su objetivo era crear una base desde donde poder comunicarse con Marruecos, pero su lógica dio el resultado opuesto, pues mantener lo que ya controlamos era más sensato que intentar controlar lugares nuevos que nos harían perder otros muchos y de los que no íbamos a sacar ningún beneficio, pues Ceuta y Tánger estaban ocupadas por los españoles y el sultán de Marruecos no hubiera podido ayudarnos a través de estas dos ciudades salvo que estas hubieran sido liberadas.

Ibn Omeya se enfadó con él y le hizo ver su mala coordinación en el Albaicín y cómo había sido traicionado por las gentes que no se unieron a él y como consecuencia de esto, perdieron Granada y nuestras familias a quienes hicieron rehenes. Y muy enojado le dijo: “Desde hoy no asumirás el cargo del ejército”. Ibn Faraj respondió: “Pon a un anciano de ochenta y cinco años para que se haga cargo del ejército”.

En la reunión solo estaba tu padre. Lo miró Ibn Omeya y le respondió desafiante: “Desde hoy él es el comandante del ejército”. Después llamó a su secretario y decretó el cese de Ibn Faraj para designar a tu padre”.

Sentimos gran preocupación, pues todos sabíamos que Faraj era un feroz combatiente, pero no sabíamos lo que podía hacer un hombre de casi noventa años ya. Además, empeoró la situación el hecho de que mi tío permaneciera recluido en su jaima sin ver ni hablar con nadie. Permaneció callado sin dar una orden durante tres días hasta que llegó la gente a pensar que el asunto había pasado a manos de quienes no estaban capacitados para ello y volvieron a consultar al sultán su decisión.

Sin embargo, tu padre los sorprendió a todos. Nos reunió y extendió en el suelo un mapa sobre el que explicó cómo se estaban moviendo los dos ejércitos de los españoles, como las dos partes de un molino de mano alrededor de las Alpujarras de este a oeste. Explicó que nosotros estábamos realizando la guerra de ataque y huida, y que no teníamos un ejército organizado.

No se me olvida lo que dijo: “El problema es que estamos en guerra contra ellos en nuestra tierra y cada error o acierto hará que lo perdamos todo porque provocará miedo en las gentes, debilitará su moral y hará que los que desean la rebelión prefieran la paz. Por lo tanto, no tenemos otra solución que cambiar de estrategia de guerra”.

Entonces, pidió a los comandantes de las diferentes zonas que reuniera cada uno de ellos a cinco mil hombres y que entraron sigilosamente como un ejército en Granada. Comenzó a enviar mensajes a los que estaban en Granada informándoles del asunto para que estuvieran preparados. Y no sabemos si aquello fue un plan suyo o fue casualidad, pero el rey Deza se asustó y ordenó al marqués de Mondéjar regresar y defender la ciudad.

Disminuyó la tensión del este de las Alpujarras y por miedo cometió Mondéjar un grave error, pues ordenó asesinar a todos los rehenes que llevaba como rehenes con él para que no se alzara la revolución y aquello provocó el enojo de las gentes de todos los lugares.

Entonces, repartió tu padre el ejército en tres grupos y con ellos atacó con dureza el ejército de De Vals. Éstos se dividieron a pesar de su gran número y cayeron en las trampas que éste había preparado.

No deseaba tu padre ocupar tierras, ni mantener una zona, su objetivo era acabar con ellos y demostrar que éramos capaces de responder desde cualquier lugar.

Luego Ibn Faraj se dirigió a su padre y le dijo: “Aprendo de ti”, y pensamos que tu padre pretende alejarlo. Entonces se levantó y lo abrazó diciéndole: “Todos somos un único hombre. Luchamos contra un único enemigo”. Y de este modo fue sometido Ibn Faraj y lo hizo luchar como nunca lo había hecho antes. Venció a una pequeña unidad del ejército del marqués de Vals que persiguió hasta Almería por todos los sitios.

Llegaron noticias de la victoria de Ibn Omeya contra el rey de España, Felipe II. Éste dio un brinco desde su silla y rompió la carta que tenía en la mano diciendo: “Yo mismo me enfrentaré a él -gritó a los que le rodeaban. Pero sus consejeros se negaron a que él encabezara el ejército diciendo que las montañas de las Alpujarras eran de difícil acceso y que los moriscos eran como diablos moviéndose por las montañas. Le aconsejaron enviar a su hermano Juan a la cabeza diciéndoles: “Si vence, tú vencerás y si pierde podrías cambiar la situación.

Así, cambió de idea Felipe II y decretó designar a su hermano como comandante general del ejército de Granada. Éste fue recibido por el jefe Deza a las puertas de Granada con niños y viudas y le dijo al entrar: “Esto es lo que hemos cosechado con nuestro silencio para los moriscos”.

Cuando celebraron su consejo de guerra discutieron si seguir en guerra o pedir una tregua. Fue de Vals uno de los que deseaban esta segunda opción. Dijo que esta tierra es su tierra y que ellos tenían una extraña estrategia de guerra, que estaban más cerca de vivir que de morir y que no teníamos nada que hacer contra ellos en una guerra abierta.

Pero Deza, que no había entrado nunca en guerra antes, pidió hacer salir a la fuerza a las gentes del Albaicín y a todos los moriscos de Granada. Dijo: “Su presencia es un peligro. Ibn Omeya está esperando la oportunidad de ocupar Granada y no estaremos a salvo si hay traidores entre nosotros”. Con estas palabras, que nos habían transmitido nuestros ojos espías, concluyó su gran discurso tras el cual se secó los ojos.

Sin embargo, Juan no hizo caso a ninguno de los dos y envió un mensaje a su hermano que se encontraba en Madrid y en el que le pedía que enviara miles de hombres.

Felipe II pidió al papa de Roma que proclamara la Guerra Santa. Comenzaron los sacerdotes a lanzar sermones a la gente por todos los lugares y pidió ayuda a los reyes de Francia, Italia y Alemania, quienes prepararon a Felipe miles de mercenarios para que ayudaran a su hermano en Granada.

No entendíamos de dónde le venía a tu padre esta sabiduría para dirigir la guerra. Aprovechándose de la enorme cantidad de españoles a quienes había puesto nerviosos y del enojo de nuestra gente en Granada, envió un mensaje al dey Ali en Argelia para que le ayudara con hombres y armas y otro al sultán Abd al-Galib al-Saadi pidiéndole ayuda también. Pero al-Saadi, según nos tenía acostumbrados, era de mucho hablar, pero de poco hacer.

Y fue el mismo Abd Allah ben Yahwar con ochenta y cinco años quien reunió a los voluntarios de los pueblos sabiendo cómo ganarse a la gente. Consiguió reunir un ejército que repartió en grupos y unidades menores y asignó a cada uno de ellos un comandante y una misión. No quería guerras en los pueblos e intentó por todos los medios llevar a los españoles lejos. Les preparaban trampas por las montañas y los caminos y estos perdían cada enfrentamiento. Nosotros ganábamos presos, armas, fuerza de espíritu, voluntarios y rebeldes.

Se unieron después a nosotros Murcia, Almería, las sierras de Bentomiz , Ronda, Alhama y Málaga y controlamos Almanzora y todo su valle.

Les hemos arrebatado Serón y hemos vencido a un gran ejército dirigido por Juan bajo el mando del gobernador de Béznar. Les hemos arrebatado palacios, Oria, Vera y Órgiva. Pero una flecha traicionera nos sorprendió a todos e hirió a tu padre. Una flecha que salió de uno de nosotros y no supimos de quién. Pero no deseábamos separar a quienes él mismo había sacado de sus pueblos y señalarlos como traicioneros. Contuvimos las lágrimas y buscamos un nuevo comandante del ejército. Pensamos en Faraj Ben Faraj, pero el sultán Ibn Omeya dio a conocer su decisión, que era que Muhammad Ben Aboo se convirtiera en el nuevo comandante después de tu padre.

20

Murad fue sorprendido con una llamada de teléfono a las diez de la mañana. Él no solía despertarse hasta las doce o la una del mediodía, pues no tenía otra cosa que hacer que buscar en las noticias de internet, en los canales de televisión y en la Plaza de la Liberación. Después escribía un informe diario contando en él sus anhelos y temores y se los enviaba a Raquel.

Aquel día, se sucedieron las llamadas de un número de teléfono desconocido, cada vez que colgaba el aparato volvía a sonar de nuevo el mismo número. Cogió el teléfono con rabia, decidido a insultar al que estaba llamando, fuese quien fuese y su sorpresa fue que era la voz de Raquel. Ella le dijo que estaba en Egipto y que lo quería ver. Se levantó de la cama y se vistió. Luego se fue a buscarla al hall del Gran Hotel. Poco después, el guardia de seguridad le comunicó que ella lo estaba esperando en el restaurante lindante al río Nilo. Le señaló con el dedo índice a una muchacha de pelo negro y piel blanca de rasgos armoniosos. Ella le dio la bienvenida y se entretuvo con una llamada de teléfono. Después lo apagó totalmente. Murad le preguntó: “¿Desde cuándo estás aquí?” Ella respondió: “Tenía que terminar unos trabajos antes de vernos”.

Murad miró a su alrededor y observó que estaban sentados en pleno Nilo y que las aguas casi pasaban bajo sus pies. Le encantaron sus maravillosas vistas, que nunca había apreciado antes. “Tenemos maravillas y no disfrutamos de ellas”-comentó Raquel.

Esas palabras le hicieron sentir que era hija del Cairo. Por un momento, intentó ocultar su enfado por no haberle llamado nada más llegar al Cairo y su actitud hizo que la viera como a una máquina sin sentimientos. Cuando Raquel le preguntó sobre lo sucedido entre él y el profesor de historia respondió cabizbajo: “Reconozco que tengo alucinaciones” Entonces, ella mostró una hermosa sonrisa femenina y él la miró sorprendido. Ella, a su vez, sintió timidez y se puso a buscar en su cartera una violeta y dijo: “No creo que se trate de desvaríos ni alucinaciones porque realmente no es el director de la editorial, pues estos establecimientos no están dirigidos por ningún empleado, aunque aparentaba ser viceministro. Si hubieras pensado un poco, te habrías dado cuenta de que aquel era un guardia de seguridad y que tú fuiste el que le dio pistas cuando te lo encontraste en las escaleras de la editorial”.

Murad no quería despertar de la ilusión de la enfermedad a la que se había acostumbrado y quiso reafirmarse en su teoría preguntando a Raquel: “¿Y de dónde supo que tu nombre es Raquel Blas Infante?” Se escuchó la carcajada de una mujer procedente de la mesa situada detrás de él. Miró para atrás y vio una muchacha de veinte años tranquila a la que un hombre mayor susurraba en los oídos.

Raquel llamó su atención dándole golpecitos con los dedos para decirle: “Los medios de comunicación son un gran juego en manos de las Fuerzas de Seguridad y las empresas no escapan a esto”.

Sus palabras fueron ordenadas y racionales hasta el punto de que empezó a sentirse nervioso. “De cualquier manera, no quiero el *waqf* ni nada”. Esta vez se escuchó la risa de ella, que extendió la mano para mostrarle una revista que contenía fotos de la agencia en la que trabajaba: *Institución Grande*. Y, señalando las fotos, dijo que había luchado por convencerles de que abrieran una sede en El Cairo.

En aquel momento le vinieron a la cabeza los hechos que estaban aconteciendo en Egipto, Túnez, Libia, Jordania, Bahrein y Yemen y sonrió sin hacer ningún comentario. Ella permaneció callada y después continuó entrando de lleno en el tema: “Te ofrecí como candidato a director de la sede”. La sonrisa de él se transformó en una mezcla de rechazo, sorpresa y alegría. Dijo que no tenía carné de sindicalista y ella replicó diciendo: “Ya lo hemos solucionado”- contestó con una amplia sonrisa. Él volvió a eludir la respuesta: “No soy periodista y, además, soy el último con el que puedes contar”. Ella le lanzó la última sorpresa: “Vamos a estar los dos juntos en el mismo despacho. Tú serás el director y yo la directora ejecutiva. Será una buena excusa para permanecer juntos más tiempo”. Sus últimas palabras le hacían un claro guiño y él no tuvo más remedio que sentir un poco de vergüenza. No supo qué contestarle. Ella tampoco esperaba respuesta.

Raquel introdujo la mano en su bolso y sacó un puñado de papeles de color verde. “Tienes que comportarte como el director de una gran agencia”.

Esta fue la primera vez en que recibía una gran cantidad de dinero. Sintió miedo y deseo de volver a casa lo antes posible. Al llegar, se encerró en su habitación, intentando calmar sus nervios. Después decidió ver una película para no pensar. No sabía cómo la abuela había olido su presencia, pero salió de su habitación y se sentó a su lado como un gato doméstico.

De pronto, apareció en la pantalla del televisor un hombre en silla de ruedas y la abuela reaccionó diciendo: “Este hombre me recuerda a tu abuelo Habib Allah”.

En ningún momento había escuchado a Murad que él era inválido y puso cara de sorpresa. Entonces, ella sonrió: “Él no estaba inválido, pero estaba afectado de lepra. Su mujer y sus hijos lo llevaron a una habitación en la parte de arriba de la casa. Pusieron en ella un grifo y un retrete y abrieron una cancela por donde meterle la comida. Vivió allí solo durante años, sin que nadie se le acercara y sin ver a nadie. Era conocido por el leproso”. El relato de su abuela hizo vagar su mente y esperó a que continuara contando, pero ella se calló y se quedó distraída, como si hiciera por recordar lo que ocurrió desde el principio.

Tras jubilarse de la marina, el gran Pachá le otorgó una finca de doscientos *fadanes* de tierra estatal cerca de la región de Kafr al-Duar y se casó con Durriya, la hija de su tío Ibrahim, hijo de Ismael, y la llevó en un gran barco. Allí construyó un palacio de tres plantas, contrató un contable y un capataz y trabajó en los campos. Construyó acequias y canales, en lugar de ocuparse de su familia.

Mientras tanto, Durriya había parido tres niños y dos niñas y deseaba ver a su familia. Luego subió a su caballo y las llevó en una carreta acompañado de dos guardas. Pero se perdió en el camino hacia El Cairo y buscó quien le sirviera de guía en la oscuridad. Encontró a un hombre que iba en su caballo cabalgando a gran velocidad y corrió detrás de él para llamarlo. Cuando logró alcanzarlo vio que el hombre tenía la cara cubierta por un *lizam* y no pudo distinguir los rasgos de su cara. Al preguntarle por cuál era el camino que le llevaba hasta El Cairo, este le contestó: “Te lo diré con la condición de que reúnas a tu familia para que vivan contigo en Kafr al-Duar”. A Habib le sorprendió su respuesta y le preguntó de qué conocía a su familia. Él le contestó: “Soy tu abuelo Abd Allah ben

Yahwar. Sígueme para que te indique el camino”. Entonces cogió a su mujer, sus hijos y sirvientes y continuó caminando a cierta distancia de él. No hablaron. Tan solo el silbido del viento cargado de lamentos matutinos.

*Si me duelen los acontecimientos veré mi párpado herido al enfadarme
Y si me sorprendiera ser apoyado Yahwar es el mejor aliado
porque vi cosas extraordinarias en él.*

Cuando llegó Habib al Cairo reunió a los hijos de sus abuelos Musa e Ismael y preguntó por el resto de la familia y se dijo que unos emigraron y otros murieron. Y le preguntó: ¿Y qué pasó con los que se quedaron? Contestó Ibrahim sonriente: “Vino abajo el negocio y empeoró la situación. Nos quedamos en casa porque era mucho lo que debíamos a la gente”. Ibrahim dio al hombre unas palmaditas en el hombro y lo consoló diciéndole: “No os preocupéis. Quiero que vengáis conmigo. Hay tierras que buscan quien las siembren y un palacio que habitar. Ha llegado el momento de que se reúnan los moriscos”.

Ibrahim pidió a sus hijos y primos que dejaran sus casas y sus trabajos y que se fueran con Habib Allah. Entonces, sus hijos dijeron que su cuñado iba a emprender un gran negocio y que estaba buscando socios. Empezaron a reunir dinero de la gente para un negocio ficticio. Los hijos de Ismael no sabían de esto y dijeron a Ibrahim que preferían esperar a que mejorara la situación y continuar con el canal que había ordenado cavar el *jedive*⁴⁷⁶ Sulayman Ben Ibrahim. Les insistió en que tenían que dejar todo lo que poseían y emigrar a Kafr al-Duar. Ellos respondieron: “Si fuera tal y como dice Habib, nos quedamos con él, si no, lo dejaremos y volveremos a nuestros trabajos”.

Estos se llevaron las llaves de sus casas colgadas en el cuello y en el mechón de su cabello. Respondieron a Habib que estaban de acuerdo. Él quedó satisfecho al cumplir el deseo del abuelo.

Al amanecer ya habían atravesado las caravanas y Shubra al-Jaima envió unos guardas a sus trabajadores que se encontraban en Kafr al-Duar para que buscaran una vivienda acorde al rango de la familia y trajeran dos o tres carretas para llevarlos.

Los que habían entregado su dinero para convertirse en socios del negocio de Habib Allah se plantaron ante las puertas cerradas de los moriscos preguntándose hasta llegar a la conclusión de que habían caído en la trampa que les habían preparado los hijos de Ibrahim.

Se dirigieron ante el alcalde del pueblo para quejarse y lo que este hizo fue llevarlos al gobernador del Cairo. Este envió a un oficial acompañado por cinco soldados en el camino que conducía del Cairo a Tanta para entregarlos allí.

Se había dado cuenta Ibrahim de que sus hijos llevaban dinero y que pensaban comprar tierra como la de su primo Habib Allah, y les preguntó de dónde habían conseguido ese dinero. Ellos respondieron que habían usurpado los derechos de la gente haciendo trampa astutamente. Discutieron alzando la voz y Habib detuvo la carreta para conciliarlos. Al enterarse de lo que habían hecho se afligió mucho porque habían utilizado su nombre y le habían hecho perder su honor.

No habían cruzado Qalyub cuando los soldados del gobernador los alcanzaron y ya no hubo necesidad de discutir ni de pelearse tras presentarse Habib con nombre y rango. Sacó un documento sellado por Ibrahim Pachá de agradecimiento por sus esfuerzos en dirigir la unidad naval militar durante la guerra en *Sham* y un documento de propiedad de un terreno del estado de doscientos *fadanés* de su padre Muhammad Ali. El oficial le hizo

⁴⁷⁶Título creado en 1867 por el sultán otomano Abdulaziz I para el entonces gobernador de Egipto, Ismail Pachá.

un saludo de disculpa y se disculpó diciendo. “Cumpro órdenes”. Habib Allah se molestó y le dijo subido de tono: “Toma este documento y entrégaselo a tu comandante de la marina. Habib Allah Atiya Ben Ibrahim te informa de que el dinero de la gente lo tiene él”. Este cogió el documento y regresó con sus soldados.

El ambiente durante el viaje se había vuelto tenso y Durriya intentó calmar a su marido, quien decía que había perdido por su culpa su reputación de gran comandante.

Cuando llegamos a Tanta no quedaba más que un día para la gran noche del nacimiento de Sidi al-Badawi. Insistieron en celebrarlo recordando este viejo dicho: “El mañana para quien espera está cercano”.

Y Habib Allah alquiló una jaima donde dormir y los dejó para irse a dormir en la carreta lejos de sus discusiones.

En sus sueños vio unos cuervos invadiendo sus tierras y permaneció despierto sin poder dormir. A los primeros albos del día, reunió a su familia para contarles lo que había visto en sueños, pero ellos dijeron eran solo eso, sueños.

Al mediodía, se acercó uno de los guardias que había ido el día anterior para preparar un lugar donde instalarse y les dijo que los campesinos habían expulsado a los esclavos de las tierras y que se habían apoderado de ellas diciendo: “Estas tierras son de nuestros padres. El gran Pachá se las había arrebatado para entregárselas a sus hombres”. A esto sugirió Sulayman: “Divirtámonos esta noche y mañana nos ocuparemos del asunto, pues lo sucedido ya está pasado”. Al llegar la mañana, replicaron los hijos de Ismael diciendo que ellos no debían dinero a nadie, que no deseaban ir de viaje y que les esperaban sus casas y sus trabajos en El Cairo. Contaba Habib con los hijos de Ibrahim, pero estos le sorprendieron diciendo que con el dinero que tenían les bastaba para comprar tierras y emprender un nuevo negocio. Él insistió en que sus tierras eran más amplias, su palacio era mayor y que sus enemigos no tenían apenas aliados porque eran pocos y sin defensas. A esto respondieron diciendo: “¿Y cómo sabemos que no es una trampa y que no nos trajiste para ofrecernos en sacrificio por el maldito dinero?” La respuesta de Sulayman fue decisiva: “Id tú y tus hombres. Nosotros te esperaremos. Si recuperas las tierras iremos contigo”

Pero lo que hizo Habib Allah fue coger a sus hijos y dejar allí a los demás llorando y culpando a su abuelo de haber enviado a gentes que no merecían que ninguno de sus sirvientes diera un paso por ellos.

No sabía Habib que el gobernador de Tanta había enviado a sus soldados al día siguiente para reunir a los indigentes que se encontraban al lado de la mezquita Ahmadi. Los llevaron consigo. Desconocían cuál era su destino final hasta que se encontraron ante una larga fila de gentes que se dirigía a realizar trabajos forzados en la excavación del canal.

21

Pasaron dos días y Fernando seguía sin regresar. Al sultán le llegaron noticias de que Málaga se había entregado y de la llegada de barcos argelinos a ella. Sentimos una gran alegría en Ogíjar por la noticia. El sultán había pedido al *shayj* López Ben Abdul que hiciera por la gente el rezo del *shukr*. Reunió a las mujeres por un lado y a los hombres por otro y pronunció la jaculatoria *Allahu Akbar* y suplicó a Dios hasta que los pies de la gente se cansaron de pisar sobre piedras.

Yo allí no tenía amigos con los que hablar, pero cuando la gente se enteró de que yo era Muhammad ben Abd Allah ben Yahwar corrían a saludarme, hasta que me di cuenta de que Ibn Abdul sintió celos. Me cogió por el hombro y me increpó: “¿Fue tu padre el que

te dio el poder sobre nosotros?” Yo le respondí que mi padre no había designado a nadie, sino que me había enviado a Toledo antes de que tuviera lugar la sublevación y que no creía que él supiera entonces que esto fuera a suceder. Hizo una ligera mueca y dijo: “Ciertamente eres un muchacho afortunado pues ocupas el puesto de un príncipe. Tu padre fue ministro y líder de la revolución y tu primo era el comandante del ejército y no veo difícil que el sultán te considere como un hermano suyo”. Yo le pregunté: “¿Dónde está tu hermano?” y él me respondió: “Está encarcelado en Granada. Lo han capturado los españoles. A él, a su padre, a su madre y a sus dos hermanos, que han metido también en la cárcel cuando supieron que eran los hermanos del sultán”. Yo le dije: “Quizás pronto escuchemos buenas noticias de ellos”. Pero él respondió con gesto fruncido: “No creo porque son rehenes de los españoles ahora. Tu padre perdió la oportunidad de negociar por ellos. Sus palabras me hirieron y en ellas noté que bajo las cenizas todavía había ascuas escondidas” Le pregunté por lo ocurrido y mostró una tristeza que le desgarraba el corazón. “Nuestros hombres vencieron al ejército del gobernador Basta haciéndolo prisionero, también a su esposa y a su hija. Tu padre había ordenado matarlo y, pronto, aconsejó al sultán que se casara con la hija del gobernador. Este hizo lo que le había aconsejado y no se ofreció a los españoles para liberar a la familia del sultán a cambio de liberar al gobernador de Basta y a su familia.

Por su forma de hablar de Ibn Adul deduje que la dura capa de hielo que había sobre las montañas de las Alpujarras no era más que una capa de hielo que se derretiría con el sol arrastrando todo lo que se encontrara por delante. Dejé de hablar con aquel hombre y regresé a mi tienda de campaña pensativo hasta que vino Fernando. Había vuelto de estar con Abu y se sentía agotado de lo que le había contado sobre su viaje. “Los argelinos nos enviaron veinte mil voluntarios todos bien armados. Algunos de ellos tenían fusiles y sabían usarlos. Sus fusiles no necesitaban de gran fuerza para estirar la cuerda y lanzar la flecha, pero requerían de gran precisión al apuntar. Había dicho que los Banu Uthman tenían gran cantidad de ellos y que tenían un arma mucho más poderosa que el fusil a la que llamaban cañón. Su granada era capaz de echar abajo una casa completa y Muhammad el Conquistador había destruido las fortalezas de Constantinopla e invadido ciudades de Europa hasta llegar hasta la frontera con Roma, y que aquella arma había sido decisiva para que Salim I venciera en la guerra contra los mamelucos y les arrebatara Egipto. “Y si hubiéramos tenido tan solo diez de estos, habríamos arrasado la misma Castilla”.

Entusiasmado Fernando con las nuevas armas de guerra, recordé lo que había dicho Ibn Abdul y le pregunté: “¿Pudo mi padre negociar con los españoles el intercambio del gobernador de Basta y su familia por los hermanos del sultán y sus padres?”

Dio un brinco desde su sitio como si le hubiera picado una serpiente: “¿Quién dijo eso?” No quería sembrar la discordia y añadí: “He escuchado a algunos muchachos decir eso”. Pero él claramente enfadado dijo: “Llévame con ellos”. No pude mantener la calma y dije enfadado: “No los conozco. Y si los conociera no te diría quiénes son, pues no soy soldado tuyo ni de ningún comandante para desvelarte esta información”. Por su semblante vi que había sido duro con él. Luego se retractó de sus palabras y suavizó su voz. “Primo mío, estás recién llegado a este lugar y no conoces las desavenencias y problemas. Estos querían separarnos y lo que realizó tu padre como comandante militar es que lo respetaran. Moríamos a centenares diariamente. ¿Por qué debíamos pensar en los que se encontraban en Granada y para qué íbamos a provocar a la gente diciéndoles que el sultán había negociado en beneficio de su familia y no del resto? ¿Y quién dijo que a los españoles les importara la vida del gobernador de Basta y su familia? Ellos no querían más que liberarse de nosotros y la familia del sultán era solo un pincho que sacaban a la luz mostrándolo de vez en cuando a espaldas suyas. El que abría aquella puerta solo

pretendía meter cizaña a la gente para tomar fuerza y acabar con todos los moriscos que había sobre la faz de la Tierra”.

Estaba seguro de que Fernando decía la verdad. Lo calmé y lo dejé que hiciera la ablación y salí a respirar aire puro fuera de la jaima. De lejos vi un grupo de militares y, entre ellos, a uno de sus comandantes, Ibn Aboo, que se salió del círculo y me llamó. Me apresuré a ir hacia él y entonces me preguntó: “¿Quieres tener una cita con Muhammad, el sultán?” Contesté animado: “¿Y cómo puedo conseguir verlo?” Él sonrió y dijo: “Aquí lo tienes ante ti”. Al darme la vuelta pude ver a un hombre más bien alto vestido de uniforme militar con una capa verde y una caperuza parecida a los turbantes que usa la gente de Marruecos. Me saludó con la mano. Pareció gustarle mi saludo y mi agilidad al inclinarme y sonrió preguntando: “¿Eres Muhammad?” Respondí: “Sí”. Y añadió: “Tu padre aún se me aparece en sueños para decirme que te cuide. Si no hubieras venido, habríamos enviado a alguien para que te trajera desde las Alpujarras hasta Toledo en solo una noche y un día”.

Por un momento sentí vergüenza al escuchar las palabras del sultán e intenté recuperarme de mis distracciones y le dije: “He escuchado en el camino hacia aquí gran cantidad de buenas noticias referentes a vuestra rebelión y he visto a los cristianos temblar por vuestras victorias, temiendo incluso veros en sus sueños”. Tras esto prestaron todos atención a mis palabras y respondieron con una carcajada. Y me elogió el sultán diciendo: “Nos ha dicho Ibn Aboo que hablas varias lenguas y dominas las artes de la arquitectura y el dibujo y tienes buena caligrafía”. Yo asentí y él dijo: “Pues te quiero como secretario mío. El secretario que tengo ahora no sabe castellano ni para sobrevivir”. Mi mente voló de alegría y olvidé, en aquel momento, Toledo y a los que allí me estaban esperando y dije: “Soy un soldado entre los soldados de mi señor”. Me miró sonriendo como si volviera a ver de nuevo a nuestro tío Abd Allah ben Yahwar en su juventud. Después añadió: “¿Acaso no fue ben Yahwar ministro a tu misma edad?”-asentí con la cabeza diciendo: “Ciertamente”. Él me dijo: “Pide a Dios que nuestra causa sea firme y que los cimientos de nuestro reino sean consolidados para que seas ministro de nuestro estado de la misma manera que lo fue tu padre de los Banu Ahmar”. No supe qué decir en aquel momento y me quedé pensativo imaginando el pasado que no viví y el presente en el que no participé tampoco. Apreció el brillo en mis ojos y mi cara se sonrojó, lo que hizo que la conversación terminara diciendo así: “Mañana te veré ocupando tu nuevo puesto de trabajo”.

Escuchar aquella noticia fue algo mágico para Fernando y empezó a bailar en la jaima como si fuera a contraer matrimonio de nuevo. Me dio una serie de consejos: “A partir de ahora no te mezcles con nadie y no des tu opinión sobre ningún tema, pues la gente ve a todo el que vive próximo al sultán como al sultán mismo, pues si vieras algo, pensarían que es la mirada misma del sultán. A partir de mañana lee todas las cartas para observar su forma y estilo. Recuerda sus fechas de llegada y lo que dicen. Debes guardar la distancia entre tú y él. No debes estar muy cerca suya para que no sospeche que estás conspirando contra él. Pero tampoco debes permanecer lejos, pues puede pensar que eres negligente con él. Guarda tus herramientas de trabajo en un lugar que nadie conozca más que tú y, si perdieras alguna de ellas, comunícaselo al sultán de momento. Si te preguntara algo, responde solo a su pregunta porque puede haber algún malentendido si hablas mucho”.

Estuvo aconsejándome aquella noche como una madre habla a su hija la noche de bodas hasta que dejé de prestarle atención e intenté desviar la conversación. Le pregunté por Hababa y por Zahra aflorando en su cara un gesto de tristeza. Me quedé callado, arrepentido de haber preguntado por ellas, pero respondió finalmente: “Es preciso que

sepas, es tu derecho”. Después cerró los ojos y cayó una lágrima sobre la palma de su mano:

Se hicieron más fuertes los españoles ante nosotros y perdimos nuestra capacidad para comunicarnos entre regiones. Faraj ben Faraj sabía que tenía que dirigir la guerra pero que no debía participar en ella. Tu padre tenía la obligación de presidir el ministerio y de acompañar al sultán en todo momento.

Cuando De Mondéjar vio que el caos se estaba adueñando de nuestras filas se trasladó desde el Valle de Lecrín hasta Ugíjar y envió intermediarios para convencer al sultán de que se entregase a cambio de perdonarlos a todos. Pero tu padre olió el peligro cerca y que De Mondéjar quería capturar al sultán más que ningún otro. Le aconsejó dejar su jaima y que se trasladara a un lugar seguro. Ibn Aboo se había encargado de dirigir a los guardias del sultán tras Marcos al-Zamar y dijo que había construido su casa a la manera que edifican los ladrones en las montañas, que ahora se encontraba en el sitio más seguro y que su familia guardaría su secreto y las gentes de su pueblo lo defenderían hasta su último aliento. A tu padre le gustó la idea y, además de aquello, ordenó al sultán y a sus guardias que se ocultaran vestidos con atuendos de mujer. Ordenó que estas salieran con los hombres detrás del féretro. Presidieron la marcha Hababa, Zahra y la esposa del sultán acompañadas por niños grandes y pequeños desde Ugíjar hasta Mecina a media noche. Pero nosotros no sabíamos de dónde habían llegado noticias de Mondéjar. Él llevó a su ejército a Mecina y, como de costumbre, quemaron las casas y mataron a todos los que encontraban por el camino hasta que llegaron a la casa de Ibn Aboo. Al no encontrar más que mujeres y niños empezaron a usar las espadas. Una mujer exclamó: “Esclavos de la Cruz, matáis a los niños y ultrajáis el honor de las mujeres. Juro por Dios que los zapatos de Ibn Aboo son más preciados ante Dios que vuestras caras de asesinos”. Era el comandante de esta unidad militar de los mudéjares. Ordenó que dejaran de matar y que dejaran de hacer prisioneras a las que estaban allí. Después, Mondéjar informó de lo que esta había dicho, pues llegó a la conclusión de que era la esposa del sultán o de cualquiera de sus ayudantes. Ordenó Mondéjar, después, torturarlas hasta que dijeran el paradero de Ibn Omeya. Las colgaron en los árboles sobre cruces y allí las torturaron.

Rayhana estaba embarazada y no soportó la tortura. Sangró hasta morir en la cruz. Zahra y las demás mujeres fueron llevadas a la prisión de Granada para ser interrogadas.

Cuando vio Deza la gran cantidad de gente que había en las cárceles, temió que éstos se revelaran. Luego los encadenó en grupos y los envió a Castilla para que Felipe II mismo los juzgara.

Lloré de pena junto a Fernando sin fuerzas. Fernando dejó de llorar e intentó consolarme. “Estamos en una revolución y todos somos rehenes de muerte. No es la muerte lo más triste sino la tortura que existe en toda faz de la Tierra. Morir de esta manera es lo más duro para el corazón”.

Miré a Fernando. Su cabeza empezaba a peinar canas. Me extrañé de que hablara así y me dije a mí mismo que quizás hubiera escuchado estas palabras de mi padre o quizás se le hubiera aparecido en sueños para indicarle lo que debía hacer, del mismo modo que se me apareció a mí.

Percibí que la tristeza de Fernando no se debía solo a la muerte de su mujer y la pérdida de su hijo, sino también por lo que le había ocurrido con Zahra de camino a Castilla. Al preguntarle por la mujer del sultán y el hijo de ambos contestó: “Fueron asesinados junto con el resto”. Me limpié las lágrimas de los ojos y lo miré impactado. “¿Y cómo se salvó el sultán Ibn Aboo?”. Apareció un leve brillo en sus ojos y dijo: “Este maldito Ibn Aboo no era entonces más que un asalta caminos. Construyó para él una casa sobre una gruta subterránea que llevaba a una cueva en la montaña. De allí salía y entraba sin que nadie lo supiera y, cuando los españoles entraron en su casa, cogió al sultán de la mano y se

adentraron los dos en la montaña. Allí permanecieron tres días escondidos hasta que los españoles abandonaron el lugar. Al salir se encontraron con que se había expandido el hedor de los cadáveres muertos y entonces echaron aceite en las casas y sobre los cadáveres y lo quemaron todo para que no se extendiera la epidemia entre nosotros”.

22

Murad había rechazado trabajar en una agencia que no conocía diciéndose a sí mismo que no necesitaba asumir más responsabilidades de las que le correspondían o meterse en asuntos que no le incumbían. Después decidió volver a su rutina diaria. Se despertaba entre las doce y las dos del mediodía. Tomaba el desayuno y a continuación bajaba a tomar su café solo diario a la cafetería que se encontraba al lado de su casa. Dicha cafetería no tenía más que una mesa y un banco de madera. Su dueño, Nur el Saadi, había pedido permiso al abuelo Rafiq para ponerlas en el pasillo de la casa destinado a los albañiles que estaban levantando un centro comercial en el viejo jardín de la casa del morisco. Al terminar la obra aumentó el número de mesas y sillas y empezó a frecuentarla todo tipo de gente. Ni Murad ni su abuela Yana podían quitar lo que su abuelo Rafiq había permitido.

Murad se sentó en su sitio habitual y encontró sentada frente a él a una persona en la misma mesa que le dijo: “Te necesito para un asunto”. Levantó la vista del periódico y se encontró con que delante de él estaba el profesor de Historia, el presidente de la Casa del Libro, aquel a quien fue a buscar y no encontró. Antes de que se dispusiera Murad a hablar se adelantó el hombre a decir: “Te informaré de todo cuando nos veamos en la Plaza de la Liberación”. Tras esto, llamó el hombre al camarero y le pidió *aryila* sabor manzana. Salían de la *aryila* repetidas nubes de humo. Después pagó su cuenta y se confundió entre las gentes que confluyen en el río de la calle Ancha.

No entendía Murad qué le hizo obedecer las instrucciones de aquel hombre de forma tan rigurosa. Terminó su café y abandonó el local para dirigirse inmediatamente a la plaza junto a la fuente de piedra con forma de tarta. Allí lo encontró sujetando una pancarta que pedía justicia para los mártires de Masbiru y de Muhammad Mahmud. Pero antes de mostrar su rabia reprimida sacó de su bolsillo su tarjeta de agente de alto nivel de una de las Fuerzas de Seguridad. En la tarjeta estaba su foto, nombre, grado y el sello del águila. Murad se la devolvió y le preguntó: “¿Qué está sucediendo?” Y con voz tranquila le respondió el hombre: “Te necesitamos para realizar una misión”. Miró a Murad que estaba sorprendido por la seguridad con la que este hablaba. El profesor de historia, que trabajaba como agente de seguridad, le dio una palmadita en el hombro: “No es posible hablar aquí con gente delante. Puedes coger el metro hasta la estación Saray al-Quba. Allí encontrarás un pequeño parque. Espérame dentro”. Al salir de la estación de metro, Murad encontró un paseo con muchos quioscos a ambos lados dentro un pequeño parque. No sabía de dónde había aparecido el profesor de historia. Entonces, se fueron para uno de los quioscos y le dijo a su dependiente: “Haré tu trabajo”. Este último respondió haciendo un saludo militar y desapareció entre los que cruzaban el pasillo. No había sillas donde sentarse. Colocó el agente una caja de Pepsi, y lo invitó a sentarse con él. Le dijo: “Gracias a Dios que estás bien” y Murad respondió sorprendido: “Que Dios te bendiga”. Pero el agente de seguridad matizó: “Gracias a Dios que Raquel está bien”. Y empleando la lógica del choque-terror decidió actuar en caliente. “Lo sabemos todo”. Al contrario de lo esperado, Murad no se sorprendió por ello ni se extrañó y, en cierto modo sintió una gran tranquilidad debido a su forma clara de hablar y respondió tajantemente: “¿Desde

cuándo?” Como si al hombre le hubiera gustado la confianza del morisco en sí mismo, decidió ponerse al mismo nivel de indiferencia: “Desde que me entregaste los documentos del *waqf* en las escaleras de la Casa del Libro. No pensé nada al principio, pero cuando leí lo que contenía, tuve la sensación de que algo escondía detrás y decidí saber quién eras y qué querías averiguar de un *habiz* cuya antigüedad era de doscientos años y empecé a seguir tus cartas, mensajes y movimientos diarios. Aumentó nuestra sospecha justo cuando apareció en tus mensajes el nombre de Raquel y aumentaron aún más nuestras dudas cuando leímos que esta iba a venir días antes de la caída del sistema. Te habíamos buscado por si tenías algo que fuera de utilidad para nosotros. Sin embargo, la revolución impidió nuestro encuentro y, cuando te citamos de nuevo, te encontré ocupado con la familia y lo que les estaba sucediendo. Casi olvidamos el caso si no fuera porque Raquel nos sorprendió con una nueva solicitud de permiso para la nueva sede de la agencia española”. Murad escuchaba intentando reconstruir sus ideas, convencido de que tenía que dar algo a cambio de lo que estaba recibiendo. Entonces, respondió diciendo que todo lo que sabía de ella era que era morisca de origen marroquí y que le había ofrecido últimamente dirigir la oficina de la agencia en El Cairo, pero que, hasta el momento, no se encontraba animado por el asunto. El agente le dio una palmada en la rodilla y dijo: “Pero nosotros queremos que lo aceptes”. Murad le lanzó una mirada de enfado, pero este insistió: “Es una misión a la que te debes sin elección”.

En el horizonte apareció el dueño del quiosco. Entonces, el agente susurró en los oídos de Murad sonriendo: “¿Qué te parece si hacemos una visita a la casa de tu abuelo el *capataz*?”.

Al principio, Murad entendió que era un gesto secreto que debía comprender desde aquel momento y se levantó de su sitio como soldado que recibe órdenes de su capitán. Sin embargo, su mente estaba llena de preguntas. Nada más coger el taxi preguntó a su compañero con ironía: “¿Cómo es posible que creyera que usted era profesor de historia?” El agente sonrió: “No soy profesor de historia, pero me doctoré en ella”. Murad no lo creyó y decidió examinar a su interlocutor preguntándole por la Batalla de los Tres Reyes. El agente contestó con voz pausada:

“Fue una batalla que dividió lo que se conoce por Historia de la Edad Media y la Historia Moderna o Contemporánea”. Esta es llamada la Batalla de Alcazarquivir. Había llegado el emperador Sebastián al poder en Portugal y soñó con ampliar las fronteras de su reino en África, aprovechando las diferencias que habían surgido entre los *saadíes* de Marruecos.

Se dirigió su anterior rey, Muhammad al-Mutawakkil, a Sebastián para que le ayudara a hacer frente a sus dos tíos, Abd al-Malik y Ahmad Almanzor, y este proporcionó a al-Mutawakkil armas y hombres, hasta que éstos huyeron de él y pidieron ayuda al califa otomano. Este último soñaba con anexionarse Marruecos, como había hecho con Túnez y Argelia. El califa otomano les proporcionó cinco mil trucos para volver a atacar a al-Mutawakkil, a quien arrebataron Fez, que pasaría a ser gobernada por al-Mansur y Marrakech por Abd al-Malik. Ambos eran reinos independientes y no encontró al-Mutawakkil otra vía para perseguirlos que la de dirigirse a Ceuta, ocupada entonces por los españoles y, desde allí, huyó a Tánger, que estaba ocupada por Portugal. Pidió de nuevo ayuda a Sebastián viendo este último que estaba la veda abierta y que era posible en aquel momento entrar en Marruecos. Dispuso a doce mil seiscientos portugueses y envió un mensaje al Papa de Roma pidiéndole su bendición para vencer en una nueva guerra santa contra el Oriente. El Papa hizo un reclamo a los reyes de Europa pidiendo ayuda para Sebastián y le hizo llegar desde Italia tres mil soldados, un número igual de alemanes y veinte mil españoles. Y marchó con todos, acompañado de toda su familia y de los nobles que había en su palacio a bordo de mil barcos que zarparon desde Lisboa

hasta Lagos en el año 1578. Después pasó por Tánger, llevando con él a al-Mutawakkil hasta Asilah y desde allí envió un mensaje a Abd al-Malik al-Saadi en el que le retaba a la lucha. Este último le respondió: “Has demostrado una gran valentía al abandonar tu país y venir a nuestra tierra. Si sigues adelante, demuestras ser un cristiano valiente, pero si te retiraras demostrarías ser un perro que ladra y sale corriendo después”.

Se dirigió a Abd al-Malik desde Marrakech con su ejército hasta el campamento de Alcazarquivir y desde allí envió un mensaje a su hermano, Ahmad al-Mansur, instándole a que se reuniera con él con su ejército”.

El agente dejó de hablar y miró sonriente a los ojos de Murad, quien ignoró su sonrisa y lo instó a continuar su relato. El agente suspiró observando las fachadas de los edificios desde los ventanales colindantes y después prosiguió: “Portugal era por entonces el reino más antiguo y poderoso de Europa. Su ejército en aquella batalla estaba constituido por más de treinta mil combatientes acompañados de cuarenta cañones grandes, mientras que el estado de los saadíes estaba fraccionado por las luchas internas. Sin embargo, los saadíes reunieron un número igual de combatientes al ejército de Sebastián. Había entre ellos moriscos, turcos, argelinos, beréberes y marroquíes que contaban con treinta cañones grandes. Aunque ellos conocían muy bien sus tierras, cuando llegó Abd al-Malik al campamento de Alcazarquivir envió un mensaje a Sebastián en el que le decía: “He recorrido dieciséis etapas para luchar contra ti ¿y tú te atreves a recorrer una solo?”.

Aunque al-Mutawakkil había aconsejado a Sebastián que no se moviera de Asilah, situada en el mar, para entrar por allí con su ejército y dirigirse al campamento de Alcazarquivir, el emperador de Portugal fue inducido, desconocedor de su fuerza, a dirigirse al campamento de Alcázar. Y no había otra ruta para llegar hasta allí que un pequeño puente sobre un río llamado Valle de al-Majazin. Lo atravesó en compañía de su ejército para hacer frente al ejército de Abd al-Malik y su hermano. Al cerrarse la noche, los marroquíes hicieron explotar el puente tras ellos con sus cañones. A la mañana siguiente subió Abd al-Malik a su caballo y, venciendo su enfermedad, animó a sus hombres a luchar. Mientras tanto, los sacerdotes alzaron su voz ante el ejército de Sebastián para recordar a los soldados que el Papa había perdonado a las víctimas fallecidas en las guerras santas.

Finalmente, sonaron disparos que anunciaban el inicio de la batalla. Abd al-Malik atacó con su ejército a la vanguardia y Almanzor se colocó con los suyos en la retaguardia del ejército de Portugal. Emprendieron fuego en las carretas que transportaban pólvora, haciéndolas explotar, llevando consigo a miles de vidas y rompiendo las filas de los portugueses. Aquí Abd al-Malik atacó y mató a muchos portugueses. El mismo Sebastián perdió a sus soldados encargados de vigilarlo y acabó refugiándose en un campo de chumberas, pero los marroquíes lo persiguieron hasta matarlo. Después, levantaron sus cabezas sobre una punta de lanza anunciando con ello el final de la batalla. Al ver al-Mutawakkil aquello, huyó con su caballo hacia el norte. Su cadáver flotaba días después en la superficie del Wadi al-Majazin. Cogieron el cadáver, lo desollaron y lo llenaron de paja. Después, lo pasearon por todos los lugares del estado. En lo que respecta a Abd al-Malik, enfermó hasta morir unos días después de su victoria, dejando los reinos de Fez y de Marrakech a su hermano Ahmad, apodado Almanzor, quien se dirigió rápidamente con su ejército hacia el reino de Songay en África. Volvió después con caravanas cargadas de oro de allí y lo apodaron Ahmad el del Oro.

En cuanto a Portugal, esta perdió a su emperador y a todos sus nobles y miembros de la familia gobernante. Felipe IV, rey de España, realizó grandes esfuerzos por encontrar a una persona que perteneciera a esta familia a quien designar emperador de Portugal y para que declarara que se había aliado a España bajo su mando. Perdió Portugal después

muchas colonias y parte de su buena fama en las guerras de España contra los holandeses, que fue conocida como la Guerra de los Ocho Años, pero el pueblo portugués no creía en todo aquello y se mantuvo a la espera del regreso de su emperador victorioso para que devolviera a su país su prestigio y su independencia.

En lo que se refiere a los judíos, que había prometido Sebastián sacrificarlos delante de su palacio si anexionaran Marruecos al reino, convirtieron el día de su muerte en un día festivo para ellos. Lo llamaron el día de Burim Sebastián. En él celebraban el haberse salvado del sacrificio. Cerraban sus tiendas y no comían otra cosa ese día que higos chumbos y pedían en sus rezos por el sultán de Marruecos. Esparcían monedas por el suelo para que las cogieran los niños como si éstas fueran regalos caídos del cielo”.

Cuando llegaron ambos a la plaza de la señora Aisa se apearon del taxi y empezaron a caminar en dirección contraria al castillo de Muhammad Ali. Pronto se dirigieron hacia la izquierda y allí se encontraron con una casa que parecía un castillo. Tenía muros de piedra que medían más de cinco metros de altura. Sus ventanas eran altas y grandes de madera desgastada por el sol y el frío. Siguieron caminando por la parte delantera del castillo hasta que encontraron una gran pancarta colgada sobre su pequeña puerta en la que había escrito lo siguiente: “El Ministerio de Restauración y Arqueología. Plan de reforma de la vivienda del capataz”. Anduvieron durante cuatro o cinco minutos más hasta alcanzar el final del muro de piedra y allí encontraron una cafetería pequeña cuyo dueño había escrito en la fachada con escritura de caligrafía cúfica algo deformada: “Cafetería el capataz”. Se sentaron a tomar un té, intercambiar nubes de humo de *aryila* y hablar de lo que les había sucedido a los moriscos que se quedaron en al-Andalus.

23

Por la mañana temprano parecía que no había dormido esperando la llegada del amanecer. Fui a la jaima del sultán. Los guardias conocían mi estado y me hicieron entrar por una puerta pequeña por la que había que agacharse para poder entrar. Dentro me encontré al sultán sentado en un sillón y parecía que él tampoco había dormido. Lo saludé y me respondió frunciendo el ceño: “Siéntate y redacta el decreto con mi designación de Hussein Yawdat a la comandancia de los voluntarios de Argelia y de los turcos bajo la condición de que permanezcan bajo las órdenes de nuestro comandante del ejército Muhammad ben Aboo”.

Me senté y redacté dos copias del decreto y se lo entregué. Él sacó un sello de un agujero que había en el sillón y las selló con él. Después, llamó al jefe de los guardias y se las dio diciéndole: “Entrega una copia a Ibn Aboo y otra al comandante de los voluntarios”.

No sabía qué debía hacer después y me senté en mi sitio en espera de nuevas órdenes. Él, mientras, llamó al jefe de los guardias para pedirle que trajera a un tal fulano o que le enviara un mensaje a mengano. Por los ojos de los guardias pude apreciar su desacuerdo en tener que agacharse al entrar y al salir. No le pregunté cuál era el motivo por el que estaba allí aquella puerta, pero, al encontrarme con Fernando, le comenté lo que había observado y él me aclaró que Ibn Omeya había notado en algunos de sus comandantes soberbia y vanagloria tras la victoria sobre los españoles y decidió echarlas abajo con esta puerta. Desde entonces nos agachamos al entrar y al salir. Le pregunté: “¿Y desde cuándo?”. Miró hacia el suelo: “Desde que tu padre se convirtió en mártir”.

Reinó el silencio entre nosotros ante mi sorpresa. “Sin embargo, decían que había sido la hija del gobernador de Baza la que le había sugerido hacer esto para que se inclinaran los

soldados ante él de igual modo como se inclinaban ante su padre”. Me extrañé mucho y pregunté: “¿Y qué tiene que ver ella con esto?” Me aclaró que el sultán se casó con ella después de que se convirtiera al islam”. Pensé que no sabía cómo explicar el asunto. Bajó la voz y dijo: “No digas al sultán todo lo que escuches ni le digas todo lo que veas”. Y no pude comprender por qué se había recluido el sultán en su jaima de aquella manera. Él me explicó que la relación entre el sultán y el padre de su primera mujer no era buena y que ahora sospechaban el uno del otro. Sin embargo, el sultán no olvidaba lo que este había hecho al haber negociado la entrega de Haliş para poder salvarse.

Mientras, los comandantes, con los que no les unían ninguna relación de parentesco, ni siquiera fueron disuadidos con la mutilación de los cadáveres de sus propias familias a continuar la lucha y enfrentarse a los españoles con valentía hasta morir en tierra de combate, como le ocurrió a Shaaban Mikkil.

Empecé a sentir que yo ya no era el mismo Muhammad que había dormido en la jaima la noche anterior y que cada vez se aclaraban más los hechos ante mí. La vida se me empezaba a complicar cada vez más, por lo que se me hacía difícil perdonar y me convencí de que el bullir de los alrededores de la Baja Alpujarra estaba a punto de romper la capa de hielo sobre la que estábamos viviendo.

Intenté apartar estas ideas de mi cabeza y llegué a la conclusión de que debía ayudarme de la experiencia y no rendirme desde el primer momento, pues traicionaría a mi propia familia y la memoria de mi padre.

Pasaron pocos días y los turcos y argelinos comenzaron a entablar relación con la guardia del sultán y corrieron rumores de que pretendía prescindir de algunos de sus guardias y apoyarse exclusivamente en los argelinos. No se supo quién fue la fuente de estos rumores, pues el hombre no dijo nada de eso y, quizás, no lo supiera desde el primer momento.

Finalmente, sacó la orden de que Ibn Aboo se dirigiera con los turcos y argelinos hacia Albuñol y que permaneciera allí hasta nuevas órdenes. No le explicó nada de su plan ni cuál era la finalidad de ir hasta allí. Ibn Aboo pensó que aquello era para alejarlo del entorno de poder. Y, tal vez después, su objetivo fuera apartarlo de la comandancia del ejército.

Este periodo fue uno de los pocos estables. Las noticias que nos llegaban de Granada hablaban de la ruptura y desacuerdo en el Consejo de Guerra español y, quizás, se habían convencido de que ya no era posible la guerra. Pero tuvo lugar un hecho peligroso y sorprendente y no sabíamos de quién había sido la idea. Los cristianos buscaron entre sus documentos ocultos que aclaraban que ellos no habían matado a los padres del sultán ni a sus hermanos. Los trasladaron desde la prisión pública hasta las cárceles de los Tribunales de la Inquisición y los presionaron para que escribieran al sultán pidiéndole que se rindiera. Ocurrió que el padre de la primera esposa del sultán vino ante él con la noticia. Unas horas después nos encontramos con una carta procedente del padre del sultán en el que le suplicaba que velara por el honor de su vejez y el de su madre y sus dos hermanas negociando para que les salvara de la muerte en todo momento. La carta iba acompañada de un trozo de tela de sus ropas que parecían estar desgarradas a causa de la tortura.

El sultán preguntó: “¿Qué debemos hacer?” Diego, su visir, le dijo a voces que enviara un mensaje amenazándolos. Tenemos doscientos prisioneros castellanos y podemos sacrificarlos en solo una noche y lanzar sus cabezas desde lo alto de las montañas de las Alpujarras hasta llegar al lecho de Juan.

Al sultán le gustó el tono de voz con el que habló Diego y me dijo en voz alta: “Escribe textualmente lo que dijo y añade que si dejan ir a mi familia los dejaremos ir a ellos”. Escribí en castellano para que sus palabras no fueran traducidas de forma equívoca. La

selló el sultán con su sello y se la envió a Juan, pero este no respondió. Varios días después nos llegó una carta del padre del sultán en la que nos informaba que se encontraba bien, que no había sufrido daño ni tortura y que el sultán había tenido que negociar por quienes se hallaban en prisión.

No sabíamos qué hacer ni cuál de las dos cartas era falsa pero el sultán tomó la decisión de trasladar a su campamento a Laujar de Andarax dejando a su visir Diego en Ugíjar dirigiendo sus asuntos. Cuando nos instalamos en el lugar me ordenó escribir una carta a Ibn Aboo en la que le ordenaba atacar con los suyos el puerto de Motril y lo incitaba a hacer aquello lo más rápidamente posible antes de que se dieran cuenta los españoles.

Al acabar de escribir la carta fui a que le pusiera el sello, pero no lo encontró y se afligió tanto que parecía que se había acabado el mundo con ello. Después pidió perdón a Dios y ordenó a su joyero que le esculpiera un nuevo sello con el mismo dibujo y forma diciéndoles: “Hasta que comuniquemos a nuestros comandantes el cambio de nuestro sello”. A continuación, selló la carta y ordenó al jefe de los guardias que eligiera a uno de sus mejores hombres de confianza.

Pero el hombre pasó por la ciudad de Ugíjar cuyo visir le preguntó por lo que llevaba. Le respondió que llevaba una carta para Ibn Aboo y los argelinos. Tras esto, desaparecieron tanto la carta como el hombre, llegando otra carta con el sello del sultán a Ibn Aboo en la que les ordenaba despojarse de sus armas a los voluntarios y que les atacaran por la noche con sus hombres y acabaran con ellos, pues se habían convertido en un obstáculo para la revolución.

La carta era clara y sus palabras decisivas, sin embargo, Ibn Aboo sospechó de su procedencia y no supo qué hacer, pues intuía que al sultán se le había ido la cabeza.

Abandonó entonces a Hussein Yawdat con sus hombres en Albuñol y regresó con el mensajero a Laujar de Andarax para consultar sobre el tema. El jefe de los guardias se había sorprendido de la aparición de Ibn Aboo y de que este no había cumplido la orden de atacar y lo paró para pedirle explicaciones por no haber obedecido al sultán. A esto Ibn Aboo exclamó enfadado: “¡Qué clase de sultán es aquel que traiciona a su gente y a su religión!” Después intentó entrar en la jaima del sultán y fue capturado y encerrado por los guardias. Le golpearon en la cabeza y perdió la consciencia. Fue después llevado a una jaima lejana y comunicaron al sultán lo ocurrido.

El sultán pensó en quién podía haber robado el sello y sembrado la discordia entre él y sus hombres. Envío a llamar a su visir, Diego, para preguntarle por lo ocurrido, pero el ministro no apareció. Entretanto, vino Hussein Yawdat con los argelinos y turcos que estaban con él y preguntaron por el paradero de Ibn Aboo descubriendo que había sido capturado. También conocieron lo ocurrido con la carta y el rechazo de Ibn Aboo de llevar a cabo lo que en esta se le pedía. Ante esto exigieron: “Queremos que el sultán nos informe del asunto de su carta”. Este último juró que había ordenado enviarla con el motivo de que atacaran el puerto de Motril y que no sabía nada de lo que le estaban diciendo. Le dijo que su sello se había perdido en el momento de trasladarse desde Ugíjar a Lújar. Después me llamó para que diera testimonio de lo que estaba contando. Yo juré por Dios y confirmé lo que había dicho el sultán. Pero Hussein Yawdat, y los que con él estaban no nos creyeron y dijeron: “Desde ahora no eres nuestro sultán”. Se dieron la vuelta y salieron por donde habían entrado.

Dejé al sultán para ir a buscar a Ibn Aboo. Unos guardias me indicaron su paradero. Había recuperado ya la consciencia, pero perdía todavía el equilibrio al andar. “Ayudad al sultán” -les dije, “lo han destituido de su poder Hussein Yawdat y los que están con él, sin tener culpa alguna. Su sello fue robado y su carta falsificada”.

Se apoyó en mí para llegar hasta la jaima de Ibn Omeya. Los guardias estaban enfrentados a los voluntarios y les gritamos que pararan. Entonces, Yawdat ordenó a sus hombres que pararan de hacer lo que estaban haciendo.

Decidimos entrar ante el sultán para que nos explicara el motivo por el cual la carta había sido falsificada y quién podría estar detrás de todo aquello para parar la revolución y conseguir que los moriscos perdieran sus posesiones. Pero cuando entramos en la jaima, encontramos por sorpresa al sultán sentado en su sillón y un hilo de sangre salía de su cuerpo. Tenía un cuchillo clavado en el cuello e intentamos salvarlo en vano. Encontró allí su destino escrito y no nos quedó otra cosa que pensar en quién lo sustituirá.

24

Murad se despertó tras sonar varias veces el timbre de la puerta. Como si hubiera estallado la guerra de repente, se levantó zarandeándose entre las paredes y los muebles. Al abrir la puerta se encontró de frente con Raquel, detrás de ella había un hombre alto que llevaba varios maletines de polipiel grandes. No sabía cómo disimular su enfado. “Buenos días”-dijo Raquel con gran coquetería y, antes de que él abriera la puerta, le zampó un beso en la mejilla izquierda murmurando al oído: “¿No vamos a entrar?”. Lo apartó hacia un lado y atravesó el pasillo que conducía al salón como si conociera la casa con los ojos cerrados. Murad vio que la acompañaba otra persona. Era un hombre que se encontraba ahora delante de él y que esperaba con gran calma. Le dio la bienvenida invitándole a entrar. Nada más entrar en la sala Murad se dio cuenta de que sus ropas estaban esparcidas por las sillas y por los rincones y se puso a recogerlas nervioso.

A Raquel le asomó una leve sonrisa en sus ojos. Le pidió disculpas diciendo que iba al baño y se movió con la elegancia de una bailarina. “Estás en tu casa. Estoy deseando ver cada cosa aquí” -dijo Raquel. Al ausentarse de la habitación, el hombre que la acompañaba sacó un aparato de su maletín y empezó a enfocar con él rincones, paredes y techos como buscando algo”.

Cuando Murad salió de la habitación preguntó enfadado por lo que estaba sucediendo y Raquel respondió que aquello era por su propia seguridad. Su respuesta no le convenció y dijo con una voz tan brusca que ninguno de los que estaban allí se esperaban: “No creo que mis asuntos les interesen a nadie hasta el punto de que se me espíe”. Raquel esbozó una femenina y encantadora risa diciendo: “No hay nadie más importante de quien ocuparnos que el comandante de los moriscos”. Murad se sintió incómodo y los miró de forma incómoda a ella y al hombre, que se hallaba inmiscuido en su trabajo como una máquina que ni ve ni escucha.

Pero Raquel llamó su atención diciendo: “Te he traído un regalo”. Sacó de su maleta tres trajes elegantes y él sonrió entre complaciente y sorprendido. “¿Y quién te ha dicho que quiero aceptarlo?” Ella hizo una revolaina como una bailarina y colocó las palmas en sus hombros: “¿Cómo puede el comandante de los moriscos no apoyar a su prima?”.

Murad perdió por un momento el equilibrio y su mente se quedó en blanco recordando la imagen de su prima cuando vino muchos años atrás. Pero él no recordaba más que a una niña vestida de uniforme colegial que corría tras él en el patio de la casa para que le dibujara a una mujer por el Día de la Madre.

Volvió en sí cuando ella lo cogió de la mano para atraerlo al balcón de la casa. Entonces indicó al hombre que llevaba el aparato detector que se marchara y este desapareció como si nunca hubiera estado allí.

“Cancelé todas mis citas de hoy por ti”-dijo ella mientras sacaba unos sándwiches de una maleta que tenía al lado. Al ver el gesto de sorpresa continuó diciendo: “¿Recuerdas cuando te dije que te hablaría en El Cairo de mi nombre y de quién soy realmente?” -Él asintió con la cabeza, esperando dar respuesta a los continuos misterios.

Ella se limpió los ojos y echó la vista atrás recordando un lejano pasado y prosiguió: “Cuando mi tío Afif y su esposa Yawahir emigraron al Líbano se encontraron con un hombre marroquí que les habló de una gran oficina de comunicación que tenía en Australia y les dijo que necesitaba un socio para crear un canal de televisión. A Yawahir le encantó la idea e intentó convencer a Afif de entrar a tomar parte en dicha sociedad. Sin indagar en el tema entregaron todo lo que poseían al hombre. Y cuando viajaron a Sidney se encontraron con que la agencia no era más que un periódico local que nadie conocía. Tras un largo enfrentamiento se rindieron cuando el hombre entregó su parte de participación como socio a Afif. Durante un tiempo estuvieron luchando contra los acreedores hasta que se enteraron de la muerte de mi madre. Convencí entonces a mi tío Afif para que volviera a negociar con mi abuelo por mí y por mi hermano Wadi. La sorpresa fue que mi abuelo no aceptó el trato ni permitió dejarlos en graves aprietos económicos y nos entregó gran parte de nuestra herencia.

Parece que el dinero que les entregó llevaba la bendición, pues pagaron sus deudas y el periódico empezó a resurgir. Pronto pasó de ser de carácter local a internacional. Emitía sus noticias en inglés y en árabe. Yawahir fortaleció sus relaciones con fuertes dirigentes del partido del Bath iraquí⁴⁷⁷ y Afif se convirtió en uno de los más brillantes jefes de redacción. Yawahir fue conocida como la mujer que adoraba el dinero y que dirigía, pero su ambición hizo que Afif muriera repentinamente.

Sus primeros problemas tras fallecer fueron buscar un hombre válido para jefe de redacción y no encontró a otro mejor que Luis Blas Infante, aquel que perteneciera a una familia de abolengo de la política española, pues su padre fue Blas Infante, el padre de la patria andaluza. Era un hombre educado, muy culto y con fuertes relaciones con hombres de política y economía del país por entonces. Sin embargo, tras morir su hija Raquel dejó de importarle todo y decidió exiliarse al último rincón del mundo, Australia. Allí conoció a Afif y a Yawahir y le solicitaron que escribiera en el periódico semanalmente. Cuando murió Afif le echó su red y lo hizo su marido y presidente del periódico”.

Cuando Murad le preguntó por su hermano Wadi dio un suspiro como si fuera a saltar al infierno y se quedó esperando hasta que ella se recuperó diciendo: Fue Afif una especie de talismán de la buena suerte en nuestras vidas y tras su muerte se rompieron las piezas del collar. Yawahir se casó con su amigo Luis. Saddam Hussein había invadido Kuwait. Australia entró como país aliado para expulsarlo de Kuwait. El asunto concluyó con que a los iraquíes ya no se les permitía permanecer en Australia. Ya no podían demostrar generosidad y la agencia podía continuar su labor sin ayuda de nadie, si no fuera porque Yawahir se había vuelto adicta al dinero ajeno y pidió ayuda a los chiíes para que reemplazaran a los miembros del partido al-Bath. Pocos meses después, el asunto llamó la atención de los príncipes del Golfo temiendo que el periódico fuera una base de los países competidores.

Ante la generosidad de aquellos, dió Yawahir un giro radical al pasar de los *mayali* a los *mashayij*⁴⁷⁸. El asunto no pasó sin un ajuste de cuentas. Un día su coche se desvió en la autovía y se precipitó desde lo alto de una montaña, con la mala suerte de que era Wadi el que conducía ese día.

⁴⁷⁷El partido Hizb al-ba‘aṭ al-‘arabī al-ištirākī (Baaz Árabe Socialista) es un partido regional irakí de ideología baazista árabe fundado en 1951 por Fu‘ād al-Rikābī (Fuad al-Rikabi).

⁴⁷⁸Palabra sinónima de *shayjs*.

Esto supuso un fuerte impacto para mí, pues no pude aceptar la idea de su muerte y empecé a gritar y a acusarla de asesina. Fui trasladada al psiquiátrico y de este modo fue como ella se deshizo de mí. Allí permanecí ingresada seis meses durante los cuales fue a visitarme solo mi tío Luis y esto me hizo sentir que era el padre que nunca había conocido. Él pensaba que yo era un regalo caído del cielo que había venido para compensarle la desaparición de su hija muerta en un accidente de avión que sobrevolaba el océano.

Las fotos de Wadi y de mi tío me perseguían mientras yo gritaba a los cuatro vientos que Yawahir fue la que lo mató. Había acabado con todos a los que yo amaba.

Y solo acabaron mis tormentos cuando vi a nuestro abuelo Abd Allah ben Yahwar, que me cogía de la mano diciéndome: “Soy el ojo protector de la familia ben Yahwar. Es hora de que salgas de esta oscuridad”.

Abandoné mi espíritu y fluimos sobre cimas de montañas, valles, jardines y bosques. Vi a Wadi detrás de él sobre su caballo blanco sonriendo y diciendo: “Todo está escrito”.

Lloraba Nariman como si realizara las abluciones de un prolongado dolor. Murad no sabía cómo aliviar su tristeza hasta que, de repente, se le pasó por la cabeza preguntar a Raquel por el lugar elegido para la nueva sede de la agencia. Se limpió entonces las lágrimas, se levantó del sitio y dijo: “Vamos”. Cuando llegaron al lugar encontraron una villa pequeña en el barrio de los ingenieros. Se sorprendió de cómo ella había sido capaz de llegar hasta allí sin haber estado antes en El Cairo. Ella sonrió coquetamente ante la bondad de Murad y dijo: “Todo se compra con dinero”. Él murmuraba asintiendo a todo lo que ella decía.

Observó las habitaciones de los periodistas, redactores y traductores y, después, fue conducida por ella a una habitación donde había una mesa de despacho propia de un príncipe. “Aquí es donde se sentará el comandante de los moriscos para realizar su trabajo”- indicó Raquel, pero él contestó irónicamente: “El comandante de los moriscos tiene nombre”. Ella sonrió y salieron a buscar un restaurante propio de jefes.

Cuando les preguntó el camarero por lo que querían contestó Murad: “Quiero brindar por ti que me has salvado de la muerte”. Hizo un gesto con la cabeza y preguntó por lo sucedido. Ella cerró los ojos y confesó con tristeza como si se confesara ante el altar: “Tras abandonar la clínica aprecié un gran distanciamiento entre Luis y Yawahir. Ella solo creía en el dinero y él era pura espiritualidad por lo que se dieron cuenta de que se habían equivocado al elegir, pero continuaron su vida en común mostrando a la gente que su matrimonio iba bien. Sin embargo, las acusaciones constantes de Yawahir a él de su fracaso y el desprecio se convirtieron en más de lo que pudo soportar. Yo misma me preguntaba qué era lo que le hacía aguantar su maldad y llegué a la conclusión de que podría ser yo la causa.

Estaba convencido de que yo era la hija que había muerto y resucitado en un cuerpo reencarnado y yo lo veía como el ángel que había encargado el ojo protector para protegerme. Yawahir no permitía que hubiera entre nosotros una relación de paz y buscó la manera de romperla. La solución que encontró fue casarme con un príncipe árabe que diera dinero de forma generosa al periódico. El hombre realmente me quería, pero no como esposa suya y ella había querido matar dos pájaros de un tiro con esta relación, pues rompía la relación paternal que yo tenía con Luis y, al mismo tiempo, se aseguraba una fuente de ingresos fijos inagotable.

Luis se opuso rotundamente y ella lo echó, no solo de la agencia sino también de su vida. Preparó sus maletas y dijo: “Regresaré a Granada para morir en brazos de mis abuelos. Después de esto, Yawahir anunció mi compromiso con el príncipe en contra de mi voluntad.

Su locura la llevó a publicar una foto nuestra de portada en el periódico, lo que supuso una auténtica catástrofe para ella misma. Se enfadó el emir y encontraron su cadáver entre la nieve en la ladera de una montaña en los alrededores de Sidney.

Después, el príncipe me dijo que podríamos ser matrimonio, pero a su manera. Yo rechacé y tras esto empezaron a llegarme mensajes de amenaza continuados. Decidí huir a Granada donde se encontraba Luis, quien buscó la manera de vender la agencia y hacerme entrar con el nombre de Raquel en la agencia donde trabajamos actualmente”.

25

Fue el asesinato de Ibn Omeya un impacto enorme para mí, pues nunca pude imaginar que el sultán moriría a manos de sus propios hombres cualesquiera que fueran las diferencias entre ellos. Me aparté de los asuntos sin salir de mi jaima nada más que para rezar por él y volví al sitio donde me solía sentar, frente a la esquina donde se sentaba mi padre. Ambos llorábamos en silencio la pérdida del anhelado Estado que hubiera hecho que el islam recuperara su gloria.

Fernando me traía noticias de fuera intentando que no me hundiera en la más profunda soledad. Me informó de que Ibn Aboo pretendía retirarnos del asunto y dárselo a los voluntarios argelinos y a los turcos. Para ello, propuso que Hussein Yawdat fuera nombrado emir tras Ibn Omeya. Dijo que se había opuesto a él rechazando entrar en la su jaima acusándolo de cobardía. Yo le pregunté: “¿No estará Ibn Aboo triste por la muerte de su amigo?” Él contestó: “Todos nosotros estamos heridos, pero es un sueño, ¿lo vamos a dejar escapar?” -preguntó. “Quizás ya esté harto de nuestras conspiraciones e intrigas” – dije. Y me miró enfadado. “¿A qué te refieres, primo? -preguntó. Yo insistí: “¿Por qué fue asesinado Ibn Omeya? ¿quién lo mató y por qué ahora?” Él respondió: “Si lo supiera sería el primero en cortarle la cabeza”. Y desenvainó la espada. Lo miré con aversión y la volvió a envainar. Dijo entonces: “Si piensas que tengo algo que ver con lo ocurrido o que conozco el motivo de esto, me estás acusando sin pruebas”. Yo le dije: “¿Y por qué iba yo a acusar a mi propio primo, y qué interés habría en que fueran los Banu Yahwar herederos de los Bani Omeya?”. Él respondió: “Estás pensando en lo que ocurrió en el pasado, pero ¿se habría librado acaso la gente de sus luchas internas si no hubiera sido por la sabiduría de nuestro abuelo, el de conducta resuelta y prudente, ben Yahwar? ¿No gobernó acaso él con justicia? ¿Consideras que Ibn Aboo es el único que merece este cargo? ¿Acaso levantamos con nuestra sangre un reino para entregárselo a los turcos? ¿y comprenden los turcos nuestro sufrimiento para apoyarnos frente a nuestros enemigos como lo hicimos nosotros y lo seguimos haciendo?”.

Escuchaba las preguntas de Fernando e intercambiaba mis miradas con él y mi padre, que permanecía callado. Deseaba que pronunciara una sola palabra que me indicara que estaba en lo cierto, pero permaneció callado, como si acabaran de morir su mujer y sus hijas sin haberse vengado, o como si su mente regresara al momento en que fue expulsado del Albaicín y las Alpujarras para ser bautizado por un detestable sacerdote que le otorgara el derecho a la vida tras ser purificado con agua, o para que reflexionara en lo que le vendría de la oscuridad tras la oscuridad.

Me quedé callado sin saber qué contestar a mi primo, hasta que me dejó y salió de allí pidiendo disculpas. Bajé la cabeza y tras un instante estallé en cólera ante el que estaba frente a mí callado: “¿Por qué no hablas? ¿Por qué me trajiste a este mundo de matanzas y traiciones?” Él contestó: “Para aprender”. El eco de su voz retumbaba en mis oídos, , me asusté y dije con tristeza: “¿Debo aprender a matar y traicionar o a callar?” Alzó la cabeza de nuevo y me envolvió con su voz al decir: “Todo está escrito”. Después agachó su cabeza y calló, reinando un largo silencio durante dos o tres días después.

No supe cuántos días permanecí con fiebre, pero cuando abrí los ojos, me vi arropado por un montón de mantas, restos de trapos, plantas medicinales y utensilios de bebida y permanecí semiinconsciente a causa de la anestesia.

Abrí y cerré los ojos por un momento de nuevo hasta que entró una muchacha de unos quince años que pensó que estaba dormida y empezó a limpiar la jaima y a ordenar todo. Después se puso a soplar una sopa muy caliente para enfriar. A continuación, entraron Fernando, Hernando al-Habqi, Hussein Yawdat y un hombre anciano al que yo no conocía. Dijeron todos: “Sigue durmiendo”. Una muchacha les contestó tímidamente: “Creo que sí”. El anciano se acercó a mí y puso su mano bajo mi axila. Sentí un escalofrío y contemplé sorprendido. Él sonrió diciendo: “Como si estuviera despierto”. Observé cómo se aproximaba a mí Fernando con cierto pesar para abrazarme: “No me queda nadie más que tú, ¿y me vas a abandonar, hermano y primo mío?” Deseaba decirle que me encontraba bien y que no lo abandonaría, pero las palabras morían en mi boca. No podía sacarlas ni tragarlas. De pronto empecé a sonreír y todos sonrieron felicitándome por mi recuperación. Les devolví el saludo con una mirada y el anciano dijo a la muchacha: “Dale de comer todo lo que tú quieras ahora pues es necesario que viva”. Entonces dijo Hussein el turco con voz bronca: “Te voy a traer esta noche una liebre” Pero al-Halqi lo apartó a un lado y le dijo: “Esta es mi hija Hind, si lo deseas, te desposaré con ella esta noche”. Se tiraron al suelo todos de la risa y dijeron: “Como si pescaras un marido para tu hija en aguas sucias”.

Al día siguiente me encontraba ya un poco más recuperado. Fernando trajo lo que había cazado y Hind lo cocinó para mí. “Lo encontré dando brincos por las rocas, lo estuve acechando hasta que lo capturé y ahora te lo entrego como regalo” -dijo con gran alegría. Yo le pregunté: “¿Qué es?” Y me respondió: “Un ciervo engañado”. Si lo hubieras visto vivo sentirías que está prohibido comértelo”.

Lo miré extrañado por sus palabras y, al darse cuenta de su contradicción dijo: “Pero es lo más delicioso que puede comer una persona enferma como tú”. Miré su sonriente cara y le pregunté: “¿Y cómo lo has sabido?”. Él respondió: “¿Íbamos a dejarte un ciervo solo para ti y nos íbamos a quedar nosotros mirando a tu lado hambrientos?” Así supe que ellos habían pasado la noche en vela saboreándolo y que la noche anterior había sido la elección de Aboo como emir.

Fernando había convencido a Hussein Yawat de que nuestro primo merecía más que él el emirato y que no debía sobrepasar la línea adelantándose a un morisco que había estado luchando por la causa desde el principio. Además, los moriscos no aceptarían que su emir fuera turco.

Tuve noticias de que la negociación había terminado con la declaración de Ibn Aboo de unirse al imperio de Argelia, donde se encontraba ahora Ali Dey, en representación del sultán otomano Salim II, ocupando el trono del Sultanato Superior en Estambul, y de que Ibn Aboo había aceptado el trato. También me enteré de que Ibn Maknun y el Archidoni habían rechazado luchar bajo la bandera de los argelinos y de los turcos y que habían anunciado su retirada de la guerra santa decidiendo abandonar al-Andalus en dirección sur donde les esperaba el rey de los saadíes en Marruecos.

Fernando dijo que aquello había sido un asunto de celos. Y ambos pensaron que la solución estaría en manos de uno de los dos. No terminó de hablar cuando escuchamos varias voces fuera de la jaima y se levantó para ver qué sucedía. Era el emir Muhammad ben Aboo que entraba en compañía de al-Habqi e Ibn al-Malih y al-Shaabi y Bulud. Fernando se inclinó ante él y, al hacer yo ademán de levantarme, me ordenó: “¿Quédate tú ahí!”. Y antes de decir nada se había sentado a mi lado para decirme: “¿Oh, héroe! te quiero decir que hay muchas cartas que necesitan de tu pluma. Ya ha pasado el tiempo de la aceptación y gracias a Dios te has recuperado”.

Lo felicité por el emirato y pedí por él a Dios para que tuviera éxito. Él me dio unas palmaditas en el hombro pidiéndome: “No te demores, pues no tomaremos decisiones sin ti”.

No sabía qué hacer al acabarse el día. El emir quiere poner firma a su decisión para que realizara cada uno su trabajo. Cogí mis herramientas y papeles, mi mesa pequeña y una lámpara de gas y me fui a mi *jaima*. Allí me senté toda la noche y redacté la decisión de designar a Ibn Malih como comandante general del Valle de la Almanzora y la zona de Baza, al- Saadi como comandante general de las Alpujarras y las montañas de Sierra Nevada, y al-Bulud como comandante de Almería y sus alrededores, a Fernando como capitán general del ejército, y a Hussein Yawdat como comandante de los turcos y de los argelinos.

Finalmente, escribí una carta a Ali Dey de Argelia en la que Ibn Aboo le comunicaba lo acordado en las Alpujarras y le pedía que lo aceptara como emir de las Alpujarras, emirato bajo su mandato en Argelia y que se sometiera a la bandera de los otomanos del Oriente. Me despertó la voz de Fernando metiéndome prisa con lo que había escrito para que Ibn Aboo pusiera el sello a sus cartas y sus mensajeros las llevaran e informaran a la gente. Más tarde, ordenó a Hussein, el turco, que encargara a uno de sus hombres dirigir a sus soldados y que él mismo fuera a encontrarse con Ali Dey, para que contara a la gente la gran necesidad que teníamos de anunciar el caso, empleando para ello una gran cantidad de armas y hombres.

Ibn Aboo era un hombre valiente que conocía los entresijos de la guerra y los puntos débiles de los hombres. Sabía que intentaba dirigir una nación que caminaba por el cráter de un volcán que entraría en erupción en cualquier momento.

Entonces empujó a todos a trabajar y envió un mensaje claro a los españoles tras la muerte de Ibn Omeya. Formó un ejército de diez mil hombres para conquistar la ciudad de Oria y sus hombres lo lograron. Rodearon la fortaleza de la ciudad por todos los flancos y su comandante pidió auxilio al virrey y a su hermano ilegítimo don Juan el Sueco. Este le ayudó con un gran ejército que se hallaba bajo el mando del Duque de Sesa. Sin embargo, dos hombres descubrieron la trampa y cortaron el camino que llevaba hacia Órgiva desde Lanjarón. Ocuparon, entonces, la fortaleza antes de que pudiera redirigir su marcha el ejército español tomando así Galera. Cuando llegaron desde Huéscar las fuerzas de Don Juan, lo desafiaron a muerte dispersando a sus soldados y tomando como prisioneros a algunos de sus comandantes.

Volvieron a iluminarse las desesperanzadas almas por la muerte de Ibn Omeya y se convencieron de que Ibn Aboo era un comandante no menos importante que su predecesor. Se extendió su bandera por Málaga y Ronda y conquistó Ibn Malih la fortaleza de Oria y envió la buena noticia al emir que lo ascendió a comandante general de Almanzora, Baza y Oria.

Le pregunté a Ibn Aboo: “¿Qué es lo que nos hizo levantar la bandera de los argelinos en nuestra tierra?”. Me miró y dijo:

- Si tu padre estuviera vivo entre nosotros hubiera hecho eso, pues el objetivo era mantener el estado y no el color de la bandera. Nosotros queremos mantener nuestro estado y no tenemos otra solución que aceptar las condiciones del momento en que nos ha tocado vivir y no hay un gran muro que nos proteja de su bandera sino la de los Banu Uthman y lo que nos acerca más a ellos es Ali Dey. Si perdemos, la gente dirá que han perdido los Banu Uthman y no podrán aceptarlo.

Por aquel motivo era necesario implicar a los grandes en el asunto y sucedió lo que pretendíamos, pues allí estaba Ali Dey enviando seis mil soldados armados mientras que el gran visir Muhammad al-Siqili intentaba presionar al sultán Selim II para que retrasara la conquista de Sicilia y nos condujera con su ejército hacia nuestras playas.

Si esto ocurriera, los españoles perderían el oriente de al-Andalus para siempre y tal vez sus amenazas de muerte en Granada, Madrid y en la misma Castilla harían recaer el poder en Dios, oh, primo mío. Y este se lo entregaría a quien Dios quisiera y lo heredaría quien Él quisiera también.

A mí me pareció sabia la decisión de Ibn Aboo de implicar a la nobleza, pero la realidad en verdad es distinta siempre a los deseos, pues los Banu Uthman pensaban que al-Andalus era un paso que debía ir precedido de otros dos pasos previos. El primero era liberar a Túnez del poder de los hafsiés bajo el mando de los españoles. Esto lo había logrado Ali Dey y provocó la cólera de los españoles, que hacían una lectura de la situación igual a la de Ibn Aboo y a los de la tribu de Uthman, conscientes de que a estos últimos no les quedaba otra solución que controlar Sicilia para que se les rindiera todo el mar Mediterráneo. Después de esto, sus barcos no encontraron resistencia para entrar en el mismo Madrid.

Felipe II no tuvo otra solución que reunir a sus comandantes de guerra, en los que se veía un claro enfado. “Los Banu Uthman conquistaron Túnez y ahora tenían por objetivo establecer una alianza con Charles IX, rey de Francia. No sabemos hasta qué punto se va a poner al Papa de nuestro lado oponiéndose a esta alianza cuyo objetivo somos nosotros y, si ocurriera lo que pretenden los turcos, no se salvaría ninguno de nosotros de morir o de caer prisionero para ser vendido en los mercados de esclavos. ¡Y aquí estáis vosotros sin poder acabar con un puñado de débiles que rezan a su Dios para que les salve la vida mientras que llegan soldados turcos en su ayuda! ¡¿Y a qué estáis esperando?!”.

Tan solo había una respuesta a su pregunta que se reflejaba en sus caras. A continuación, dispuso Juan sus fuerzas en tres ejércitos equipados con cañones y fusiles. El primero de estos ejércitos estuvo bajo su mando, el segundo bajo el de Sesa y el tercero otorgó su comando a Antonio De Lona tras haber quitado del poder al marqués de Blach. Por último, Felipe II lanzó una llamada cuyo eco se propagó hasta aquí: “Si volvéis sin acabar con este puñado de gente, no lloréis por Castilla después”.

La situación cambió radicalmente pues la tenacidad y ejecución de los españoles era mayor y más resuelta que la nuestra. Don Juan ocupó Gergal a su paso por Galera, que cayó tras un fuerte bombardeo al derribar sus muros con los cañones, matando a todo aquel que encontraba en su camino y dijo: “No quiero prisioneros”. Seguidamente, avanzó hacia Serón, que según Ibn Aboo era su objetivo principalmente. Le proporcionó seis mil combatientes bajo el mando de al-Habqi y de Ibn al-Malih y dijo: “Si cae, caemos nosotros también y si se mantiene en pie, tendremos entonces gran esperanza en que nos salven los Bani Uthman”.

Ambos comandantes llevaron muy bien a cabo su plan de guerra y se mantuvieron en alerta fuera de la ciudad, vigilando la llegada de don Juan con su ejército compuesto por veinte mil soldados.

Mientras tanto, el gobernador de Serón cerró sus fronteras y, al montar don Juan sus cañones, fue sorprendido por el ataque de Ibn Malih. Entonces, los hombres de don Juan se dividieron para perseguirlo y capturarlo, abandonando sus cañones y saliendo tras ellos sus encargados. Como resultado, los sorprendió al-Habqi con sus soldados prendiendo fuego a sus cañones y haciéndolos explotar.

Tuvo miedo el gran ejército de los fantasmas que saltaban con ligereza entre rocas, valles y montañas. Sus soldados se quedaron perplejos. La ciudad empezó a abrir sus puertas buscando cómo atrapar a los españoles por la parte de atrás. De este modo, cayeron muchos, entre ellos el tutor del rey, y casi muere también en la batalla el mismo don Juan de no haber sido porque el duque de Sesa asomó repentinamente por el horizonte con su gran ejército y esto fue algo inesperado, incluso para los españoles que volvieron a reunirse de nuevo.

Fracasó la ciudad en un nuevo intento de cerrar sus fronteras y empezaron a perseguir a los hombres que aparecían detrás de las rocas con fusiles y cañones hasta perecer casi todos. No quedó nada más que una minoría con la que consiguió escapar al-Habqi y los españoles volvieron a vencer ante un ejército derrotado y repartido por las montañas.

El ejército español persiguió al ejército derrotado hasta llegar a Tíjola, Purchena, Cantoria y Tahal llegando a la llanura de Padules en la zona de las Alpujarras. Después, volvió de Sesa a Granada para reunir a más hombres con quienes rodearon las Alpujarras desde el oeste.

Llegó De Luna a la sierra de Bentomiz situada en la zona oriental de Málaga y reunió don Juan a todos los moriscos que encontró por Granada y sus valles y los envió encadenados en grupo sin comida ni bebida hacia Castilla en el norte. Quien no murió de hambre o cansancio fue vendido en los mercados de esclavos.

Nuestras cartas enviadas a los argelinos y a los otomanos no tuvieron resultado positivo, pues los más cercanos al sultán hicieron fracasar los intentos de al-Siqilli de retrasar la conquista de Sicilia para ir en nuestra ayuda allá en Oriente.

Ali Dey fue hábil en consolidar su poder en Túnez contra el ejército derrotado de los hafsíes, a quienes había equipado España con armas y hombres.

En cuanto a Muhammad ben Galib al-Saadi de Marruecos, lo que más odiaba era que se levantara un estado en al-Andalus bajo el mando de los Bani Uthman.

Nos quedamos inmóviles observando cómo se perdía nuestro reino, fortaleza tras fortaleza, pieza tras pieza y, tras encontrarse los dos ejércitos de Juan de Sesa en la llanura de Padules, se dirigieron ambos al sur para tomar Andarax, Cómpea, Maro, Nerja, Berja y Comares, enviando a sus hombres a Ibn Aboo a negociar con él la rendición.

26

Se encontró por sorpresa con el joven médico que salía de su casa y no se le pasó otra cosa por la cabeza que pensar que a la abuela le había sucedido algo, sin embargo, el hombre intentó aclararle que se encontraba cerca de la vivienda y que había subido solo para quedarse tranquilo con verla. Pero Murad no lo creyó e insistió en que regresara con él a su casa.

La agencia de comunicación, que había alquilado la villa de Habib Allah, abrió sus puertas a la calle para recibir a sus clientes. Abandonaron la agencia y se volvieron siguiendo un pasillo lateral que había nacido junto al centro comercial al lado de la casa, pasando entre las sillas de la cafetería. Este pasillo un día fue un jardín donde jugaban los moriscos a la sombra de los árboles.

Cuando llegaron a la puerta trasera miró el médico el ascensor oxidado. La tierra estaba mezclada con restos de aceite viejo. Se dispusieron a subir las escaleras de mármol y sus amplias mesetas situadas al nivel del ascensor.

Murad vio entonces una bandada de gatos que bajaba ante él en hilera entrecortada. Y sin querer interponerse en su camino, buscó la mirada del médico esperando ver un gesto de sorpresa, pero este andaba ocupado buscando dónde pisar en las escaleras bajo una leve luz que salía de la bombilla del ascensor en su dirección.

La humedad había hecho que el aire al respirar fuera denso y se afaná por buscar la primera meseta donde poder sentarse. “Es extraño todo lo que ocurre en esta casa. En mi infancia pensaba que era una iglesia donde solo vivían sacerdotes y monjes”.

Murad esperó a que se levantara y le dijo:

Ninguno de mis abuelos pensó en ser sacerdote o *shayj*, pues el miedo, heredado en sangre de sus antepasados, les invadía. Cuando Habib Allah decidió construir una casa para ellos, trajo a un ingeniero italiano al que pidió que diseñara una casa que no llamara la atención a los ladrones para que no se atrevieran a entrar en ella. “Quiero que sea una fortaleza para mis descendientes, que no la abandonen y que no vivan conmigo, pero que los proteja de las calamidades de la vida” -dijo. Y propuso al ingeniero construir una pequeña villa cuyas puertas dieran a la gran calle y detrás de ella una vivienda con cinco plantas. Cada planta albergaría tres alas, al fondo de cada una de ellas había un lavadero y detrás de la casa un gran jardín donde jugaran y se divirtieran niños y mujeres.

Con el transcurrir del tiempo, los moriscos irían deshaciéndose de una parte de la vivienda. El jardín lo vendió mi abuelo Rafiq para construir un centro comercial sobre él. La vivienda de paredes altas y la villa de Habib Allah las había alquilado Yana Hanim a la agencia de comunicación para cubrir los gastos de la casa.

El médico tuvo la impresión de que, sin querer, había herido con sus palabras a Murad. Calló hasta llegar a la meseta de enfrente del piso de Murad. Y aquí el médico no tuvo más remedio que preguntar por qué motivo habían dejado el ascensor averiado tanto tiempo. Murad sonrió con algo de ironía al ver que el médico quería saberlo todo y dijo: “Vamos a ver a Yana Hanim primero”.

Empujó la puerta y encontró a la abuela sentada en su silla de ruedas esperándolo. Su semblante estaba resplandeciente y sus ojos brillaban desprendiendo una dulce alegría. Se agachó para darle un beso en la mejilla halagando su belleza, que no pasaba con los años. Ella, con un guiño, le preguntó por qué había traído al médico y no encontró otra excusa que decirle: “Me lo he encontrado cerca de la casa y lo he invitado a tomar té”. Ella asintió con la cabeza, pero no le convenció su respuesta. Después, movió su silla en dirección al cuarto de la vieja sirvienta para comunicarle que estaban allí. Al poco rato, esta apareció con cara de sueño llevando en su mano una bandeja de plata cuyos bordes y asas eran de color dorado. Les sirvió té verde y esperó a recibir instrucción. Murad le hizo un gesto para que volviera a su habitación y después este se levantó y trajo un cenicero de su habitación.

Al regresar, el médico estaba de pie con su maletín en la mano, dispuesto a irse. “Creo que no es necesario que me quede aquí ya” – dijo triste y serio. Pero Murad, que sintió que debía una disculpa al hombre, lo cogió del brazo y lo hizo sentarse para seguir contándole:

Cuando Habib Allah construyó esta vivienda no sabía lo que era un ascensor. Y si lo hubiera conocido, tampoco habría pensado en ponerlo, no porque no le gustaran las cosas modernas, sino porque no quería mezclarse con los moriscos. Sin embargo, su esposa Hanim, que no quería que sus primos percibieran ningún mal gesto de ella, se mudó con sus hijos a vivir entre ellos, convirtiendo así la villa de Habib Allah en un lugar de encuentro de visitantes y extranjeros.

Pero en los últimos años el reuma le empezó a atacar y colocó este ascensor, que nunca se había averiado hasta entonces. Las diferencias se fueron acrecentando entre ella y los moriscos que mandaban en la familia.

Un día el ascensor cayó con ella al hondo hueco del ascensor y salió de allí al hospital regresando en una silla de ruedas.

El médico se acomodó en su sitio y escuchó con interés a Murad olvidando incluso el té, que se le había enfriado sin haberle echado un solo trago. Murad bromeó diciendo: “Se dice que el mayor desprecio que se le puede hacer a un morisco en su casa es despreciar su té”. El médico respondió también con otra broma: “Pero el morisco no me trajo para eso”.

Comprendió entonces Murad que tenía que ser directo y decirle para qué lo necesitaba y le explicó que la abuela últimamente hablaba mucho de muertos, mencionando detalles de las vidas de aquellos como si viviera con ellos, a pesar de que habían fallecido mucho antes de que ella hubiera nacido. El médico sonrió y le dijo que esto es lo que se conoce como demencia senil, que consiste en que rechazan su realidad como ancianos que están a punto de marcharse e intentan recuperar y revivir su infancia con todos sus detalles. Algunos de ellos, incluso, entran en un estado en el que creen que todo lo que han escuchado en su infancia es pura realidad, aunque esta realidad no les concierne y la desconozcan por completo.

Murad quiso también explicarle que el problema era que estaban sucediendo otras cosas. Estuvo a punto de contarle al médico lo de los gatos que entraban en la habitación de la abuela y se transformaban en humanos, pero recordó que el médico no había visto los gatos que había en la escalera y tuvo miedo de que lo tomara por loco. Decidió entonces desviar el tema de conversación preguntándole por su especialidad esperando que tuviera un máster en enfermedades nerviosas y en psicología. Y le preguntó molesto por qué motivo llevaba el caso de una señora anciana con una especialidad distinta a la de su caso. El médico agachó la cabeza y se justificó nervioso diciendo que su profesor había diagnosticado su enfermedad de parálisis media como enfermedad psicológica y, de hecho, en la mayoría de sus informes así se refería a ella. Estaba seguro de que sufría de demencia senil y, tras hacerle un seguimiento, pensó que estaba mejorando.

Murad dio un suspiro, pues había llegado a pensar que había heredado su chochez y locura. Luego, se levantó para traerle otro té mientras le contaba que Habib Allah había reunido a los moriscos en esa casa poniendo a cada matrimonio en un ala.

Al morir, dejó a su esposa Hanim al cargo de todos ellos, destinando para ella el cuidado de los hijos Samih, Fajri y Hayam. También tuvo que administrar una herencia llena de complicaciones, como la que había compartido Habib Allah con los campesinos en Kafr al-Duar a cambio de proteger lo que le quedaba de las tierras que le había otorgado el gran Pachá.

Cuando se trasladó al Cairo, las cultivaban y le entregaban las ganancias de la cosecha dándole el precio total de la misma, pero al morir cambió la situación, pues codiciaron las ganancias para ellos. Observó Hanim que los moriscos vivían en El Cairo sin trabajar y les preguntó por qué no vigilaban y cultivaban sus tierras. Pero ellos se negaron diciendo que no iban a hacer nada de lo que sus padres se habían negado a hacer antes porque si aquello hubiera sido bueno para ellos, Habib Allah les habría obligado a hacerlo.

Y cuando ella se reafirmó en su postura, ellos pusieron objeción diciendo: “Compartimos las tierras, así que cada uno haga con su parte lo que quiera”. Ella no tuvo otra solución que aceptar la petición de estos que vendieron su parte, haciendo con ella cada uno lo que consideró oportuno.

A ella no le quedó entonces más remedio que buscar un almacén donde vender la cosecha para mantener a sus hijos pequeños en Rawd al-Faray y puso la condición a los campesinos de coger y vender ella las ganancias de sus tierras.

Parecía que el ojo protector estaba de su lado y en contra de los otros, pues creció su negocio y fracasaron los de los otros hasta que se corrió la voz y no hacían nada sin consultarlo con ella, y si ella pedía algo lo hacían inmediatamente.

Entonces, casó a su hijo Samih con Huwayda, hija de Nasim ben Musa, a Fajri con Qadriya, hija de Nasif ben Ismail.

Decidió Saïd viajar a Europa para completar sus estudios y lo casó con Madiha, hija de Mayid ben Ismail, insistiendo en que viajara con él. Casó también a Hayam con Radi, hijo de Rauf ben Aziz ben Musa.

Después fue criando a sus nietos y los casó recordando siempre a todos lo que había dicho el morisco a su abuelo, Rizqallah, en tierras extranjeras. “El morisco no debe casarse con otro que no sea de su linaje”.

Casó a Yamal ben Fajri con Lamis, hija de Ramiz ben Nasim y tuvieron a Afif y a Asad. Al conocer que Yaha, hija de Fajri conocía a un alumno de la Casa de las Ciencias, lo hizo casarse con Rafiq ben Samih de quien tuvo a Yusuf y a Nayat.

Así siguió Hanim siendo el vínculo de todos los que allí vivían hasta que murió poco antes de la gran guerra de Europa.

Cuando se enteraron los moriscos de que los alemanes estaban a punto de entrar en Egipto, temieron por sus vidas y decidieron huir a otras tierras con sus enseres lejos de los desastres de la guerra.

Samih no pudo detenerlos, pero les recordó la promesa del ojo protector a Habib Allah de que quien no obedeciera y abandonara la casa tendría su maldición. Ellos no obedecieron y se perdieron por unas tierras volviendo después solo sus hijos.

Mientras tanto, a Samih Dios le había otorgado buena fortuna, pues había comprado una gran fábrica de vidrio, que él administró hasta que falleció y dejó el negocio a manos de Rafiq, aquel que se aprovechara de la fama de su predecesor. Este había vivido de una forma muy tranquila y austera, lo que codiciaban Afif ben Yamal y su esposa Yawahir.

Murió Rafiq dejando el poder en manos de Yana, hija de Fajri ben Habib Allah, a la que llegó la desgracia como a su tío Samih. A los pocos meses de la muerte de su marido cayó el ascensor con ella dentro y tras esto, sus primos pidieron que cediera el mando a otro, pero ella respondió: “Lo que me otorgó el ojo protector no me lo quitará nadie”.

Después la abandonaron y huyeron como habían huido sus padres antes en una larga diáspora.

27

Era la primera vez que Murad veía al ojo protector. Fue en sueños. Estaba de pie en la Plaza de la Liberación con unos amigos cuyos rasgos ya no recordaba. La plaza estaba abarrotada de gente que llegaba de todas partes con banderas y estandartes variados. Mientras, las tiendas de campaña, que habían sido plantadas alrededor de la fuente de piedra, estaban repletas de heridos que dormían en ellas. Sus puertas estaban forradas por un tablado de madera adornado por una delicada escritura realizada a mano. Y, sin previo aviso, empezó a caer una llovizna de agua roja y a soplar un ligero viento que se hizo cada vez más fuerte golpeando las paredes de tela de las tiendas de campaña por las que la gente daba empujones para entrar.

Murad entonces alertó a sus amigos para que no fueran a las tiendas, pero ninguno de ellos hizo caso a su advertencia. Nadie lo escuchó. Perdiendo toda esperanza se sentó en el suelo rendido y derrotado reinando un absoluto silencio en el lugar. Levantó la vista hacia la estatua de Umar Makram levantada sobre una base de espléndida altura. Este señalaba con la mano a un caballero con la cara cubierta por un *lizam* que entraba a la plaza por la Asamblea de Estados.

Murad reconoció al caballo y a su dueño y se quedó quieto hasta que el caballero se detuvo delante de él. “¿Qué te pasa, Murad?” -le preguntó. Y él le contestó: “El miedo, abuelo”. Y rio el caballero, a lo que dijo: “¿Como si nacióramos sin miedo, hijo mío!”.

Murad no podía aceptar que viniera huyendo del miedo para de nuevo sentirlo e hizo un gesto irónico con la cabeza. Al verlo, se apeó el abuelo de su caballo para acunarlo. “Cuídate, hijo mío, pues la vida es lo que tú haces de ella y tu visión es lo que te hace

llegar al objetivo”. A continuación, subió a su caballo y lo arreó con su largo pie lanzándose a lo lejos como una jabalina por los amplios valles.

La abuela había dicho que el abuelo aparecía solo en momentos críticos. Y se preguntó: “¿Qué es lo que ha sucedido?”. Movi6 la cabeza con tristeza y dijo: “No lo sé, pero me estoy enfrentando a algunos problemas laborales”.

La abuela le dio unas palmaditas en el hombro, movió su silla de ruedas y fue a prepararle un palo de menta verde que chupar, después regresó a su sitio habitual allí en el balcón. En este momento Murad vio el asunto de otra forma. Se le quedó grabado en la mente que sus desvaríos y delirios habían alcanzado ya unos límites mayores de lo que él podía soportar. Decidió entonces llamar a su amigo el médico para pedirle cita, pero este estaba ocupado atendiendo a unos pacientes en la clínica en Bab al-Luq y le dijo que se pasara por allí.

Cuando llegó no había nadie más que él y pronto se encontró tumbado y relajado en el chaise longue después de que le pusiera un tranquilizante.

Cerró sus ojos y empezó a sumergirse en un profundo sueño. Caminaba dentro de oscuros pasajes subterráneos y tan solo veía en ellos una débil luz al final. Le faltaba la respiración al intentar salir de ellos, deseando poder volver al lugar donde había dejado al médico para suplicarle que no lo metiera en estos terribles pasajes, pero los remolinos de aire frío lo empujaban hacia adelante. Tuvo que reaccionar rápidamente para que estos, de los que salían fuertes gritos, no lo atraparan.

Finalmente, se encontró saliendo de una cueva montañosa a unos amplios valles verdes. Encontró allí a gentes que caminaban hacia el interior de la cueva temiendo que los cogieran los soldados y perros entrenados que los perseguían. El número de personas que deseaba esconderse no era grande y venía un intenso humo procedente de los valles colindantes. A lo lejos se divisaban grandes bandadas de gentes que caminaban en dirección al sur, no se podían divisar a simple vista, ni era posible reconocerlas, pero estaban rendidas a un pequeño número de hombres a caballo que los rodeaban. Era como si reconocieran el crimen y aceptaran su castigo.

Algunos de los soldados decidieron recoger la leña que pudieron para prender fuego en la entrada de la cueva temiendo que el destino de los que se hallaban dentro de ella no fuera mejor que el de los que estaban encadenados en bandadas separadas. Deseaba volver a la cueva para sacarlos de allí, pero no podía. Intentaba detener a los soldados, enaltecidos por su dureza al encender el fuego, pero no podía tampoco. Tenía la sensación de ser una simple bocanada de aire que no trascendía en nada y que era tan solo la débil sombra de un hombre que observaba una terrible escena con ojos extasiados y respiración jadeante escondido entre las rocas.

Cuando los soldados se fueron, salió tras ellos convencido de cuál sería el destino de aquellos que tosían cada vez con más fuerza dentro de la oscura cueva con olor a betún. Tenía que ir tras aquellos grupos de gente rendidos a su destino que se dirigían hacia el lejano mar.

No se sabe cuántos días permaneció con ellos en aquel viaje en el que muchos murieron de hambre, terror y agotamiento.

Eran golpeados por los guardias con látigos si retrasaban el paso y todos tenían que tirar de los que se quedaban atrás agotados o que se venían abajo y se negaban a caminar hacia un destino desconocido y, si los soldados veían que cualquiera de ellos se había convertido en una carga, se ofrecían a cortarles el cuello delante de todos.

Todos sabían que la muerte era un destino del que ya no se podía escapar y, quien no moría de agotamiento, moría en los viejos barcos atracados a lo largo de la costa. Ninguno pensaba en el peso que podía soportar el barco porque tan solo pensaban en poder echar un trago de agua o comer un trozo de pan a bordo.

Las mujeres y los niños subían primero y después llegaba el turno de luchar por subir de los hombres y de los más jóvenes.

Muchos ancianos eran pisoteados y corrían a pie buscando el barco salvavidas de aquella tortura. Los capitanes de los barcos les gritaban que se echaran para atrás o que se ayudaran a sí mismos, pero todo era inútil.

Los soldados, que los habían acompañado hasta la orilla, se preocupaban solo de evitar que regresaran. Algunos golpeaban sus mejillas aferrándose a la tierra, como si hubieran descubierto de pronto que había llegado el final del sueño y fuera el comienzo de la pesadilla, como si la tierra de sus abuelos se la llevara el aire con ellos y que el sueño de volver a ella fuera pura imaginación.

Algunos besaban los pies de los soldados, que estaban sentados sobre las sillas de sus caballos para poder volver a coger a sus hijos, pero lo que provocaba aquello era que aquellos se rieran más y en tono más alto, mientras los latigazos les desgarraban la piel y sus ropas, unos latigazos que recordaban a todos que ya no tenían cabida en esta tierra.

Los barcos se inclinaban hundiéndose en la superficie del agua por el exceso de carga, como pidiendo a Dios que les otorgara el don de hundirse y en la primera ola, los que se encontraban en la superficie o en la borda se caían sobre las riadas del agitado mar.

Algunos les extendían los brazos para salvarlos y otros caían tras ellos y los remolinos de mar los arrastraban para adentro, como un banquete que caía del cielo para los hambrientos peces. Algunos de los que caían imaginaban ser el mismo Abd al-Rahman al-Dajil que decidía vencer a las olas y llegar hasta la orilla e, incluso, algunos se agarraban a las manos extendidas de los que les ayudaban desde la superficie del barco. Algunos de ellos se rindieron al mar, que no conocían, sumergiéndose en ella y arrastrados por el agua salada. Parecía como si el mismo cielo fuese más duro con ellos incluso que los soldados que los acompañaban con sus risas.

De pronto empezó a nublarse y cayeron relámpagos y truenos y, después, lluvias torrenciales nunca conocidas antes en aquella tierra. Y aquellos, que se veían incapaces de soportar aquel castigo, comenzaron a gritar al cielo: “¡Qué hemos hecho para merecer tanta tortura!”. Pero el cielo no respondió a los débiles y siguió enojado. El mar golpeaba la borda de los viejos barcos como a granitos de arena en un tamiz apretado.

El capitán dijo al final que no podían acercarse a la orilla y que tenían que recorrer la distancia a nado. Las mujeres que se hallaban en la bodega del barco gritaban: “No queremos morir”. Y el capitán dijo: “Cada hombre llevará un niño con él y a una mujer por el brazo”. Algunos de ellos golpearon al capitán enfadados por las pocas fuerzas que les quedaban y otros decidieron conducir el barco aún sin saber cómo tripularlo. Y los barcos anunciaron su total desobediencia y se rindieron con la esperanza de que el que llegara primero les lanzaría las cuerdas de salvamento, pero quienes recorrieron muchos metros luchando contra las olas no debían pensar más que en ellos mismo y en tomar aire para respirar.

Al lanzar las cuerdas, parecían bandadas de hormigas que flotaban sobre la superficie del agua. Las olas rompían su marcha cada vez que se alineaban. Muchos morían ahogados o aterrorizados o quizás por el mismo deseo de poner fin a esta tortura. Las olas fueron, para algunos, generosas y los arrastraron hasta la costa, donde fueron recogidos por marroquíes, no se sabe ni cómo ni dónde, que los aguardaban en sus jaimas en el sur. Los moriscos se alegraban al verlos como si fueran el tesoro que habían estado buscando durante decenas de años.

Y entre soldados con látigos y espadas del norte y soldados hartos de mercancía humana las olas del mar iban y venían con más cuerpos. Y con espanto pudo ver Murad la cara de su abuelo, Muhammad ben Abd Allah ben Yahwar asomándose entre la gente como si fuera un profeta para ellos en medio de la oscuridad. Hasta que ambos se vieron y gritaron

a su abuelo, aunque este no lo escuchó y empezó a dar golpes con las manos a un libro grande encuadernado en piel que decía: “Todo está escrito”.

28

Nariman había ganado la apuesta y los Hermanos Musulmanes llegaron al poder. Aquello supuso para Murad un shock que le hizo quedarse en casa durante días sin deseos de ver ni escuchar a nadie. Vino el profesor de Historia a visitarlo, pero ninguno de los dos tenía ganas de hablar. Parecían dos soldados salidos de una batalla en la que habían perdido todo, hasta las ganas de mirarse a la cara. Tras un largo silencio, el agente de policía dijo que necesitaba fumar *shisha* en cualquier cafetería. Murad no pudo responder rendido a un destino escrito.

Sentados en la mesa de una apartada cafetería en Sayyida Zaynab, permanecieron callados y apesadumbrados como quien espera recibir el pésame, pero nadie les prestó atención. El camarero los miraba a lo lejos sin querer acercarse a ellos. Al pedir té y cachimba dijo: “Pronto lo prohibirán”. Ambos se miraron y rompieron a reír sin saber por qué. Después Murad miró a su amigo y le preguntó: “¿Cómo pudo ocurrir esto?”. No supo qué responder el agente. Dio una larga calada dando bocanadas de humo en forma de aros y dijo después: “Sus papeletas eran mejores y los americanos, entre otros, ayudaban en lo que podían jugando con los sentimientos de la gente comprometiendo a muchos sin poder pararlos”.

Murad rio irónicamente y exclamó: “¿Dónde está Mushir y las fuerzas nacionales aquí!”. Al agente de seguridad se le saltó una lágrima y dijo: “¿Qué podemos esperar de un hombre septuagenario, que arrastra consigo un botín mayor que el que hubiera podido conseguir en una guerra en la que nada iban a conseguir!”.

Se dio cuenta Murad que lo que le decía su amigo ahora era lo que solía decir Nariman y por eso tal vez ella no quiso colaborar con un grupo que gobernaba en nombre de Dios. Quizás ella supiera también más que él de la guerra y de los tratos y negocios. Entonces le entraron ganas de pedirle perdón. Había imaginado un mundo gobernado por el pueblo y dijo a su amigo: “¿Nos vamos a rendir?”. El hombre cambió su gesto de tristeza y pidió al camarero cambiar la piedra de la cachimba. “La guerra son rondas. No es condición necesaria que quien gane la primera, gane al final y, en un país en el que el caos se ha convertido en su modo de vida, las luchas duran más de lo esperado y no se puede hablar de victoria o de derrota”.

Murad se acordó entonces de los varios millones de personas que se encontraban ahora en sus casas sin trabajo y dispuestos a colaborar con el mismo diablo con tal de que este les diera de comer. Recordó también que aquellas tierras desde tiempos antiguos habían sido gobernadas por sacerdotes acomodados en sus oscuros aposentos y no de faraones sentados en tronos de oro.

Pudo percibir el agente en la cara de Murad una leve sonrisa y preguntó que a qué era debida. Murad, sacudiéndose una mosca que revoloteaba por su cara, dijo: “No creo que Raquel esté implicada en nada”. El hombre arrojó una nube de humo cuyos círculos quedaron en el aire y dijo después: “Parece como si no supieras si es tu prima o parte de un plan previamente trazado en un lejano país”.

La cafetería había empezado a llenarse de gente que llegaba. Empezaron todos a chocar las manos, analizando lo que estaba ocurriendo. Alzaron la voz y la tensión que existía entre ellos se tornó en discusión.

Murad retomó el hilo de la conversación diciendo a su amigo: “Todos ven que sois vosotros la tercera facción del poder”. Respondió este: “¿Y qué interés nos mueve?” Murad lo miró extrañado y dijo: “¿Y quién va a ser si no?” El agente respondió: “No se dice todo lo que se sabe, amigo mío. Nosotros nos dedicamos a recopilar información y a entregarla a los que toman decisiones”. “¿Y cuál es la prueba?” -dijo Murad enfadado. Y el agente de policía doctorado en historia, le respondió: “Desde hoy mismo esta tercera parte” “¿Y sabes quién va detrás?” Sus palabras fueron pocas e ininterrumpidas como el intercambio de fuego de una metralleta.

Solo cerraron la boca cuando ambos tuvieron la consciencia de que se habían hecho daño el uno al otro y, tras esto, cerraron el pico para hundirse en un profundo silencio. El policía dejó caer la manguera de la cachimba sobre la mesa y abandonó la cafetería. Murad salió tras él tropezando con decenas de hombres mientras lo perseguía en la gran plaza gritando: “Todavía tengo una pregunta que quiero hacerte”. El agente lo miró con gesto de tristeza diciéndole: “Los moriscos ya no poseen *waqf*”. Murad se quedó boquiabierto y aturdido mientras que el profesor seguía lanzándole duras palabras:

Después de que volviera Muhammad al-Daray victorioso, tuvo que enfrentarse a los mamelucos reunidos en la frontera con Sudán. No tuvo otra opción que suprimir los *waqf* y anexionar sus tierras al Estado para poder formar un nuevo ejército, permaneciendo sin *waqf* hasta que llegó el Jadiyu, quien permitiría que la gente fuera beneficiaria de este sistema de *habith*, poniendo sus propiedades al servicio de obras benéficas. Sin embargo, aquello no significaba que las antiguos *waqf* volvieran a los descendientes de los propietarios ni a las obras benéficas que recibían donaciones mediante el sistema de *waqf*. El Estado no reconocía más que los documentos de *waqf* que se realizaron en el periodo que va desde el reinado de Said hasta la revolución de julio y después la revolución se apropió de las tierras del *waqf* para la reforma agrícola. Y aunque se reconocieran las tierras de *waqf* antes de la llegada de Muhammad Ali al poder, ¿acaso crees que un tribunal tiene potestad para devolverlo a sus gentes? Y aunque lo pudiera hacer, ¿crees que existe gobierno alguno que pueda llevarlo a cabo? Han pasado muchos años y la historia no vuelve atrás.

El agente hablaba con tranquilidad y seriedad, pero esto no impedía sentir placer enfadando a su amigo, lo mismo que este lo había hecho antes con él.

Murad estalló en cólera y empezó a hablar de la constitución y de la ley, pero el agente estaba adiestrado para controlar sus nervios y esbozó una sonrisa diciendo: “Las constituciones pueden decir lo que quieran, pero la vida sigue, como puedes ver, y el Estado sigue siendo el único que manufactura y el único que cultiva los productos. Todavía no hemos abandonado el plan de cambio de los mamelucos del gran Pachá. Deja el documento de *waqf* de tu familia guardado en el Archivo Mayor y no andes en asuntos que si bien no te perjudican, no beneficiarán sino a otros”.

Supo entonces Murad que el sueño de su abuela de recuperar el *waqf* se había esfumado y que tenía que vivir el presente sin la esperanza de volver la vista atrás. Por un momento, sus ojos se quedaron extasiados y le entraron ganas de llorar y su amigo, que se dio cuenta de que ya le había hecho sufrir lo suficiente, le dio unas palmaditas en el hombro, lo cogió de la mano y cambiaron de dirección caminando hacia la estación de metro Saad Zaglul. Ambos andaban esquivando a la gente con gran dificultad por la calle del zoco. Entonces Murad preguntó: “¿Hay esperanza?”. Y el agente aparentando debilidad sonrió diciendo así: “Mientras estamos vivos hay esperanza”.

Murad agachó la cabeza con la tristeza de quien anda en una marcha funeraria. Caminaba cabizbajo detrás de su amigo cuando se dio cuenta de que habían dejado atrás la estación del metro y se detuvo. Sin embargo, el agente que ya no se sentía enfadado, sonrió y dijo: “Permíteme invitarte a una cachimba en mi cafetería preferida”.

Se sentaron en una cafetería al margen del río en la esquina de la calle donde se encuentra la tumba de Darih Saad. Allí Murad empezó a formar nubes de humo que desprendían un agradable olor mientras que su amigo, el del doctorado en historia, lo miró a los ojos y le dijo:

No fue la muerte de Tahir al-Hurr el final de la lucha de los últimos moriscos para lograr un estado propio, sino que su muerte fue la chispa que hizo a Lisboa buscar, a partir de ese momento, la independencia del oriente de al-Andalus.

Los hombres lanzaban panfletos que después repartían entre la gente de los pueblos, anunciando en ellos que la muerte de Tair al-Hurr no fue más que el resultado de una traición y que tenían que continuar para lograr la paz y su libertad.

La gente empezó a atracar caravanas cargadas de plata que iban de Sevilla a Madrid. En aquel momento, España estaba entretenida en la Guerra de los Ocho Años contra los holandeses. Se animó a la gente a que se manifestara en Granada para pedir la independencia y el gobierno central, situado en Granada, descubrió un plan de golpe de estado bajo el mando de un curtidor de Granada llamado Fernández de Mahandun, quien ya había entrenado a más de ocho mil hijos del Albaicín y de los alrededores a usar las armas para ocupar Granada. Pero antes de que llegara el momento acordado para el inicio del plan, se separó uno de sus hombres y chivó su plan al gobierno de Madrid. Como consecuencia de esto, el ejército cercó el Albaicín y asesinó a Mahandun y a cincuenta de sus hombres importantes, expulsando a más de cinco mil hombres fuera de Granada. El asunto fue para los españoles una tragedia y el gobierno decidió castigar a todos los moriscos ignorándolos y no les echaron una mano cuando se extendió la peste bubónica al año siguiente, dejándolos morir de hambre y de frío bajo los efectos de la sequía que azotaba toda al-Andalus.

Tenían miedo de salir en contra del gobierno hasta que se le murió de hambre un hijo a la señora Yaliqiyya. Lo cogió entre sus brazos y salió dando gritos por las calles clamando venganza contra el gobernador de la ciudad. Entonces, empezaron a reunirse en torno a ella gentes con palos y cuchillos y se dirigieron todos a la casa del gobernador. Este huyó para protegerse en los muros de la iglesia. Después, volvieron a las casas de los nobles y prendieron fuego a sus casas y más tarde se dirigieron a la casa del arzobispo tomando la cosecha de granos y cereales que había en ella. Por último, formaron una Asamblea Revolucionaria y asignaron un gobernador para Córdoba, Diego Fernández. Expulsaron a los nobles de sus ciudades y alrededores y obligaron a Madrid a aceptar su plan y su nuevo gobierno. El rey no tuvo más remedio que perdonar a todos los que habían participado en ella y envió mil ducados a Fernández para que comprara con ellos trigo para la gente de Córdoba.

Esta revolución tuvo un efecto mágico en el espíritu de los andalusíes, que siguieron el ejemplo de la gente de Sevilla. Fueron dirigidos por dos hombres llamados Isidoro Torres y Francisco Hurtado, que expulsaron a los nobles de la ciudad y formaron un gobierno revolucionario poniendo, además, los canales de riego al servicio de todos.

Con el crepúsculo del sol el profesor de historia dijo que quería marcharse, pero Murad, que se había rendido a la idea de perder el *waqf*, pero no a la de saber qué le había sucedido a sus gentes y sus luchas, insistió a su amigo en que siguiera contando lo que había empezado. Entonces, pidió al camarero cambiar la cachimba y traer más té. Se acomodó en su sitio como un viejo orador en una cafetería y empezó a contar:

Cuando invadieron los ejércitos de Bonaparte las provincias españolas en el año 1808 huyeron el rey y los nobles. Bonaparte pensó que la Gran España se le había rendido pero el pueblo, que había sido abandonado por el gobierno, no quiso rendirse.

El pueblo de Cádiz se levantó e hizo frente a los franceses derrotándolos. Después se reunieron de nuevo para derrotarlos en una batalla decisiva que tuvo lugar en las los alrededores de Bailén y Mengíbar⁴⁷⁹ y tomó el nombre de Batalla de Bailén.

Se constituyó después en Sevilla un gobierno con el nombre de Asamblea Central de la Revolución y los revolucionarios de Cádiz redactaron la Constitución nueva para el país. En ella se redacta que cada región era una provincia independiente y que entre estas regiones estaba al-Andalus, que incluía las ciudades del reino de la antigua Granada. Sin embargo, la Constitución fue derogada nada más volver el rey, lo que fue una gran desgracia para todos aquellos que habían pagado con su sangre por defender el Estado, que había sido abandonado por sus gobernantes.

No pasaron ocho años de esto cuando un hombre llamado Rafael del Riego organizó de nuevo las filas de los revolucionarios en al-Andalus, pidiendo que entrara nuevamente en vigor la Constitución de Cádiz. El rey Fernando VII se vio obligado entonces a retomar esta Constitución, pero inmediatamente después, envió un mensaje a los franceses para que ocuparan Bayona y dio órdenes a los sacerdotes para que en sus sermones dijeran que la democracia había hecho perder el país y salieron los creyentes aclamar con vítores: “¡Que caiga la democracia y larga vida a la Inquisición!”

Ante estos vítores y proclamas, el rey logró su voluntad y consiguió paralizar la Constitución de Cádiz. A partir de ahora, los andaluces descargaron todo su enfado en los Tribunales de Inquisición, que quemaron, prohibiendo también su existencia y continuaron con revueltas y golpes de Estado, todos fracasados.

En el año 1835 estalló una revolución popular en Málaga que pronto pasó a Sevilla, Cádiz, Jaén, Almería, Córdoba y Granada y sus asambleas revolucionarias impusieron una nueva constitución conocida por la Constitución de Andújar en la provincia de Jaén. En ella dictaron que el gobierno era confederal y formaron un ejército que venció al ejército del rey en la batalla conocida por la Batalla de Despeñaperros, por el valle por el que los castellanos arrojaban a los moriscos para ser tragados por el fuego.

Sin embargo, los comandantes de la unión desertaron después de que el ministro del rey les hubiera prometido aceptar sus peticiones. Pero la lucha por una patria andaluza no acabó hasta que llegó Blas Infante, que estuvo a punto de declarar el estado único (la independencia) de al-Andalus. Sin embargo, el Estado cayó en manos de Franco, que paralizó la monarquía y acabó con todos sus opositores.

Cuando acabó su mandato, el país volvió a la monarquía, pero con una nueva constitución basada en las normas de la Constitución de Cádiz y del espíritu de Blas Infante, el que fuera apodado como el padre espiritual de la patria andaluza en España.

29

Me animó Fernando a pedir la mano de Hind, la hija de al-Habqi. “Será ésta la mejor boda de las Alpujarras” -dijo, pero mi corazón estaba abatido por un sentimiento extraño. Retrasé el asunto esperando que apareciera de nuevo mi padre. Lo estaba esperando desde el momento en que lo llamé tras el asesinato de Ibn Omeya. Esperaba que apareciera, pero no vino nunca y, ante la insistencia de Fernando y las venenosas palabras de al-Habqi, dije que fuera sólo una despedida de mano.

⁴⁷⁹Hemos introducido el pueblo de Mengíbar porque la batalla se libró también en los alrededores de este pueblo según información histórica del cronista oficial del pueblo de Mengíbar. El escritor está de acuerdo en que incluya el nombre del pueblo de la traductora.

Los españoles ya habían sacado sus colmillos y había noticias de que estaban preparando un nuevo ejército. Se dirigieron entonces ante Ibn Aboo y le hablaron de un plan, que le pareció bueno y dijo: “Es para calmar los corazones de la gente y para que no les lleve el miedo a huir por los valles”. Fernando me llevó a hombros dando volteretas y gritando: “Este es el novio de las Alpujarras”. Me llegaron las felicitaciones de todas partes y no sabía a quién contestar ni a quién aceptar. Ellos mismos no imaginaban quién era la novia. Caminaba al-Habqi al lado de Fernando sin que nadie se diera la vuelta a mirarlo. De pronto, empezaron a felicitarlo efusivamente. Celebramos una velada nocturna y me insistieron en que bailara con él el baile del palo⁴⁸⁰ y en que lo subiera a mis espaldas desde el lugar donde se estaba celebrando la fiesta hasta la jaima de la novia. Lo llevé andando a paso ligero con los chavales gritando detrás de mí.

Entonces salió Hind de su jaima muy bien engalanada y me pareció ver una luna llena iluminada que asomaba su cabeza entre la oscuridad.

Me quité de encima a al-Habqi y me quedé extasiado al contemplar su gran belleza, tan solo percibía el griterío de los chavales que deambulaban a mi alrededor chocando las palmas de las manos y riendo. Me gritaron después: “¡Bésala!”. Lo hice y empezamos a sentir vergüenza y la empujaron hacia adentro de la *jaima con decenas* de manos.

Al intentar entrar tras ella, me cogió al-Habqi sonriendo: “Hemos dicho la mitad del ramo, no el ramo completo”. Yo me reí y dije: “Cuando Dios nos conceda la victoria, celebraremos una boda apropiada para ella”.

“No imaginaba que fueras tan guapa” -le dije y ella dijo: “Nunca imaginé que me casaría antes de que se derramara sangre por la guerra”. Esto fue después de la fiesta de la velada. Todos ellos decidieron darnos una oportunidad para conocernos. Se disculpó por la sinceridad con la que había hablado cuando vio que me había molestado. Le quité importancia al asunto diciéndole que yo tampoco deseaba pedir su mano hasta que se tranquilizara la situación, pero Dios quería que nosotros fuéramos los novios de las Alpujarras en días como estos. Le prometí un futuro apropiado a su gran belleza y timidez. Después, ella destapó un recipiente en el que había comida: “Tomemos la bendición de la fiesta” – dijo ella con lágrimas en los ojos mirando hacia la resplandeciente luna. Le pregunté por qué lloraba y me contó que su madre había sido asesinada, sus dos hermanos estaban presos y que su sueño era un mundo sin cristianismo ni islam. Acaricié su cabeza llorando recordando a mi madre, a mi hermana, al tío Badith y a la mujer de su hijo, Pilar, quien me había dicho: “Te esperamos tal como estamos”.

Ambos empezamos a cargar la luna con deseos de un mundo en paz, en el que solo hubiera amor y fraternidad. Pero una nube oscura ensombreció de repente nuestras caras y despertamos de nuestro sueño al conocer la desgracia de la muerte del mártir Hussein el turco. Pocos meses después perdimos Cómpea, Maro, Nerja, Berja, Comares, Cútar y Benamargosa

El duque de Arcos destruyó con su gran ejército y sus cañones gigantes nuestras posiciones en la Sierra Bermeja en Arboto, Alozaina y Casarabonela. Mientras tanto, Juan había ordenado trasladar a Castilla a todos los que se habían salvado de la muerte.

Los veíamos desde lo alto de la montaña andando en cadena, guardando la distancia como gatos domesticados. Los vigilaban soldados equipados con aldabas y palos. Ninguno de nosotros se atrevía a bajar a salvarlos.

En ese momento aparecieron los mensajeros de Ibn Aboo pidiéndoles entregarse y rendir obediencia a Felipe II. Pero el príncipe lanzó un discurso hablando sobre el servilismo que habían tenido nuestras gentes desde la rendición de Abd Allah al-Ahmar ante los Reyes Católicos al firmar un acuerdo cuyos principios no fueron respetados más allá de

⁴⁸⁰Baile del Próximo Oriente que se realiza chocando espadas.

seis meses. Esto acabó con la provisión que tenía para autoabastecerse como refugiado en la Alpujarras durante diez años. Y aunque fuera la voluntad de Dios la derrota, preferiría morir antes de aceptar la humillación en un país que no respeta ni acuerdos ni pactos.

Fueron Fernando, Bernardino ben Amir y Kunsalfu al-Shinish, este último quien se convirtió en comandante general del ejército después del asesinato de Ibn Malih, los que presenciaron el encuentro y la respuesta violenta de Ibn Aboo. Incluso, Hernando Barcada, que se había ofrecido voluntario a intermediar en la reconciliación, se sonrojó y dijo lo siguiente: “Te cerraste todas las puertas, amigo mío”. Luego salió junto a los que le habían acompañado.

Entonces, al-Habqi estalló en cólera inesperadamente. Tuvimos miedo, incluso, de que desenvainara su espada y arremetiera con ella a Ibn Aboo en nuestra presencia. Lo sujetaron al-Shinish e Ibn Amir, quienes intentaron tranquilizarlo. Mientras tanto, Fernando y yo estábamos confusos sin saber a cuál bando aliarnos. Ibn Abi se volvió hacia nosotros airado echando maldiciones: “La muerte es más honorable que la copa llena de humillación que quieren que agotemos hasta el final” *. Yo empecé a quitarle importancia al asunto diciendo: “Es la guerra y podemos prolongar las negociaciones para detener su huida y organizarnos, ya fue suficiente con las ciudades, fortalezas y vidas que perdimos”.

Por su cara se apreciaba que estaba pensando en sus hombres, a los que les quitaba el sueño la idea de sobrevivir, aunque fuera bajo la sombra de la prisión.

Parecía como si Fernando no estuviera tranquilo por lo que estaba sucediendo a su alrededor y permaneció callado hasta que partimos en busca de al-Habqi y Barada.

Sin embargo, supimos que ambos habían abandonado nuestro campamento en Bérchules y Trevéz y habían subido hasta la cima de Sierra Nevada. Entonces, Ibn Aboo dio el orden de destituir a al-Habqi y nombrarlo comandante del ejército y nos sorprendimos con los panfletos que intercambiaban los soldados en secreto con la dispensa religiosa del *shayj* de la mezquita de las Alpujarras, López ben Adul, quien reclamaba la rendición y deshacerse de la desgracia que había traído Ibn Aboo a todos. Pero cuando buscamos al *shayj*, no lo encontramos. Comprendimos entonces que el asunto había tomado forma de una conspiración y supimos que al-Habqi y Hernando Barada se comunicaban con todos y que les pedían presionar al emir para que se rindiera.

Después, aparecieron los mensajeros de los españoles de nuevo en compañía de don Alonso de Granada, que era uno de los antiguos amigos de Ibn Aboo, quien lo incitó a negociar para obtener mejores condiciones.

Entonces el emir envió a al-Habqi un mensaje en el que encargaba a este llevar el tema de la negociación. Al presentarse aquel ante los españoles, acordó con su asamblea militar que se fuera don Juan, entregara su armadura y su bandera y que pidiera perdón por Ibn Aboo y por los que se encontraban con él. Así lo hizo y Juan otorgó el don de la paz a todos bajo la condición de que abandonaran las Alpujarras y que se marcharan a un lugar lejano. Aceptó al-Habqi, quien regresó después con dos representantes para que recogieran el documento de rendición de Ibn Aboo. Pero el emir, al conocer las condiciones exclamó ante al-Habqi: “Has venido con quienes se complacen en aceptar nuestro rendimiento y no has velado por que tu familia permanezca en sus tierras, así como tampoco has velado por su religión, su lengua o su vestimenta. Y ¿para qué se derramó tanta sangre?”. Al-Habqi miraba en los ojos de todos buscando quién le pudiera ayudar, aunque fuera con una sola palabra, pero nadie se atrevió.

Las condiciones eran humillantes e insultantes y todos soñábamos con dejar las armas y vivir en paz, pero no imaginábamos que él aceptara ni siquiera lo que nosotros habíamos rechazado antes de que tuviera lugar nuestra maldita revolución. Dimos nuestro apoyo al

rechazo de Ibn Aboo a que al-Habqi debía volver y cambiar las condiciones. Entonces partió de allí como el que se dirige a una muerte segura y regresó después con mensajeros nuevos sin grandes cambios. Volvieron como habían venido.

A los pocos días encontramos a al-Habqi en compañía de un grupo de castellanos entrando en la cueva del emir como infiltrados. Los guardias de los voluntarios argelinos les gritaban que se detuvieran para enfrentarse a ellos en una batalla violenta. Pronto nos despertamos con el alboroto que acabó con la prisión de al-Habqi y sus hombres. Y supimos de este que había prometido a don Juan llevar a cabo el acuerdo él solo.

Entonces Ibn Aboo ordenó asesinar a al-Habqi, después me ordenó escribir una carta a don Juan como si hubiera sido escrita por él en la que decía: “Conté al emir y a sus hombres lo que habíamos acordado y dijeron que no podían cambiar su religión ni la vestimenta de sus padres ni abandonar las Alpujarras y marcharse a unas tierras que nunca antes habían pisado. Y si se les asegura mantener todo esto, será posible negociar con el emir la rendición”. Me ordenó escribir, por un lado, cartas a los dirigentes de las distintas zonas para continuar con la guerra, y por otro, a la gente de Marruecos y de Argelia en las que se les animaba a apoyarles. Pero el tiempo se prolongó más de lo previsto y rápidamente se enteraron los españoles del asesinato de al-Habqi y de que el asunto era tan solo una trampa.

Prepararon cuatro ejércitos al mando de don Juan, de Sesa, de don Rakisans y del duque de Arcos y comenzaron un pleno ataque contra las Alpujarras por todos los bandos. Quemaban todo lo que se encontraban por delante disparando con los cañones montañas y valles, huyendo todos entre las rocas y cuevas. Como los españoles no tenían tiempo de esperar a que salieran de ellas, reunían todas las hierbas y brea que encontraban y prendían fuego con ellas. De este modo, se quedaban convencidos de su muerte por asfixia en la oscuridad de las cuevas. Prendieron fuego en el Valle de Shinish hasta convertirlo en un infierno rojo y en él arrojaban a todos los moriscos que capturaban y decían: “¡A Despeñaperros!”. El valle era conocido por este nombre.

El miedo a rendirse era para ellos mayor que el miedo a la guerra. Se dispersaron entonces todos y sus corazones quedaron abatidos. Se abrieron las puertas de entrada y no quedaron con nosotros más que cuatrocientos hombres con los que no sabíamos cómo detener aquel aluvión de castellanos. De repente, apareció Kunsalbu al-Shinis un mes después de que se marchara a Marruecos en compañía de doscientos voluntarios no pudiendo evitar la guerra.

Al verlo sano y salvo gritaron de alegría y entramos en la cueva del emir Ibn Aboo, quien lo felicitó y le encargó que permaneciera a su lado en su guardia personal. No pasaron dos días cuando lo encontramos gritando que el emir había sido asesinado.

Entramos a su aposento y lo encontramos con la cabeza cortada. La noticia se extendió rápidamente entre los soldados y los españoles lo supieron antes del amanecer. Entonces nos llamaron a la rendición intensificando sus ataques con los cañones hasta que no quedó un palmo de tierra que no temblara. Comprendí que aquello era el final y me resigné sentado al lado del cadáver del emir esperando a que se hiciera la voluntad de Dios en lo venidero.

No entendía Murad cómo se enteró la abuela de que había llegado Nariman, pues la única vez que había venido a la casa, la abuela no se había despertado aún. Se sentía inquieto desde que supo que Nariman era la hija de su tía.

No se lo dijo a Yana Hanim, entonces, ¿cómo supo que ella había viajado a Egipto? Al preguntarle por esto, ella alzó la voz al son de una cantante, que entonaba una vieja canción andalusí haciendo como si no la hubiera escuchado. Él le repitió la pregunta con el tono de voz de un policía y ella detuvo el *cassette* que estaba a su lado y dijo: “He percibido su olor entre decenas de perfumes que lleva en la ropa. Cuando llegó al Cairo la primera vez sentí que mi corazón latía con fuerza, se desvanecía de alegría. Fue cuando viniste tú y trajiste al médico, pero no te dije nada, pues había venido tu abuelo y me dijo que debías descubrirlo por ti mismo”.

Murad no pudo sino reír y la miró a la cara como si ella le dijera: “¿No comprendes que no hablo chocheces?” dejó entonces de reír y preguntó: “¿Y te lo has creído?” Ella asintió con la cabeza y añadió: “El ojo protector no abandona a sus hijos en sus desgracias y Nariman es para ti y tú para Nariman”.

No terminó de hablar cuando sonó el timbre de la puerta y le mandó que abriera él en lugar de la vieja sirvienta. Al abrir se encontró de frente con Nariman, que llevaba un vestido blanco como una novia en su día de bodas. Y antes de que Murad abriera la boca, ella colocó un dedo en sus labios y dijo: “He venido a ver a mi abuela, no a ti”.

Y nada más decir esto se escuchó a lo lejos de la sala la voz de la abuela que la llamaba y Nariman lo dejó, sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo, para llenarla de besos.

A partir de entonces, Murad tuvo el presentimiento de que los secretos del morisco se estaban descubriendo y que empezaba a sentirse extraño en su propia casa. Tomó una silla apartada para sentarse a contemplar dos copias de la misma mujer, una de ellas en color y la otra en blanco y negro. Al escuchar esto, se lanzaron contra él, quien pidió ayuda a la sirvienta, esta abrió la puerta de su habitación y dijo: “¿Necesitas algo, Murad?” Estallaron los tres en un ataque de risa, lo que hizo que se volviera por donde había venido.

Durante el almuerzo, Murad preguntó a Nariman: “¿Por qué no me dijiste que habías visto a la abuela?”. Ella le contestó con otra pregunta: “¿Y por qué no me pediste que viniera a verla?”. Murad se sintió en desventaja y obligado a callarse.

La abuela giró su silla para dirigirse a su habitación donde sanar sus heridas lentamente. Se esperaba entonces que el morisco se ocultara como de costumbre en su piel como un erizo en situación de peligro, sin embargo, recordó lo que le había dicho el agente de policía: “No deben ver en ti debilidad alguna”. Entonces tiró el tenedor enfurecido: “Porque yo hasta ahora no sabía si eras Raquel o Nariman”.

Fue esta la gota que colmó el vaso. Derramó un torrente de lágrimas que le hicieron estropear el maquillaje de su rostro. “Podrías haber preguntado a la abuela”-incredó ella. “No me fío de los delirios de los abuelos” -contestó él. Ella añadió: “Pregúntale a tu corazón, primo mío”. Estas palabras bastaron para darse cuenta de la amplitud del crimen que había cometido, puso la mano en el hombro de su prima y dijo con voz llorosa: “Estoy en un laberinto y no distingo entre el bien y el mal, pues todo me parece confuso y he llegado a la conclusión de que sufro alucinaciones. Sospecho, incluso, de mis propios dedos”. De repente, recordaron los movimientos de la mano del nuevo presidente del país, de su mensaje, y de cómo movía los dedos y rompieron los dos a reír sin poder parar. Nariman aprovechó la oportunidad para dejar de intercambiar reproches diciendo: “¿Sabes que hemos conseguido llegar a un acuerdo para enseñarle protocolo?”.

Algunos de sus hombres estaban con nosotros, por lo que salió la conversación acerca de sus modales y comportamiento. Al principio, se mostraban orgullosos y valientes al jurar la Constitución ante el pueblo en la Plaza de la Liberación. Grabamos la escena y la distribuimos a través de varias agencias cooperantes. Esta escena patriótica la presentamos como si fuera de enorme valentía. Estos tuvieron la sensación de que

habíamos realizado nuestro trabajo con gran profesionalidad y mostraron su deseo de cooperar más con nosotros. Yo dije que no debía gesticular más de lo necesario y me di cuenta de que no me habían comprendido. Entonces, hice un gesto con el dedo como hace él y no pudieron evitar reírse. Empezaron a darles excusas diciendo de él que era un hombre pacífico y que había dedicado muchos años al estudio en su especialidad. Les dije que había instituciones a donde se dirigen los políticos para aprender esto. Se quedaron muy sorprendidos con el asunto y llegamos al acuerdo de contratar a un grupo de expertos para que acompañaran al presidente durante varios meses.

Durante muchos años Murad había pensado que no volvería a ver a Nariman y que ella, como otros muchos moriscos, se había fundido con la arena o en el fondo de los mares. Largos años pensó que era el último morisco en El Cairo y que, con su muerte, terminaría la línea que comenzó su abuelo Rizq Allah ben Yunis, aquel del que temieron sus tíos que pudiera tener una influencia negativa en la gente usándola contra ellos por su frivolidad y arrogancia, pues siempre estaba dispuesto a matar o a arriesgarse a ser asesinado si percibiera que alguien dudaba de su religión.

Los tunecinos se encontraban en discordia con los moriscos, que habían llegado a su país por compartir sus posesiones, bienes, tierras, y codiciaban los frondosos huertos que los moriscos habían hecho florecer, así como la casas que habían levantado y pusieron en sospecha su religión y su lealtad. Sus tíos Rabiú y Ammar temieron que esto pudiera provocar el enfado de los gobernantes del país y que entraran con sus hijos en una nueva diáspora, por lo que decidieron deshacerse de su sobrino enviándolo a un viaje sin retorno alegando que eran muchos en el lugar y que los hijos de los moriscos querían ya casarse con gentes de Túnez y con los beréberes y que no les había dado su hermano Yunes, ya difunto, ni su padre Muhammad ben Yahur ninguna indicación sobre si le estaba permitido a un morisco casarse con otro que no fuera morisco, por lo que se vieron obligados a pedir la fetua religiosa del *shayj* al-Azhar del Cairo en lo referente a este asunto.

Le señalaron el camino de salida del barrio de al-Andalus hacia las puertas de Egipto, saliendo de allí en dirección a al-Mahdiyya y, después, a Safaqa (en Túnez) atravesando el desierto. Nunca había salido de allí antes y cuando llegó a Sirt (en Libia) preguntó por el camino que llevaba hasta al-Azhar, pero nadie entendía su lengua, que era una mezcla de español y del habla de la gente de Tetuán y no conocía bien ninguna de las dos.

Le proporcionaron agua y comida y le indicaron que siguieran una estrella en el cielo. Al desaparecer de su vista, se perdió en el gran desierto y tuvo miedo de las hienas y de los leones cuando empezaron a aullar.

Subió entonces a una duna para detenerlas y, en ese momento, apareció su abuelo, Abd Allah ben Yahwar sobre su caballo blanco ahuyentando a los leones, que desaparecieron por el desierto. Cuando acabó todo, le preguntó Rizq Allah quién era y este le respondió: “Soy tu abuelo. Soy el ojo protector de mis hijos en la desgracia”. Lloró Rizq Allah y dijo con desesperación: “Salí hace dos semanas hacia El Cairo, todavía no he llegado y no puedo regresar. Mis pies están agotados de andar y tuve sed y hambre”. Entonces, el ojo protector se sentó en una duna y le preguntó con tristeza: “¿Y por qué toda esta tortura, hijo mío?”. Respondió que sus tíos deseaban preguntar al *shayj* de al-Azhar si le estaba permitido a un morisco casarse con una que no lo fuera. Guardó silencio el abuelo y pensó Rizq Allah que había dicho algo no apropiado que lo había hecho enfadar y le preguntó: “¿Tienes algún problema allí en Egipto, abuelo?”. Pero el abuelo subió a su caballo y dijo riéndose: “Mi disputa está con los que te enviaron lejos. Diles que no está permitido”. Pero Rizq Allah negó con la cabeza diciendo: “Les hice una promesa y debo cumplirla. Y según me diga el *shayj* de al-Azhar así haré”. Entonces su abuelo lo hizo subir a su caballo detrás de él y siguieron a una estrella que resplandecía en el cielo. No tuvo Rizq

Allah noción del tiempo hasta que el ojo protector bajó de su caballo a las puertas de Bab al-Futuh y le dijo: “El Cairo, pregunta a la gente por su *shayj*”.

Un mes antes de su llegada, El Cairo había acabado con la discordia de un hombre que afirmaba ser profeta, que mostraba sus milagros haciendo que la gente se desnudara ante la llegada del Juicio Final. Lo seguían gentes viles y el vulgo. Iba de casa en casa y su llamada se extendió incluso llegando a los ricos, que llegaron a entregar sus riquezas para contentar a Dios. Entre ellos se encontraba una princesa turca que abandonó su palacio y rasgó sus ropas para seguirlo por callejuelas y barrios. Las tiendas vinieron a pique y el comercio cayó, extendiéndose el miedo entre la gente.

Así, los persas y regentes otomanos vieron peligrar su poder a manos de este nuevo profeta. Organizaron un banquete y lo invitaron el viernes, día de la reunión. Al entrar en la fiesta acompañado de lunáticos cerraron las puertas con ellos dentro y empezaron a darles latigazos. Después, lo llevaron a que lo confesaran el alfaquí y el *shayj*, pero él insistía en que era un enviado de Dios y que moriría el mismo Día del Juicio Final. Al escuchar esto, los imanes sacaron una fetua para condenarlo a muerte, pero el regente otomano ordenó meterlo en prisión durante una semana esperando que sucediera un milagro mientras tanto y, al no mostrar milagro alguno, lo sacaron por las calles. Y, finalmente, fue colgado en Bab al-Futuh gritando el pregonero: “Quien no puede salvarse a sí mismo no puede matar”.

Rizq Allah escuchó que alguien en Bab al-Futuh había proclamado que Kuyik Muhammad había eliminado las defensas que había impuesto a los propietarios de jenizaros y de casas de adobe. La gente vitoreó con alegría deseando larga vida a Saad Kuyak y a sus hombres. Y cuando les preguntó Rizq Allah por al-Azhar se extrañaron al ver su atuendo y escuchar su lengua, la cual no entendían, y le preguntaron por su país, respondiendo él: “Benzart”. Y le preguntaron. “¿Y para qué has venido?”. Él respondió: “Soy un mensajero”. No comprendía por qué se reían tanto y se enfadó diciendo: “Como si fuera el Día del Juicio Final”. Y preguntaron con ironía: “¿Mensajero y nos adviertes del Día del Juicio Final?”. Y comenzaron a darle golpes y lo llevaron a la casa del secretario Rayab donde lo encarcelaron sus hombres para estudiar el asunto al día siguiente. No comprendió Rizq Allah qué había hecho para merecer esto.

Pocas horas después, el aire se volvió de color amarillo y se levantó un viento fuerte. El país se inundó de tierra y se extendió entre la gente el rumor de que había un mensajero, encerrado en la casa del secretario que decía que el Día del Juicio Final sería aquel viernes. Entonces se reunieron y se dirigieron ante él, rasgándose las mejillas y arrojándose tierra a los ojos. El secretario preguntó temeroso por cada palabra que había pronunciado este mensajero. Fue en busca de él y lo sacó de la prisión haciéndole reverencias.

Rizq Allah no comprendía lo que estaba sucediendo y, sobre todo, cada vez que pronunciaba Universidad de al-Azhar entendían que se refería al viernes de al-Azhar y cada vez que decía “mensajero”, se rasgaban los bolsillos y se daban golpes en las mejillas.

Se trasladó Rizq Allah desde la casa del secretario a la casa del gobernador y desde la del director de finanzas a la del mismísimo Pachá. Ninguno de ellos conocía su lengua ni su habla, solo lo que la gente había dicho de él. Y así, sucesivamente, hasta que Kuyak Muhammad ordenó encerrarlo hasta el viernes en caso de que llegara la hora del Juicio Final y hubiera dicho la verdad, que se ganara la confianza de todos y si, por el contrario, si después de rezar la oración la gente el viernes, no llegara el Día del Juicio, estaría permitido sacrificarlo.

Fue Rizq Allah hasta el día del viernes muy querido y respetado. Los soldados lo servían y lo adoraban los ricos más que los pobres. Ignoraba Rizq Allah lo que estaba sucediendo

y, cuando pasó el viernes, se sentó la gente en al-Azhar a esperar el día del Juicio Final a que llegara la hora del rezo del *asr*. Y después de rezar, salieron con el líder religioso de los *shayjs* hacia la cárcel de al-Qalaa⁴⁸¹ y pidieron que el profeta falso fuera asesinado. Pero el líder religioso dijo: “Es preciso que confiese antes. Si se arrepiente, se le perdonará, pero si persiste en su llamamiento, será sacrificado”.

Trajeron a Rizq Allah y le dijeron que aquél era el *shayj* de al-Azhar. Se inclinó Rizq Allah a besarle las manos. La gente se miró cuando aquel entregó al *shayj* una hoja de papel liada en un calcetín de lino. Miró el *shayj* su extraño atuendo y preguntó: “¿Alguno de vosotros conoce de qué país son estas ropas? Y respondió uno de ellos: “Túnez y Marruecos”. Uno de ellos dijo: “Túnez”. Entonces el *shayj* le preguntó: “¿Y conoces su lengua?”. Después se dirigió a él y le preguntó por su tierra, sus gentes y por qué había venido hasta allí. Luego se quedó mirando el papel y dijo: “Esta es la lengua castellana con letras árabes. Dice ser un morisco de los que se instalaron en Benzart y que trae una carta de sus gentes en la que le preguntan a usted si está permitido a un morisco casarse con una que no sea morisca”.

Cansado ya el gran *shayj* de todo el estrépito provocado por Rizq Allah en el lugar, sintió rabia de todas las trifulcas ocurridas a raíz de todo esto. “No le está permitido a un morisco casarse con otra que no sea de su estirpe”- pronunció el *shayj*. Y, justo cuando se disponía a explicar su respuesta, entró un mensajero del sultanato con un grupo de soldados diciendo que el sultán había recibido el don de Dios de engendrar gemelos y que había que sacrificar corderos y celebrar un gran banquete con adornos y luces por el alegre acontecimiento.

Las gentes pronto olvidaron lo sucedido y se entretuvieron en llenar la barriga. Ya no se acordaba nadie de Rizq Allah ante tanta alegría, salvo el secretario Rayab, aquel que dijera: “Traedme al morisco para pedirle predicción del futuro antes de que lo llevemos a prisión”. Pero el ojo protector susurró a su nieto una buena noticia para que se la diera al secretario y era que en dos días subiría de rango. El secretario sonrió y dijo con sarcasmo: “¿Te volviste de nuevo un loco? Y Rizq Allah indicó con dos de sus dedos: “Dos días”. El secretario respondió: “No perderemos mucho”. Seguidamente, ordenó meterlo en prisión hasta que se terminaran las celebraciones por el sultán y, nada más probar la gente la comida del banquete, sacó el Pachá un decreto en el Palacio Superior en el que designaba a Rayab, el secretario, como regidor de la administración. A continuación, hizo llamar a sus soldados para que le trajeran al morisco. Le dio de comer y ropas para vestirse. Después le preguntó: “¿A qué te dedicabas en tu tierra?” Él respondió: “Cultivaba la tierra y vendía sus frutos”. Ordenó entonces que le dieran una vivienda y un gran pedazo de tierra en Ramlat Bulaq.

31

Mi abuelo Rafiq se pasó la vida soñando con la paz. Había presenciado, tras la muerte de su abuela Hanim, el miedo de su padre Samih a que el ojo protector se enfadara con los moriscos. Lo vio llorar por ellos hasta perder la vista y adelgazar hasta el extremo de permanecer ya para siempre en la cama en la que murió.

Había sido testigo también de la tristeza que sentía Yamal, el hijo de su tío Fajri, por su tío Afif tras saber que el ojo protector no estaba satisfecho con él, pues consideraba que un hombre no podía albergar dos males en su corazón.

⁴⁸¹Zona en Egipto.

Cuando Afif quiso la fábrica de cristal, se la dejó a condición en un futuro no codiciara para él la herencia de su hermano Asaad. Cuando la fábrica vino en quiebra y les fue embargada, Rafiq cogió a su hermano Asaad y le obligó a casarse con su hija Nayat, dando su promesa de que repartiría la fortuna entre él y su hijo Yusuf. Al fallecer Asaad y Nayat, acogió Rafiq a sus dos hijos, Nariman y Wadi lamentando su orfandad. Sin embargo, Rafiq tenía conocimiento de que a Afif le habían embargado y de que no había recibido la herencia de su padre. Por eso, no se opuso cuando vino a reclamarle a sus dos sobrinos. Este sabía que no había venido por ellos sino por su herencia y sabía también que, por mucho dinero que consiguiera, el ojo protector no permitiría que lo disfrutara.

Rafiq vendió el jardín de la vivienda a un hombre de negocios, quien construyó en él un centro comercial y le entregó el dinero de la venta a Afif, con Nariman y Wadi como mediadores suyos, esperando que el enfado del ojo protector fuera menor. Soportó los problemas de la vida hasta que murió su hijo Yusuf, por el que lloró hasta quedarse ciego. Permaneció en su habitación sin salir de allí hasta que supo que estaba a punto de morir, entonces me llamó y me dijo: “Murad, di a tus tíos que me estoy muriendo”. Con miedo me apresuré a ir llamando a las puertas de sus casas con el ímpetu del que huye de un ave *ruc* enorme a punto de posarse con sus grandes alas sobre la vieja vivienda. Llamaba a las puertas con todas mis fuerzas para echarlo. “¡Mi abuelo se está muriendo! ¡Mi abuelo se está muriendo! -gritaba yo, y mis pies pisaban impetuosamente los peldaños de las escaleras, uno tras otro, hasta que les contagié mi miedo y corrieron asustados en pijama como si el cielo se fuera a desplomar sobre la Tierra o el ave imaginaria se inclinara para sacarlos de sus habitaciones y no tuvieran otro refugio que la habitación del abuelo. Cuando llegaron a ella, lo encontraron sentado, vestido con sus mejores ropas y perfumado con almizcle y albahaca. Se sorprendieron de su buen aspecto. Este les sonreía. Entonces empezó a contar el viaje de su abuelo Yunes ben Muhammad ben Abd Allah desde Marruecos hasta el barrio andalusí de la verde Túnez diciendo:

“Tenéis que ser como quienes les siguieron en su viaje, que no estaban preocupados nada más que por satisfacer al ojo protector, convencidos de que él caminaba en compañía del abuelo Yunes venciendo a ladrones, ahuyentando a animales de presa quitándoles el miedo a perder la vida y a pasar hambre.

Comenzó desde la lejana ciudad de Tetuán pasando por la insegura Argelia y llegando hasta las fronteras de las viviendas de las gentes de Benzert. Les había dicho: “Asentaos aquí, pues no está el bey de Argelia para llevaros a luchar contra los Saadíes. Y tampoco están los Saadíes de Marruecos que os abandonarían en pleno desierto con su intenso calor para que luchéis contra sus leones. Permaneced al lado del que sea mi sucesor como acompañaron vuestros abuelos a Yunes en sus viajes y en sus desgracias. Y si os ordenara que echéis raíces en una tierra, sabed que él recibe órdenes de una fuerza superior. Y si dijera salid de ella, sabed que la mirada superior del ojo protector está señalando otra tierra, aprended a callar más que a hablar, y si tenéis dudas, consultad a vuestro jefe y sabed que, si os perdierais junto con vuestro jefe, sería mejor para el ojo protector esto que no obedecerlo”.

Los vi llorando con resignación convencidos de que él elegiría a uno de ellos como su sucesor. Los vi agachar la cabeza con lágrimas en las mejillas y lamentos que rompían el alma.

Cuando se cansó de hablar, tomó aire y la abuela Yana se levantó de su sitio para ir a buscar unos tranquilizantes, pero le hizo un gesto con la mano en ademán de apartarla y continuó hablando: “Dios sabe que yo os contemplo con mi corazón y veo lo que hay en vuestras conciencias, más allá de vuestros cuerpos. He recibido una orden, que sé que no vais a aceptar, y temo por esta persona en lo referente al asunto. Jurad que vais a rendirle obediencia antes de conocer su nombre”. Entonces juraron ante Dios obediencia y que no

incumplirían su voluntad bajo ningún concepto. Después, tomó la medicina, se acomodó en su cama y dijo: “Vi ayer a vuestro abuelo sobre un corcel cabalgando apresuradamente, y en su mano llevaba vuestro libro, que decía: “Lee”, lo abrió por una página en blanco, entonces las líneas empezaron a alinearse y las palabras a adornarse con letras de luz y fuego y exclamó: “¡Lee!” Y leí: “Cuando Rafiq muera, designamos a Yana como tutora y sucesora de los moriscos”. Vi cómo sus caras se llenaban de rabia y con las palmas de sus manos se rasgaban los bolsillos. Se miraron quejándose con un tono cada vez más exaltado. Entonces dijo el abuelo: “Hazme descansar, Yana”. Y aquello fue una indicación de que el mensaje había concluido. Ella le retiró la almohada de detrás de la espalda poniendo la mano sobre su hombro para que descansara en su cama. A continuación, la gente se retiró de la habitación y se fueron unos a la sala y otros a las escaleras.

El murmullo se acrecentaba entre aquellos que observaban extrañados el caso, y otros con desaprobación cuando, de pronto, escucharon los gritos que procedían de la sirvienta, se convenció de ello de que el espíritu había subido ante su Dueño y que se encontraban a partir de ahora en una nueva etapa.

Todos estaban convencidos de que Yana era la última persona que podía ser su tutora, quizás porque esperaban que la tutoría se hubiera trasladado desde la casa de Habib Allah a la casa de sus tíos Musa e Ismael o, tal vez, porque Yana había estado toda su vida muy protegida y desconocía los asuntos referentes a estos.

Sin embargo, los días les demostraron lo contrario, su lado serio y de una dureza insospechada para muchos asuntos.

Se limpió las lágrimas por su esposo y ella misma se encargó de los rituales. Lavó el cadáver con sus propias manos y bajó a la tumba para perfumarla con agua de narciso. Después, ordenó abrir la villa de Habib Allah para recibir el pésame. Había traído a los recitadores del Corán sentada en el sillón de su abuelo Habib en primera fila. Cuando acabó el luto, se colocó su ropa habitual y se fue a la agencia donde ocupó el lugar de su abuela Hanim, de su tío Samih y de su esposo Rafiq.

Los moriscos no vieron aquello con buena actitud y empezaron a poner obstáculos, esperando que ella abandonara la agencia igual que había hecho antes su esposo Rafiq. Por el contrario, ella salía airoso de todas las dificultades hasta que se rindieron a la evidencia de que, tal vez, ella fuera la mejor de las tutoras. Pero los celos de las mujeres no cesaban, pues pensaban cómo iba a ser Yana, la idiota, su tutora. Empezaron a blasfemar contra ella y si aquella ponía sus manos en los libros de cuentas, siempre le echaban en cara sus errores y descuidos diciendo que era una charlatana que pretendía deshacerse de ellos. Yana había dicho que eran corderos dirigidos por mujeres que se quedaban en sus casas abandonando sus trabajos y esperando a que ella viniera a buscarlos. Pero ella estaba convencida de que la mano dura era mejor que una débil para resolver los asuntos. Contrató nuevos empleados y trajo a nuevos comerciantes y permaneció trabajando mañana y tarde. Ella no conocía la pereza ni la charlatanería de las mujeres.

Por desgracia, aquello no duró mucho pues una mañana desgraciada se vistió y salió al amanecer para ir a trabajar. El ascensor, que nunca se había averiado antes, cayó con ella en su profundo pozo. Permaneció en el hospital días y todos pensaron que había perdido la vida, pero se mejoró venciendo a la muerte, aunque se quedó en una silla de ruedas. Se había quedado inválida.

Entonces, algunos de ellos se juntaron y fueron a buscar a su primo Qandil ben Daud, el escandaloso, quien le dijo: “Yana, tu salud está debilitada y los problemas de la familia han aumentado. Es necesario que se haga cargo de la situación un hombre”. Ella respondió diciendo: “¿Y qué es lo que veis, primo mío?”. El hombre bajó el tono de su

voz y aclaró: “Ha llegado el momento de que descanses y de que elijas un jefe que se encargue de todo”. Ella movió la cabeza preguntando: “¿Y vais a estar de acuerdo conmigo?”. El hombre esperó la buena noticia exhausto y dijo: “Seguro que sí, gran jefa”. Y lo que consiguió fue dejarlo absorto por la sorpresa al escuchar: “Mi sucesor será Murad ibn Yusuf”. El hombre me miró sorprendido sin poder creer lo que estaba escuchando y dijo: “Pero él es joven”. Yana asomó su cara por detrás de la colcha con la que se tapaba y dijo: “Murad será el jefe y todo está en el Libro”. Se levantó el hombre de su sitio como si le hubiera mordido una serpiente diciendo: “Estás complicando las cosas”. Después salió sin hablar ni mirar a ninguno de los que le esperaban.

Yo fui el único que la vi secarse las lágrimas tras la muerte de Rafiq. Cuando le pregunté por qué lloraba me abrazó diciendo: “Queremos nuestra parte de la herencia de Habib Allah como lo hizo Afif”. Luego vendió la agencia y repartió el dinero a partes iguales entre todos.

Se levantó Murad del *chaise-longue* sin poder mantener el equilibrio buscando algo en donde apoyarse y tan solo encontró a su amigo el médico. Ya en la calle respiró profundamente y decidió a ir a su casa en compañía de él, que se ofreció a hacerlo. Delante de la estatua de Talaat Harb se pararon a mirar la portada de un libro sobre moriscos y la desgracia ante el escaparate de una famosa librería. El médico esperó a que Murad entrara a comprarlo, pero Murad le dijo con un gesto que siguiera andando. Luego le sorprendió con la pregunta de cuál sería el destino de las grabaciones en cinta de aquellas sesiones. El médico paró de andar al escuchar su pregunta y le reprochó a su vez sus sospechas hacia él. Murad dio unas carcajadas y dijo: “Te voy a pedir un favor. Si muero o me pasa algo grave, no te deshagas de las cintas. Debes publicarlas para que todos conozcan lo que les sucedió a los moriscos y a sus descendientes”.

32

Permanecí sentado junto al cadáver del emir Ibn Aboo en su cueva hasta que llegaron. No tardaron mucho y no pasaron muchas horas hasta que aparecieron los primeros albos del día fuera de la cueva.

Toda la noche había transcurrido a tropezones lamentando que la derrota les había invadido por todos lados. La noticia, que se había expandido como el fuego en un pajar, los había hundido. Desconcertados, perdieron la noción entre el bien y el mal. Los españoles habían anunciado la noticia y andaban dándose empujones por escucharla. Al presenciar esta situación se quedaron impactados y esperaron ansiosos a que el emir aceptara los requisitos impuestos para la negociación.

Al poco tiempo, los españoles rodearon las montañas y anunciaron que todo aquel que se rindiera se salvaría de la muerte, él, sus hijos y los que tuvieran parientes en prisión serían liberados. El problema tomaba forma de una bola de nieve que empezó tímidamente y que se fue agrandando. Al principio la gente rechazó la proposición para después pensárselo. Todos perseguían el liderazgo en ausencia del emir.

Fernando intentó disuadirlos para que se rindieran alegando que aquello era una trampa, pero Shinis apareció con sus hombres de repente llamando a abandonar la lucha. Dijo que los otros eran superiores en número y fuerza, que conocían el asesinato de Ibn Aboo y que los españoles no permitirían que ninguno se escapara, por lo que la rendición ahora era mejor que esperar a morir por la mañana.

Se encontraban todos desconcertados actuando de forma anárquica. Unos querían seguir con la guerra y preferían morir de pie en su sitio. No deseaban ser vendidos o torturados

ni renunciar a su religión para morir cristianos. Sus palabras tenían un tono alto afirmándose en su postura. Pero esta decisión la aceptaron sólo unos pocos, pues los españoles atacaron de repente y las montañas de las Alpujarras se convirtieron en zona de guerra ya perdida. Muchos habían entregado sus armas en los desfiladeros y bajaron en silencio con los soldados. El que no se rindió murió allí. Los senderos que conducían a la Alpujarras eran pasillos donde capturaban rápidamente a los disidentes desde un centro de control, algunos de los cuales habían anunciado su rendición, sin poder nadie impedirselo. Fernando había dicho: “Si tenemos que retirarnos, debemos buscar otras montañas donde protegernos antes de que estos las ocupen y, para lograrlo, debemos escondernos en cuevas y en el bosque hasta que vuelvan a sus asuntos”.

Todos estuvieron de acuerdo con su propuesta y clamaron la necesidad de retirarse. Pero los españoles llegaron antes de pensar en la manera de hacerlo. Vino entonces Sinish con un grupo de españoles. Fernando tuvo que idear un plan para aquello y se sorprendió de que Shinish le pidiera que entregara su arma. Le preguntó con qué potestad le pedía aquello y Shinish le respondió: “El poder de ser el emir”. Sorprendido Fernando con su respuesta le preguntó: “¿Y quién te proclamó emir nuestro?”. Este contestó que fueron los españoles los que lo decidieron y desde aquel momento no había otro sino él. Después ordenó llamar a los hombres para que se rindieran y así evitar más muertes.

Brillaba la luz de la luna en el cielo y por los caminos y valles ardían fuegos cuyo humo asfixiante inundaba el horizonte por todos lados. Fernando sonriente sacó su espada con la velocidad del rayo para enfrentarse a su viejo amigo y empezaron a lanzarse golpes hasta que el cansancio les pudo y se detuvieron a tomar aire. Preguntó Fernando: “Entonces has asesinado a Ibn Aboo a orden de tus amos”. Y este respondió con voz entrecortada: “Él fue quien nos mató a todos con su testarudez y quien nos puso en esta débil situación porque debió haber firmado el acuerdo que velaba por nuestro derecho a vivir. No miró por nadie nada más que por sí mismo. Tan solo pensaba en controlar el emirato, aunque fuera a costa de nuestros cadáveres”. Cuando le preguntó Fernando si aquello era justificación suficiente para matar a Ibn Aboo contestó Shinish en forma de ataque: “Y es justificación también para matarte a ti”.

Pero Fernando recibió el golpe con entereza y siguió luchando como si con ello expulsara a todos los españoles lejos de las montañas. Golpeaba con violencia hasta que cayó ante él Shinish sin saber cómo. Luego arrojó su espada y huyó buscándose hacia la cueva y me dijo: “tenemos que llevarnos el cadáver del emir y huir de aquí, pero debemos enterrarlo como merece un emir nuestro”. Me di cuenta de que debía de dejar de llorar y hacer algo y me levanté inmediatamente para colocar el cadáver envuelto en una tela dentro de la cueva.

Nos habíamos retrasado mucho en todo, incluso hasta la muerte de Shinish vino tarde, después de humillarles por los senderos en dirección a las montañas. No dimos muchos pasos fuera cuando, de repente, nos encontramos rodeados por decenas de ellos que nos apuntaban con sus espadas al cuello o al pecho.

Dejamos caer al suelo el sudario que envolvía al emir y levantamos los brazos en señal de rendición. A partir de aquí, no sabíamos a dónde éramos arrastrados. Nos arrebataron todo, nos separaron y nos echaban de mano en mano, aligerando el paso a causa de los palos que nos caían de arriba abajo. Teníamos las manos atadas a las espaldas y nuestros pies tropezaban con arena, piedras, rocas y guijarros. Nuestros pies sufrían una extraña ceguera pues, cuando conseguían salir de un hoyo, tropezaban con una piedra, y cuando por fin encontraban el equilibrio, se derrumbaba un nuevo despeñadero.

El valle en esta fría mañana dibujaba una bandada de gatos asustados, de gatos aterrorizados en filas asimétricas. Nadie hablaba, gritaba o se rebelaba. Todos parecían rendidos extrañamente, como si hubieran esperado este momento desde hacía años.

En la parte de abajo, donde se hallaban las antiguas tierras de mi padre y donde Fernando me enseñaba a luchar con el palo, estaba el punto de encuentro de los presos. Nos ataron unos a otros y después nos ordenaron iniciar la marcha. Salía humo por todos lados y había cuerpos extendidos por todos los sitios. Algunos sangraban y necesitaban quien les diera auxilio, otros habían perdido la vida. La sangre cubría la tierra y las piedras del camino y corría entre las rocas coaguladas en hilos. No sabíamos a dónde íbamos mujeres, niños, ancianos y un pequeño número de hombres.

Al poco tiempo, nos encontramos con otro grupo mayor de presos, pues venían caravanas de otros lugares, algunas de ellas eran solo de mujeres y en otras estábamos mezclados mujeres, niños y ancianos. Allí nos volvieron a atar en largas filas y nos gritaban movernos. Y fue aumentando la cadena humana de presos en las proximidades del Albaicín. Allí nos pararon para colocarnos y organizarnos.

Había un grupo de soldados alrededor de un caballo sobre el que estaba montado un hombre con la cara vuelta hacia atrás. “¡Es Ibn Aboo!” -exclamó una mujer entre las filas. Se asomaron a ver quién era y yo con ellos. Era el emir cuyo cuello estaba dejado caer sobre su pecho y entonces recordé que le habían cortado la cabeza y pasé largas horas en su velatorio mientras que había ya guerra fuera. Grité: “¡El emir ha sido asesinado!” y no sé de dónde me vino un golpe que me hizo callar. Un guardia me golpeó en el hombro y sentí cómo una bola de hierro rajaba mi ropa, mi piel y me destrozaba los huesos sin poder abrir la boca porque, cada vez que la abría, me apretaban las costillas y me puse a llorar sin que nadie me escuchara. Me quejaba en silencio, andaba en silencio y mi espíritu salía de mi cuerpo aún más silenciosamente.

Al entrar en la plaza de Granada nos rodearon los cristianos vitoreando el nombre de su rey, Felipe II y el de su hermano ilegítimo, don Juan y algunos, tímidamente, el nombre del jefe de la Inquisición.

Pedro Deza iba encabezando a los presos humillados y maltratados, mientras sonaban los tambores y cantaban el himno con música militar. Les seguía Ibn Aboo, que había sido asesinado sobre su caballo como preso derrotado. Ibn Aboo, quien había rechazado morir sometido, fue devuelto a la vida para que fuera deshonrada su cabeza tras su muerte.

Pero yo sabía que él estaba sonriente en el cielo, burlándose de ellos y diciendo: “Coged el cadáver pues yo ya he salvado mi honor”. Y vi su espíritu, rondando a lo lejos y haciendo señales a sus seguidores, que decía: “De esto quería salvaros a todos. Esto es lo que no quería yo que os sucediera a vosotros”. Y mientras, el espíritu de Shinish se encontraba atado a una larga cuerda en la parte de atrás de la silla de montar del caballo de Ibn Aboo, el cual sobrevolaba por encima de la gente y la cabeza de Shinish estaba coronada de espinas y untada de brea.

La música dejó de sonar y apareció don Juan sobre la tribuna ante la multitud que vitoreaba su nombre con una valentía jamás vista. Era como si encontraran su alma al gritar.

Habló don Juan en la Plaza Grande y el eco de sus voces pasaba de unos a otros, confundiéndose entre el griterío y el ruido. Finalmente, ordenó su ejecución ante los ojos de todos. Trajeron dos maderos grandes cruzados en forma de muñeca de madera y ataron su cadáver a ellos rodeándolos con una corona de espinas. Después empezaron a lanzarles piedras desde todos los sitios hasta que vino el verdugo con un hacha grande en la mano y le asestó un golpe que hizo que cayera la cabeza del cuerpo, sin derramar una gota de sangre sin que la gente se percatara de esto. A continuación, los caballeros arrastraron la cabeza con las zancas de sus caballos y uno de ellos la pinchó con su jabalina y la alzó como a una bandera. Después, le dio una vuelta alrededor de la plaza mostrándola a todos, anunciando que era el fin del maldito Satanás, el fin de los que no obedecieran al gran rey de España, el fin de Ibn Omeya, de Ibn Aboo, de Ibn Yahwar y de todos los hijos de

árabes, beréberes y herejes. Después de esto fuimos conducidos a la plaza de la iglesia, nos ataron y nos dejaron allí todo el día y parte de la noche. Allí hacíamos nuestras necesidades mujeres y hombres, pues el miedo y la deshonra nos habían hecho perder la vergüenza sin preocuparnos nuestro destino.

En mitad de la noche algunos guardias se compadecieron del llanto de niños y mujeres. La vergüenza mataba a algunas, pues sus vejigas no distinguían entre estar libres o presas, y las llevaron a un lugar oscuro para que hicieran sus necesidades. Los niños tenían necesidades diferentes, algunos lloraban de hambre, otros gritaban de miedo y solo unos pocos deseaban volver a las Alpujarras. Los hombres permanecían quietos, apáticos. No había miedo, ni compasión, ni llanto. Sus ojos se secaban dentro de sus propias cuencas y perdieron las ganas de ver a sus familias.

Busqué a Fernando con la mirada, pero no lo encontré. Busqué entre las mujeres a Hind, la hija de al-Habqi y no la reconocí entre ellas. Rebuscaba en mi mente para reconocer a cualquier persona entre ellos que pudiera seguir viva y sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo. Mis ojos cayeron vencidos cuando vi a alguien que se detenía delante mía subido a caballo y que me extendía la mano en la oscuridad diciendo: “¡Levántate, Muhammad, por qué te has sentado aquí?”. Cuando abrí los ojos ya no lo encontré. No era mi padre sino el tío Badith. No sabía por qué había soñado con él. Quizás le había llegado la noticia de nuestra derrota o, tal vez, era yo el que deseaba ir con él.

Por la mañana vinieron los guardias echándonos trozos de pan y nos olvidamos de nuestra desgracia poniendo sus migajas en nuestras bocas. Las masticamos en silencio mientras sus risas tronaban nuestros oídos. Los tragamos como si fueran nuestros propios huesos. Al recordar la imagen de Ibn Aboo y la de los que habíamos dejado atrás asesinados y sus restos esparcidos en zanjas, ninguno de nosotros sentía ganas de comer. Pero el hambre no perdona y el miedo empuja a ocultarse en cualquier situación. Nos dormimos de nuevo unos sobre otros temblando de miedo a lo desconocido hasta que fuimos despertados para que escribiéramos nuestros nombres en una larga lista.

Dos días después supimos que el rey había sacado el decreto en el que ordenaba que nos repartieran por las provincias del norte. Nos pusieron en filas por decenas y nos repartieron por pueblos pequeños.

Aquellos que no se rebelaron no conocieron el significado de la revolución, los que no aceptaron la condición de abandonar su religión y su historia para poder sobrevivir. Fuimos transportados a una larga caravana de gente, que rodeaban guardias con caballos y palos e hicimos el trayecto andando bajo un intenso frío. La tristeza y las heridas hicieron que algunos tuvieran sensación de asfixia. En algunos casos pedíamos a Dios la muerte y misericordia.

No nos quedaban fuerzas para arrastrar nuestras cadenas ni las de los demás en una muerte lenta. Al llegar, en compañía de los que habían venido desde Toledo, nos encontramos a la gente saliendo de sus casas para vernos. Algunos nos contemplaban con ojos llorosos y tristes, otros se alegraban del mal ajeno, insultándonos y escupiendo sobre nuestras caras. Había entre ellos quienes rezaban a Jesús para que les perdonara al no conocernos, entre ellos se encontraba el tío Badith.

Vi cómo cogía un palo y golpeaba a algunos ayudando a los soldados a controlar las filas hasta que ellos se lo impidieron, pues el rey había decretado la orden de respetar a los moriscos. “¡Solo se nos permite a nosotros golpearlos!” exclamó un soldado. Y a continuación, empezó a golpear a todos los que veía que miraban fuera de la línea.

Allí en la plaza de Toledo, donde viví tres meses con el tío Badith restaurando muros y paredes, nos detuvimos por centenares en espera de que nos repartieran por los pueblos de la provincia de Toledo. Los sacerdotes registraron nuestros nombres y vinieron representantes de los pueblos, a quienes nos entregaron después. Yo me marché con ocho

hombres, diez mujeres y siete niños en dirección de la iglesia de Talavera, ubicada en el margen del río Tajo en la parte occidental de Toledo. Conocía el camino mejor que nadie, pues muchas veces lo había recorrido buscando piedras de colores y calizas que necesitábamos en el taller del tío Badith.

Se acercó hasta nosotros un sacerdote allí en la plaza de su pequeña iglesia para censurarnos ante las gentes del pueblo. “Quién necesite algo de estos impuros que se acerque a acogerlo en custodia y que no salga del pueblo sin el permiso de su dueño y que no haga nada sin su aprobación y que tome la mitad de las ganancias que obtenga” - ordenó el sacerdote.

Acudieron en tropel a examinarlos como esclavos por los que iban a pagar. Algunos de ellos preferían mujeres y no querían niños, otros buscaban jóvenes y no deseaban ancianos. Al final, no quedamos más que yo, tres ancianos y dos niños pues todos me veían tan delgado que no les parecía que valiera para nada y se alejaban de mí.

De pronto, se acercó un hombre robusto que desprendía un terrible olor a borrachera y el sacerdote, sin darle oportunidad de pensar, le dijo: “Este te vale perfectamente, Julio. Es alto, bello y tiene la suficiente tristeza para acompañar a tus huéspedes”. Julio no puso objeción. Encogió los hombros y apretó los labios como si el asunto no fuera con él. Después nos dejó y entró en la habitación del sacerdote para firmar mi entrega. Después me ató las manos a las patas traseras del caballo y me arrastró todo el camino hasta llegar a una casa de dos plantas donde se detuvo y empezó a gritar a sus criados: “¡Coged a este mezuquino y preparadlo para acompañar a los huéspedes!”.

33

En una de sus repentinias y escasas apariciones habló el presidente a la gente haciendo una declaración constitucional según la cual quedaba inmune él, el Comité Consultivo y el Ejecutivo en caso de acusación, lo que hizo que la gente lo apodara como el que gobierna bajo el mandato de Dios.

Había suprimido la asamblea militar tras el asesinato de un grupo de soldados egipcios en Rafah dentro de Sina, escenario imaginario de la destitución de al-Mushir⁴⁸² y del jefe del Estado Mayor. No se había conseguido el impacto deseado y nadie del ejército movió un dedo por los dos, lo que hizo que ambos lo esperaran en la trastienda de su despacho en el palacio republicano. Este mandó llamar al más joven de la Asamblea Militar, a quien encargó el Ministerio de Defensa.

Le tomaron unas fotos en el momento del juramento a la Constitución y mientras tanto, los informativos publicaban la noticia de al-Mushir y del jefe del Estado Mayor. Recibieron la noticia de que el presidente los había retirado y que no podían oponerse a esto, pues ambos estaban recluidos dentro del palacio y rodeados por los guardias y no podían hacer otra cosa que someterse al nuevo líder, condecorados por una valentía que no demostraron aquel día.

La noticia impactó a muchos y especialmente al morisco, que empezó a pegar voces diciendo que la luna estaba a punto de convertirse en luna llena y que el conde Drácula estaba a punto de transformarse.

Nariman había intentado explicarle lo que había sucedido entre bastidores y que los dos hombres que habían dirigido el país durante año y medio no tenían capacidad suficiente

⁴⁸²Excomandante del ejército egipcio.

y que todo lo que hicieron al conocer su destitución fue llamar a sus amigos los americanos, a lo que les respondieron que aquel era un asunto meramente egipcio.

Nariman no quería mostrar sus sentimientos ante la gente y empezó a temblar entre los brazos de Murad mientras decía: “Sí, Drácula acabará con todos”. Pero el agente de seguridad, el señor doctorado en historia, dijo suavemente: “La guerra es una trampa, amigo mío”. Aquello no gustó al morisco, deseoso de conocer lo que estaba sucediendo en el país, y apretó los dientes con rabia mientras el señor de los servicios secretos esbozó una fría sonrisa: “El Estado es más grande que todos estos devenires”.

Murad estaba convencido de que aquellos se habían transformado en un Drácula⁴⁸³ sediento de sangre, un Drácula que había esperado cientos de años en una oscura cueva para salir al encuentro de Marte con Mercurio en el arco de Saturno, cuyos partidarios habían salido de la cárcel con la luna llena llevar en brazos a sus momias, recitando conjuros que habían aprendido de memoria y que les otorgaban el don de devolverles la vida. Entonces, sus huesos se cubrirán de carne y piel para convertirse en la imagen de un hombre deformado capaz de anunciar el fin del mundo disolviendo las fracciones políticas y eliminando las fronteras, transformando finalmente a todos en algo parecido a él mismo y no quedó nadie que no se contagiara de esta epidemia.

Nariman estaba casi perdida en estos días y, muchas veces, apagaba su teléfono o no contestaba a las llamadas. Mientras tanto, Murad sentía que el mundo a su alrededor ardía en ascuas, sin saber qué les depararía el destino.

En cada momento aumentaba su temor a que El Cairo se convirtiera en una ciudad de fantasmas colgados al cuello sin soltarse hasta transformarse en seres imaginarios que solo deseaban la muerte.

El agente de seguridad, doctor en Historia de España, había desaparecido y se desconocía su paradero tras abandonar su puesto en la Casa del Libro. Sin darse cuenta anduvo entre los manifestantes hasta llegar a Bab al-Luq y, al contrario de lo que esperaba, encontró la consulta del médico llena de enfermos que esperaban para entrar en ella. La mayoría de ellos se encontraba en silencio y con cara de sorpresa. Murad sintió ansiedad al darse cuenta de que no podía huir de la revolución que se estaba produciendo en la calle y esperar a su amigo, inmiscuido en su trabajo. Entonces, le pidió a su ayudante que le dijera que lo esperaría en la cafetería Straus.

Allí, todas las mesas estaban repletas de gente y había discusiones al rojo vivo y a punto de convertirse en peleas, incluso, a aquellos que intentaban disimular que no les incumbía el asunto, los dados se les salían de las manos como si se intercambiaran disparos de fuego. Buscó con la mirada un sitio en el lugar, pero no lo encontró y estando a punto de salir a la calle, dos hombres de allí se levantaron a pagar y salieron.

La mesa que dejaron se encontraba al fondo de la cafetería y atravesó el lugar en un abrir y cerrar de ojos. Allí, llamó al camarero para que le trajera té y *shisha*. Al acercarse, observó en él unos rasgos muy marcados y dientes prominentes, por lo que sintió miedo al pensar que la transformación había comenzado ya entre la gente. Se dejó llevar por el ambiente envuelto en humo y entregó su espíritu a bocanadas de humo que ascendían en un ambiente cargado de ruido. La discusión giraba en torno al presidente. Unos lo veían como a un loco y otros como al que iba a traer al país la justicia.

Murad permaneció callado escuchando la conversación de la mesa de enfrente y, sin darse cuenta, un hombre se sentó con él. Tenía unos setenta años y era más bien alto. Parecía forastero en el lugar, como si hubiera ido a realizar alguna misión. Preguntó sonriente a Murad: “¿Por qué toda esta tristeza, hijo mío?”. Por un momento no supo qué contestarle pues sus rasgos le resultaban familiares y su voz dulce resonaba en sus oídos. Murad le

⁴⁸³Se refiere al anterior presidente de Egipto Hosni Mubarak.

contestó con otra pregunta: “¿Quién eres?”. El abuelo sonrió diciendo: “Puedes considerarme tu abuelo. Dime por qué estás tan triste”. No supo Murad qué contestar rendido a la tranquilidad que le había entrado tanto en el cuerpo como en la mente. Al poco rato asintió con la cabeza y le dijo: “La situación del país y de su gente”. El hombre lo miró a la cara y le preguntó: “¿Tienes miedo?”. Murad sintió un escalofrío por el cuerpo. No sabía si el que estaba sentado frente a él era capaz de comprender la causa de su miedo o no, pero parecía haber leído lo que pasaba por su mente, dio un profundo suspiro y dijo: “Fuimos creados entre miedo y miedo y no sirve de nada ser precavidos con nuestro destino, pues todo está escrito en el Libro”. Confirmó Murad con la cabeza y dejó vagar su mente recordando la frase que acostumbraba a decir su abuela: “Todo está en el Libro”.

A continuación, levantó la cabeza para preguntarle por este dicho transmitido por la familia generación tras generación, pero ya no lo encontró. Buscó con la mirada en la cafetería y lo vio a lo lejos de espaldas saliendo por la puerta.

Murad dejó caer todo el dinero que llevaba consigo sobre la mesa y salió corriendo para alcanzarlo.

El número de personas en la calle se había multiplicado como las olas en un mar enojado. Miró entre la gente buscando al ojo protector. Aquel había desaparecido con la brisa que venía del Nilo en dirección a Saray Abidin, mientras su voz resonaba como un eco a su oído: “Todo está en el Libro”. Sujetó después con fuerza el pasamanos de hierro de la escalera como si encontrara en ella cierta seguridad mientras sus pies pisaban con fuerza los escalones de mármol apartando a un lado los fantasmas que saltaban a su alrededor. Su única preocupación en aquel momento era subir lo más rápidamente posible al lugar donde se encontraba la abuela, la cual yacía durmiendo en la oscuridad. Al abrir la puerta vio una ligera luz que salía de su habitación y sintió miedo. Pero pronto tomó fuerzas y decidió entrar para enfrentarse a lo desconocido.

Se sorprendió de encontrar a Nariman sentada a su lado con una pila pequeña en la mano. No sabía si abrazarla o enfadarse con ella por haber desaparecido durante tanto tiempo, pero ella estaba aún más enfadada con él. Lo acusó de no ser responsable y le preguntó cómo había podido abandonar a su abuela en ese momento y con esta edad y meterse entre los manifestantes.

Sintió deshonra por sus propios errores y que su fracaso y debilidad eran ilimitados. Arrastró sus pies en la oscuridad y cayó en la cama llorando como un niño incapaz de decir nada. Cuando vino Nariman para pedirle disculpas por lo que había dicho lo escuchó llorar en silencio, lo que la hizo enfadar aún más. “¿Deja de hacer esto, ya no eres un niño y no vas a ser toda tu vida un consentido!”. Él alzó la cabeza para reprocharle sus palabras y la encontró cayendo sobre él aturdida por el llanto. Fue cuando se dio cuenta de que ella llevaba una carga mayor de la que podía soportar y empezó a acariciarla en el hombro preguntándole por lo que le pasaba. Ella respondió: “Ya es hora de conseguir la patria”. Se limpió los ojos y miró su cara bajo una débil luz: “¿Cómo?”. Dio un suspiro como quien realiza su confesión última: “Los moriscos preparan un congreso en el que reclamarán a los españoles que les otorguen la nacionalidad del mismo modo que se la dieron a los judíos y es preciso que la familia Yahur tenga representación allí.”

Fui sirviente en casa de Julio el gordo para sus borrachos huéspedes. Aquello fue de las cosas más desagradables de mi vida, pues limpiaba el suelo, les llevaba el vino, el pan y

las mujeres. Pedía a Dios perdón con el corazón miles de veces cada vez que me pedían alcohol y me sentía humillado, hasta que quiso el destino que me encontrara con Tabera de Córdoba, aquel que había pedido al gordo que buscara a alguien que le contara relatos antiguos. Yo limpiaba la mesa en ese momento junto a él y Julio no disponía de ninguno de sus poetas y narradores. Pidió disculpas al hombre asegurando que traería a uno. Y yo no sé cómo tuve la valentía de decir: “Puedo contarte de los reyes de al-Andalus”. Julio me miró enfadado, pero Tabera sonrió y le preguntó: “¿Sabes, de verdad?”. Aparté a Julio a un lado y dije: “¡Pruébame!”. Sin embargo, al gordo no le gustó mi comportamiento y me echó a un lado diciendo: “Este morisco no sabe más que hablar de las glorias de su gente y solo te valdrá para ponerte de mal humor y traerá la disputa al lugar”. Mi cara se enrojeció, me puse enervado y estuve a punto de golpearle con lo que tenía entre las manos, pero temí por las consecuencias que esto me acarrearía y, entre mi deseo de reaccionar contra él y su castigo, mi voz se vino abajo y empecé a llorar. Se levantó Tabera e hizo que me sentara en su silla diciendo con simulado enfado: “¿Así lo vais a convertir en un buen cristiano o es que queréis todos ser miembros de los Tribunales de Inquisición?”. Y añadió: “No les dejáis otro camino que el de que os pongan sus cuchillos sobre el cuello cualquier día”.

Sintió miedo Julio al escuchar sus palabras y, desconcertado, intentó explicar su postura. Noté el miedo en él y se dirigió a mí para pedirme otra botella de vino para Tabera, pero este insistió en que fuera el mismo Julio quien la trajese. Después me miró y dijo: “Soy todo oídos”. Respiré profundamente antes de empezar a hablar:

“Era el califa Hisham al-Muayyad el último de los califas de Banu Omeya, quien tomó el poder a temprana edad. Cuando lo echó del poder al-Mustain y lo encerró en la cárcel del emirato. Este envió en secreto un mensaje a Ali ben Hammud en el que decía: “Para ti es la sucesión al trono después de mí, bajo la condición de que me saques de la cárcel y que te vengues de mí, en caso de que me causara daño al-Mustain”. Reunió Ali a sus hombres y salió a llamar a la gente para que ayudaran a Hisham al-Muayyad.

Muchos respondieron a la llamada de Ali uniéndose a él y salió con su ejército desde Málaga en dirección a Córdoba. Tras vencer Ali a al-Mustain, se lo trajo consigo y preguntó por el califa. Al-Mustain respondió: “Lo he matado”. Luego, Ali ordenó que le cortaran el cuello ante la gente. Ali se sentó en el trono del emirato invocando a la gente a asistir al homenaje de fidelidad al califa, el cual se apodó a sí mismo *El califa de la victoria*. Y empezó una nueva época de acercar a las gentes de Córdoba y de alejar del poder a los beréberes hasta someter la ciudad y sus alrededores.

Pero los beréberes lo asesinaron y enviaron después un mensaje a su hermano al-Qasim para que se presentara ante ellos y conquistara el califato, saltándose por alto el derecho del poder de sus dos hijos, Yahiya e Idris.

Lo que hizo Yahiya fue preparar su ejército y salir de Málaga para enfrentarse a su tío al-Qasim en Córdoba. Este último se dio cuenta de que los beréberes no estarían a su lado y abandonó la ciudad sin renunciar con ello al califato, huyendo después a Sevilla donde puso a sus dos hijos para que la gobernarán.

La gente nombró rey a Yahya, hijo de Ali ben Hammud, que fue apodado al-Mutali. Este se unió a los beréberes, haciendo sufrir a la gente las consecuencias. Al ir disminuyendo el poder de estos, lo retiraron del poder y enviaron un nuevo mensaje a su tío al-Qasim para que viniera a gobernar Córdoba, sin embargo, vino convencido de que el poder de los beréberes era aún más grande que el suyo y los dejó hacer lo que quisieran con la gente. Después, se rebelaron contra él y los beréberes los expulsaron cerrándose las puertas de la ciudad. Luego, la ciudad fue rodeada por ellos, dejándolos encerrados hasta el punto de pasar hambruna, por lo que no tuvieron otra opción que salir y enfrentarse.

Abrieron sus puertas para perseguir a los beréberes y dispersarlos, llegando finalmente al acuerdo de devolver el califato a los Banu Umeya”.

Al finalizar la noche, Tabera me había dejado en recompensa una cantidad grande de dinero. Fui a despedirlo con Julio hasta la puerta del bar, invitándolo a que volviera a escuchar más historias cuando lo deseara.

Julio me cogió del cuello con violencia diciendo: “¿Te he acogido en mi casa para que te traigas las disputas de Granada hasta Talavera?”.

Yo no tenía ganas de estropear aquella bonita noche y dije bromeando: “¿Acaso pretendías que le contara historias de sacerdotes y supersticiones?”. Este olvidó su enfado y preguntó: “¿Y qué sabes sobre esas historias?”.

Aquí encontré la gran oportunidad de pasar de mi estatus de sirviente a poeta recordando los cuentos que había copiado en la casa del tío Badith y dije con talante orgulloso: “Conozco muchas”. Nunca imaginé que Julio se transformara de repente en un perro dócil.

Se levantó y se dirigió a mí para besarme en la cabeza diciendo: “A partir de ahora eres mi amigo y mi poeta preferido”. Al día siguiente me encontré que había puesto un armario en un sitio destacado del bar y encargó que me trajeran ropa nueva perfumada.

Al entrar en él dijo: “Esta noche nuestro gran poeta Alberto de Córdoba nos deleitará con la historia de San Antonio el Valiente”. A continuación, me empujó hacia un sillón entre el aplauso y griterío de los borrachos.

Y, ni corto ni perezoso, me inventé un discurso tan pronto como organicé en mi mente algunas palabras sobre un santo que se llamaba Antonio que había salido de su casa para alistarse en el ejército del emperador, pero pronto se perdió en el camino metiéndose por pueblos de moriscos situados en las montañas llevando tan solo un palo donde apoyarse. Cuando los moriscos tuvieron noticias de su llegada salieron tras él con incisivos dientes deseosos de matarlo y no le quedó más remedio que ocultarse en una pequeña cueva para protegerse de ellos. Estos encendieron fuego para matarlo. Entonces se encomendó al Mesías y le suplicó llorando. En ese momento su palo se transformó en una espada en forma de cruz grande con la que apuntó hacia el fuego que se iba retirando de él. Este fuego persiguió a los moriscos obligándolos a volver a sus casas.

Después, se reunieron en torno a sus *shayjs*, que recitaban conjuros mágicos con los que pedían ayuda a demonios y diablos. Pero San Antonio era valiente y cada vez que le salía un demonio empezaba a luchar contra él hasta acabar con todos. Entró por la fuerza en las casas construidas en las montañas y las quemó en nombre de Jesús. Salieron luego los demonios de ellas como bandadas de saltamontes sin rumbo. Los recogía en su morral y los arrojaba por el valle de Despeñaperros para ser quemados en fuego santo, reuniendo a todos los que se encontraban en el pueblo y ordenando a cada uno de ellos que bajara hasta allí a liberarse de su demonio. Cada vez que bajaba uno se lo tragaba el fuego en nombre de Jesús.

Cuando terminaba con los demonios de este pueblo se trasladaba a otro para limpiarlo también de demonios y diablos. Abrieron, de este modo, el camino a los ejércitos del Papa, que se dirigía a salvar Jerusalén de los herejes.

Los borrachos se hacían la señal de la cruz y seguían mis relatos sobre San Antonio el Valiente. Julio se sentaba en su esquina embelesado por las historias como si hubiera vuelto a nacer, pues habían aumentado sus ingresos y fama gracias al Santo Valiente.

Empezaron a pedirme cada noche que les contara la historia de un nuevo santo, lo que hacía que el gordo me tuviera cada vez en mayor estima. Yo inventaba mis personajes ironizando con las supersticiones de los Tribunales de la Inquisición y los borrachos clamaban el nombre del santo inteligente o valiente.

La única persona que no gritaba su nombre era Tabera. Acostumbraba a sentarse en su sitio siguiendo las historias hasta que acababa su botella y solía pagar al gordo más de lo que era su factura. Luego salió huyendo de la taberna y así estuvo un tiempo hasta que un día se presentó antes que nadie y le pregunté: “¿Deseas que te cuente las historias de los santos y sus milagros?”. Este sonrió irónicamente. “La gente como yo no escucha esas idioteces”. Y le pregunté: “¿No crees en sus poderes?”. Sonrió y me miró diciendo en voz baja: “Un morisco no cree en esas tonterías”.

Sus palabras me causaron sorpresa y alegría, pues era el último de quien esperaba que fuera morisco. Quizás porque todos los que había conocido eran pobres y oprimidos. Le pregunté: “¿Morisco y rico?”. Él sonrió diciendo que su padre fue un rico comerciante que había participado en la revuelta del Albaicín y que luego emigró a las Alpujarras para marcharse finalmente a vivir entre los mudéjares de Toledo. “Allí aumentó sus riquezas y heredé su negocio” -dijo.

Me enteré, entonces, que el tío Badith no me ignoró cuando me vio en la iglesia de Toledo, sino que siguió mis noticias hasta conocer que me hallaba con el gordo. Luego, se puso en contacto con Tabera para que me controlara.

Cuando le pregunté por Toledo y por las gentes de allí hizo un gesto con la cabeza diciendo: “Badith se hizo viejo. Dejaron el taller los que trabajaban con él”. Sentí entonces tristeza y ganas de ver a Badith, a su mujer y a Pilar, y dije: “Quiero verlo”. Él me dijo: “Los Tribunales de la Inquisición buscan a los moriscos por todas partes”. Mi semblante se volvió triste y me callé hasta que dijo: “Todo problema tiene solución. Ten paciencia, Yahur”.

Me quedaba esperándolo todas las noches hasta que perdí la esperanza de que viniera y me convencí de que mi destino sería aquella taberna hasta el último de mis días. Pero me sorprendí una tarde cuando vi al gordo subir a mi habitación con la cara pálida como si le hubieran dado la noticia de que algún ser querido suyo hubiera muerto. “Tabera te necesita”. Mi rostro se iluminó de alegría. Me cambié de ropa y bajé a encontrarme con él en su rincón habitual. “Pensé que te habías olvidado de mí” -dijo. Él dijo sonriente: “No pude evitar venir a darte recuerdos del tío Badith”. Pregunté ansiosamente por noticias del tío Badith, pero Tabera contestó: “No sin que antes me cuentes tú lo que ocurrió en Córdoba tras la muerte de al-Qasim”. Me senté en un sillón y dije:

“Los cordobeses echaron a al-Qasim ben Hammud y a los beréberes que se encontraban con él y acordaron devolver el califato a los Banu Omeya. Comenzaron la elección entre Muhammad ben al- Iraquí y Abd al-Rahman ben Hisham Ben abd al-Yabbar y Sulayman ben al-Murtada y acordaron elegir a al-Murtada como califa suyo. Pero Abd al-Rahman ben Hisham vino ante ellos con sus soldados pidiendo su coronación. Lo proclamaron entonces califa con la espada y lo apodaron al-Mustadahir.

Lo que hizo este último fue meter en la prisión del palacio al iraquí y a Ibn al-Murtada enviando además un mensaje a los pueblos de alrededor pidiéndoles que vinieran con el acta de investidura, pero estos se negaron a hacerlo y dejaron de pagar los impuestos al califa.

Entonces, este se apropió del dinero de los ricos y acogió a los beréberes en su palacio, convencida ahora la gente de que la revolución contra al-Qasim y sus hombres se había disipado.

Después, se levantaron en multitudes para sacar a los presos de las cárceles, echaron del trono del califato a Abd Rahman ben Hisham y lo condenaron a muerte. Luego, reclamaron califa a su primo Muhammad ben Abd Rahman ben al-Naser y lo apodaron al-Mustakfi.

Sin embargo, pronto cambió su conducta y empezó a oprimir a las autoridades. Estas buscaron refugio en Yahya ben Hammud en Málaga. La gente se volvió en su contra y

fue expulsado, huyendo con algunos de sus hombres a Archez. Allí le preguntaron por el dinero que supuestamente traía para ellos y, al comprobar que no lo llevaba, lo asesinaron y escaparon.

Se quedó así Córdoba sin califa, hasta que llegó Yahya, al que no le gustaba vivir en allí, y designó como gobernantes a sus sobrinos Ahmad ben Musa y Dumas ben Abi Ruh y les dejó una guarnición de soldados beréberes para que mantuvieran la seguridad.

Nuevamente la gente se levantó contra los beréberes y los expulsaron de la ciudad junto con los dos ministros de Yahya. Después, designaron a Hisham Ben Muhammad ben Abd Allah ben Abd al-Rahman al-Naser para el califato. Gobernó durante dos años desde su ciudad en Alpuente.

Seguidamente, vino para ser investido de nuevo y pensaron todos que el tiempo del caos había terminado. Pero, su ministro al-Hakam ben Zayd al-Qazaz había reunido a toda la gentuza a su alrededor y dio rienda suelta a sus deseos empeorando la situación y contrariando a los hombres de juicio, que odiaron el califato y a los Banu Omeya, de la misma manera que odiaron a los beréberes y a su gobierno.

Decidieron entonces terminar con la época del califato y otorgar el mando a uno de ellos, pero solo el ministro Abu-l-Hazm ben Yahwar estaba capacitado para aquello. Este les dijo que buscaran a otro mejor que él y respondieron: “Si lo hubiéramos encontrado no habríamos venido a buscarte”. Él les dijo: “No abandonaré mi casa ni me someteré a protocolos ni ceremonias del califato ni de la guardia. Y no tomaré una decisión sin tener en cuenta la vuestra”. Ellos dijeron: “Por eso vinimos hasta a ti”.

La situación se estabilizó, se reavivó el comercio y el estado de los Banu Yahwar fue conocido por el estado de las buenas ideas y el del gobierno de todos”.

Estaba sentado Tabera escuchando el relato y aplaudiendo complaciente mientras que Julio moría de rabia buscando con la mirada entre los huéspedes a los inspectores de la Iglesia.

Cuando terminé mi relato me puse al lado de Tabera y le dije: “Julio hará de esta una noche negra”. Levantó Tabera su vaso al aire, aumentando la rabia del gordo y después suspiró a mis oídos: “Es un perro y sus amos no tienen otra religión que el dinero, no le prestes atención”. Asentí con la cabeza riendo por lo que había dicho. Pero encontré a Julio de pie a mi lado diciéndome: “Ya ha llegado el día en que sirvo el vino a gente como tú”. Me callé y tuve la intuición de que iba a ser vendido al día siguiente en el mercado de esclavos o a remar en un barco destrozado rumbo al Nuevo Mundo y no me equivoqué mucho: “Mañana te devolveré a la Iglesia”, dijo mientras yo miraba a Tabera suplicante. Pero él guardó silencio y no sabía si reír o arrodillarme implorando perdón al gordo, y no me quedó otra solución que beber más y más vino y recordé a Badith, a Pilar y a Fernando, empecé a recitar:

*Saluda a mi gente
oh! jinete que haces las abluciones en esta tierra*

Seguí bebiendo para olvidar lo que me esperaba al día siguiente y vi la cara de mi padre. Me llevaba con él sobre su caballo. Salimos del pueblo hacia un viaje sin fin entre valles y colinas. Vi a Badith que me enseñaba a tallar madera a la manera del yeso con ángeles y diablos. Fernando lloraba herido y yo no comprendía cómo nos había separado el destino. Mientras, Pilar, sentada en la escalera de su casa, decía: “Te esperaremos tal y como estamos”. No sabía si era ella la que había sido asesinada en los valles de las Alpujarras o Hind, la hija de al-Habqi.

Empecé a gritar a mi padre, que estaba sentado en su rincón oscuro: “¿Cómo nos volvimos extraños?”. Tabera gritó al gordo: “Eres un asesino”. Y el otro dándole bofetadas le decía:

“Deja de escuchar a este mezquino”. El asunto trajo consigo temor y llanto y me llevaron los criados a mi habitación.

Me despertaba y me dormía pensando en Toledo y en las Alpujarras. Mi padre me llevaba en su caballo hacia una montaña en cuya cima se encontraba Pilar mirándome con cara resplandeciente y su hijo pequeño me gritaba: “¿Quién eres tú para hacernos llorar a todos?”. Yo gritaba: “Si veis a Fernando, decidle que la revolución no se compadece de los débiles”.

A la mañana siguiente, me di cuenta de que mi cuerpo se movía a lomos de un mulo viejo en dirección hacia la iglesia. Escuché al gordo decir al sacerdote: “Enviadlo al Infierno”. Le dije que el Infierno era mejor que ver sus caras. Pero Tabera vino a mí y me llevó a su casa con los sirvientes. A continuación, me dejó y se sumergió en un lejano y oscuro vestíbulo.

Vi a Badith que venía hacia mí con un chiquillo en la mano. Me fui hacia él para abrazarlo, pero este se lanzó a mí y nos abrazamos llorando. Su nieto preguntaba: “¿Quién es este abuelo por el que lloras?”. Levantó Badith su cabeza y dijo: “Este, Pedro, es tu tío Muhammad, el hijo de mi hermano Abd Allah ben Yahwar”.

35

Tuvo Rizq Allah que coger el primer barco para Túnez después de ver a su abuelo enfadado. Se instaló en la casa que le había cedido el regente Rayab y allí cultivó la tierra que le había dado en propiedad en espera de la primera cosecha.

Ante tanto entusiasmo y amabilidad de la gente con él, se olvidó del motivo por el que había ido hasta allí y su abuelo se le apareció en sueños diciéndole: “Bendita sea la tierra que has sembrado”.

Al principio dijo que el ojo protector estaba satisfecho con él, pero no tardó mucho en ver a su abuelo golpeando la puerta de su casa con su larga espada exclamando: “¿Dónde está la promesa de al-Hurr a su gente?”. Se despertó de su sueño, exaltado, se vistió rápidamente y se fue a llamar a la puerta de la casa del capataz pidiéndole permiso para marchar. “¿Te hemos hecho algo que te hiciera enfadar, buen morisco?” -le preguntó Rayab. Lloró Rizq Allah y dijo: “Solo he visto de vosotros cosas buenas y creo que solo deseáis el bien para mí”. Se levantó el capataz y lo abrazó diciendo: “Promete que regresarás con nosotros”. Pero Rizq Allah tuvo miedo de hacer una promesa que no pudiera cumplir y puso como excusa que el camino era muy largo y que había muchos obstáculos. Sonrió el capataz diciendo: “Solamente queremos la promesa, si es posible, debes regresar”. Luego sacó un saco lleno de oro y dijo: “Este es un regalo para la gente de tu lejana tierra”.

Cuando llegó al barrio de al-Andalus buscó a su gente y no la encontró. Preguntó por ellos y le dijeron que al-Rabiu y Ammar habían vendido su cosecha en el árbol aún sin recoger a un comerciante de Benzert en Túnez. Habían tenido que firmar unos papeles que le garantizaban que no se retractaba de la venta. Trajo este comerciante a sus hombres y esclavos y cosecharon los frutos. Ellos, por el contrario, no abandonaron la tierra.

Cuando les preguntaron por qué se quedaban allí, dijeron que habían firmado un contrato de venta y que este terreno ya no pertenecía a la familia de Rabiu y Ammar. Se pusieron furiosos y se enfrentaron a ellos. Vino, entonces, la policía y se los llevaron a todos a la casa del juez, quien dijo que los contratos eran legales y que debían pedir disculpas al comerciante y no volver a entrar en su tierra.

No pudieron contener el enfado e injuriaron al juez por aceptar el soborno. El juez dando un brinco de su silla dijo: “Lo único que nos faltaba es que vinieran unos cristianos a poner en sospecha nuestra religión y nuestro honor”. Y ordenó a sus hombres que les dieran latigazos para que sirviera esto de ejemplo a todos.

La noticia de que los moriscos se habían cristianizado y de que el juez los había hecho volver a su antigua religión se extendió. Pero venció satanás en la mente de los moriscos, pues se reunieron al-Fadel, al-Rabiu y sus hijos y decidieron recuperar sus tierras a la fuerza azotando a sus esclavos hasta que huyeron en busca de su señor. Decretó el juez la orden de expulsarlos de sus casas del barrio de al-Andalus en Túnez.

Pensó Rizq Allah en el asunto y se dio cuenta de que la única solución era usar la argucia y dio un regalo al capataz Rayab en mano. Se dirigió, pues, al alcalde de la ciudad y le dijo: “Mi gente no sabe árabe y ha sido educada lejos de estas tierras. No debieron vender una tierra que ellos mismos habían hecho fértil con sus propias manos tras perder sus tierras y su país”.

Miró el alcalde sus ropas fijamente diciendo: “¡Calma, hombre! ¿De dónde viniste y por qué estás tan enfadado?”. Después, sacó Rizq Allah su saco de oro y puso una pieza en su mano aclarando: “He venido de parte del alcalde del Cairo para pedir verdadera justicia”. Entonces, este le cedió un sitio a su lado y escuchó su caso llamando en voz alta al jefe de la policía: “Las aves migratorias deben volver a sus nidos”.

Por la mañana recibió Rizq Allah a su familia, que volvía de los valles de Benzert, de Mayirda y los pueblos Nabil y Zigwanin. Sus casas se hallaban tal y como las habían dejado, como si hubieran sido custodiadas por la policía y el juez.

Lloraron besando cada rincón de ellas y dieron las gracias a Rizq por su buena acción. Pero él dijo: “Un morisco no debe casarse con otro que no sea de su linaje”.

Recordaron entonces el motivo por el que lo habían enviado al Cairo. Sintieron vergüenza y que el ojo protector se había enojado con ellos, pues lo que les había sucedido se debía tan solo a su enfado. Se levantó Rabiu de su sitio y pidió perdón recordando que lo habían enviado al Cairo para deshacerse de él, pues codiciaban la tierra que le pertenecía. Sin embargo, lo que consiguieron fue su ruina y perdición.

Ante esto, al-Fadl insultó a su padre al-Rabiu y a su tío Ammar diciéndoles que eran unos traidores cobardes, convirtiendo la pelea casi en matanza aquel día. Después, se disculparon y volvieron a la normalidad pidiendo disculpas a Rizq Allah y lo besaron en la cabeza y manos. Él dijo: “Dios me otorgó una tierra, El Cairo, mejor que la vuestra y una casa mejor que las vuestras y lo único que os pido es que me dejéis casarme con una de vuestras hijas porque no me está permitido casarme como morisco con otra que no sea morisca”.

Entonces, su tío al-Rabiu lo casó con su hija Amman Allah, y entró con ella, ya como matrimonio, (en la casa de su padre). Después, se la llevó en un barco que se dirigía a Alejandría para después regresar con ella al Cairo.

La abuela Yana contó a Murad y al médico lo sucedido a Rizq Allah y a su familia hasta que le entró sueño y bostezando miró al médico y preguntó: “¿No merece esto estar en un libro?”. Murad y el médico se miraron sonriendo y salieron al balcón de la casa buscando un soplo de aire fresco. Allí dijo Murad a su amigo: “Veo que el número de tus pacientes ha aumentado”. El médico respondió ávidamente: “La gente ante la crisis busca quienes le hagan disminuir sus temores”.

Murad no comprendía que aquello tuviera que ser el trabajo de un médico. Explicó entonces este que había varios tipos de preocupaciones que se acababan cuando el hombre se rinde y que el papel del médico no va más allá del de ayudar.

Al morisco le sorprendió que la rendición fuera la solución. Su amigo el médico estaba de acuerdo con él en que aquello aparentemente pareciera ser la solución, pero que el reincidir en ella la convertían en una enfermedad ya, cuyos síntomas principalmente eran la negatividad y el nihilismo.

Murad pensó en aquellos de su familia que presentaban tales síntomas y se vio a sí mismo y a todos, incluyendo al médico, que vivía apartado de los sucesos de alrededor, como si fuera también un morisco que se ocultaba.

Preguntó con ironía Murad: “¿Eres morisco?”. Y al contrario de lo que esperaba por respuesta, se sorprendió al ver al médico con la mirada perdida, como si quisiera huir de algo. “Yo...yo”-dijo nervioso y con sonrisa perpleja, lo que hizo que Murad insistiera en su pregunta, a lo que respondió el médico: “Quizás, pues no conocí a nadie de mi familia más que a mi padre, que murió a temprana edad y viví huérfano mudándome de un lugar a otro y no sé si quiero ser o no un morisco de los que llevan el miedo en el cuerpo”.

36

Volví a recuperar mi nombre por el que me conocían en Toledo, José Arnando. Los que quedaban de mis antiguos amigos se reunieron para recibirme mientras que el tío Badith anunció que me dejaría el taller a mí para que lo dirigiera con lo aprendido de las nuevas artes.

Al ver a Pedro molesto a mi lado, le di unos golpecitos en el hombro y le dije dirigiéndome a él: “No puedo presentar nada nuevo sin el dueño del local”. Y todos alabaron mis palabras volviéndome a preguntar por los países que había visitado para aprender nuevas artes. Yo evadí la respuesta por un momento y recordé lo que había escuchado de varios países.

Busqué en los entresijos de mi imaginación una larga historia sobre la belleza de estos países y sus descubridores y me di cuenta de que lo que más le gustaba a la gente eran las historias de mujeres e intenté describir sus encantos y mis aventuras con ellas. Muchos de ellos creyeron lo que yo contaba y dejaron de discutir por miedo a hacer daño al tío Badith.

Regresamos de Talavera de noche y encontramos a Pilar y a la mujer del tío Badith que nos estaban esperando. Lloré al abrazarlas y recibimos a los que venían a darme la bienvenida por mi regreso.

Cuando me fui a dormir vi a Pilar sobre la escalera y le pregunté: “¿Cómo estáis?”. Respondió: “Tal y como nos dejasteis”. Aprecié en sus ojos una mirada de tristeza que yo no podía soportar. Todavía tenía fiebre y permanecí allí en Toledo en cama dos meses con un sudor intenso y delirando en fiebre, lo que me hacía imaginar que me encontraba entre las Alpujarras y Granada, entre Talavera y Toledo. Así hasta que se convencieron Badith y Talavera de que moriría sin duda y se rindieron esperando a que llegara el momento. Pero no llegó. Se me apareció mi padre y me dijo: “No nos acostumbramos a verte tan débil”. Yo sonreí en señal de reproche diciendo: “¿Por qué me has abandonado?”. Pero no me contestó y estuvimos callados hasta la puesta del sol. Entonces, se levantó y dijo: “Ya es hora de irme”. “¿Puedo ir contigo?” -pregunté yo con ímpetu. Él me miró un largo rato y después me dijo: “Te esperan ahora en Toledo, levántate y ve allí”. Abrí mis ojos y vi a Pedro, que comprobaba si yo estaba consciente.

Le sonreí intentando hablarle, pero él no me habló y salió corriendo y gritando a Badith y Talavera: “¡Está vivo, sigue vivo!”. Los vi que venían hacia mí aligerando el paso. “Gracias a Dios estás bien” -exclamaron. Y yo sonreí diciendo: “Hay quien me espera y debo levantarme para ir a verlo”.

A la mañana siguiente, subimos a nuestras mulas para emprender el viaje hacia Toledo la bella. El trayecto no duró más de cinco horas, pero era lo suficientemente largo como para desear llegar.

Durante el camino, Badith me estuvo hablando de su madre, que se había casado con mi abuelo Muhammad ben Yahwar después de que salieran del Albaicín. Pretendía demostrar a los Tribunales de la Inquisición que se había convertido en un buen morisco y anunció su conversión al cristianismo. Después, se fue a buscar a un amigo suyo en Toledo de entre los mudéjares y le pidió en matrimonio a su hija. El hombre sonriente le dijo: “Conozco a quien puede casar a su hija con un hombre anciano como tú”. Finalmente, se casó y volvió a las Alpujarras con su nueva esposa.

No tardó en morir dejando a su mujer embarazada. “Era yo el fruto que nunca vio su sembrador” -dijo Badith.

Su madre lo había llevado a Toledo a vivir con su familia y sus hermanos lo visitaban. Le llevaban dinero y regalos hasta que cada uno tomó su camino. Todos dejaron de visitarlo excepto Abd Allah, que nunca olvidó que tenía un hermano en Toledo.

Cuando le pregunté por qué había salido la familia Yahur de Granada, me respondió que mi abuela paterna fue el motivo, pues no quería abandonar su antigua gloria. Ella salía todos los días con sus sirvientes y esclavos al *hammam* mayor y regresaba con toda pompa como si su hijo todavía fuera ministro y sus abuelos reyes.

Los castellanos no pudieron soportar aquello y permitieron que sus soldados la molestaran tanto que esta finalmente se bajó de su poltrona y le dio una bofetada a uno de ellos, lo que provocó una pelea entre su sirviente y los soldados y la gente cundió que los castellanos habían agredido a una mujer en el mercado, por lo que salieron a salvarla y huyeron los soldados.

Las gentes estaban convencidas de que a aquello le seguiría un fuerte ataque y permanecieron sentados en las puertas de sus casas hasta que este tuvo lugar realmente y saltaron a la defensa sacando consigo todas las flechas y espadas que tenían guardadas para luchar contra ellos.

Así, mataron a algunos soldados y echaron fuera a otros y pensaron que eran capaces de recuperar el reino de sus familias. Ocuparon torres y levantaron barricadas no tardando en atacar el palacio del gobernador al que obligaron a huir. Después, eligieron en votación un gobierno de entre ellos, que solo duró días.

El comandante del ejército de Granada había sido sustituido por otro nuevo que pidió perdón por lo que habían hecho sus antecesores. Y restableció el derecho de las gentes del Albaicín de conservar su honor, su religión y sus riquezas. Además, llevó a su esposa y a sus hijos a vivir entre ellos. “Son rehenes vuestros si no cumplimos con nuestra promesa” -dijo.

La gente se calmó y se hizo otras perspectivas de futuro. Abandonaron las torres y levantaron barricadas en la entrada y así transcurrió la vida en paz hasta que fueron sorprendidos por el ejército de Madrid, que rodeó el barrio del Albaicín e hizo que huyeran todos hacia las montañas.

Vino luego un decreto de los reyes Fernando e Isabel la Católica de echar a las gentes del Albaicín de sus casas y pocos meses después otro de conversión al cristianismo. La misma Isabel vino a Granada para poner en marcha dicho decreto.

Nadie podía olvidar que fue la familia Yahwar la que dio origen a la revolución del Albaicín.

Por la mañana Pilar sirvió el desayuno y me dejó con el tío Badith en el salón. Yo hice entonces un gesto con la cabeza preguntando: “¿Todavía sigue en pie la promesa que me hiciste?”. Alzó la cabeza con tristeza y dijo: “Pedro era entonces pequeño, pero la decisión ahora era suya”. Aprecié por sus palabras que se desentendió de mi compromiso de matrimonio con Pilar y le dije que quizás él quería que me casara con ella para no irme a las Alpujarras.

Me dirigí rápidamente hacia el taller y cuando llegué allí solo encontré a un chaval que no me conocía. Me dijo que Pedro solía venir siempre al mediodía y que Badith podía venir o no. Me senté entonces en el sitio del tío Badith y pedí que me trajeran una infusión de menta. Cuando llegó Pedro, le pregunté por los que estaban trabajando con su abuelo. Él me dijo que habían abierto otros talleres y que los que habían aprendido de ellos les estaban haciendo la competencia. Luego me dejó para hacer alguno de sus asuntos y yo pedí al muchacho que me trajera un trozo grande de arcilla al que di la forma grande de un anciano de larga barba con un palo ahuyentando a su ganado. Al regresar Pedro, mostró su sorpresa y preguntó: “¿Quién es este?”. Y yo respondí: “El profeta Moisés que dirige su ganado por el desierto”.

Pronto apareció el tío Badith, que mostró su satisfacción por la estatua. Dije sonriendo: “Pronto se arrepentirán los que abandonaron el taller”. Y me puse a trabajar una estatua grande en relieve. “¿Qué objetivo tienes?” -preguntó Badith. Y contesté con firmeza: “Una persona como tú no debe ser tacaño con la Iglesia con lo que Dios le dio”. Y brilló una débil luz en los ojos de Badith que dijo: “Tú eres ahora el responsable”.

Al día siguiente por la mañana, me envió más materiales para poder terminar la figura y, cuando la acabé, pedí a Pedro que acompañara a su abuelo a la iglesia para pedir que su párroco, Antoine, viniera a verla.

Cuando vino el hombre, ya toda la ciudad de Toledo conocía la noticia y, al mostrar su satisfacción por ella, dijo el tío Badith que era un regalo para la iglesia para que nos protegiera.

Aquello fue una gran victoria, pues hicimos una copia de la estatua y la pusimos delante de la puerta para recordar a la gente que éramos nosotros los diseñadores de aquella estatua erguida sobre un base de madera de ciprés colocada en la entrada de la iglesia.

Muchos vinieron a pedir copia de la imagen y tuvimos que sacar un molde de yeso, para salir del atolladero, con el que hicimos decenas de imágenes. Y Badith se sentó en su despacho a anotar los pedidos y a cobrar en ducados de oro.

Por un momento tuve la sensación de que Toledo se había convertido en una ciudad que se comportaba como un anciano obsesionado por la religión.

Pedí después a Pedro que escribiera en la puerta del taller: “Hay historias nuevas sobre santos viajeros”. Empecé a dictar a algunos niños que tenían buena caligrafía aquello que contaba a los borrachos en la taberna de Julio en Talavera. Lo que hizo la gente fue pagar el importe de los cuentos días antes de recibirlos.

Los ricos colocaban estatuas en las entradas de sus casas y la Iglesia no hacía nada sin consultarnos y muchas veces los sacerdotes nos pedían adornar sus habitaciones y las casas de sus amigos. Ofrecimos imágenes nuevas en tallado y fotografía, imágenes para ser colocadas en los rincones. Mi nombre fue el más escuchado en Toledo y el taller el que a más gente atraía.

Los meses que pasó Pedro conmigo trabajando le hicieron ver que yo era el padre al que nunca vio y, cada vez que la gente le pedía algo él les decía: “Pregunta a mi padre”. Me sentía el hombre más feliz del mundo notando que mis padres y mis abuelos se sentían satisfechos conmigo.

Fui al tío Badith a pedirle la mano de ella, quien esperaba esta alegría desde hacía años. Salimos muy bien engalanados para la iglesia y volvimos felices a nuestra casa. Entonces, le dije al tío Badith que solo me podía casar con Pilar según el rito musulmán.

El tío Badith hizo un gesto con la cabeza y dijo: “Dame dos días”. La noche de bodas se pospuso hasta que trajo a un *shayj* y a tres moriscos en compañía de Tabera. Colocamos nuestras manos bajo la mano del *shayj* y comenzamos a recitar en voz baja la *Fatiha*⁴⁸⁴ y nos casamos según la doctrina del imam Ahmad ben Hanbal. Días después, Pilar me dijo que quería convertirse al islam.

Le conté a Pilar que Pedro no aceptaba nuestro matrimonio y que no íbamos a distanciarnos de él por esto. Luego bromeó conmigo diciendo: “Parece como si no quisieras que aumentara el número de moriscos de este país”.

Sus palabras se quedaron grabadas en mi mente y empecé a preocuparme por el problema de los moriscos en peligro de extinción y a pensar en cómo hacer revivir los espíritus de los musulmanes en sus cuerpos.

Todas estas ideas resonaban en mi cabeza como un zumbido de abejas y decidí subir a la terraza de la casa en plena noche en busca de aire fresco. De repente, imaginé que era el muecín que llamaba a la oración como hacía mi familia en las Alpujarras y, sin pensarlo, me puse la mano en la boca a modo de trompeta y empecé a decir en voz alta el *takbir*⁴⁸⁵ y a recitar las dos *shahadas*.

Me sentí como quien se quita un peso de encima y cuanto más alto recitaba, menor era el miedo dentro de mí. Cuando se agotó mi sentimiento de rebeldía empecé a pensar en las consecuencias de todo aquello y me entró miedo y un frío que hizo que temblara todo mi cuerpo. Me fui entonces a buscar a Pilar: “Cúbreme con una manta”. Ella me preguntó qué me había ocurrido y yo le contesté: “Hice el llamamiento a la oración y quizás estén viniendo ya los soldados”.

A la mañana siguiente no fui al taller y me quedé en la cama atolondrado por el miedo. Badith me esperó un rato, después preguntó por mí. Entonces Pilar le contó que me había vuelto la fiebre, a lo que él preguntó: “¿Salió esta noche de casa?”. Ella sorprendida le preguntó por qué le hacía esa pregunta y él le contestó: “la gente murmura de un hombre que anoche hizo el adán de los musulmanes y los soldados lo están buscando por todos lados”.

Al escuchar esto me levanté de la cama y pregunté por lo ocurrido. Badith me dijo que estaban registrando las casas de los moriscos, que estaban echando abajo ventanas y puertas y que, quien tuviera en su casa el Libro o ropas árabes fuera llevado al Tribunal. Me toqué la frente para ver si tenía fiebre, pero no tenía. Entonces el tío Badith me pidió ayuda para levantar la estatua de Jesús para colocarla delante del taller.

Nadie sabía quién había llamado a la oración a media noche, pero me parecía la voz de alguien al que había escuchado cientos de veces. Yo mismo lo escuché desde mi habitación y salí a prestar oído y averiguar de dónde procedía aquella voz, que me parecía por momentos que venía de lejos y en otros que estaba más cerca de lo que imaginaba. Pero no pude saber de dónde procedía.

Por la mañana pregunté por lo sucedido. Algunos me dijeron que no lo habían escuchado, ni sabían nada del asunto y otros confirmaron lo ocurrido susurrando como quien se avergüenza de algo.

Por su mirada y forma de hablar conocíamos quiénes seguían profesando la religión del islam y quiénes se habían convertido al cristianismo. Nos apartamos de los que hablaban abiertamente y buscábamos a los asustados, como si se les acusara directamente.

⁴⁸⁴Es la primera de las *suras* o capítulos en que está dividido el Corán.

⁴⁸⁵Responde a la expresión “*Allahu Akbar*” que significa “Dios es el más grande”.

Cuando preguntamos por los que habían sido llevados al Tribunal de la Inquisición, todos se lamentaban y contaban las torturas al detalle y los golpes que recibían ante la mirada de todos. Podíamos imaginar así a los que entraban en los aparatos de ruedas dentadas, pinchos y manivelas. Al decirles que debíamos hacernos cargo de sus hijos se dispersaron todos.

Sentí entonces que mi rebeldía no había traído más que tortura y pérdida de honor. Me quedé mirando fijamente mi mano con los diez ducados que había puesto en ella para que continuaran ellos poniendo, convencido de que el miedo es el que mata a los hombres. Pero me sorprendí al ver que se habían convertido ya en veinte, y poco después ciento cincuenta ducados.

Pensé en la manera de hacer llegar este dinero a las casas de los que se hallaban encarcelados por la policía.

Pilar fue la que ideó la gran solución. Puso el dinero en varios envoltorios de tela y se fue con ellos al mercado bajo una túnica y los dejaba en las entradas de sus casas.

Esto suponía un claro suicidio pues iba diciendo: “¿Merezco ahora ser morisca?”. Y dije riendo: “Vales más que mil mudéjares”. Celebramos su conversión al islam.

37

Cuando Murad llegó a su casa se encontró con que había más de veinte personas hablando en la sala. Al entrar se quedaron callados. Miró sus caras desconocidas y, por su naturaleza de morisco en peligro, se encogió en su caparazón y estuvo a punto de salir de allí corriendo si no hubiera sido porque escuchó la voz de Nariman que salía del pasillo en dirección a la habitación de la abuela. “¿Por qué has tardado, Murad?”. Y se quedó quieto preguntando si es que tenían cita. Lo cogió de la mano y se lo presentó a los que estaban allí. “Son los moriscos que quedaron en El Cairo”- señaló ella. Encargué a un amigo que buscara a los que habían abandonado la casa del morisco.

Los que estaban en la sala eran los únicos a los que había podido localizar. Murad miró sus caras y apreció que todos eran veinteañeros. “Ninguno de sus padres se había salvado del enfado del ojo vigilante” – añadió ella con tristeza. Entonces Nariman lo distrajo de su pensamiento con una hoja de papel en el que aparecía el sello de la Casa del Libro y dijo: “Esta es una copia compulsada del documento del *waqf* del morisco”. La cara de ella parecía feliz como si hubiera logrado la victoria.

Mientras tanto, los moriscos nuevos hicieron un coro alrededor de ambos preguntándoles por lo que decía el papel. Nariman leyó en voz alta: “Este es el *waqf* que registró el arrendatario Atiya Allah ben Ibrahim al-Juli ben Rizq Allah ben Yunis ben Muhammad ben Abd Allah ben Yahwar, morisco afincado en El Cairo, para su familia y los que fueran llegando paulatinamente al pabellón de los marroquíes en al-Azhar. Ciento cincuenta *fadanes* colindantes al mar del Nilo, hallados bajo la protección de la provincia de Qalyub dirigida por el *shayj* de al-Azhar o quien pueda sustituirlo a la hora del reparto del *waqf*. No tendrá derecho a hacer uso del usufructo salvo con el permiso del jefe de la familia”. Tras esto, leyó el nombre de los *shayjs* que habían firmado este *waqf*.

La alegría de los moriscos al reencontrarse fue grande y estalló la sala en gritos de alegría. Murad miró a Nariman a los ojos y le preguntó: “¿Cómo has conseguido encontrarlo?”. Nariman respondió que unos amigos suyos lo rastrearón entre miles de documentos hasta que por fin lo encontraron.

Murad la dejó y se fue a buscar a la abuela, que se encontraba durmiendo en su habitación. Al sentir los golpecitos que daba Murad en los barrotes de la cama con los dedos alzó la

vista mirándolo con tristeza y le dijo: “Les he dicho que tú serías el jefe. No puedo hacer nada más”.

No supo Murad qué decir a los que estaban sentados en la sala y se presentó ante ellos pidiendo disculpas. “No soy vuestro jefe. No puedo hacerme cargo del asunto”. Estos miraron a Nariman, esperando que diera alguna solución, pero ella también se sentía confusa por la situación y no sabía qué responder a todas aquellas miradas que le dirigían. Se alejaron como bandadas de gatos que conocían el camino de salida. Solo Nariman se quedó allí gritándole: “¿Por qué?”. Y no tuvo otra respuesta que preguntar por la fecha del congreso de los moriscos. Ella cogió su maleta y, mirándolo con rencor le dijo: “Se pospuso la fecha”.

Yana Hanim intentó contenerse en la medida de lo posible ante las preguntas de Murad sobre lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Dijo que ya había pasado de los ochenta y que su capacidad de distinguir entre el bien y el mal había disminuido. A continuación, él le dio unos golpecitos en el hombro y se dispuso a salir. Ella siguió hablando con voz cansada: “Es una prueba para ti, Murad, y no podrás superarte sin haberla pasado”.

Esas palabras resonaban en sus oídos haciéndolo más frágil aún. Salió a la calle sin rumbo fijo y todo lo que le pasaba por la cabeza era que necesitaba un lugar donde estar solo para poder pensar en todo lo que le estaba sucediendo. Recordó a su abuelo Rafiq, en su soledad y en cómo lloraba en su habitación. Recordó a Habib Allah y lo duro que fue con sus primos paternos y a Hanim, que había guardado a la familia toda su vida y a Yanà, que había perdido el control de la familia.

Envuelto en un remolino de recuerdos apareció Nariman en su pensamiento diciéndole: “Tierra a cambio de tierra”. Mientras tanto, su amigo el agente de seguridad, decía que el gran Pachá había suprimido el *waqf* y, si no lo hubiera suprimido, no hubiera fuerza sobre la Tierra que pudiera derribar casas, calles y plazas para los que habían abandonado sus tierras durante todos estos años.

Se tumbó intentando quedarse dormido para poder ver al ojo protector en su caballo, que retozaba en un verde y amplio valle entre montañas cubiertas de olivos y sesbaníes⁴⁸⁶. Murad corrió tras él para preguntarle a qué se debía su alegría, pero no lograba alcanzarlo, jadeando tras el caballo que trepaba hasta la cima de una alta montaña. Después lo vio bajar de su caballo y entrar en una cueva pequeña cuya oscuridad parecía un grueso muro. Dio unos pasos sin rumbo fijo hasta que divisó un lugar con una luz débil. Al fondo a lo lejos de la cueva pudo ver a su abuelo sentado que hablaba con una persona que estaba a su lado y, para su sorpresa, era su amigo el médico. Luego, Murad preguntó a su abuelo qué hacía en este lugar y este sonrió dando unos golpecitos en el gran cuaderno: “Aquí está nuestra promesa de tierra, ¿dónde está la que nos hiciste a nosotros?”.

El país ya había tomado su posición respecto a la Constitución y él se había escondido tras su piel como un morisco en caso de peligro. Lo que pedían era un cambio de gobierno. Lo único que hizo remover las aguas estancadas fue la palabra “rebelión” escrita sobre una pancarta en la que se instaba a un nuevo plan para el país (es el Estado el que pone las pancartas).

Murad solo tenía que preocuparse por el reto personal al que se enfrentaba y decidió retirarse a buscar la manera de reorganizar su mente. Pensó en un lugar donde esconderse lejos de Raquel y de su vista. Y le pasó por la cabeza la idea de estar cerca y lejos de su abuela al mismo tiempo.

⁴⁸⁶Planta leguminosa.

Vio las cerradas puertas de los moriscos tal como las veía muchos años atrás. Cogió el cofre donde estaban guardadas las llaves de las viviendas y salió a ver cuál de ellas le valía para aislarse ante su gran prueba.

En la meseta de la escalera encontró al gato grande esperándolo. No refunfuñaba ni mostraba sus colmillos, solo movía la cabeza indicando “sígueme”. Murad fue tras él y cada vez que abría una puerta, el felino se le adelantaba a olfatear el lugar. Observó que las ventanas estaban y los decorados cubiertos por sábanas blancas como testigos grandes. Mientras el olor a humedad y aire corrompido impedían permanecer en el sitio durante mucho rato.

Siguió subiendo tras el gato hasta llegar a una puerta que separaba las escaleras de la terraza, sin darse cuenta de que su objetivo iba a estar en aquel lugar. El gato empezó a dar patadas sobre la puerta hasta que la abrió. Del interior se desprendía una brisa fresca y se vislumbraba una luz que procedía de unos carteles de propaganda colocados sobre las paredes. El lavadero estaba cubierto de tejas, como un avión a punto de despegar. Cuando abrió la puerta vio una silla y una lámpara e imaginó que aquel había sido el lugar de retiro preferido de uno de sus abuelos. Luego, bajó a buscar su ordenador, su maleta de ropa, papeles y plumas y se sentó ante la blanca pantalla a escribir en letras mayúsculas: “El laberinto del último morisco”. Solo rondaba por su mente esta idea.

Empezó entonces a dibujar el árbol de la familia desde su abuelo Abd Allah ben Yahwar hasta Nariman, marcando sus ramas y raíces, los que se habían quedado en Túnez y los que vinieron al Cairo. Apuntó los nombres de quienes habían vivido en la vivienda de Habib Allah y los de los que la habían abandonado, de los que se habían encargado de dirigir y de quienes habían caído en la maldición del ojo protector y sus dedos le empujaron a realizar una descripción de todos ellos en la que relataba lo que les había sucedido en su época y, sin darse apenas cuenta, estaba escribiendo ya su Gran Libro.

38

Era grande mi sentimiento de culpa por los moriscos que habían sido llevados ante el Tribunal y tampoco podía pedir dinero todos los días para custodiar a los hijos de aquellos que habían sido conducidos ante él, pues era como declarar a la policía que había sido yo el que había llamado a la oración. Debía pensar en otra estrategia y les dije que iba a tallar la imagen de San Juan Bautista para regalársela a la iglesia.

Preparé los materiales necesarios y empecé a trabajar esculpiendo una gran parte de ella. Luego, me fui a la iglesia y solicité poder hablar con el padre Antoine para explicarle el gran esfuerzo que implicaba tallar una estatua de tales características en trabajo, materiales y número de trabajadores. No me quedó más remedio que ir a buscar a los sacerdotes de la iglesia para pedirles ayuda económica, pues el hombre no entró en razón. La iglesia no donaría nada a nadie, aunque la imagen fuera del mismísimo Jesús.

Explicué lo que pretendía con aquello y le sugerí: “Podéis redactar un documento legal que me permita reunir el dinero de la gente para terminar la estatua”. Los sacerdotes se miraron con gesto de indiferencia sin importarles el asunto y Antoine aceptó finalmente y me entregó dicho documento.

Aquello fue un éxito que no esperaban ni Badith, ni Pedro, ni tampoco Pilar. Habíamos podido entrar en las casas sin que nadie nos lo impidiera.

Ya por la tarde nos sentamos a hablar, felices por lo que habíamos logrado. Sin embargo, nuestra reunión no podía estar completa sin la presencia de Tabera, a quien yo había enviado un mensaje en secreto. Mientras cenábamos, se presentó llamando a la puerta

diciendo: “¿Aceptáis a un huésped hambriento?”. Le dimos la bienvenida y acabamos de cenar hablando de lo ocurrido en Toledo. Tabera comentó que había escuchado que un muecín había llamado a la oración a oídos de los sacerdotes. Solté una risotada, que fue seguida de otra del tío Badith, quien dijo a Tabera que yo era el encargado para la iglesia de reunir donaciones con el fin de esculpir una gran estatua y, cuando le informé de mi objetivo real, se entristeció y dijo: “¿Y vamos a dejar abandonados a los moriscos que están trabajando con Julio o con capataces como él?”. Recordé entonces la situación que había vivido con el guarda tiempo atrás y me di cuenta de que había otros que necesitaban aún más ayuda incluso que aquellos a los que les habían echado abajo las ventanas de sus casas.

Empezamos entonces a idear un plan. Tabera dijo que tenía una idea para que huyera con todo el dinero, pero el asunto requería recaudar más dinero aún. Yo pregunté: “¿Los devolveremos a sus casas en las Alpujarras?”. Y dijo: “¿Qué lo impide?”. Respondí que los españoles no permitirían su regreso. Sonrió y dijo: “En las montañas hay cabida para todos”. Asentí con la cabeza diciendo: “Dame dos días para reunir el dinero necesario”. Por la mañana cogí a uno de mis ayudantes y empezamos a rondar las calles pidiendo ayuda para acabar la imagen de San Juan El Bautista bautizando al Mesías. Me dispuse a buscar a los moriscos entre los cristianos viejos y mudéjares. Eran de rasgos claros y se palpaba el miedo en sus caras. Me detenía ante ellos y les decía: “Da algo para Jesús”. Y a quien daba algo de dinero yo se lo devolvía más por detrás.

La noticia de que estaba recolectando dinero por la ciudad y sus alrededores se extendió y llegó a oídos de los sacerdotes, quienes me reclamaron la mitad de lo recaudado, y asignaron a un sacerdote al que encargaron vigilar mi trabajo.

Este era un corrupto, como casi todos ellos. Así que lo dejaba en la taberna con todo lo que consumiera pagado y me iba a mis asuntos.

Cuando regresaba le daba una parte para la iglesia y otra para él, sabiendo yo que, además, aumentaba su parte de lo que yo le entregaba para sus superiores. Y no me preocupaba aquello, pues todo iba como yo esperaba, incluso bajo protección de la misma Iglesia.

Todo continuó igual durante varios meses, hasta que entré en casa de un rico y le pedí en nombre de Cristo que nos ayudara a terminar la estatua. Este sacó cien ducados y dijo: “Quiero la estatua”. Sonreí y le dije que aquello le costaría por lo menos mil ducados. Retiró su mano entonces y dijo: “Cuando la termines me la traes y te pagaré lo que me pidas”. Me pareció todo muy extraño, pero pensé en esculpir otra estatua y vendérsela. Pero Tabera nos asustó diciendo que este hombre estaba obsesionado por convertir en esclavos a los moriscos y que seguro que aquello sería una trampa. Poco después, nos enteramos de que habían saqueado su casa y que habían robado todo su dinero y sus oros con ayuda de sus sirvientes, que huyeron después con ellos.

De este modo, permaneció la estatua de Juan el Bautista sin terminar durante varios años, olvidándose la iglesia del asunto. Sus sacerdotes no volvieron a preguntar por ella, pues estaban ocupados con los ladrones y la fuga de moriscos. Aumentaron la vigilancia en las entradas de los pueblos y en los cruces de caminos por las agresiones a policías, sacerdotes y ricos a plena luz del día. Finalmente, llegó la guerra entre Portugal y los saadíes, que hizo que se olvidaran todas estas noticias.

Por aquel entonces, se casó Pedro con la hija de un rico comerciante, el cual insistió en vivir en casa propia para él y su esposa, pero su abuelo Badith se negó a ello, aconsejando a Tabera que esta era la solución para guardar mejor sus secretos y todo lo que les sucediera. Le compró entonces una casa cerca del taller, lo que le facilitaba seguir sus asuntos.

Los años pasaron muy deprisa preguntándonos a dónde habría ido Fernando, al que habíamos buscado por todas las ciudades sin éxito. Tras diez años buscándolo, los

hombres de Tabera coincidieron con dos hombres que habían prendido fuego a la iglesia. La policía los perseguía y solo estos los salvaron.

Al conocer que venían de las Alpujarras les preguntaron si conocían a Fernando ben Yahur. Uno de los dos hombres dijo que había sido soldado y que las últimas noticias sobre él eran de hacía dos años, pues uno se había cruzado con él yendo en dirección hacia Toledo, aunque no sabía a dónde se dirigía exactamente. Al decir esto Tabera, me tranquilicé al ver que todavía estaba vivo y que había esperanza aún de que apareciera en cualquier momento.

Durante varios años, cada vez que aparecía un extranjero por el pueblo, preguntaba por su apariencia y su compleción física para ir a buscarlo. Un día apareció Pedro y me dijo que había llegado un comerciante procedente de Valencia y que había preguntado por mí. Fui rápidamente a buscarlo. Al verlo percibí el olor de Fernando y le pregunté: “¿Lo has visto?”. Metió la mano en su bolsillo y sacó de él un papel que empecé a leer, olfateando cada palabra que llevaba escrita. Me dijo que me había buscado por todas partes hasta que se enteró de que yo no me encontraba en Toledo y que, cuando vino a buscarme, no pudo verme ni presentarse ante mí. Y añadió: “Bendita sea tu nueva vida, pero permaneceré siendo morisco”. Se me alteró el corazón y empecé a llorar con fuerte pena. He perdido a mi primo en mis manos. El hombre empezó a consolarme diciéndome que mi primo Fernando se encontraba en buen estado físico y mental y que le había pedido, cuando se encontró con él en el cruce de caminos hacia Valencia, que no dijera nada para no perjudicarme. Me dijo que el Tribunal de Inquisición allí tenía menos presión y que los moriscos seguían practicando sus creencias con más libertad. Sin embargo, el hombre me dijo algo al final de la conversación que me sorprendió: “No conozco que viva en ningún lugar en concreto salvo las montañas”.

Pilar tardaba en quedarse embarazada de mí y temió que se le pasaran sus años fértiles por lo que empezó a decirme que me casara con otra. Yo le ponía como pretexto que si lo hiciera el tío Badith me mataría por esto. Compró una esclava morisca y me la regaló. Me molestó mucho porque no debía poseer a un ser libre al que Dios le había otorgado su honor. Para ello, Pilar le entregó un documento en el que se le otorgaba la libertad e hizo que Badith trajera a un *shayj* que nos casara, pero la sorpresa fue que, varios meses después, Pilar se quedó embarazada dando luz a Yunes antes de que se quedara embarazada la esclava morisca y diera luz a Rabiú y a Ammar y muriera días después de dar a luz a Mayid.

Pilar se ofreció a criar y educar a todos los hijos. No salía de casa sin ellos y no regresaba si no era acompañada por ellos. Colocó una pizarra en su habitación y se plantaba todo el día a enseñarles a leer y matemáticas. Yo, mientras, me ocupaba de reunir dinero para liberar a los moriscos y deportarlos a su tierra o a las montañas de Valencia, donde se encontraba Fernando, de quien durante mucho tiempo esperé noticias, hasta que finalmente los hombres de Tabera consiguieron localizarlo. Tabera decidió ir a buscarlo y animarlo a la revolución. De este modo, aumentó la codicia de los nobles de Valencia y desearon aún más hacerlos esclavos.

Recordaban a la gente que eran ellos quienes les protegían de los Tribunales de la Inquisición, haciendo recaer en ellos cada día más impuestos hasta llegar a sentirse extraños en sus propias casas.

Tabera propuso que la rebelión tuviera su comienzo desde allí y que después pasara a Granada y a Sevilla. Fernando veía mejores aires para la revolución en Valencia, pues tenía el mar delante y detrás estaban las montañas. Los soldados de Bani Uthman no se encontraban lejos de Argelia y Túnez. Los protestantes, que odiaban a los católicos, se mezclaban con los gitanos y los moriscos en las montañas y los nobles no apostaban por

la entrada del ejército en sus tierras, pues pensaban que perderían sus cosechas y cultivos, no recuperando a los pobres, a quienes habían convertido en esclavos de nueva propiedad. Me despedí de él y le di recuerdos a Fernando con la esperanza de vernos pronto. Yo no me uní a ellos, pues me ocupaba de la enfermedad del tío Badith y de seguir los asuntos de los moriscos en Toledo. Me encargaba de los nuevos pedidos de estatuas y, desde que colocamos a San Juan el Bautista en el centro de la ciudad, mi fama traspasaba las fronteras de Toledo y mi taller fue conocido por todos como el taller de San José Armandis.

Esto no me libraba de ir a misa los domingos, pero me protegía de los sacerdotes, alejando sus sospechas de mí. Comencé a seguir de lejos las noticias que decían que la revolución había estallado en Valencia. La gente hizo huelga y no trabajó en las fincas y campos. Huyeron a refugiarse en las montañas. Allí formaban grupos que atacaban provincias y eligieron un emir de entre ellos. De este modo, se propusieron un único objetivo, que era que Valencia fuera solo para los moriscos.

Pero los españoles, que estaban a punto de comenzar una nueva guerra contra ingleses y holandeses, habían aprendido bien la lección de lo ocurrido en las Alpujarras y no esperaron a que sus tropas dejaran por zanjado el asunto en Valencia. Fueron sorprendidos todos por una gran flota de barcos que se movía bordeando las playas y las tropas del ejército rodeaban las montañas mientras que enormes cañones destrozaban todo lo que se encontraban por delante. Pocos días después derrocaron al nuevo gobierno y sus miembros fueron ejecutados. Supe después por algunos de nuestros hombres que Tabera y Fernando habían huido a las montañas del norte y que se contaban los mártires por centenares y miles.

Yo escondí mi rabia hasta el día en que murió el tío Badith cuando recité las dos *shahadas* de corazón e insistí en enterrarlo por el rito musulmán. Recé con su cuerpo presente ya sin vida en la casa antes de llevarlo a la iglesia.

Cuando volvimos del cementerio abrí la librería donde tenía guardados sus libros, saqué de ella un ejemplar del Corán y empecé a leerla con voz clara sentado en la butaca que había en la puerta de la casa donde él solía sentarse todas las tardes. Se extendió la noticia de que el santo José Armandis era morisco, lo cual cayó como una tormenta haciendo que no supieran qué medidas tomar.

Vino entonces la policía y me llevó dándome patadas y bofetadas hasta la prisión, donde clavaron mis manos con clavos a un tablero de madera, viendo derramar mi sangre. No les preocupaba que yo fuera morisco, pues al fin y al cabo no querían reconocerlo. Lo que les hizo enfadar fue que yo cogiera el libro de los moriscos con las mismas manos que habían reformado las paredes de la iglesia y las mismas que habían esculpido las estatuas de Jesús, de Moisés y de San Juan el Bautista. Y, si no hubiera sido porque Pedro había vendido su casa y entregado todo lo que poseía para convencer a los miembros del tribunal diciéndoles que la muerte del tío Badith me había hecho volverme loco, no habrían pasado por alto mi pecado.

Me dejaron en libertad bajo la condición de no salir de casa. Tampoco podía salir después de que me hubieran destrozado los dedos de las manos. Entonces, Pedro y su mujer se trasladaron a nuestra casa para cuidarme y pareció que les dio suerte, tras años de intentos, consiguió ella quedarse embarazada y pronto dio a luz a Romero. Luego, tuvo que hacerse cargo del taller del que todos se habían desentendido.

Por aquellos días supimos que Felipe III había tomado la decisión de expulsar a los moriscos del país. Empecé a temer por nosotros y hablé del asunto con Pilar, que me dijo que su tierra era mi tierra y que lo dejaba en mis manos.

Nos sorprendimos al mirar las listas de nombres que colgaron por calles y barrios. En ellas aparecía el nombre de Pedro, pero no el nombre de su esposa. Pedro le pidió que se marchara con él, pero su padre la convenció para que permaneciera con su hijo.

En la plaza de la iglesia se despidió de ella y de su hijo Romero, pidiéndole que velara por el taller y la casa y que dejara el nombre del santo José Armandis en la fachada del taller.

Pilar contó el dinero del que disponíamos para el viaje. Mientras tanto, la esposa de Mayid Allah no sabía si llevarse a su hijo, que aún no llegaba a dos años, o dejarlo en la iglesia para que se hicieran cargo de él. Yo le aconsejé: “Déjalo, porque no soportará el camino”. Ella me dijo enojada que yo había sido la causa de todas sus desgracias. Su marido se enfadó y entregó al niño en contra de la voluntad de su mujer al sacerdote. Pensó que la vida de un ser tan pequeño, fuera este musulmán o cristiano, sería allí siempre más fácil y que no debían arriesgarlo a morir en un viaje cuyo final desconocíamos. No podía imaginar que sobreviviría a la muerte de sus padres.

Después, se fueron de mi vida también Yunes, Rabiú y Ammar y murió Pilar, sin la cual mi vida no hubiera tenido sentido.

39

Murad dejó de ir al trabajo durante varios días. Tampoco salía de su casa. Apagó el teléfono, se descuidó a sí mismo, y se aisló para poder escribir. Era como si se estuviera curando de una grave enfermedad. En estos días, su amigo el médico se había convertido en el único vínculo con el mundo exterior. Por las tardes, le traía noticias, papel y comida. Murad se había llevado una manta, una impresora y se sentaba en una vieja cama a escribir todas las escenas y acontecimientos que pasaban por su mente. No se preocupó por escribir de forma ordenada cronológicamente, solamente ponía números y dejaba deslizar sus dedos por el teclado.

Su amigo se dio cuenta de que Murad se había convertido en una especie de fantasma que permanecía despeinado, con ropas sucias, uñas largas y sin ducharse. La fiebre y el sudor le atacaban de forma extraña. Intentó en vano convencerle de que regresara a su casa para tomar un descanso. A Murad todo aquello le inspiraba y sus temblores le empujaban a seguir escribiendo. El médico no dejaba de sorprenderse de su capacidad de sufrimiento y se sorprendió aún más cuando vio que la fiebre empezó a remitir, a desaparecer incluso, pensando que podría ser esta una nueva forma de curación. Así, abandonó su clínica y a sus pacientes para permanecer junto a él y observar.

Cuando Murad le dijo que ya había concluido su trabajo no podía creerlo. Bajaron palpando las paredes en la oscuridad camino a su habitación y en la escalera vio el médico que había gatos durmiendo en los peldaños y pensó: “Parece que a esta familia le encantan los gatos”. Y se sorprendió cuando dijo Murad: “O quizás de tanto miedo que sintieron se convirtieron en gatos”. Permaneció en silencio el médico hasta que preguntó el morisco: “¿Es posible que los que murieron se transformaran en gatos?”. Contuvo el médico la risa y continuó el morisco: “Lo que vemos ahora no son más que espíritus que están visitando la casa”.

Al médico le entró miedo al convencerse de que aquella casa estaba habitada por espíritus y balbuceó diciendo: “¿Por qué dices esto?”. Murad lo miró terriblemente abatido y añadió: “Porque soy capaz de reconocerlos”.

Aquella noche le subió la fiebre y comenzó a temblar bajo sus efectos, hundido en un intenso delirio y un sinfín de alucinaciones que lo llevaban a vagar por las Alpujarras y Toledo, El Cairo y el Barrio de al-Andalus.

Hablaba a Pilar, a Hababa, a Fernando y a Badith. Hablaba a Nariman, a Yana y a Abd Allah ben Yahwar y a Habib Allah, el leproso. Deliraba y el médico no sabía cómo ayudarlo. Llamó al hospital y enviaron una ambulancia que lo llevó al hospital inconsciente, donde permaneció días luchando entre la vida y la muerte. Cuando por fin recuperó la consciencia, tenía puesto el aparato del oxígeno y del suero.

La enfermera le sonrió y llamó rápidamente al médico, que le tomó el pulso y le quitó el aparato de oxígeno. Después, le dio unas palmaditas en el hombro. Luego apareció la abuela en su silla de ruedas saliendo por la puerta grande de cristales y diciendo: “¿Así cae el morisco?”. Sonrió a la abuela intentando disculparse, pero tenía la lengua dormida y no podía hablar. Después puso la cabeza sobre la almohada y dejó a su mente vagar pensando en su abuelo, que había dejado su caballo y se agachaba a buscar entre las rocas algunas hierbas. Cuando le preguntó por lo que hacía, le respondió sin dejar de hacer lo que estaba haciendo: “Recogiendo a mis hijos”. Murad guardó entonces silencio esperando a que le hiciera caso, pero cogió lo que tenía entre las manos y se montó en su caballo sin escuchar los gritos de su nieto.

Gritaba yendo tras él bajo un crepúsculo carmesí en el horizonte: “¿Cómo los has reconocido?”. Le contestó entonces un eco que retumbaba entre las montañas: “El ojo no miente, la sangre perdura”. Luego volvió en sí al escuchar la voz de su abuela que le hablaba: “He puesto a tu nombre el documento de la jefatura”. La miró y vio su cara de arrugas, parecía extraña y con la luz de sus ojos apagada. No supo qué contestarle e hizo un gesto con la cabeza: “¿Dónde está Nariman?”. La abuela dio un suspiro diciendo: “Se prepara para viajar”. Movié su silla de ruedas y salió de la habitación volviendo a dejarlo solo. Miró enfadado hacia la pared, que veía ahora como una pantalla blanca donde Nariman se movía con el teléfono en un extraño país y con gente desconocida. Mientras, el médico se retiraba de la vida pública y se iba a poner su clínica en un lejano pueblo y el hombre de los servicios secretos hacía un gesto de saludo a sus mandos regresando por montañas y acantilados al Cairo. Gritó entonces: “¡Te necesito!”. Y este asintió con la cabeza en señal de respuesta.

Percibió entonces el morisco que ya no estaba enojado y que podía salir de la cárcel al inmenso espacio. Vio a los moriscos repartidos por numerosos países y los llamó por sus nombres, pero entonces, la pequeña enfermera lo despertó de su sueño diciéndole: “Hay alguien que quiere verte”. No fue necesario que el agente de seguridad se quitara el *lizam* para que lo reconociera. Al verlo dijo: “Has tardado mucho”. El agente sonrió exclamando: “¿Cómo si tuviéramos una cita!”.

Comenzaron a hablar de lo ocurrido y de lo que debían hacer al respecto, prolongándose la conversación durante una hora o más.

El agente temía que apareciera Raquel por sorpresa y Murad dijo irónicamente: “No vendrá”. Le dio entonces unas palmaditas en el hombro diciendo: “Sois primos”.

Cuando Murad regresó a su despacho, lo primero que hizo fue preguntar por Nariman. Le dijeron que llevaba varios días sin aparecer y que en su ausencia se estaba encargando de su trabajo un hombre de nacionalidad francesa. Decidió llamarla entonces, olvidando que no lo había visitado cuando estuvo en el hospital enfermo y a pesar de haberle dicho que tenía que reunir a los moriscos para que estos no se dispersaran. Ella no contestó, así que siguió intentándolo una y otra vez sin éxito. Finalmente, decidió sorprenderle en su oficina y olvidar las diferencias que habían nacido entre ellos al juntar en su casa a los moriscos.

Al volver Murad, a la oficina no fue bien recibido por los trabajadores quienes le dijeron que ella se había ido de viaje y que cuando ella regresara le dirían que había ido a buscarla. Murad percibió su menosprecio y sarcasmo, y salió del lugar preguntándose qué le estaba sucediendo, convencido de que Raquel había saltado del barco antes de que se hundiera. Decidió entonces llamar a su amigo el agente para que le diera noticias de ella, pero él no sabía nada y su abuela era la última a quien podía recurrir.

Cambió de dirección y se encaminó hacia la casa del morisco. Brincaba como un gato asustado subiendo las escaleras, algo le empujaba a subir. Abrió la puerta y llamó a voces a Yana Hanim, pero no la encontró ni en el balcón ni en su habitación. Tampoco se encontraba allí durmiendo la sirvienta anciana, Nubia. Permaneció confuso sin comprender dónde diablos había podido haber ido una mujer inválida, a su edad y con una sirvienta muda y sospechó que su apego al pasado le había empujado a ir a ver los pisos cerrados de los moriscos. Tomó unas llaves y corrió a abrir las puertas. La llamaba como un loco, como el que busca un chaleco salvavidas. Siguió subiendo las escaleras sofocado hasta llegar al lavadero, pero no la encontró allí tampoco. Después, al bajar las escaleras, sintió que caía en un pozo sin fondo y vio lo altas que eran las casas de los moriscos, el elevado número de escalones y lo lejos que estaba la escalera giratoria, cosa que antes no había apreciado.

Pensó en su amigo el médico y en que quizás este tuviera algún medicamento que le aliviara en su locura, pero su teléfono estaba apagado. Al llegar a la calle, se paró como un niño perdido que no sabía dónde podía encontrar a la anciana y su sirvienta.

El país se preparaba para una nueva ola de revoluciones. La gente empezó a llegar en masa a la plaza y las ganas de hacer la revolución se reflejaban en los ojos de la gente. Se sentó a pensar en la cafetería que se encontraba al lado del edificio. El camarero se acercó a él y le preguntó: “¿Has vendido la casa?”. Lo miró perplejo y el camarero hizo un gesto con la mano y añadió: “¿Por qué lo ocultas? Toda la calle lo sabe y la agencia de comunicación ha dejado la villa”. Se dio entonces cuenta de que la agencia había cerrado y de que Raquel había hecho que lo perdiera todo.

40

No sabía Muhammad ben Yahwar hasta dónde había llegado ni cómo se reencontrará con sus hijos, pues las olas lo habían arrastrado hasta una playa que no era la que habían acordado para reunirse. Los intentos por convencer al capitán del barco de continuar hasta la orilla habían sido inútiles. Este había dicho que el barco se había averiado y que no podía avanzar más porque el fondo del mar estaba próximo y, tras un largo tira y afloja, cedieron a sus palabras. Bajaron al agua y lucharon contra las olas en dirección a la orilla sin poder divisar por la oscuridad de la noche. Muhammad y Pilar no sabían nadar bien. Les ayudó Pedro, pensando que la orilla estaba cerca y que con su ayuda podrían llegar a la costa, pero cuando buscaron el fondo con sus pies no lo encontraron. Muhammad pidió a Pedro que cuidara de su madre y empezó a nadar como los demás. Las olas impedían que se vieran unos a otros. Muhammad luchaba con todas sus fuerzas y, a pesar del miedo, logró vencer a la primera ola. Tomó aire tras recuperar el equilibrio y buscó a su mujer y al hijo de esta entre centenares de cuerpos flotando en el mar. Pensó que aquella pesadilla había acabado y que todo había vuelto a la normalidad, pero una nueva ola gigante venía a por ellos. Avisó a Pedro y a Pilar a gritos, pero la ola tenía mucha más fuerza que la anterior y los arrastró a todos consigo. Se rindió a la muerte y perdió la consciencia. Al

recuperarla yacía sobre la arena de la playa inmóvil de brazos y piernas y con una profunda e incesante tos. El mundo se hacía tenebroso y se iluminaba ante él y el sonido del mar crecía. Vio a su alrededor a gente reanimarlo, practicándole ejercicios de respiración. Caras que observaban como si fueran ángeles que habían venido a por él en el Día del Juicio Final. La única palabra que pronunció fue “Pilar”. Le ayudaron a levantarse y el miedo por lo que le hubiera ocurrido a ella le hizo reaccionar. Se sorprendió de ver tantos cuerpos muertos esparcidos por la arena y le aturdió el temor de que Pilar estuviera entre ellos. Empezó a mover sus cadáveres para ver sus caras. En la oscuridad pudo ver a Pedro frotándose las mejillas ante su madre. Halló el cuerpo de Pilar mirando al vacío, entregada ya su alma. La movió pidiendo que no lo abandonara y, a punto de perder la cabeza, la abrazó llorando.

El viaje fue desde el principio duro y difícil. Fueron cinco días de marcha hasta que llegaron a Algeciras. Unos habían huido a las montañas y los que se quedaron, murieron lentamente. Muchos se habían marchado antes. Eran cientos de miles los que habían huido a lo largo de tres años.

Valencia fue la primera plaza en la que fracasó la revolución. Los sacerdotes y los soldados habían dicho al rey que no había otra solución que la de arrojar a los moriscos al mar. Sin embargo, temieron que sus campos y jardines se convirtieran en barbecho e intentaron convencerlo de que se retractara de su decisión. Sin embargo, aquel temía la llegada de los turcos a las playas por el sur y, tras mucho meditarlo, firmó el decreto de expulsión de los moriscos de Valencia y dejó el asunto en manos de sacerdotes y mandos del ejército.

Hicieron listas con los nombres, por zonas, casas y familias, haciendo marcas sobre las puertas, confiscando sus tierras, riquezas y casas, mancillando a sus familias y quitándoles la vida en nombre del Mesías. Cuando vieron todos que el asunto era serio y que ya no había marcha atrás, pensaron en huir. Para las gentes de Valencia era fácil huir, pues las montañas acogían a los gitanos que deambulaban por sus fronteras y a protestantes fugitivos subyugados también como moriscos por su religión. ¿Y por qué no juntarse los débiles? Pueblos enteros vendieron sus tierras y sus casas huyendo con sus bienes al norte. El rey prohibió viajar con dinero, prohibió a los moriscos comprar o vender en todo el país. Algunos cavaron zanjas y se enterraron en la tierra, otros se escondían en cuevas, esperando a que pasara esta ola de violencia para no ser vistos y que no los alcanzaran los soldados y sus albadones.

Muchos fueron alistados en trenes que iban de pueblos a ciudades y desde allí a las costas donde llegaban barcos de Tánger, Saleh, Tetuán y Chefchaouen, Larache, Argelia y Túnez.

Cada pueblo tenía asignado un día. Llevaban a sus vecinos a la iglesia para requisar sus enseres y prepararlos para el largo viaje. Los sacerdotes negociaban hasta a sus propios hijos. Algunos se negaban, pero otros aceptaban temiendo a lo desconocido con la esperanza de regresar pronto.

Por la mañana las filas arrancaban a caminar como bandadas de ganado o gatos temerosos en dirección al sur. Solo se les permitía parar dos veces al día, una al mediodía y la otra al atardecer. La gente deliraba por descansar, pero no había descanso. Dormían mientras caminaban y se orinaban encima gritando: “¡Ya estamos cansados!”. A cambio, recibían flechazos y golpes con sus aldabones y, si se les acababan los ducados, no comían ni bebían. Lo único que les salvaba la vida era repartir su comida con otro morisco.

En el camino, respiraban el hedor de los cadáveres en descomposición de los que habían pasado antes por allí, tropezando con los cadáveres y restos de huesos, que apartaban a un lado con los pies.

En el trayecto que va entre Sevilla y Algeciras, se volvió loca la mujer de Mayid ben Muhammad porque quería volver a donde había dejado a su hijo con los sacerdotes en Toledo, desató su bramante y se salió de la fila recibiendo una flecha que se le clavó en el pecho y su esposo Mayid saltó exaltado, lo que provocó la cólera de otros hombres que intentaron romper sus cadenas. Se detuvo la marcha y se rompieron las filas. Los soldados arremetieron contra ellos con sus aldabones y espadas para acabar de raíz con la rebelión. Mayid y cinco personas más fueron condenadas a morir ante todos y, al oponerse a esto, a Yunes, a Rabiú y a Fadel les destrozaron los cuerpos. Muhammad lloró besando las manos de los soldados para que no castigaran a sus hijos y otorgaran a los sacrificados la honra de poder ser enterrados. Los soldados entonces sintieron lástima por él y cedieron a su petición dándoles un descanso antes de proseguir el camino.

Cuando llegaron a Algeciras, se habían convertido en seres demacrados, andaban con las cabezas agachadas esperando el próximo barco. El capitán había trazado un plan para subir a bordo. Puso a las mujeres a un lado y a los hombres a otro, empezando por los que tenían cinco ducados, que tenían asegurada su plaza y después iban los que no llevaban dinero.

Muhammad quería subir al barco con toda su familia, pero el capitán dictó sus propias normas y subió Pilar en compañía de Pedro. Yunes, Fadel y Rabiú se aferraban a sus hijos esperando que hubiera hueco en el fondo del barco junto a sus padres. Pero el barco se llenó y el capitán gritó que el barco no soportaba más carga y los guardias no permitieron subir a nadie más a bordo. El capitán les prometió que venían de camino dos barcos hacia Algeciras.

Se despidieron Yunes, Fadel y Rabiú de sus padres con la promesa de que se encontrarían por la mañana. Había pasado más de media noche y las olas golpeaban el barco cargado haciendo caer a algunos y aterrorizando a otros. Los marinos empezaron a luchar contra el mar furioso con resistencia extraordinaria, sacando el agua que había inundado las maderas y los camarines con recipientes. El barco se dirigía a Ben Lushi, pero las olas lo desviaron hasta Tánger, a una distancia de dos parasangas⁴⁸⁷. El barco se detuvo y el capitán anunció que se había averiado y que no era posible atracar en la costa ya próxima. Nadie podía creerlo. No podían divisar la playa desde donde se encontraban y alterados perdieron la esperanza y decidieron arrojarse al mar para intentar salvar sus vidas. Pilar no se salvó y escapó de allí sin vida.

41

El ojo protector se apareció a Muhammad ben Yahwar en las playas de Tánger diciéndole: “Ya queda poco”. Lloró y dijo: “La vida continúa”. Y el ojo le preguntó: “¿Qué país prefieres?” Y gesticulando con las manos respondió: “Todas las tierras son iguales. Llévame a una tierra tranquila”. Subió a su caballo y se marchó atravesando valles, cerros y acantilados.

Cabalgaron Muhammad y Pedro desde Tánger hasta Alcazarquivir atravesando las montañas que rodean la ciudad de Tetuán. Al divisar Muhammad Tetuán a lo lejos, respiró profundamente la brisa y dijo: “Su brisa es como la de las Alpujarras” Bromeó Pedro diciendo: “Somos vuestros invitados”. Asintió Muhammad y continuaron la marcha sin rumbo fijo. Cuando se sintieron sin fuerzas pensaron: “Nos refugiaremos en el jardín de alguna casa que nos proteja de las hienas y los lobos”. Y fue la casa del juez

⁴⁸⁷Medida de distancia equivalente en siríaco a 6 kms.

Muhammad ben Ayash la primera casa con jardín que encontraron en el camino. Su puerta parecía hecha de un trozo de madera cortada de un enorme barco. Pidió Muhammad a su sobrino que llamara a la puerta. Salió una muchacha de unos veinte años, de cuya belleza quedó Pedro impresionado y dijo: “Es más bella que la brisa de las Alpujarras”. Sonriendo le pidió que le comunicara a su dueño que Muhammad ben Yahwar quería alojarse en su jardín aquella noche. La muchacha cerró la puerta y tardó, por lo que pensaron que su petición había sido rechazada y se volvieron diciendo: “Habría sido mejor ser presas de las bestias por los caminos a sentir la deshonra”. Pero, nada más dar unos pasos, salió el hombre con sus sirvientes diciendo: “Lo que nos hizo tardar y hacer esperar al hijo de príncipes fue que estuvimos haciendo los preparativos para recibirlo como merece un príncipe”.

Se hospedó allí Ibn Yahwar en casa del juez Ben Ayash varios meses hasta que llegaron sus hijos a Tetuán. Esperaron dos días en las costas de Algeciras a otro barco que los llevó hasta Ben Lushi, donde había llegado el barco de sus padres y de su esposa Pilar y su hijo, Pedro. Cuando preguntaron a la gente, les contestaron que no los habían visto pasar por el pueblo. Fueron a Larache, a Asilah, Chefchaouen y otras ciudades de moriscos hasta que llegaron a Tetuán y se enteraron de que su padre estaba en compañía del juez mayor y que se sentaba todos los días en la mezquita al-Yamiu a contar a los habitantes de allí lo que les había sucedido a las gentes de al-Andalus.

Vivieron juntos en aquel lugar unos años durante los cuales Ibn Yahwar se dedicó por entero a acabar su libro que trataba de los moriscos en las Alpujarras y sus desgracias.

Sucedió entonces que los beréberes agredieron a un morisco que iba de camino a la ciudad de Tetuán y lo asesinaron. El juez Ibn Ayash los castigó con pagar una gran recompensa a la familia de la víctima. A los beréberes no les gustó aquello que hizo el juez y lo acusaron de estar a favor de los cristianos. Luego ordenó azotarlo ante la presencia de todos. Lo que hicieron los beréberes fue gastarle una trampa y asesinarlo dos días después cerca de su casa. Aquel día se encontraba con Ibn Yahwar, que empezó a gritar pidiendo ayuda sin que nadie los socorriera. Lloró por él hasta que acabó falleciendo también meses después.

Tras morir Muhammad ben Yahwar salieron los moriscos de Tetuán, Tánger, Chefchaouen y de la zona de Alcazarquivir para velarlo. Todos estaban convencidos de que él había sido el último de los grandes que salieron de al-Andalus. Sin embargo, su muerte y la de su amigo Ibn Ayash no fue más que el principio de luchas internas y de corrupción de mandatarios.

Empezaron los moriscos a acusar a los beréberes de ser unos patanes incivilizados y estos a los moriscos de que habían abandonado su religión y que vivían como cristianos. Unos por un lado y los otros por el otro empezaron a emplear argucias y a maquinar engaños unos contra otros hasta comenzar guerras.

Se le apareció Abd Allah ben Yahwar a su nieto Yunes y le dijo: “Reúne a tu gente y emigra a Túnez”. Pero Pedro se negó a marcharse diciendo: “Ya no hay nada por lo que merezca la pena dispersarse”.

El viaje fue para Yunes más largo de lo que había imaginado. Sus hermanos se quejaron de que los había sacado de Marruecos por capricho y, si no hubiera sido por el emirato de su abuelo, quien empezó a darles señales, los hubieran agredido y abandonado al regresar a Marruecos. Cada vez que se enfrentaban a él encontraban una señal que les obligaba a obedecer y a seguirlo. En Tremecén les robaron sus posesiones y en Orán les atacaron los beduinos y casi los hicieron presos. Pero el ojo vigilante no deseaba el mal para ellos y empezó a perseguirlos por caminos y acantilados, si no su destino habría sido acabar en los mercados de esclavos.

En las proximidades de Túnez acordaron matar a Yunes y deshacerse de él, pero empezó a soplar un viento fuerte que hizo que se oscureciera el cielo por las nubes. Cayeron lluvias y rugieron las bestias hasta que aquellos reconocieron su culpa. Entonces se despejó el cielo, aparecieron las estrellas y huyeron los lobos. Permanecieron con él hasta llegar a la alcazaba del gobernador de Túnez, la verde. Yunes fue ante Juya, y con una reverencia se presentó ante él y su gente. A continuación, le contó lo que les había sucedido en el lejano país.

Le hizo un sitio para que se sentara a su lado y dijo: “Me ha encomendado Abu Uthman, el dey turco para que vele por el aire de al-Andalus y por todo lo que de él venga”. “¿Cómo no voy a velar por vosotros siendo los reyes de al-Andalus y sus hijos!”. Sonrió Yunes y dijo: “Sólo queremos ser como el resto de la gente”. Envió el dey

a su pregonero a anunciar que el rey tenía hospedada con él a la familia Yahwar del barrio de al-Andalus y que quien quisiera ser hospitalario con él que lo fuera también con ellos. Pero los días transcurrieron rápido y murió Juya y los que le siguieron. La gente empezó a pensar que los Banu Yahwar no eran más que un puñado de gentes problemáticas. Codiciaron sus tierras y pusieron en sospecha su fe.

42

El día en que la gente se arrastraba hacia la Plaza de la Liberación en multitud, el morisco se sentó en una cafetería colindante a su casa pensando en las innumerables pérdidas de su vida. Habían desaparecido su abuela y su sirvienta, Nariman y el médico. Avisó a la policía. Buscó por los hospitales y preguntó a conocidos y extraños sin obtener respuesta. Se sintió como un viejo árbol al que el viento golpea. Observó a los transeúntes que transportaban banderas y pancartas cantando himnos patrióticos con gran entusiasmo. Vio a la muchedumbre caminar en una gran maraña por la amplia calle.

Le vino a la mente el rostro de Nariman y recordó el gran parecido que guardaba con su abuela. No sabía a quién de las dos echaba más de menos y empezó a llorar como un niño perdido entre la gente. Al verlo en tal estado, el camarero se acercó a él y le preguntó: “¿Le sucede algo, señor Murad?”. Paró de llorar, se secó las lágrimas con la mano y dijo: “Nada”. Después se levantó como quien recuerda que tiene una cita y se unió al río de gente que atravesaba la amplia calle. Se apreciaba la alegría en la cara de todos y parecía que en El Cairo se habían acabado los días de luto. Se encontró rodeado de gentes que llenaban la calle hacia la gran plaza y cuando la calle se llenó, la gente empezó a ocupar callejones, barrios y plazas de alrededor. Las mujeres festejaban la revolución con inmensa alegría en la Plaza de Talaat Harb y la vida parecía detenerse a ritmo del griterío del lugar. La afluencia de gente hizo que el mundo fuera más estrecho que el ojo de una aguja y que la gente solo pensara en la revolución y pensó: “Se parece mucho el hoy al ayer”. Se subió a la acera desde la que solía ver *La desgracia del morisco* en un escaparate, pero encontró la librería cerrada. Se giró para mirar la estatua que portaba un documento en piedra como queriendo leer a la gente agolpada a sus pies. Recordó el documento del *waqf* de la familia imaginándolo entre miles de documentos que había en las Casa del Libro. Se volvió hacia Bab al-Luq y tras dar varios pasos, alguien le dio en el hombro diciéndole: “¿A dónde te diriges?”. Se había encontrado frente a frente con el agente de policía. Se tiró a sus brazos. Decidieron sentarse en una cafetería a fumar *shisha* y estuvieron observando la ola de gente. Estuvo a punto de decirle al policía que su abuela había desaparecido y que Raquel había vendido la casa, pero dudó un rato, sonrió y dijo:

“He escrito un libro”. El agente sonrió y le preguntó dónde lo editaría. No estaba en sus planes publicar el libro, ni siquiera se le había pasado por la cabeza. “Déjame a mí, tengo un amigo editor” dijo el agente. Miró a la gente que avanzaba por la calle con tambores y pancartas.

El agente se disculpó y se fue a continuar con sus tareas. Murad se levantó sin saber a dónde dirigirse ante tal avalancha de gente. Finalmente, dio rienda suelta a sus pies, que se dirigieron a donde solían ir por costumbre. Se encontró de pronto caminando en dirección contraria a los que procedían del Tribunal Superior de Justicia. Todos comentaban que la situación se había acabado y que había sido implantado un nuevo plan estratégico para el país.

Murad llegó a la casa. Cruzó el pasillo que llevaba a la entrada trasera, convencido de que la historia no es pura casualidad. Dio un profundo suspiro y se dispuso a subir por las escaleras cargadas de olor a humedad y polvo. Pensó en su abuela, de quien no volvería a escuchar la historia de sus abuelos. Pero al subir unos cuantos peldaños, la vio en la meseta de la planta primera sentada en una débil luz como si lo estuviera esperando. Frotó sus ojos y miró su cara iluminada y sus ropas de alegres colores. Se lanzó a sus brazos y le preguntó: “¿Dónde has estado, abuela?”. Pero ella lo detuvo haciéndole una señal con la mano. “Te has tardado, hijo mío”. Él se sorprendió. No sabía qué contestarle y le preguntó con timidez: “¿Tardado en qué?”. Ella le sonrió. “Esto es lo que no dijo el morisco”. Después se levantó para ayudarla, pero ella le hizo un gesto que le indicaba que se quedara quieto en su sitio. Empezó a subir las escaleras como si no fuera inválida. Caminaba en un halo de luz sin cansarse. No miraba las puertas de las casas. Esperaba que entrara en su casa, pero no lo hizo, sino que continuó subiendo y él tras ella como un diminuto pájaro subido a la rama de un árbol gigante. Al llegar a la puerta que separaba las escaleras de la terraza, miró a Murad y dijo: “No es el momento, Murad” y al abrirse la puerta salía por ella una luz deslumbrante. No podía abrir los ojos y se los tapó con las manos para contemplar a través de sus dedos cómo su abuela entraba en aquel resplandor, como una gota de agua que se funde en un inmenso río. Al subir tras ella, se encontró con que la puerta se había cerrado. Le envió un saludo y empezó a bajar las escaleras escuchando el eco de su voz que le decía: “Y que tengas paz de mi parte”. Sus pies buscaban escalones donde posarse. Su espíritu volaba lejos. Se sentía partido en dos, una parte pisaba la tierra y la otra volaba sobre el cielo. Vio estrellas en el cielo y a los moriscos correr tras ellas desde la Tierra.

Abrió la puerta de su casa y se sentó en una silla para seguir los acontecimientos. Raquel aparecía en la pantalla del televisor. Desde un lejano país árabe hablaba sobre la legalidad de las urnas. Llevaba puesto el hiyab y arrojaba fervientes palabras propias de una oradora en el púlpito. Se sonrió extrañado de los cambios que se sucedían a su alrededor. Su sorpresa fue mayor cuando abrió el correo y encontró un mensaje en el que se le invitaba al Congreso de los moriscos. Todo lo que tenía que hacer era rellenar un impreso dibujando el árbol genealógico de su familia. Lo rellenó y en un tic reservó plaza entre los asistentes.

Fin

Conclusiones

Los objetivos fundamentales de la tesis doctoral se han alcanzado con la presentación de tres resultados principales:

- 1- el estudio biográfico del escritor e intelectual marroquí Ḥasan Awrīd y del escritor y periodista egipcio Ṣubḥī Mūsà;
- 2- la panorámica sobre la producción de cada uno de ellos y
- 3- la traducción de las tres novelas *Sīrat ḥimār* y *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd y *Al-mūrīskī al-ajīr* de Ṣubḥī Mūsà.

Para ello, la tesis incluye tres entrevistas exclusivas con los dos autores realizadas en el transcurso de esta investigación, en forma oral (a Ṣubḥī Mūsà) y escrita (a ambos escritores). Las tres se presentan en la tesis con el texto árabe original y con la traducción al español, por lo que pueden ser consideradas una aportación relevante al ofrecer a la comunidad académica materiales originales y de gran valor, sobre todo en el caso de Ṣubḥī Mūsà, desconocido y completamente inédito en Occidente y sobre el que no existe nada de información en lenguas occidentales.

Con respecto a la visión de la situación política, se llega a la conclusión de que los dos escritores tienen una forma muy parecida de pensar en lo referente a las consecuencias de la Primavera Árabe en el mundo árabe: según ellos, es positivo que el pueblo reivindique y propicie nuevos cambios sociales, sin embargo, la lucha social debiera seguir porque, como apunta Ḥasan Awrīd, “una parada es una marcha atrás”. También coinciden ambos en su concepción de un cosmos geográfico mediterráneo donde las mismas culturas y civilizaciones se fueron asentando. Con esta apreciación de historia compartida, se demuestra la importancia de mantener unos vínculos humanos y sociales, según Ṣubḥī Mūsà y Ḥasan Awrīd.

El análisis de la biografía de Ḥasan Awrīd permite concluir que este fue escogido entre los niños del pueblo llano para ser educado como un príncipe en la clase del actual rey de Marruecos, Muḥammad VI, para ocupar, como el resto de sus compañeros de curso, los más altos cargos del poder. Gracias a ello, más tarde inició su andadura profesional, pero debido a las desavenencias con otros altos cargos, envidias o inculpaciones de proximidad al príncipe Hišām, primo de Muḥammad VI y crítico con la monarquía marroquí, fue destituido de su cargo durante cuatro años. A partir de este momento, se refugia en la vida intelectual realizando una oposición moderada encauzada a proponer reformas sociales de justicia e igualdad para todos los ciudadanos. Asimismo, defiende el respeto a las

minorías sociales y de la lengua amazigh. Al mismo tiempo, se ha enfrentado a los seguidores de movimientos radicales pidiéndoles moderación y diálogo.

La revisión de la producción de Awrīd ha permitido constatar que se desarrolla sobre todo en la fase posterior a su destitución y es muy abundante. Ha escrito ensayos políticos y de pensamiento filosófico, poesía y novela con un estilo sencillo pero de vocabulario elevado y con terminología histórica clásica sustentada en su erudición y amplio conocimiento de la historia de su país.

Por otra parte, Ḥasan Awrīd ha sido galardonado con diferentes premios nacionales e internacionales, como la Medalla Alejandro Bushkin (Wisām Alaksandr Būškīn) concedida por la Unión de escritores de Rusia el año 2015, el Premio del Libro Marroquí de Jóvenes Lectores (Ŷā'izat al-qurrā' al-šabāb li-l-kitāb al-magribī) por su novela *Rabī' Qurṭuba* el año 2018, el Premio Club de Lectura de Casablanca (Ŷā'izat nādī al-qirā'a li-l-madīnat al-jaḍrā') por la novela *Ribāṭ al-Mutanabbī* el año 2020. Además, fue seleccionado por esta novela al premio internacional Booker en lengua árabe el año 2019. Estos premios refrendan la calidad de su obra y ponen de manifiesto la originalidad e importancia de su pensamiento crítico.

En cuanto al estudio biográfico sobre Ṣubḥī Mūsà y su producción, ha demostrado que es un escritor desconocido prácticamente en España, en Europa y Occidente, que reside y trabaja actualmente en El Cairo como redactor jefe de la Maḡallat al-Ṭaqāfa al-Ŷadīda, revista editada por al-Hay'a al-'Āmma li-l Quṣūr al-Ṭaqāfiyya (Comisión General de los Palacios Culturales). No se tienen noticias evidentes de que esté ligado al poder, sin embargo, se puede deducir que su libertad de pensamiento está limitada por su dependencia administrativa e institucional derivada de su puesto de trabajo gubernamental. Procedente de una familia de agricultores de Alejandría, destacó por sus composiciones poéticas en la escuela. No obstante, la vida le llevó a centrarse en la novela obteniendo el premio al mejor trabajo literario del Festival Internacional de El Cairo en 2014 con su novela *Asātīr raḡul al-ṭulātā'* (Leyendas del hombre del martes) (2013) y con la novela *Nuqṭat niẓām* (Punto de un sistema) (2017) consiguió el premio Naḡīb Maḡfūz (Naguib Mahfuz).

Su producción literaria narrativa se desarrolla principalmente en este siglo XXI y sigue las directrices propias de la narrativa árabe postmodernista. Por tanto, el escritor se sale de la línea anterior trazada por el maestro de la narrativa egipcia Naḡīb Maḡfūz. Sin embargo, ninguna de sus obras ha sido traducida a lengua occidental alguna.

Del estudio sobre la historicidad de las novelas *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd y *Al-mūrīskī al-ajīr* de Ṣubḥī Mūsà se puede concluir que los escritores siguen una línea histórica general bastante real y respetando los acontecimientos principales, los personajes, nombres y lugares topónimos, pero inventando y superponiendo a la historia real una trama ficticia.

Ambos escritores presentan su visión de esta última etapa de al-Andalus dentro de nuestra historia y, en el caso de Ṣubḥī Mūsà, de las diferentes etapas de la historia de España desde las revueltas del barrio del Albaicín hasta la Transición a la democracia de los años 70. En el caso de *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd, consideramos un logro para la difusión del legado cultural morisco el haber rescatado una obra clásica, el *Kitāb nāṣir al-dīn 'alà l-qawm al-kāfirīn* del escritor morisco Aḥmad b. Qāsīm al-Ḥayārī, que es, a su vez, un resumen de una obra de este mismo autor bastante más amplia al parecer, *Riḥlat Ṣihāb ilà liqa'al-ahbab*. Por su parte, Awrīd, al recrear la obra de al-Ḥayārī, le otorga tintes modernos y describe en detalle la corte marroquí del sultán marroquí al-Manṣūr al-Dahabī y su parangón con el Imperio otomano, que es una de las partes de la novela más vívidas y complejas de traducir por los numerosos nombres específicos de tribus, grupos y elementos culturales de la época.

En cuanto a la tercera novela, *Sīrat ḥimār* de Ḥasan Awrīd, está recreada en la época romana en territorio marroquí y el autor plasma en ella todo su bagaje cultural, filosófico y su conocimiento de la literatura árabe clásica.

Coinciden ambos escritores en sus novelas de tema morisco en considerar un error cometido por el cardenal Cisneros la decisión de condenar duramente a los moriscos, perseguirlos y expulsarlos de la Península por su religión, idea que también se puede localizar ya en el siglo XIX en las propias Actas de la Diputación de Granada, en las que queda patente lo que algunos llaman un *racismo de Estado* y un abuso de los poderes de la Iglesia durante la etapa de gobierno del cardenal Cisneros.

En estas dos novelas de los dos escritores se describe la humillación que sufrieron los moriscos, la vejación y el martirio de mujeres y niños. Por su parte, Ṣubḥī Mūsà se muestra más reivindicativo y beligerante pero con una visión más sesgada de la historia de España y de la Iglesia católica en nuestro país. En su novela *Al-mūrīskī al-ajīr*, encontramos un pasaje estremecedor donde los moriscos son abandonados a su suerte en el mar Mediterráneo y muchos mueren ahogados, de hambre, frío, sed y calor. Parece una

metáfora de la situación actual en la que este mar sigue siendo una fosa común y de vacío para muchos seres humanos, en gran parte musulmanes y árabes como los moriscos.

Además, comparten la añoranza por al-Andalus como paraíso perdido de civilización y cultura y el anhelo de una sociedad en la que las religiones convivan en paz y se enriquezcan mutuamente, una sociedad de justicia social y de respeto por la naturaleza. En este sentido, el tema del agua es entendido en la novela *Sīrat ḥimār* como principio de la vida y fuente de sanación espiritual, pues el protagonista entra en la fuente para purificarse y sanar.

Destacan los personajes femeninos en las dos novelas de estos escritores. Las protagonistas son mujeres fuertes, luchadoras, independientes y sensibles, encontrándose entre ellas una cristiana, Eugénie en la novela *Al-mūrīskī* de Ḥasan Awrīd y una de presumible nombre judío, Raquel, en la novela *Al-mūrīskī al-ajīr* de Şubḥī Mūsà.

En los dos escritores hay una preocupación constante por el problema palestino, el terrorismo y las desigualdades e injusticias sociales.

En cuanto a la novela *Al-mūrīskī al-ajīr* de Şubḥī Mūsà, su lenguaje es sencillo, dinámico y fresco con los elementos y características propios del Posmodernismo en la literatura árabe actual.

Los resultados obtenidos de esta tesis parten de las traducciones de las novelas y de su análisis. La pluralidad de temáticas que se abordan en ellas hace que se abra un amplio campo de estudio para futuras investigaciones que ahora podrán efectuarse desde distintas disciplinas que no tenían acceso al texto árabe (literatura, historia, sociología, antropología, entre otras) pero que ahora se les facilita con la versión aportada con la presente tesis doctoral.

Entre las posibles líneas de investigación que abre esta tesis doctoral y que tenemos previsto desarrollar en el futuro están el estudio específico y en profundidad de cada uno de los personajes, tanto masculinos como femeninos, que aparecen en estas novelas y su simbolismo.

Igualmente, se puede desarrollar y profundizar en el análisis literario e histórico de las novelas *Al-mūrīskī* y *Al-mūrīskī al-ajīr*. Además, consideramos cuestión de interés analizar el problema del terrorismo, su relación con el imaginario de al-Andalus y su vínculo con la cuestión de Palestina.

Conclusiones en árabe

النتائج

تمكنا من خلال هذه الرسالة لنيل الدكتوراه من تحقيق مجموعة من الأهداف نراها أساسية، نبسطها في ثلاث نتائج رئيسية كالآتي:

- دراسة السيرة الذاتية للمفكر والأديب المغربي حسن أوريد، والكاتب والصحفي المصري صبحي موسى.
- تقديم لمحة عن أعمال كل واحد من الكاتبين.
- ترجمة الروايات الثلاث: "سيرة حمار" و"الموريسكي" لحسن أوريد، و"الموريسكي الأخير" لصبحي موسى.

لأجل هذا، تتضمن الرسالة ثلاث مقابلات مع الكاتبين المذكورين: شفوية مع صبحي موسى، ومكتوبة معهما على حد سواء، باللغة العربية مرفقة بترجمة إسبانية، من أجل تمكين الوسط الأكاديمي الإسباني بمادة مهمة عن الأدب العربي المعاصر وبعض رواده. فإن كان حسن أوريد معروفا في الأوساط الأكاديمية الغربية عموما، فإن تعريفي بصبحي موسى غير المعروف في هذه الأوساط يُعتبر عملا غير مسبوق، بحيث أنه لا توجد عنه أية معلومات باللغات الغربية.

وفيما يتعلق برؤية الوضعية السياسية، استنتجنا بأن الكاتبين لديهما طريقة متشابهة في تقييم نتائج الربيع العربي في العالم العربي؛ فقد توصلا معا، بحسب تعبيرهم، إلى نتيجة مفادها إيجابية مطالبة الشعب بالتغييرات الاجتماعية، ولكن النضال الاجتماعي يجب أن يستمر ما دام أن، كما يرى حسن أوريد، «أي توقف هو عبارة عن عودة إلى الخلف». يلتقي الكاتبان، أيضا، في تصوّرهما حول فضاء جغرافي مشترك، المكان الذي عاشت فيه نفس الثقافات والحضارات. بهذا الاعتبار للتاريخ المشترك، تتبين أهمية الحفاظ على الروابط والعلاقات الإنسانية والاجتماعية، حسب صبحي موسى وحسن أوريد .

يُستنتج بعد تحليل السيرة الذاتية لحسن أوريد أنه وقع عليه الاختيار من بين أبناء الشعب ليدرس في الفصل نفسه مع الأمير وولي العهد آنذاك وملك المغرب حاليا محمد السادس. تقلّد حسن أوريد مناصب غليا في البلاد مثل باقي زملائه في الفصل. بفضل ذلك، بدأ مسيرته المهنية فيما بعد، ولكن نظرا للخلافات التي نشبت بينه وبين مسؤولين كبار في الدولة، ربما بسبب الحسد أو بسبب قُربهِ من الأمير هشام ابن عم الملك محمد السادس (المعروف بالأمير الأحمر) المنتقد للعائلة الملكية المغربية، تم

عزله من منصبه لمدة 4 سنوات. ابتداءً من تلك اللحظة، لجأ إلى الحياة الثقافية والفكرية والقيام بمعارضة مُعتدلة مُوجهاً اقتراحات بضرورة القيام بإصلاحات اجتماعية وتحقيق العدالة والمساواة بين كل المواطنين. بالإضافة إلى ذلك، دافع على احترام الأقليات الاجتماعية واللغة الأمازيغية. وفي الوقت نفسه، تَوَاجَه مع التيار المُتطرّف مطالباً إياه بالاعتدال والجوار.

لا شك في أن مراجعة أعمال حسن أوريد جعلتنا نتوقف على التطور الذي عرفته كمّاً وكيفاً، بحيث أنها تزايدت بعد إبعاده عن مهامه الرسمية العليا في الدولة، موازاة مع ذلك راكم كتابةً مقالات سياسية بعمق فلسفي، كما كتب الشعر والنثر بأسلوب سلس رشيق بمفردات وتعابير راقية، ومصطلحات تاريخية تُنمُّ عن اطلاعه الكبير على تاريخ بلده ومعرفته العميقة بثقافته.

وبفضل وفرة إنتاجاته وتميزها، تُوج حسن أوريد بِعدّة جوائز وطنية ودولية، من بينها قِلادة "أليخاندر بوشكين" التي منحه إيّاها اتحاد كُتّاب روسيا سنة 2015، وجائزة القُرّاء الشباب للكتاب المغربي على روايته ربيع قرطبة سنة 2018، وجائزة نادي القراءة لمدينة الدار البيضاء على رواية رباط المتنبّي سنة 2020. بالإضافة إلى هذا، أُختيرت هذه الرواية للجائزة الدولية بوكر في اللغة العربية سنة 2020. صفوة القول، هذه الجوائز تُؤكّد جودة أعماله وتُبرز أصالة وأهمية تفكيره النقدي.

أما بخصوص دراسة السيرة الذاتية لصبحي موسى وإنتاجه، فبيّنت أنه كاتب غير معروف في إسبانيا وأوروبا والغرب على وجه العموم. هذا الكاتب يسكن في القاهرة، ويعمل فيها حالياً كرئيس تحرير "مجلة الثقافة الجديدة" التي تُصدرها تنشرها الهيئة العامة لقصور الثقافة.

لا توجد أخبار أو معلومات عن علاقته بالسلطة. لكن يبدو أنه يعاني من ضيق مساحة حرية التفكير والتعبير نظراً لعمله في مؤسسة حكومية تابعة للدولة.

ينحدر صبحي موسى من أسرة بسيطة من الإسكندرية تشتغل في الفلاحة، برزت ميولاته إلى الكتابة الشعرية منذ صباه في المدرسة، ولكن دفعته الحياة إلى التركيز على كتابة الرواية، فحصل على إثر ذلك على جائزة أفضل عمل أدبي في مهرجان القاهرة الدولي في 2014 على روايته أساطير رجل الثلاثاء، وعلى جائزة نجيب محفوظ سنة 2017 عن رواية نقطة نظام.

تدور أعماله السردية الأدبية أساساً حول أحداث هذا القرن الواحد والعشرين ويتّبع القواعد الخاصة بالسرد العربي المعاصر. وبالتالي، يخرج الكاتب عن الخط الذي رسمه أستاذ السرد المصري، نجيب محفوظ. ورغم الأهمية التي يحظى بها هذا الكاتب، لم تتم ترجمة ولا واحدة من رواياته إلى لغة أجنبية.

نستنتج من الدراسة التاريخية للروائين "الموريسكي" لحسن أوريد و"الموريسكي الأخير" لصبحي موسى أنّ الكاتبين يسلكان خطأ تاريخيا عاما حقيقيا يحترمان فيه الأحداث الرئيسية، والشخصيات، والأسماء والأماكن الجغرافية، ولكنهما يَخْتَلِقان، بطبيعة الحال انسجاما مع طبيعة الأدب والرواية، ويُدْخِلان مع التاريخ الحقيقي، حبكة خيالية .

يقدم الكاتبان كلاهما نظرتيهما حول المرحلة الأخيرة من تاريخ الأندلس ضمن تاريخ إسبانيا؛ فصبحي موسى، يتحدث عن المراحل المختلفة في تاريخ إسبانيا ابتداءً من ثورة حي البيّازين حتى الانتقال إلى الديمقراطية في السبعينيات. أما حسن أوريد، فتعتبر روايته "الموريسكي" إنجازا كبيرا لنشر الميراث الثقافي الموريسكي بإعادة إنتاج ونشر العمل الكلاسيكي المعروف بـ "ناصر الدين على القوم الكافرين" للكاتب الموريسكي أحمد بن قاسم الحجري، وهو في الوقت نفسه موجز لعمل أكثر توسّعا للكاتب ذاته "رحلة شهاب إلى لقاء الأحاب". من جهته، عندما أعاد حسن أوريد إنتاج عمل الحجري، أعطاه طابعا جديدا ويصف بطريقة مُفصّلة بلاط السلطان المغربي أحمد المنصور الذهبي، وتشابهه بالإمبراطورية العثمانية، وهو جزء الرواية الأكثر تعائشا والأكثر تعقيدا في ترجمته لكثرة الأسماء المُحدّدة لقبائل وجماعات وعناصر ثقافية لتلك الحقبة .

أما الرواية الثالثة "سيرة حمار" لحسن أوريد أيضا، فتتمخّور حول العصر الروماني في الأراضي المغربية، ويبرز الكاتب فيها كل معرفته الثقافية والفلسفية، وكذلك معرفته بالأدب العربي الكلاسيكي .

يتفق الكاتبان في روايتيهما حول موضوع الموريسكيين، على خطأ الفظيع للكاردينال سيسنيروس المتمثل في الحكم القاسي ضد الموريسكيين، بمطاردتهم وتهجيرهم من شبه الجزيرة الإيبيرية بسبب دينهم، وهي الفكرة التي يمكن أن نجدها في القرن في القرن ١٩ في وثائق مجلس محافظة غرناطة، والتي تؤكّد ما يسمّيه البعض "عنصرية الدولة" والاستغلال المفرط لسلطة الكنيسة في عهد الكاردينال سيسنيروس.

في هاتين الروائيتين يتم وصف الإهانة التي عانى منها الموريسكيون، من الاعتداءات على النساء والأطفال واستشهادهم. من جهته، يظهر صبحي موسى أكثر جدّة وانتقادا لتاريخ إسبانيا ومؤسساتها العليا، خاصة الكنيسة الكاثوليكية التي كانت وراء اضطهاد الموريسكيين. ففي روايته "الموريسكي الأخير"، نجد منظرا مُروعا للموريسكيين تم التخلي عنهم لقدرهم بين الحياة والموت في البحر الأبيض المتوسط والكثير منهم ماتوا غرقا، أو من جرّاء الجوع أو البرد أو العطش أو الحرّ، ويبدو أنه انعكاس للوضع الحالية حيث أن هذا البحر ما زال يُعتبر مقبرة جماعية للكثير من الناس أغلبيتهم مسلمين وعرب مثل الموريسكيين.

كما أنهم يشتركون في حنينهم إلى الأندلس: "الفردوس المفقود" للحضارة والثقافة، والشوق إلى مجتمع كانت تعيش فيه جميع الأديان في تسامح وسلام ويُثري بعضهم البعض، في مجتمع العدالة الاجتماعية والاحترام المتبادل والتلقائي.

في هذا الاتجاه، يحضر موضوع الماء في رواية "سيرة حمار" للدلالة عن بداية الحياة ومصدر الاستشفاء الروحي، لأن بطل الرواية يدخل إلى منبع الماء لتطهير نفسه.

في الروايتين "الموريسكي" و"الموريسكي" الأخير تبرز شخصيات نسائية؛ وهي شخصيات قوية مثابرة مستقلة حساسة، توجد بينهن شخصية مسيحية وهي "أوجين" في رواية "الموريسكي" لحسن أوريد. وأخرى من المفترض أن تكون يهودية باسمها "راشل" في رواية "الموريسكي الأخير" لصبحي موسى .

بالنسبة للكاتبين هناك اهتمام دائم بالقضية الفلسطينية، والإرهاب والظلم وعدم المساواة الاجتماعية. وفيما يتعلق برواية "الموريسكي الأخير" لصبحي موسى، فلغتها سهلة ديناميكية حديثة بعناصر وميزات خاصة بما بعد الحداثة في الأدب العربي المعاصر.

خلاصة القول، لقد حصلنا من خلال هذه الرسالة على مجموعة من النتائج بدءاً من ترجمة هذه الروايات إلى غاية دراستها وتحليلها وقد تبين لنا تعدد المواضيع التي تعالجها من يفسح المجال أمام تعدد الدراسات التي يمكن أن تُنجز مستقبلاً من داخل تخصصات مختلفة: الأدب، التاريخ، السوسيولوجيا والأنثروبولوجيا وغيرها التي كان يستعصي عليها التعامل مع النص العربي مباشرة، لهذا فهذه الرسالة توفر لمجموع تلك التخصصات مادة أدبية وفكرية مهمة للدراسة والتحليل.

من بين خطوط البحث الممكنة التي تفتحها هذه الرسالة والتي نطمح إلى تطويرها مستقبلاً هي الدراسات الخاصة والمعمّقة لكل شخصية على جدى سواء، أكانت ذكراً أم أنثى تظهر في هذه الروايات ورمزيتها.

في السياق نفسه، يمكن تطوير وتعميق التحليل الأدبي والتاريخي للروايتين "الموريسكي" و"الموريسكي الأخير". بالإضافة إلى هذا، نعتبر مسألة مهمة تحليل مشكلة الإرهاب وعلاقته بصورة الأندلس في المخيال الجمعي وصلته بالقضية الفلسطينية.

Bibliografía (fuentes, bibliografía, recursos audiovisuales, de Internet y digitales)⁴⁸⁸

- ABBOUD-HAGGAR, Soha. “La influencia del idioma árabe en la terminología técnico-científica española”. En Francisco VIDAL-CASTRO (coord.). *La deuda olvidada de Occidente. Aportaciones del Islam a la civilización occidental*. Madrid: Fundación Ramón Areces, 2004, 267-287.
- ‘ABD AL-ŞAMAD, Muḥammad. “«Rabī’ Qurtuba». Dawālīb al-balāt wa-l-ta‘āyuš al-dīnī bi-l-Andalus”. *Al-Anāḍūl* [en línea] 7 de noviembre de 2011. Disponible en: <https://www.aa.com.tr/ar/التقارير/ربيع-قرطبة-دو-اليب-البلاطو-التعايش-الديني-بالأندلس-/958451> [Consulta:20/02/2020]. También publicado con el título *Rabī’ Qurtuba. Riwāya tanbašu fī dawālīb al-balāt wa-l-ta‘āyuš al-dīnī bi-l-Andalus*. Tanja24 [en línea] 8 de noviembre de 2017. Disponible en: <https://tanja24.com/news27738.html> [Consulta 10/04/2020]
- ABDELLOUAHED EL ASRI, Mouhammad. “Los libros plúmbeos: un enigmático intento de diálogo religioso entre los moriscos y los cristianos de España en los siglos 16 y 17”. En MELO CARRASCO, Diego y VIDAL CASTRO, Francisco (eds.). *A 1300 años de la conquista de al-Andalus (711-2011): Historia, cultura y legado del Islam en la Península Ibérica*. Coquimbo (Chile): Centro Mohammed VI para el Diálogo de Civilizaciones; Santiago de Chile: Cátedra Al-Andalus|Magreb (Universidad Adolfo Ibáñez), 2012, 551-569.
- ABDULATIF, Ahmad. “Lo irreal y lo experimental en ‘La nueva novela egipcia’ y ‘La luz nueva’ y sus vínculos con Borges”. *Miscelánea de estudios árabes y hebraicos. Sección Árabe-islam*, 69 (2020), pp. 33-59.
- ABUMALHAM, Montserrat. “La crítica literaria: nuevas perspectivas en torno a la literatura árabe contemporánea”. *Anaquel de Estudios Árabes*, 6 (1995), pp. 11-20.
- ALBARRACÍN NAVARRO, Joaquina. “Memorial a propósito de los alfaquíes de la Granada mudéjar”. En Celia del MORAL (ed.). *En el epílogo del Islam andalusí: La Granada del siglo XV*. Granada: Grupo de Investigación Ciudades Andaluzas bajo el Islam (Universidad de Granada), 2002, 283-306.
- ALONSO ACERO, Beatriz. *España y el norte de África en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Editorial Síntesis, 2017.
- ÁLVAREZ DE MORALES, Camilo. “Documentos de los moriscos del Albaicín”. En Mostafa AMMADI, Francisco VIDAL-CASTRO y María Jesús VIGUERA MOLINS (eds.). *Manuscritos para comunicar culturas. Quinta Primavera del Manuscrito Andalusí = Al-majṭūṭāt wa-tawāṣul al-ṭaqāfāt. Rabī’ al-Majṭūṭ al-Andalusī, al-dawra al-jāmisa*. Primavera del Manuscrito Andalusí, 5. Casablanca: Kulliyat al-Ādāb wa-l-‘Ulūm al-Insāniyya (Ŷāmi‘at al-Ḥasan al-Tānī ‘Ayn al-Šuqq) = Faculté des Lettres et des Sciences Humaines (Université Hassan II - Aïn Chock); Rabat: Editions & Impressions Bouregreg, 2012, pp. 27-46.
- AMMADI, Mostafa. (ed.). *Manuscritos: papel, técnicas y dimensión cultural. IV Primavera del Manuscrito Andalusí = Al-majṭūṭāt: al-waraq, al-taqniyya wa-l-bu’d al-ṭaqāfī. Rabī’ al-Majṭūṭ al-Andalusī al-Rābi’*. Serie Primavera del Manuscrito Andalusí, 4. Casablanca: Facultad de Letras y Ciencias Humanas (Universidad Hassan II-Casablanca); Rabat: Bouregreg, 2012.
- AMMADI, Mostafa, VIDAL-CASTRO, Francisco y VIGUERA MOLINS, María Jesús (eds.). *Manuscritos para comunicar culturas. Quinta Primavera del Manuscrito*

⁴⁸⁸ Como es habitual en los Estudios Árabes e Islámicos, el artículo árabe al- no se tiene en cuenta para la ordenación alfabética.

- Andalusí = Al-majtūṭāt wa-tawāṣul al-ṭaqāfāt. Rabī' al-Majtūṭ al-Andalusī, al-dawra al-jāmisā.* Primavera del Manuscrito Andalusí, 5. Casablanca: Kulliyat al-Ādāb wa-l-'Ulūm al-Insāniyya (Ŷāmi'at al-Ḥasan al-Tānī 'Ayn al-Šuqq) = Faculté des Lettres et des Sciences Humaines (Université Hassan II - Aïn Chock); Rabat: Editions & Impressions Bouregreg, 2012, 59-65.
- AMO, Mercedes del. *Novela, ideología e historia en Egipto (1913-2013).* MEAH, vol. 63, 2014, pp. 265-277.
- AMRÁN, Rica y CORTIJO OCAÑA, Antonio (eds.). Las minorías en España y América (siglos XV-XVIII)". *eHumanista*, (2019), pp. 120-132.
- ANSÓN CALVO, M^a del Carmen. *Del esplendor morisco a la decadencia y la tendencia a su recuperación.* Torrellas: Ayuntamiento de Torrellas, 2014.
- AOUAD LAHRECH, Oumama. "Salé en el espejo de la memoria andalusí". En *Triángulo de al-Andalus.* Catálogo de la exposición, Rabat, octubre 2003-enero 2004. Coord. edición catálogo Inmaculada Cortés. Granada: Fundación El Legado Andalusí, 2003, 174-183.
- AOURID, Hassan. *El asno de plata.* Traducción del árabe de Ana M^a Sánchez Medina. Granada: Editorial Comares, 2021.
- AOURID, Hassan. *Le Morisque.* Rabat: El Maarif Al Jadida, 2015.
- APULEYO, Lucio. *El asno de oro.* Madrid: Alianza Editorial, 1994.
- ARANDA PÉREZ, Francisco José. "Cide Hamete Benengeli, inventor inventado del Quijote, y otros historiadores arábigos más o menos invencioneros". *eHumanista/Conversos*, 3 (2015), pp. 9-44.
- ASHUR, Radwa. *Granada (trilogía).* Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2008.
- AWRĪD, Ḥasan. *Al-mūrīskī. Riwāya.* Rabat: Dār al-Amān, 2014 (3^a edición).
- AWRĪD, Ḥasan. *Sīrat ḥimār.* Rabat: Dār al-Amān, 2017 (4^a edición).
- AWRĪD, Ḥasan. *Tourments d'un âne.* Casablanca: Imprimerie Najah al-Jadida, 2018.
- "Awrīd yaḥkī 'an "la'anāt al-aḥkām al-ŷāhiza" wa-'an 'alāqati-hi bi-l-šabībat al-islāmiyya". Ḥikāyāt. LeSiteinfo [TV línea] 17 de mayo de 2019. Disponible en: <https://youtu.be/hreBJnARUpg> [Consulta: 23/04/2020]
- "Awrīd yaḥkī kawālīs dirāsati-hi ma'a al-malik wa-yakšifu sirr "kursī Muḥammad al-Jāmis". Ḥikāyāt. LeSiteinfo [TV] 8 de mayo de 2019. Disponible en: <https://youtu.be/ZM1EjHiRm3U> [Consulta: 23/04/2020]
- "Awrīd yaḥkī tafāṣīl ṭufūlati-hi wa-'ā'ilati-hi wa-l-ḥadaṭ al-lādī kāna sa-yunhī ḥayāta-hu". Ḥikāyāt. LeSiteinfo [TV] 7 de mayo de 2019. Disponible en: <https://youtu.be/KuZHKRKK10o> [Consulta 23/04/2020]
- "Awrīd yakšifu dawāfi'a ijtiyāri-hi al-'amal fī wizārat al-jāriyya badalan al-dājiliyya". Ḥikāyāt. LeSiteinfo [TV] 13 de mayo de 2019. Disponible en: <https://youtu.be/ZUPqKOLZohk> [Consulta 23/04/2020]
- "Awrīd yataḥaddatu 'an fatrat dirāsati-hi al-qānūn ma'a al-malik bi- Kulliyat al-Ḥuqūq bi-l-Ribāt". Ḥikāyāt. LeSiteinfo [TV]. 12 de mayo de 2019. Disponible en: <https://youtu.be/vJt-DZ1B3do> [Consulta: 23/4/2020]
- "Awrīd yataḥaddatu 'an laḥzāt ijtiyāri-hi li-mutāba'a dirāsati-hi ma'a al-malik Muḥammad al-sādis". Ḥikāyāt. LeSiteinfo [TV] 8 de mayo de 2019. Disponible en: <https://youtu.be/nQjmyYxu6yc> [Consulta: 23/04/2020]
- "Awrīd yataḥaddatu 'an al-mašākil al-lātī wāyḡaha-hā fī l-Madrasa al- Mawlawiyya". Ḥikāyāt. LeSiteinfo [TV] 8 de mayo de 2019. Disponible en: https://youtube.com/watch?time_continue=21&v=cqNznwCIXZs&feature=embtiple [Consulta: 23/04/2020]

- “Awrīd yuwaḍḍiḥu ‘alāqata-hu bi-mawlāy Hišām wa-kayfa “tamma al-iḥḥāz” ‘an masāri-hi al-ladī ḡalla mu‘alliḡan li-arba‘ sanawāt”. Ḥikāyāt. *LeSiteinfo* [TV]. 15 de mayo de 2019. Disponible en: <https://youtu.be/S4qO8ohJUxo> [Consulta: 23/04/ 2020]
- ‘AWWĀD AL-AḤRAŠ, Umāma. “Salā fi mir’āt al-dākira al-andalusiyya”. En *Muṭallat al-Andalus*. Kātālūy al-ma’raḡ, al-Ribāt, uktūbar 2003-yanāyir 2004. Coord. edición catálogo Inmākūlādā Kūrtiš. Granada: Fundación El Legado Andalusí, 2003, 174-183.
- ‘AYĀŠ, Sāra y Al-ŶUNĀYNĪ, Ḥusayn y ŠĀLĪḤ, Līnā. “«Asāṭir raḡul al-ṭulātā’»li Šubḥī Mūsā..riwāya mawsū‘iyya ‘an al-‘ālam al-sirrī li-l-ḡamā’āt al-islāmiyya”. Disponible en: <https://www.france24.com/ar/-أساطير-رجل-الثلاثاء-لصباحي-موسى-رواية-موسوعة-عن-العالم-السري-للجماعات-الإسلامية>
- BALLESTER-OLMOS Y ANGUÍS, José F.. “El jardín islámico”, 148-152. En Francisco VIDAL-CASTRO (coord.). *La deuda olvidada de Occidente. Aportaciones del Islam a la civilización occidental*. Madrid: Fundación Ramón Areces, 2004, 135-152.
- BALOUP, Daniel y GONZÁLEZ ARÉVALO, Raúl. *La Guerra de Granada en su contexto internacional*. Toulouse: Presses universitaires du Midi, 2017.
- BARRIO BARRIO, Juan Antonio. “El concepto de frontera en la Edad Media. La frontera meridional del Reino de Valencia. Siglos XIII- XV”. *Sharq al-Andalus*, 20 (2011-2013), pp. 42-65.
- BARRIOS AGUILERA, Manuel (ed.). *Historia del reino de Granada II. La época morisca y la repoblación (1502-1630)*. Granada: Universidad de Granada, 2000.
- BARRIOS AGUILERA, Manuel. *La convivencia negada: historia de los moriscos del Reino de Granada*. Granada: Editorial Comares, 2008.
- BARRIOS AGUILERA, Manuel. “La guerra de los moriscos de Granada en el sumario de proezas y casos de guerra de Juan de Arquellada” *Chronica Nova*, 22 (1995), pp. 407-428.
- BARRIOS AGUILERA, Manuel. *La suerte de los vencidos: estudios y reflexiones sobre la cuestión morisca*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2009.
- BARRIOS AGUILERA, Manuel, GARCÍA-ARENAL, Mercedes (eds.). *¿La historia inventada? Los libros plúmbeos y el legado sacromontano*. Granada: Universidad [etc.], 2008.
- BARRIOS AGUILERA, Manuel y GARCÍA-ARENAL, Mercedes (ed.). *Los plomos del Sacromonte*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2006.
- BARROS, Filomena. “Living as Muslims under Christian rule: the Mudejars”. En FIERRO, Maribel (ed.). *The Routledge handbook of Muslim Iberia*. Abingdon (RU); Nueva York: Routledge, 2020, 535-551, cap. 24, disponible en <https://www.routledge.com/The-Routledge-Handbook-of-Muslim-Iberia-1st-Edition/Fierro/p/book/9781138649149> y en https://books.google.es/books?id=MureDwAAQBAJ&hl=es&source=gbs_navlinks_s.
- BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, Rafael. “Continuidad de la presencia morisca en España después de las expulsiones: resistencias a la expulsión, permanencias y retornos de los moriscos”. *Actas XII Simposio Internacional de Mudejarismo*, (2013), pp. 473-490.
- BENITO, José A. *El comentario literario paso a paso*. Madrid: CreateSpace Independent Publishing Platform, 2019.
- BEN JELLOUN, Tahar. *La primavera árabe. El despertar de la dignidad*. Madrid: Alianza editorial, 2011.

- BENELHAJ SOULAMI, Jaafar (Ben El Haj Soulami, Jaafar) [IBN AL-ḤĀYĪ AL-SULAMĪ, Ŷa'far]. "Los historiadores clásicos árabes frente al fenómeno andalusí-morisco: cómo se escribió la historia saltando la historia (1492-1603)". En Aurora M^a URDIALES ESCOBAR, Pablo ROJO PLATERO, Alberto ESCOLANO PASTOR y Antonio GUZMÁN VALDIVIA (coords.). *450 Aniversario de la batalla del Peñón de Frigiliana. II Jornadas sobre patrimonio histórico de la Axarquía. Sierra de Bentomiz*. Frigiliana, 8 y 9 de junio de 2019. Frigiliana: Ayuntamiento de Frigiliana, 2020, 265-290.
- BENELHAJ SOULAMI, Jaafar (Ben El Haj Soulami, Jaafar) [IBN AL-ḤĀYĪ AL-SULAMĪ, Ŷa'far]. "La memoria de las campañas de evangelización y de la Inquisición: La historiografía musulmana frente a una realidad histórica compleja (1501-1642)". *eHumanista* (en línea), 40 (2018) 316-330. Disponible en https://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_eh/files/sitefiles/ehumanista/volume40/ehum40.je.soulami-2.pdf [Consulta 23/12/2021.].
- BENELHAJ SOULAMI, Jaafar (Ben El Haj Soulami, Jaafar) [IBN AL-ḤĀYĪ AL-SULAMĪ, Ŷa'far]. "Al-tawāṣul bayna al-andalusiyyīn al-mutabaqqīn fī l-Andalus ba'da al-tarḥīl al-rasmī li-ʿām 1017/1609 wa-bayna ʿudwat al-Magrib al-Aqṣā". En Mustapha ADILA (coord. y ed.). *Mudéjares y moriscos en las fuentes textuales y documentales: Actualidad de su memoria histórica. Actas del Coloquio internacional*. Homenaje a la Prof^a. María Jesús Viguera Molins, de la Real Academia de la Historia, de España. Tetuán: Asociación Marroquí de Estudios Andalusíes, 2017, 173-215.
- BENNANI, Said. "Le morisque. Du témoignage manuscrit au roman historique". En Mostafa AMMADI (ed.). *Manuscritos: papel, técnicas y dimensión cultural. IV Primavera del Manuscrito Andalusí = Al-majṭūʿāt: al-waraq, al-taqniyya wa-l-bu'd al-taqāfi. Rabī' al-Majṭūʿ al-Andalusī al-Rābi'*. Serie Primavera del Manuscrito Andalusí, 4. Casablanca: Facultad de Letras y Ciencias Humanas (Universidad Hassan II-Casablanca); Rabat: Bouregreg, 2012, 59-65.
- BERNABÉ PONS. "Aḥmad al-Ḥayārī". En *Diccionario Biográfico Español*. Vol. II: Aguirre de Viani-Allendesalazar y Muñoz de Salazar. Madrid: Real Academia de la Historia, 2010, s. v., también disponible en <https://dbe.rah.es/biografias/39313/ahmad-al-hayari>.
- BERNABÉ PONS, Luis F. "Desheredados de al-Andalus. La cultura de mudéjares y moriscos". En ROLDÁN CASTRO, Fátima (ed.). *La herencia de al-Andalus*. Sevilla: Fundación El Monte, 2007, 49-72.
- BERNABÉ PONS, Luis F. *Los moriscos. Conflicto, expulsión y diáspora*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2009.
- BERNABÉ PONS, Luis F., "De los moriscos a Cervantes". *eHumanista/Cervantes*, 2 (2013), pp. 156-182.
- BERNABÉ PONS, Luis F. "El exilio morisco. Las líneas maestras de una diáspora". *Revista de historia moderna*, 27 (2009), pp. 277-294.
- BERNABÉ PONS, Luis F. "Huellas del islam en la literatura española". En Fátima ROLDÁN y M^a Mercedes DELGADO (eds.). *Las huellas del Islam*. [III Simposio Internacional de Almonaster la Real, 2007; Colección Estudios Árabo-Islámicos de Almonaster la Real, 7]. Collectanea, 122. Huelva: Universidad, 2008, 13-33.
- BERNABÉ PONS, Luis Fernando. "La producción cultural de mudéjares y moriscos". En Maribel FIERRO, Juan MARTOS QUESADA, Juan Pedro MONFERRER SALA y María Jesús VIGUERA MOLINS (eds.). *711-1616: de árabes a moriscos. Una parte de la Historia de España*. Córdoba: Fundación Al-Babtain, 2012, 161-175.

- BERNABÉ PONS, Luis F. "Los mecanismos de una resistencia: los libros plúmbeos del Sacromonte y el *Evangelio de Bernabé*". *Al-Qanṭara*, 23/2 (2002) 477-498.
- BERNABÉ PONS, Luis F. "Musulmanes sin al-Andalus. ¿Musulmanes sin España? Los moriscos y su personalidad histórica". *eHumanista*, 37 (2017), pp. 249-267.
- BERNABÉ PONS, Luis F. "Notas sobre la cohesión de la comunidad morisca más allá de su expulsión de España". *Al-Qanṭara*, 29 (2008), pp. 307-332.
- BERNABÉ PONS, Luis F. "Paisaje islámico post-andalusí. ¿Un patrimonio clandestino?". En MAZZOLI-GUINTARD, Christine (ed.). *Patrimonio Andalusi. Cultura, documentos y paisaje*. Colección Estudios Árabo-Islámicos de Almonaster la Real, 20. Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, Excmo. Ayuntamiento de Almonaster la Real, 2021, 53-70.
- BERNABÉ PONS, Luis F. "Percepciones de las diferencias. Islam, moriscos y España en el siglo XVIII". *eHumanista*, 43 (2019), pp. 17-29.
- BERNABÉ PONS, Luis F. "Religión y cultura de mudéjares y moriscos. ¿Desheredados de al-Andalus?". En MELO CARRASCO, Diego y VIDAL-CASTRO, Francisco (eds.). *A 1300 años de la conquista de al-Andalus (711-2011): Historia, cultura y legado del Islam en la Península Ibérica*. Coquimbo (Chile): Centro Mohammed VI para el Diálogo de Civilizaciones; Santiago de Chile: Cátedra Al-Andalus|Magreb (Universidad Adolfo Ibáñez), 2012, 495-521.
- BERNABÉ PONS, Luis F. "Una nota sobre Aḥmad Ibn Qāsim al-Ḥaṣṣarī Bejarano". *Sharq al-Andalus*, 13 (1996) 123-128, también disponible en <http://hdl.handle.net/10045/17607>
- BERNABÉ PONS y Luis F., PERCEVAL, José María. "Los moriscos y su expulsión: nuevas problemáticas". *AREAS. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 30 (2011), pp. 141-146.
- BERNARDO PARRA, Irene. "La frontera granadina a través de los habices de cautivos (1491-1563)". En Francisco TORO CEBALLOS y José RODRÍGUEZ MOLINA (coords.). *II Estudios de Frontera. Actividad y vida en la frontera*. En memoria de Claudio Sánchez-Albornoz. Jaén: Diputación Provincial, 1998, 139-156.
- BIN'AZŪZ, Farīda [BENAZOUZE, Farida]. "Al-asr fī riḥla magribiyya mūrīskiyya li-ma'ḥūl min al-qarn al-ḥiṣrī al-tāsi'" [El cautiverio en un viaje marroquí morisco escrito por un autor anónimo del siglo IX de la hégira]. *Al-Andalus Magreb*, 16 (2021) 9- 26.
- BOLETÍN OFICIAL DE GRANADA. *Reflexiones sobre la rebelión de los moriscos y Censo de población. Insertas en el Boletín oficial de Granada, y reimpresas de orden de la Excmo. Diputación provincial*. Granada: Imprenta de Gómez y Compañía, calle de Elvira, 1840.
- BORONAT Y BARRACHINA, Pascual. *Los moriscos españoles y su expulsión. Estudio Histórico-Crítico*. London: Forgotten Books, 2018.
- BOSCH VILÁ, Jacinto y HOENERBACH, Willhem. "Los taifas de la Andalucía islámica en la obra histórica de Ibn al-Jaṭīb: los Banū Ḥahwar de Córdoba". *Andalucía Islámica. Textos y estudios*, 1 (1980) 91-93.
- BOUAZIZ, Fátima Zohra. "Los moriscos reclaman a España reconocimiento y disculpas". En diario *La Vanguardia*, 22/04/2016, disponible en <https://www.lavanguardia.com/vida/20160422/401295654627/los-moriscos-reclaman-a-espana-reconocimiento-y-disculpas.html> [Consulta 22/04/2016].
- BRAMON, Dolors. "La sociedad, la religiosidad y la cultura morisca". En MELO CARRASCO, Diego y VIDAL CASTRO, Francisco (eds.). *A 1300 años de la conquista de al-Andalus (711-2011): Historia, cultura y legado del Islam en la Península Ibérica*. Coquimbo (Chile): Centro Mohammed VI para el Diálogo de

- Civilizaciones; Santiago de Chile: Cátedra Al-Andalus|Magreb (Universidad Adolfo Ibáñez), 2012, 523-540.
- BROUSKY, Omar. *Moḥammed VI, derrière les masques*. Prefacio de Gilles Perrault Le fils de “notre ami”. París: Nouveau Monde Editions, 2014.
- BRUNSCHVIG, Robert. *La Berbérie orientale sous les Hafṣides. Des origines a la fin du XV^e siècle*. París: Maisonneuve, 1940, 1947 [reimp. 1982]. Un breve resumen general en VIDAL-CASTRO. "al-Andalus y Marruecos ", 21.
- BUENO, Francisco. *Los moriscos. La integración no fue posible*. Granada: Ediciones Miguel Ángel, s.l., 2019.
- BUNES IBARRA, Miguel Ángel de. *El imperio otomano (1451-1807)*. Madrid: Editorial Síntesis, 2015.
- BUNES IBARRA, Miguel Ángel de. *Los moriscos en el pensamiento histórico*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1983.
- BUNES IBARRA, Miguel Ángel de y ACERO, Beatriz Alonso. *Discurso militar en que se persuade y ordena la guerra contra los turcos*. Sevilla: Espuela de Plata, 2004.
- BUNES IBARRA, Miguel A. de y SOLA, Emilio. *La vida, y historia de Hayradin, llamado Barbarroja*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 1997.
- BURET, M. “Makhzan”. En *The Encyclopaedia of Islam*. New edition. Leiden: Brill, 1960-2004, vol. VI, pp. 133-137.
- BUZINEB, Hossain. “La cuestión de la entrega de la alcazaba de Salé en el siglo XVI”. En *Actas del II Coloquio Hispano-Marroquí de Ciencias Históricas “Historia, Ciencia y Sociedad”*. Granada, 6-10 de noviembre de 1989 = *Buḥūt al-multaqā al-isbānī--al-magribī al-ṭānī li-l-‘ulūm al-ta’rījīyya. Al-ta’rīj, al-‘ilm wa-l-muṣṭama’*. Garnāṭa, 6-10 nūfambar 1989. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional, Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, 1992, 79-87.
- CARBALLEIRA DEBASA, Ana María. *Legados píos y fundaciones familiares en al-Andalus (siglos IV/X-VI/XII)*. Estudios Árabes e Islámicos, Monografías, 2. Madrid: CSIC, 2002.
- CABANELAS RODRÍGUEZ, Darío. “Arias Montano y los libros plúmbeos de Granada”. *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*. Sección Árabe-islam, 18-19 (1969-1970) 7-41, disponible en: <https://revistaseug.ugr.es/index.php/meaharabe/article/view/14825>
- CABANELAS RODRÍGUEZ, Darío. “El caíd marroquí ‘Abd al-Karīm Ibn Tūda, refugiado en la España de Felipe I”. *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*. Sección Árabe-Islam, 12-13 (1963-1964) 75-88, también disponible en: <https://revistaseug.ugr.es/index.php/meaharabe/article/view/14835>
- CABANELAS RODRÍGUEZ, Darío. "Intento de supervivencia en el ocaso de una cultura: los Libros Plúmbeos de Granada". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 30, 2 (1981) 334-358.
- CAIANI, Fabio. *Contemporary Arab Fiction*. London and New York: Routledge, 2007.
- CALERO SECALL, María Isabel. “Los manuscritos de Cútar. Diez años después de su hallazgo”. En Mostafa AMMADI, Francisco VIDAL-CASTRO y María Jesús VIGUERA MOLINS (eds.). *Manuscritos árabes en Marruecos y en España: espacios compartidos. Sexta Primavera del Manuscrito Andalusí = Majtūṭāt ‘arabiyya bi-l-Magrib wa-Isbāniyā: faḍā’āt muṣṭaraka. Rabī’ al-Majtūṭ al-Andalusī, al-dawra al-sādīsa*. Primavera del Manuscrito Andalusí, 6. Casablanca: Kulliyat al-Ādāb wa-l-‘Ulūm al-Insāniyya (Ŷāmi‘at al-Ḥasan al-Ṭānī ‘Ayn al-Šuqq) = Faculté des Lettres et des Sciences Humaines (Université Hassan II - Aïn Chock); Rabat: Editions & Impressions Bouregreg, 2013, 41-48.

- CAMERA D'AFFLITTO, Isabella. *Letteratura araba contemporanea: dalla naḍah a oggi*. Roma: Carocci, s.d. editore, 2017.
- CAMPBELL, Ian. *Laberinth, intellectuals and the revolution. The Arabic-language Moroccan novel, 1957-72*. Leiden, Boston: Brill, 2013.
- CANO ARJONA, José Antonio y ESPEJO CASTILLO, Francisco de Paula. “Una aproximación a la convivencia entre la sociedad morisca y castellana en el Guadix del siglo XVI”. En TORO CEBALLOS, Francisco (coord.). *Estudios de Frontera.11. La realidad bifronte de la Frontera*. Homenaje a Carmen Argente del Castillo Ocaña. Congreso celebrado en Alcalá la Real el 19 y 20 de octubre de 2018. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, D. L. 2020, 61-72.
- CANO-CARRILLO, Ana B. Reseña de: CARBALLEIRA DEBASA, Ana María. *Libro de los habices de la Alpujarra de 1530. Edición, estudio e índices de un manuscrito del Archivo Histórico Diocesano de Granada*. Annales Academiae Scientiarum Fennicae. Humaniora, 380. Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 2018. En *eHumanista Ivitra*, 16 (2019) 271-272.
- CANO GARCÍA, Gabriel, GARCÍA DUARTE, Francisco. “El legado Andalusi”. *Gran Enciclopedia Andaluza del Siglo XXI*, 2 (2000), pp. 283-300.
- CANO HILA, Francisco José. “Apuntes históricos sobre el linaje morisco de los Córdoba y Valor”. *Farua. Revista del Centro Virgiano de Estudios Históricos*, 12 (2009), pp. 229-276.
- CARBALLEIRA DEBASA, Ana María. “Aproximación a las donaciones piadosas en el Islam medieval: el caso de al-Andalus”. En Alonso GARCÍA LEAL (ed.). *Las donaciones piadosas en el mundo medieval*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 2012, 385-406.
- CARBALLEIRA DEBASA, Ana María. “De nazaríes a moriscas: el mundo alpujarreño en clave femenina”. En Margarita M. BIRRIEL SALCEDO y Raúl RUIZ ÁLVAREZ (eds.). *De Nación Morisca*, Granada: Universidad de Granada, 2020, 287-30.
- CARBALLEIRA DEBASA, Ana María “From *Aḥbās* to *Habices*: Continuity and Transformation of Pious Endowments after the Castilian Conquest of Nasrid Granada”. En MARCOS COBALEDA, María (ed.). *Artistic and Cultural Dialogues in the Late Medieval Mediterranean. Serie Mediterranean Perspectives*. Londres: Palgrave-MacMillan, 2021, 189-204.
- CARBALLEIRA DEBASA, Ana María. “Islamic Heritage and Morisco Identity: Women and Property in Rural Granada at the Dawn of the Sixteenth Century”, *Hawwa. Journal of Women of the Middle East and the Islamic World*, (2021) 1-22, DOI: 10.1163/15692086-BJA10021.
- CARBALLEIRA DEBASA, Ana María. “Legados píos y fundaciones familiares en al-Andalus (siglos IV/X-VI/XII)”. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2002, 413 pp. 827-829.
- CARBALLEIRA DEBASA, Ana María. *Libro de los habices de la Alpujarra de 1530. Edición, estudio e índices de un manuscrito del Archivo Histórico Diocesano de Granada*. Annales Academiae Scientiarum Fennicae. Humaniora, 380. Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 2018.
- CARBALLEIRA DEBASA, Ana María. “Poverty and charity in al-Andalus: the case of pious and family endowments”. En Verena KLEMM *et al.* (eds.). *Sources and approaches across disciplines in near eastern studies. Proceedings of the 24th Congress Union Européenne des Arabisants et Islamisants, Leipzig 2008*. Leuven, etc.: Peeters, Departement Oosterse Studies, 2013, 221-232.

- CARBALLEIRA DEBASA, Ana María. "The role of endowments in the framework of Andalusian society". En Michael BORGOLTE (ed.). *Stiftungen in Christentum, Judentum und Islam von der Moderne: auf der Suche nach ihren Gemeinsamkeiten und Unterschieden in religiösen Grundlagen, praktischen Zwecken und historischen Transformationen*. Berlin: Akademie Verlag, cop. 2005, 109-121.
- CARETTE-ISMAÏL, Alice. "La circulación de los moriscos en los relatos cristianos de la guerra de las Alpujarras (Hurtado de Mendoza, Mármol Carvajal, Ginés Pérez de Hita)". En Ana ECHEVARRÍA ARSUAGA, Yolanda MORENO MORENO & Alice, KADRI (eds.), *Circulaciones mudéjares. Redes de contacto y representaciones*. Estudios Árabes e Islámicos, Monografías. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2018, 229-256.
- CARO BAROJA, Julio. *Los moriscos del reino de Granada*. Madrid: Alianza Editorial, 2003.
- CARRASCO GARCÍA, Gonzalo. "Huellas de la sociedad musulmana granadina: la conversión del Albaicín (1499-1500)". En *la España Medieval*, 30 (2007), pp. 335-380.
- CARRIAZO RUBIO, Juan Luis. "Los mudéjares de Ubrique". En Francisco TORO CEBALLOS y José RODRÍGUEZ MOLINA (coords.). *VI Estudios de Frontera. Población y poblamiento*. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2006, 179-192.
- CASTILLO FERNÁNDEZ, Javier. "Los que se fueron y los que se quedaron: destino de los moriscos del norte del reino de Granada". *Revista del Centro de Estudio Históricos de Granada y su Reino*, 12 (1998), pp. 115-146.
- CASTILLO FERNÁNDEZ, Javier. "Tenemos los enemigos en casa: un supuesto complot entre moriscos murcianos, valencianos y granadinos para unirse a los rebeldes de las Alpujarras (1569)". *MVRGETANA*, 130 (2014), pp. 65-87.
- CAVIRO, Balbina M. "Los rostros del islam en barro vidriado. Las lozas parlantes". En Francisco VIDAL-CASTRO (coord.). *La deuda olvidada de Occidente. Aportaciones del Islam a la civilización occidental*. Madrid: Fundación Ramón Areces, 2004, 53-94.
- CHERIF-CHERGUI, Abderrahmán, y ÁGREDA BURILLO, Fernando de. *Literatura y pensamiento marroquíes contemporáneo*. Madrid: Instituto Hispano-árabe de cultura. Facultad de letras de Rabat, 1981.
- CLARET CAMPANA, María. "Los Millennials egipcios y la 'Primavera Árabe'. Movilización social y frustración". Universidad Autónoma de Madrid. Taller de Estudios Internacionales y Mediterráneos, 2015.
- COLOMINAS APARICIO, Mónica. "Estudios mudéjares en el siglo veintiuno: una bibliografía seleccionada". *Llu. Revista de Ciencias de las Religiones*, 23 (2018), pp. 317-341.
- COMENDADOR PÉREZ, M^a Luz. "Sobre la novela histórica árabe". *Cuadernos Escuela de Traductores de Toledo*, 3, 2002.
- CORREA CALDERÓN, Evaristo y LÁZARO CARRETER, Fernando. *Cómo se comenta un texto literario*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2019.
- CORRIENTE, Federico y FERRANDO, Ignacio. *Diccionario avanzado árabe/Qāmūs 'arabī muwassa'*. Tomo I árabe-español. Barcelona: Herder, 2005.
- CORRIENTE, Federico. *Diccionario árabe-español*. 2^a Ed. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de cultura, 1986.
- CORTÉS SOROA, Julio. *Diccionario de árabe culto moderno. Árabe-español*. Madrid: Editorial Gredos, S.A, 2008.
- CORTÉS SOROA, Julio. *El Corán*. Barcelona: Herder Editorial, s.l., 2016.

- DANVILA Y COLLADO, Manuel. *La expulsión de los moriscos españoles*. Torrazza Piemonte: Ulan Press, 2012.
- DEARDORFF, Max. “¿Quién es morisco? Desde cristiano nuevo a cristiano viejo de moros: Categorías de diferenciación en el Reino de Granada (siglo XVI)”. *Forum Historiae Iuris*, (20 diciembre 2018), DOI. Disponible en: <https://doi.org/10.26032/fhi-2020-006> <https://forhisiur.net2018-12-deardorff>
- DEARDORFF, Max. “Republics, their Customs, and the Law of the King: Convivencia and Self-Determination in the Crown of Castile and its American Territories, 1400-1700”. *Department of History, University of Florida*, 26 (2018), pp. 162-199.
- DELAIGUE, Marie Christine. “La red de acequias de la Alpujarra alta”. En Tomás QUESADA QUESADA (ed.). *El agua en la agricultura de al-Andalus*. Granada: Sierra Nevada 95, El Legado Andalusi, 1995, 143-149.
- DESRUES, Thierry y HERNANDO DE LARRAMENDI, Miguel. *Mohamed VI: política y cambio social en Marruecos*. Córdoba: Editorial Almuzara, 2011.
- DÍAZ ESTEBAN, Fernando. *Los moriscos: una mirada de cuatro siglos después de su expulsión*. Madrid: Editorial Actas, s.l., 2012.
- Diccionario Biográfico Español*. Madrid: Real Academia de la Historia, 2009-2013. 50 vols.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio. “Desventuras de dos moriscos granadinos”. En *Homenaje al Prof. Jacinto Bosch Vilá*. Granada: Universidad de Granada, 1991, I, 89-93.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio y VINCENT, Bernard. *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*. Madrid: Revista de Occidente, 1978.
- ECHEVARRÍA ARSUAGA, Ana. “Biografías mudéjares o la experiencia de ser minoría: biografías islámicas en la España cristiana”. *Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Estudios Onomástico-biográficos de al-Andalus*, XV, 28 (2008), pp. 330-371.
- ECHEVARRÍA ARSUAGA, Ana. *Los moriscos. Colección al-Andalus*. Málaga: Editorial Sarriá, 2010.
- ECHAVARRÍA ARSUAGA, Ana. “Los mudéjares: ¿minoría, marginados o “grupos culturales privilegiados?””. *Medievalismo*, 18 (2008), pp. 45-65.
- ECHEVARRÍA ARSUAGA, Ana María. “María Jesús Viguera y el mudejarismo”. En Francisco TORO CEBALLOS y José RODRÍGUEZ MOLINA (coords.). *VII Estudios de Frontera. Islam y Cristiandad (siglos XII-XVI)*. Homenaje a María Jesús Viguera Molins. Congreso celebrado en Alcalá la Real en noviembre de 2008. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2010, 239-247.
- ECHEVARRÍA ARSUAGA, Ana. “Mudéjares y moriscos”. En María Jesús VIGUERA MOLINS (coord.) y otros. *El Reino Nazarí de Granada (1232-1492). Sociedad, vida y cultura*. Historia de España Menéndez Pidal, vol. VIII-4. Madrid: Espasa Calpe, 2000, parte quinta, pp. 365-440.
- ECHEVARRÍA ARSUAGA, Ana. “Política y religión frente al Islam. La evolución de la legislación real castellana sobre musulmanes en el siglo XV”. *Qurtuba. Estudios Andalusíes*, 4, (1999) 45-72.
- EDDINE CHACHIA, Houssein. “La expulsión en las escrituras moriscas: ¿por qué se nos echa?”. *Actas del XII Simposio Internacional de Mudejarismo*, (2017), pp. 379-393.
- EP² = Encyclopédie de l’Islam. Nouvelle édition*. Ed. E. van Donzel et al. Leiden: Brill, 1960-2009. Versión inglesa: *The encyclopaedia of Islam. New edition*. Ed. E. van

- Donzel *et al.* Leiden: Brill, 1960-2004. ; indico entre paréntesis si es la edición francesa: (vers. fr.) o a la inversa.
- EL₃ = *The Encyclopaedia of Islam THREE*. Edited by Kate Fleet, Gudrun Krämer, Denis Matringe, John Nawas, Everett Rowson y otros. Leiden, Boston: Brill, 2007-. También disponible en línea: <https://referenceworks.brillonline.com/browse/encyclopaedia-of-islam-3> .
- EL FATHI, Abderrahman. “El mundo morisco de *Don Quijote de la Mancha*”. En Fátima ROLDÁN y M^a Mercedes DELGADO (eds.). *Las huellas del Islam*. [III Simposio Internacional de Almonaster la Real, 2007; Colección Estudios Árabo-Islámicos de Almonaster la Real, 7]. Collectanea, 122. Huelva: Universidad, 2008, 35-72.
- EL GHOULABZOUBI, Zoubida Ben Salem. *El papel del espacio urbano en el nacimiento y en el desarrollo de la novela en Marruecos*. Tesis doctoral dirigida por María Teresa Garulo Muñoz, 2017. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2018. Disponible en: <<https://eprints.ucm.es/id/eprint/46856/>> [Consulta: 25/10/2021]
- EL GUABLI, Brahim. “Youssef Fadel’s re-imagination(s) of Moroccan testimonial literature: a book review essay”. *The Journal of North African Studies*, 23 1-2 (2018), pp. 282-291.
- ELLIS-HOUSE, Marie-Therese. “Transcending the nation, the Francophone postcolonial: Abouzeid’s vectors of global reception for Moroccan Arabic literature”. *International Journal of Francophone Studies*, 14, 4 (2011), pp. 453-471.
- EPALZA, Mikel de. *Los moriscos antes y después de la expulsión*. Madrid: Editorial Mapfre, 1992.
- EL QUAZZANI, Abdesselam. *Pouvoir de la fiction: regard sur la littérature marocaine: Driss al-Khoury, Tahar Ben Jelloun, Driss Chraïbi, Abdelkébir Khatibi, Abdelfettah Kilito, Abdellah Laroui, Mohamed Zefzaf: essai*. Paris: Publisud, 2002.
- EL TAIEBI, Abdelhafid. *Kitāb al-Ŷumān fī mujašsar ajbār al-zamān del andalusī al-Šuṭaybī (s. XVI): religiosidad, misticismo e historia en el contexto morisco magrebí (edición, traducción parcial y estudio)*. Tesis doctoral dirigida por Emilio Molina López y María Dolores Rodríguez Gómez en el Departamento de Estudios Semíticos, 2012. Granada: Universidad de Granada, 2013, pp. 85-103 II: Contexto geopolítico. la situación de los moriscos en el siglo XVI hasta su expulsión definitiva (1609”).
- ESPINAR MORENO, Manuel. “La frontera lingüística entre cristianas y mudéjares y moriscas en la región de Baza”. En Francisco TORO CEBALLOS y José RODRÍGUEZ MOLINA (coords.). *VII Estudios de Frontera. Islam y Cristiandad (siglos XII-XVI)*. Homenaje a María Jesús Viguera Molins. Congreso celebrado en Alcalá la Real en noviembre de 2008. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2010, 125-140.
- FARĀWĪ, Nizār al. “«Rawā’ Makka» li-Ḥasan Awrīd...Taŷriba rūḥiyya tanba‘ītu saŷālan aydiūlūŷiyyā bi-l-Magrib”. *Mawsū‘at al-Ŷaztra= Al Jazeera Encyclopedia* [en línea] 14 de mayo de 2019. Disponible en: <https://www.aljazeera.net/news/cultureandart/2019/5/14/رواء-مكة-حسن-أوريد-تجربة-روحية-تنبعث-سجالا-أيديولوجيا-بالمغرب> [Consulta 27/07/2019]
- FERIA GARCÍA, Manuel C. y ARIAS TORRES, Juan Pablo. “Un nuevo enfoque en la investigación de la documentación árabe granadina romanceada (ilustrado con dos traducciones inéditas de Bernardino Xarafí, escribano y romanceador del Reino de Granada)”. *Al-Qantara XXVI*, 1 (2005), pp. 191-247.

- FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE, Aureliano. *La rebelión de los moriscos y censo de población. Insertas en el Boletín oficial de Granada, y reimpresas de orden de la Excma. Diputación provincial*. Granada: Imprenta de Gómez y compañía, 1840.
- FERNÁNDEZ PARRILLA, Gonzalo. “La formación del canon literario. Literatura e Historia de la Literatura en Marruecos”. *Anaquel de Estudios Árabes*, 20 (2009), pp. 83-96.
- FERNÁNDEZ PARRILLA, Gonzalo. “The novel in Morocco as Mirror of a changing society”. *Contemporary french and francophone studies*, 20 (2016), pp. 18-26.
- FERNÁNDEZ PARRILLA, Gonzalo. *La literatura marroquí. La novela y la crítica literaria*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca: 2006.
- FERNÁNDEZ PARRILLA, Gonzalo. “La literatura marroquí contemporánea. La novela y la crítica literaria”. *al-Andalus Magreb: Estudios árabes e islámicos*, 14 (2007), pp. 315-320.
- Fī wīdā’i al-maḥabba “Diwān ša’arī li Ṣubḥī Mūsā”. Disponible en: <https://drive.google.com/file/d/1UOnHYzI9xCGfSJb2Qu26WXJB5nK2iKAg/view?usp=sharing> [Consulta 13/07/2020]
- FIERRO, Maribel, MARTOS QUESADA, Juan, MONFERRER SALA, Juan Pedro y VIGUERA MOLINS, María Jesús (eds.). *711-1616: de árabes a moriscos. Una parte de la Historia de España*. Córdoba: Fundación Al-Babtain, 2012. Reseña PELÁEZ ROVIRA, Antonio en *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, Sección Árabe-Islam, 63 (2014) 361-366.
- FRANCO-SÁNCHEZ “Almonastires y rábitas: espiritualidad islámica individual y defensa colectiva de la comunidad. Espiritualidad y geopolítica en los orígenes de Almonaster la Real”. En ROLDÁN CASTRO, Fátima (ed.). *Culturas de al-Andalus*. Colección Estudios Árabe-Islámicos de Almonaster la Real, 14. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015, 39-74 (apéndice gráfico 277-284).
- FRANCO-SÁNCHEZ, Francisco (ed.). *La rábita en el islam. Estudios interdisciplinarios. Congressos Internacionals de Sant Carles de la Ràpita (1989, 1997)*. Edición de las actas a cargo de Francisco Franco Sánchez. Dirección científica de los congresos a cargo de Mikel Epalza. [San Carlos de la Rápida (Tarragona)] : Ajuntament de Sant Carles de la Ràpita ; [Alicante] : Universitat d’Alacant, 2004.
- FROCHOSO SÁNCHEZ, Rafael. “Las monedas de los Banū Ŷahwar de Córdoba 422–462 H./1031 - 1070 d.C.”. *Al-Mulk. Anuario de Estudios Arabistas*, 11 (2013) 85-102, también disponible en <http://repositorio.racordoba.es/jspui/handle/10853/181>
- GALÁN SÁNCHEZ, Ángel. “La consolidación de una fiscalidad diferencial: los servicios moriscos al inicio del reinado de Carlos V”. *Chronica Nova*, 31 (2005), pp. 99-146.
- GALÁN SÁNCHEZ, Ángel. “Poder y fiscalidad en el Reino de Granada tras la conquista: algunas reflexiones”. *Studia histórica. Historia medieval*, 30 (2012), pp. 67-98.
- GALÁN SÁNCHEZ, Ángel. *Una sociedad en transición: Los granadinos de mudéjares a moriscos*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2010.
- GALÁN SÁNCHEZ, Antonio. “Mi solución a la preocupación por el marrón de la transcripción”. En *Ta Marbuta* [en línea]. 28 febrero 2015. Disponible en <https://tamarbuta.com/mi-solucion-a-la-preocupacion-por-el-marron-de-la-transcripcion/> [Consulta 20/09/2021.].
- GALLEGO BURÍN, Antonio y GÁMIR SANDOVAL, Alfonso. *Los moriscos del Reino de Granada según el Sínodo de Guadix de 1554*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 1996.

- GARCÍA-ARENAL, Mercedes. “Los andalusíes en el ejército sa‘dí: un intento de golpe de estado contra Aḥmad al-Manṣūr”. *Al-Qanṭara*, 5 (1984) 169-202.
- GARCÍA-ARENAL, Mercedes. “La Bataille des Trois Rois et ses répercussions”. En PÁEZ, Jerónimo y TRIKI, Hamid (dirs.). *Fès. L’âme du Maroc. Douze siècles d’histoire*. Coordinación Juan Manuel Cid. [Casablanca]: Fondation Benjelloun Mezian, 2015 [D. L. 2016], II, 584-591.
- GARCÍA-ARENAL, Mercedes. “El problema morisco: propuestas de discusión”. *Al-Qanṭara*, 13/2 (1992) 491-504.
- GARCÍA-ARENAL, Mercedes. “Últimos estudios sobre moriscos. Estado de la cuestión”. *Al-Qanṭara: Revista de estudios árabes*, 4, 1-2 (1983), pp.101-114.
- GARCÍA-ARENAL, Mercedes. “Vidas ejemplares: Sa‘īd b. Faraḡ al-Dugālī” (m. 897/1597), un granadino en Marruecos”. En GARCÍA-ARENAL y VIGUERA (eds.). *Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb, siglos XIII-XVI. Actas del Coloquio (Madrid, 1987)*. Madrid: CSIC, IHAC, 1988, pp. 453-485.
- GARCÍA-ARENAL, Mercedes y Fernando RODRÍGUEZ MEDIANO. *Un Oriente español. Los moriscos y el Sacromonte en tiempos de Contrarreforma*. Madrid: Marcial Pons, 2010.
- GARCÍA-ARENAL, Mercedes y Fernando RODRÍGUEZ MEDIANO. “Diego de Urrea y algún traductor más. En torno a las versiones de los "plomos"”. *Al-Qanṭara*, 23/2 (2002) 499-516.
- GARCÍA-ARENAL, Mercedes y Fernando RODRÍGUEZ MEDIANO. “Los libros de los moriscos y los eruditos orientales”. *Al-Qanṭara*, 31/2 (2010) 611-646.
- GARCÍA-ARENAL, Mercedes, RODRÍGUEZ MEDIANO, Fernando y EL HOUR, Rachid. *Cartas Marruecas: documentos de Marruecos en archivos españoles (siglos XVI-XVII)*. Estudios Árabes e Islámicos, Monografías, 3. Madrid: CSIC, 2002. Reseña de Emilio Molina López en *Chronica Nova*, 30 (2003-2004) 757-763.
- GARCÍA-ARENAL, Mercedes y VIGUERA, M^a Jesús (eds.). *Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb, siglos XIII-XVI. Actas del Coloquio (Madrid, 1987)*. Madrid: CSIC, IHAC, 1988.
- GARCÍA-ARENAL, Mercedes y WIEGERS, Gerard. *Los moriscos: expulsión y diáspora. Una perspectiva internacional*. Granada: Universidad de Granada, 2016.
- GARCÍA BENÍTEZ, Javier. “Economía morisca en la Vega de Granada: La alquería de Gójar (1492-1575)”. En TORO CEBALLOS, Francisco y RODRÍGUEZ MOLINA, José (coords.). *Estudios de Frontera.9. Economía, derecho y sociedad en la Frontera*. Homenaje a Emilio Molina López. Congreso celebrado en Alcalá la Real el 10 y 11 de mayo de 2013. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, 2014, 217-232.
- GARCÍA BENÍTEZ, Javier. “Moriscos granadinos que salieron de la iglesia de Gójar en 1570”. En TORO CEBALLOS, Francisco y RODRÍGUEZ MOLINA, José (coords.). *Estudios de Frontera.10. Fronteras multiculturales*. Homenaje a Pedro Martínez Montávez. Congreso celebrado en Alcalá la Real el 5 y 6 de junio de 2015. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2016, 139-154.
- GARCÍA FITZ, Francisco y VIDAL-CASTRO, Francisco. *Dos estudios en torno a la batalla de al-'Iqāb o Las Navas de Tolosa (1212) en al-Andalus: los reinos cristianos de la Península Ibérica frente a los Almohades. VIII Centenario de la mayor confrontación bélica Medieval*. Presentación Diego Melo Carrasco. Coquimbo (Chile): Centro Mohammed VI para el Diálogo de Civilizaciones;

- Santiago de Chile: Cátedra al-Andalus|Magreb (Universidad Adolfo Ibáñez), 2012.
- GARCÍA ORO, José. “Jiménez de Cisneros, Francisco (Gonzalo)”. En *Diccionario Biográfico Español*. Vol. XXVII: Ibn Rušayd-Jiménez de Gregorio. Madrid: Real Academia de la Historia, 2012 [D. L. 2011], s. v.
- GARCÍA SANJUÁN, Alejandro. *Hasta que Dios herede la tierra. Los bienes habices en al-Andalus (siglos X-XV)*. Huelva: Universidad, 2002.
- GARCÍA SANJUÁN, Alejandro. “Yūsuf II”. En *Diccionario Biográfico Español*. Vol. L: Villacreces-Zuya. Madrid: Real Academia de la Historia, 2013, 603-606, s. v.
- GARIBAY, Esteban de. *Historia de los reyes moros de Granada*. Ed. Clara Isabel Lorca González. Estudios preliminares de Rafael G. Peinado Santaella y Francisco Vidal-Castro. Colección Monumenta Regni Granatensis Historica. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2019.
- GARRIDO GARCÍA, Carlos Javier. "Colaboracionismo mudéjar-morisco en el reino de Granada. El caso de la Diócesis de Guadix: Los Abenaxara (1489-1580)". Granada: *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*. Sección Árabe-Islam, 48, 1999, pp. 121-155.
- GARRIDO GARCÍA, Carlos Javier. “Control, aculturación, segregación, resistencia: los padrones de asistencia a misa de los moriscos en el Reino de Granada”. *Miscelánea de Estudio Árabes y Hebraicos*. Sección Árabe-islam, 68 (2019), pp. 125-152.
- GARRIDO GARCÍA, Carlos Javier. “Entre el colaboracionismo y la rebelión: El morisco Hernando El Habaquí”. Granada: *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*. Sección Árabe-Islam 63, 2014, pp. 45-64. Disponible en: <https://revistaseug.ugr.es/index.php/meaharabe/article/view/14208>
- GARRIDO GARCÍA, Carlos Javier. “La esclavitud de los moriscos en la rebelión del Reino de Granada: un fenómeno a corto plazo”. *Boletín del Centro de Estudios Pedro Suárez*, 26 (2013), pp. 79-107.
- GARRIDO GARCÍA, Carlos Javier. “La esclavitud en el Reino de Granada y la rebelión de los moriscos. El caso de la diócesis de Guadix: el papel del estamento eclesiástico”. *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*. Sección Árabe-islam, 49 (2000), pp. 45-88.
- GARRIDO GARCÍA, Carlos Javier. “Moriscos y repobladores del reino de Granada en el siglo XVI a través de una nueva fuente: las series parroquiales de bautismo”. *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*. Sección Árabe-islam, 58 (2009), pp. 119-153.
- GIBSON, Ian. “Desagravio pendiente”. En el diario *El País* en línea. Disponible en https://elpais.com/diario/2002/12/17/andalucia/1040080931_850215.html [Consulta 17/12/2002].
- GIRÓN PASCUAL, Rafael M., “Tratando en comprar y vender esclavos y esclavas entre otras cosas: Diego de Rueda y el mercado esclavista granadino a finales del siglo XVI”. *Esclavitudes hispánicas. Horizontes socioculturales* (2014), pp. 89-104.
- GONZÁLEZ FERRÍN, Emilio. *Historia general de al-Andalus (4ª Ed.)* Córdoba: Editorial Almuzara, 2016.
- GOZALBES BUSTO, Guillermo. “El curso, lucha de frontera en el siglo XVI”. En Francisco TORO CEBALLOS y José RODRÍGUEZ MOLINA (coords.). *II Estudios de Frontera. Actividad y vida en la frontera*. En memoria de Claudio Sánchez-Albornoz. Jaén: Diputación Provincial, 1998, 349-356.
- GOZALBES GRAVIOTO, Enrique y GOZALBES GARCÍA, Helena. “Las mujeres y la frontera: Observaciones sobre la visión de la mujer morisca). En Francisco

- TORO CEBALLOS y José RODRÍGUEZ MOLINA (coords.). *VII Estudios de Frontera. Islam y Cristiandad (siglos XII-XVI)*. Homenaje a María Jesús Viguera Molins. Congreso celebrado en Alcalá la Real en noviembre de 2008. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2010, 167-185.
- GRANJA, Fernando de la. “El problema del mudejarismo en la lengua y en la literatura”. *Qurtuba. Estudios Andalusíes*, 3 (1998) 183-194.
- GREEN-MERCADO, Mayte. “The forced conversions and the Moriscos”. En FIERRO, Maribel (ed.). *The Routledge handbook of Muslim Iberia*. Abingdon (RU); Nueva York: Routledge, 2020, 552-571, cap. 25, disponible en <https://www.routledge.com/The-Routledge-Handbook-of-Muslim-Iberia-1st-Edition/Fierro/p/book/9781138649149> y en https://books.google.es/books?id=MureDwAAQBAJ&hl=es&source=gbs_navlinks_s
- GUICHARD, Pierre. *Esplendor y fragilidad de al-Andalus*. Granada: Universidad de Granada, 2015.
- HAGERTY, Miguel José (ed.). *Los Libros plúmbeos del Sacromonte*. Madrid: Editora Nacional, 1980.
- HAGERTY, Miguel José. *Transcripción, traducción y observaciones de dos de los “Libros plúmbeos del Sacromonte”*, Tesis doctoral dirigida por Darío Cabanelas Rodríguez. Granada: Universidad de Granada, 1988.
- ḤAMĀD, Jālid. “Al-riwā’ī Ṣubḥī Mūsā yunāqiṣu riwāyat «Nādī al-muḥibbīn» bi Afāq iṣtirākiyya”. Disponible en: <https://www.dostor.org/3636094>[24/11/2021]
- HARVEY, L. P. “The Morisco who was Muley Zaidan’s Spanish interpreter: Ahmad bnu Qasim ibn al-faḥīh Qasim al-shaikh al-Hajarī al-Andalusī, alias Ehmed ben Caçim Bejarano hijo de Ehmed hijo de alfaquí Caçim hijo del saih al-Hhachari Andaluz”. *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*. Sección Árabe-Islam., 8/1 (1959) 67-97, también disponible en <https://revistaseug.ugr.es/index.php/meaharabe/article/view/14782>.
- HARVEY, L. P. y Gerard A. WIEGERS. “The translation from Arabic of the Sacromonte tablets and the archbishop of Granada: an illuminating correspondence”. *Qurtuba. Estudios Andalusíes*, 1 (1996) 59-78.
- “Ḥasan Awrīd: al-riwāya al-ta’rījiyya istiṣfā’ nafsī”. Entrevista realizada por Sannā’ al-Quwayṭī. Al-Ŷazīra = Aljazeera.net [en línea] 27 de noviembre de 2017. Disponible en: [حسن أوريد: الرواية التاريخية استشفاء نفسي | أخبار ثقافة | الجزيرة نت \(aljazeera.net\)](http://www.aljazeera.net/NewsAndAnalysis/2017/11/27/hasan-awrid) [Consulta 10/3/2020]
- “Ḥasan Awrīd fī ḥadīṭ ‘an kitābi-hi al-ŷadīd Sīrat ḥimār”. Al-jamiaia. Publicado el 15 de abril del 2014. Disponible en: <https://youtu.be/DXjN2t5dra4>
- “Min waḥī l-Andalus: «Rabī’ Qurtuba»-ŷadīd al-magribī Ḥasan Awrīd”. *Arab48* [en línea] 7 de noviembre de 2017. Disponible en: <https://www.arab48.com/ثقافة-وفنون/جدید-المکتبة/07/11/2017/الأندلس-مستمرة-بالإلهام-ربيع-قرطبة-جدید-المغربي-حسن-أوريد>[Consulta 10/10/2019]
- “Ḥasan Awrīd... muṭaqqaf zuhd fī l-ṣulṭa”. *Mawsū‘at al-Ŷazīra= Al Jazeera Encyclopedia* [en línea] Disponible en: [404 - الصفحة غير موجودة \(aljazeera.net\)](http://www.aljazeera.net/NewsAndAnalysis/2019/07/25/404) [Consulta 25/07/2019].
- HASNAOUI, Milouda Charouiti. “Nuevas aportaciones sobre los moriscos establecidos en Marruecos tras la caída de Granada en el anónimo de la Gran Mezquita de Meknās”. En TORO CEBALLOS, Francisco y RODRÍGUEZ MOLINA, José (coords.). *V Estudios de Frontera. Funciones de la red castral fronteriza*. Homenaje a don Juan Torres Fontes. Congreso celebrado en Alcalá la Real en noviembre de 2003. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2004, 95-108. AL-

- ḤAYĀRĪ, Aḥmad b. Qāsim. *El periplo de al-Ḥayārī. Kitāb Nāṣir ad-dīn 'alā al-qawm al-kāfirīn. Un intelectual en la controversia religiosa del siglo XVII*. Traducción del árabe de Adil Barrada y Celia Téllez. Madrid: Diwan Mayrit, 2019 (1ª edición, 2ª impresión revisada; D. L. 2018).
- AL-ḤAYĀRĪ, Aḥmad b. Qāsim. *Kitāb nāṣir al-dīn 'alā l-qawm al-kāfirīn* Ed. P. S. van Koningsveld, Q. al-Samarrai, and G. A. Wieggers. Traducción al árabe de la introducción Ŷa'far Ibn al-Ḥāỵy al-Sulamī (Jaafar Benelhaj Soulami) con revisión de Salwā 'Azīz al-Wazzānī; índices por Ŷa'far Ibn al-Ḥāỵy al-Sulamī. Tetuán: Ŷam'iyya Tiṭwān Asmīr (Tetuán Asmir), al-Ŷam'iyya al-Magribiyya li-l-Dirāsāt al-Andalusiyya, 1440/2019.
- AL-ḤAYĀRĪ, Aḥmad b. Qāsim. *Kitāb nāṣir al-dīn 'alā l-qawm al-kāfirīn = (The supporter of religion against the infidels)*. General introduction, critical edition and annotated translation, re-edited, revised, un updated in the light of recent publications and the primitive version found in the hitherto unknown manuscript preserved in al-Azhar by P. S. van Koningsveld, Q. al-Samarrai, and G. A. Wieggers. Fuentes Árabe-Hispanas, 35. Madrid: CSIC, 2015.
- AL-ḤAYĀRĪ, Aḥmad b. Qāsim. *Muṭṭaṣar riḥlat al-Šihāb ilā liqā' al-aḥbāb 1611-1613*. Ed. Muḥammad Razzūq. Abu Dabi: Dār al-Suwaydī li-l-Našr wa-l-Tawzī'; Beirut: Mu'assasat al-'Arabiyya li-l-Dirāsāt wa-l-Našr, 2004.
- AL-ḤAYĀRĪ, Aḥmad b. Qāsim. *Nāṣir al-dīn 'alā l-qawm al-kāfirīn*. Ed. Muḥammad Razzūq. Casablanca: Manšūrāt Kulliyyat al-Ādāb wa-l-'Ulūm al-Insāniyya, 1407/1987.
- AL-ḤAYĀRĪ, Aḥmad b. Qāsim. *Riḥlat Afūqāy al-Andalusī. Muṭṭaṣar riḥlat al-Šihāb ilā liqā' al-aḥbāb 1611-1613*. Ed. Muḥammad Razzūq. Abu Dabi: Dār al-Suwaydī li-l-Našr wa-l-Tawzī'; Beirut: Mu'assasat al-'Arabiyya li-l-Dirāsāt wa-l-Našr, 2004.
- HENDRICKSON, Jocelyn N. *Leaving Iberia. Islamic Law and Christian Conquest in North West Africa*. Harvard Series in Islamic Law, 9. Harvard: Harvard College, 2021.
- HENDRICKSON, Jocelyn N. *The Islamic Obligation to Emigrate: Al-Wansharisi's Asnā al-matājir Reconsidered*. Tesis doctoral dirigida por Devin J. Stewart. [Atlanta, EEUU]: Emory University, 2009.
- HERNÁNDEZ LÓPEZ, Adday. *El Valor del Tiempo: Doctrina Jurídica sobre la Usura (ribā) y Prácticas Usurarias en el Occidente Islámico Medieval*. Annales Academiae Scientiarum Fennicae. Humaniora, 376. Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia = Academia Scientiarum Fennica [=Academia Finlandesa de Ciencias], 2016.
- HERNÁNDEZ LÓPEZ, Adday. *La usura (ribā) en el occidente islámico medieval a través de las fuentes jurídicas*. Tesis doctoral dirigida por Maribel Fierro y Juan Martos. Madrid: Universidad Complutense, 2014.
- HERNANDO DE LARRAMENDI, Miguel y PÉREZ CAÑADA, Luis Miguel. *La traducción de literatura árabe contemporánea: antes y después de Naguib Hafuz*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2000.
- HIDALGO BRINQUIS, María del Carmen. “Los libros plúmbeos de la Abadía del Sacromonte (Granada): Historia y restauración de su documentación”. En Mostafa AMMADI (ed.). *Manuscritos: papel, técnicas y dimensión cultural. IV Primavera del Manuscrito Andalusí = Al-majtūtāt: al-waraq, al-taqniyya wa-l-bu'd al-taqāfī. Rabī' al-Majtūt al-Andalusī al-Rābi'*. Serie Primavera del Manuscrito Andalusí, 4. Casablanca: Facultad de Letras y Ciencias Humanas (Universidad Hassan II-Casablanca); Rabat: Bouregreg, 2012, 127-140.

- HIDALGO BRINQUIS, María del Carmen, ÁVILA CORCHERO, Ninfa y JIMÉNEZ COLMENAR, Ana. “El libro en al-Andalus”. En Francisco VIDAL-CASTRO (coord.). *La deuda olvidada de Occidente. Aportaciones del Islam a la civilización occidental*. Madrid: Fundación Ramón Areces, 2004, 239-265.
- HITOS, Francisco. *Mártires de la Alpujarra en la Rebelión de los moriscos (1568)*. Amazon Italia Logistica S.r.l.: Torrazza Piemonte, 2012.
- HUICI MIRANDA, Ambrosio. *Historia política del imperio almohade*. Tetuán: Instituto General Franco, 1956 y 1957. Ed. facs. con estudio preliminar de Emilio Molina López y Vicente Carlos Navarro Oltra. Granada: Universidad, 2000, II, 437-450.
- HURTADO DE MENDOZA, Diego. *Guerra de Granada. Hecha por el rey Felipe II contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes*. Sevilla: Editorial Doble J, S.L, 2008.
- HUSAYN, Yūsuf Ṭaha. “Nādī al-muḥibbīn..Ṣubḥī Mūsà”. Disponible en: <https://alwafd.news/essay/68867>
- IBHĀB, Mus‘ad. “Niqād: Mūsà waḍa’anā amāma tasāwwul ‘an ḥudūd al-tārījī wa al-siyāsī. Disponible en: <https://www.altreeq.com/266379>
- IBN MARZŪQ, Muḥammad. *El Musnad: hechos memorables de Abū l-Ḥasan, sultán de los benimerines*. Estudio y traducción por M^a J. Viguera. Madrid: IHAC, 1977.
- IBRAHIM, Sonallah. *Ese olor*. Traducción de Antonio Galán Sánchez. Madrid: Libros de la Ballena, 2014, introducción. En GALÁN SÁNCHEZ, Antonio. “Mi solución a la preocupación por el marrón de la transcripción”. En *Ta Marbuta* [en línea]. 28 febrero 2015. Disponible en <https://tamarbuta.com/mi-solucion-a-la-preocupacion-por-el-marron-de-la-transcripcion/> [Consulta 20/09/2021.]
- “Idārat al-našīr bi quṣūr al-ṭaqāfa bada’at fī talaqqī al- a’amāl al-ḡadīda li-l-salāsīl. Disponible en: https://drive.google.com/file/d/1S_jHwrTFAbDSwcTYgdd0-0PB7uXrrHGz/view?usp=sharing [Consulta 13/07/2020]
- IDRIS, H. R. "Le Maghrib des Almoravides à la domination turque". En *Regierung un Verwaltung des vorderen Orients in islamischer Zeit I (Handbuch der Orientalistik, I, VI, V, 1)*. Leiden: Brill, 1979, pp.1-16.
- ĪMĀM, ‘Abd al-Ḥalīm y SALWĀ, Maḥmūd. *Ḥarb Garnāta*. Trad. (tarḡama). Revisión (murāya‘a) y prólogo (taqdīm) Ḳamāl ‘Abd al-Raḥīm. El Cairo: Al-Markaz al-Qawmī li-l-Tarḡama, 2008. 223 p. Trad. por Mohamed Elkadi en [Tánger]: Litograf 2015, 163 p., según Worldcat: <http://www.worldcat.org/oclc/1117414250>
- “Jālid ‘azab yaktubu ṣalāt lī Ṣubḥī Mūsà...tārīj min al-ṣirā‘i al-ilāḥūtī”. Disponible en: <https://drive.google.com/file/d/1xaSKh3dvjG4Y1YQ7h92CpAiGDiiVo0j3/view?usp=sharing> [Consulta 13/07/2020]
- “Jālid Maṣṣūr ma‘a Ṣubḥī Mūsà ḥawla riwāyat Ṣalāt Jāša”. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Xb1p8BpBilc&t=19s> [Consulta 29/08/2019]
- JATT, Ḥaḡam al-. “Al-kātib al-magribī Ḥasan Awrīd ḥawla riwāyati-hi “Rabī‘ Qurtuba”: ḥāwaltu naql al-Andalus min ḥanīn ilā fikra”. *Mawsū‘at Maḡallat al-Quds al-‘Arabī* [en línea] 10 de enero de 2018. <https://www.alquds.co.uk/?p=858867> [Consulta 17/08/2019].
- JIMÉNEZ ESTRELLA, Antonio. “López de Mendoza y Quiñones, Íñigo”. En *Diccionario Biográfico Español*. Vol. XXX: De “Llobet i Reverter” a “López y de Vega”. Madrid: Real Academia de la Historia, 2012, s. v.
- KADRI, Alice, MORENO, Yolanda y ECHEVARRÍA, Ana. *Circulaciones mudéjares y moriscas. Redes de contacto y representaciones*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, (2018).
- KĀRBĀJĀL, Mārmūl, véase: [CARVAJAL MÁRMOL, Luis del].

- “Al-kātib Ṣubhī Mūsà, riwāyat anā da’ib kāna li-l-kātib wa-l-riwā’ī Muḥammad Raffī, muntadā al-mustaqbal, ḥizbu-l-tayammu’i”. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=gBN-0GXo0rw> [Consulta 29/01/2022]
- “Al-kātib Ṣubhī Mūsà yuwaḍīhu al-juṭuwāt al-l-atī sāra ‘alayhi wa ḥaṣala bihā kitāba ‘alā yā’iza Naḥīb Maḥfūz”. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=EeBIEdpPUPA> [Consulta 5/07/2018]
- KONNINGSVELD, P.S Van y G. A. WIEGERS, G.A. "An appeal of the moriscos to the Mamluk sultan and its counterpart to the Ottoman court: textual analysis, context and wider historical background", *Al-Qanṭara*, 20/1 (1999) 161-190.
- LAPIEDRA GUTIÉRREZ, Eva. *Cómo los musulmanes llamaban a los cristianos hispánicos*. Prólogo-presentación Mikel de Epalza. Alicante: Generalitat Valenciana, Diputación Provincial de Alicante, 1997.
- LÁZARO CARRETER, Fernando y CORREA CALDERÓN, Evaristo. *Cómo se comenta un texto literario*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2019.
- LEA, Henry Charles. *Los moriscos españoles. Su conversión y expulsión*. 2ª Ed. San Vicente del Raspeig: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2007.
- LÉVI-PROVENÇAL, É. *Les historiens des chorfa. Essai sur la littérature historique et biographique au Maroc du XVIe au XXe siècle*. París: Larousse, 1922, 92-97.
- “Li-kātib Ṣubhī Mūsà, riwāyat Ṣayṭān al-judar, li-l-kātib wa-l-riwā’ī Muḥammad Ibrāhim, Hizb al-mustaqbal, hizb al-tayāmu’”. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=Mef8Je8h_GI [Consulta 6/11/2021]
- LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, José Enrique. "Mamelucos, otomanos y caída del reino de Granada". *En la España Medieval*, 28 (2005) 229-258.
- LÓPEZ ENAMORADO, Mª Dolores. “Literatura árabe y postmodernidad: El juego de la muerte en la *Duniazad*, de May Tilmisani”. *Philologia Hispalensis*, 20 (2006) pp. 67-84.
- LÓPEZ GARCÍA, Bernabé. “Paradojas y desafíos de las primaveras árabes”. *Res Publica: Revista de Filosofía Política*, 30 (2013), 147-162.
- MADARIAGA, Mª Rosa de. *Historia de Marruecos*. Madrid: Editorial Catarata, 2017.
- MANZANO RODRÍGUEZ, Miguel Ángel. *La intervención de los Benimerines en la Península Ibérica*. Madrid: CSIC, 1992.
- MANZANO RODRÍGUEZ, Miguel Ángel. “La Península Ibérica y el norte de África en los inicios del bajo Medievo: relaciones políticas y apuntes historiográficos”. En Maribel FIERRO, Juan MARTOS QUESADA, Juan Pedro MONFERRER SALA y María Jesús VIGUERA MOLINS, (eds.). *711-1616: de árabes a moriscos. Una parte de la Historia de España*. Córdoba: Fundación Al-Babtain, 2012, pp. 67-86.
- MANZANO RODRÍGUEZ, Miguel Ángel. “Notas sobre legitimidad, hegemonía y poder político en Alandalús y el Mágreb durante los siglos XIII y XIV”. *Res publica*, 18, 2007, pp. 11-33.
- MARAÑÓN, Gregorio. *Expulsión y diáspora de los moriscos españoles*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, 2004.
- MÁRMOL CARVAJAL, Luis del. *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada de Del Mármol actualizada*. Torrazza Piemonte: Amazon Italia Logistica. S.r.l., 2017.
- MÁRMOL CARVAJAL, Luis del. *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reyno de Granada*. Ed. Cayetano Rosell. Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, XXI. Madrid: Manuel Rivadeneyra, 1858, pp. 123-365.
- [MÁRMOL CARVAJAL, Luis del] (Mārmūl Kārbājāl). *Ta’rīj ṭawrat wa-‘iqāb andalusiyī mamlakat Garnāṭa*. Trad. Jaafar Benelhaj Soulami (Ī’a’far ibn al-

- Hāỵy al-Soulamī). Tetuán: Ŷam‘iyya Tiṭwān Asmīr (Tetuán Asmir), al-Ŷam‘iyya al-Magribiyya li-l-Dirāsāt al-Andalusiyya, 1434/2013.
- [MÁRMOL CARVAJAL, Luis del] (Mārmūl Kārbājāl). *Waqā‘i‘ tawrat al-mūrīskiyyīn*. Trad. Wisām Muḥammad Ŷazar. Revisión y presentación (murāya‘a wa-taqdīm) Ŷamāl ‘Abd al-Raḥmān. El Cairo: al-Markaz al-Qawmī li-l-Taṛyama, 2012. 2 vols. 1196 (640+552) p. La primera edición se publicó en 1994 (vol. 1) y 1995 (vol. 2).
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco. *El problema morisco (Desde otras laderas)*. Madrid: Libertarias/Prodhufi, 1991.
- MARTÍNEZ ALBARRACÍN, Carmen Araceli y ALBARRACÍN NAVARRO, Joaquina. “Vestido y adorno de las moriscas en el reino de Granada (siglo XVI)”. En Francisco TORO CEBALLOS y José RODRÍGUEZ MOLINA (coords.). *VI Estudios de Frontera. Población y poblamiento*. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2006, 425-444.
- MARTÍNEZ ALMIRA, M^a Magdalena. “Cordoba y Válor, Fernando de”. En *Diccionario Biográfico Español*. Vol. XIV: Cobos Molina-Coscolín Figueras. Madrid: Real Academia de la Historia, 2010, s. v.
- MARTÍN CASARES, Aurelia. “De la esclavitud a la libertad: las voces de moriscas y moriscos en la Granada del siglo XVI”. *Sharq al-Andalus*, 12 (1995), pp. 197-212.
- MARTÍN CASARES, Aurelia. “Moriscos propietarios de personas esclavizadas en Granada a lo largo del siglo XVI”. *Chronica Nova*, 24 (1997), pp. 213-236.
- MARTÍNEZ DE CASTILLA MUÑOZ, Nuria. “Manuscritos musulmanes misceláneos y facticios del Aragón del siglo XVI”. En Mostafa AMMADI (ed.). *Manuscritos: papel, técnicas y dimensión cultural. IV Primavera del Manuscrito Andalusi = Al-majṭūtāt: al-waraq, al-taqniyya wa-l-bu‘d al-taqāfi. Rabī‘ al-Majṭūt al-Andalusī al-Rābi‘*. Serie Primavera del Manuscrito Andalusi, 4. Casablanca: Facultad de Letras y Ciencias Humanas (Universidad Hassan II-Casablanca); Rabat: Bouregreg, 2012, pp. 141-150.
- MARTÍNEZ DELGADO, José. “Aḥmad b. Qāsim”. *Philología Hispalensis* 31/2 (2017)201-202 en P.S. van Koningsveld, Q. al-Samarrai; and G.A. Wieggers. *Fuentes árabe-hispanas 35*. Madrid: CSIF, 2015.
- MARTÍNEZ LILLO, Rosa Isabel. En “Alándalus (morisca): ¿«una identidad» reencontrada?”, En Francisco TORO CEBALLOS y Francisco VIDAL-CASTRO (coords.). *Al-Andalus y el mundo cristiano. Relaciones sociales y culturales, intercambios económicos y aspectos jurídico-institucionales*. Homenaje a Francisco Javier Aguirre Sádaba. Alcalá la Real: Ayuntamiento; Grupo de Investigación HUM761 (Universidad de Jaén), 2018, 125-135.
- MARTÍNEZ LILLO, Rosa-Isabel. “Voces literarias árabes actuales”. En Fátima ROLDÁN CASTRO (ed.). *Voces del Islam*. Huelva: Universidad de Huelva, 2010, 35-64.
- MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro. *Al-Andalus, España, en la literatura árabe contemporánea*. Málaga: Editorial Arguval, 1992.
- MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro. *Introducción a la literatura árabe moderna*. Madrid: Revista «Almenara», 1974.
- MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro. *Significado y símbolo de al-Andalus*. Madrid: CantArabia Editorial, 2011.
- MARTÍNEZ PEÑAS, Leandro y HERREROS CEPEDA, Alicia. “El desplazamiento de los moriscos tras la rebelión de las Alpujarras: contexto político, estratégico y

- militar de una migración forzosa”. *Actas del I Congreso Internacional sobre Migraciones en Andalucía*, (2011), pp. 2073-2082.
- MARTÍNEZ RUIZ, Juan. “Catorce recibos bilingües (árabe-español) de impuesto de farda en el Archivo de la Alhambra (1511-1564)”. En *Homenaje al profesor Jacinto Bosch Vilá*. Granada: Universidad de Granada, 1991, vol. I, pp. 598-618.
- MAS’ŪD QĀYDĪ. “Al-mūrīskiyyūn hum al-ġarīma al-latī irtakaba-hā al-fīkr al-ġarbī fī su’ūdi-hi”. Disponible en: [الموريسكيون هم الجريمة التي ارتكبها الفكر الغربي في صعوده نحو الجزائر تقرأ \(dzreads.com\)](http://dzreads.com/الموريسكيون هم الجريمة التي ارتكبها الفكر الغربي في صعوده نحو الجزائر تقرأ)
- Al-Maġhar. Qāmūs faransī ‘arabī*. Casablanca: Edisoft, 2011.
- MAZIANE, Leila. “Salé, port de course et du commerce du «Royaume de Fès» au XVII^e siècle”. En PÁEZ, Jerónimo y TRIKI, Hamid (dirs.). *Fès. L’âme du Maroc. Douze siècles d’histoire*. Coordinación Juan Manuel Cid. [Casablanca]: Fondation Benjelloun Mezian, 2015 [D. L. 2016], II, 624-645.
- “Ma’ziq al-islām al-siyāsī fī l-‘ālam al-‘arabī”. (*TRT ‘Arabī* [en línea] 28 de noviembre de 2018. Disponible en: <https://www.trtarabi.com/opinion/مأزق-الإسلام-السياسي-في-العالم-العربي-15710> [Consulta 23/03/2020]
- MELO CARRASCO, Diego. “Al-Andalus y el Magreb: nazaríes y benimerines; notas en torno a una «historia paralela»”. En Juan José VAGNI y Leandro CALLE (compiladores). *Marruecos y América Latina. Viejas y nuevas confluencias*. Coquimbo (Chile): Centro Mohammed VI para el Diálogo de Civilizaciones, Cátedra al-Andalus|Magreb (Universidad Adolfo Ibáñez), Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), etc., 2014, pp. 29-46.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. *Historia de España. Tomo VIII*. Madrid: Espasa Calpé, 1994-2000.
- MEZZINE, Mohamed. “Les Wattassides, une dynastie de transition”. En PÁEZ, Jerónimo y TRIKI, Hamid (dirs.). *Fès. L’âme du Maroc. Douze siècles d’histoire*. Coordinación Juan Manuel Cid. [Casablanca]: Fondation Benjelloun Mezian, 2015 [D. L. 2016], II, 472-481.
- MILLER, Kathryn A. *Guardians of Islam. Religious Authority and Muslim Communities of Late Medieval Spain*. New York: Columbia University Press, 2008.
- MLITAT, Hosni. *El imaginario de los moriscos en la novela contemporánea española y árabe*. Tesis doctoral dirigida por Ignacio Gutiérrez Terán Gómez-Benita en el programa de doctorado en “Estudios Artísticos, Literarios y de la Cultura”. Universidad Autónoma de Madrid, 2019.
- MOHAMED SAAD, Saad. *Estudios de traductología árabe. Traducción del texto narrativo*. Granada: Editorial Comares, 2021.
- MOLÉNAT, Jean-Pierre. “Minorías en el espejo: mozárabes y mudéjares en la Península Ibérica medieval”. En MELO CARRASCO, Diego y VIDAL-CASTRO, Francisco (eds.). *A 1300 años de la conquista de al-Andalus (711-2011): Historia, cultura y legado del Islam en la Península Ibérica*. Coquimbo (Chile): Centro Mohammed VI para el Diálogo de Civilizaciones; Santiago de Chile: Cátedra Al-Andalus|Magreb (Universidad Adolfo Ibáñez), 2012, 479-493.
- MONFERRER SALA, Juan Pedro. “«Asnos espantados que huyen del león». Nota sobre un posible referente del Corán, 74, 50-51”. *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, año 44, 2008, pp. 45-50.
- MONFERRER SALA, Juan Pedro. “Between Hellenism and Arabicization: on the formation of an ethnolinguistic identity of the Melkite communities in the heart of Muslim rule”. *Al-qantara: Revista de estudios árabes*, vol. 33, fasc. 2, 2012, pp. 445-473.

- MONFERRER-SALA, Juan Pedro. “Los cristianos de al-Andalus y su estudio, situación y propuestas”. En Maribel FIERRO, Juan MARTOS QUESADA, Juan Pedro MONFERRER SALA y María Jesús VIGUERA MOLINS (eds.). *711-1616: de árabes a moriscos. Una parte de la Historia de España*. Córdoba: Fundación Al-Babtain, 2012, pp. 255-279.
- MONFERRER SALA, Juan Pedro. Reseña de AL-HAYĀRĪ, Aḥmad b. Qāsim. *Kitāb nāṣir al-dīn ‘alā l-qawm al-kāfirīn = (The supporter of religion against the infidels)*. Fuentes Arábico-Hispanas, 21. Madrid: CSIC-AECI, 1997. En *Qurṭuba*, 3 (1998), p. 326, nº 3-73.
- MONFERRER SALA, Juan Pedro. “Un apunte sobre el símbolo del vino en el ‘Cántico espiritual’ de Juan de la Cruz”. *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, 41, 2005, pp. 359-364.
- MORENO DÍAZ DEL CAMPO, Francisco J. “La Corona, los moriscos granadinos y el servicio de 1603. Pacto fiscal y negociación política”. *Al-Qantara*, 38 (2017), pp. 7-43.
- MORENO DÍAZ DEL CAMPO, Francisco Javier. “Geografía de la expulsión morisca. Aproximación al análisis de la administración y venta del patrimonio de los moriscos expulsados de la Corona de Castilla”. En: *Chronica Nova*. 2005, vol. 31, pp. 379-426.
- MOSCOSO GARCÍA, Francisco. *Diccionario español árabe marroquí*. Dirección General de Coordinación de Políticas Migratorias. Consejería de Gobernación. Junta de Andalucía, 2005.
- MOUSJID, Bilal. “Biographie d’un âne, le nouveau roman de Hassan Aourid”. *Medias24* [en línea] 24 de marzo de 2014. Disponible en: <https://www.medias24.com/CULTURE-LOISIRS/10161-Biographie-d-un-ane-le-nouveau-roman-de-Hassan-Aourid.html> [Consulta 20/04/2020]
- MUḤAMMAD, ‘Abd -l-Raḥmān. “Ṣubḥī Mūsā yaqtariḥu ‘alā hay’a al-kitāb tarḡamat al-kutub al-fāyza bi ḡawā’iz ma‘ariḡ al-Qāhira”. Disponible en: <http://youm7.com/صباحي%20موسى%20يقترح%20على%20هيئة%20الكتاب%20ترجمة%20الكتب%20الفائزة%20بجوائز%20معروض%20القاهرة%20-%20اليوم%20السابع>
- MUNĪR, ‘Atība. “«Al-mūrīskī al-ajīr»..li-l-riwā’ī Ṣubḥī Mūsā”. Disponible en: <https://www.mawhopon.net/?p=14994>
- MUÑOZ Y GAVIRIA, José. *Historia del alzamiento de los moriscos, su expulsión de España y sus consecuencias en todas las provincias del reino*. Madrid: Forgotten Books, 2018.
- MUÑOZ Y GAVIRIA, José. *Historia del alzamiento de los moriscos, su expulsión [sic] de España y sus consecuencias en todas las provincias*. Madrid: [s.n.], 1861. (Establecimiento tipográfico de Mellado). Disponible en: <https://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/es/consulta/registro.do?id=1297>
- MUÑOZ-NUBIOLA, Espinós. *Diccionario Biográfico Español*. Vol. XXXVII. Madrid: Real Academia de la Historia, 2012, s. v.
- MURCIA CANO, María Teresa. “Alcalá la Real en la defensa de la Costa”. En TORO CEBALLOS, Francisco y RODRÍGUEZ MOLINA, José (coords.). *III Estudios de Frontera. Convivencia, defensa, comunicación*. En memoria de don Juan de Mata Carriazo y Arroquia. Congreso celebrado en Alcalá la Real, del 18 al 20 de noviembre de 1999. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2000, 501-515.
- MŪSĀ, Ṣubḥī. *Al-mūrīskī al-ajīr*. El Cairo: Al-dār al-miṣriyya al-lubnāniyya, 2015. *Al-Munḡid fī l-luġa wa-l-a‘lām; Al-Mu‘ŷam al-‘arabī al-asāsī. Li-l-nāṡiqīn bi-l-‘arabiyya wa-muta‘allimī-hā*. [Túnez]: Al-Munazzama al-‘Arabiyya li-l-Tarbiya wa-l-Ṭaqāfa wa-l-‘Ulūm; Larousse, 1988.

- AI-MUNAZZAMA AL-'ARABIYYA LI-L-TARBIYYA WA AL-TAQĀFA WA AL-'ULŪM. *Al-mu'ŷam al-'arabī al-asāsī*. Beirut: Alecso Difusión Larousse, 1989.
- AL-MU'TAMID. *Poesía*. Tr. e intr. M. José Hagerty. Barcelona: Bosch, 1979.
- Mu'ŷam al-ma'ānī al-ŷāmi' - mu'ŷam 'arabī-'arabī [en línea]. 2010-2022. Disponible en: <https://www.almaany.com/ar/dict/ar-ar/> [Consulta: 22/05/2022].
- NAṢṢĀR, Fāṭima al-Zahrā'. "Ḥasan Awrīd: maṣārib muta'addida wa hadaf wāḥid". *Idā'āt* [en línea], 17 de octubre de 2018. Disponible en: <https://www.ida2at.com/hassan-oreid-multiple-walks-one-goal/> [Consulta 10/12/2019]
- NAṢWAT, Aḥmad. "Šajsiyyāt al-miṣrī Ṣubḥī Mūsā širā' al-hawiyyāt". Disponible en: <https://www.independentarabia.com/node/267906>
- NEUWIRTH, Angelika y PFLITSCH Andreas y WINCKLER, Barbara. *Arabic Literature: Postmodern Perspectives*. London: SAQUI, 2010.
- OJEDA ARNAL, Carolina. "Memoricidio en Granada de Radwa Ashur". *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos. Sección Árabe-Islam*, 68 (2019). pp. 295-323.
- ORTEGA ARJONILLA, Emilio, MONFERRER SALA, Juan Pedro y LÓPEZ FOLGADO, Vicente (eds.). "Eugene A. Nida, pionero de la traductología contemporánea". Granada: Editorial Atrio, 2006.
- ORTEGA RICO, Pablo. "Cristianos y mudéjares ante la conversión de 1502: mercedes a moros, mercedes de bienes de moros". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, 24 (2011), pp. 279-318.
- ORTEGA RUIZ, Antonio. "Aproximación al patrimonio islámico en la provincia de Jaén: orígenes y condicionantes históricos de su situación actual". En Francisco VIDAL-CASTRO (ed.). *Jaén en época de los Nazaríes (al-Andalus, s. XIII-XV). Estudios de historia y patrimonio cultural islámico y cristiano*. Alcalá la Real (Jaén): Zumaque, 2010, 221-276.
- PADILLA MELLADO, Lorenzo L. "Los centros religiosos musulmanes después de la reconquista de Granada en 1942: Mezquitas, Rábitas y Zawiyas en La Alpujarra y Valle de Lecrín". En Francisco TORO CEBALLOS y Francisco VIDAL-CASTRO (coords.). *Al-Andalus y el mundo cristiano. Relaciones sociales y culturales, intercambios económicos y aspectos jurídico-institucionales*. Homenaje a Francisco Javier Aguirre Sádaba. Alcalá la Real: Ayuntamiento; Grupo de Investigación HUM761 (Universidad de Jaén), 2018, 193-211.
- PÁEZ, Jerónimo y TRIKI, Hamid (dirs.). *Fès. L'âme du Maroc. Douze siècles d'histoire*. Casablanca: Fondation Benjelloun Mezian, 2015 [D. L. 2016], 3 vols., disponible parcialmente en: <http://www.feslamedumaroc.com/accueil.html> [Consulta 24/10/2021.], que ha sido reseñada recientemente por ESTEBAN DE DIOS, Elena, en *Anaqueel de Estudios Árabes*, 31, 2020, pp. 243-247; DOI: Disponible en: <https://doi.org/10.5209/anqe.65247>
- PAREJA PAREJA, Francisco Ángel. "Los matrimonios mixtos: una estrategia usada por el poder en el proceso de aculturación cristiana". *Qurtuba. Estudios Andalusíes*, 2 (1997) 163-173.
- PASTOR MUÑOZ, Mauricio. "Panorama histórico del Malí". En Mauricio PASTOR MUÑOZ (ed.). *La mujer subsahariana: tradición y modernidad. I: Malí*. Granada: Universidad de Granada, 2001, 35-79.
- PAVÓN MALDONADO, Basilio. *Tratado de arquitectura hispanomusulmana. III Palacios*. Madrid: CSIC, 2004.
- PAZOS FERNÁNDEZ-SHAW, Marta. "Acerca de los rasgos decorativos de los manuscritos moriscos". En Mostafa AMMADI, Francisco VIDAL-CASTRO y María Jesús VIGUERA MOLINS (eds.). *Manuscritos árabes en Marruecos y en*

- España: espacios compartidos. Sexta Primavera del Manuscrito Andalusi = Majtūtāt 'arabiyya bi-l-Magrib wa-Isbāniyā: fadā'āt muštaraka. Rabī' al-Majtūt al-Andalusī, al-dawra al-sādisa. Primavera del Manuscrito Andalusi, 6. Casablanca: Kulliyyat al-Ādāb wa-l-'Ulūm al-Insāniyya (Ķāmi'at al-Ķasan al-Tānī 'Ayn al-Šuqq) = Faculté des Lettres et des Sciences Humaines (Université Hassan II - Ain Chock); Rabat: Editions & Impressions Bouregreg, 2013, 105-113.*
- PEINADO SANTAELLA, Rafael Gerardo. *Guerra santa, cruzada y yihad en Andalucía y el reino de Granada (siglos XIII-XV)*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2017.
- PEINADO SANTAELLA, Rafael Gerardo. *Los inicios de la resistencia musulmana en el reino de Granada (1490-1515)*. Granada: Fundación El legado andalusí, 2015.
- PÉREZ BELTRÁN, Carmelo. *El mundo árabe e islámico ante los retos del futuro*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2005.
- PÉREZ BELTRÁN, Carmelo y MUÑOZ, Francisco A. *Experiencias de Paz en el Mediterráneo*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2003.
- PÉREZ GARCÍA, Rafael M. y FERNÁNDEZ CHAVEZ, Manuel. "La cuantificación de la población esclava en la Andalucía moderna". *Varia Historia, Belo Horizonte*, 31 (2015), pp. 711-740.
- PÉREZ GARCÍA, Rafael M. y FERNÁNDEZ CHAVES, Manuel F. "La gestión de la fiscalidad como medio de ascenso social en el seno de la comunidad morisca granadina, 1502-1610". *Historia. Instituciones. Documentos*, 42 (2015), pp. 297-340.
- PÉREZ GARCÍA, Rafael M. y FERNÁNDEZ CHAVES, Manuel. "La Iglesia y los moriscos en Sevilla. El retroceso de una frontera cultural (1569-1609)". En Francisco TORO CEBALLOS y Antonio LINAGE CONDE (coords.). *Iglesias y fronteras. V Jornadas de Historia en la Abadía de Alcalá la Real*. Jaén: Diputación Provincial, 2005, 621-631.
- PÉREZ GARCÍA, Rafael M. y FERNÁNDEZ CHAVEZ, Manuel. "La política civil y religiosa sobre el matrimonio y la endogamia de los moriscos en la España del siglo XVI". *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, 2 (2012), pp. 62-101.
- PÉREZ GARCÍA, Rafael M. y FERNÁNDEZ CHAVES, Manuel F. "Los hermanos Berrio: capital morisco, mediación política y transformaciones comunitarias". *Sharq al-Andalus*, 20 (2011-2013), pp. 385-439.
- "Qanāt al-nīl al-ṭaqāfiyya-barnāmiy' ammā bu'ud wa faqrat ma' al-adīb/ Šubḥī Mūsā ḥalqa". Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=b19jLwy2sPM>[Consulta 4/08/2015]
- QAŠTĪLYŪ, Muḥammad. *Ḥayāt al-mūrīskūs al-aḵīra bi-Isbāniyā wa-dawru-hum jāriyī-hā*. Tetuán: Muntadayāt Ahl al-Ḥadīt fī Tiṭwān, 2001.
- QAŠTĪLYŪ, Muḥammad. *Miḥnat al-mūrīskus fī Isbāniyā. Hadiyyat ijwāni-kum fī muntadayāt ahl al-ḥadīt fī Tiṭwān*. Tetuán, 1999.
- RAJ, Mohammed. *Le discours mythique dans le roman marocain d'expression française: mythes, thèmes et archétypes*. Sarrebruck: Editions Universitaires Européennes, 2011.
- REGLÁ, Joan. *Estudios sobre moriscos*. Barcelona: Ariel, 1974.
- REBOLLO BOTE, Juan. "Antes de 'Ser moriscos': Datos e hipótesis sobre la etapa mudéjar de Hornachos". *Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo*, (2019), pp. 361-374.

- “Al-riwā’ī Ṣubḥī Mūsà: al-kātib fī zamaninā ḥālatu-hu ṣa’aba wa yatamannā man yu’tifu ‘alayhi”. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=DJLJWYzX8c> [Consulta 4/06/2021]
- “Al-riwā’ī Ṣubḥī Mūsà: bada’at al- kitāba fī ūlā i’ dādī wa itdabasat fī-hā..wa dajalat ‘ālam al-riwāya bi-l-ṣudfa”. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=pbQSjJSJfGQ> [Consulta 4/06/2021]
- RIUS, Mònica. “La ciencia andalusí vista desde el siglo XXI”. En Maribel FIERRO, Juan MARTOS QUESADA, Juan Pedro MONFERRER SALA y María Jesús VIGUERA MOLINS (eds.). *711-1616: de árabes a moriscos. Una parte de la Historia de España*. Córdoba: Fundación Al-Babtain, 2012, 309-322.
- RODRÍGUEZ-GÓMEZ, María Dolores. Reseña de: CARBALLEIRA DEBASA, Ana María. *Libro de los habices de la Alpujarra de 1530. Edición, estudio e índices de un manuscrito del Archivo Histórico Diocesano de Granada*. *Annales Academiae Scientiarum Fennicae. Humaniora*, 380. Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 2018. En *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebreos AI*, 69 (2020), pp. 392-394.
- RODRÍGUEZ RAMOS, Antonio Manuel. *La huella morisca, 2ª Edición*. Andalucía: Editorial Almuzara, 2010.
- ROISSE, Philippe y MONFERRER SALA, Juan Pedro. “Notas sobre el ‘registro pseudo-arcaico’ de los Libros Plúmbeos de Granada”. EN AGUADÉ BOFILL, Jorge, ABU-SHAMS PAGÉS, Leila y VICENTE SÁNCHEZ, Ángeles (coord.). *Sacrum arabo-semiticum: homenaje al profesor Federico Corriente en su 65 aniversario*, 2005, pp. 389-420.
- ROLDÁN CASTRO, Fátima (ed.). *El siglo de al-Mu’tamid*. Colección Estudios Árabo-Islámicos de Almonaster la Real, 12. Sevilla: Universidad de Sevilla, Ayuntamiento de Almonaster la Real, Universidad de Huelva, 2013.
- ROSENBERGER, Bernard. “Résistance de la capitale wattasside à Muhammad ash-Shaykh” En PÁEZ, Jerónimo y TRIKI, Hamid (dirs.). *Fès. L’âme du Maroc. Douze siècles d’histoire*. Coordinación Juan Manuel Cid. [Casablanca]: Fondation Benjelloun Mezian, 2015 [D. L. 2016], II, 506-511.
- RUBIERA MATA, M^a Jesús. *Literatura hispanoárabe*. Alicante: Universidad de Alicante, 2004.
- SÁNCHEZ MEDINA, Ana María. “El escritor Ṣubḥī Mūsà y su novela histórica *El último morisco* a través de dos entrevistas”. En Francisco TORO CEBALLOS, y Francisco VIDAL-CASTRO (coords.). *Al-Andalus y el mundo cristiano. Relaciones sociales y culturales, intercambios económicos y aspectos jurídico-institucionales*. Homenaje a Francisco Javier Aguirre Sádaba. Alcalá la Real: Ayuntamiento; Grupo de Investigación HUM761 (Universidad de Jaén), 2018, 335-345.
- SANTOS, Maria de N. Reseña de: CARBALLEIRA DEBASA, Ana María. *Libro de los habices de la Alpujarra de 1530. Edición, estudio e índices de un manuscrito del Archivo Histórico Diocesano de Granada*. *Annales Academiae Scientiarum Fennicae. Humaniora*, 380. Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 2018. En *Al-Andalus-Magreb*, 30 (2023), en prensa.
- SEGURA DEL PINO, María Dolores. “Las fuentes de Alhadra. Abastecimiento urbano y regadía en la Almería musulmana y morisca”. En *Agricultura y regadío en al-Andalus. Síntesis y problemas*. Actas del II Coloquio de Historia y Medio Físico. Almería, 9 y 10 de junio de 1995. Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1996, pp. 453-463

- SEGURA GRAÍÑO, Cristina. “Los mudéjares de Almería como frontera marítima”. En TORO CEBALLOS, Francisco y RODRÍGUEZ MOLINA, José (coords.). *Estudios de Frontera.10. Fronteras multiculturales*. Homenaje a Pedro Martínez Montávez. Congreso celebrado en Alcalá la Real el 5 y 6 de junio de 2015. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2016, 529-539.
- SERRANO NIZA, Dolores. “Indumentaria andalusí en el Magreb: la huella de una historia común”. En BENEITO, Pablo y ROLDÁN, Fátima (eds.). *Al-Andalus y el Norte de África: Relaciones e influencias*. Sevilla: Fundación El Monte, 2004, 251-269.
- SNIR, Reuven. *Modern Arabic Literature: A Theoretical Framework*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 2017.
- SORIA MESA, Enrique. “Entre dos expulsiones. Los moriscos granadinos en Andalucía (1570-1610)”. *Revista de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades*, 22 (2009), pp. 13-22.
- SORIA MESA, Enrique. “Los moriscos que se quedaron. La permanencia de la población de origen islámico en la España Moderna (Reino de Granada, siglos XVII-XVIII)”. *Vínculos de Historia*, 1 (2012), pp. 205-230.
- SORIA MESA, Enrique. *Los últimos moriscos. Pervivencias de la población de origen islámico en el Reino de Granada (siglos XVII-XVIII)*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2014.
- SORIA MESA, Enrique. “Una gran familia. Las élites moriscas del Reino de Granada”. *Estudios*, 35 (2009), pp. 9-35.
- SOUFI, Khaled. “Los Banū Ŷahwar de Córdoba”. *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid*, 6 (1958) 121-142, también disponible en <https://www.institutoegipcio.es/publicaciones/>
- “Šubhī Mūsà: A‘mālī al-adabiyya tuqaddimu al-ta‘rīj bi riwāya insāniyya”. 13/07/2020. Disponible en: <https://drive.google.com/file/d/1NND0AMnfdiVOXSv2Z-7TI3PZlw4O-9L/view?usp=sharing>
- “Šubhī Mūsà wa Sayyid Ḍayf Allāh”. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=wV4II4ILFIY> (sin fecha).
- ṬAWĪL, Ṭāhir “Min ayl ṭawra ṭaqāfiyya fī l-Magrib li-Ḥasan Awrīd: šurūt binā’ al-’insān”. *Mawsū‘at Maṣallat al-Quds al-‘Arabī* [en línea] 3 de junio de 2018. Disponible en <https://www.alquds.co.uk/%EF%BB%BF-من-أجل-ثورة-ثقافية-في-المغرب-لحسن-أ> [Consulta 20/10/2019]
- TÉLLEZ MARTÍNEZ, Celia. “Sistema de creencias y procesos de valoración y atribución en la obra *Kitāb Nāsir al-dīn ‘alā’l-qawm al-kāfirīn*, de al-Ḥaṣārī”. En Francisco TORO CEBALLOS y Francisco VIDAL-CASTRO (coords.). *Al-Andalus y el mundo cristiano. Relaciones sociales y culturales, intercambios económicos y aspectos jurídico-institucionales*. Homenaje a Francisco Javier Aguirre Sádaba. Alcalá la Real: Ayuntamiento; Grupo de Investigación HUM761 (Universidad de Jaén), 2018, 363-383.
- TITO ROJO, José. “Jardín y naturaleza en al-Andalus”. En Fátima ROLDÁN CASTRO (coord.). *Paisaje y naturaleza en al-Andalus*. Granada: El Legado Andalusí, 2004, 291-312.
- TOLAN, John V. *Sarracenos. El islam en la imaginación medieval europea*. Publicacions de la Universitat de València. Valencia, 2007, 333 pp. En Juan Pedro MONFERRER SALA (res.) en *Studia histórica. Historia medieval*, nº 27, 2009, pp. 204-207.

- TORRES-CASTILLO, M. C. (2021). CARBALLEIRA DEBASA, Ana María. ‘Libro de los habices de la Alpujarra de 1530. Edición, estudio e índices de un manuscrito del Archivo Histórico Diocesano de Granada’. Serie “Annales Academiae Scientiarum Fennicae, Humaniora”, n° 380. Helsinki... *Anaquel de Estudios Árabes*, 32, 317-319. <https://doi.org/10.5209/anqe.71742>
- TORRES PALOMO, María Paz. «Sobre La Carta De Abenaboo En árabe granadino». *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos. Sección Árabe-Islam* 18-19, 1969-1970, pp. 125-128. Disponible en: <https://revistaseug.ugr.es/index.php/meaharabe/article/view/14829>.
- AL-TRĪKĪ, Hāmid. “Al-Ribāt jilāl al-qarn al-sābi’ ‘ašar”. En *Muṭallaṭ al-Andalus*. Kātālūy al-ma’raḍ, al-Ribāt, uktūbar 2003-yanāyir 2004. Coord. edición catálogo Inmākūlādā Kūrtīš. Granada: Fundación El Legado Andalusi, 2003, 168-169 (subcapítulo de “Āwla ‘abra al-ta’rīj Ribāt al-Faṭḥ”, 150-173).
- AL-TRIKI, Hamid. “Rabat en el siglo XVII”. En *Triángulo de al-Andalus*. Catálogo de la exposición, Rabat, octubre 2003-enero 2004. = *Muṭallaṭ al-Andalus*. Kātālūy al-ma’raḍ, al-Ribāt, uktūbar 2003-yanāyir 2004. Coord. edición catálogo Inmaculada Cortés. Granada: Fundación El Legado Andalusi, 2003, 168-169 (subcapítulo de “Un recorrido por la historia de Ribāt al-Faṭḥ (Rabat)”, 150-173).
- URRECHU REBOIRO, Luis Miguel. *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada, de Del Mármol actualizada*. Publicación Amazon, 2017.
- VERNET, Juan. *Literatura árabe*. Barcelona: El Acantilado, 2002.
- VERSKIN, Alan. *Early Islamic legal responses to living under Christian rule: Reconquista-era development and 19th-century impact in the Maghrib*. Tesis doctoral dirigida por Michael Cook. Princeton: Princeton University; Ann Arbor (MI): ProQuest LLC (ProQuest Dissertations Publishing), 2010.
- VERSKIN, Alan. *Islamic Law and the Crisis of the Reconquista. The Debate on the Status of Muslim Communities in Christendom*. Leiden: Brill, 2015.
- VERSKIN, Alan. *Oppressed in the Land? Fatwās on Muslims Living under Non-Muslim Rule from the Middle Ages to the Present*. Princeton, New Jersey: Markus Wiener Publishers, 2013.
- VIDAL-CASTRO, Francisco. "Aḥmad al-Wanšārīsī (m. 914/1508). Principales aspectos de su vida". *Al-Qanṭara*, 12, fasc. 2, 1991, pp. 315-352.
- VIDAL-CASTRO, Francisco. "Al-Andalus y Marruecos en la Baja Edad Media (siglos XI-XV): una historia compartida y paralela". En *El zoco. Vida económica y artes tradicionales en al-Andalus y Marruecos*. Catálogo de la exposición realizada en Jaén, 1995. Granada: El Legado Andalusi, 1995, pp. 17-27.
- VIDAL-CASTRO, Francisco. “Decadencia y desaparición (1408-1492)”. En M^a Jesús VIGUERA MOLINS (coord.) y otros. *El Reino Nazarí de Granada (1232-1492). Política. Instituciones. Espacio y economía*. Historia de España Menéndez Pidal, vol. VIII-III. Madrid: Espasa Calpe, 2000, Parte Segunda (Historia Política), cap. IV, pp. 151-248, 203.
- VIDAL-CASTRO, Francisco. "El muftí y la fetua en el derecho islámico. Notas para un estudio institucional". *al-Andalus-Magreb*, 6, 1998, pp. 298-322. Disponible en: <https://revistas.uca.es/index.php/aam/article/view/7868>
- VIDAL-CASTRO, Francisco. "Las obras de al-Wanšārīsī (m. 914/1508). Inventario analítico". *Anaquel de Estudios Árabes*, 3, 1992, pp. 73-112, 79-82. Disponible en: <http://revistas.ucm.es/index.php/ANQE/article/view/ANQE9292110073A>
- VIDAL-CASTRO, Francisco. “Las terceras taifas y el surgimiento del Emirato Nazarí de Granada”. *Desperta Ferro. Antigua y Medieval*, 13, 2012, pp. 22-27.

- VIDAL-CASTRO, Francisco. Reseña de AL-ḤAYĀRĪ, Aḥmad b. Qāsim. *Kitāb nāṣir al-dīn 'alà qawm al-kāfirīn*. Ed. Aḥmad B.s.ŷ. Beirut: Dār al-Kutub al-'Ilmiyya, 1999. En *Qurṭuba*, 5 (2000) 347-348, n° 5-42.
- VIDAL-CASTRO, F. "Nazaries y Merinies, caminos entrecruzados: al-Andalus y el Magreb al-Aqṣà ('Marruecos'), siglos XIII-XV". En Pablo BENEITO y Fátima ROLDÁN (eds.). *al-Andalus y el Norte de África: Relaciones e influencias*. Sevilla: Fundación El Monte, 2004, pp. 271-305.
- VIDAL-CASTRO, Francisco. "Un tipo de manuscritos "documentales": Las escrituras árabes notariales en al-Andalus naṣrī (s. XIII-XVI)". En Mostafa AMMADI (ed.). *Manuscritos: papel, técnicas y dimensión cultural. IV Primavera del Manuscrito Andalusí = Al-majṭūṭāt: al-waraq, al-taqniyya wa-l-bu'd al-ṭaqāfi. Rabī' al-Majṭūṭ al-Andalusī al-Rābi'*. Serie Primavera del Manuscrito Andalusí, 4. Casablanca: Facultad de Letras y Ciencias Humanas (Universidad Hassan II-Casablanca); Rabat: Bouregreg, 2012, 23-57.
- VIGUERA MOLINS, M^a Jesús. "Al-Andalus y su estudio". En Francisco VIDAL CASTRO (ed.). *De civilización árabo-islámica*. Jaén: Universidad, 1996, 17-36.
- VIGUERA MOLINS, María Jesús. "Dimensiones del manuscrito aljamiado". En Mostafa AMMADI, Francisco VIDAL-CASTRO y María Jesús VIGUERA MOLINS (eds.). *Manuscritos para comunicar culturas. Quinta Primavera del Manuscrito Andalusí = Al-majṭūṭāt wa-tawāṣul al-ṭaqāfi. Rabī' al-Majṭūṭ al-Andalusī, al-dawra al-jāmisa*. Primavera del Manuscrito Andalusí, 5. Casablanca: Kulliyat al-Ādāb wa-l-'Ulūm al-Insāniyya (Yāmi'at al-Ḥasan al-Tānī 'Ayn al-Šuqq) = Faculté des Lettres et des Sciences Humaines (Université Hassan II - Ain Chock); Rabat: Editions & Impressions Bouregreg, 2012, pp. 239-263.
- VIGUERA MOLINS, M^a Jesús. (coord.). *El retroceso territorial de al-Andalus. Almorávides y almohades. Siglos XI al XIII*. Historia de España Menéndez Pidal, vol. VIII-2. Madrid: Espasa Calpe, 1997.
- VIGUERA MOLINS, M^a Jesús. "Historia política" [Taifas]. En VIGUERA (coord.). *Los reinos de Taifas. al-Andalus en el siglo XI*. Historia de España Menéndez Pidal, VIII-I. Madrid: Espasa Calpe, 1994, 29-129, 104-108.
- VIGUERA MOLINS, M^a Jesús. *Los reinos de taifas y las invasiones magrebíes*. Madrid: Mapfre, 1992, 131-134.
- VIGUERA MOLINS, M^a Jesús. Reseña de AL-ḤAYĀRĪ, Aḥmad b. Qāsim. *Riḥlat Afūqāy al-Andalusí. Muṭṭaṣar riḥlat al-Šihāb ilà liqā' al-aḥbāb 1611-1613*. Ed. Muḥammad Razzūq. Abu Dabi: Dār al-Suwaydī li-l-Naṣr wa-l-Tawzī'; Beirut: Mu'assasat al-'Arabiyya li-l-Dirāsāt wa-l-Naṣr, 2004. En *Anaqueel de Estudios Árabes*, 2 (1991) 372-373.
- VIGUERA MOLINS, María Jesús. "Un mapa de los documentos mudéjares y moriscos de aragón y navarra", En *Homenaje al Prof. Jacinto Bosch Vilá*. Granada: Universidad de Granada, 1991, I, 429-434.
- VIGUERA MOLINS, María Jesús. "'Vida ejemplar' de Abu l-Hasan, sultán de los Benimerines". *EREBEA. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales* [Online], 3, 2013, pp. 49-69. Disponible en: <http://www.uhu.es/publicaciones/ojs/index.php/erebea/article/view/2297>.
- VILAR SÁNCHEZ, Juan Antonio. *1492-1502 Una década fraudulenta. Historia del reino cristiano de Granada desde su fundación, hasta la muerte de la reina Isabel La Católica*. Granada: Editorial Alhulia, 2004.
- VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis. *La inteligencia hispana. Ideas en el tiempo*. Madrid: Escolar y Mayo Editores S.L, 2018.

- VILLANUEVA, Darío. *El comentario del texto narrativo: cuento y novela*. Madrid: Mare Nostrum Comunicación, S.A., 2006.
- VILLANUEVA, Darío. *El comentario de textos narrativos: la novela*. Gijón: Ediciones Júcar, 1992.
- VILLAR RASO, Manuel. “Las gestas de Yuder Pachá”. En Alberto EGEA FERNÁNDEZ-MONTESINOS (ed.). *Andalucía en África subsahariana. Bibliotecas y manuscritos andalusíes en Tombuctú*. Sevilla: Centra: Fundación Centro de Estudios Andaluces, 2003, 82-93.
- VINCENT, Bernard. *El río morisco, 2ª ed.* Granada: Editorial Universidad de Granada, 2015.
- WESTERVELD, Govert. *Blanca, “el Ricote” de don Quijote. Expulsión y regreso de los moriscos del último enclave islámico más grande de España: años 1613-1654*. Beniel: s.e., 2001.
- WEHR, Hans. *A dictionary of Modern Written Arabic*. Ed. y tr. J. Milton Cowan. Nueva York: Spoken Language Services, 1976 [1961¹].
- Wikālat al-Anādūl. “Al-mūriskī al-ajūr...radd i’tibār li muslimī isbāniyā” [10/02/2015] en: [رد اعتبار لمسلمي إسبانيا | أخبار ثقافة | الجزيرة نت ..الموريسكي الأخير](http://aljazeera.net) (aljazeera.net)
- YUSSOF, Mohamed Reda. *Al-Mu’īn. Qāmūs isbānī ‘arabī*. Líbano: Librairie du Liban Publishers, 2009.
- ZAYAS, Rodrigo de. *Les morisques et le racisme d’Etat*. Francia: Editions de la Différence, 2017
- ZAYAS, Rodrigo de. *Los moriscos y el racismo de estado. Creación, persecución y deportación (1499-1612)*. Córdoba: Editorial Almuzara, 2006.
- ZUHŪR, al-Ḥasan. “«Al-Mūriskī», riwāya li-l-mufakkir al-magribī Ḥasan Awrīd qirā’a naqdiyya”. *Al-Hiwār al-Mutamaddan* [en línea], 4339 (1 de enero de 2014). Disponible en: www.ahewar.org/debat/show.art.asp?aid=396574&r=0 [Consulta 20/ 03/2020]
- ZUWIYYA, David, “A tipological approach to Aljamiado-Morisco literature”. *Qurṭuba. Estudios Andalusíes*, 6 (2001) 187-212.